D. Félix Sardá y Salvany

PROPAGANDA CATOLICA

TOMO IX (último)

Conversaciones de hoy sobre materias de siempre



POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY

PRESBÍTERO

DIRECTOR DE LA «REVISTA POPULAR»

TOMO IX

CONVERSACIONES DE HOY SOBRE MATERIAS DE SIEMPRE

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA



BARCELONA

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5

1900

CONVERSACIONES DE HOY SOBRE MATERIAS DE SIEMPRE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

TIENE el arsenal del diablo infinidad de armas, y de exquisito temple y de acerados filos: pocas empero como esa tan familiar y traída entre manos que se llama *la conversación.*

Conversando, más que de otro modo alguno, hace su infausta propaganda el maldito. Con la conversación gana sin ruidos y á la sordina sus más seguras victorias.

La mala conversación no es feroz bandolero que trabuco en rostro ó puñal en mano os grita «La bolsa ó la vida;» es, sí, raterillo sagaz, que sin advertirlo vos, y aun tal vez con soberana complacencia vuestra, os va hurtando las más preciosas joyas del alma.

Muchos resisten con brio á la fiera arremetida de quien ataca á puño cerrado su fe ó su creencia; pocos en cambio saben resistir al blando roce de esa lima sorda, con que una conversación mala gasta insensiblemente sus más firmes convicciones ó sus prácticas más arraigadas.

¿Habéis visto al agua del mar consumiendo al fin la más áspera roca de la playa sólo á fuerza de lamerla con su incesante oleaje? Pues así se pierden los caracteres y los principios en sociedad, á fuerza de rozarlos, una y otra vez y cien veces y mil, el lento pero incesante oleaje de la mala conversación.

Las malas convesaciones suelen ser de las clases siguientes:

Conversaciones en que seriamente se vierten dudas ó se formulan ataques contra la fe y la moral.

Conversaciones en que se hacen asunto de chacota y broma tan sagrados como delicadísimos y quebradizos objetos.

Conversaciones en que se afecta indiferencia ó desdén por cuanto no sean intereses, placeres ó sueños de ambición.

Conversaciones de las que sale triturada, como con diente de víbora, la honra más intachable.

Conversaciones que ofenden al pudor y dejan mal parada la más susceptible de las virtudes.

¡Ah! Todo lo santo y noble y honrado suele naufragar en esas aguas mansas de la conversación, más que en las encrespadas de la alborotada polémica, más que en el rudo choque de los libros y de las escuelas y de los partidos.

Los errores, en su forma huracanada y violenta, son sin comparación muy menos temibles que en esotra forma de airecillo leve y sutil que se cuela por todas partes, atraviesa todas las rendijas, éntrase en los más cerrados recintos.

El error disparado á bulto y en bruto seduce menos porque alarma más. Diluido, en cambio, en la corriente al parecer inofensiva y sosegada de una común conversación, lo beben sin escrúpulo y lo digieren sin temor á veces hasta los más recelosos y prevenidos.

En una palabra, y digámoslo de una vez. Más que por las leyes é instituciones *suyas*, más que por las escuelas y academias *suyas*, más que por los libros y periódicos *suyos*, reina y gobierna Satanás en el mundo por ese elemento especial *suyo*, *suyísimo*, que en todas partes nos rodea, que de todos lados nos influye, que bajo mil formas nos persigue, que por todos los poros se nos entra, que todos los órganos más vitales nos corrompe y envenena... el mal aire, el aire pestífero de la impía conversación.

—Está bien, señor; mas qué ¿sacáis de eso para uso particular de la Propaganda católica?

—Saco, amigo mío, que pues el diablo utiliza en tan grande escala ese procedimiento, no haríamos mal nosotros los católicos en volverlo contra él.

—¿Cómo?

—Sencillamente, procurando extender contra la moda y peste de la conversación mala, el hábito y gusto de la conversación buena.

—Excelente programa, pero dificililllo de realizar.

—¡Válganme los Santos cielos! ¿Por qué? ¿Acaso requiere tantos estudios esa familiar oratoria? ¿Se trata por ventura de escribir libros, ó de componer discursos, ó de hilvanar poemas y novelas?

—No, pero si es muy fácil hablar mal contra la Religión y reirse de ella y maltratar á las personas que la siguen, no es tan fácil como parece tener á mano razones y argumentos y símiles y observaciones y salidas con que tapar la boca á quien se le desmande la suya en este particular.

—Comprendo, pero ¿sabéis cómo se adquiriría todo esto muy á poca costa?

—Vos diréis.

—Nó precisamente yendo á la Universidad, ni siquiera á la escuela, ni hojeando voluminosos tomos, ni huroneando en las bibliotecas. Con mucho menos que eso. Leyendo solamente el pobre pueblo (y aun el que no es pueblo ni pobre) algo de lo mucho que hoy, gracias á Dios, se escribe para este objeto, en estilo llano y común, en dosis ligeritas y abreviadas, con salsa excitante y apetitosa que convide al paladar. En una palabra, dándole, al que ha de aprender á bien conversar, las conversaciones ya en cierto modo hechas, ó por lo menos perfiladas en sus líneas y toques más generales. Como enseñan á hablar las madres á sus niños, asi al pueblo se le debe enseñar.

—¡Hombre, me choca la comparación!

—Hallaréis luego que es muy exacta. Nunca llegaría el niño á hablar como hablan sus padres, si al principio no hubiesen empezado éstos á parodiar el habla de él, á contrahacerle los vocablos, á remedar su deliciosísima infantil media-lengua.

—¡Verdad!

—Sí, amigo mío; y esto es lo que se llama literatura popular, ó no entiendo yo pizca en el oficio. Y á eso tiran los presentes articulejos que me ocurre llamar *conversaciones*,

porque, prescindiendo de que estén ó no estén todos en forma dialogada, que algunos tal vez no estarán, serán siempre una conversación que tenga yo con los amigos míos del pueblo español, para ayudarles á todos á aprender á conversar, y á bien conversar, esto es, á conversar como se debe en defensa de su Dios y de su fe.

—Perfectamente.

—Y lo que añado al título, cuando digo *conversaciones de hoy*, significa que deseo conversar con mis amigos, y que á su vez conversen ellos con los suyos, al estilo de hoy, con frases y modismos de hoy, en el tono chancero y hasta frívolo que tanto por nuestra desdicha se usa hoy. A la generación seria de otros siglos se le solían vestir con trajes graves hasta las más fútiles paparruchas: á la generación casquivana y atolondrada del siglo diecinueve, hasta las verdades más serias hay que presentárselas á veces con traje y cascabeles de arlequín.

—¡Observación que por cierto no nos honra!

—Ni poco ni mucho, pero que bochornosa como es no podemos dejar de tenerla en cuenta los que nos hemos de dirigir al niño en cuestión. Y va otra comparanza.

—Que ese es el fuerte de vuestra retórica popular.

—Y que ha de serlo de todos los retóricos que se den á perorar en tan singular tribuna.

—Venga la comparanza al canto.

—Es la siguiente. Que así como al niño desganado tiene que meterle su madre los bocados en la boca distrayéndole con juguetes la atención, para que sin pararse tal vez en lo que coma, vaya poquito á poco tragándolo el infeliz; así á esotro niño grande, á quien aqueja hoy día la horrible desgana de la verdad, hay que dársela, aun la más suculenta y sustanciosa, entre bromas y juegos, que lo que importa es que de un modo ú otro la llegue á tragar el muy miserable.

—Esto por lo que mira á la palabrilla *conversaciones de hoy*. Mas ¿por qué añadís luego *sobre materias de siempre*?

—¡Hombre! Pues por lo que á eso toca no se necesita haber inventado la pólvora para dar luego con la secreta razón. *Sobre materias de siempre* significa que las materias religiosas de que aquí vamos á tener mis lectores y yo franca y ami-

gable conversación, no son baratijas de poco más ó menos que me invente yo, sino que son verdades de excelso origen, eternas, traídas del cielo á la tierra por el Hijo de Dios, y como El propias de ayer, y de hoy y de mañana y de todos los siglos. Que ese es el carácter esencial de lo verdadero, ser tan propio del día, como si solamente hubiese nacido para él; y ser juntamente tan propio de siempre, como si por ello no pasasen días. Que no está sujeta á modas la verdad, ni se aumenta ó atenúa ó modifica según los gustos del momento, ni está subordinada á las influencias de alza y baja de ese mentiroso barómetro que se llama la pública opinión, ni la hacen ó deshacen á su antojo mayorías ni minorías. Es lo que es, y es siempre: exactamente como Dios.

—¡Vaya! Que El os ayude, pues, y os dé buen avío.

—Todo para su gloria y contando siempre con El. Y quedan inauguradas, bajo tales auspicios, nuestras *Conversaciones*.

Sabadell, 1899.

CONVERSACIONES DE HOY SOBRE MATERIAS DE SIEMPRE

I

ARGUMENTO SIN RÉPLICA


N argumento hay en favor de la verdad de nuestra santa Religión, en el cual no sabemos se hayan fijado, por lo menos con la extensión que pudieran, los apologistas católicos. Argumento no traído de fuera, sino nacido de las mismas entrañas del asunto; argumento que puede comprender el más boto en el arte de discurrir, como no le falte aquella general cualidad humana que tiene todo sér racional que no la ha querido extraviar de propósito, cual es el buen sentido; argumento, por fin, que hemos de llamar sin réplica, porque realmente no la tiene, si se procede al escucharlo con toda lealtad y buena fe.

Es el siguiente.

Para todo hombre cristiano, judío, gentil, incrédulo, indiferente ó ateo, hay una palabra en el diccionario y una cosa en el mundo que se llaman honradez ú hombría de bien.

No nos metamos á definir ahora en qué consiste ó debe consistir esa honradez ú hombría de bien. Bástanos dejar por ahora bien sentado que hay en el diccionario una palabra y en el mundo una cosa que se llaman de aquella manera. Y que en consecuencia hay en el mundo alguno que

otro hombre á quien ellas se aplican, y que por tanto es llamado, con ó sin razón, hombre honrado.

Admitirá este hecho cualquiera con quien nos pongamos á discutir, católico ó hereje, indiferente ó ateo bravo. Lo admitirá, porque nadie hay de ellos que una vez ú otra no haya dicho en su interior ó á sus amigos: «Fulano ó Zutano sí que realmente es hombre honrado, es un hombre de bien.»

¿Con qué quedan Vds. todos muy firmes en eso, no es verdad?

Pues bien: ahora sobre este *hecho* que todos Vds. me conceden, porque nadie de Vds. me lo puede negar, entro yo y discurro de esta suerte. Avísenme en cuanto noten que no discurro bien y que me salgo del rail de la deducción más lógicamente encarrilada.

Se da el *hecho* de que hay ciertos hombres á quienes el mundo todo reconoce y llama honrados. Pero da al mismo tiempo la *casualidad* (llamémosla así por ahora) de que tales hombres honrados, cuanto son más honrados (aun á juicio del mundo) más coinciden (aun quizá sin advertirlo ellos mismos) con lo que manda nuestra santa Religión, y cuanto son menos honrados (aun según el mundo) más coinciden con lo que esta misma Religión prohibe.

De suerte que un judío, moro ó ateo, tanto cuanto más se acercan en sus actos al ideal cristiano, tanto más son reconocidos como honrados aun por los mismos enemigos del Cristianismo. Y cuanto más de este ideal se alejan, tanto más ellos mismos los van reconociendo faltos de probidad y honradez.

El fenómeno es curioso y merece lo expongamos aún con más detención.

Denme un ateo de los que se llaman y se tienen por ciudadanos honrados. Dénmelo á examinar cinco minutos siquiera, y me comprometo á demostrarles, haciendo anatomía de los actos de aquel hombre, que en todo lo que á los mismos ateos les parece recomendable no hace él más que seguir lo que enseña y manda nuestra santa fe. Y si no quieren hacer este estudio anatómico-moral sobre un hombre vivo, tráiganme á mi sala de disección cualquiera de los tipos más

reconocido por justos en el Paganismo, Sócrates ó Arístides por ejemplo, ó cualquier otro. Y me comprometo á probar que lo principal que alaban en tales hombres las historias está *por casualidad* (llamémosla por ahora así) en perfecta armonía con lo que manda observar la fe católica.

—Está bien, señor mío; demos por hecha esta prueba, y concedamos que el resultado es tal como supone vuesa merced. ¿Qué sacais, empero, de ahí, como *argumento sin réplica* en favor del Catolicismo?

—A eso voy, caballero, y confío no haceros esperar. Si el mismo ateo ó incrédulo llaman á ciertos hombres *hombres de bien*, y da la casualidad (llamémosla por ahora así) de que tales hombres de bien, en aquello porque se les llama tales, coinciden en observar lo que nuestra ley manda observar y en abstenerse de lo que nuestra ley manda abstenerse, síguese de ahí, por confesión implícita de los mismos incrédulos ó ateos, que nuestra ley es buena y verdadera en mandar aquello que manda y en prohibir aquello que prohibe.

—¡No acierto á ver aún de donde sale esta consecuencia!

—Sale clarísima y por su propia virtud del fondo mismo de la cuestión. Vamos á los ejemplos que os la harán tocar como con la mano. Juan no es cristiano ni cosa que lo valga, pero me decís que es honrado, porque ni hace mal á nadie, ni lo desea, ni procura más que favorecer cuanto puede á todo el mundo. Ni miente, ni jura, ni difama, ni defrauda, ni maltrata, ni es codicioso, ni avaro, ni despilfarrador, ni deshonesto, ni mal hablado. Es un hombre de quien todos dicen bien, sólo... que no tiene Religión, no la da por cosas de Iglesia, como por ahí se suele decir. ¿Admitís que puede haber un hombre así?

—Raros son tales modelos de honradez natural, pero alguno se da.

—Bástame se dé uno tan solo, y que á éste le llame hasta la misma impiedad hombre honrado, como sin duda le llamará.

—Por de contado, y más que á los vuestros.

—Perfectamente. Pues ¿qué alaba en ese hombre la impiedad? ¡Ah! Da la casualidad de que alaba en él la con-

formidad de su conducta con los preceptos de nuestra moral.

—Empiezo á comprender.

—Sí, amigo mío, y acabaréis de comprenderlo todo sin dificultad. El código cristiano no lo pueden ver ni pintado los enemigos del Cristianismo. Mas sucede que, sin advertirlo ellos, cuando algo de él ven realizado en uno de los suyos, lo alaban y admiran y ponderan. ¡Cogidos los tenemos en la trampa! Y convictos y confesos...

—¿De qué?

—De que no se puede ser hombre de bien sin encontrarse conforme en lo fundamental con el Cristianismo. Luego... ayúdeme V. á sacar consecuencias.

—Cuantas queráis.

—Luego es bueno aquello que nuestra Religión recomienda. Luego es buena tal Religión, supuesto que recomienda lo bueno. Luego hacen mal, muy mal, los que la impugnan y contradicen, porque impugnan y contradicen en ella y sólo por ser de ella lo que admiran y alaban y ponderan en los demás.

—Bien deducido está; mas, ¿por qué no podría ser tal conformidad mera casual coincidencia?

—Porque no: porque las coincidencias que llamamos casuales no son constantes, y esto lo es; ni se presentan siempre de igual modo, y esto siempre se presenta así. Los héroes de la antigüedad pagana, en aquello porque merecieron alabanza de la misma pagana filosofía, fueron en algún modo buenos cristianos: la magnanimidad de César en perdonar; la continencia de Escipión: la heroica firmeza de Régulo; el celo por las costumbres, de Catón; la templanza y sobriedad de Cincinato; virtudes fueron á las que sólo faltó ser practicadas en nombre de Cristo para poder ser llamadas verdaderamente cristianas. Si por ellas, pues, merecen ser admirados del mismo incrédulo los que las practicaron, ¿por qué no ha de merecerle igual admiración la fe que las enseña, las inspira y las ofrece mil veces más heroicas en sus perfectos seguidores?

—En efecto.

—Sí, amigo mío; y si los incrédulos lo fuesen de buena

fe, lo primero que admirarían y ponderarían sería la Religión cristiana, á pesar de no ser ellos cristianos. Gracia me hacía en cierta ocasión un desdichado de esos sin pizca ni miaja de Religión, y que no obstante para ponderar lo muy exacto que era en cumplir sus compromisos comerciales, decía y repetía que él en cuanto al negocio cumplía *religiosamente*. ¡Infeliz! ¡No hallaba mejor adverbio para significar lo más delicado de la fe comercial! «Amigo (le dije una vez, cansado de tanta religiosidad en un hombre sin Religión), ¿cómo en el comercio cumplís tan religiosamente, y en lo religioso cumplís con tan poca religiosidad? Confesad, amigo mío, que ó no os portáis bien ó habláis muy mal. Si es bueno cumplir religiosamente, ¿cómo no cumplís así en las cosas religiosas? Y si ser religioso es tontería, ¿cómo caéis en la tontería de alabaros de que en los negocios procedéis *religiosamente?*» Y os aseguro que con no ser corto de genio no supo qué contestar.

—Ni tenía qué.

—Pues bien, he aquí el *argumento sin réplica* que os dejo ahí apuntado para que tapéis con él la boca al que os niegue las excelencias de nuestra santa fe. Es lo que llamó Tertuliano: *Testimonium animæ naturaliter christianæ*.

—Perded cuidado: no se me olvidará.

II

POBRES MUY RICOS


AY pobres, sí, señor, muy ricos á pesar de su pobreza, y voy á presentar de ellos un curioso ejemplar. Más raros son, claro está, los pobres muy ricos, que los ricos muy pobres de que en otra ocasión les hablé á mis buenos lectores. Mas ¡qué diantre! no faltan tampoco de esos nobles tipos, aun en nuestra desvencijada sociedad, que no todo ha de ser en ella cosecha del diablo, sino que mucho y muy bueno tiene para la suya Jesucristo Nuestro Señor.

Pedro es un honrado trabajador, á quien me encuentro casi cada tarde, al salir él de su taller y al volver yo de mis ordinarias ocupaciones. Me saluda con la sonrisa en los labios, indicio claro de la sanidad de su corazón, y devuélvole yo el amistoso saludo sombrero en mano; sí, señor, sombrero en mano, con más amor y respeto que lo hiciera al más encopetado marqués.

¿Qué quieren Vds.? Soy así; ¡demócrata por instinto y por convicción; demócrata de esa real y nobilísima democracia que se llama pueblo cristiano, de la que no ha vacilado llamarse hermano el mismo Hijo de Dios!

Pedro tiene algunas letras, aunque pocas, y algunos cuartos, aunque más escasos todavía que sus letras. Estas se reducen á la primera enseñanza regularmente aprendida en la escuela, y aquéllos al modesto jornal de unos cuantos reales, que gana en su oficio de tejedor.

Buena cosa fuera tener algo más de lo uno y de lo otro;

pero (lo que dice él) para sabios y para ricos ha criado pocos Nuestro Señor. Y bien se puede ser feliz en este mundo y en el otro sin haber escrito jamás libro alguno, ni haber tenido gran capital. Además de que, no es poco saber, conocer á Dios y entender su ley y practicar sus mandamientos como buen cristiano; ni es poco poseer, tener dos brazos que valen como la mejor finca; y salud y robustez con que hacerlos productivos; y una mujer como Joaquina, prudente, hacendosa, económica y temerosa de Dios, en cuyas manos vale cada real una peseta; y cuatro hijos como cuatro soles, que todos juntos componen un delicioso hogar que parece por lo risueño la antesala del paraíso.

Y díganme Vds. ahora, si con estas condiciones no se le puede llamar pobre muy rico al buen Pedro, cuyo exacto retrato á la pluma les estoy pintarrajeando aquí.

Mas... prefiero se lo oigan Vds. á él mismo, que se goza en contarlo *de pe á pa* á todo el mundo, con la mayor naturalidad. Ahí le veo venir calle arriba, firme el andar, alta la cabeza; salgámosle al paso y entablémosle franca conversación.

—¡Buenas tardes, Pedro! ¿No os zumbó en los oídos que alguien por ahí cerca murmuraba de vos?

—¡Ni por pienso, señor mio! A bien que no me da cuidado alguno si ha de ser V. el deslenguado murmurador.

—Precisamente, y rarezas contaba yo de vos á esos caballeros, que ya ya...

—¿Qué le va V. á hacer? Genio y figura, como canta el refrán... ó cosas de Pedro, como dicen allá en la fábrica mis compañeros, que han dado en la manía de llamarme... ¿cómo creerá V., señor mío, que me llaman allá mis compinches?

—¿Qué sé yo?

—Un hombre original.

—¡Vaya con la ocurrencia!

—¡Qué sé yo! Pues se les antojó á los benditos que hay en mi modo de obrar algo ó mucho que choca con sus ideas y costumbres, algo que los muy bobos no aciertan á explicarse, y que sin embargo es la cosa más natural.

—Por ejemplo...

—Sí, señor, por ejemplo, que hace ocho días me encontré ahí al volver de esa esquina un papelote en el suelo, á medio doblar, y que por sus colores y dibujos me llamó la atención. Cogíle al punto, y vi con sorpresa que era ¡vaya un caso! ni más ni menos que un billete de quinientas pesetas hecho y derecho, y con todas las marcas y rúbricas, que le acreditaban de buena ley.

—Y no fué mala fortuna, ni os vendría mal el hallazgo, vamos al decir.

—Ocurrióme al punto que en alguna casa se estaba llorando á aquella misma hora por aquel retazo de papel, que de seguro no brotó por sí propio del suelo como un hongo, sino que se le hubo de caer del bolsillo ó de la cartera á algún infeliz. Lo cual era más de creer, por cuanto está allí á las cercanías una Casa de cambios, á donde van á todas horas dependientes del comercio con tales encargos de sus principales. Era, pues, seguro que á alguno de ellos le estaba dando malísimo rato aquel hallazgo, que parecía una fortuna para mí. Tomé, pues, el camino de mi casa, y dilucidado el caso con Joaquina, empecé con ella á esparcir por el vecindario la nueva de que se había encontrado un billete (callándome por supuesto su valor), y que lo entregaría yo á quien acreditase ser su legítimo dueño.

—¡Rasgo hermoso, á fe!

—¡Qué rasgo ni qué once cuartos! Sencillamente lo que hubiera hecho todo hombre como yo.

—Sí, por cierto, todo hombre... como vos.

—Y en efecto, á los veinte minutos, corriendo y jadeando llega á mi casa un pobretón con las lágrimas en los ojos reclamando el billete: nombró las calles por donde anduvo aquella mañana en dirección á la consabida Agencia de cambios, señaló el valor fijo del papel, su color, la caja ó banco de su procedencia, y sin tener yo calma para escuchar más señas, díle el billete y... en paz. Pero lo raro fué como tomaron la cosa mis compañeros de fábrica, de que hablé al principio á V.

—Os llevarían en triunfo, ¿no es verdad?

—¡Cá! señor mío, en cuanto supieron el caso no me dejaron de tonto y necio, y qué sé yo cuantas otras cosas.

—¡Y aun quizá por eso os llamarían, como dijísteis, hombre original!

—Por eso. Y ocho días seguidos fué el asunto de todas las conversaciones esa extravagancia de Pedro, que sin saberlo más que Dios y su conciencia pudo meterse cien duros ajenos en el bolsillo, y no quiso el borriquín ¡figúrese V.! sólo porque Dios y su conciencia lo habían de saber.

—Realmente sois, Pedro, un hombre original. Y como tenéis algunas de esas cosas, extrañas para el siglo en que vivimos, no me admira, á fe, os hayan merecido tal apodo.

—Es verdad, y harto veo no anda por ahí la gente del día. Mas lo que digo yo; de esas y algunas otras *rarezas* que hemos mamado con la leche de nuestras madres, ni Joaquina ni yo nos movemos á tres tirones ni á tres mil; y dé los tumbos que quiera el mundo; á Pedro y á los suyos no le han de volver el juicio y el Catecismo al revés.

—¡Bravo, bien!

—Yo no entro ni salgo en estas teorías modernas que á tanto pobre trabajador han trabucado los sesos, dando con él para su consuelo en las garras de la Internacional; ni me avengo á que en nombre de ella me rediman ó emancipen de servidumbres y tiranías que nunca he conocido, extraños amigos del pueblo *libre*, que lo primero que le exigen es que se deje conducir por ellos á no sabemos dónde y á no sabemos qué; ni tolero que á mis hijos los tenga en sus listas el club ó la escuela laica, para que les enseñe allí que el ascendiente de su padre fué el mono y de su madre la mona, y que no se debe á ambos más reverencia y amor que los que tienen por sus padres los hijos de estos animalitos; ni me suscribo al periódico ruín que no sabe sino el necio cantar de siempre, esto es, que los Curas son lo peor del género humano y que la Iglesia es la explotadora del pobre trabajador, cuando á mí ¡caracoles! me consta perfectamente qué raza de santos tan estrambóticos son los que eso imprimen cada semana, y qué clase de explotaciones le debo yo en mis apuros al pobre Cura de mi parroquia.

—Bien, Pedro, bien: es todo un programa el vuestro, y lo exponéis que es un primor.

—Sí, señor mío, y eso pienso, y eso digo á las barbas

del más pintado, y eso enseño á mis hijos; y además no voy á la taberna, ni al café, ni pongo sobre una carta el jornal de la semana, ni olvido el Rosario cada noche, ni la Misa cada día, ni la Comunión cada fiesta, ni de vez en cuando mi visita al hospital; ni me meto en otros dibujos que en ser buen cristiano en esta vida para dejar asegurada en la otra mi salvación. ¿Y hay motivo, señor mío, para que se le llame á un hombre por eso solo... un hombre original?

. . . .

Calló mi buen Pedro, y fuése él á su casa y yo á la mía. Realmente era, aunque en inverso sentido, lo que decían de él sus compinches... un hombre original.

Sí, queridos lectores, un *original* de quien por cierto todos podéis ser *copias*: ¡ojalá lo lleguéis á ser!

III

¿DUDAS, AMIGO MÍO?



o, tú no tienes dudas, ¡cá! otra cosa tienes tú.

—¡Vaya! ¡si querréis saber vos de mis adentros más que yo, que vivo de continuo en ellos!

—Puede que sí, bobalicón: que en muchas cosas está desmentido aquel refrán: *Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.*

—Pues no comprendo, á fe.

—¡Válgame Dios! ¿Qué médico hay que, en una enfermedad suya, no crea que otro compañero sabe de ella mejor que él?

—Cierto, y arroja mucha luz la comparación.

—Ahora bien: á la luz de ella no temo volverte á asegurar, pobre amigo mío, que no son dudas lo que seguramente tienes tú sobre las cosas de fe.

—Pues ¿qué son?

—Son sencillamente ó la natural obscuridad que rodea las cosas sobrenaturales; ó ignorancias hijas del descuido tan común en nuestro siglo tocante á enterarse regularmente de cosas divinas; ó preocupaciones en que te ha imbuido una atmósfera social harto cargada por desgracia de prevenciones contra la fe; ó pretextos y desconfianzas que te dicta la grosera pasión.

—¿De suerte, señor mío, que para vos no existe en el siglo lo que se ha calificado de enfermedad general de él: la duda religiosa?

—Muy lejos estoy de afirmarlo así en términos tan cate-

góricos. Existe, sí, la duda, y trae mareadas con su desastroso vacilar no pocas inteligencias. Pero, lo que digo es que existe menos, mucho menos, muchísimo menos de lo que nos figuramos; que son pocos, relativamente pocos, poquísimos los atacados de tal dolencia intelectual; y que la mayor parte de lo que en el mundo se oye calificar de *dudas*, no son, bien examinada la cosa, más que lo que arriba te dejé apuntado.

—Me gustaría oiros explanar esa singular teoría.

—De mil amores. Dudar es permanecer incierto entre dos ó más pareceres que sobre cualquier cosa se nos ofrecen, encontrando por cada uno de ellos razones que mueven la inteligencia, sin encontrar en cambio ninguna tan poderosa que acabe de decidirla plenamente en determinado sentido.

—Exactamente.

—De donde saco que no es posible dudar de lo que no se conoce. ¿Qué dudas pueden ocurrírseme á mí sobre la cuestión A ó B de astronomía, ciencia que completamente ignoro? Por donde el dudar no es de ignorantes, como alguien se figura; de ignorantes es sencillamente el ignorar. El dudar es de gente que piensa algo, y el ignorante no piensa nada.

—Cierto, cierto.

—Dime, pues, ahora: mil y mil que dicen, para falso descargo de su conciencia, tener dudas, graves dudas, sobre Religión, ¿qué conocen de ella? ¿en qué libros han estudiado el *pro* y el *contra* de sus intrincadas cuestiones? Han afectado toda su vida soberano desdén por esas materias; las han relegado siempre á la para ellos muy despreciable esfera de los niños, de los Curas y de las viejas; á cualquier observación que sobre eso se les dirija no contestan más que con risadas y donaires; ¿dónde, pues, habrán aprendido á dudar esas pobres gentes? ¿qué peso de graves razones mantiene indeciso el fiel de su balanza ya á un lado ya á otro, pues en eso consiste el verdadero *dudar?* No los pongamos, pues, á éstos en la hasta cierto punto noble (aunque lastimosa) categoría de los que de buena fe dudan.

—Lo habéis dicho antes; son ignorantes y nada más.

—No y nada más, sino con añadidura de charlatanes y majaderos. Si yo delante de un químico ó botánico hago

alarde de que tengo mis dudas sobre tales ó cuales clasificaciones botánicas ó preparaciones químicas, sin saber ni el *abecé* de estas ciencias, ¿qué han de decir de mis dudas el químico y el botánico que lo sean de veras? Que soy un necio forrado en pedante y charlatán.

—Y tendrán mucha razón. Pero ¿no habéis dicho que otras cosas se hacían pasar también por dudas sin serlo más que las del grupo anterior?

—Sí, y son las sombras que naturalmente rodean (para nuestros ojos) las verdades todas del orden sobrenatural. Reparad que digo *para nuestros ojos;* porque las verdades de la fe clarísimas son en sí; obscuras lo parecen porque no puede llegar á ellas, sino á medias, la débil fuerza de nuestro ojo intelectual. A un pobre míope se le presenta nebulosa la perspectiva más clara; ponle al míope un lente acomodado á su debilidad, y como por encanto le desaparecen las sombras. Así está nuestro entendimiento en orden á las verdades sobrenaturales. Las verdades sobrenaturales, naturalmente, es decir, por su propia naturaleza, han de estar fuera del alcance *natural* de la humana razón. De lo contrario ya no serían sobrenaturales. Es irracional, pues, el racionalismo cuando pretende medir lo sobrenatural con los alcances de su criterio meramente natural. Tener, pues, dudas sobre las verdades de la fe, porque no se las ve con el ojo humano tan claras y palpables como se ven con él las cosas humanas, no es tener tales dudas, es solamente quejarse el míope de que lo es, y de que no ve, como vulgarmente se dice, más allá de sus narices.

—¡Bravo! ¡bien! Esta frase familiar pone en su verdadero punto la cuestión.

—Y no digo nada de lo demás que también quieren algunos se les tome á cuenta de dudas! ¡Las paparruchas mil que una sociedad asaz interesada en guerrear contra la verdad admite y hace circular tan fácilmente contra ella! ¡Las prevenciones que levanta nuestro amor propio contra todo lo que le pica ó enfrena! ¡Las vanas excusas que halla siempre el egoísmo para no admitir lo que le limita ó contraría! ¡Ah! Esas vacilaciones del espíritu humano tocante á la fe, casi nunca se forman en la cabeza, que es la región superior:

del corazón corrompido suben allá; aún de más abajo tal vez, del estómago vil que es donde muchos hombres tienen colocada la brújula que marca sus derroteros. Dime sino: ¿cuándo le ocurrió á Fulano dudar si tenía ó no razón el sexto mandamiento? Cuando empezó el infeliz á ser de sucias costumbres, y no antes. ¿Quién principalmente pone en duda el derecho de propiedad? Pues es claro: el que ha perdido por sus vicios toda esperanza de ser propietario. Dale al demagogo más fiero un par de buenas fincas, y cátale convertido en conservador, y este es milagro que estamos hartos de ver todos los días. Las pasiones y los intereses han hecho variar más convicciones que los mejor urdidos sofismas. Casi nunca se revuelve el hombre contra la verdad, sino cuando ésta se hace exigente, y por ende enojosa en el terreno de las costumbres. Si las matemáticas, ha dicho un filósofo, trajesen alguna obligación en orden á la moral, dejarían al punto para muchos de ser evidentes. En la mayor parte, pues, de los que dicen dudar en materias de Religión ¡créeme! no hay tales dudas ni tales carneros.

—Va pareciéndome que no os falta razón.

—Sí, sí, y por eso el diablo casi siempre emplea para combatir los dogmas de nuestra santa fe un argumento que sabe el maldito es de resultados poco menos que infalibles. Con una particularidad, la de que este argumento sirve lo mismo para combatirlos á todos juntos y á cada uno aisladamente. Y con otra particularidad, la de que este argumento ni siquiera es un silogismo: á duras penas forma de oración gramatical llega á tener.

—Ahora sí que os pierdo la pista.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Es un argumento que casi no puede constar de menos palabras, porque no tiene más que dos; argumento que...

—¡Soltadlo de una vez, y no me pudráis la sangre con nuevas ganserías!

—¿Qué no lo adivinas, hombre?

—Ni de cien leguas; decidlo ¡por vida de las once mil!

—¡Hombre! es el consabido grito mágico de ¡Viva la libertad!

—Acabáramos de una vez.

—Si, y es todo un argumento, que desde Luzbel hasta hoy día ha sido de un efecto sin igual. Del cielo derribó una tercera parte de los Angeles; en el paraíso terrenal insubordinó contra Dios á los primeros padres; en lo sucesivo es el único que mantiene á una parte del género humano en guerra abierta con El. ¡Viva la libertad! No le pidáis al hombre-bestia otras metafísicas ni teologías; la mitad de los libros *científicos* contra Religión no dicen otra cosa en todas sus páginas: la mitad de los más elocuentes discursos de la impiedad podrían bien condensarse en esta sola frase que es su esencia: ¡Viva la libertad! es decir ¡Viva yo! que esta es su exacta traducción. Examínate bien, amigo mio, y verás como en eso se resuelven casi todas tus dudas, cuando ¡pobre criatura! te imaginas dudar.

—No echaré en saco roto las observaciones de la presente *Conversación*.

IV

¡CUARTOS! ¡SIEMPRE CUARTOS!


si repetía refunfuñando mohino y malhumorado hace pocos días mi vecino D. Antolín, mientras volvía á entrar con visibles muestras de enojo en su despacho, junto á cuya puerta acababa de despedir (á la verdad, con la más exquisita cortesía) al Cura de su parroquia.

Don Antolín es católico, buen católico, y ni en sus ideas ni en sus costumbres puede encontrar el más rígido cosa notable que reprochar.

Una sola tacha se le nota á mi amigo, que es por desgracia común en muchos cristianos del día. Reconoce D. Antolín que á Dios se le debe servir con todo el corazón y con toda el alma y con todas las potencias y con todos los sentidos, y con todos los todos que á V. le ocurra poner en lista. Sólo no acaba de convencerse mi amigo de que deba servir también á Dios con todo su dinero. Esta es ¡ay! la tecla desafinada en el teclado de mi D. Antolín: ésta la fibra sensible y siempre dolorida de su por otra parte buenísimo corazón. Tocarle la cuestión de los cuartos es herirle al triste en lo más delicado de sus entretelas: en cuanto se le va uno á este asunto, pónese melancólico y cejijunto el buen caballero, y aquí de su estribillo doliente y plañidor: ¡Cuartos! ¡siempre cuartos!

—Vaya, mi D. Antolín, le dije, que no tiene V. para qué andar descontento de su fortuna, que no se le mostró ella como á muchos tan huraña, que no le permita portarse cuando es menester como generoso.

—¡Hombre! me gusta V., ó mejor, me cargan su calma y su frescura. ¿Sabe V. cuánto pedigüeño sin vergüenza le anda á uno moliendo los huesos todo el día?

—Pues, es claro, ¡como que ahí es donde hay que acudir! Fuera V. pobre de solemnidad, y de fijo no le irían á su puerta con tales impertinencias.

—Es que sin duda se han venido á figurar ciertas gentes que el bolsillo del rico ha de estar siempre á su disposición.

—¡Como que sí!

—¿Con que sí? Me llena la teoría, y por de pronto V., señor católico, más bien me parece en eso su merced un fiero socialista.

—No tanto, no tanto, amiguito, y si se acomoda V. á escucharme un rato, puede que al fin se persuada de que es mi doctrina la única que un buen cristiano puede y debe profesar... y practicar.

—Pues explíquese y conviértame de una vez.

—Ha dicho V. que ciertas gentes se figuran que el bolsillo del rico ha de estar siempre á su disposición.

—Así parece por lo visto.

—Digo, pues, que á tales gentes se les figura sencillamente la verdad, y lo mismo á todos los ricos debiera figurárseles. Sí, señor, hay muchas, muchísimas cosas en el mundo para las que ha de estar siempre el bolsillo del rico en perfecta disponibilidad. El mundo, señor mío, es una gran familia en que hay muchos gastos á que atender, y los ricos son sencillamente los cajeros nombrados por Dios (ni más ni menos) para atender á los gastos de esta gran familia. Cajeros, con meros derechos de tales, es decir, con mero derecho de guardar bien el depósito y de administrarlo honradamente y según las instrucciones de su principal.

—¡Vaya! ¿querría V. significar al fin que no soy yo dueño absoluto de mi dinero?

—Nada menos que eso. En el concepto de que nadie, de Dios abajo se lo puede disputar, es V. verdadero y perfecto dueño. Pero no lo es V. en el concepto de que pueda disponer de lo suyo á su antojo, y sin las restricciones y condiciones que al dárselo pudo imponerle Dios, y que de hecho le ha impuesto cuando se lo dió.

—No comprendo, á fe.

—Será, amigo mío, porque hay cosas en este mundo que siempre nos cuesta á todos comprender. Y esta es una de ellas. Todo el toque de la presente cuestión está en averiguar dos cosas.

—Dígalas para abreviar.

—Primera. Si es ó no Dios quien le ha dado su dinero á V.

—Sí, á Él y no á otro debo agradecerlo, pues me dió Él los medios con que poderlo ganar.

—Segunda. Si le ha dado Dios ese dinero libre y autónomo é independiente de su soberana voluntad.

—No, por cierto, sino sujeto como todo lo demás del mundo á sus divinas leyes.

—Está bien. Llámese, pues, V., ó llámele la ley humana y llámele el mundo todo, dueño de su dinero; el caso verdadero y real es que V. ante Dios y ante su ley no es tal dueño ni cosa que lo parezca. Es simple depositario.

—Apretando va V. el cerco.

—Y tal que no deja salida. Esos cansados pedigüeños que muelen á V. todo el día, puede que no sean más que delegados de Dios, que le vienen á recordar en nombre de Él los censos y obligaciones á que está afecto este su dinero, y á efectuar por orden de Él los debidos cobros. Son letras á la vista que está Dios girando de continuo contra el bolsillo de V.

—Muy á lo comerciante trata V. esta cuestión.

—Como que es cuestión de fondos y de nada más. Este señor Cura, por ejemplo, á quien acaba de despedir y que le ha puesto á V. tan gruñón y malhumorado, ha venido por lo visto á pedir para alguna necesidad.

—Sí, y de sobras; por los pobres del barrio; por no sé qué cultos y reparaciones de su parroquia, es decir, de la mía; por una empresa de propaganda que dice se va á establecer. ¿Qué sé yo? ¡No traía el buen hombre poquitas demandas en su memorial!

—Perfectamente; pues haga V. cuenta que no fué él más que un corredor de negocios que vino á traerle unas letras de cambio de parte de Dios nuestro Señor. Y ya sabe V. lo que pasa con una letra...

—No hay medio, ó se acepta y se paga, ó bien se protesta y se expone uno á la ejecución.

—Eso pasa, pues, ahí, sin otro escape. O paga V. al enviado en buena moneda las letras que contra V. gire en uso de su perfecto derecho el Banquero supremo, ó se somete V. á la dura ley de la ejecución judicial, que por cierto no se hará sobre sus bienes ó muebles, sino sobre su propia alma.

—¡Ah, intransigente fiscal!

—Pero verdadero. ¡O pago ó embargo! Y ningún rico habrá de pasar por menos. A ese censo se otorgan por Dios las riquezas al hombre. Hay sustracción de fondos, si los priva V. del natural destino para el cual se le hizo de ellos administrador. Grandes reinos hay en el mundo, ha dicho San Agustín, que no son sino grandísimos latrocinios. Muchos ricos hay también en este concepto que no son sino... temo pronunciar la palabra y aun tan sólo apuntarla...

—¡Suéltela V. sin reparo, aquí para entre los dos!

—Es que es dura y fuerte, y podría á alguien sonarle mal.

—¡A buen hora le asaltan á V. miedos y escrúpulos!

—Digo, pues, que muchísimos ricos de hoy son en eso perfectísimos, aunque muy disimuladitos... ladrones.

—¡Hombre! ¡Carape!

—Sí, amigo mío; ladrones que roban al pobre, cuando el pobre tiene necesidad de sus limosnas, y ellos no se las dan. Ladrones que roban á la Iglesia, cuando gime ésta falta de lo más preciso, y ellos no se lo proporcionan. Ladrones que roban á la causa de la verdad, cuando por negarle ellos sus materiales auxilios, no se ve, como pudiera, propagada y defendida. Sí, y ladrones contra quienes se levantarán en el dia del juicio airadas y acusadoras mil víctimas de su fraudulenta administración, echándoles en rostro ante Dios mil y mil desgracias y miserias que por su medio debieron remediarse y que por su egoismo no se remediaron.

—¡Calma! ¡calma! Que se sale V. de quicios y lleva hasta lo absurdo la exageración.

—No, amigo mío, no; que no hago más que reproducir frases de Santos Padres, comentario de aquel *Væ vobis divitibus!* del Evangelio. Para algo lo debió de pronunciar quien

nunca pudo pecar de exagerado. Oiga V. á San Agustín: «Lo superfluo de los ricos representa lo indispensable del pobre: cuando de eso se dispone mal es como si se dispusiera de bienes ajenos. *(In Psal.* CXLVII).» Oiga V. á San Ambrosio: «No es mayor crimen quitar á uno lo que tiene, que negárselo, cuando sobra, al que no tiene. *(Serm. Dom. post Pent.)*.» Oiga V. á San Juan Crisóstomo: «¿Gastas en vanidades? Oye el grito de los pobres que te dicen: Nuestro es eso que derrochas: á nosotros *se roba* eso que tú malgastas. *(Homil.* XXXIV *ad pop. antioch.)*.» Oiga, por no citar más, á Salviano: «Las riquezas que hemos recibido de Dios, son de Dios más que nuestras. Sólo consiente Él que las llamemos nuestras á condición de que demos de ellas á quien tenga necesidad. *(Lib. II ad Eccl. cath.)*.»

—Que es puntualmente lo que en este rato ha venido explanando V., y que nunca creí pudiese abonarse con citas de autoridad tan decisiva.

—No me crea, pues, V. á mí, señor mío: crea á ellas, y demos con ellas por terminada esta materia.

V

¡MÁS VALE CREER!



ECÍAME en cierta ocasión un mi compadre, á quien gusta tomar siempre las cosas por el lado festivo, que los desdichados que no siguen nuestra santa fe, se tienen muy bien merecida la eterna condenación por necios y tontos.

—¿Por qué? hube de preguntarle yo un día, oyéndole repetir por la centésima vez tan extravagante idea.

—¡Hombre! muy claro (me contestó él, siempre con su habitual sonrisa y gracejo). Porque véole tantas ventajas aun acá en el mundo á eso del buen creer y del buen obrar, que no concibo como hay hombre tan enemigo de su propia conveniencia para despreciarlo.

—¿Sabéis, y bromas aparte, que me gustaría en extremo oir desarrollado con razones en forma este vuestro modo de apreciar la cuestión?

—Ruin filósofo soy, y no sé de elevadas metafísicas, pero entiendo que por propia experiencia se puede tal vez hablar de eso, mejor que si se hubiese ido á estudiar en todos los libros.

—Verdaderamente. ¿Mas tenéis vos esa experiencia?

—Demasiada, por cierto. Porque, aquí donde me estáis viendo, aunque no soy santo ni mucho menos, sino pobre pecador, creo no obstante todo lo que manda creer la Iglesia católica, y procuro observar cuanto ella prescribe, y donde tropiezo ó caigo de bruces, levántome luego y pido á Dios perdón de mi fragilidad. No siempre, empero, fuí de esta

suerte, sino bravo incrédulo, valentón librepensador, con más dimes y diretes contra los Curas, y más humos y fantasías contra Dios, que jamás tuvo hombre alguno, en este siglo en que tanto abunda y menudea la raza de los despreocupados.

—Verdad.

—Y era yo uno de esos, el gallo de los corrillos y el oráculo de los cafés, y traíame sabidas de memoria, para desembucharlas en todo tiempo y sazón, las tres ó cuatro docenas de vaciedades que suelen ser todo el arsenal de esos infelices, y seguíanme los bobos y aplaudíanme hasta rabiar los pillastres, y llegué á ser en esta fácil carrera una cierta notabilidad.

—En la que seríais la envidia de muchos, ¿no es verdad?

—Exactamente, al paso que era yo quien envidiaba á aquellos mismos de quienes aparentaba mofarme. ¡Ay, amigo mío! Se habla alguna vez contra los hipócritas de religión. No es este el achaque del siglo, sino la hipocresía de impiedad.

—Observación muy original, pero aún más que original, verdadera.

—Sí, bien lo saben á ciencia cierta la mayor parte de los que son ó han sido incrédulos y despreocupados como fui yo. ¡Cuántos de esos infelices no tienen en su impiedad otro objeto que el de querer ocultar con él su cobardía! ¡Cuántos hay á quienes responde la conciencia propia con un continuo ¡mientes! ¡mientes! á cada una de sus blasfemas baladronadas! ¡Cuántos como yo envidian en silencio el tesoro de sus creencias y de sus costumbres á los que las conservan sin quiebra, al mismo tiempo que con máscara alegre, pero embustera, ponderan las ventajas de la ancha vida sin freno ni temor de Dios!

—Hablad, hablad, que me va interesando más de lo que pensáis ese examen de conciencia hecho en alta voz.

—Cuando, pues, corría yo más desvariado y loco por la ancha senda de mis libres pensamientos, asaltábame de continuo, con vago terror, la idea de que podían tener razón, y de que sin duda la tenían, los que yo en mi vocabulario de club no sabía llamar sino imbéciles y fanáticos y mentecatos.

«Por de pronto (deciame á mí mismo), muchos de ellos, con sus beaterías y todo, valen mucho, muchísimo más que yo. Y la prueba está en que yo mismo, de los que como yo piensan y hablan y obran, no me fío ni por valor de una peseta, al paso que á muchos de esos otros no tendría reparo alguno en dejarles abierta mi casa de par en par. Porque ¿no es cierto, voto á Cribas, que todos ó casi todos los que pensamos ó hablamos como yo, somos en no pocas cosas unos regulares... canallas?»

—¡Vaya, que estáis pintando del natural!

—«Algo habrá, pues, de malo en las ideas que hacen del hombre un perdulario: algo de bueno en las que hacen del mismo, si quiere ser consecuente con ellas, un tipo honrado y formal. Tienen, pues, razón ellos los fanáticos y mojigatos con su Dios y sus Santos á cuestas, y no tenemos nosotros razón, aunque tengamos tal vez menos aprensión y vergüenza y más hueca palabrería.»

—¿Y os decia ya entonces eso vuestro corazón?

—Cada día y cada noche y cada instante, como sin cesar se lo está diciendo á muchos de los que para desmentirse á sí propios necesitan hablar recio y ahuecar la voz. Deciamelo cada vez que miraba delante de mí á un hombre cualquiera firme y prácticamente religioso: ante aquel hombre, magüer fuese él un mendigo y no supiese leer, hallábame yo, con todas mis fantasías de ilustrado, más pequeño y encogido que un chiquitín. Y luego asaltábame otra consideración, que pareciame aún más concluyente. La de que no solamente valía más que yo aquel miserable pordiosero con su riqueza de fe, sino que era mucho más que yo feliz y afortunado con ella, sí, mucho más que yo con mi sonora y altisonante despreocupación.

—Efectivamente, es un lado de la cuestión, quizá el más práctico de todos, sino el más científico.

—¡Ah! Tengo para mí que fué ésta el arma poderosísima de que se valió misericordiosamente el cielo para darle el golpe de gracia á mi terca incredulidad. Mil veces, después de mis estruendosas alegrías, al retirarme ebrio de goces y de locuras á mi habitación, sentía aguijonearme punzante y envenenada la espina del interior vacío, que nada ni nadie

acertaba á llenar. Deseos no saciados ni saciables clamaban á voz en grito pidiéndome con urgencia satisfacción, y yo no podía dársela, ni tenía freno con que tenerlos amordazados. Y si alguna vez por buenos ó malos caminos podía dar algún pasto á su voracidad, no callaban ellos sino para dar lugar á otro grito más hondo todavía y más acongojador: el del remordimiento. De suerte que, por no aguantar el yugo de una ley que en mi interior no podía menos de reconocer honrada y razonable, sujetábame como voluntario esclavo á la infamante argolla de cien y cien tiranos brutales, que uno tras otro se alzaban arrogándose despóticos derechos sobre mi envilecido corazón. Ni fuerza para luchar con ellos; ni paz siendo por ellos vencido. Y cuando, volviendo á entrar en comparaciones, veía á tantos hombres de fe no anhelar, antes mirar con indiferencia, lo que á mí me costaba tan amargos anhelos; no darse pena por privaciones que á mí me tenían en constante infierno; contentarse como dichosos con lo que para mí hubiera sido la más cruel desventura; cuando les miraba sonrientes en la tribulación y siempre en medio de ella esperanzados; cuando de pobres mujeres me veía forzado á admirar, en ocasiones dadas, rasgos de fortaleza y serenidad y magnánimo espíritu para los que yo, con franqueza, no me sentía capaz... ¡ah! mi buen amigo, os lo confieso con toda lealtad; no tenía valor para echarlo todavía al público de los míos, que me hubiera silbado, pero lo decía ya con firme acento en el fondo de mi corazón: «Sí, ¡más vale creer! ¡más vale creer! Desengañémonos, hay más filosofía en la palabra *resignación* que enseña la fe católica y que practica un buen cristiano en la sala de un hospital, que en todos los discursos y tratados de todos los filósofos de la clásica antigüedad, y aun de todos los de menor cuantía que *filosofan* hoy, vamos al decir, en nuestros ateneos librepensadores.

—De todo lo cual resultó, al fin y á la postre, vuestra decidida conversión.

—Sí, gracias á Dios, y no me ha engañado la experiencia de la nueva vida. Penas y sinsabores no me han faltado, pero no me aplastan, como en tiempos peores me aplastaban frioleras de peso mucho más baladí. A la verdad, reco-

nózcome más hombre en el sentido de racional, y menos hombre en el sentido de animal, desde que me voy sintiendo más firme cristiano. A lo noble y elevado que siento en mí me impulsa cada día con nuevo ahinco mi santa creencia; á lo díscolo y rastrero y animalesco que todavía oigo de vez en cuando rebramar ahí dentro, sírveme ello de eficaz lastre y contrapeso. Se puede no ser públicamente malvado sin Religión; pero no se puede ser sin ella interiormente honrado. Nunca creí merecer un presidio cuando andaba allá en mis mocedades en guerra abierta contra Dios; mas ahora, mirándolo desde aquí, reconozco que muchos de los que arrastran grillete son más hombres de bien que lo era yo en aquella fecha. ¡Más vale creer! Sí, amigo mío, y repetídselo en todos los tonos á cuantos oigáis por ahí que os pintan las ventajas de la despreocupación. ¡Más vale creer!

VI

LOS DIOSES DEL SIGLO

VAYA, seamos francos de una vez! ¡está calumniando atrozmente á nuestro siglo quien le llame ateo!

—Pues á vos mismo, para no ir más lejos, os he oído dirigirle más de cien veces esta acusación.

—Lo que queráis, amigo mío: pero lo que es hoy me siento con ganas hasta de retractarme en forma, para devolverle su honor y fama á este pobrecito pecador.

—Vamos á ver.

—Sí, amigo mío: ¿cómo se puede, en efecto, acusar de ateo al siglo actual, que si se hace de pencas en reconocer y adorar y servir al único verdadero Dios todopoderoso, Criador y supremo Señor de cielos y tierra, se forja en cambio dioses á docenas, y se postra ante ellos á todas horas en rendida y sumisa y hasta abyecta adoración?

—Realmente. Idólatra ó politeísta se le podrá llamar á un siglo así, mas nó ateo. Eso en ninguna manera.

—Gracias á Dios, que por fin encuentro quien me dé la razón en eso, que para mí ha llegado á adquirir el carácter de verdad evidentísima. Dad sino una ojeada al mundo actual. En todas partes veo templos, altares, dioses y sacrificios. ¿Qué queréis? Nunca el hombre ha podido pasarse sin algún género de religión.

—Es verdad.

—Ved sino á cuantos dioses tributa vergonzoso culto el siglo actual, por no tributárselo noblemente al único verda-

dero Dios. Es en primer lugar un siglo racionalista, y se gloria de no prestar culto más que á *la razón.*

—¡Orgulloso dios, por cierto!

—O mejor diosa, pues por vez primera la adoró el mundo bajo la figura de una ramera de arrabal. ¡Cuántas locuras no cometen hoy los mortales, fascinados por el brillo de esa embustera divinidad! ¡Cuántas cosas se les antojan *razón*, que no son más que bajas pasiones ó miserables intereses! ¿Qué es la mayor parte del *razonar* de hoy sino mero sofisma y palabrería? Y no obstante, sacrifican las gentes sus creencias, sus costumbres, su honor, su alma, ante este mentiroso ídolo que les tiene sorbidos los sesos, y de puro racionalistas que hacen alarde de ser, van olvidándose de lo que más importaba, que era ser racionales. ¡Ah! El mundo tiende á parecer un manicomio de locos ó un presidio de pícaros, desde que nadie entiende deber sujetarse á otro dios ni á otro dueño que á su propia razón.

—Efectivamente.

—¡Y el *dinero!* ¿queréis otro perdulario que más insolentemente se arrogue todos los tratamientos y consideración de verdadera divinidad?

—¡Y cómo se los tributa todo el mundo esos viles honores!

—¡Ved cómo hace víctimas el muy tirano á los infelices que han aceptado su despótica dominación! Honra, conciencia, salud, todo se le sacrifica cuando lo exige él, ¡y cuidado que lo exige muy á menudo! El vasallaje que se le rinde es más sumiso que el que se rinde á los reyes y emperadores! Ningún santo de los nuestros, ningún austerísimo anacoreta, pasó jamás por nuestro Señor Jesucristo las privaciones y durezas que por el dios-dinero sufren la mayor parte de sus infelices esclavos. Es ciertamente un cruelísimo dios.

—¿Y qué me decís del otro, que más risueño en apariencia, aunque no menos tirano en realidad, tiene tantos adoradores en el día de hoy? Hablo del *placer*.

—¡Oh! Este es un dios superiormente brutal y embrutecedor. No se contenta con tener vasallos y esclavos á los hombres; quiere tenerlos á su rededor como rebaños ó piaras de sucios animales. El primer sacrificio que exige ante su inmundo altar es el de la dignidad del sér racional, á

quien degrada y envilece antes que le permita ofrecerle el corruptor incienso. La belleza y lozanía de la hermosa juventud, la paz del alma, el sosiego de la familia, son ofrendas á que obliga desde luego sin contemplación, y que millares de millares de infelices se apresuran á depositar en sus aras. Siendo digno de notarse que además de sucio, es duro y desapiadado para con los suyos este infame dios. A ninguno de ellos harta siquiera de esa asquerosidad que les ofrece; á todos los deja á medio gozar, vacíos, hambrientos, rabiosos, desesperados. Su última caricia es el remordimiento.

—Os equivocáis: su última caricia es por lo común el rewólver del suicida.

—No hablemos de esotro peripuesto y acicalado y coquetón diosecillo, que más parece diosa y con faldas, según lo que es de genio casquivano y de substancia femenil.

—¿A cuál os referís?

—A la llamada *opinión pública*, amigo mío, que es otro de los dioses ó diosas de hoy que gastan más fantasía. La mitad del género humano ha transferido nada menos que los votos de su bautismo á la obediencia de esta frívola divinidad. La opinión pública dicta leyes, alza Gobiernos y los derriba, consagra ó abate instituciones, vuelve del derecho y del revés al mundo todo, exactamente como los sastres imponen la moda de un traje ó de un sombrero con sólo cambiar á su antojo el figurín. La opinión pública falla *ex cathedra* y sin apelación, y sin tomarse la pena de exponer los considerandos de su sentencia. Nada más arbitrario que ese juez-veleta que gira siempre hacia donde le sopla la última impresión. Y sin embargo, ¡qué dóciles son en someterse á su tiránico imperio tantos hombres preciados de independientes y libres y despreocupados! ¡Cuán graves asuntos se resuelven sin otra razón de mayor peso, que el *porque sí* de esa antojadiza coqueta! ¿qué ley divina ó humana, qué código de Moisés ó de Jesucristo no ha de ceder hoy ante su avasalladora influencia?

—Está visto: no le faltan dioses de todos calibres al mundo, lo que le falta es creencia en el verdadero Dios.

—Y aun si fuésemos á practicar más por menudo esta nuestra requisa, ¡cuántos y cuántos otros dioses de menor

cuantía encontraríamos además de esos pocos que sólo como ejemplos acabamos de citar! Porque, eso sí, el hombre tira siempre á rebelarse contra su único Dios verdadero; mas en cambio, no hay necedad ó porquería cualquiera, de las cuales en caso apurado no sepa él hacerse un dios.

—¡Como que en casos dados hasta á sí propio ha llegado á decretarse este supremo honor!

—En efecto, y es el último ejemplo que nos faltaba citar. El dios más ridículo del siglo, es este dios que lo forma para cada hijo de vecino su *yo*, su propia personalidad. Dios de broma, por supuesto, y cuya divinidad no está á prueba de una pulmonía ó de un cólico cerrado, que en veinticuatro horas me lo lleve á pudrir en el muladar.

—¡Valiente apoteosis!

—Sí, y muy merecida por cierto, ya que tales hombres endiosados, antes de proclamarse dioses, cuidan bien de declarar que ni siquiera pasan de bestias, pues niegan tener alma que les distinga de ellas. Que es por justo castigo del cielo la repetición de lo que le sucedió á Nabucodonosor.

—Explicadme el caso.

—Quiso este orgulloso Monarca ser tenido por dios y ser adorado con honores divinos, á cuyo fin exigía se postrasen ante su estatua todos sus vasallos. El cielo, empero, quiso humillarle obligándole á arrastrarse muchos años por el suelo como cuadrúpedo; y vieron los pueblos andar á cuatro patas á su Rey con el hocico al suelo, así como había querido él le adorasen por dios en elevado pedestal.

—¡Fué gracioso el cambio!

—Tal suele pasar á los *endiosados* de hoy. Y como nuestro siglo es el primero de esos *endiosados* que hace gala de tenerse á sí propio por único verdadero dios, y como tal adorarse y querer ser adorado, de ahí el *materialismo* brutal, que es el carácter más relevante de este nuestro siglo, y con que le permite Dios se embrutezca en pago de aquel su orgulloso endiosamiento.

—Quedamos, pues...

—Sí, quedamos en que los cien falsos dioses á quien sirve el siglo, y ese servirse y adorarse él mismo como único ver-

dadero dios, son el peor castigo con que el Dios de veras humilla á los que creen poder prescindir de El.

—¡Valiente defensa habéis hecho del siglo, contra los que al principio dijisteis le acusaban de ateismo!

—No necesita otra el muy impío, para su escarnio y confusión.

VII

ELLOS Y NOSOTROS

Es verdad, pero gran verdad, grandísima é incontestable verdad. Ni pueden ellos con nosotros, ni podemos en cambio nosotros con ellos.

—Entendámonos, señor mío; quienes somos *nosotros* no lo podemos ignorar, alabado sea Dios. Pero, decidme: ¿quiénes son *ellos*, para proceder ya desde el principio con entera claridad?

—¡Hombre! ¿En eso estamos? *Ellos* son aquí los liberales de todo color, inclusos sus amigotes y compinches más encubiertos y disimulados, ó como técnica y oficialmente se llaman, *católico-liberales*. ¿Necesitáis más explicación?

—Corriente, y seguid vuestro cuento, que estoy ya al cabo de la calle. Decíais, pues...

—Sí, señor; que ni pueden ellos con nosotros, ni podemos en cambio nosotros avenirnos con ellos. Hijos de un mismo suelo y de un mismo siglo, y hablando un mismo idioma, é invocando al parecer á un mismo Dios, y reuniéndonos quizá bajo un mismo templo, y sentándonos tal vez al rededor de un mismo hogar, es el caso que no nos entendemos mutuamente, y que la experiencia viene acreditando que, por esfuerzos de caridad que se hagan, por ingeniosas fórmulas de conciliación que se estudien, es dudoso lleguemos jamás á entendernos.

—Es verdad.

—Se nos ve alguna vez yuxtapuestos, nunca confundidos: hay algo en nuestro respectivo sér que se opone tenazmente

á la mezcla: nos excluimos, nos repelemos con toda la energía del principio de contradicción.

—Cierto, cierto.

—Y eso ¡válganos el cielo! apenas pasa ya más que en España, y como fea mancha de nuestra cultura social nos lo echan en rostro los enemigos de ella y de nuestra fe. Porque realmente, á excepción de la Cátedra de verdad, en que es indefectible la posesión de ella como es infalible su enseñanza, por lo que toca á los pueblos cristianos, casi es el único el nuestro en que con tenaz insistencia se sostiene el *nequit idem simul esse et non esse* de los verdaderos tiempos cristianos. Por eso es nuestro país el único en que el pueblo sostiene verdadera lucha religiosa, el único en que la herejía moderna encuentra en todos terrenos franca y denodada é irreconciliable protesta popular.

—Ahí está la historia de todo este siglo desde el año 8 acá.

—¿Es esto un bien ó un mal? Vergüenza nos da proponer el problema á católicos y españoles. Mas, nos lo proponen todos los días hombres que se creen españoles sólo por el mero hecho de haber nacido en España, y que se llaman católicos sólo porque recibieron sobre su frente el agua bautismal. Es preciso, pues, aceptarlo como discutible, aunque sea con sonrojo en el rostro y tristeza en el corazón. ¿Es esto, repetimos, un bien ó un mal? ¿Es un bien ó es un mal, católicamente hablando, que tengamos en nuestra nación un pueblo que no admite del moderno error ni el concepto, ni la palabra, ni la embozada corrupción, ni el mero resabio? ¿Es un bien ó es un mal que haya en este nuestro pueblo una prevención y una susceptibilidad tan exquisitas, que en tocando á este punto nada le tuerza, nada le haga mella en su convicción terca é intransigente, ni la autoridad del nombre, ni el ascendiente de la ciencia, ni el prestigio de una vida más ó menos austera, como siquiera muy de lejos huela en ellos lo que su claro instinto de fe reconoció como peste, aún antes que la Iglesia le enseñase formalmente á llamarlo así?

—Aquí me parece que con ejemplos muy palpables se podría argüir y confundir á nuestros enemigos. Porque, díganos de buena fe y puesta la mano en el corazón: ¿fué

un bien ó un mal que en tiempo del Arrianismo nuestro pueblo mirase con esa instintiva repulsión á los arrianos, ó que en el siglo del Pelagianismo aborreciese con odio tan tenaz á los pelagianos, ó que en la época más cruda del Jansenismo mirase con ese horror á las cosas y á las personas jansenistas? ¿Cómo, pues, hoy se encuentra inconveniente, se encuentra censurable, se encuentra por algunos ¡mentira parece! hasta pecaminoso, que un pueblo en masa o un individuo en particular sientan por todo lo que participa de la herejía de hoy el horror, el odio santo, la tenaz intransigencia, que se admiraron como heroica virtud tratándose de herejías de otros siglos?

—Tenéis mucha razón en esas comparaciones. Porque la cosa es muy clara. Nosotros, dos pesos y dos medidas, dos lógicas y dos metafísicas no los podemos tener. Mucho menos nos avendríamos á tener dos Evangelios y dos Catecismos. Si fué virtud lo que todo el mundo admiró y elogió desde Cristo hasta principios del siglo presente, no podemos concebir que eso mismo haya pasado de repente á ser vicio y monstruosidad desde principios del presente siglo para acá. Preferimos creer que anda descarrilada la teología de ciertas gentes desde esta última fecha, en que tantas cosas andan fuera de su natural carril, que no que anduvo descarrilada durante los dieciocho siglos anteriores, que á la verdad en punto á buen sentido religioso nos parecen más que medianamente acreditados.

—Bien. ¿En qué quedamos al fin? ¿Es un bien ó es un mal que haya entre *ellos* y *nosotros*, ó mejor, entre lo *suyo* y lo *nuestro*, esa viva oposición que nada puede conciliar, ese hondo abismo que no se llena, por más que se le quiera terraplenar con miserias y apostasías, como á veces se terraplena un foso con cadáveres y heridos en el asalto de una bien fortificada ciudad? ¿Es un bien ó es un mal esa extraña cualidad llamada intransigencia, que casi ningún otro pueblo tiene ya, y que el nuestro en gran parte conserva todavía?

—Oidme un argumento que á falta de otro bastaríame para completa seguridad. Oídlo bien. Todos los enemigos de la Iglesia, todos á una, dicen que esto es un mal. ¿Por

qué, decid, no ha de bastar esto solo para que todos los hijos leales de ella digamos con plena certeza que esto es un bien?

—Evidente.

—Es un bien, sí, es un gran bien. Tenémoslo por lo único bueno que le resta á esa pobre é infelicísima España de su antiguo esplendor; tenémoslo por la última presea de su rico patrimonio que no le han robado ó malvendido sus enemigos; tenémoslo por lo único que en medio de las presentes negruras le da derecho á esperar, y á esperar sin vacilación, días mejores. Esa vieja levadura de fe, ese poderoso fermento de sana popular ortodoxia apenas en otro pueblo alguno se conserva ya. Y en el nuestro, quizá por providencial designio de Dios, se mantiene vivo aún. ¿Ha dispuesto tal vez Dios que sea esta nación, última del continente europeo, el punto de partida de la universal restauración cristiana, cuando cese para la Iglesia la hora de las grandes pruebas, y amanezca otra vez para ella la de las grandes misericordias?

—¿Quién se atrevería á negarlo?

—¡Ah! no permita, pues, Dios contraigamos jamás, jamás, la tremenda responsabililidad de haber contribuido á esa última ruina que desea la Revolución. No permita Dios seamos culpables de haber querido acercar elementos que han de estar perpetuamente alejados, ó cubrir de falsas flores abismos que hemos de querer permanezcan eternamente infranqueables. Nuestro empeño y el de nuestra humilde propaganda será siempre, mientras no nos niegue sus auxilios la divina gracia, ahondar ese abismo, prolongar esas distancias, hacer cada día más incompatibles y más irreconciliables tales elementos.

—Es la campaña en que con tanto fruto se trabaja muchos años há.

—Sí, amigo mío: *ellos* que se acerquen enhorabuena á *nosotros,* y tomen parte en nuestras obras, y se asocien á nuestras empresas. Bien está, con tal que no pretendan tomar la dirección de ellas y ponerles su odioso refrendo. Bienvenidos sean. Miraremos tal conducta suya como principio de una retractación. Pero pactar alianzas que hagan parecer

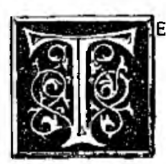
como admitida la identidad de principios; estipular acuerdos que al pueblo sencillo puedan hacerle creer que no es tan pésimo el error moderno como debe parecerle á todo buen católico; admitir abrazos que den á entender que no hay de idea á idea, de sistema á sistema, la diferencia esencial de verdad y error, de dogma y de herejía, sino solamente la accidental de humana opinión ó de libre apreciación... eso no... jamás, jamás. Antes romper mil veces la pluma, antes condenarnos, si otro recurso no nos quedara, á perpetuo callamiento.

—¡Gran Dios! ¡Y que haya hoy día católicos que, sin duda de buena fe, ayudan á la impiedad descarada, y trabajan en inverosímil y monstruosa conformidad de lenguaje con ella para destruir, si posible fuera, este modo de ser tradicional y castizo y ranciamente católico de nuestro buen pueblo español!

—¡Espantoso extravío! ¡Perdóneles Dios!

VIII

ATRACCIÓN Y TRANSACCIÓN



EMA de actualidad tenemos para plato de este día?

—Ciertamente, y con salsa que se me figura no va á gustar á muchos paladares. ¡Son tantos, al presente, los estragados...!

—En verdad; mas vamos al caso, sin otros preliminares. ¿Habéis notado la analogía y casi igual fisonomía ortográfica y hasta el parecido eufónico que ofrecen las dos palabras «atracción y transacción,» sobre las cuales nos hemos propuesto hoy amigablemente departir?

—Es verdad, y se me había pasado por alto esta observación. ¿Qué pretendéis, empero, sacar de ella para vuestro asunto?

—Poca cosa; solamente haceros notar que si tal es el parecido material de los vocablos dichos, mayor es por desgracia, en nuestros días sobre todo, la analogía y casi identidad de su significado.

—No tanto, amigo mío; y en eso paréceme os dejáis llevar, algo por lo menos, de vuestra acostumbrada exageración.

—Gracias por el obsequio; pero me explicaré un poco, y puede que á la postre acabéis por darme razón, aun en estas que á vos y á tantos otros, por nuestra desdicha, parecen exageraciones.

—Empezad.

—Sabéis, amigo mío, que hay palabras de moda entre los hombres del sexo feo más barbados y barbudos, que en

eso de veleidades y antojos nada tienen que envidiarnos, para vergüenza nuestra, las señoras mujeres. Con la sola diferencia, y no por cierto en nuestro favor, de que á ellas les da ordinariamente por aplicar la moda á los sombreros, botitas y otras zarandajas de vestir. En cambio á nosotros se nos pega la moda en cosas más serias y que debieran estar por su naturaleza y trascendencia fuera de tan caprichosa jurisdicción. Digo eso porque la palabra «atracción» es una de las que obtienen hoy día esos favores de la moda masculina, y hartos están vuestros oídos y los míos también de oir esta palabra con que se nos alborota, y hasta á muchísimos infelices se pervierte de algún tiempo para acá.

—Adivino perfectamente á donde va vuestra puntería.

—No es muy difícil la adivinanza; empero, dejadme proseguir.

—Adelante con los faroles.

—Digo, pues, que es la famosísima «atracción» palabra de moda, y que ojalá no fuese más que palabra. Palabrilla curiosa, bonitica, simpática, de las que saben á miel y almíbar, y gozan del privilegio, como esto último, de atraer á sí multitud de aficionados á dulces y golosinas. ¿Sabe V. aquello de la fabulilla?

> A un panal de rica miel
> Diez mil moscas acudieron,
> Que por golosas murieron
> Presas de patas en él.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Dulces recuerdos de la infancia!

—Sí, y también verdadero retrato de nuestra situación actual.

—El diablo sois para buscar símiles y comparanzas. Decíais, pues...

—Sí, señor, que esta palabra es la miel con que la Revolución artera engolosina á muchos y los tiene cautivos en su red, ya que no siempre para que la sirvan activamente á ella, como muchas veces sucede, al menos para que no se la combata y hostilice como debieran todos los hombres honrados y de buena voluntad. Reparad para eso que en tres

sentidos se usa, y lo que es peor se practica, la palabra «atracción,» y son los siguientes: 1.° Como simple atenuación de formas. 2.° Como simple preterición ó silencio sobre alguna verdad. 3.° Como simple manera de presentarla bajo cierto aspecto á los amigos ó á los adversarios.

—Perfecta división de simples, de los que, amigo mío, resultarán al fin otras tantas simplezas. Y perdonadme la expresión.

—Nó, amigo mío, nó simplezas como decís, juzgando por encima, demasiado por encima, el caso presente. Nó, no simplezas, sino verdaderos peligros y frecuentemente gravísimos desastres para la santa causa de Dios. Porque, vamos á ver: desgranemos algo cada uno de aquellos tres puntos, para que veáis, clara como la luz del día, su espantosa gravedad. Es el primero, la atenuación en las formas.

—Pues esta, en verdad, me parece muy poca cosa.

—No os lo parecerá si consideráis que por ahi se empieza el juego malvado de la «atracción.» ¿Sabéis lo qué es acostumbrar las almas á que oigan, sin horror, las más grandes infamias? ¿Sabéis lo qué es acostumbrar al pueblo á ver tratados con respeto á los peores enemigos de la verdad? ¿Sabéis lo qué es acostumbrar el corazón propio á que no se subleve contra ninguna injusticia? ¿Sabéis lo qué es acostumbrar los oídos á que reciban como exageración cualesquier varonil arranque ó impetuosa arremetida? ¿Sabéis lo qué es acostumbrar los espíritus á ese perfecto equilibrio é igualdad de formas comedidas entre lo que es intrínsecamente malo y lo que es intrínsecamente bueno, entre lo que de veras se debe siempre odiar y combatir y lo que de veras (de veras, repito) se debe siempre amar y defender? ¿Sabéis lo qué es todo eso? Pues es la primera etapa de los triunfos del mal sobre el bien; es lo primero á que aspira aquél como prenda segura de su definitivo triunfo; es el homenaje del respeto, es la consideración social, es la carta pacífica de ciudadanía, es cuando menos el pleno reconocimiento en su favor de legítima beligerancia. ¿Y todo eso os parece friolera y grano de anís? Pues á mí parécemé, amigo mío, que tal manera de «atracción» es sencillamente la primera y más común y más desastrosa manera de «transacción.» Ya sé que

se aducen aquí las reglas de urbanidad y cortesía; ya sé que hasta se invocan los sacratísimos fueros de la caridad. ¡Mentira! ¡Desvergonzada mentira! No se ha dado jamás verdadera caridad en daño de la verdad. Ni se ha estimado jamás digna la cortesía en ofensa y menoscabo del honor y de la virtud. Y ¡cuán frecuente es hoy día esta fementida «atracción,» que no es en el fondo más que vil y cobarde «transacción!»

—Lo es, en efecto. Mas pasemos ya al segundo de los puntos que señalasteis.

—Tras la atenuación de las formas, que fué el primero de vuestros tres puntos de vista, señalabais como segundo «la simple preterición ó silencio sobre alguna verdad.»

—¿También eso os parece baladí?

—No tanto, ciertamente, como lo anterior.

—La verdad es que aquí sube ya algunos grados más el concepto que llamaremos «atraccionista;» y por tanto la «atracción» es también aquí algo más criminal y desembozada. Para muchos no basta, en efecto, conceder al error iguales miramientos y consideraciones que se conceden (y no siempre) á la verdad. Temiendo que alguna parte de ésta, aun con tales miramientos presentada, ha de atragantársele ó indigestársele al enemigo, procuran bonitamente *prescindir* (así dicen ellos en su vocabulario especial) de esa parte de la verdad cruda é indigesta, y para salir del paso y no herir susceptibilidades ó crearse antipatías, cállanse como muertos sobre ella, dejándola en la oscuridad ó penumbra de un calculado silencio; creyendo hasta tal vez que rinden con eso más glorioso tributo á la verdad alejándola de la lucha, que exponiéndola á los percances y contrariedades de ella. Así que en muchas cuestiones toman como mejor partido el de callar.

—Excelente partido, por cierto, si hemos de atenernos á aquel viejo refrán: «Al buen callar llaman Sancho:» ó también á aquel que, aunque turco, no deja de ser aplicable en tierra de cristianos: «La palabra es plata, y el silencio es oro.»

—Muy turco es en el presente caso el último refrán, y lo invertiría yo del modo siguiente: «la palabra es valor y lealtad; el silencio es deserción y cobardía.» ¿Con qué otros

nombres calificaríais, en efecto, la conducta del soldado que en lo mejor del combate plegase la bandera del castillo ó la arriase á media asta por temor, ó mejor, por el ruín pretexto de que así la ponía más á cubierto de las balas del enemigo, cuando en realidad lo único que pretendería el miserable fuera poner á cubierto de tales tiros su pellejo?

—Razón tenéis.

—Sí, que la bandera de combate para eso se dió al soldado, para que la acometiesen enemigos y la asaltasen para hacerla girones, y la destiñesen lluvias y soles y la afeasen polvo y sangre de los combatientes. Que así atacada y así destrozada y así afeada es cuando resulta gloriosa y ennoblecida, no cuando metida cuidadosamente dentro la funda ó guardada en el arcón, atiéndese sólo por manos femeninas á que conserve su lustre y sus pliegues de aparador. Así la verdad bajó del cielo y se nos dió á nosotros, soldados de ella, no para que la tuviésemos guardada y archivada (*cautiva,* dice el Apóstol con frase más enérgica) en el fondo del corazón ó á lo más en los libros de las bibliotecas; sino para que la lanzásemos á la arena social, para que embistiesen con ella sus enemigos, para que entre la gritería y denuestos y tiroteo de todos ellos ondease á todo viento y á toda borrasca, y fuese, así como terror y espanto de unos, consuelo y aliento y firmísima esperanza de otros. *Signum cui contradicetur:* este es el carácter esencial de ella, como lo fué de Cristo Nuestro Señor y de cuantos en pos de Él fueron sus dignos porta-estandartes.

—Va pareciéndome fundado lo que decís.

—¡Toma! Tan fundado, que en muchísimos casos, en los más, el mero callar constituye verdadera negación y formal apostasía, que ya veis es algo más duro que simple «transacción.»

—¿Cuándo?

—Cuando es ley el hablar.

—Y ¿cuándo es ley el hablar?

—Cuando la verdad vejada y oprimida y escarnecida pide á voz en grito salgan los buenos á dar público testimonio de ella. Cuando con el culpable silencio pueden creer los incautos que se hace vergonzosa entrega de ella al enemigo por

falta de armas sólidas con que defenderla. Cuando envalentonado éste, proclama ya su triunfo sobre ella, desamparada por quien debía con más entereza sostenerla. Entonces es deber de cuantos tienen lengua el hablar; entonces es crimen imperdonable el haber callado; entonces bienaventurados los que por haber hablado y por no haber callado sufren vilipendio y persecución, siquiera se les inflija ésta en nombre de halagüeñas teorías «atraccionistas.» *Bienaventurados,* ha dicho el Señor, *los que padecen persecución por la justicia.*

—Bien, muy bien. Estoy con vos. No se dirá que pertenecéis al grupo de los melifluos y acaramelados.

—No por cierto, ¡válgame el cielo! mientras Dios nos conserve íntegra la fé católica y sano el uso de razón.

—Está bien. Pero os queda todavía el tercero de los puntos de vista que ofrecisteis tratar.

—Este último es de no menor importancia, ni de menos frecuente aplicación que los anteriores.

—Vos diréis.

—En efecto: nada más común en el día que este singular procedimiento atraccionista. Redúcese á presentar de lado, y naturalmente siempre del lado más simpático, una verdad cualquiera de la cual se sospecha que presentada de frente ha de serle enojosa al enemigo.

—Pues esto, á la verdad, no me parece gran culpa, sino solamente hábil estrategia de retórico, que podría llegar á ser, en casos dados, procedimiento muy recomendable.

—Ciertamente, si no tuviese el inconveniente muy serio de engañar al adversario en vez de convencerle, exponiendo más tarde la polémica á todas las contingencias del desengaño, en vez de lograr con ella lo que primariamente procurarse debe, que es la firmeza de la convicción.

—No acabo de verlo de esta suerte.

—Pues lo veréis muy pronto si no os ciega, como á tantos infelices del día, voluntaria y miserabilísima ceguedad.

—Daos prisa, por Dios, en alumbrarme.

—No lo toméis á broma, amigo mío; que vos más que otro alguno puede que andéis un tantico necesitado de esta luz. Decidme; suponed que se habla de la Unidad católica, tema tan controvertido en nuestros tiempos. Y suponed que

un defensor de ella, más ó menos resabiado de Liberalismo, deseoso de que no se haga aborrecible dicha Unidad, aun á los más empedernidos liberales, pone todo su esfuerzo y cifra toda su habilidad en de tal modo presentarla á los ojos prevenidos, que no les parezca dicha Unidad tan fiera, tan intolerante, tan intransigente con el error como debe naturalmente serlo, para que lógicamente sea lo que debe ser. Suponed que de tal suerte se las compone el hábil apologista guiado por sus ideales de atracción, que la tal Unidad, sin dejar de llamarse tal y aun sin dejar de serlo materialmente, puede llegar á disfrutarse sin renuncia de ninguna de las famosas ventajas de la libertad ó tolerancia; Unidad muy solemnemente enaltecida en proclamas, muy gravemente afirmada en los códigos, con letras de oro escrita en las banderas de los ejércitos y en los frontispicios de los palacios; pero muy compatible con la secreta urdimbre de las logias, con la pretendida inviolable autoridad de la ciencia, con el fuero diplomático de los extranjeros, por no hablarse poco ni mucho de sanción alguna penal que la tal Unidad proteja, ¿diríais vos en este caso que es nuestro retórico un verdadero y leal defensor de la Unidad católica, como la entendieron siempre los buenos amigos de nuestra patria y de su vieja bandera?

—Es claro que no.

—Y sin embargo, el tal defiende la Unidad católica.

—Es verdad.

—Levantad, pues, acta del caso, y vamos á otro. Trátase de la Inquisición.

—Sucede, como sabéis, que para un atraccionista de los que hoy se usan es el mayor de los apuros hablar de la Santa Inquisición. ¡Qué congojas asaltan al infeliz al tener que habérselas con tal espantajo! Mas aquí de los listos: nuestro hombre sale bonitamente del lance por medio de su socorrido comodín. Dice sencillamente que no quiere para su patria *el espionaje religioso*, que tal vez le acusan de querer restablecer los enemigos de su programa. Con lo cual se os queda tan fresco y campante el buen atraccionista, que en rigor ni ha hablado mal de la Inquisición, ¿cómo podría siendo por otra parte tan buen católico? ni tampoco ha dicho qui-

siese admitirla; ¿cómo atreverse á eso tratando de atraer? Hé aquí, pues, otro caso de los varios en que se aplica, á las mil maravillas, este procedimiento que llamaremos de tergiversación.

—Lo cual, y dispensadme, no es, como vos pretendéis, pecado de transacción.

—Extraño á fe vuestra inocencia, y siento mucho, amigo mío, tener que quitaros las más bellas ilusiones de ella. Transacción es, y de las más pérfidas y ruines que pueden inspirar el miedo y la cobardía, cuando no el cálculo, que sería móvil peor. Es la transacción que disfraza la idea con nombre postizo, ó que viceversa os da un nombre hueco, sonoro como todas las cosas huecas, pero sin la idea que pretende representar. Transacción vilísima que sólo tiene una ventaja, y es, la de que no consigue sostener por mucho tiempo su farsa y embeleco. Es natural, en efecto, que receloso el contrincante ó adversario á quien con ella se pretende embobar, pida al poco rato explicaciones, teniendo forzosamente que romperse con éstas todo el artificio del disfraz.

—Resumiendo, pues...

—Sí, que es hora ya de resumir el debate. Resumiendo, pues, diremos en conclusión que las artes atraccionistas que hoy, por desgracia, se estilan entre muchos, no son más á la postre, que verdaderas aunque vergonzantes transacciones. Que la famosa hipótesis de marras era al fin más digna y leal, porque se llamaba con este su propio nombre, admitido en las escuelas y en la controversia, aunque por fortuna no exigido todavía por las condiciones actuales de nuestra patria. Que más noble y de mejores resultados para la verdad es la atracción verdadera que ejerce ella sobre los espíritus presentada con su esplendor y varonil entereza, por más que á los apocados espante ó desaliente, que no esotra atracción mentirosa que se pretende ejercer sobre los adversarios, apocándola, encogiéndola, mutilándola, mal disfrazándola para ponerla á su baja talla.

—Atracción por atracción, vale sin duda más la de la intransigencia viril y castiza, que la de la componenda femenina ó afeminada.

—Y si de eso necesitásemos experiencia práctica, la tendríamos hoy al ojo, como vulgarmente se dice.

—¿Dónde?

—Pues, en los recientes errores del llamado *Americanismo,* que en famoso y por mil títulos celebérrimo Documento acaba de condenar nuestro Santísimo Padre León XIII. El Americanismo de que se trata no venía á ser, entre nuestros hermanos del Norte-América principalmente, más que un especiosísimo y á todas luces seductor sistema de atracción y de transacción entre el Catolicismo y las sectas disidentes. No se trataba, al parecer, más que de acortar distancias para la mutua aproximación, más que de suavizar asperezas, más que de aunar voluntades. Se pretendía allanar caminos, facilitar abrazos, conciliar gustos y puntos de vista. Mas ¡ay! no partiendo de los intangibles sacrosantos derechos de la verdad hija de Dios, sino de los antojos acomodaticios del hombre, y en eso estuvo el heretical error que tan á tiempo ha desenmascarado, siempre vigilante y perspicaz, el infalible magisterio de la Iglesia. Rudo golpe ha recibido con ello el atraccionismo en Religión: gran victoria la tan maldecida y maltratada y mal comprendida intransigencia católica.

IX

LA VERDAD Y LA MOSTAZA

AL diablo con vuestros epígrafes! ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro para que así nos lo pongáis emparejado? Temo, á fe, deis en ridículo, de puro querer echarla de gracioso.

—Por lo menos no me podréis negar, amigo mío, que os permitís muy lindamente despacharos á vuestro sabor.

—Cierto; ¿pero es esto lo único que tenéis que alegar en abono del rotulito? Desearía siquiera me indicaseis qué os ha movido á ponerlo así.

—Todo se explicará convenientemente, y por de pronto contesto á esta vuestra última indicación. ¿Sabéis que publiqué hace poco una de las conversaciones presentes con el título «¡Cuartos! ¡siempre cuartos!» y que esta conversacioncita hubo á algún buen cristiano de sentársele muy mal?

—Lo ignoraba, pero presumo la razón del disgusto. Estuvisteis vos en aquella obrilla picante y acerado como nunca contra los ricos egoístas; y el quejumbroso hubo de ser alguno á quien le cayó el sinapismo en el sitio verdadero donde tenía el mal.

—¿Sinapismo decís? No decis malamente, pero reparad que con esto acabáis de justificar el epígrafe que al principio tanto os extrañó.

—Realmente, y me he cogido los dedos al queréroslos atrapar á vos.

—Sí, hombre, sí, y tened entendido que la verdad y la

mostaza tienen más de una y más de cien relaciones de analogía y parentesco: digo, si la verdad es tal que no sea puro embeleco é hipocresía, y si la mostaza es de la que puede eficazmente servir para saludables sinapismos. Verdad y mostaza que no piquen ni causen, la una en la conciencia y la otra en el pellejo, vivísima quemazón, echadlas á la calle, que no son ni mostaza de veras ni verdadera verdad.

—No lo juzga así el mundo, ni lo creería así el ricacho en cuestión.

—¡Oh! ¡el mundo, el mundo! Quiere el mundo para los suyos mostaza que no pique y verdad que no duela. Y no es precisamente lo peor que así lo desee para los suyos el mundo; lo más triste es que así procuren propinarles á los del mundo las verdades y las mostazas, algunos que no debieran consultar para eso los antojos del enfermo, sino lo más conveniente para la salud de él.

—Es indudable.

—Decidme sino: ¿qué saca el enfermo de que le apliquéis á su piel mostacitas pasadas y sin ninguna virtud, ó cuidadosamente envueltas en tales dobleces de paño que no permitan llegue tal virtud á obrar con eficacia sobre la parte dañada?

—Ciertamente.

—Pues he aquí la pueril prudencia de los que al aplicar á las almas enfermas el revulsivo de la verdad, procuran de tal suerte diluirla con artificiosos atenuantes, envolverla con tan estudiados rodeos, prevenir su efecto con tan calculadas dobleces, que ni hiera, ni pique, ni caliente, ni siquiera llegue á molestar. Ni un ¡ay! le arrancará al enfermo un sinapismo de esos.

—Os comprendo. Mal va el enfermo ó mal va el revulsivo, cuando éste no le arranca á aquél un solo ¡ay!

—Vamos á nuestro caso. ¿Anda ó no anda enfermo el mundo?

—Ciertamente, y de no escasa gravedad.

—¿Y cuál es el síntoma peor de esta su terrible dolencia?

—Paréceme que es el peor de todos esa cierta insensibilidad ó letargo que se ha apoderado de él y que empieza á parecerse á la frialdad de la muerte.

—Decís bien, y diagnosticáis como diestro facultativo. El mundo de hoy presenta, en efecto, ese horrible amodorramiento moral: las más espantosas catástrofes pasan delante de sus ojos sin que le conmuevan; los más terribles azotes caen sobre sus espaldas sin que le mejoren; escéptico, indiferente, endurecido, apenas se sabe qué cosa pueda ya causar alguna impresión en su aletargada sensibilidad. Lo único que pide este enfermo es que no le molesten con cauterios y vejigatorios, que le dejen en su sopor y modorra, que bien se está así sin cuidados ni remordimientos... Decidme: ¿no son todo esto razones poderosísimas para que no se le haga caso, y sí al revés para que se le aplique con más fuerza el fuego y el bisturí?

—De esta suerte se procedería en cualquier análogo achaque corporal.

—Pues bien: reparad ahora, nó la insensatez del mundo, que ése se tiene ya muy bien ganada la fama de insensato y malo muchos siglos há, sino la de muchos buenos que se empeñan en que se ha de curar el mundo siguiéndole, en todo, ese su extraño humor. «Verdad, os dirán, verdad, sí, es lo que se necesita: el mundo se muere de anemia moral por falta de verdad, como un cuerpo débil por falta de jugos vitales. Pero cuidado; no alarméis; no alborotéis; no levantéis contra vos y contra ella airadas prevenciones; no hiráis delicadas susceptibilidades; sed mansos, sed conciliadores...»

—¡Oh, sí! esto se dice á todas horas.

—O lo que es igual: sinapismos al enfermo amodorrado, cauterios, lanceta; pero que no le mortifiquen; que no le levanten ronchas en la piel; que se le ponga todo donde no le duela; que no suelte un ¡ay! el miserable ni arrugue el entrecejo; que se le procure mantener siempre con la sonrisa en el rostro.., Permitidme, amigo mio, una observación.

—Echadla.

—Ha habido en la historia de la medicina, desde Hipócrates y Galeno hasta hoy, infinitos sistemas y procedimientos de curar. Hoy mismo, quien está por la homeopatía, quien por la alopatía, quien por la hidropatía, quien por la teoría dosimétrica, en fin... la mar.

—Evidente.

—Lo que no se ha inventado aún en sesenta siglos de data que lleva el género humano, lo que no es probable se invente en otros sesenta ó sesenta mil que Dios le permita vivir, es un sistema de curar halagando, un procedimiento médico divertido, una terapéutica que se asemeje á un banquete de bodas ó cosa así. Nó; el arte médico ha sido siempre para el enfermo fastidioso y aburridor, y nunca la salud perdida se ha vuelto á lograr más que á trueque de otros mil padecimientos y desazones.

—Veo á donde va el tiro.

—Va derecho al blanco y cae como pedrada en ojo de boticario, para hablar con el sabido refrán. Lo que en la medicina de los cuerpos no se ha logrado nunca ni es regular se logre jamás, eso se pretende lograr hoy en la medicación de las almas, y hay quien no sabe emplear para ellas otro tratamiento y otra medicación que el *cold-cream* y las pastillas de goma.

—Y los resultados harto se van viendo, ¡loado sea Dios!

—Y mucho si se ven, y mucho si se habrán de llorar. A fuerza de diluir la verdad para quitarle su natural amargor, se la convierte en agua tibia: quedándose en meros paños calientes lo que debian ser cantáridas y mostazas. Acostumbrado el mundo á ese tratamiento enmollecedor, aborrece de la santa aspereza católica hasta los vocablos más indispensables: la palabra muerte le crispa los nervios; la palabra juicio le saca de él; la palabra infierno le alborota con anticipados furores de condenado. Del Evangelio, de los Santos Padres, de los autores ascéticos cristianos hay que relegar al polvo de los archivos todo lo que no sea blando y azucarado. De la oratoria sagrada hay que suprimir los rasgos más vehementes de indignación y de amenaza, para dejar que tan sólo se entonen desde allí églogas dulzonas é idilios de leche y miel. Pueblo de mujeres, digo mal, pueblo de almibaradas damiselas, y nó de robustos y viriles corazones, vendrá á ser en día no lejano el pueblo de Dios si prevalece, como prevaleciendo va, ese arrullador sistema de mostazas que no piquen y de verdades que no arañen. Religión de pura sensiblería acabara por ser la nuestra si acomodarse pudiese, que no puede ni podrá jamás, á esos fe-

meniles procedimientos. Trueno y rayo y saeta y espada de dos filos ha sido llamada en cien lugares la palabra de Dios, y nunca, que yo sepa, se han tildado por nadie de impropias estas bíblicas comparaciones. Mas ahora se quiere, por lo visto, trueno que no aterre, rayo que no hienda, saeta que no se clave, espada que no pinche ni corte...

—Mas claro y para no salirnos del tema: mostaza que no pique, ¿no es verdad?

—¡Ah! sí; pero basta ya por hoy, y dejemos en este punto la cuestión.

X

LO DE SAN AGUSTÍN



uidado si fué papa mayúscula (y nada honrosa para los católicos) esa que acaba de pasar en lo de San Agustín.

—Alto ahí, caballerito, que si va á decir la verdad, no acierto á ver hasta ahora donde están la papa y la deshonra.

—¡Hombre! Pues digo ¡es friolera! Ocho días alborotado todo el mundo (del beato y del santurrón se trata) con que pasa algo milagroso en una Imagen del templo de San Agustín; y que si llora la Virgen ó si no llora; y si significarán eso ó lo de más allá sus llantos y trasudores; y nombrar á toda prisa físicos y teólogos que examinen el caso; y sello por acá y Juntas por allá, y todo para acabar al fin con que el lance es puramente natural, tan natural, por ejemplo, como un sencillo fenómeno de higrometría!

—¿Habréis acabado, amigo mío? ó bien ¿os queda todavía algo que observar?

—Nada, sino que sois los católicos todos (digo, los de cierta clase, que católico *despreocupado* también lo soy yo) un hato de lanudos borregos, como no hay más que pedir.

—Y vuelvo yo á preguntar, ¿no se habrá despachado todavía á su gusto vuesa despreocupada merced?

—Sí, hombre, sí; pero ¿qué teneis que oponer á mi raciocinio? ¿O es que creéis todavía, como una vieja cualquiera, en el consabido milagro? Tendría que ver...

—¡Sí, lo adiviné yo, amigo mío, que no os habiais aún desahogado del todo!

—Pues hablad enhorabuena, que por mi parte nada tengo ya que añadir.

—Entro, pues, yo ahora con vuestro permiso y con menos pretensiones de despreocupación, con tan poquísimas como pueda tener un pobrecito Juan Lanas ó un manso borrego, conforme tan discretamente acabáis de apuntar. Entro yo ahora, y digo, y afirmo, y propóngome demostrar que los Juan Lanas y borregos y papanatas no somos nosotros, amigo de mi alma, sino vos y cuantos hablen y se despachen sobre este asunto tan neciamente como vos lo acabáis de hacer.

—Así me gusta, veros tomar una resuelta ofensiva.

—¡Así, así! Y al grano desde luego, ó sea al fondo de la cuestión. Lo que ha pasado en San Agustín podía tomarse de tres modos distintos. O creyéndolo de buenas á primeras prodigio del cielo. O llamándolo sin más ni más embuste de curas y sacristanes. O examinándolo sosegadamente con toda la frialdad del criterio científico, y ateniéndose á lo que de esto resultase al fin. ¿Veis acaso que fuese posible tomar otro partido?

—No ciertamente.

—Ahora bien, ¿cuál es de los tres el partido que han tomado la Iglesia y los buenos católicos?

—Visto está: el de vociferar inmediatamente con todas sus fuerzas: ¡Milagro! ¡milagro!

—Pues os equivocáis, ó calumniáis miserablemente á vuestros hermanos y á nuestra santa Religión. Tanto es así que la Iglesia, por medio de su legítima autoridad, lo primero que ha decretado sobre la naturaleza de estos hechos ha sido, ¿sabéis qué?

—Entiendo lo que vais á decir: el reconocimiento científico.

—No, señor, antes que eso.

—No caigo.

—Lo que ha decretado antes que todo eso es la duda; pero no la duda que sonríe neciamente ó que desvergonzadamente blasfema, sino la duda racional, la duda prudente, la duda del hombre serio, la duda única que puede ser preliminar lógico para el esclarecimiento de la verdad. Ya veis,

amigo mío, que no siempre enseña la Iglesia *á creer,* como ridículamente juzgáis los pretendidos despreocupados. En tales lances lo primero que manda es *dudar*. Y si alguno de nosotros, sus hijos y ministros, en el púlpito ó en el periódico, nos hubiésemos permitido asentar como ciertamente prodigiosos los hechos sobre los que tanto se ha hablado estos días, ¡buen correctivo, y muy merecido, nos hubiéramos llevado de nuestro legítimo Superior!

—Pero ¿creéis de veras que con tanta severidad se ha procedido en estas cosas?

—A la vista está el procedimiento, que todos los periódicos, aún los más enemigos nuestros, han podido seguir de pe á pa. Lo primero que se decretó fué la suspensión del juicio, ó sea la duda racional, como os acabo de indicar. En seguida se dispuso el reconocimiento facultativo, no por curas y sacristanes ó monjas, sino por lo más competente de las Facultades de nuestra Universidad. ¿Qué ve de poco correcto en todo esto la despreocupación de vuesa merced?

—Nada; pero ¿á qué entonces aquella Junta de teólogos?

—La Junta de teólogos estaba como en reserva, para tomar por su cuenta el lance en cuanto se hubiese declarado incompetente para resolverlo el criterio de la ciencia seglar. A falta de razones científico-naturales para explicar el fenómeno, lo hubiera estudiado la sagrada Teología para ver si lograba esclarecerlo con las luces de su criterio científico-sobrenatural; que científico es tambien en su esfera el criterio de la sagrada Teología, aunque no lo parezca á sabios como vos.

—Gracias por el obsequio. ¡Y entonces esos teólogos habían decretado el milagro!

—Mucho se hubieran guardado de hacer tal, y extraño á fe mía veros tan ignorante de nuestros más vulgares procedimientos. ¡Si son tantas las cosas que ignora vuestra ilustración!

—Gracias otra vez; pero decidme: ¿á qué se habían de reunir esos señores sino era para dar fe del hecho como prodigioso?

—¡Cá, hombre de Dios! ¡si estáis aún en el *abecé* de nuestras tramitaciones canónicas! ¡Y como vos casi todos los que

tanto hablan y disparatan sobre esta materia! La Junta de teólogos no hubiera decretado el milagro, como burlescamente decís; hubiera sencillamente estudiado á la luz de la Teología el hecho que los anteriores estudiaron á la de las ciencias físicas y químicas; hubiera formulado después de prolijo estudio su información, y unida ésta á la anterior y formando con ella regular expediente, bajo la garantía de autenticidad que á todos esos autos hubiera dado la Autoridad episcopal, hubiérase elevado el asunto por sus debidos trámites hasta el supremo juicio del Papa y de las sábias Congregaciones de Cardenales por él instituidas para entender en esos difíciles asuntos.

—Está bien. Ya tenemos el asunto en Roma. Esta ¿qué había de hacer sino opinar que el caso era sobrenatural?

—Os engañáis, amigo mío: en Roma para nada necesitan este caso ni otros que se presenten, pues otros mil tienen archivados de sobra años y siglos há. En Roma llevan menos prisa que vos para decretar un milagro. En Roma prefieren que haya cien milagros verdaderos no reconocidos por tales, que uno solo falso ó sospechoso que llegue á acreditarse como cierto sin tener toda la solidez. En Roma parecen incrédulos á primera vista, según lo delicado de los tamices y alambiques á que sujetan esas cuestiones. En Roma se llega á nombrar un abogado, que llaman allí las gentes *abogado del diablo,* para que haga como las veces de éste, impugnando en las causas de canonización las virtudes y hechos milagrosos del Santo que se trata de canonizar. Siendo deber de este diabólico fiscal trabajar cuanto legalmente pueda para impedir tal declaración de santidad. En Roma, por fin, no son periódicos callejeros, ni filósofos de casino, ni sabios de quincalla los que eso juzgan; ni tienen allí valor alguno las muecas y sonrisas, ni los chistes y equivoquillos; allí se pesa todo con la calma y seso que merecen las cosas graves, y tras ese maduro examen...

—Se decreta por fin el milagro, ¿no es verdad?

—¡Valgaos el cielo, milagroso varón! ¡cualquiera diría al oiros que ese milagro lo venís necesitando vos con mucha necesidad! Pues bien: las más de las veces no se decreta el milagro: pero sabed, en cambio, que cuando se decreta se

desafía á vos y á todos los despreocupados del mundo á que presentéis razón alguna valedera para su impugnación. Y para eso se pasan tal vez años y años, que la Iglesia nunca trabaja para el día, trabaja siempre para la eternidad. Con que ¿quedáis enterado?

—Sí, hombre, sí.

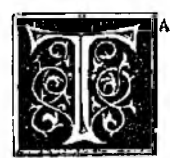
—¿Veis ahora dónde hay que buscar los crédulos y los lanudos y los borregos y los papanatas? Los católicos, siguiendo la Iglesia, estamos seguros de no caer en ninguno de los dos extremos en estas materias: ni en la incredulidad que todo lo niega, ni en la superstición que todo lo acepta.

—Vamos, quedo enterado, y ni en lo uno ni en lo otro quiero caer.

—Que os aproveche, pues, la leccioncita, y trasladadla, si á mano viene, á cualquiera que se halle en vuestra situación.

XI

CARETAS DE MODA



AYLLERAND, gran impío y gran revolucionario, solía decir en sus ratos de buen humor, «que la palabra le había sido dada al hombre, no para manifestar, sino para ocultar mejor su pensamiento.»

—No son de mi gusto las máximas de aquel desdichado, pero he de conceder que la última que acabáis de citar no deja de tener su poco ó mucho de razón.

—En efecto. Si atendemos, no al uso que debiera hacer de la palabra el hombre, sino al uso que realmente hace de ella, quedará del todo justificada la tal paradoja. Esta observación podríamos hacerla en mil casos que ocurren todos los días; hoy me propongo ocuparme de ella únicamente por lo que se refiere á Religión.

—Ahí duele.

—Maña antigua ha sido de los enemigos de la fe no atacarla por lo común de frente, sino procurar herirla de soslayo, de suerte que el golpe se dirija en apariencia á otra cosa, pero en realidad dé al Catolicismo en medio del corazón. Aquel Juliano apóstata, de cuya fisonomía histórica van tomando tantos rasgos de semejanza nuestros perseguidores de hoy, fué uno de los que más dieron que entender á la Iglesia de Cristo en los primeros siglos de ella. Como católico que había sido en su juventud, acreditó aquello de que no hay peor cuña que la de la misma madera.

—Motivo por el cual aún hoy día tememos más á los ca-

tólicos falsos que guerrean contra el Catolicismo mezclados entre nuestras filas, que á los protestantes y descarados librepensadores que desde un campo francamente opuesto nos dirigen sus tiros.

—Pues bien: á aquel Emperador hubo ya de ocurrirle en sus días que eso de declarar guerra á los cristianos era de mal gusto y muchas veces contraproducente; imaginó, pues, el buen señor, que lo que importaba era que no sonase la palabra tal, que á sus anchuras pudiese él acabar con la cosa. Y así nunca por lo común tomaba en boca la palabra cristianos: llamábalos simplemente *los galileos*, y á Cristo *el galileo*, y á su Religión no sabemos también si la llamaría *el galileísmo*, ó cosa así, procurando por este medio cubrir de desprecio á los discípulos del Evangelio.

—No era mala la táctica, y por de pronto hubo de producirle mejores resultados que á los demás emperadores el derramar torrentes de sangre inocente.

—Bien que el Cristianismo, que tiene la manía singular, heredada desde su cuna, de no dejarse vencer por nada ni por nadie, salió triunfante también de ese nuevo género de persecución, y el propio Juliano dió buen testimonio de ello, clamando al morir rabioso en el campo de batalla: «¡Me has vencido, Galileo!»

—Tenéis razón.

—Es, pues, el caso que los actuales enemigos del Catolicismo han recurrido también á ese viejo expediente de aquel perseguidor. Pocos son los que dicen clara y abiertamente que combaten á los católicos y á la Iglesia católica; no, al revés... á menudo llegan á protestar muy en alta voz que son hijos *amantísimos* de ella, que hablan únicamente por su interés, y que nadie, inclusos los curas, los obispos y el Papa, es tan católico como ellos. Cuando Napoleón, el de Sedán, quiso dar la primera estocada al Pontificado, empezó por declararse católico *sincero*. Así sucede siempre. Mas después de estas fervorosas protestas empieza á roso y velloso un combate feroz contra cosas y personas á quienes el perseguidor no llama Iglesia católica, pero que por una rara casualidad son las que constituyen real y verdaderamente la dicha Iglesia.

—Ejemplos al canto.

—Ciertos hombres aman el Catolicismo, sí, señor; lo único que aborrecen de muerte es el *clericalismo*. Pero casualmente no hay otro Catolicismo que el clerical, es decir, el del clero con el Papa, que es el primer clérigo; con los obispos, que son también clérigos; con los Apóstoles, que lo fueron ni más ni menos que los curas de hoy. Catolicismo sin clericalismo, fuera Catolicismo sin la doctrina enseñada por el clero católico, es decir, Catolicismo sin doctrina católica, ó Catolicismo anticatólico, lo cual ya ven Vds. que sería fenómeno singular. El tal *clericalismo* es, pues, una careta que le ponen al Catolicismo para mejor combatirle. Cuando lo leáis en folletos y periódicos, cuando lo oigáis en Parlamentos y festines patrióticos, decid sonriendo: «Te conozco, palabra-máscara. *Clericalismo,* en el diccionario de esta buena gente, quiere decir pura y sencillamente Catolicismo.»

—Es cierto.

—Otro truena á más y mejor, no contra el Catolicismo, que á ése le ama, respeta y venera mucho más que Vds., hipócritas reaccionarios; sino contra el *jesuitismo*. ¡Ah! El jesuitismo sí que es monstruo horrible y espantable. Pues bien. Analizados el caso y la palabra, viene á sacarse en limpio de tanta declamación y tanto barullo que no hay más *jesuitismo* ni otros jesuitas que el Catolicismo puro y los católicos como Dios manda, á quienes hoy la moda revolucionaria cuelga el apodo de jesuitas. Cuando se vea, pues, la palabra *jesuitismo,* júzguese que es errata voluntaria del señor revolucionario, y enmiéndese y léase, no como suena, sino como significa en su intención, es decir, Catolicismo.

—¡Verdad! ¡verdad!

—Otro, que se paga de los vocablos rimbombantes y de las frases de siete varas, anda todo el día de Dios aturdiéndonos y mareándonos con el *ultramontanismo* y los *ultramontanos*. Oidle por vida vuestra. El *ultramontanismo* es el gran peligro de la civilización actual, el foco de la guerra civil, el alborotador de las conciencias; ahí está el problema del siglo, contra éste hay que esgrimir todas las armas... Pero, señor, ¿quién nos dirá en qué consiste esta calamidad? ¿En qué bosques se caza esta fiera? Averiguadlo, y sabréis

con asombro que esta gran palabrotada es sencillamente una cosa años há conocida en este mundo, y que se llama en el castizo idioma del país *Catolicismo*.

—Exactamente.

—Aún no han acabado de perder ciertos infelices la aficioncilla que tuvieron años atras á la palabra *neos*. Fué éste un vocablo de fortuna; el que lo inventó pudo gloriarse del éxito. Toda la prensa revolucionaria andaba entonces á tiros con los malditos *neos*. Poco tardó en ser conocida la farsa por las explicaciones que acerca el *neísmo* dieron sus propios impugnadores. Por ellas vino todo el mundo en conocimiento de que no había más *neos* que los católicos, ni más *neísmo* que el Catolicismo.

—En suma, careta como otras mil.

—En el siglo pasado, que fué cuando verdaderamente empezó la revolución en España, los regalistas que rodeaban á Carlos III no sabían quitarse de la boca la gran palabra de entonces, que era *la Corte de Roma*. Todo se les andaba en buscar precauciones contra las invasiones de la susodicha Corte, contra sus exageraciones, contra su influencia avasalladora y otros temores de este jaez. ¿Sabéis qué significaba *la Corte de Roma?* El Pontificado, ni más ni menos. Aquellos golillas tan sesudos, tan pacatos y tan conservadores, como diríamos hoy, no se atrevían á aconsejar clara y abiertamente la guerra al Pontificado. Diciendo *la Corte de Roma*, el peligro para la buena fama de sus respetables personas era menor; el resultado contra la Iglesia católica era el mismo.

—Así se ha visto posteriormente.

—¿Y el *fanatismo?* Traducidlo por práctica del Catolicismo, piedad, devoción ó cualquiera otra de estas cosas, y habréis dado en lo cierto. No se usa mucho hoy día. Nunca se hartaban de emplearla en sus arengas y poesías Quintana y los demás volterianos españoles de principios del presente siglo. Fué entonces la palabrilla de moda, el chiste de salón de aquella escogida sociedad que no sospechaba, allá en sus verdes años, llegar á ser con el tiempo abuela del Socialismo y de la Internacional.

—Nietos aprovechados que de ella nos han nacido hoy día.

—Y ¿qué pensáis significa aquel tan traído como llevado *oscurantismo?* En alocuciones y proclamas, en brindis patrióticos y en discursos de sensación, siempre sale por lo regular esta bendita palabra. No es cosa del otro mundo, sino muy de éste. Para los amigos de la ilustración racionalista, *oscurantismo* es la ilustración católica, ó sea la ciencia y las artes según el Catolicismo. Todo lo católico es oscurantismo para estos ilustrados.

—Acabad, que hay bastante ya.

—En resumen: Influencia clerical, ultramontanismo, jesuitismo, Corte de Roma, neos, oscurantismo, fanatismo, superstición, teocracia, poder negro, intolerancia, reacción y otras y otras que menudean hoy día, no son al fin más que artificiosas caretas de una cosa muy vieja, muy sabida y muy aborrecida, que es la Iglesia de Jesucristo Nuestro Señor.

XII

BALANZAS FALSAS


o fueron siempre las del mundo, pero lo son de un modo particular las del mundo de hoy, que es el mundo más mundano y más trampista que se ha conocido jamás.

—Me gusta lo suave de los calificativos.

—Más que lo suave os ha de gustar lo verdadero. Recordad sino lo de la mostaza, de que hablábamos poco há.

—No se me cayó en saco roto.

—Digo, pues, que el mundo actual tiene sobre ciertas cosas unos modos tan raros de juzgar y apreciar, que no le pueden acreditar más que ó de muy tonto ó de muy embustero. Porque en cuanto toca á cosas que recomienda la Religión, condena él inmediatamente y sin vacilar; pero si se trata de algo que la Religión reprueba ó mira siquiera con no buenos ojos, entonces sale él apoyándolo y enalteciéndolo siempre con el mayor entusiasmo.

—Es verdad, y á la vista está lo que decís sin necesidad de grandes demostraciones.

—Mas no es esto todo. Podría decirse aquí, para explicar el caso, que eso depende del diferente criterio con que juzgan de las cosas el mundo y la Religión. Y claro está que juzgándolas con opuesto criterio, y partiendo de opuestos principios, han de ser opuestas las apreciaciones y consecuencias. Hasta aquí no habría trampa sino lógica, y podría haber hasta una cierta buena fe.

—Verdaderamente.

—Mas lo grave del caso es que frecuentemente ni eso último brilla en los errados juicios del mundo. No; porque el muy embaucador, *aquello mismo* que en sí aprueba, lo condena en la Religión y viceversa. Reparadlo bien, *aquello mismo,* es decir, lo que en recta lógica y procediendo con lealtad debiera ser juzgado y fallado siempre de la misma manera.

—Explicaos un poco más, que no os acabo de comprender.

—Me comprenderéis muy luego con sólo que os cite algunos ejemplos.

—Sí, señor, ese es mi fuerte. Vengan ejemplitos.

—Suponed que le da á una muchacha de las nuestras por ser monja, y que para eso, como es natural, tiene que abandonar á sus padres, causándoles la consiguiente aflicción. ¡Cómo se revuelve el mundo contra aquella infame desnaturalizada! ¡Vea Vd.! ¡Abandonar á sus padres! ¡Darles tal disgusto! No tienen entrañas esas personas de religión. Pero acontece que á una hermana de la anterior le sale un buen novio allá en tierras lejanas, y la chica no se hace de rogar, acepta el partido, abandona á sus padres, y váse para siempre á vivir y á morir lejos de ellos en no sé qué apartada ciudad. ¡Oh! Entonces encuentra todo esto muy conforme el mundo, colma de enhorabuenas á la afortunada, se burla de los padres si lloran su ausencia. Pues claro, dicen, ¿un partido como ese se había de despreciar? ¡Tiranos hubieran sido sus padres, si con llantos y lagrimillas hubiesen estorbado tan ventajoso casamiento!

—Resulta clara la contradicción.

—Sí, y por ende resulta clarísima la trampa y la mala fe.

—Vaya otro casito.

—Agua va. Fuimos á Lourdes hace pocos años no sé cuántos miles de españoles, y recordaréis los argumentos de varias clases y calibres con que por aquellos días combatían las gentes del siglo nuestra piadosa expedición. Entre ellos era el más sonante el siguiente, y nos lo echaban en rostro aún personas hasta cierto punto religiosas. «¡A qué, decían, irse á dejar tanto dinero en país extraño! Más de cien mil duros se van á quedar en manos francesas después de esta romería, que bien podrían haberse quedado en España, que harto los

necesitamos aquí, y no nos faltan Santuarios á donde dirigirse tales manifestaciones. Fervorosos (concluían) podrán serlo los tales peregrinos, pero no finos españoles como debieran ser.» Sucedió, empero, que poco después se abrió Exposición universal en París y en Filadelfia, y todos esos finos españoles corrieron allá, dejando en las arcas francesas y norte-americanas no miles sino millones, y los que no pudieron ir envidiaban y aplaudían á los que iban, y fué cosa de moda y de ilustración y de patriotismo el tal viaje, y ¡ay del reaccionario y del atrasado que se hubiese atrevido á hablar mal de él!

—Esto se parece (y permitidme ahora sacar de mi cosecha otro ejemplito), se parece, digo, á los que murmuran porque enviamos al Papa nuestras limosnas, y dicen que eso es sacar caudales de España para regalárselos á un extranjero. Y en cambio ellos ¡los muy patriotas! tienen cocinero francés, modista inglesa, institutriz alemana, cantantes y danzantes italianos, y calzan y visten y beben y comen de extrangis y de contrabando á todas horas, sin dárseles un ardite del Erario nacional.

—Exactamente, y es caso análogo al anterior y que revela la misma buena fe.

—Venga otro.

—Tal señora, piadosa madre de familias, tiene por costumbre madrugar y oir Misa todos los días, y recibir muchos de ellos los Santos Sacramentos y pasarse en la iglesia un ratito de oración, que hurta, nó á sus obligaciones domésticas, sino al regalo de su cuerpo y á la disipación de diversiones y visitas. ¡Qué es oir al mundo como la califica de beata y de santurrona, que por estarse comiendo Santos abandona su hogar y deja sus quehaceres, y se pasa en el templo las horas que debía consagrar al cuidado de su casa y á la familia que el Señor la dió! Hay, empero, otra en la casa de enfrente que va al teatro cada noche y á visitas cada tarde y se está entre sábanas hasta medio día, y dicen todos: «Pues es claro, ¿acaso no debe frecuentar una señora la sociedad? ¿No deben tenerse horas para la expansión?»

—También este es lance de todos los días.

—Otro toro. ¿Por qué lee V., amigo mío, esos periódicos

tan sumamente malos y remalos?—Hombre, hay que saberlo todo y estar al corriente del mundo.—Está bien: acepto por de pronto tan absurdo principio; pero dígame V.: ¿lee V. cada día algunos, uno siquiera, de nuestros periódicos sanos y firmemente católicos?—No, por cierto; me fatiga esa lectura, que gusta solamente á los neos y ultramontanos como vos.—¡Es que como decía V. que deseaba estar al corriente de todo y saberlo todo!...—Sí, pero... ¿qué queréis?

—Vamos, que es otro de los rasgos más comunes de buena fe.

—Otro al canto. ¡Libertad para todo, vociferan por ahí nuestros liberales.—¡Bien, digo yo; pues sea la primera en disfrutar de ella la santa Iglesia de Dios!—Según y cómo, os dicen al punto; las leyes del reino, los derechos de la nación, los intereses del Estado, la cuestión del orden público, la índole de los tiempos...—¿Todo esto exige que la Iglesia sea la única desheredada de este común patrimonio de la libertad?—Hombre, no; pero...

—En definitiva, otra contradicción y otro modo de pesar con balanzas de trampa.

—Menudean los casos como estos, y sería cuestión de continuarlos aquí á docenas, si todos los que diariamente ocurren se debiesen referir. El mundo, como aquel mercader de un cierto cuento, tiene para su uso dos balanzas, unas para comprar, otras para vender, y ambas tan ingeniosamente dispuestas, que siempre sale á gusto suyo la pesada. Y esto en todo lo que se refiere á Religión: así en lo privado como en lo social; en el orden político como en el científico; en las leyes como en las costumbres; en el fallo de las añejas cuestiones de historia, como en el de los incidentes de que da cuenta diariamente en sus gacetillas la prensa de la localidad. En todo se ve el mismo dualismo, igual trampa y bellaquería.

—A bien que más allá hay, como en ciertos mercados de por acá, *oficina de repeso*...

—Cierto, y no es flojo el chasco que se van á llevar en el *repeso* de la otra vida, los que acá fiaron del todo en los *pesos* que en la presente se suelen usar. Por lo cual, y para andar prevenidos, bueno es adoptar como usuales las reglas

siguientes: 1.ª Por regla general tener como mentiroso el *peso* del mundo, que sin juicio temerario bien se le puede tener en todas sus cosas por embustero de solemnidad. 2.ª En consecuencia sujetar á *repeso*, ya desde ahora y sin aguardar el de la eternidad, todas las cosas que él nos dé sin otra garantía que la de su sospechosa balanza.

—Excelente par de reglitas que me propongo no olvidar.

XIII

¡NEGOCIANTE, Á TU NEGOCIO!



í, señor, eso, eso: que atienda cada cual á lo suyo sin cuidarse de otra cosa, único medio segurísimo para que ande de una vez el mundo exacto y concertado como perfecta máquina de reloj.

—¿Con qué os ha gustado el lema?

—¡Magnífico! Sólo falta que lo cumpla seriamente cada cual. ¿Qué más queréis vos sino que no cuide el estudiante más que de aprender, y el industrial no más que de fabricar, y el comerciante tan sólo de sus compras y ventas, y el ministro de gobernarnos bien, y el pueblo de pagar y dejarse gobernar como Dios manda? No se necesitaría más, á fe mía, para que todos los enredos y revueltas de este pícaro mundo cesasen de una vez y quedase todo como una balsa de aceite.

—Bien dicho está todo eso, ó mejor muy bien pintado. Sólo que para que sea verdad tanta belleza, fáltale todavía al cuadro un toque muy principal.

—No os comprendo: acabaos de explicar.

—Voy al caso. Todos los negocios de este mundo andarían muy bien si cada cual atendiese *como debe* al suyo. Mas para que se resuelva cada cual á atender al suyo *como debe*, es preciso que ante todo atienda cada cual preferentemente á un cierto negocio que es como el alma y vida y regla de todos los demás.

—Os empiezo á oler el bulto, Padre predicador.

—Felicítome de que tengáis tan buena nariz, porque habéis olido perfectamente. Voy, pues, á echároslo al rostro con más claridad. El alma de todo negocio debe ser siempre para todo hombre de razón... el negocio del alma.

—¡Bravísimo! Así me gusta: la franqueza en primer lugar. Pero decidme: ¿cuál es este negocio del alma que debe tan preferentemente ocuparnos?

—¡Toma! Sabido lo tenéis y extraño de veras la pregunta. El negocio del alma, el único negocio suyo, es conseguir para ella la eterna salvación. Consideradlo, en efecto, amigo mío, y veréis claramente que si para algo estamos en este mundo es para el negocio que os acabo de indicar. Negociantes somos, pues, todos de este único y supremo negocio, en el cual arriesgamos nada menos que un capital que se llama... la eternidad.

—¡Bonita suma!

—Y todo el asunto estriba en que negociemos de suerte que á la hora de la muerte nos encontremos íntegro en nuestras cajas (digo en nuestras almas) el conjunto de valores (digo de méritos) que representan ese capital. So pena de que á quien no presente en aquella hora limpios y reconocidos tales valores me lo declare en quiebra el supremo Liquidador.

—¡De modo que es un negocio como otro cualquiera, sujeto al fallo del tribunal de Comercio!

—Exactamente, sólo que como aquí es de más altos intereses el comercio, es también de más trascendentales consecuencias el fallo del tribunal. El cual decreta también prisión contra los insolventes, y es prisión esta de que no se ha de salir hasta que se hayan pagado las deudas. Y como ciertas deudas ya entonces no se pueden pagar nunca... ayúdeme V. á sentir.

—Es decir, que la cárcel de tales insolventes no se acabará jamás.

—¡Cabal! Y he aquí en qué paran á la vuelta de cincuenta ó sesenta años infaliblemente, ¡óigalo V. bien, infaliblemente! cuantos no atendieron ahora á aquel su negocio como era obligación.

—Pero, decidme, ¿no habíais dicho también que ese negocio del alma era á la vez el alma de todos los demás?

—Sí, y lo sostengo, y con cuatro palabras os lo voy á demostrar. Todos los negocios de este mundo para ser honrados han de tener dos aspectos: uno por el que miren á la bolsa, otro por el que miren... al cielo.

—¡Hombre!

—Sí, amigo mío, sí: un lado por el que miren á la bolsa, otro por el que miren al cielo. Ahora bien. El verdadero toque de la cuestión del negocio, para que éste sea como debe ser, está en que el lado por el cual mira el negocio á la bolsa, que es el lado que preferentemente se suele mirar, no se oponga, antes ayude, al otro lado por el cual ha de mirar todo negocio al cielo. Más claro...

—Sí, más claro, á ver si al fin os acabo de comprender.

—Se habla muchas veces de negocios del alma y de negocios del cuerpo, de negocios eternos y de negocios temporales.

—Es verdad, y así se suele decir.

—Oid, pues, una fórmula nueva de una muy vieja verdad. Haceos cargo de que no hay tales carneros, es decir, tales negocios del cuerpo y tales negocios del alma, tales negocios de acá y tales negocios de allá, así divididos y clasificados en grupos. Nada de eso. No hay más que un solo negocio para el hombre; el de la eternidad.

—¿Cómo? ¿Y no ha de haber quien acá levante fábricas, ó expenda géneros, ó gire letras, ó confeccione zapatos, ó se dedique como mejor le parezca á negocios de este jaez?

—Como mejor le parezca, no: como para aquel otro gravísimo negocio convenga, sí. De suerte que el vestir y el calzar, y el comprar y el vender, y el cobrar y el pagar, y el ser jornalero ó capitalista, y el ser millonario ó pordiosero, no lo mire el hombre como negocios aislados é independientes, sino como partes de aquel otro negocio principal.

—Operaciones, se llaman en buen lenguaje de escritorio.

—Efectivamente, esta es la palabra: operaciones. Me acabáis de abrir con ella horizontes nuevos á que extender mi explicación.

—Celebro haber tocado la flauta, aunque sea por casualidad.

—Vais á verlo. Un buen negociante llama *su negocio* al de ganar buenos cuartos con las compras ó ventas ó giros que trae entre manos todo el día; y asimismo llama *su negocio* á todos los pasos que da, á todas las cartas que escribe, á todas las visitas que hace, á todas las rabietas que sufre, á todas las triquiñuelas que discurre; á toda esa serie de menudencias llama él *su negocio,* porque todas juntas las dirige y encamina á lo que realmente lo forma, que es ganarse un buen capital. Y no escribe por escribir tan solo, sino por el dinero; ni visita por gusto de visitar, sino por el dinero; ni anda de ceca en meca por el placer de andar, sino por el dinero; ni rabia y sufre mil congojas por el solo prurito de rabiar, sino por el dinero. Todo aquello son *operaciones* para esto, y al conjunto de esas operaciones y á su objetivo final llama él *su negocio.* Aplicad ahora el cuento.

—Estoylo aplicando rato há.

—Gracias á Dios. Un solo negocio debe ser el de la vida, aunque sean múltiples las operaciones de toda ella. A lo que el negociante terreno llama *dinero,* llame el cristiano *cielo,* y en todo lo demás proceda de análoga manera. Por su cielo hable, ande, escriba, sufra, luche, ria, llore, padezca, goce; por su cielo, sea militar ó fraile, literato ú obrero, capitalista ó mendigo, gobernante ó desgobernado. Todo por su cielo, es decir, por su negocio, como por su dinero, es decir, por el negocio suyo, hace todo aquello el negociante de acá. Y trabaje en ello con igual ardor, con igual tenacidad, con igual perseverancia, arrostrando por ello sudores, fatigas, incomodidades, exponiendo la salud, la vida misma, exactamente como por los meros negocios del mundo se suele arriesgar.

—¡Cierto! ¡cierto!

—Lo cual es ser negociante de veras, y querer de veras negociar, y de veras exprimirle todo el jugo y substancia al negocio. ¿Comprendéis ahora toda la intención del lema?

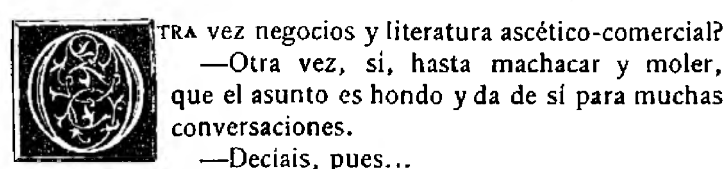
—Sí, y mucho.

—Pues bien. ¡Negociante, á tu negocio! A todas horas

escuchad como dicha á vos esta palabra en son de reprensión, si os vais con más ardor que debierais á otros negocios que no son *vuestro negocio;* ó en son de estímulo por lo menos, si á dicho *vuestro negocio* no andáis listo, listo, como todo buen negociante (digo todo buen cristiano) debe de andar.

XIV

NEGOCIOS AL POR MENOR



OTRA vez negocios y literatura ascético-comercial?

—Otra vez, sí, hasta machacar y moler, que el asunto es hondo y da de sí para muchas conversaciones.

—Decíais, pues...

—Sí, decía, ó iba á decir por lo menos, que ese gran negocio del alma, alma que debe ser de todos los negocios, como os hice ver en la conversación anterior, trae consigo y en cierta manera encierra dentro de sí una multitud de negocios pequeños, que todos forman juntos el negocio único y principal. Y á eso llamo hoy, *negocios al por menor*.

—Veámoslo también por piezas menudas.

—En primer lugar reparad, amigo mio, que en ese pícaro mundo apenas hay cosa en él chica ó grande, sucia ó limpia de que no haya procurado sacar el filón de un buen negocio la habilidad de los aprovechados mortales. Sin meternos ahora á presentar de todos los artículos negociables y negociados detallado inventario, recordad solamente que con los papeles viejos de la calle se hace negocio, con los trapos y harapos semipodridos se hace negocio también; hácese con lo más vil y asqueroso que como basura arroja la escoba de la criada al pie de la acera ó del portal. Materia de negocio son nuestros males; ahí está el médico ganando su vida con ellos: lo son nuestras locuras y rencillas; ahí están los abogados y curiales: de suerte que, dando al conjunto de todas las criaturas visibles y tangibles una ojeada,

hallamos que no hay apenas una de ellas que no pueda serle á un hombre hábil é industrioso base y materia para negociarse un cierto capital.

—Ciertamente, y si hubo siglo alguno que comprendiese y practicase bien esta filosofía, es sin duda el siglo décimonono. Apenas creo le deje éste á su sucesor un átomo siquiera por explotar.

—Es verdad, y he aquí porque quisiera yo fuésemos todos los cristianos *en eso* hijos perfectos de nuestro siglo, y que *en eso* saliésemos discípulos regulares de tan excelente maestro.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Y también acabaréis vos por ser uno de los admiradores de la época actual?

—¿Cómo no, si hablando del siglo llegó hasta á proponer el divino Salvador su habilidad y carnal prudencia como modelo de la que debían tener los hijos de la fe?

—¿Dónde y cómo?

—En su santo Evangelio cuando dijo: *Los hijos de este siglo son más prudentes en sus operaciones que los hijos de la luz.*

—Ciertamente, en San Lucas, cap. XVI, y me ha hecho gracia la cita, que tenía ya olvidada.

—Pues, sí, amigo mío. *En eso*, reparad bien, *en eso* debéis ser como los hijos del siglo, hábil, industrioso, aprovechado, explotador.

—¿En qué?

—En lo que decíamos, en convertirlo todo en base del negocio, de aquel negocio alma de todos, del negocio de ganarnos la eternidad.

—¿Cómo?

—Muy sencilla y facilísimamente. Procurando sacar de todo lo que os venga á mano, la partecilla chica ó grande que contenga de capital aprovechable para allá.

—Os entiendo menos.

—Procuraré explicarme más. ¿Pensáis, habláis, obráis, padecéis? Ved como de aquel pensar, hablar, obrar ó padecer podáis sacar algo que sea grato á Dios y de mérito para vuestra alma.

—Y á ver con qué alambiques se saca y destila de todo esa quinta esencia.

—Es, en efecto, una como operación química, semejante á la que buscaron y no lograron nunca los que tantos siglos anduvieron tras la piedra filosofal. Si es con retorta ó con alambique como pueda hacerse esa transformación de lodo en oro y de suelo en cielo, no os lo sabré ciertamente precisar; pero sí que la han conseguido miles y millares y millones de buenos cristianos, y que ¡desgraciado quien no la sepa conseguir! Y lo veréis, volviendo á lo que del negocio decíamos ha poco rato.

—Sí, sí, y dejémonos de retortas y de alambiques.

—El trapero y basurero nada saben de químicas, y sin embargo con su saco ó costal á las espaldas convierten en buena plata de ley hasta los harapos y suciedades y basuras del muladar. Y así los demás que antes hemos apuntado.

—Dad reglas para ese oficio.

—Son muy sencillas y caseras. ¿Se trata de lo que hagáis vos ó penséis ó habléis? Pues no verifiquéis cosa alguna de esas, sino con arreglo á la ley de Dios y con deseo de agradar á Dios. Más breve, tened en todo la ley de Dios por norma y la gloria de Dios por fin. Asegúroos por quien soy que no habrá de esta suerte en vos cosa chica ni grande, aunque sea tamañita como grano de anís, que no os merezca y no os alcance una eternidad de cielo.

—Realmente sencilla es la primera parte de la receta.

—Vamos á la segunda. ¿Se trata acaso, nó de lo que hacéis vos, sino de lo que con relación á vos hacen otros, ya favoreciéndoos, ya contrariándoos? Pues recibidlo como venido, nó de ellos, sino de la mano de Dios; y como enviado de su Divina Majestad agradecedlo ó soportadlo, según que la cosa fuere de buen ó mal sabor al paladar.

—También eso es sencillísimo y se comprende sin dificultad.

—Haced ahora aquí vos mismo las aplicaciones que os ocurran.

—Hacedlas, que mucho mejor os ocurrirán á vos.

—No hay sino extender las manos y coger de las mil que menudean á nuestro rededor. Póngome á trabajar, por ejemplo. Pues bien. De tal suerte y con tal fin quiero emprender ese trabajo que me sirva, no menos que para ganar el

pan del cuerpo, para ganar merecimientos en orden á la eternidad. Ofrezco, pues, este mi trabajo á Dios, llevo con paciencia sus fatigas, suavízolo con la oración, procuro en él no dar mal ejemplo á mis compañeros, etc. Cierto puedo estar de esta manera, que si soy sastre á cada puntada que doy en la ropa le añado grados y más grados á mi futura felicidad. Y que si soy escribano, no pongo letra en el papel de acá, que no me sea contada como de oro en mi expediente de allá. Y que si soy tejedor, no pasa una vez delante de mis ojos cada segundo la rápida lanzadera, que no me añada Dios *una pasada* también á la tela de gloria que allí se me está tejiendo. Y que si soy soldado en justa causa, no doy un paso en las marchas ni disparo un tiro en la batalla que no me sean victoria allá en el cielo. Y que...

—Basta de ejemplitos, que sobran ya.

—Suponed empero que se trata, nó de lo que vos hacéis, sino de lo que os viene de parte de otros, sea adverso, sea favorable. Entonces el procedimiento es todavía más llano. En cada una de las cosas que así os venga ved más que la mano del hombre ó la acción de los elementos, la mano de Dios y su santísima voluntad. ¿Que os da riquezas? Buenas son, pero debo usar bien de ellas, porque no son mías sino de Dios. ¿Que os da pobreza? Dura es, pero debo conformarme á ella, porque me la manda Dios. ¿Que estoy sano? Bienvenida la salud, porque es un medio que para mejor servirle me concede Dios. ¿Que estoy enfermo? Bendita sea la enfermedad, señal que con ella es como Dios quiere ser por mí servido. Y así en todas las cosas. Explotarlo todo en beneficio del negocio principal, negociarlo todo, sacar de todo renta para la gloria.

—Bien está; pero se me antoja ahora que en todo hablasteis muy al caso, menos en el lema que le habéis puesto á la presente conversación.

—Explicaos y decidme vuestro reparo.

—Llamasteis á eso *negocios al por menor*.

—Es verdad, pues al por menor y al menudeo se va haciendo de muchas cosillas al parecer insignificantes el tal negocio.

—Pues á mí se me figura que ese es más bien el negocio

en grande escala, el único al por mayor, como el de esos inmensos bazares de la industria moderna en los que se negocia en todo, en telas, metales, libros, quincalla, bisutería, en fin, *Bazar universal.*

—También es cierto, y no falta motivo á vuestra observación. De todos modos, llamadle negocio al *por menor,* por razón de las menudencias en que se emplea, ó al *por mayor,* por razón del carácter universal que las comprende todas en un solo concepto, lo que importa es no dormirse en las pajas, sino siempre y á todas horas y en todos los ramos ¡negociar! ¡negociar!

XV

¿SON HOMBRES Ó SON NIÑOS?



Los que tenemos del hombre y de su origen y de sus destinos la elevada idea que nos da la Religión católica, rara vez caemos en la tentación de despreciarle y de mirarle como cosa de poco valer. Sabemos que es hechura de Dios, dotado de un alma, imagen suya por la creación, y esposa suya por el Bautismo, soberano de sus actos, y por lo mismo responsable de ellos, criado para recompensas inmortales, aunque expuesto á ser castigado, si es ingrato y traidor, con sufrimientos eternos. Por lo mismo, el hombre nunca es para la filosofía católica un sér despreciable, como lo fué para la filosofía pagana. Se le admira, si es bueno, y se le compadece, si es malo; y ahí está todo.

—Es verdad. El Cristianismo ha elevado bajo este concepto la dignidad humana, mucho más, muchísimo más de lo que pueda jamás llegar á elevarla el racionalismo, por más que alardee de humanitario.

—Empero, he de decirlo aquí con franqueza. Una vez al año siéntome tentado de hallar ridícula la obra de Dios.

—¡Hombre!

—Líbreme el cielo de querer inferir con esto la menor injuria á la divina Sabiduría. Porque, si esta única vez al año encontramos risible y ridículo y casi despreciable al hombre, es porque él se empeña en aparecer tal, en empequeñecerse, en degradarse, en arrojar por los suelos su nobilísima dignidad.

—Explicaos.

—Voy á eso. Estamos en Carnaval. ¿Qué es el Carnaval? No sé dónde me pareció poder definirlo exactamente, diciendo que era *el hombre poniéndose á sí propio en caricatura.* Prescindamos de la salsa de inmoralidad y vergonzoso libertinaje con que se sazonan todas las diversiones de estos días; nada digamos del desahogo que se da en tal tiempo á los instintos del hombre-bestia, contenidos durante el resto del año por algo que de pudor les ha quedado todavía á las costumbres públicas; callemos sobre lo mucho que tolera el Carnaval, que es caballero muy tolerante, y sobre lo mucho á que estimula y enciende, que eso no lo ignora ninguno de sus devotos: fijémonos únicamente en lo más disculpable, en lo más inocente de él; esto nos bastará para que formemos del mismo el concepto que se merece.

—¡Buen campo se os ofrece á fe!

—¡Pues, digo! ¿Qué es ver á un padre de familias, en quien por lo menos debe suponerse seso y madurez, y deseo de sacar juiciosos y ejemplares los hijos; qué es, digo, verle por esas calles y plazas hecho un arlequín, con grotescos ademanes y ridícula catadura, haciendo del loco y del bufón, que todo el que le viera y no supiese las extrañas libertades que permite la temporada, tomárale por recién escapado del manicomio?

—No hay pocos en tal lugar que por nada del mundo dieran muestras de tan poco seso. Prosigamos.

—Y aquella mujer, que en espacioso salón bulle y se agita cubierto de tafetan el rostro, para que no estorbe la vergüenza á la desenvoltura, permitiéndose desahogos y franquezas que en cualquiera otra ocasión le valieran á la infeliz crédito de ramera, es ¡ay Dios! ó una niña que salió del colegio ayer, y á quien el Carnaval lleva por vez primera á navegar sola en aquel golfo de tantos naufragios, ó una madre de muchos hijos, que con deshonra de sus cuarenta años va allá á renovar los verdores de su juventud, y á atizar la llama de mal apagadas pasiones. ¡Ah! ¡y cuántas inocencias se derriten al calor de aquellas bujías! ¡Cuánta limpieza se empaña con la atmósfera cargada de aquel recinto vaporoso! ¡Cuantos piés y cuántos corazones resbalan y caen en el ma-

reo de aquellas danzas, que aun el mundo su autor se ha complacido en llamar *infernales!* ¡Cuántas almas inexpertas pierden por toda la vida su luz y su brújula en aquel revuelto torbellino de desenfrenadas concupiscencias!

—Pero, ya veis, el mundo se vuelve en tales días tan complaciente, que nada de eso extraña, antes lo mira como la cosa más natural.

—Ciertamente, lo cual no disminuye sino que aumenta notablemente la gravedad del caso. Ved sino los que se titulan sus órganos ó maestros. ¿No os lastima profundamente el aplomo con que ciertos periódicos graves, sesudos, formales, hasta católicos á su modo, se erigen todos los años en cronistas y panegiristas del Carnaval? ¿No os da grima leer, entre los anuncios oficiales de autoridades y corporaciones serias, los grotescos telegramas y edictos del *Marqués de las Cabriolas* ó del *Barón de la Pelota,* y cien otras majaderías de este jaez? ¿Y no duele más que se rinda este homenaje á la frivolidad y á la corrupción en tiempos como los presentes, en que no nos bastan dos ojos para llorar las mil y una calamidades que llueven todos los días sobre nosotros? Pues qué, ¿no pasea acaso la discordia su horrible faz por nuestros campos y ciudades? La misma página que dedicáis al relato y elogio de farsas y mascaradas, ¿no viene, por decirlo así, ensangrentada con la relación de catástrofes en que han sido víctimas muchos de nuestros hermanos? ¿No gime la Religión más que nunca azotada? ¿No se hunde la patria? ¿O es que por ventura encontráis razonable que gima la Religión, y se destrocen nuestros hermanos, y se hunda la patria al son de vuestras brutales carcajadas, entre el cancán de vuestras orgías?

—Más criminal me parece todavía el empeño que frecuentemente se pone por algunos en cubrir la inmoralidad carnavalesca con el manto sublime de la caridad.

—En efecto. De sacrílega calificaríamos esta pretensión, si no nos pareciese aún poco duro el calificativo. No, insensatos, no; la caridad hija del amor á Dios, como que no es sino el amor mismo á Dios reflejándose sobre las necesidades del prójimo; la caridad, palabra que hasta los Angeles pronuncian con respeto, nada tiene que ver con vuestras lo-

curas. No, no profanéis, no condenéis á vergonzosa prostitución esta santa palabra. La caridad ama mortificarse para socorrer al necesitado, no divertirse; la caridad busca el silencio del hogar del pobre y la austera quietud del hospital, no la agitación de las comparsas y mascaradas; la caridad moraliza, eleva, santifica á los que la ejercen y á los que la reciben, no corrompe ni embrutece, lisonjeando las groseras tendencias del sensualismo. La caridad ama llorar con el que llora, no bailar y reir y embriagarse de placeres para enjugar una lágrima, *después de pagados los gastos de la función*. ¡Atrás la moneda falsa, que ni el color sabe tomar de la verdadera! ¡Atrás las falsificaciones y los falsificadores!

—¡Ojalá comprendiesen bien estas cosas siquiera los que más estrecha obligación tienen de comprenderlas! Refiérome á los buenos católicos, alguno de los cuales, por los malditos compromisos y respetos humanos, también alguna vez *desafina* en este particular.

—El deber de todo buen católico en tales días no necesitamos apuntarlo aquí. Harto lo recuerda cada año la Iglesia nuestra Madre. Quien sea de veras (de veras, decimos) hijo suyo, oiga su voz y sígala, y obre en consecuencia. Sobre todo, desde que, gracias á lo que todos sabemos, el Carnaval es no sólo erupción de inmoralidades, sí que también de impiedad y de sarcasmo para las cosas más santas; desde que no se ve libre de sus befas ni la persona venerable de nuestro Supremo Pontífice, ni el mismo augusto Sacramento de nuestros altares, ni el hábito inmaculado de nuestras Religiosas, ni la majestad de las ceremonias de nuestro culto.

—No hay duda. El Carnaval de hoy ha venido á ser en muchos puntos verdadera blasfemia ambulante.

—Pues bien. Oíganlo todos los verdaderos católicos. Tales días de pública blasfemia deben ser para el católico días de pública reparación. Sólo así el amor y la fidelidad y la lealtad de los buenos puede suficientemente compensar en presencia de Dios la perversidad y el desenfreno de los que no lo son. Debe acudirse con más fervor al templo, y pasar en él más horas que de ordinario, y procurar sean espléndidos y brillantes, sin perjuicio de ser muy devotos y recogidos, los cultos que en él se den. Que, pues, los mundanos se dedi-

can en tales días á discurrir y organizar *extraordinarios* modos de ofender á Dios y de pervertir almas, también deben ser *extraordinarios* los medios que empleemos nosotros para desagraviar á Su Divina Majestad y llamar en torno de sus altares á las almas distraídas.

—¡Es verdad!

—Obremos, pues, de este modo, y hagámonos como un deber el celebrar también cual cumple á buenos católicos nuestro Carnaval.

XVI

UNA HISTORIA DE CARNAVAL



LVIRA, niña de veinte abriles, rica y hermosa, dotada de cuanto puede desear para sus ensueños de felicidad la juventud más exigente, había asistido el martes de Carnaval á un lucido baile de máscaras, en donde había brillado por sus hechizos, locuacidad y desenvoltura, como reina del salón. Cuatro gallardos jóvenes habían sido uno tras otro juguete de su gracejo é ingeniosa travesura, sin que ni uno de ellos hubiese logrado ver el rostro que se escondía tras la tupida mascarilla de raso negro, ni saber el nombre de la hechicera deidad, de cuyos bromazos habían sido víctimas durante toda la noche.

Faltaba aún una hora para terminar la función, y Elvira rendida, más que de cansancio material, de goces y de emociones, pues el placer rinde más presto que los más arduos trabajos, habíase dejado caer en un diván ó sofá de una pieza de descanso. Los estrepitosos acordes de la música bacanal y el chillido de los concurrentes no habían sido parte para impedirla cerrar los ojos y entregarse á una ligera somnolencia, cuando se le presentó un apuesto doncel que pareció despertarla, mientras tomándola de la mano le decía con suave acento:

—¿Conmigo, prenda, gustáis tomar parte en la próxima *galop?*

Había tal encanto en aquella voz suavísima, y tal energía

en la mirada con que el gallardo mancebo la acompañó, que Elvira se sintió fascinada, y á pesar de su cansancio respondió con viveza:

—Soy gustosa, señor galán, vamos.

Y entre tanto preludiaba ya la orquesta los siniestros acordes de aquella tan conocida danza, cuyo acelerado compás y agitados movimientos le han valido el nombre de *infernal*.

La pareja que para esta última parte de la fiesta le había salido á nuestra elegante era el tipo más simpático que pudo fingirse jamás la imaginación. Esbelto talle, cabeza delicadamente perfilada, de la cual pendía ondulante y rizada melena, sonrisa constante en los labios, y siempre saliendo de ellos una palabra de amor ó un rasgo de delicada lisonja. Vestía riquísimo disfraz de terciopelo negro á usanza del traje civil de los caballeros del siglo XIII, y pendíale del cinto ligera daga con vaina de plata y empuñadura primorosamente cincelada. Elvira estaba ebria de orgullo con su galán, y bendecía á la fortuna que se lo proporcionara, como digno coronamiento de aquella noche de triunfos.

Y seguía y seguía la danza, y nuestra pareja se distinguía en medio del revuelto torbellino de los danzantes por la febril exageración de sus vueltas. En uno de los momentos de pausa preguntóle á la joven el caballero del negro disfraz:

—¿Vuestro nombre, máscara? ¿Puedo saber el nombre de la mágica deidad que tengo en mis brazos?

—Elvira, respondió la niña, soltando como delirante aquel nombre que tantos galanes habían preguntado en vano durante toda la noche. Y vos, caballero, ¿no me diréis á quién debo tanta honra?... repuso tímidamente la ya vencida coqueta.

—¡Ah! ¡mi nombre! ¡mi nombre! exclamó con extraña sonrisa el caballero negro, ¿y qué sacaréis vos de saber mi nombre? Tal vez os disgustaría, tanto como decís os ha complacido la persona que lo lleva. Ignoradlo, prenda, si deseáis conservar vuestra ilusión.

Y la mano del desconocido estrechaba convulsamente la de la joven, y ésta sentía con su contacto estremecimientos

parecidos á los que produce la electricidad á quien toca los conductores de una pila de Volta.

—Estáis cansada, Elvira, ¿no es verdad? decía el galán. El barullo de esta noche de Carnaval no es para las almas elevadas como la vuestra. Los corazones amantes anhelan huir del ruido, buscan la soledad, el misterio, los pálidos fulgores de la luna, la sombría espesura de las arboledas. ¿Vámonos al jardín, hermosa Elvira?

—Vamos al jardín, respondió la infeliz, cuya voluntad habían ya del todo subyugado las fascinadoras palabras del desconocido.

Y bajaron al jardín. El astro de la noche alumbraba con su plateada luz aquel delicioso retiro, y el murmullo de las aguas cayendo sobre blanquísimas conchas de mármol y alabastro suplía con ventajas la música estrepitosa del baile, cuyos ecos lejanos se oían allá en la vasta sala iluminada.

—La plácida dulzura de la noche en esta mansión de hadas, decía el galán misterioso á su enamorada Elvira, es una débil imagen de los placeres que guardo para vos, deidad celestial, en el palacio de mis mayores, del cual seréis vos la reina adorada. ¡Elvira! ¿Rehusaríais hacerme feliz en pago del amor ardiente que ha encendido en mi corazón vuestra hechicera hermosura? Soy vuestro, encantadora Elvira; ¿sois mía? ¿no es verdad? ¿sois mía?

—Sí, sí, respondió ya enajenada y palpitante la desventurada. ¡Soy vuestra! y ¿cómo había de poder resistir al poderoso ascendiente de vuestra mirada y á la magia arrebatadora de vuestras palabras? ¡Soy vuestra! ¡Llevadme con vos y os seguiré... hasta el fin del mundo!

Y salieron del jardín, y tomaron el camino que fuera de la ciudad conducía. La luna se escondía de vez en cuando detrás de apiñados nubarrones, y al resplandor de sus inciertos rayos caminaba y caminaba sin cesar la enamorada pareja. Pero aquel camino se prolongaba indefinidamente, y los dos amantes camina que caminarás, sin divisar todavía el suspirado palacio del disfrazado caballero. Ora eran rampas escuetas y anchos terraplenes lo que pasaban, ora sombríos valles y lúgubres hondonadas, ora vadeaban ríos y

cruzaban torrentes, ora atravesaban con medrosos pasos desiertas y silenciosas ruínas. El paisaje era cada vez más árido y salvaje. Y la noche poníase cada vez más obscura, y los nubarrones eran cada vez más densos, y la luna no despedía ya ni un débil rayo de su melancólica claridad. Y allá lejos en la cima de altísimos montes oíase el rumor sordo del trueno, anunciando la proximidad de espantosa borrasca...

Y á todo esto seguían Elvira y el negro caballero su marcha desatentada, y á la infeliz helábasele ya la sangre en las venas de pavor y remordimiento. El amable galán se le había trocado en misterioso y taciturno. De pronto un súbito relámpago vino á alumbrar con su fosfórica llamarada el paisaje, y Elvira sintió vacilar sus pasos. Una vieja cruz de piedra se levantaba solitaria allí al pie del camino...

—¡Adelante, por Satanás! gritó el caballero negro al divisar el santo signo de nuestra redención, ¡adelante, por Satanás, ó somos perdidos sin remedio!

—¡Jesús mil veces! exclamó la infeliz Elvira abrazándose con frenesí al pedestal del piadoso monumento y comprendiendo de un solo golpe toda la realidad de su fatal extravío.

—¡Maldición sobre ti y sobre toda tu raza! blasfemó con horrenda voz el disfrazado, que no era otro que Satanás bajo aquella figura. ¡Mía era esta alma, conquistada hoy con tantos afanes: y me la roba un momento de luz y de arrepentimiento! Y desapareció con espantoso alarido.

. . . .

Elvira lanzó un agudo chillido y levantóse del blando sofá en que la dejámos poco há rehaciéndose de sus culpables emociones. ¡Gracias á Dios! Todo había sido un sueño, sueño no más, pero cuyo desenlace podía haber sido para ella espantosa realidad. ¿No había ella seguido á Satanás bajo la forma de aquellos placeres que la habían traído al retortero toda la noche? ¿No había prestado atento oído á aquellas mismas palabras de lisonja? Sin duda Dios la advertía del mal camino á que podían arrastrarla, casi á pesar suyo, tales frivolidades y locuras.

Salió del salón, donde aún resonaba el estrépito de la or-

gía. Bajó presurosa la soberbia escalera de mármoles, y al sentir en su frente el aire fresco de la calle, hirió sus oídos la voz pausada y mansa de una campana que desde la torre vecina anunciaba á los cristianos el advenimiento de la santa Cuaresma. Elvira no necesitó nuevo aviso del cielo, y después de una fervorosa confesión de sus culpas, el resto de su juventud y toda su vida los pasó en el retiro y en la prác-

XVII

¡BARATO! ¡BARATO!



NFÁDANME los libros y predicadores que ponderan en grado excesivo las dificultades de la salvación.

—¿Y quién duda que son realmente no pocas, y que es arduo trabajo el de ganarse el cielo?

—Según y como se considere el asunto.

—A ver, explicaos: que al fin es negocio que á todos interesa el que acabáis de apuntar.

—Para formular de un modo preciso mi idea, bastará que os diga, que en mi concepto el cielo se da, si no de balde, al menos con baratura sin igual.

—¡Pero, señor! Vos mismo habéis dicho, y no una sola vez, que era arduo empeño el que se ha de poner en vencerse cada cual á sí propio, y en vencer un sin fin, ora de resistencias, ora de seducciones, que nos rodean; todo lo cual exige penoso y perseverante esfuerzo, y sudor y fatiga, y sangre á veces, que es precisamente lo opuesto á la facilidad y baratura de que por vez primera os oigo hablar.

—Cierto es; pero considerad que á todo eso se contesta con tener presentes tres cosas que veo tenéis al parecer muy olvidadas.

—¿Cuáles?

—Primera, la suma excelencia de la felicidad á que se aspira con estos esfuerzos. Segunda, la cortedad del plazo á que ellos por necesidad han de reducirse. Tercera, los sin

comparación mayores que empleamos de continuo en cosas de menos valer.

—No deja de tener novedad este modo de presentar la cuestión.

—Impórtame poco el que tenga ó no la novedad que decís. Bástame sea tan sólido su fondo, como exige la gravedad del asunto.

—Eso hay que ver ahora.

—A eso vamos. Colocaos un momento siquiera en estos tres puntos de vista bajo los cuales os presento la cuestión, ó siquiera en alguno de ellos, y decidid luego, no precisamente con sutil raciocinio de filósofo, sino con mero buen sentido práctico de hombre sereno é imparcial.

—Hacedlo vos por mí, que muy atentamente os iré siguiendo el paso.

—Está bien. Considerad en primer lugar la grandeza del premio. El cielo que se nos promete es dicha completa y dicha sin fin. Medid, si podéis, el alcance de estas dos ideas. No podréis, porque son infinitas. Dicha es decir: goce del alma; paz del corazón; bienestar á la vez físico, moral é intelectual, esto es, de todo el hombre; exención de toda enfermedad en el cuerpo y de toda inquietud en el espíritu; presente sin zozobra alguna; porvenir sin celajes de incertidumbre ó recelo; posesión de todo bien, y seguridad perfecta de esta posesión. Y esto por modo completísimo, es decir, sin que le quede al deseo cosa que desear, sin que ofrezca el goce ni un instante de vacío. Y esto eternamente, es decir, sin término posible en tal dicha, sin horizonte limitado en tal perspectiva, sin otros confines que el siempre, siempre, siempre, de la perpetuidad del mismo Dios, en cuya plena y directa fruición todo esto estriba. Tal es el cielo, tal es la herencia del cristiano, que le ha sido primero ganada, y luego cien veces prometida en el Evangelio por su divino Señor y Salvador.

—En efecto.

—Haceos ahora una observación. Cincuenta ó cien años de una vida tal, si la ofreciese el mundo en uno de sus puestos ó cargos más ambicionados, ¿qué no se diera por alcanzar este puesto ó cargo? ¿En cuánto tasaría un millonario

el privilegio solamente de no tener jamás enfermedad alguna en toda su vida, si hubiese una Facultad de medicina que pudiese venderle tal privilegio? ¿En cuánto cotizaría un capitalista la seguridad de no sufrir jamás quebranto alguno en su fortuna, si hubiese Sociedad de seguros que le pudiese otorgar tal fianza? ¿Qué sacrificios no se impondría cualquiera, sólo porque se le afianzasen cincuenta años de vida, si alguien se los pudiese afianzar?

—Es cierto. La mitad de la existencia se emplearía por el más haragán en los más penosos trabajos y privaciones, tan sólo por lograr asegurarse con condiciones tales la otra mitad.

—Y en efecto, eso precisamente es lo que acontece. ¿Por qué se desvelan los hombres? ¿Por qué se desviven y acongojan, y por qué se pelean y se matan y se mueren, sino por mucho menos de lo que acabamos de referir? Y reparad no obstante, que ni lo que acabamos de referir es un cielo, ni mucho menos. No tiene punto de comparación.

—Seguid, seguid, que me van interesando estas vuestras observaciones.

—Pues digo, atended ahora al segundo de los tres considerandos que os ofrecí.

—No lo recuerdo ya.

—Es la cortedad del plazo que para tales fatigas se nos señala. La vida más aporreada del hombre mortificado ó penitente, claro está que de cien años no puede pasar.

—¡Cá, hombre de Dios! ni llegar de mucho suele, según andan rarísimos ahora los casos de longevidad.

—Ved, pues, á qué se reduce el más duro trabajar para la gloria del cielo; á una breve semana de trabajo, para cobrar inmediatamente cuantiosísimo salario. Casi con la mano tocáis, amigo mío, los dos mojones ó lindes de vuestra vida. El día que marcó vuestro nacimiento fué casi ayer; el que señalará vuestra muerte va á ser casi mañana, según os lo vais mirando ya encima. ¿Quién hará caso alguno de esta vida que tan presto se nos da como se nos quita? En tan rápido viajar, ni el deleite del viaje, ni las incomodidades de él, pueden á fe representar gran cosa, reduciéndose todo su interés real á saber cual va á ser definitivamente el paradero. ¿No lo entendéis así, amigo mío?

—Pues claro está.

—Ahora bien: añadid á eso el tercero de los puntos de vista que os propuse, y es el de los inauditos esfuerzos que se hacen de continuo para obtener cosas sin comparación de menor precio y substancia...

—¡Oh, sí, verdaderamente que es esto muy digno de tenerse en consideración!

—¡Como que sí! Y casi todos hemos pasado por tales experiencias. ¿Qué no hemos hecho para salir al fin con una colocación ó carrera? ¿Qué no hacemos cada día por nuestra salud corporal? ¿Qué no hacen el avaro, el ambicioso ó el lujurioso para lograr la satisfacción de sus respectivos apetitos? Pues bien. Con la mitad, con mucho menos de lo que se sacrifica el hombre por esas fruslerías, se tendría ganada el muy tonto la feliz eternidad.

—¡Muy tonto! habéis dicho bien.

—Sí, muy tonto; y esta es la calificación que le da el Evangelio á aquel mal rico que no supo negociarse con sus riquezas la salvación. *Stulte!* Y esta misma es la que nos dice el Espíritu Santo, se darán á sí propios los réprobos al intimárseles la aterradora sentencia: *Nos insensati!* Porque realmente tontería es, y mayúscula, no adquirirse la felicidad de siempre, que relativamente tan barata se da, gastando tesoros de vida, salud y fuerzas en adquirirse puñaditos de polvo y lodo, que tan presto van á sernos arrebatados.

—Indudablemente, y nos lo está mostrando á cada momento una triste experiencia.

—¿Quién no lo ve? Toda riqueza ó bienestar que en este mundo tengamos, es no más que puñado de polvo que lleva un niño en la mano en medio de deshecho huracán. Sopla á deshora el viento, y esparce aquel polvo tan costosamente recogido, y deja desconsolado al miserable que en él puso su corazón. Lo veis cada día y no lo acabáis de comprender. La muerte es siempre ese vendabal que todo lo arrasa y que humilla lo más empinado y altivo. Pero muchas veces ni eso es menester. La fortuna inconstante y loca despoja aun en vida á muchos á quienes un rato antes enriqueció y enorgulleció con sus veleidosos favores. ¡Y para esto tanto trabajar y sudar y acongojarse! ¡Y para el cielo tan poco!

—Oh, sí, sí.

—Ahora, decidme en definitiva: cueste lo que cueste la gloria del cielo, ¿no resulta, teniendo todo esto en cuenta, de una baratura sin igual?

—No puede negarse.

—A quien le costó muy caro el proporcionárnosla fué á nuestro divino Redentor, que dió por ella toda su Sangre. Mas á nosotros, que no necesitamos más que aplicarnos por medio de la fe y de las buenas obras y de los Santos Sacramentos la eficacia de dicha su Sangre bendita, os aseguro, amigo mío, que á menos de la mitad del precio se nos da.

—Lo cual debe sernos de gran aliento para apetecerla y esperar su posesión.

—Sí, amigo mío. ¡Al cielo, pues! ¡Al cielo, que tan fácilmente podemos alcanzar! ¡Al cielo, que tan poco cuesta en comparación de las cosas de acá! ¡A la gloria!

XVIII

¡YO Y LA BESTIA!

PARÉCEME, lector amigo, que no peco de vanidoso en poner el rótulo de esta manera que acabáis de leer!

—¿Qué queréis decir?

—Digo ¿si hay vanidad en colocarme yo delante de la bestia como más digno que ella, en vez de colocarme después?

—¿A dónde vais á parar con esa entrada, ó mejor, con esa extravagante salida?

—Lo veréis muy presto si me escucháis con atención.

—Soy todo oidos.

—Yo y la bestia, he escrito. Pero, observando cómo piensan de sí mismos ciertos filósofos del día, encuentro que debia escribir al revés; la bestia y yo. Es decir, la bestia primero, el hombre después de ella.

—No le veo aún la punta al chiste.

—¡Pero, venid acá, bendito de Dios! ¿No hay por ahí una filosofía (al menos se llama así) que enseña que el hombre no tiene alma, y no es más que un animal de dos piés, sin otra vida que esperar ni ulterior justicia que temer?

—Cierto que hay esos sistemas que se llaman positivismo, materialismo, transformismo, evolucionismo, y así por este tenor.

—No son pocos nombres para lo que bien mirado con uno solo pudiera más gráficamente apellidarse.

—¿Cómo lo llamaríais vos?

—Bestialismo puro.

—No le sentaría mal el apodo. Pero no os distraigáis de vuestro concepto principal.

—Es verdad. Os iba, pues, á decir que si es cierta esa filosofía embustera, que niega al hombre su alma y su inmortalidad, es muy irracional el hombre en juzgarse superior á la bestia y en colocarse delante de ella; lo racional será juzgársele por inferior. Y eso por muchos títulos.

—Empezad á enumerarlos.

—Primero, porque en este caso la bestia es más noble que el hombre, sin comparación.

—Amigo sois de presentar ciertas cosas en forma de paradojas.

—No hay aquí sino la realidad. Si el hombre no tiene alma inmortal, la bestia es más digna y más noble que el hombre. La bestia no tiene más ley que su instinto, y jamás falta á él. Devora si es fiera; trina ó salta ó juguetea si es ave; el crimen es para ella una palabra sin sentido. Obra siempre rectamente, porque obra siempre conforme á su ley. El hombre, al revés. Conoce lo bueno, y obra frecuentemente lo malo: entiende lo elevado y se abate á lo grosero; las más sublimes facultades suyas las emplea como otras tantas afiladas armas en contra de su hermano y de sí propio, en más de una ocasión. Decid: si no hay alma inmortal, ni libre albedrío, ni compensación de esos desequilibrios en otra existencia, ¿quién cumple acá mejor su misión, el hombre ó la bestia?

—La bestia sin duda.

—Pues concluid que la bestia es entonces más noble que vos.

—Efectivamente.

—Y vamos á otro punto. Es también más feliz. No anhela su bestial apetito más que lo que de derecho le corresponde, y eso lo suele conseguir siempre. Y cuando eso ha conseguido, quédase el animal tranquilo y en paz. Siendo de advertir que dos solos instintos suelen aquejar á la bestia: el de su alimentación y el de su reproducción; ni se extiende á otra variedad de objetos su anhelo. Observad en cambio al hombre. Es su corazón un hervidero de inquietos deseos,

una fragua de continuas y desapoderadas ambiciones, un ir y venir de incesantes demandas. Y es de tal condición, que por todo lo que no posee anda atormentado; y después que lo poseyó, no por eso queda satisfecho, antes por lo común resulta con nueva hambre y sed. Nunca los millones han llenado por completo el corazón del avaro, ni los placeres calmaron el antojo del voluptuoso, ni los honores sosegaron el ansia congojosa del tocado de ambición. Nuestro anhelar con nada se satisface: diríase que es pozo sin suelo, donde por más que se eche es imposible llenar su cavidad. Francamente os digo, pues, que si el hombre no es más que un animal sin otro porvenir ni destino que el de los demás animales, es á todas luces el animal más desgraciado.

—Es cierto, y á cualquiera de los más viles puede muy legitimamente envidiar.

—Pues ¿qué si consideramos aún en un orden más bajo las desventajas de su condición? A la bestia pocas enfermedades la aquejan; al hombre no hay elemento del cielo ó de la tierra que no le mortifique con incomodidades mil. Para la bestia no hay más cuidado que el de su presente; al hombre nada le atormenta tanto como las incertidumbres de su porvenir. La mitad de las más crueles aflicciones interiores las desconoce el bruto. Ni le acucia la envidia, ni le destroza el remordimiento, ni le apena la ingratitud, ni le aflige el desengaño: al hombre todas esas cosas sonle perpetuos verdugos de su existencia. Con la particularidad muy esencial de que el hombre tiene conciencia de lo que sufre, y la bestia no. Y sabido es que en el padecer es más congojoso el conocimiento de lo que se padece, que el propio padecimiento físico y material. La mitad de nuestros males resultarían apenas perceptibles, sin el poderoso aumento con que los agranda nuestra reflexión al darse cuenta de ellos.

—Notad á propósito de eso una cosa que me ocurre aquí. Ningún animal se suicida sino el hombre. El hombre es el único que tiene en la creación el tristísimo privilegio de hallar aborrecible y enojosa su propia vida. Luego es el único que alguna vez se siente desventurado.

—En efecto, y esta vuestra luminosa observación pone el sello á mis anteriores raciocinios. Saquemos ahora de ellos la consecuencia final.

—Se la ve venir sin necesidad de anteojo.

—Pues claro. Es la siguiente. O soy más que bestia, ó soy la más infeliz de ellas. O tengo una superioridad tal que hay que reconocérmela á pesar de todas esas desventajas propuestas, ó no tengo tal superioridad, y entonces no soy el rey de la creación, sino el paria de todas las criaturas. Soy, como dijo muy bien Voltaire bajo su punto de vista, una cruel ironía, un sarcasmo del Criador. O, pues, hay que concederme alma divina y ulterior vida divina, ó hay que consentir en que no valgo, ni gozo, ni me estimo lo que el perro que pasa ahora tan campante y regocijado por delante de mi portal.

—Sí, sí, esta es la verdadera callejuela de donde la filosofía bestialista no puede salir.

—Concededme, empero, que tengo alma, y que ésta no ha sido criada para acá sino para más alto destino: ¡oh! entonces nada de lo dicho tiene aplicación ni importa un comino. No hay sér entonces en la creación que tenga mi nobleza, porque ninguno tiene mi alta responsabilidad moral; ni hay otro que tenga mi felicidad, porque la sola seguridad de lo que me espera basta para llenarme la vida presente y la eterna; ni hay aflicción ó tormento que pueda hacerme realmente desventurado, porque todo lo juzgo transitorio y de mera interinidad, y (si quiero aprovecharlo) de grandísimo merecimiento. ¡Tengo alma! ¡Espero otra vida! He aquí una filosofía que explica todas las aparentes contradicciones del hombre, al revés de aquella otra bestial y animalesca que todas las deja en pie.

—Después de lo cual resulta muy bien redactado el título que pusisteis á esa controversia.

—Por supuesto. Después de lo dicho puedo muy bien erguir la cabeza, y decir: ¡Yo y la bestia! en vez de tener que bajarla vergonzosamente, y exclamar: ¡La bestia y yo! En resumen. Mis únicos títulos de grandeza en mi alma están, y en lo que de mi alma puedo prometerme. Despojarme de ellos, no es solamente degradarme de rey, es de un salto reducirme á la miseria del más infeliz de los irracionales.

—¡Y que no sepa entender eso el hombre grosero y animal!

—No sabe porque no quiere. Y no quiere porque aquello otro halaga y favorece más su grosera animalidad. Dícele la fe: «Eres poco menos que un ángel.» Y dícele la pasión: «Eres tan sólo una evolución de la bestia.» Y al ir á escoger el menguado entre lo que le dice la fe sublimándole, y lo que le sugiere la pasión embruteciéndole, ve que lo primero exige sacrificios á su sensualidad, cuando lo segundo le autoriza al revés para toda suerte de desahogos. Y llevado por este interés resígnase á ser verdadera bestia, para no tener que arrastrar las consecuencias de ser verdadero racional. De suerte que casi siempre, si vais á averiguar el por qué de la vida de ciertos filósofos y el secreto de sus aparatosas filosofías, puede que todo lo encontréis ahí. No en los libros de su biblioteca, sino en los vicios de su corazón. Esta es la clave del fenómeno, este el nudo de la dificultad. ¡Oh, si los diez Mandamientos pudiesen volverse del revés, y si los pecados capitales pudiesen llamarse capitales virtudes! ¡cuántos fueran entonces los entusiastas cristianos sin la menor duda en cosas de Religión! ¡Mas esto es imposible, y por eso, contra lo que enseña el *Credo* son tantas las filosofías y las escuelas en feroz y desatado pronunciamiento!!!

—Lo de siempre: el hombre fallando con el criterio de su estómago, en vez de fallar con el de su recta é iluminada razón.

XIX

EN PARÁBOLA


ADA vez que con motivo de los horribles atentados anarquistas, cometidos en Barcelona, se ha levantado el patíbulo ó se ha formado el espantoso cuadro militar, para la ejecución de sentencias de muerte en la persona de sus criminales autores, á par del sentimiento natural de cristiana conmiseración por éstos, he sentido brotar de mi pecho el de la más enérgica execración contra los actuales sistemas de gobierno, que tales frutos de anarquismo está dando en el presente siglo.

Esto último no lo quería comprender así un mi amigo, liberal endurecido y por ende dispuesto á todas horas á atenuar para el ídolo de sus amores esta responsabilidad, tanto como á mostrarse, á su parecer, justiciero para con los que de tal suerte comprometen con sus frecuentes crímenes sociales las preciosas conquistas de la moderna edad.

—Con que, le decía yo uno de aquellos días, pocos después de los primeros fusilamientos de Montjuich, ¿no halláis vos culpa alguna en los Gobiernos y en las leyes actuales, para que no resulten tan fusilables por lo menos como esos infelices, en quien tan justamente ha recaído el fallo de la ley?

—Qué sé yo, me respondió tranquilamente: pero me creo que exageráis algún tanto la cosa; obsesionado, como dicen hoy, por vuestra eterna prevención contra las ideas modernas.

—No, por cierto, amigo mío; y si no os convencen las razones que varias veces os he aducido en pro de mi acusación fiscal contra nuestra presente manera de gobernar y legislar, oídmelo en forma de parábola, que entiendo os hará alguna mayor impresión.

—Que me place, y podéis empezar al momento.

—Pues empiezo. Sois padre de familia (vamos al decir), y al ausentaros de vuestra casa para largo viaje, dejáis encomendados los hijos de vuestro corazón, menores de edad, á un amigo de confianza, quien se hace cargo de ellos y acepta con todas sus consecuencias y responsabilidades el delicado oficio de *curador*. Os vais tranquilo de vuestra casa, seguro de que el *curador* lleva perfectamente comprendida su misión de tal, y la alta representación que le habéis confiado, no sólo de vuestra patria potestad sobre los hijos, sino de vuestro amor hacia ellos, de vuestro interés por su suerte, del honor de vuestro apellido y familia. Os vais, y creéis que no falta padre á vuestros hijos, aunque no esté con ellos el padre natural. Les habéis dado en suplemento de éste un padre legal que hará sus veces y cumplirá, como cumpliríais vos, las severas obligaciones de la autoridad paterna.

—El caso es frecuente, y lo exponéis que es un primor.

—Sigo, pues. Ausente vos, empieza á comprender muy mal ó por lo menos á cumplir pésimamente su noble compromiso el amigo en quien tal confianza depositasteis. Por de pronto no pasa por aquellos infelices menores el tal *curador* más cuidado del que pasaría por sus perros ó caballos. Menos cuidado pasa que por éstos, porque á éstos vigila y guarda y trae enfrenados cuando conviene según ley y razón, más de aquéllos no se preocupa poco ni mucho, como si no fuesen suyos ó más que suyos de aquel su amigo que se los confió. Así que los chicos crecen y medran por su cuenta sueltos y bravíos, ni conocen deber ni guardan respeto, ni temen á Dios ni á los hombres; van con quien les dicta el capricho, júntanse en bandos y pandillas para fraguar los más insensatos proyectos, tómanse para ello maestros y ayudas según más á mano les viene. Hacen gala de todo esto los menores ante el propio *curador*, quien no solamente no se escandaliza ni se alarma, sino que al revés

asegura que están los chicos en su derecho, que para algo son hombres, y como tales, libres y dueños de sí y emancipados, y que es locura y sandez pretender que un chico no ha de pensar como quiera, ni hablar como quiera, ni juntarse con quien quiera, ni leer lo que quiera, ni proponerse ejecutar lo que quiera. «¡Mas para eso, dirá alguien, no se necesitaba nombramiento de curador!» Así lo dicta, al parecer, el buen sentido; mas no así lo comprende el *curador* de nuestro caso. Él, á la verdad, se pavonea mucho y muchísimo con su cargo y título, y engorda y luce con los productos de la administración de sus pupilos; por lo visto eso es lo único en que hace consistir todo el asunto de la *curatela*, que en sus manos no es más ni menos que un verdadero negocio.

—También eso pasa en este pícaro mundo alguna vez.

—Pues, como íbamos diciendo, los miserables pupilos van saliendo bajo los auspicios de tal *curador* verdaderos demonios. Para mayor calamidad, éste no sólo no cuida de reprimir sus desórdenes y no sólo los fomenta, sino que de continuo está tirando contra las pocas personas de buena voluntad que quisieran en defecto suyo emplearse en tan buena obra. A éstas aborrece, á éstas burla, á éstas veja por mil modos y maneras, á éstas procura alejar cuanto le es dable de todo contacto con sus infelices menores. A éstas desautoriza con mil motes que ha inventado para su descrédito; contra éstas permite se alce en vocinglera mofa toda la canalla del barrio, y que las miren y enseñen á mirar las gentes como sus más odiosos tiranos y enemigos. Y pasan entre tanto días y pasan años, y las locuras de los famosos menores llegan á alborotar la vecindad y ocasionan á la hora menos pensada disgustos de consideración. Se llega hasta el asesinato; y el loco, hecho al fin público criminal, acaba por pagarlas todas en el patíbulo.

Y llegáis vos ¡oh padre! y veis á uno de vuestros hijos muerto por manos de la justicia y á los demás en camino de alcanzar igual malaventurada suerte, y vais y llamáis al pérfido *curador*, y ¿os parece que andaréis injusto ó descaminado si pedís á los tribunales en castigo de su infamia, no ya sólo reparación de daños y perjuicios, que éstos son irre-

parables, sino ojo por ojo, diente por diente, honra por honra, alma por alma, vida por vida!!!

—¡En verdad que la parábola ó apólogo es demasiado transparente, para que no alcance el más lerdo su terrible significación!

—Ahora bien, haced vos mismo, vos mismo, amigo mio, la natural y lógica aplicación de ella.

Ahí en los glacis de Montjuich cayó destrozado por las balas de la justicia militar un infeliz criminal. Criminal fué. Ha pagado su deuda á las leyes y dado su cuenta á Dios. ¡Haya Este tenido compasión de su alma pecadora! Mas ¿os parece á vos si ha quedado con esto cerrado el espantoso proceso que se abrió contra él, y si no se pasarán al tribunal del cielo algunos *tantos de culpa,* de que resultaran reos quienes tal vez están hoy por hoy muy á cubierto de los fallos del terreno Consejo de guerra? Es Dios el Padre universal de familias, y son los hijos del pueblo sus hijos siempre menores de edad. Atiéndase bien: siempre menores de edad. En nombre de El ejercen los Gobiernos el oficio de *curadores* de estos menores, para la dirección de su vida temporal en orden á la eterna. Mas si en vez de curadores le resultan al pobre pueblo traidores esos Gobiernos (de los de toda Europa hablamos); si en vez de representantes del Padre universal le salen instrumentos del infierno para labrar su ruina, ¿no es menor á todas luces la responsabilidad del infeliz pervertido que la del malvado sistema de gobierno, causa é instrumento de su perversión?

Y ¿qué importa que luego tales curadores, lavándose hipócritamente las manos, no con agua sino con sangre, digan para tapar su vergüenza y ahogar su remordimiento: «Ya lo veis, se ha hecho justicia; ha sido guillotinado Ravachol ó fusilado Pallás?»

Quedó sin hallar palabra que contestarme el liberalito en cuestión, y á mi entender si no convicto, porque es más difícil de lo que parece convencer á uno de los tales, por lo menos más que medianamente confundido.

XX

¡CATÓLICOS, Á LA CALLE!

VÁLGAME Dios, D. Agustín! ¿Otra vez Jubileo? ¿Otra vez romerías y bullebulle de gentes, y procesiones y trasiegos de este jaez?

—Sí, amigo mío, y á mucha honra, y sea como siempre para gloria de Dios, aliento del pueblo fiel y confusión de sus enemigos. ¡Diríase, empero, que á vos os hace maldita la gracia este movimiento!

—A la verdad, no me hace tanta como á vos. Para mí, el lugar de la oración es el templo, y creo que en eso, que es tan de sentido común, no me habéis de llevar la contraria.

—Pues, os la llevo en toda forma.

—¡Hombre! ¿Y por qué?

—Porque empleáis aquí un sofisma que no honra vuestro talento, si es que lo proponéis con entera buena fe.

—¿Qué sofisma ni qué niño muerto?

—A la vista está. Decís que el lugar de la oración es el templo, lo cual es ciertamente gran verdad, y de las de Pero Grullo. Pero de eso sacáis por consecuencia, para gusto vuestro y de vuestros amigos, que el lugar de la oración es *tan sólo* el templo, lo cual ¡y perdonadme! es disparate muy garrafal. Lugar de oración es todo el universo mundo, porque todo el universo mundo es de Dios.

—¡Vaya! que no lo dije para tanto, ni fué mi intención sentar doctrina de la que sacase vuestra lógica implacable tal racimo de herejías.

—Pues ¿qué quisisteis decir?

—Quise decir únicamente que el lugar más apropiado para los actos religiosos es el templo, y en eso es evidente que no hallaréis qué oponer.

—Según y conforme.

—¿Cómo se entiende? ¡Capaz seríais de resistir á la evidencia, por vuestro afán de iros siempre á los extremos!

—Según y como, vuelvo á repetir.

—Pues, explicaos de una vez. Puede que al fin salgamos con que el hereje sois vos.

—Sospecho que no. El templo es *ordinariamente* el lugar más apropiado para los actos religiosos. Esto es evidente.

—Pues, esto digo yo.

—Calma, amiguito, y dejadme concluir. Reparad que he dicho *ordinariamente*. Porque hay casos sin duda, en que el lugar más apropiado para los actos religiosos es... cualquier otro lugar. La calle, por ejemplo: la plaza, el campo, el camino real.

—¡Bomba! ¡Ya os tengo de patas en el absurdo! ¡Desatino como ese!

—No tal, y permitidme os acabe de escandalizar... ó mejor, de quitar el escándalo y la sorpresa.

—Decid, decid, por Dios.

—Danse casos en que la impiedad vocifera como vos, aunque no tan inocentemente como vos, que los católicos lo hemos de hacer todo en el templo, y que nuestros actos religiosos nunca ni por nada deben salir de él; de suerte, que toda manifestación ó influencia ó propaganda religiosa que de allí presuma salir á la vía pública, es decir, al orden social externo, es por lo mismo facciosa é ilegal. ¿No habéis oído decir, amigo mío, que eso anda pretendiendo por ahí años hace la masónica impiedad?

—Sí, y mucho.

—Pues, heos aquí un caso en que para protestar contra esa maléfica propaganda y para contrarrestarla eficazmente hasta donde se pueda, se hace muy oportuno sacar la Religión á la calle y á la plaza, y al monte y al valle, y por tanto, practicar en la calle y en la plaza, y en el valle y en el monte, tantos actos como se pueda de Religión.

—Empiezo á comprender.

—Hora fuera ya de que acabarais, ¡católico corto de vista! Pues ciertamente es lástima que siempre hayan de ver más claro que nosotros, en nuestros propios asuntos, nuestros más resueltos enemigos.

—Tenéis razón.

—Pero aún hay otra. Sabréis también, ¡y tal vez por experiencia! que una de las enfermedades más comunes entre los católicos de hoy, es la vergüenza de su fe, la vil cobardía del respeto humano.

—Buena tecla empezáis á tocar.

—Años ha que la toco, y nunca por desgracia se pasa la oportunidad de la tocata. Sí, hay muchísimos, innumerables contagiados de esa general pestilencia. Temen, ¿y qué diréis que temen? Temen que sepa el mundo que son católicos, ó por lo menos que son católicos de verdad. Y excusan por tanto todas las ocasiones públicas de parecerlo y profesarlo, y por eso andan urdiendo é hilvanando ¡como vos, amigo mío, como vos! mil sofismas y triquiñuelas para convencerse y convencernos de que no conviene se hagan ciertas cosas en público, de que la Religión bien se está en el templo, de que no se deben provocar las iras populares... ¡Cobardes! ¡miserables! ¡indignos del nombre de cristianos!

—No tanto, no tanto.

—¡Ea, que no os cae bien pedir atenuantes en la invectiva, porque uno de esos cobardes y miserables y malos cristianos sois vos! Pero, poneos la mano en el pecho y decid con lealtad: ¿pasa ó no pasa lo que digo?

—Sí, que no lo puedo negar.

—Pues, bien; he aquí otro caso de los dichos, en que conviene sacar los cristianos á la calle á dar público testimonio de su fe. Para que así se haga ésta callejera y desvergonzada; tanto como se empeñan los católicos de madriguera en que no la tengamos sino vergonzante, retraída y de puertas adentro. Lo cual se logra acostumbrándonos á que nos vean, á que nos oigan, y aun ¡vive Dios! á que nos silben y mofen y apedreen!

—Echad, echad por esa boca sapos y culebras. ¡Muy á vuestro gusto os despacháis!

—Decid, si podéis, que en todo eso no tengo razón. ¡Negad que la cobardía de los buenos es en este siglo todo el secreto de las osadías de los malvados! ¡Negad que siendo aún, gracias á Dios, católicos los más de los españoles, parecemos en todas partes ¡oh escándalo! ruín é insignificante minoría! ¡Y negad que todo eso tenga por causa muy principal el abandono en que han dejado muchos cristianos de hoy la vida pública y los actos públicos por el maldito miedo al *qué dirán!* ¡Negad, negad todo eso si para tanto os sentís con valor!

—Es grandísima verdad.

—Pues bien. Contra eso que todos lamentamos, ¿no es por ventura remedio apropiadísimo el de que se lancen los católicos fervorosos á la calle, aprovechando cualquier ocasión? Y comprendiéndolo años ha de la misma manera nuestro Santísimo Padre León XIII, ¿no veis como en cada Jubileo que otorga al pueblo cristiano su apostólica autoridad, expresa con especial ahinco el deseo de que lo practiquen los fieles por las calles en procesión pública? ¿No lo visteis en la Encíclica? ¡Decid, decid, católico poltrón!

—Cierto es y lo propio ha indicado en las indulgencias concedidas varios años consecutivos con motivo de la fiesta del santísimo Rosario.

—Aprended, pues, de tan soberano maestro, si nada os dice el voto de tantos buenos como tiempo ha predican lo mismo, y si nada os mueve el de los más enconados enemigos de la verdad.

—Con qué ¿también éstos dicen lo mismo que vos?

—Sí, lo dicen con sus fieros rencores, con sus espumarajos de rabia, con sus salvajes atropellos; sí, con todo esto nos dicen qué cosa sea la que más nosotros hemos de procurar y fomentar. Nada les saca tan de casillas como estos nuestros actos públicos de Religión. Señal cierta de que ahí les duele más que en otra parte alguna. Recordad lo que viene sucediendo sobre esto de algunos años para acá. ¡Todo nos lo perdonan nuestros enemigos, todo nos lo toleran menos esos piadosos alardes! Temen, sin duda, que nos veamos reunidos, y nos contemos, y nos persuadamos al fin de nuestra verdadera fuerza y valer. Temen les quitemos

el monopolio de la pública opinión, cuya embustera representación se tienen ellos como vinculada. Temen que se sepa y se vea que vivimos y que no estamos ya, gracias á Dios, sepultados y putrefactos. ¿Seremos, pues, tan necios y mentecatos, que les concedamos en nuestra cobardía lo que ellos con su insolencia quieren erigir como derecho y ley? ¡A eso, pues, los esfuerzos de todos los buenos, á eso que nos señalan como blanco privilegiado las iras de todos los malvados!

—Acabo por rendirme del todo á vuestra calurosa pero incontestable argumentación.

—Mostradlo en seguida con las obras. Predicadlo á todos y en todas partes, y no os canséis de predicarlo jamás. ¡Fuera miedos! ¡Fuera falsos respetos! ¡Fuera indignas contemplaciones! ¡A la calle todos! ¡A la calle! ¡A la plaza! ¡A ese que es el campo más glorioso de nuestros combates de hoy!

XXI

LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

NADA os dice la contemplación de esa modesta, cuanto significativa luz que enciende día y noche la Iglesia junto á nuestros Sagrarios?

—Sí, por cierto, y mil veces al entrar en el templo en las horas más solitarias de él, me ha sugerido las más dulces reflexiones. Véola junto al altar, siempre arrimada al Tabernáculo, que es dulce nido de amor del suavísimo Dueño de nuestros amores, prestándole silencioso homenaje de fe y de piedad, como pacífico y reposado centinela de la Religión allí siempre en vela.

—Reparadlo, amigo mío: nunca se apaga esta modesta luz. Nunca; bien esté deslumbrante el templo con el fulgor de cientos ó miles de otras luces; bien lo cubran todo densas sombras de noche, dejando apenas dibujarse vagamente en la obscuridad los macizos pilares, los encumbrados arcos y las bóvedas altísimas, ó resplandecer tibio y melancólico el rayo de la luna al través de las pintadas vidrieras.

—Es cierto.

—Y reparad todavía más. De esta Lámpara bendita es el puesto de preferencia ante el trono de nuestro sacramentado Dios, ya cuando llena las tendidas naves innumerable concurso de fieles, ya cuando pocos ó ningunos rodean el sagrado altar; bien se sienten junto á él en majestuoso estrado el Pastor ó el Príncipe, bien lo circuya con espiritual corona de himnos é incienso el coro de los sacerdotes ó de las vírgenes del Señor.

—Lo cual prueba que es más que una simple Lámpara allí colocada para esparcir sólo á pocos pasos de radio su tenue claridad. En efecto: más es, porque es símbolo, es libro, es voz, es continuo tema de meditación y de enseñanzas. En menos palabras: es por de pronto imagen de lo que debe ser siempre y á todas horas el alma fiel en orden al Santísimo Sacramento.

—Exponed algo más esta idea, que no carece de espiritual atractivo.

—Dícenos en primer lugar que debe ser continua la adoración del cristiano al Santísimo Sacramento, como es continua la presencia de Éste en el altar, como es continuo é indeficiente el resplandor de la Lámpara ante su sagrado Tabernáculo. ¿Pues qué? si Cristo Dios ni una hora quiso estuviésemos en este mundo sin su amorosa compañía, ¿puede en buena ley de agradecimiento dejarle un minuto sin la suya el cristiano que desee de veras corresponder? Y ya que no pueda personal y corporalmente pasar días y noches en adoración constante ante la sagrada Eucaristía, ¿sería mucho exigirle que algunas veces durante el día y durante la noche dirigiese allá su corazón y derramase sus encendidos afectos? Y al empezar la labor de manos ó de ingenio, y al mediarla y al concluirla, y al sentir la tentación ó el interior consuelo, y al tomar el alimento ó el descanso, y al oir el reloj que marca la hora ó el sereno que la canta, y al escuchar la campana que anuncia la Misa ó la Elevación ó la salida del Viático, y al divisar desde el vagón ó desde la diligencia la silueta del campanario rural que sombrea un rústico sagrario, si de veras amásemos á nuestro enamorado Jesús, ¿podríamos, repito si de veras amásemos, contener el desborde de nuestro pecho hacia Él, expresado siquiera con un latido más vigoroso, con una abrasada jaculatoria, con un vivo pensamiento de gratitud á tan inmenso favor? ¿Y no sería esta una adoración moralmente continua, por más que muy á pesar nuestro la interrumpiesen materialmente los quehaceres terrenos á que forzosamente hemos de traer dedicada alguna atención? ¡Oh hombres! ¡Oh hijos de los hombres! ¡Oh siquiera los que hacéis gala de amar, entre tantos olvidados y distraídos, á nuestro amante Jesús!

¡Cuándo serán así nuestros corazones, vivas, ardientes, continuas lámparas de adoración ante el divino Sacramento!

—Realmente, hay lugar para esa observación.

—Dice todavía más aquella silenciosa luz en su mudo pero elocuente lenguaje. No solamente alumbra día y noche al Señor en muestra de adoración, sino que alumbra á los que á Él se dirigen para mostrarles el lugar donde se encuentra. Es la estrella de Belén, fija como en tiempo de los Magos sobre la casa del Niño. Predica, pues, no solamente el deber de la adoración, sino el deber del buen ejemplo. Le dice al cristiano fervoroso que no se contente él con adorar, sino que procure hacerse apóstol cada día de nuevas y más fervorosas adoraciones. Cuando entra un fiel cristiano en un templo para él desconocido, la luz temblorosa de la Lámpara muéstrale ya de lejos el altar, y como con un dedo de fuego le señala á través de las capillas y cruceros el albergue misterioso de su Amado. Convídale con su apacible lumbre; acompáñale con sus reflejos para que no le sea medrosa la soledad; quédase allí, al salir él, para hacerle menos dolorosa la despedida. ¡Amigos míos! ¡Cuándo nos haremos de esta manera apóstoles del Santísimo Sacramento, para llamar, para convidar, para atraer de continuo nuevos amigos al Amigo de nuestro corazón! ¡Qué reclamos tiene el mundo para sus industrias, para sus placeres y aún para sus más inmundos pecados! ¡Qué pocos tiene para sus ignoradas dulzuras el Corazón sacramentado de nuestro Salvador amorosísimo! Seámoslo suyos, con lo repetido y visible y ejemplar de nuestras visitas, con lo incansable de nuestra Propaganda, con lo solícito de nuestro celo en formar parte de las Asociaciones eucarísticas, con nuestros desvelos por el aseo y brillo del culto de nuestro Dios. ¡Oh! si algunas almas, si una tan sólo, ha sido guiada por nosotros á la adoración del Dios vivo en el Santísimo Sacramento; si para una sola hemos sido luz y guía como esta Lámpara al través de los tenebrosos caminos del siglo, ¿qué más recompensa puede ya apetecer un fino y delicado amador?

—Proseguid, amigo mío, que os escucho con creciente atención.

—Prosigo, pues. Humilde es la Lámpara del Sacramento,

y á pesar de su nobilísimo destino se contenta con brillar solamente para su Dueño, recogida y casi olvidada en un obscuro rincón. No es la fastuosa araña de metal precioso ó de cristalería que cuelga en el centro del recinto sagrado; no es labrado candelabro que extiende los brazos cuajados de velas como artístico ramillete de luz; no es el festón de cirios que engalana la espléndida cornisa, ni el cerco luminoso ó la estrella radiante que coronan la decoración del altar ó engalanan la fachada. No. La Lámpara del Sagrario, tímida al parecer y encogida como la modestia, y firme á la par y sostenida como el verdadero amor, nunca se eleva mucho de su pobre tarima ó pedestal, y con ser la luz primera del templo por su alto empleo, diríase que es siempre la última por sus sencillas apariencias. ¡Ay! Así, así quiere á sus amigos el dulce Jesús sacramentado; tales los quiere cerca de sí, como está su Lámpara, vivo trasunto de lo que es Él. Abatido y anonadado el Dios del Sagrario, más que en la cueva de Belén, más que en el taller de José, más que en el corro de discípulos de su predicación, más que en el mismo sangriento Calvario, donde al menos le rindieron visible vasallaje todos los elementos á la hora de su muerte; abatido y humillado y anonadado así el Dios de la Eucaristía, que es el misterio de sus más profundas humillaciones, ¿podría sufrir en su presencia al orgulloso con su talento ó dinero, al envanecido con su fama de virtud, á la pagada de sus joyas ó trajes ó hermosura, á todos los que, en una palabra, se han hecho á sí propios ídolos de necia y sacrílega adoración, como para entablarle ruin y miserable competencia? A propósito. ¿Cuántos y cuántas van al templo no más al parecer que para hacer vana é insultante competencia á su Dios y Señor? La que ostenta allí galas inmoderadas le quita la atención de los fieles; la que hace alarde de inmodesta hermosura le disputa adoraciones. El que se presenta distraído é irreverente le roba tal vez la fe de su hermano; el rico que le niega para el culto el concurso de su dinero le tiene en inferior estima que sus perros y sus caballos, por quienes tanto gasta. ¡Ay! ¡cuántos de esos ultrajes recibe á todas horas el Señor sacramentado! Por eso principalmente se dijo en el texto sagrado: «Con los humildes es su con-

versar, y sus cosas (añade en otra parte) las ha escondido El á los que pican de sabios y prudentes, y las ha revelado á los pequeñuelos.»

—Pequeñuelos, en efecto; esta es la palabra y esta es la realidad. Si en efecto lo somos, ¿habríamos de no querer parecerlo ante su infinita Majestad?

—Mas... otras cosas dirá todavía á los que quieran escucharla la Lámpara del altar. ¡Seáis entre tanto ahora y siempre bendito y alabado, dulcísimo Jesús mío, en este admirable Sacramento de vuestro amor!

XXII

¡A PALOS!

LLÉVELO V. en paciencia, lector pacífico y regalón, y no tome á mal si hoy no puedo darle tema más blando y que mejor á sus gustos se acomode.

—¿Cómo ha de ser?

—Decía, pues, y no se le alboroten á vuesa merced los nervios, que el palo, ¿oye V. bien? el palo, sí, señor, el palo, es un gran elemento de Propaganda católica.

—Está visto, y es cosa muy natural. ¡Cómo son Vds. fanáticos, intransigentes, sin caridad ni entrañas, que á la fuerza quisieran imponer al mundo moderno sus rancios ideales! Harto lo sabíamos; pero se agradece lo franco y brutal de la fórmula, aunque bien se pudiera excusar, tratándose de quien Vds. son.

—Perfectamente, caballero; pero advierto á V. que esta vez ha tomado, como se dice, el rábano por las hojas, y ha comprendido á la inversa mi pensamiento.

—¿De veras?

—Sí, señor. El procedimiento de la Propaganda á palos no vengo yo á proponerlo á los amigos de la verdad para que sacudan de firme á los enemigos de ella, aunque más de una vez no dejarían de estar ahí los palos muy bien empleados.

—Pues ¿qué?

—Vengo, al revés, á tratar de eso como de saludable reactivo que nos aplican ellos á nosotros, y sobre cuya virtud y

eficaces resultados en pro de la buena causa me propuse hoy llamar la atención.

—¡Acabáramos! ¿Y por dónde se sale V. siempre, hombre de Dios?

—Por el atajo, amigo mío, por el atajo, y lo verá V. si me escucha unos momentos con medianeja dosis de buena voluntad.

—Diga V.

—Sí, señor; digo, pues, que como V. ve, años ha que nos están moliendo á palos los liberales á los católicos por cualquier pretexto ú ocasión.

—Es verdad, y al ojo lo tenemos.

—Por medio de la persecución oficial, vulgo legalidad; por medio del atropello callejero; por medio del venenoso calumniar y difamar de su prensa: con insultos y silbidos primero; á pedradas más tarde; corriendo hasta la sangre alguna vez; es lo cierto que á ninguna de nuestras obras públicas se deja en paz, y que al emprenderlas hemos de contar ya de antemano con este su indispensable final: el atropello.

—Es indudable.

—Mas lo es también que al compás de esta persecución sectaria crece cada día con mayor lozanía lo que con ella se pretende matar; que á ojos vistas se desarrolla el movimiento católico español á proporción de los mismos esfuerzos que se hacen para ahogarlo; que, en una palabra, medramos á palos, y á palos nos están haciendo nuestros enemigos lo que nosotros anhelamos ser, soldados de veras, sí, muy de veras, aunque maltrechos y apaleados. Ya lo ve V.: contra las romerías se ha desatado de un modo particular el furor del infierno, y ahí ve V. cuan pujantes y ricas se han venido á hacer nuestras romerías, las primeras del mundo en número, en fervor y en popular entusiasmo.

—Estoy sospechando si al fin tendrá V. razón.

—¿Cómo si la tengo? De casta le viene á nuestra familia el mejorar con ese procedimiento. A palos le hicieron el juego á nuestro divino Fundador y á sus primeros Apóstoles; á palos se conquistó para Cristo el mundo gentil durante los

tres primeros siglos; á palos se han labrado después en la Iglesia santa los principales héroes y las más brillantes épocas de ella.

Scalpri salubris ictibus
Et tunsione plurima,

como dice un himno. Y aún voy á añadir á V. otra cosa, que por de pronto le parecerá una barbaridad.

—Acostumbrados nos tiene.

—Del mimo y del aplauso me recelo muchas veces, pues que tras ellos anda jugando al escondite en más de una ocasión la mano de Satanás. Del palo y de su eficacia y virtud nunca he sospechado, por más que me duelan con los palos las espaldas, como á todo frágil y miserable pecador.

—Con que será preciso en adelante exclamar «¡Lluevan palos!» en vez de pedir á Dios nos libre de ellos, como habíamos creido hasta aquí.

—Alto, y entendámonos. Cosa mala es la persecución, y basta para eso saber que procede del odio de los impíos contra nuestro Dios y Señor. En este primer concepto no debe desearse la persecución, antes debe pedirse, como pide la Iglesia en sus rezos y letanías, enfrene Dios el furor de los perseguidores.

—Voy comprendiendo.

—Mas ya que deba haber esta persecución, ya que sea inevitable esa satánica conjura de todos los elementos del mal contra la verdad y sus amigos, ya que sea condición necesaria del cristiano sobre la tierra esa vida de lucha y de combate, podemos los católicos consolarnos y aun alegrarnos con los resultados que la divina Bondad nos hace sacar de eso que en sí es un mal y un pecado. Como nos alegramos de que haya dolorosos cauterios en cirujía, ya que hay llagas cancerosas que exigen ser cauterizadas; como deseamos que haya castigos en la sociedad, ya que hay delincuentes que con ellos deben ser corregidos y traídos á buen camino. En este sentido se nos convierten, por la misericordia de Dios, muchos males en bienes, según aquello del antiguo José á sus hermanos en Egipto: *Vos cogitastis de me malum, sed Deus vertit illud in bonum.* Y en este otro concepto po-

demos, sí, señor, muy lógicamente y muy cristianamente exclamar en más de una ocasión en que parecen ser los palos remedio el más apropiado: «¡Señor, lluevan palos!»

—¿Y querrá V. significar que ahora nos hallamos en una de tales ocasiones en que son de provecho los palos?

—Exactamente, señor mío, y me lo quita V. de la boca. Gran bien, grandísimo bien nos han hecho los palos de nuestros enemigos, como gran mal, grandísimo mal nos han causado más de una vez sus caricias y lisonjas y arrumacos. No me atreveré, pues, en definitiva á gritar yo: «¡Vivan los palos!» por no escandalizar á los cristianos pacíficos como V. Pero sí á decir para mis adentros, cuando tales palos se nos reparten: «¡Bienvenidos los palos!» Pues aunque los administre como ejecutor el diablo, suelen en casos dados ser una como providencial medicina recetada por Dios nuestro Señor.

—¿Querría decir V. con esto que el diablo trabaja muchas veces por cuenta de Dios?

—Como que sí, á pesar de sus malas intenciones.

—A fe que esta vez no le acabo de comprender.

—Se lo dirá con una fórmula como suya el glorioso Padre San Agustín.

—Venga la formulilla.

—Muy vieja es y harto manoseada, y no tendrá para V. y para muchos el mérito de la novedad. «Más oportuno juzgó el Señor (dice el Santo) sacar de los males el bien, que no impedir por completo toda clase de mal.»

—Sírvase V. entrar en alguna explicación.

—Con pocas habrá lo suficiente. No quiere Dios impedir toda clase de males, por el respeto sumo que se ha impuesto á sí propio en orden á los fueros de nuestro inviolable albedrío. Ha de consentir, pues, dado este propósito suyo en que estriba el mérito ó demérito de nuestras acciones, ha de consentir, digo, que obre el hombre muchas veces contra su santísima voluntad, y que en consecuencia sostenga contra El fiera lucha por este medio el demonio su enemigo y nuestro. En este sentido no quiere detener muchas veces la Providencia el palo con que nos azotan los malos, como no quiso detener las manos con que á la misma persona sacro-

santa del Verbo de Dios se atrevieron los judíos. Bien que de todo esto á creer que pueda la acción de los malos frustrar los divinos designios hay distancia infinita. Porque sucede al revés; que no solamente no pueden frustrar los designios de Dios las obras que Este consiente á Luzbel y á sus adeptos, sino que halla aun la infinita Sabiduría recursos mil con que hacerlas coadyuvar á aquello mismo que se proponen destruir sus malvados autores.

—Entiendo.

—Sí, amigo mío. Ni fuera Dios bondad infinita si así no lo quisiese; ni fuera suprema inteligencia si así no lo supiese hacer; ni fuera inmenso poder si así no lograse llevarlo á cabo.

—Realmente.

—Y advierta V. que la más fina diplomacia en eso consiste. En saber enderezar y aprovechar para un fin preconcebido las acciones libres de los demás hombres, tal vez completamente ajenas á él, ó tal vez en su intención evidentemente contrarias.

—Es cierto, y no hay duda que la Sabiduría infinita ha de saber de esto mucho más, por ejemplo, que cualquiera de nuestros Bismarcks.

XXIII

PALOS APROVECHADOS

Todavía sobre ese tema, señor mío?

—Ni más ni menos, amigo, pues aún nos falta de él, como decirse suele, el rabo por desollar.

Pero ¿qué más quiere V.?

—Pues nada nuevo, si va á decir verdad. Unicamente hacer notar á V. como los hechos apoyan mis razonamientos. Y á fe que no es poca ventaja para el filósofo, que salgan á declarar en favor de sus asertos los datos más elocuentes de todos, que son los de la experiencia.

—Vamos, pues, á ver, ¿y qué dice á propósito de palos esa señora experiencia?

—¡Hombre! dice claramente que los palos son en más de una ocasión excelente maestro, eficaz reactivo y enérgico despertador. Oficios que, ni pagados con dinero, podíamos esperar los desempeñase tan en provecho nuestro la maldita Revolución.

—Vaya en gracia: desarrollad vuestro pensamiento.

—De mil amores. Maestro necesitábamos de muchas cosas que, á la verdad, ya nos las enseñaba la Iglesia y nos las confirmaba la filosofía, y sin embargo... ¡vea V.! de esos blandos preceptores no las queríamos aprender. Por donde díjose tal vez Nuestro Señor, cansado de nuestras terquedades: «¿No tienen allá en el mundo un viejo refrán que dice: La letra con sangre entra? Pues á palos aprenderán esos reacios hijos míos lo que á las buenas no acaban jamás de

meterse en la mollera.» Y dió su real permiso á Satanás, y empezaron los palos.

—Siga, siga, que me interesa el cuento. ¿Está V.?

—Pues, sí, señor, empezaron á menudear los palos, y ¡cuántas cosas aprendimos luego al son de esa música infernal! Por de pronto, mirando de quien nos venían, empezamos á conocer en ellos la mano del diablo, que no siempre se deja descubrir según anda ella á las veces tan finamente enguantada. Porque claro está que mano que así nos hería no podía ser otra que la mano de Lucifer. Viendo además á quien herían con preferencia esos palos, conocimos á quien tenía con preferencia el señor diablo por enemigos suyos; porque claro está que en esto mostraba el maldito conocer perfectamente dónde debía apuntar su batería. Que fué otro conocimiento, no menos práctico é interesante que el primero, para asegurarse uno en la plena y firmísima convicción de que teniéndole por enemigo suyo el diablo, le tenía por fino y firme amigo Dios nuestro Señor.

—Verdaderamente, no está mal sacada la consecuencia.

—Aguarde V., que aún falta lo mejor. Al son de los palos seguíamos los apaleados estudiando y observando. Y reparámos que siempre se nos daban las palizas á nosotros invariablemente, y nunca ni por equivocación ó error de cuenta se daban á algunos otros que con nosotros parecían á ratos querer confundirse. Eso echamos de ver y dijimos al punto: «¿Con qué á esos otros *amigos nuestros* nunca les arrima palo alguno la mano de Lucifer? ¡Guarda, Pablo! será que tales *amigos* no lo son tan nuestros como deben de serlo por bajo cuerda de la mano apaleadora. Nada, pues, nos conviene tener de común los apaleados de siempre con los nunca apaleados. Donde no son comunes y por igual y equitativamente repartidas las palizas, no debe de ser común el odio del infierno, y donde no es común el odio del infierno, algo debe de haber que mira como suyo y favorable á sus intereses el monarca infernal que dirige el palo. Tercera lección, y preciosísima, que los palos y la lógica y un buen olfato nos enseñaron á deducir.

—Primorosamente, por cierto.

—Pero hay todavía más. En ese repartir de palos y pali-

zas, no solamente vimos siempre exceptuados á ciertos *amigos nuestros,* sino que no faltó quien de los tales *amigos* llegó á aplaudir á los apaleantes y á guardar, como allá el Saulo de marras, sus ropas, y aún tal vez á tomar parte en la faena de molernos las espaldas. Eso vimos también á través del nublado y granizada, y dijimos: «¿Ah, sí? ¿con qué sois católicos y os llena de gusto el apaleo de vuestros hermanos en la fe? *Ergo,* ó no lo sois vosotros como debéis, ó no lo seríamos nosotros, como firmemente creemos.» ¿No fué también de gran provecho esta otra lección?

—Sí, por cierto. Aunque, diga V.: ¿y quién aseguraba que eran los buenos Vds. los apaleados, y que no lo eran al revés aquellos otros, no apaleados, antes amigos y favoritos de los apaleadores?

—¿Quién nos lo había de asegurar, hombre de Dios, sino el certificado de catolicismo que el mismo palo se apresuraba á extendernos, y por cierto en forma muy auténtica y legalizada, sobre nuestras costillas? Porque otra cosa observábamos siempre. Era la siguiente. Los palos se nos aplicaban siempre, como digo, á nuestras pecadoras costillas, pero el sobrescrito de ellos iba siempre enderezado á Cristo, nuestro soberano Rey.

—¡A fe, que si V. no se explica...!

—Pues no suelo hablar turbio, ¡válgame la Cruz de nuestro Señor! ¿No repara V. que no hay palos sino cuando se hace algo por Cristo, ni se dan palos sino á los que se ostentan afiliados á Cristo, ni por lo común deja de haberlos siempre y cuando alto y desenmascaradamente se proclama socialmente á Cristo? Pues eche V. de ver, ó es V. un bobo, á donde va la intención ó sobrescrito de tal recado. El buzon que recibe tal correspondencia somos nosotros, pero el obsequiado con ella es, y no lo dude V. nunca, su divina Majestad.

—Por donde bien se pudiera decir que son Vds. los testaferros ó editores responsables de la divina soberanía acá en la tierra.

—Sí, señor, y á mucha honra. Y damos por fianza las espaldas. Los hubo siempre en el mundo y los habrá hasta la fin de él. Lo diré en latín para mayor claridad. Son los

que *digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* Pero volviendo al tema, diga V.: ¿Enseñan ó no enseñan algo los palos?

—No hay duda, y con más eficacia que el mejor y más estirado catedrático. Sobre todo si se considera, como V. me ha hecho considerar, quién los pega, á quién los pega, á quién no los pega y por qué causas y en qué ocasiones los suele pegar.

—Gracias á Dios. No poco se ha aprendido en España de tan riguroso maestro. Diga V., pues, si pueden ó no llamarse con razón *palos aprovechados.*

—En efecto.

—Y repare V. que si fuésemos á estudiar nuestra antigua historia, veríamos también que por ese procedimiento llegó España en otros siglos á su más alto grado de esplendor.

—Me gustaría se extendiese V. algo más sobre este punto.

—De mil amores. Habrá V. leído, quizá, ó por lo menos oido, que España ha sido en todos tiempos la más firme en su católica fe, hasta el punto de que no hay nación alguna que pueda presentar época tan floreciente y vigorosa de catolicismo social como la que comprenden para nuestra patria los siglos XVI y XVII, que son los de su mayor poderío.

—Ciertamente, y nos conceden ese honor hasta los extranjeros menos amigos de nuestras cosas, y hasta los protestantes y librepensadores más rabiosos. Es hecho histórico, pasado ya en autoridad de cosa juzgada.

—Pues bien, ¿sabe V. por qué al alborear el llamado Renacimiento se encontró nuestra España siendo la nación más vigorosa en sus creencias, cuando las demás empezaban á sentirse ya más ó menos minadas por corrientes racionalístas?

—No acierto la explicación.

—Pues es muy sencilla: encontróse la más firmemente católica porque acababa de ser la más duramente apaleada.

—¡Hombre!

—Ni más ni menos, y tal como suena. Las maravillas de su empuje apostólico de entonces, la tenaz resistencia de su pueblo á las novedades extranjeras, la fecundidad de sus grandes fundadores y reformadores de buena ley, las vidas

prodigiosas de sus innumerables Santos en aquella época, el espíritu profundamente religioso de toda su literatura, debiólo todo al temple nacional formado en el yunque de los ocho siglos de reconquista, bajo el incesante feroz martillar sobre él de los hijos de Mahoma.

—Es decir, que lo debió á los palos, hablando en prosa.

—Sí, amigo mío, sí: allí se forjó el hierro, ó mejor, el acero de nuestra heredada intransigencia; allí se labraron como robustos sillares de monumental edificio, los corazones de aquellas hidalgas generaciones.

—Quedamos, pues...

—Sí, señor, quedamos en que hay palos aprovechadísimos, y que á no dudarlo han de sérnoslo también en la presente ocasión.

XXIV

MÁS SOBRE PALOS Y PALIZAS

CON qué hoy, señor mío, se da fin á ese divertido tema?

—Sí, por cierto, y crea V. que si no hablo de él un año seguido no es por falta de materia. Que á no contenerme el temor de fastidiar... miga y enjundia trae el tal asunto para tenernos más que medianamente entretenidos regular temporada.

—Decíamos, pues, ó mejor, decía V...

—Sí, señor, decía que entre otras lindezas y excelencias que tiene su excelencia el santo palo, es una de las mayores la de ser, en casos dados, eficaz reactivo y vivísimo despertador. Y ambas cosas convendrá V., amigo mío, en que nos hacen bastante falta.

—¡Y tanta!

—Pues, ¡digo! La mitad de los buenos ó que piensan serlo, no lo son hoy dia, porque ha hecho presa en unos el miedo y en otros la maldita pereza. Crea V., amigo mío, que si bien se examina el estado actual del mundo, puede que en eso más que en otra cosa alguna se halle el diagnóstico de su rara enfermedad. Más que en la perversidad de los malos y en su extraordinario número, hay que buscarlo en ese singular empeño, que parece haberse apoderado de los buenos, de no parecerlo. Malos húbolos siempre en el mundo desde Cain acá, y ciertamente nada les han de envidiar los de ahora á los antiguos en refinada malicia. Andaba, empero, antiguamente la perversidad de aquellos contrastada, y

como contrapesada con el fervor y actividad de los buenos, como los malos humores en un cuerpo sano están enfrenados y equilibrados por el vigor de la sangre. Hoy, al revés, estílanse una clase de hombres de bien, que lo primero que procuran es parecerse lo más que sea posible á los pillos, por donde ocultando algo por un lado, transigiendo y contemporizando por otro; distinguiendo y empastelando por el de más allá, hase llegado á poner en uso entre muchos católicos de hoy, una cierta clase de hombría de bien, que resulta á la postre el más oportuno cómplice y aliado y auxiliar de la pillería.

—Mucho que sí.

—Por donde verá V. como inmediatamente fraternizan y se dan las manos aquellos malos de veras y esotros buenos de burlas. ¡Ya se ve! ¡Cómo que nada le hace tan buen juego á Satanás!

—Cierto, ciertísimo.

—Pues bien: de toda esa farsa y comedia de falsas bondades á gusto del diablo, ¿atina V. el origen?

—Lo ha nombrado V. hace poco.

—Sí, señor: son su origen miedo y pereza, y nada más. ¿Y no acertaría V. con el remedio?

—También lo acaba V. de indicar.

—Sí, amiguito: palo á diestro y á siniestro, hasta que á puros palos se hagan valientes los cobardes, y se vuelvan ágiles y listos como ardillas los remolones. Palo de firme sobre tanto cristiano inverosímil, que por lo visto no toma como cosa seria su profesión de tal, ó que olvida por lo menos que todo buen discípulo de Cristo ha de ser en un modo ú otro, sino crucificado como su Maestro, siquiera apaleado.

—Pero, oiga V. Si por cobardía dejan muchos católicos de portarse como quien son, ¿no les hará más cobardes cada día la perspectiva del palo, si ese plan curativo es el que en definitiva ha de prevalecer? Porque claro está que temerán con más razón, cuando verdaderamente y no por puras aprensiones haya algo caliente que amenace sus costillas.

—Nó, amigo mio, nada de eso; y bien se ve que no ha profundizado V. mucho la filosofía del palo. Su argumento

de V. es pura apariencia y nada más. El palo produce el efecto que V. dice, de amilanar y encoger al apaleado ó siquiera al amenazado, cuando se aplica con razón y justicia, cuando al que lo recibe le consta que es merecido. El palo entonces, más que sobre las espaldas, obra sobre la razón y la conciencia, y rindiendo á éstas rinde inmediatamente á todo el hombre, á no ser éste un miserable dejado ya de la mano de Dios. Mas el palo injustificado, el palo sin ley ni razón, el palo que se sabe va, no contra un crimen, sino contra una buena causa, ¡oh! el palo de esta suerte, al par que machaca, irrita y subleva, y levanta los bríos del corazón, y hace erguir al compás de los golpes la cabeza y la conciencia, y torna héroes á los hombres y aun á los niños y á las mujeres, como prácticamente se ha visto en más de una ocasión. ¿Sabe V. en nuestra famosa guerra de la Independencia quién hizo de un molinero catalán, que nunca soñara en ser soldado, uno de nuestros más populares caudillos? Pues fué un bofetón que en buen hora para la patria dióle cierto oficial francés. Aquel afortunado bofetón hizo á Manso conde del Llobregat. El procedimiento ha dado siempre idénticos resultados. Y me ocurre ahora á propósito una observación.

—Diga V.

—¿Sabe V. el remedio heroico que se emplea, en los viajes por países de nieve, con el infeliz á quien el rigor del frío ha helado los miembros y puesto á pique de perecer? Pues es el siguiente. Se le administra caritativamente una buena soba de palos. Y con ellos se restablece en el pobre aterido la circulación paralizada, se calientan los músculos rígidos y entumecidos, se renueva la vida y el movimiento del organismo todo. ¡Vea V., á palos se le aviva! Lo mismo sucede con una generación católica, cuando la indiferencia le va helando en las venas la sangre moral, cuando el respeto humano y las muelles conveniencias la han tornado apática, cuando la sola convicción no ejerce ya bastante influencia, porque se la fué amortiguando á fuerza de componendas y transacciones. El palo es entonces el despertador providencial de los corazones aletargados, el palo es el reactivo eficaz de las conciencias dormidas. A palos se despierta la virilidad

y se rejuvenecen los bríos. El temple de verdaderos hombres y de verdaderos ciudadanos y de verdaderos católicos, que muchos infelices ya ni de oídas conocían, reaparece entonces como por encanto, con asombro de los propios perseguidores. Dice en una de sus admirables homilías San León Magno, que si el diablo hubiese conocido los beneficios que nos habían de venir de la Pasión del Redentor, no hubiera excitado el maldito la rabia de los judíos, sino que más bien hubiera procurado calmarla, para que no nos fuese ocasión de tanto provecho. Así podemos decir de ciertas persecuciones y atropellos de hoy. No comprende el demonio su instigador los bienes que por su medio proporciona Dios al pueblo cristiano; que si los comprendiese, más cuidaría de amansar estos furores de la secta que de excitarlos tan rabiosamente contra nosotros.

—Con qué en definitiva, ¿es V. de parecer que dejemos hacer al diablo?

—No, sino que pidiendo con todo corazón á Dios que le confunda y que destruya sus obras, y ayudando nosotros á eso con todo nuestro poder y valer, sin embargo, cuando eso no se logre tan inmediatamente, nos consolemos y alentemos con las reflexiones que acabo de apuntar.

—Y que verdaderamente son hoy de una oportunidad dolorosísima.

—Y que, no lo dude V., van á serlo más y más cada día.

—Es verdad.

—Pues, como V. ve, conforme van *progresando* los tiempos, se van haciendo éstos de más recia persecución. Pudiéndose vaticinar sin ser profeta que, ó hace un milagro de los suyos Dios Nuestro Señor, ó veremos en plazo no lejano renovada la época de los mártires. Y ciertamente, si con atención examina V. la historia contemporánea desde un siglo acá, verá que todo tiende á parar en este sentido. A medida que se sienten más fuertes los enemigos de Dios con el predominio social que les da su inmenso número y el hecho de hallarse dueños de las esferas oficiales, se hacen ya menos del escrupuloso y del remilgado en sus vejaciones á la Iglesia santa, y cuidan menos de querer justificarlas con alguna de las palabrotadas que fueron tan de moda años atrás. Se va

viendo claro el tenaz empeño de las sectas masónicas, que es la guerra directa á Jesucristo, no simplemente la realización de tal ó cual ideal meramente político ó reforma social.

—Apenas hay, en efecto, quien eso no vea.

—Aunque hay, por desgracia, quien eso aparente no ver.

—Ciegos de conveniencia pueden llamarse éstos.

—O mejor llámelos V. los grandes criminales de los presentes tiempos, cuya horrible complicidad es seguramente todo el nervio y fuerza de la Revolución. Pues bien: aquí de nuestro caso. Es preciso llegue la hora suprema de Dios y del diablo, ó sea la de los palos en grande escala, para que se decidan los tales á ser al fin una de dos...

—Adivino lo que va V. á decir.

—Sí, amigo mío, una de dos, ó grandes apóstatas ó grandes mártires.

XXV

¡MUCHO ROSARIO!

OIGA V., D. Fermín! ¿No ve V., amigo mío, cuán desquiciado y perdido anda por nuestros pecados el mundo actual?

—Cierto que sí, y no se sale uno á la calle, ni se asoma á la tertulia, ni mete la pata en corrillo alguno de ciudadanos de cualquier color, sin que al punto le echen al rostro esta exclamación: ¡Mal! ¡Estamos mal! ¡Eso anda mal!

—Exactamente. Y reparará que en pos de eso entra luego el recetar remedios á troche y moche, y el idear fórmulas sociológicas, y el combinar procedimientos jurídicos, políticos ó administrativos; porque, eso sí, enfermos podremos estarlo, ¡alabado sea Dios! pero en cambio curanderos de toda ralea no nos faltan, que es una bendición.

—Diga V. mejor que es una calamidad, y quizá sea ésta la peor de todas. Que si triste es vivir achacoso, más lo es tener que vivir entregado á tanto charlatán embustero como presume con sus emplastos devolvernos la salud.

—¡Emplastos! habló V. bien, que otro nombre no merece tanto y tanto sistema filosófico, político y social, con que se quieren en un tris curar nuestros inveterados achaques. Y no obstante, habría para todo un remedio fácil, casero, sencillote, de baratura sin igual y de eficacia probada é incontestable.

—¿Cuál?

—Mucho Rosario, hombre, mucho Rosario, y nada más.

—¡Acabáramos! ¿Y de qué limbo sale V., hombre de Dios, con esa inocentada, por no decir cursilería y majadería? ¡Para Rosarios está, á fe, el siglo décimonono!

—Pues, peor para su señoría el siglo y para cuantos como él opinen, incluso V.

—Concluya ¡por Dios! amigo mío, concluya de exponer este su plan curativo de nueva invención. Se entiende, si no habló de burlas.

—No, D. Fermín, sino muy de veras y con el caracter de la más profunda y arraigada convicción. Escúcheme V. siquiera unos instantes, y adviértame cuando le parezca que me salgo de la más lógica manera de discurrir.

—Diga V.

—Afirmo y sostengo que con mucho Rosario se curaría muy luego de casi todos sus actuales achaques una buena parte del mundo de hoy. No digo yo que le hiciese absolutamente santo esta medicación, que pecador ha sido siempre el mundo y lo será por los siglos de los siglos. Pero sí, que con ella sanaría el infeliz de los gravísimos males que dan hoy día á su estado un carácter alarmante tan universalmente reconocido.

—Entiendo la observación. Prosiga V.

—Empecemos por reconocer los principales achaques de este enfermo. Son, en primer lugar: descreimiento casi absoluto; rebeldía general, explícita ó implícita, contra Dios y su Cristo y su Iglesia santa; olvido completo (práctico á lo menos) de la existencia del orden sobrenatural. En segundo lugar, y por necesaria consecuencia, grosero materialismo en las ideas y en las costumbres; el orgulloso *yo* personal, substituyendo en todas partes á la soberanía de Dios; el amor al prójimo y el patriotismo, relegados á la categoría de las más necias preocupaciones. ¿Es ó no es verdad el cuadro de síntomas que os acabo de describir?

—Exactísimo, falta solamente precisar el concepto definitivo de la enfermedad.

—Lo ha hecho por mí en repetidos Documentos el Vicario de Dios, que es el mismo que ha prescrito el saludable remedio. Llámese tal epidemia *naturalismo*. O lo que es lo mismo, ausencia ó por lo menos flojedad y anemia de la vida sobrenatural en la sociedad.

—Y ¿por qué dice V. que mucho Rosario sería la medicación más adecuada y eficaz para esas gravísimas dolencias?

—Claro, porque en el Rosario está, por decirlo así, la fórmula más completa y expresiva del *sobrenaturalismo* cristiano.

—Comprendo: *Contraria contrariis.*

—Sí, señor; ó sino detengámonos otro instante en examinar los ingredientes de esa celestial medicina, para acabar de ver cuán congruente sea á aquellos síntomas que le indiqué. Es el Rosario ante todo una profesión de fe, una protestación cabal y completa, no de ese deísmo vago é insustancial con que aparenta satisfacerse el sentimentalismo pseudo-religioso de algunas personas, sino del Cristianismo puro, íntegro y verdadero, con su Dios y su Criador y su Iglesia y su Encarnación y su Redención y sus Sacramentos y su vida futura y sus premios y penas, y todo lo restante que constituye el edificio dogmático de nuestra Religión santa. ¿Dígame V. si no se comprende todo esto en los quince misterios y en las tres oraciones de que consta toda la bien calculada mixtura de este medicamento espiritual?

—Es verdad.

—Vea V. luego como esta profesión de fe, clara, explícita, detallada de nuestros dogmas fundamentales, no es meramente abstracta ó teorica ó ideal, sino encarnada y viva y palpitante en otros tantos pasos ó ejemplos de la vida de Cristo y de su Madre Santísima, de modo que no sólo satisface y cautiva la inteligencia con el acto propio de ella que se llama *creer,* sino que llena y mueve y casi fuerza el corazón y la voluntad imponiéndoles el otro acto complementario que se llama *obrar.* Ofreciendo en cada paso de los dichos una norma y ley al fiel cristiano para que se porte y se rija conforme á lo que en tal modelo se le presenta, y para que conforme al mismo se haya con sus hermanos. De suerte que el hombre que rece bien y con frecuencia el Rosario, es hombre que está de continuo repitiendo al mundo esta su protesta de Religión, y repitiéndose á la vez á sí propio el código de sus más imperiosos deberes. Esto aparte de lo que es el Rosario como oración ó súplica. Y un hombre que esto haga del modo debido, esto es, con clara conciencia de lo

que hace, pecador podrá serlo á ratos por natural fragilidad, pero nó malvado, ni menos desahuciado ó impenitente. Y á un pueblo donde sea general esta práctica ha de pasarle de la misma manera. Y si un día, por feliz suerte, se extendiese ella por todo el mundo, tanto, por ejemplo, como se halla extendida hoy por él la inmunda blasfemia que es su opuesto radical, aquel día no sería el mundo un cielo, porque no lo puede ser, pero tampoco fuera un semi-infierno, como á veces parece serlo hoy día.

—Es cierto, pero ¿no advierte V. que vive de lleno en el país de las utopias? El toque está en que el mundo se decida á entrar de una vez por ese carril. Mas como no ha de entrar...

—Convenido, y por esto no he abrigado yo jamás la boba ilusión de que el mundo dejase algún día de ser mundo, considerado en su totalidad. Pero ¿acaso no mejoraría mucho el estado general del mundo si mejorase de costumbres una buena parte de las familias y de los individuos de él? Y además, ¿no hay pueblos donde es posible la aplicación parcial del remedio, y donde de hecho en épocas dadas de la historia han reinado, gracias á él, vigor y buena salud? ¿No hay familias donde en más reducida escala pueden esperarse sus beneficios? ¿Y no hay individuos al fin en quienes es muy obvia su aplicación?

—Ciertamente que sí.

—¿Quiere V., pues, mejorar á un individuo? Incúlquele Rosario, mucho Rosario. ¿Quiere reformarse una familia? Empiece por tener, como práctica diaria, la más solemne del hogar, el santo Rosario. ¿Quiérese llevar por buenos caminos á un pueblo? Que generalice y haga popular y común el uso del santo Rosario. Lo que en cuentas del Rosario se gaste de más, eso se gastará de menos en rewólvers y navajas, y á la postre en grilletes ó argollas. Lo que aumente en devoto personal la Cofradía del Rosario, eso podrán ir disminuyendo proporcionalmente en el suyo la policía y la Guardia civil. Lo que se vayan poniendo de moda los cánticos y letrillas de la poética Aurora, eso irá desterrando de obscenidades, blasfemias y juramentos en la plaza pública.

En suma:

Receta médico-social: Rosario, mucho Rosario.

Receta médico-doméstica: Rosario mucho Rosario.

Receta médico-particular: Rosario, mucho Rosario.

Pero entendámonos. Con tal que se rece el Rosario como se debe; es decir, con tal que se tome del modo propio y según prescripción del médico la medicina.

—Es evidente. Puesto que una medicación muy sabia y muy oportuna dejaría de ser tal, desde el momento en que no se la tomase como se debe.

—Claro está. Bien que esto, amigo mío D. Fermín, tendrá que ser precisamente objeto de otro rato de conversación.

XXVI

COTORRITAS



UEDÓ V. hace pocos días, amigo mio, en ampliar un poco lo dicho sobre el santo Rosario, como universal medicina de nuestros malaventurados tiempos.

—En efecto.

—Sí, pues, no le cae á V. mal...

—No, sino muy bien, Sr. D. Fermín; y recuerdo perfectamente que decía á V. que si el santo Rosario no producía tal vez en los pueblos, familias é individuos el bien que era de esperar, no debia atribuirse eso á ineficacia suya, sino á no tomarse del modo propio y conforme tal medicina.

—Medicina, eso es: como medicina recuerdo lo estaba elogiando V., siguiendo, á lo que parece, cierta como manía suya de sacar casi todas sus comparaciones y símiles del arte de curar.

—No anda V. descaminado en esa observación. Pero, vamos al cuento. ¿Ha oído V. nunca que hubiese medicina que curase al enfermo con sólo pasarla éste un rato por los labios ó revolverla cuatro minutos entre lengua y paladar? ¿O que hubiese algún alimento que reforzase y nutriese solamente con tenerlo un cuarto de hora en la boca?

—No, por cierto, sino que así la medicina como el alimento, para que produzcan sus debidos provechos en el organismo, han como de ingerirse en él, meterse muy en sus adentros, mezclarse con su substancia, discurrir por sus interiores vasos y cavidades. Ni se comprende de otro modo.

—Pues ahí verá V. De otro modo parecen comprenderlo ciertos cristianos de hoy con su medicación y su alimentación espirituales. Diríase, en efecto, según las usan, que juzgan servirse muy provechosamente de ellas con sólo tenerlas en los labios y nada más. Lo cual, aplicado al caso que nos ocupa, equivale á decir que juzgan haber rezado bien el santo Rosario cuando, como necias cotorras, han seguido por más ó menos rato revolviendo las palabras de él.

—Exacta comparación.

—Exactísima, como irá V. viendo si me deja proseguir.

—Siga V.

—El hombre, D. Fermín, es hombre principalmente por lo que *piensa* y por lo que *quiere*.

—Acláreme V. el concepto.

—Quiero decir que inteligencia y voluntad son sus dos facultades principales.

—Comprendo.

—Es verdad que, en siglos parlamentarios sobre todo, más suele tenerse en cuenta en el hombre lo que parla; pero dejemos al parlamentarismo en el pleno derecho de esta su filosofía de plazuelas, y atengámonos á lo que ha creído en todos los siglos el sentido común. El hombre es hombre, bueno ó malo, sabio ó zote, no por lo que digan con más ó menos primor sus labios, sino por lo que juzgue su inteligencia y quiera su voluntad.

—Perfectamente.

—Oiga V., pues. Oración ó rezo en que no tomen parte alguna, directa ó indirectamente, la inteligencia y el corazón; oración ó rezo que no sean más que aire comprimido que sueltan con mayor ó menor inflexión los labios; oración ó rezo que no sean más que *sonus vocis*, sin que tengan parte en ello *sensus mentis* y *affectus cordis;* oración ó rezo de éstos, ¿qué ha de ser?

—Ni más ni menos que pan revuelto solamente por la boca, sin que llegue al estómago; ó elixir probado con los labios, pero sin haber llegado á ingerirse en la circulación. De todos modos, alimento ó remedio aplicados á un poste ó á un adoquín.

—Pues bien: he aquí lo que son para el alma oración ó

rezo pronunciados meramente con los labios, sin que de un modo ú otro tome parte en ellos la inteligencia y la voluntad. Son oración ó rezo como podría pronunciarlos un poste si hablase, ó una cotorra á quien se le hubiese enseñado su material vocalización.

—Diga V., pues, cuál debe ser la del santo Rosario para que tenga todas las condiciones que debe tener.

—Muy fácilmente quedarán explicadas. El Rosario, como cualquier otra oración vocal, debe constar de tres actos, sin los cuales nada será á los ojos de Dios, y menos que nada para el propio aprovechamiento. Estos tres actos son: 1.° El acto exterior del que debidamente pronuncia las palabras de dicho rezo. 2.° El acto de la inteligencia del que comprende su sentido, y medita ó discurre sobre él. 3.° El acto de la voluntad del que acompaña con el afecto lo que se pronuncia, y lo endereza á mayor gloria de Dios, y saca de él las resoluciones apropiadas.

—Muy complicado es eso, y agradecería á V. más detallada explicación.

—No tengo reparo. Lo primero es la adecuada pronunciación de lo que se reza.

—Claro está, pues debe correctamente hablarse con Dios, como correctamente se procura hablar con los hombres que nos merecen algún respeto.

—Es evidente. Que se digan, pues, del modo debido todas las palabras; que no se trunquen las frases; que no se interrumpa el rezo con habladurías ajenas á él; que se guarde hasta una conveniente postura del cuerpo; que por fin no se vaya con atropellada precipitación, como si pesase invertir contados minutos en faena tan importante. Que tales son los defectos de que suelen adolcer los rezos de muchos cristianos en cuanto á su pronunciación.

—Es verdad.

—Esto por lo que toca al acto de los labios. En cuanto al de la inteligencia, ésta debe procurarse ocuparla *exclusivamente* en lo que se reza. *Exclusivamente*, digo y repito, es decir, con exclusión de todo otro discurso, pensamiento ó imaginación, por honrados que parezcan, si son á eso ajenos.

—¡Caramba! ¡Ved que no siempre será eso posible, dada la humana fragilidad, tan propensa á distracciones!

—Debe empero por lo menos procurarse, y nunca deben tales distracciones admitirse voluntariamente. Así en el Rosario, por ejemplo, la atención debe fijarse con preferencia en el misterio correspondiente á la decena, y rezar ésta como si estuviésemos delante de tal paso, contemplando sus personas, viendo sus acciones, oyendo sus palabras. Esta representación sensible ó composición de lugar ante los cinco cuadros de que se compone cada parte del Rosario, basta para fijar de un modo poderosísimo la imaginación más voluble y andariega, y si se añade la consideración de las peticiones del *Padre nuestro* y de las palabras del *Ave María* y *Gloria* conforme se van pronunciando, se tendrá el modo más perfecto de practicar esta devoción, que no es toda ella más que una sarta ó encadenamiento de meditaciones, súplicas y alabanzas.

—Veamos lo tercero, que es el acto de la voluntad.

—El afecto y la voluntad deben aquí ejercitarse con píos movimientos de agradecimiento á los beneficios de nuestra Redención, que en el santo Rosario se nos recuerdan, y con fervorosas resoluciones y súplicas acomodadas á los motivos que cada paso ó misterio nos sugiere. En la operación de la voluntad está el término de toda obra humana. Entender y discurrir es puramente ideal ó especulativo. Lo completo del acto es el querer, que muchas veces, aunque no llegue á obra, adquiere por el buen deseo todo el mérito de ella.

—También en eso está V. muy filosófico y racional.

—Dígame ahora. ¿Encontrarían muchos tan sosa como la encuentran hoy la oración vocal, si con estos requisitos la practicasen? ¿Produciría ó no excelentes frutos el Santo Rosario, si de este modo, interno y externo á la vez, se dijese? Y quien de este modo no lo rece, ¿puede con verdad asegurar que reza el santo Rosario?

—No, por cierto, sino que como mera cotorra revuelve por los labios y lengua las palabras de él.

—Con que, cotorritas son y nada más gran número de cristianos. Que luego vendrán querellándose de que Dios no hace caso alguno á su oración.

—Y á fe, señor mío, que suelen ser así las oraciones de muchos cristianos.

—Y así, amigo mío, salen ellos de fervorosos y aprovechados. No saben convencerse los tales de que si ellos mismos no se moverían por súplicas que de tal suerte les dirigiesen los hombres, ridículo es pretender se mueva con ellas el corazón de Dios.

—Inconsecuencia pura.

—No seamos, pues, inconsecuentes: recemos como hombres serios, ó lo que es igual, como cristianos, no como necias cotorras, sin seso ni sentido común.

XXVII

EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Fiesta por todos conceptos hermosísima es la que se dispone á celebrar mañana el mundo cristiano.

—¡Corpus!

—Sí, Corpus, ó sea, la solemnidad de la augusta Eucaristía. ¡El Santísimo Sacramento del Altar!

—¡Sea Él bendito y alabado y reverenciado y adorado por todos los siglos de los siglos; amén!

—Gran fiesta, y recuerdo de grandiosísimas é inefables maravillas.

—¡Oh, sí!

—La noche aquella de la Cena, prólogo de las tremendas horas de la Pasión, tórnase noche radiante de luz y de inefables alegrías con los resplandores que derrama sobre ella la institución de este adorable Misterio de amor. Olvídanse hoy las tintas siniestras de aquella lúgubre velada tan vecina á Getsemaní, al Pretorio y al Calvario; apenas se fija la atención en los manejos traidores de Judas que está allí acechando al manso Jesús, y en los preparativos odiosos de la cohorte farisaica que enciende ya para apoderarse de Él sus hachas y linternas. Todo lo llena y todo lo absorbe el grandioso suceso que se realiza en aquella Mesa sacrosanta. El Cenáculo es por algunos momentos antesala gloriosa del paraíso, por más que en torno de él vaya condensándose la espantosa tempestad de negros furores que en breve han de

hacer para siempre execrable el recuerdo de la deicida Jerusalén.

—Bien ha hecho la Iglesia, en todo inspirada, pero muy principalmente en la institución de sus fiestas, al dividir como en dos ésta que ofrece dos tan diferentes aspectos.

—Efectivamente. El Cenáculo por fuera, rodeado de planes de iniquidad, de terrores de persecución, de sombras de muerte: esta es la fiesta del Jueves Santo. El Cenáculo por dentro, apacible, sosegado, hecho por vez primera Sagrario y nido de los más dulces amores del Salvador para con sus queridos hijuelos: esta es la fiesta del *Corpus Christi.*

—Oportuna distinción que marca muy bien el carácter especial de ambas solemnidades.

—Es el verdadero de cada una de ellas. Olvidemos, pues, hoy como diríase olvidó Jesús, que va á morir; olvidemos que hay Judas Iscariotes y concilio de fariseos; cerremos los oídos al sordo rumor de pasos y armas que ya se percibe tal vez confusamente por la parte del torrente Cedrón. Encerrémonos con Cristo y sus discípulos en aquel misterioso recinto. Veamos y contemplemos y escuchemos y aprendamos. Ha cumplido la Cena legal, y tras ella ha lavado los pies á su Apostolado.

—Hasta á Judas, que guarda ya en su bolsa el precio de la venta de su Maestro y Señor.

—Sí, hasta á Judas, el mal amigo, el mal apóstol, el perverso traidor. Después les ha hablado palabras tan tiernas y conmovedoras como nunca dictó á corazón alguno el más afectuoso cariño. Viósele luego tomar del pan ázimo, que según rito se había puesto sobre la mesa para celebrar la Pascua, y bendecirlo y dando gracias á Dios repartirlo entre los presentes, diciendo con acento solemne: «Tomad y comed: este es mi Cuerpo, que por vosotros va á ser entregado.» E inmediatamente después llenar de vino su vaso ó cáliz, y bendecirlo también y dárselo, añadiendo: «Bebed todos de él, porque esta es mi Sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada por muchos en remisión de los pecados. Haced esto en memoria de Mí.»

—¡Solemne testamento y amorosísimo legado!

—En verdad. Entonces por vez primera contemplaron

asombrados cielos y tierra, y envidiosos hasta cierto punto los coros de los Angeles, el acto grandiosísimo de la primera Misa y de la primera Comunión. Cristo-Dios, no sabiendo ya que dar á sus pobres criaturas, dábaseles á sí propio por medio del más inaudito y más ingenioso rasgo de su soberano poder. Sus sacratísimos Cuerpo y Sangre, su adorable alma y divinidad; todo ese conjunto de maravillas que realizó la Encarnación en la segunda Persona de la Santísima Trinidad, permitiendo al Verbo llamarse y ser hombre como nosotros, al propio tiempo que se llamaba y seguía siendo Dios como el Padre y el Espíritu Santo; todo ese Dios-Hombre y Hombre-Dios, con su inefable majestad y grandeza, y riqueza y sabiduría y amor, y todos los demás atributos de su deidad, todo se ponía por medio de este raro procedimiento en manos de sus más viles criaturas, todo en su boca, todo en su pecho, todo en sus altares, todo en sus ciudades y aldeas, todo en sus oratorios domésticos, todo hasta en el fondo de sus más horribles mazmorras y calabozos. La Encarnación se ampliaba en este nuevo desarrollo de la misma hasta donde ni soñarlo pudiera la imaginación más atrevida. *Emmanuel* era ya no solamente, como significa la palabra, Dios con nosotros, sino Dios en nosotros, Dios dentro de nosotros, Dios hecho nuestro manjar y nuestra vida, y unido hasta á nuestra propia substancia. Dios en la Encarnación habíase escondido bajo humilde naturaleza de hombre; aquí se esconde todavía más, pues le ocultan comunes accidentes de vino y de pan. Allí humillábase hasta juntarse á una criatura racional: aquí la humillación le hace descender hasta cubrirse con las apariencias de sus propias criaturas insensibles. Las pajas de Belén, la pobreza de Egipto, la ignorada casita de Nazaret son tronos de gloria en comparación de los humildísimos sagrarios de muchas de nuestras iglesias en que se hospeda. Y el trato continuo con publicanos y pecadores es menos bajo y vulgar y humillante que el que le dan frecuentemente los que le consagran, guardan y reciben.

—Nunca se vió rayar tan alto el amoroso afán de nuestro divino Salvador, ni abatirse tan bajo la grandeza de su soberana Majestad.

—En verdad, y por eso agotan los Santos Padres los re-

cursos de su ingenio para expresar lo inexpresable de esta divina institución, la cual, como de otro misterio decía uno de ellos, á fuerza de ser imponderable, da siempre campo á nuevas ponderaciones, pues nunca se encuentra haber dicho bastante para debidamente ponderarla. Ni es menos insuficiente que el labio para ponderarla, el corazón para agradecerla. Considerando lo que es haber instituido Cristo Dios para nosotros ¡para nosotros! esta maravilla de su amor, encuéntranse mezquinos de puro desproporcionados los más heroicos actos de abnegación y de martirio con que pueda servir el fiel cristiano á la Santísima Eucaristía.

—Mucho más cualquier clase de pompa ó brillo exterior con que se dedique á honrarla y festejarla.

—Ahora bien: vayamos á lo práctico. ¿Qué hemos de hacer los católicos, para debidamente honrar y servir á nuestro sacramentado Señor?

—Esta fiesta ordenó Él mismo para que le fuese especial homenaje. Es, pues, la digna y conveniente y espléndida celebración de esta fiesta el primer tributo que le debe nuestro amor. Asistencia á los divinos Oficios, á la sagrada Comunión, á la Procesión solemnísima, á los actos todos de esta sin par y devota Octava. Y luego firmé amor y obsequio constante á Cristo sacramentado todos los días del año, todas las horas de él, teniendo en su presencia los corazones como lámparas de continuo encendidas en perpetua vela y adoración á su oculta y humillada Majestad.

—¿Y qué devoción puede darse más suave y de mayores atractivos para el alma cristiana?

—Ninguna, por cierto. Sabe el hombre que con la visita al Santísimo Sacramento se dirige, no al cuadro ó estatua que representan la imágen de su Dios y Señor, sino á este Dios mismo en su propio sér y verdaderísima realidad, Dios vivo, Dios que le oye, que le mira, que escucha desde el Sagrario la menor palpitación de su corazón, y ve la más escondida lágrima de sus ojos, y sondea sus más recónditos dolores y amarguras. ¡Ah! ¿Quién no tiene necesidad de un amigo? Y sobre todo, ¿quién no la tiene de un amigo como nuestro buen Dios? En verdad que las buenas amistades del mundo son raras, y aun las que más de veras parecen, no

dan frecuentemente sino ocasión de dolorosos desengaños. Pocos son los finos amigos, y aun éstos ni siempre están por nosotros, ni siempre los tenemos á nuestro lado, ni siempre pueden valernos por más que de eso tengan muy firme y sincera la voluntad. Seamos, pues, amigos más que de otro alguno de nuestro Sacramentado Dios y Señor.

—¡Seáis por siempre alabado, dulcísimo Jesús mio, en el Sacramento de vuestro altar!

XXVIII

APÓSTOLES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO



RAN cosa es ser amigo del Santisimo Sacramento, pero hay todavía cosa más grande é inmensamente mejor. ¿Adivinaríais cuál?

—No me ocurre, por cierto, si ya no es que como tantas otras veces os queréis meter en el terreno de las ponderaciones y de las aparentes paradojas.

—Nunca menos que hoy, y en ningún otro asunto menos que en el presente.

—Pues no os comprendo.

—Vais á comprenderme al instante. Digo, pues, que hay algo todavía mejor que ser amigo del Santísimo Sacramento, y es hacerse apóstol suyo. Es decir, no contentarse con ser tal amigo, sino darse de lleno á la tarea de procurarle cada día nuevos y fieles amigos á nuestro Sacramentado Dios y Señor.

—Tenéis razón.

—Es, en efecto, obra de verdadero y excelentísimo apostolado la de los piadosos fieles, así eclesiásticos como seglares, que de un modo especial se consagran á aumentar por cuantos medios pueden el culto y la devoción á la Santísima Eucaristía.

—¿Quién al leer las arrobadoras páginas que á este Misterio suavísimo han dedicado plumas como las de Tomás de Aquino, Granada ó Bourdaloue, no ha envidiado alguna vez el genio y saber é inspirada elocuencia de esos cristianos talentos, para hacerse como ellos pregonero y cantor de las

maravillas eucarísticas, y encenderle de continuo nuevos corazones, y cautivarle cada día nuevas inteligencias, y proporcionarle sin cesar nuevos adoradores al Santísimo Sacramento?

—Ciertamente que no todos pueden eso, ni son muchos los favorecidos por el cielo con el glorioso oficio de ser sus heraldos y como sus ángeles en la tierra.

—Mas, algo podemos todos; algo y quizá mucho podemos en obsequio al Señor Sacramentado; todos, hasta vosotros, los más pequeños, hasta vosotros, los más oscuros y desconocidos.

—¿Cómo?

—Muy sencillamente. Respondedme tan sólo á una pregunta. ¿Sabéis amar? Pues mucho sabéis si eso sabéis; y eso puede saberlo cualquier infeliz aldeana, tanto ó más quizá que los mayores ingenios de las escuelas y academias. ¿Sabéis amar? vuelvo á repetir, ó mejor, ¿queréis amar? Pues bien; el amor os inspirará recursos sin fin con que podáis dar cima á ese vuestro dulce apostolado, que es, ante todo, apostolado de amor.

—Es mucha verdad.

—Sí, lo es, amigo mío. Porque es indecible lo que puede y lo que mueve y lo que obra para avivar y robustecer la fe de los demás, la actitud fervorosa de un firme adorador de la santa Eucaristía. Cuentan los que vieron á aquel pobrecillo de Cristo, Casimiro Barello, en las breves horas de su rápido paso por esta tierra de España, que, más que sus palabras y exhortaciones, edificaba y mejoraba y convertía el contemplarle durante sus horas de visita al Santísimo Sacramento. En sus ojos clavados en la sagrada Hostia, en su profunda y recogida inmovilidad, en sus labios exhalando ardorosa y encendida plegaria, leíase, por decirlo así, la presencia real de Cristo en el Sacramento, más que si lo hubiera explicado el sencillo penitente con los más altos conceptos de la teología escolástica, ó con los más súbitos arranques de la elocuencia y de la poesía.

—De un devotísimo orador decían sus oyentes, y por experiencia hemos probado ser verdad, que ningún rasgo de sus discursos producía en los ánimos el efecto de devo-

ción y de fe que la fervorosa convicción con que pronunciaba antes del exordio aquel *Sea para siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar*, etc., con que reverentemente se da principio en España á todos los sermones, sean ó no del Santísimo Sacramento.

—Del célebre Mons. Mermillod refiere uno de sus biógrafos, que predicó una noche con raro acierto, en su iglesia, sobre la santa Eucaristía. Había entre sus oyentes una señora protestante, que se quedó en el templo después del sermón, hasta que fueron para cerrar ya á última hora las puertas. Entre tanto el fervoroso orador habíase quedado un rato en la iglesia, haciendo su visita ante el Sagrario, que era su última devoción de todas las noches. Levantóse en esto la señora luterana, convertida ya en ferviente católica, y le dijo: «Monseñor, no me ha tocado el corazón vuestro erudito discurso sobre la Eucaristía, sino esta vuestra devota visita á ella. Veo que no solamente predicáis muy bien, sino que creéis profundamente lo que predicáis.

—¡Ah! ¡Cuánto enseñan estos ejemplos, y cuánto reprenden! ¡Y cuánto tal vez condenarán nuestras indisculpables tibiezas é indiferencias en el día del juicio! Creemos sin duda en la santa Eucaristía; pero *¿se ve* en nuestras obras para con ella que eso creemos?

—Ciertamente que si se considera lo que pasa en la práctica, parece bien nula ó por lo menos muy mezquina nuestra fe. Y sin embargo, ¡es tan fácil hacer de ella á todas horas pública y constante profesión en obsequio á la Santísima Eucaristía! El aseo y esplendor de los templos y altares, compatible aun con la más estrecha pobreza; el modo reverente de entrar y permanecer en la iglesia, la devoción y frecuencia en oir el santo Sacrificio, y servirlo con toda la precisión y exactitud de las ceremonias, la Sagrada Comunión recibida con las disposiciones que se requieren, todo eso anuncia la fe en la Eucaristía. Mientras que lo opuesto, ¡ay! si no niega *formalmente* esta divina fe, la desdora por lo menos, la entibia, la mata tal vez prácticamente en las almas vacilantes. Vosotras, almas que fielmente servís á Dios, y que entre todas las devociones guardáis, como es debido, el primero y privilegiado lugar para la devoción

eucarística, mucho también se os puede exigir sobre este punto, á mucho venís obligadas. ¡Apóstoles también podéis y debéis ser de vuestro escondido Jesús!

—La sola visita vespertina al Santísimo Sacramento, diariamente practicada por la mayoría de los que de veras aman á Jesús, ¡cuán numeroso grupo de adoradores no reuniría cada tarde ante el divino tabernáculo! Y ¡cuál no fuera la mística atracción de ese enjambre de corazones en torno del Sagrario, para llamar cada día allá con su ejemplo otros y otros más numerosos amigos!

—Goza en Francia especial favor entre los católicos seglares la llamada *Obra de los sagrarios,* destinada á contribuir con la limosna y con el trabajo de manos al ornato y aliño de la santa Eucaristía. Esta Asociación, análoga á la *Obra pía de las iglesias pobres,* felizmente establecida en esta diócesis y en la de Mallorca, atiende á ese nobilísimo objeto costeando lámparas, proporcionando aceite para ellas, limpiando manteles y corporales, labrando pabellones y cortinillas, y demás para el culto inmediato del Santísimo Sacramento.

—En definitiva y como resultado de esta nuestra conversación, salgamos de ella más resueltos que nunca á hacer algo más por nuestro divino Señor Sacramentado.

—No hay duda. Y grandes recompensas puede prometerse de nuestro Dios quien de veras se haya dedicado en vida á ese augusto apostolado.

—Tenéis razón.

—Cuando en nuestro lecho de muerte recibamos la visita de nuestro divino Jesús, último consuelo que guarda la fe al moribundo cristiano, ¡qué dulce ha de ser poderle recordar con verdad, al entrar en nuestro aposento, lo que en estos días canta la Iglesia en aquel su inspirado himno:

Sic nos tu visita, sicut te colimus!

«¡Señor, como te servimos y honramos en vida, así en bondadosa, bien que inmerecida correspondencia, visítanos y aliéntanos en el congojoso paso de ella á la eternidad!»

—En efecto, amigo mío, y por tanto propongo desde hoy

tener entre mis devociones todas como la más asidua y constante la del Santísimo Sacramento, y como objeto de mi propaganda más tenaz y activa la de su amorosísimo culto. Quiero que en este concepto pueda decirse de mí que he sido en vida y en muerte uno de los más firmes apóstoles de la divina Eucaristía.

XXIX

LA CUERDA DE SAN FRANCISCO

¡Curioso tema, por vida vuestra!

—Y tan curioso que ha llamado la atención á hombres, por cierto, de muchísima mayor talla que vos.

—¿Va de cuento?

—Nó, sino de historia. Oídla, que es de un hombre á quien sus contemporáneos llamaron *el Grande*, y á quien la posteridad no se ha decidido aún á retirar este título, porque, efectivamente, en algunas cosas lo mereció.

—Soy todo oídos.

—Escuchad, pues. Contemplaba un día Napoleón un cuadro del Seráfico Patriarca, cuyo nombre acabamos de estampar. Cuando dirigiéndose á los que le acompañaban, díjoles con el acento de sinceridad y franco buen sentido que tan á menudo dejaba entrever en sus conversaciones familiares: «He aquí un hombre que con su cuerda ha influido más en el mundo, que con su espada los más poderosos conquistadores.»

—Valiente fanfarronada militar.

—Nó, por cierto, sino rasgo de profunda observación moral y de sano conocimiento de la historia. Esta frase del célebre estadista y militar nos ocurre, en efecto, cada vez que fijamos los ojos en la austera imagen del Penitente de Asís, ó nos hallamos en presencia de cualquiera de los hijos suyos, que tan al vivo reproducen aún hoy entre nosotros su parecido y figura. Más que en su raída cabeza coronada

como con corona de espinas por el humilde cerquillo; más que en su groserísimo hábito, verdadero cilicio en verano y en invierno, pues en éste no guarda del frio y en aquél redobla las congojas del calor; más que en los descalzos piés bajo los cuales cruje la áspera sandalia; más que en todo eso nos fijamos en la tosca y nudosa cuerda que ciñe sus lomos; cuerda, nó cordón; cuerda, nó cinturón ó cíngulo; cuerda rústica, al natural, como la que aprisiona al criminal en poder de la justicia, ó la que ata á su palo ó estaca á la despreciable cabalgadura.

—Naturalismo puro.

—Decid más bien verdad pura. O sino, vamos á ver: ¿Bajo qué símbolo ó fórmula más expresivos podía sintetizar nuestro gran Padre el deber de la sujeción rigorosa con que debe ser esclavo el cuerpo del espíritu, y deben serlo ambos de su común y único Dios y Señor? ¿Y qué emblema mejor para significar lo más radicalmente opuesto de la ley cristiana á las altanerías del siglo, á sus refinamientos sensuales, á sus continuos alardes de independencia y libertad? No ha de predicar mucho ni muy atildadamente un buen hijo de las Ordenes seráficas: con sólo mostrar al siglo y al pueblo los cabos de cuerda que penden de su mal ceñido talle, tiene lo bastante para ofrecer á sus oyentes un rasgo de la más popular y persuasiva elocuencia.

—Tenía razón el genio aquel, tan profundo conocedor de los hombres y de las cosas, al expresarse de aquella manera.

—¿Qué ha necesitado, decid, en todos tiempos el hombre bestializado por la culpa, el hombre embrutecido, el hombre degenerado, el hombre animal, *animalis homo,* como se permitió llamarle el Apóstol? ¿Qué necesita de un modo particular en nuestro miserable siglo tan pagado de sí, más necio cuanto más se figura ilustrado, menos hombre, es decir, más bestia cuanto mas se figura dios?

—Os veo venir, y espero de vuestros labios alguna nueva crudeza.

—¡Ah! La receta está ahí, dictada por quien vivió en parecidos tiempos, y la prescribió para análogas necesidades. Cuerda, mucha cuerda, ruda y áspera y despreciable cuerda.

—Aprieta, manco.

—No os espantéis ni toméis la cosa por donde quema; pero reflexionad como filósofo lo que os voy á decir. ¿Qué significa para el cristiano la cuerda? Vedlo. Cuerda son las verdades del dogma católico, que atan severamente la veleidosa y antojadiza inteligencia humana á creer lo que debe creer, á pensar como debe pensar, á reconocerse ciega y torpe y limitada, por más que lo contrario sugiera á su oído el orgullo del tentador. Cuerda son los divinos preceptos, que doblegan su voluntad a que no quiera sino lo que debe querer, y á que no apruebe sino lo que debe aprobar, y á que no induzca á obrar sino lo que le declare permitido la divina Ley. Cuerda es el rigor de la mortificación cristiana, que aún en lo lícito ata corto las facultades del alma, y los sentidos y apetitos del cuerpo, para que les sea más fácil, ¿qué decimos fácil? para que les sea posible abstenerse de lo lícito. Así es cuerda para los ojos la modestia, para el oído el recogimiento, para el paladar la abstinencia, para la lengua el silencio; para todo el cuerpo y sus concupiscencias son cuerda y freno y cabestro todas las demás saludables durezas que aconseja, y algunas veces ordena, el ascetismo cristiano. Cuerda son la obediencia y respeto á toda legítima autoridad por amor y temor de Dios; toda caridad y abnegación en favor del prójimo por el mismo sobrenatural motivo; toda renunciación y sacrificio voluntario en aras de la mayor gloria divina, y del mayor bien de las almas y de la propia santificación.

—Muy apropiado estáis en vuestro grosero simbolismo.

—Sí, y prosigo aún y añado que esta cuerda, que enfrena y ata y humilla y subyuga al hombre-bestia, es la que han tenido siempre sobre sí cuantos han querido dejar de ser bestias para volver á ser hombres y pasar á ser Angeles. Todos los códigos de legislación, todos los tratados de moral, todos los directorios de mística y ascética, todas las Reglas y Constituciones de Ordenes religiosas, son pura y sencillamente una forma de esa cuerda salvadora, que atando al hombre le levanta del fango de sus rastreros instintos para acercarle y unirle á Dios.

—Exacto, exacto.

—Ahora bien. Todo eso se sabía y se decía y se predicaba.

Nuestro Padre San Francisco de Asís tuvo el valor de mostrarlo al mundo sin atenuación, antes en la forma más cruda y más repugnante á su sensualidad. Esta cuerda es la que pasean aún hoy por nuestra sibarítica sociedad los hijos de las tres Ordenes que perpetúan su memoria y sus ejemplos. Esta cuerda es la que ha mostrado al pueblo fiel en una de sus inmortales Encíclicas como medio principalísimo de restauración nuestro sabio Pontífice, recomendando y enalteciendo las Congregaciones Terciarias.

—No me había ocurrido.

—Y otra cosa quiero todavía haceros notar, y es que razón tiene de sobra el Liberalismo para aborrecer de muerte á todos los frailes, especialmente á los que gastan cuerda.

—¡Ya pareció aquello!

—¿Por qué no? El Liberalismo vino al mundo traído por Satanás para autorizar todos los desenfrenos; mal puede avenirse con ese para el mundo horripilante símbolo, que le predica todos los enfrenamientos.

—¡Oh! ¡tal vez presume (no sin motivo) que al fin esta cuerda es la que le ha de ahorcar!

—¡Pluguiera á Dios! Mas entre tantos átenos á todos con sus santos nudos, y á todos sosténganos en la verdad y en la virtud, y á todos llévenos al cielo la cuerda bendita de nuestro gran Padre San Francisco de Asís, y si de eso queréis una fórmula concreta y reglamentada entrad en alguna de las Ordenes Terceras de este Santo Patriarca, que tanto ha encarecido como apropiadísimo remedio de nuestros males sociales la sabiduría de nuestro Santísimo Padre León XIII. Son Congregaciones esencialmente seglares, en que pueden ingresar así hombres como mujeres de cualquier estado y condición: están, empero, organizadas de tal suerte, que forman en el siglo, cuando con verdadero espíritu se practican sus Estatutos, una verdadera Orden religiosa. Y llámanse *de penitencia,* porque su principal objeto es la mortificación por medio de piadosos ejercicios y de un completo apartamiento de toda vida sensual y mundana. Tienen los terciarios y terciarias sus juntas ó asambleas mensuales presididas por un Hermano ó Hermana mayor, y autorizadas con la presencia de un Director espiritual sacerdote. Es su hábito un Escapu-

lario mayor que los ordinariamente usados por otras Congregaciones, y una cuerda ceñida á la cintura. Vístense estas prendas, previa la bendición y con un ceremonial expreso, como se suele con los frailes y monjas, guardándose después de la vestición un año de noviciado ó prueba, tras del cual es admitido el postulante á la profesión. ¡Ojalá menudearan en nuestra sociedad esos conventos domésticos! Grande sería su influencia en las públicas y privadas costumbres, grandísima su trascendencia social. Más que los decretos de los Reyes, más que los discursos de los Parlamentos, más que las bayonetas de los soldados, más que la vigilancia de la policía, volvería á ser entonces elemento de nueva regeneración y vida la humilde, la grosera, la abyecta *Cuerda de San Francisco*.

XXX

ANTE EL PORTAL

PORTUNO, á fe, me parece el título que acabáis de estampar. No cabe, en efecto, tratar hoy de otra cosa que del augusto y dulcísimo misterio que una vez más se dispone á solemnizar el pueblo cristiano.

—Ciertamente, amigo mio; y es en gran manera consolador contemplar cuál se repite cada doce meses esa como universal sonrisa del género humano, postrado ante el Niño Dios. Que á pesar suyo se regocija, como de real orden, el muy menguado, y á pesar suyo vese forzado á tributarle á su Redentor tan original acto de fe.

—He aquí, en efecto, una observación que no deja cada año de ocurrirme. Verdadero paréntesis primaveral entre las crudezas del invierno semejan tales días, segun son ellos floridos y regocijados. Así para muchos corazones forman ellos tambien un cierto paréntesis de creencia y de reflore-ciente piedad, en medio de los hábitos hoy tan generales de frio indiferentismo.

—Sí, amigo mio, sí; lo cual muestra muy á las claras que el siglo es todavía más cristiano de lo que él mismo se figura, y aún más de lo que él mismo tal vez quisiera aparecer. Desengañémonos: no en balde el Eterno Padre dirigió á su Hijo encarnado aquellas grandiosas palabras que en tal día la Iglesia hace resonar en nuestros templos: «Daréte las gentes en herencia, y por posesión tuya los confines de la tierra.»

—Es verdad; permitidme, empero, un reparillo que no

deja de hurgarme ahí dentro. ¿Creéis que verdaderamente en piadoso recuerdo del Mesías se alegran hoy todos los que alegrarse parecen con motivo de las Pascuas de Navidad?

—¡Hombre! Sí y no, segun como el caso se considere.

—Aguardo la explicación.

—Que es sencillísima y va al canto. Se alegran realmente por Cristo todos los que de cualquier manera se alegran con ocasión de tales días. Todos, sí, ¡oidme bien! aun los que no aman al Niño divino, aun tal vez los que de veras le aborrecen. Que, quieran ó no, es Cristo la causa ocasional de sus regocijos, y ciertamente de no haber venido Cristo al mundo no hubiera esa fiesta que celebrar. Todo aquel, pues, para quien no es Navidad un día como los restantes del año (y cuenta que apenas hay en el mundo civilizado quien tal día considere como los demás), todo aquel, repito, para quien no es Navidad un día como cualquier otro, sea el tal piadoso, sea mundano, sea creyente, sea indiferente, rinde cierto homenaje al Niño del portal. Si una propina da ó recibe, si una felicitación manda ó acepta, si por turron ó mazapán entra en la confitería, si compra y rellena su pavo, si con algo siquiera mejora su diario puchero, celebra con eso á su modo la fiesta de que se trata, pues la distingue de las demás.

—Convenid, empero, en que son muy poco cristianos ciertos desahogos á que se desmandan con este motivo algunos de nuestros hermanos, ó el modo meramente gastronómico con que celebran muchísimos esta gran solemnidad.

—Cierto es, pero reparad que no dije yo que la celebrasen todos, ni mucho menos, como ella debe y merece ser celebrada; ni siquiera como es de ley celebren todas las solemnidades de Cristo los buenos cristianos. Indiqué tan sólo el hecho material de que por todos se reconoce como extraordinario este día; luego por todos se reconoce como grande el suceso que en él se conmemora; luego por todos se tiene en singular concepto al protagonista de él, que no es otro sino nuestro humanado Dios y Señor.

—Tiene efectivamente su punto de vista exacto la afirmación vuestra, tal como la acabáis de presentar. Habéis expuesto el *sí* de vuestra contestación. Exponed ahora el *no.*

—Expuesto queda. No como es debido celebran este suceso ó conmemoración de él muchos, muchísimos, de los que lo celebran. Nó, que no son digno culto de él desbordadas francachelas que bien pudieran llamarse orgías; exageraciones del lujo y de la vanidad que no son sino despilfarros; el olvido de los Sacramentos y de los pobres, tan opuesto al espíritu de esta fiesta como la frecuencia á ciertos espectáculos y pasatiempos que nada consuenan con ella. Permitidme á propósito de eso: ¿no nos hemos colocado *ante el portal?*

—Sí, y ésta fué desde el principio nuestra composición de lugar.

—Oidme, pues. Lo que pasó la noche aquella del divino Nacimiento en el portal de Belén, se reproduce ahora de un modo casi idéntico en todo el pueblo cristiano. ¿Qué veis en torno del tierno Niño y de su Madre y José?

—A la vista lo tenemos. Angeles, pastores, bestias...

—Basta: apliquemos á lo presente esta triple clasificación. Angélicamente rodean hoy algunos al Niño y son los menos, aunque bastantes son; humanamente muchos otros; bestialmente una gran parte.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Curiosa sale como por escotillón la parábola.

—Sí, amigo, sí; pero muy formal y muy ajustada á la más estricta realidad. Angeles son en torno del pesebre las almas puras y fervorosas, que sólo por Cristo y con obras dignas de Cristo festejan su gloriosa Natividad. ¡Almas felices! La flor disfrutan ellas del cristiano regocijo, lo más puro y acendrado de él, lo que más se parece á ecos del cántico de Belén y á preludios del cántico de los cielos; alegría toda interior, toda espiritual, verdaderamente angélica. Hombres son al rededor del tierno Infante tantas otras almas, buenas, sí, pero pertenecientes á las clases media é ínfima del fervor y de la devoción, almas que aman á Cristo y se solazan piadosamente con El, no tanto empero ni con tal exclusivismo de afectos que dejen de gozarse también con lo material y terreno, y vivir á ratos acá y á ratos allá, parte entre los resplandores del cielo y parte ¡triste condición! entre los polvos y lodazales del suelo. Imágen suya son aquellos pobres pastores de quienes se lee que fueron á adorar á

Jesús, pero sin dejar el cuidado ds sus rebaños, y volviendo luego de aquella noche feliz á sus rudas y groseras ocupaciones del monte. Bestias por fin son los terceros...

—Y aquí entra seguramente lo más sustancioso de la homilía.

—Por cierto, y de una aplicación por desgracia harto común. Bestias son, como las del portal de Belén, tantos y tantos que, en presencia de esta festividad sin igual, no cuidan sino de mascar y rumiar con más ó menos regalo su pienso, ó de abrigar con más ó menos asqueroso heno su muelle animalidad. ¡Pobres buey y mula del portal de Belen! ¿Qué gozaron ellos de aquella celestial noche, sino los meros reflejos materiales de su resplandor? ¿Qué papel fué el suyo en aquel grupo, más que el de mudos accesorios de él? ¿Qué fueron sino animales groseros, durante aquel inefable portento, como animales groseros habían sido antes y fueron después? ¿Qué entendieron ellos del himno angelical? ¿Qué de los ósculos de amor de los pastorcillos y zagalejas? ¿Qué conciencia tenían de su misma material intervención como figuras de aquel hermosísimo cuadro?

—¡Ah! ¡Cómo se os ve venir con la moraleja!

—¡Y tan exacta! Decid: esos cristianos que no conocen de Navidad más que el tradicional gallipavo; esos otros que no suspiran en vísperas de la fiesta más que por la lista de las loterías; toda esa masa enloquecida por el negocio ó embrutecida por el vicio, que tan sólo parece tener de las Pascuas la idea de unos días en que se come y se bebe más ó en que se come y se bebe mejor, ¿qué son sino infelices animales, mera comparsa animalesca, como los de Belén, del regocijo de estas fiestas, aunque en algún modo hasta de esta suerte den ellos testimonio de la grandiosa solemnidad?

—Sí, es verdad, eso son, y es aún mucho honrarlos el compararlos con aquellos otros dichosos animales que calentaron con su resuello las heladas pajas de la cuna del Niño Jesús.

—Ea, pues: á ser ángeles durante estos días, ó siquiera á ser hombres, que es lo menos que en este caso se debe ser. De ningún modo á ser bestias, como las que entonces y ahora ¡aún ahora! vieron y no conocieron á su nacido Redentor.

XXXI

¿TEJER Y DESTEJER?



E fijo sería la vida presente un problema de muy endiablada solución á no existir la vida futura.

—¿Y á qué os salís ahora, amigo mío, con ese extraño registro?

—Es que tal reflexión me ocurre cada año, así que espiran los doce meses de él para dar lugar á su inmediato sucesor.

—Explicaos.

—Reparadlo: el lance es monótono por demás. Principia cualquiera de ellos; transcurren rápidos como voladora flecha sus dóce meses; llégase, entre las algazaras de Navidad, ceñudo y malhumorado y con cara de viejo el 31 de Diciembre... y ¡zás! vuelta á empezar.

—Es verdad.

—Y se suceden así treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta ú ochenta y á lo más noventa años.

—Pocos sacan ese premio gordo en tal lotería.

—Ciertamente, pero dejadme continuar. Callandito se llega entre tanto la muerte, y pónele á esa serie de años principiados y concluidos su punto final.

—Mejor diríais su rayita de puntos suspensivos; porque ¡es claro! para el que muere queda siempre el último año de patas al aire, como período truncado y sin concluir.

—Efectivamente: pero decidme ahora con toda franqueza.

¿Y eso es el hombre? ¿eso es la vida? ¿eso es á lo que en sustancia hemos venido acá?

—¡Curiosas preguntas!

—Y tan curiosas ¡por vida de los siete sabios! Por lo que á mi toca, confieso sin rubor que si me creyese echado al mundo para ese solo cansado oficio de principiar y terminar tandas de doce meses, sin más peripecias que las de algún porrazo ó tropezón que de vez en cuando viene á dar dolorosa variedad á la faena, no me tendría por mucho más noble animal (sobre ser más desdichado) que el vil jumento que pasa dando vueltas á la noria los pocos ó muchos años de su jumentil carrera, ó el perro desdichadísimo, condenado á darlas desde su jaula al fuelle del herrero ó al gancho del asador.

—Graciosas comparaciones.

—No os burléis, porque son todavía más exactas que graciosas.

—No voy á disputarlo.

—Dicho se está, pues, á quién se parecen y á quién á sí propios se comparan los mil y un infelices que limitan su mirada al menguado horizonte de esta vida, sin dignarse alzar los ojos, con la lumbre de la fe, al glorioso *más allá* en que está cifrada su única verdadera nobleza, no ya solamente de cristianos hijos de Dios, sino aún de meros racionales. Os pregunto, pues: entramos en año nuevo ¿es verdad?

—Por supuesto.

—¿Qué me decís, pues, de esa tela de días, horas, minutos y segundos que vais tejiendo tan laboriosamente sin cesar, por sólo el gusto de que os la manden destejer cada doce meses y tornarla á emprender cada año nuevo?

—Nada, que es sencillamente un *tejer y destejer*, como dice el refrán aplicándolo á toda cosa tonta y vana y de ningunos resultados.

—¡Y se luce el hombre, ¡voto á Cribas! y se luce bien quien le crió si le echó al mundo únicamente para tan divertida tarea!

—Por supuesto. ¿Qué le vais á hacer?

—Mas esto es absurdo, señor mío, y lo absurdo no puede ser ley de la naturaleza, ni del hombre, ni de Dios!!!

—Ciertamente.

—He aquí, pues á la incredulidad cogida entre la fe y el absurdo como entre espada y pared... sin saber por de pronto en qué se quede el hombre, si en católico firme que cree y busca la otra vida, como le manda Dios, ó en orejudo cuadrúpedo que da vueltas á la noria, y sólo espera el eterno descanso del muladar.

—Evidentemente es triste cosa ser incrédulo, y es gran dicha ser cristiano, que es el único modo de ser digno racional.

—Advertid, empero, algo más curioso aún.

—Decid.

—Y es que si vano *tejer y destejer* ha de parecerle al pobre incrédulo la triste sucesión de años en que hace él consistir la vida, ¿qué diremos del distraído católico que, tal vez aún con mayor responsabilidad, hace también de la vida presente un simple *tejer y destejer* de meses y días, sin cuidar poco ni mucho de andarse tejiendo acá su tela de buenas obras?

—¡Aquella sí que es tela que no ha de destejerse nunca, sino que ha de durarle para su ventura por toda la eternidad!

—De ése habremos de decir, pues, que es el necio y el loco, y el archinecio y el archiloco por esencia, y que de puro loco y de puro necio no merece más que compasión.

—Es mucha verdad.

—Como lo es también mucha que no somos pocos los que en vano tejer y destejer pasamos la vida presente, sin trabajar para la venidera que eternamente hemos de vivir. Vos mismo, amigo mío, ¿qué tela habéis tenido hasta hoy entre manos? ¿De ambición quizá? ¿De tontas riquezas? ¿De fútiles placeres? ¿De presuntuosa ciencia? ¿De femenil vanidad?

—Puede que sí.

—¡Ah! que no son éstas las telas que pasan como de ley en la aduana del cielo, sino género de comiso á que no se concede entrada allá, y por el que no se da ni un adarme de gloria.

—Lo cual sería ciertamente un negocio redondo.

—Tan redondo como el de quien atesorase gran cantidad de billetes falsos ó de moneda de estaño, con la cual no solamente no lograse adquirir lo que pretende, sino que por añadidura se viese metido en la cárcel pública por falsario y embaucador. Tal será la suerte de muchos cristianos cuyas obras no merecen á la luz de la fe mejor calificativo, ni lo merecerán ante el juicio de Dios.

—Muy misionero estáis, amigo mío, y muy por lo ascético habéis tomado hoy vuestro asunto.

—Es precisamente por el lado que debieran tomarse todos, puesto que, según dicho del mismo Salvador, éste es el *único necesario*. Obras buenas, amigo mío, obras buenas son lo que importa, y lo demás es pura majadería. Obras buenas, es decir, obras católicas, las de piedad, las de caridad, las de sana propaganda, las de pública edificación y buen ejemplo; éstas reciben de Dios corriente despacho y favorable sentencia y eterno galardón. Y decidme ahora, ¿en qué pasamos la vida ó en qué la hemos pasado hasta hoy, ó en qué nos proponemos desde hoy emplearla? ¿En tejer y destejer años, como telillas de araña aptas sólo para cazar moscas? ¿O en tejernos, obra tras obra, como quien dice hilo tras hilo, aquella dichosísima eternidad?

—Muy otro andaría ciertamente el mundo si así se discurriese.

—Sí, amigo mío, y sobre todo si no solamente así se discurriese, sino si conforme á eso se obrase. Hay quien ha dicho que semejaría entonces nuestra sociedad lúgubre monasterio de cartujos. A mí se me antoja al revés, que dejaría de ser valle de lágrimas para convertirse en anticipado paraíso. Que no nos hace la vida triste el freno que impone la Religión, sino el desenfreno que se permiten las propias y las ajenas pasiones. Nuestros insensatos deseos, nuestros bajos pensamientos, nuestras nunca satisfechas codicias, nuestras miserables vanidades, nuestros rencores y venganzas, eso, eso es lo que nos trae rabiosa y apesadumbrada la vida, como presidiarios que no pueden dar un paso sin arrastrar el infamante grillete. No la ley de Dios, no la severidad de sus preceptos, no la perspectiva de sus rectos juicios, nada de eso abate y encoge al hombre, antes con saludable di-

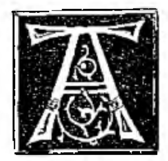
rección le eleva y serena y vigoriza. Menos hombres somos, cuantas más libertades de bestia nos permitimos. Más dignidad de hombre alcanzamos, cuanto es mayor la sujeción de nuestra animalidad rastrera á los dictámenes de nuestra razón iluminada por la de Dios. ¿No estáis en eso?

—Sí, por cierto; y no fuera preciso ser cristiano, bastaría ser razonable, para comprenderlo de esta manera.

—Pues ahora, por nuestros pecados, danse cristianos que ni aún siéndolo lo llegan á comprender. Dios se apiade de los tales, para quienes la vida no lleva en frente de sí ese ideal sublime de la eternidad que enseña y encarece el Evangelio.

XXXII

Á CUENTAS PROPIAS



CUENTAS propias llama siempre al buen cristiano la voz de su conciencia, eco solemnísimo y severo de la misma voz de Dios. Mas una vez al año llámale á ellas de un modo especial la voz de la Iglesia católica por medio de la santa Cuaresma.

—Sea muy bien venida tras las locuras del maldito Carnaval.

—Nadie puede eximirse de consagrar tiempo expreso á esas cuentas, por muy exclusivamente atareado que le traigan otros negocios de importancia. Son cuentas propias y muy propias y exclusivamente propias de cada uno las relativas á su alma propia, á sus obras propias y á su propia salvación ó condenación. Cuentas tan propias, que justifican en cierta manera hasta una cualidad que en toda otra cosa sería defecto, y en esto sólo es sublime virtud: el egoísmo.

—Otra rareza de las vuestras.

—Decid más bien otra verdad de puño cerrado. Sí, porque el egoismo en esto sólo nos es lícito; más aún, nos es recomendable; todavía más, amigo mío, nos es obligatorio. Aquí es permitido y nos está mandado anteponer á toda otra cosa, de Dios abajo, el propio *yo*. Aquí es deber primario y esencial empezar por dar importancia á este pronombre. *Yo* he de morir. *Yo* he de ser juzgado. *Yo* he de salvarme. *Yo* puedo condenarme eternamente. Aquí cabe prescindir del padre y de la madre y del hermano y del amigo ante la majestad de ese tremendo *yo*. De cuantas cosas llamamos

en el mundo propias, no hay una que sea más propia y propiísima de cada uno de nosotros que nuestra eterna salvación.

—Es mucha verdad, pues con trabajos ajenos puédome enriquecer, y el caso no es nuevo ni poco frecuente, aun en buen sentido. La salud corporal, cuidados ajenos me la pueden devolver ó conservar sin que me tome yo interés alguno en ella: ahí está el ejemplo de los niños, de los ancianos y de los que en grave enfermedad no pueden hacer más que abandonarse al cuidado de quien lo tenga de su persona. Mas no así en el asunto de la propia salvación. Es ésta tan propia, que nadie puede nada en la de su prójimo si éste no se resuelve á trabajar en ella por su propia cuenta. Que ni me salvará el padre virtuoso, si *yo* no lo soy; ni me justificarán las obras de la madre piadosísima, si *yo* no las practico; ni los méritos de todo el género humano me darían por bueno ante el divino tribunal, si *yo* no los tuviese míos. Aquí, después de lo que debe el cristiano á Cristo su primer regenerador, es cada cual hijo de sus propias obras, y nada más.

—Muy bien acabáis de expresarlo, y mucho mejor y más gráficamente de lo que pudiera haberlo hecho yo. Decidme ahora, y perdonad mi ruda franqueza: ¿Os dedicáis, amigo mío, á trabajos de Propaganda católica?

—Sí, por cierto, y gracias á Dios.

—¿Y pertenecéis al número de los que piensan en todas las cuestiones católicas católicamente? y no extrañéis el modo de señalar.

—Sí tambien, y á mucha honra.

—¿Y escribís y peroráis y organizáis y acaudilláis y sois, en una palabra, un paladín de los buenos en los santos combates del Señor?

—Por de contado, hasta donde llegan las fuerzas y alcanzan los buenos deseos.

—Pues bien: oídme y no se os pierda sílaba. Todo cuanto hagáis y todo cuanto escribáis y todo cuanto peroréis y todo cuanto organicéis y todo cuanto acaudilléis, no vale dos cominos si no va acompañado de iguales cuidados y desvelos por los intereses de aquel *yo* fundamental. Que es muy

cierto y dogma de fe y palabra del mismo Dios, que nada le aprovechará al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma. Y eso aunque lo ganare para el cielo, si para el cielo no ha sabido ganar su propia alma el infeliz.

—Un tantico austeras son esas verdades, y algo han de amargar á más de cuatro paladares del día: pero sobre que no suelen ponerse para lisonjear golosos paladares las mesas de Cuaresma, da aquí la casualidad de que lo más amargo es lo más tónico para el alma, como para el cuerpo suele casi siempre suceder. Los dulces de confitería estragan los estómagos, y los dulces de la falsa ascética han echado á perder á no pocas almas. Lo sano, lo sustancioso, lo higiénico, lo reparador, no suele ser lo que halaga, sino lo que mortifica.

—Es, pues, la ocasión de gritar con todas las fuerzas ahora más que nunca: ¡Oh tú, quien quiera que seas, amigo mío, que duermes tal vez, aunque parezcas andar muy dispierto! ¡Oh tú, que te llamas católico y buen católico, y aborreces en los demás ¡y con razón! todo lo que no se ajuste perfectamente al más puro catolicismo! Mira bien en estos días si tan perfectamente se ajusta á él tu conducta, y vuelve tus armas á ese nuevo blanco que te estoy señalando aquí. ¡Entra en cuentas propias muy luego, ahora mismo, sin aguardar mañana, para que te las encuentre en su día muy corrientes el supremo Liquidador! Sin suspender el fuego contra el enemigo exterior, volvámoslo hoy con preferencia al que tal vez guerrea contra Dios y la verdad dentro la misma plaza murada y fortificada de nuestro propio corazón. ¡Quién sabe si atisbando de continuo á la hueste que nos acomete de fuera, la hemos dejado ¡imprudentes! posesionarse de nuestros adentros! ¡Quién sabe si está ahí el secreto de nuestra debilidad exterior y de la ineficacia de nuestros ordinarios esfuerzos!

—Principiemos, pues...

—Sí, y principiemos por el principio, que éste es siempre el mejor modo de principiar. El primer grado de ese atento estudio, que á las cuentas propias debe llevar en todos tiempos y con preferencia en el de Cuaresma el buen cristiano, debe ser el propio conocimiento.

—*Nosce teipsum*, que dijo el otro.

—En efecto, no se entra bien en la administración de una casa sin preceder exacto balance é inventario de ella, como esencial punto de partida para las ulteriores operaciones. A este fin se registran libros, se recogen datos, se practican arqueos, se saldan créditos, se busca ante todo averiguar lo cierto, para no trabajar sobre optimistas ó pesimistas apreciaciones, sino sobre la realidad. Así se procede en los negocios del mundo, y así debe procederse en los del alma, y nadie se escandalice por la comparación, que de las tales andan llenos los santos Evangelios; y así como fuera muy necio cualquiera que se creyese y se llamase rico, si no tuviese fincas ó capital con que acreditar esa denominación, pues en este caso no sería sino pobre y muy pobre, del mismo modo es tontería el que blasonemos de buenos, si no encontramos en nosotros obras buenas en abundancia que justifiquen el dictado.

—Esto sí que es muy claro, á fe mía; porque llamarse bueno y contarse en el número de los buenos, solamente por no ser malo de remate, es tan ridículo como lo fuera presumirse sabio porque no se ignora el abecé que desconocen los más rudos, ó tenerse por rico sólo por no verse en la precisión de pedir limosna como los mendigos. Ser sabio es tener ciencia; ser rico es poseer capital; así tambien ser bueno es tener buenas obras fundadas en sólida y verdadera fe. Y todo otro tener virtud, riqueza ó ciencia, es, así en lo uno como en lo otro, pura charla y fantasmagoría.

—Y sin embargo, amigo mío, como abundan los ricos de oropel y los sabios de relumbrón, así no escasean, por nuestros pecados, los buenos de purísima apariencia y comedia. Buenos ¡caso raro! de quienes nada bueno se sabe, ni se lo saben ellos mismos, ni se lo sabe Dios. Buenos que se contentan ¡oh fácil bondad! con que no se les sepan escandalosas fechorías. Buenos, que diríase viven del crédito y cara exterior de tales, sin ningun hecho de bondad práctica y positiva. Buenos inclasificables, cuya profesión de buenos, como la de ciertos vagos, no figura en ninguna de las casillas del padrón. No son devotos, puesto que no profesan vida de devoción; no son limosneros, porque no dan limos-

na; no son pacientes, porque no pueden sufrir la menor incomodidad; no son mortificados, porque en todo es su suprema ley la propia conveniencia; no son humildes, porque andan llenos de propio juicio y voluntad; no son recatados, porque se les ve mezclarse de continuo en todas las profanidades del siglo. Buenos, en una palabra, que parecen haber cifrado todo su ideal de bondad sencillamente en no ser públicos malvados.

—Ciertamente no es esto lo que pide la ley de Dios y lo que exige la santidad evangélica que profesamos. ¿No ha de diferenciarse en algo un buen católico, un católico práctico, de un honrado gentil?

—Vos habéis acertado con la palabra. Católico práctico dijisteis, y ahí está todo como en resumen, y éste debe ser el principio y fundamento de esta investigación cuaresmal.

XXXIII

ARQUEO DE LA CONCIENCIA

os peores enemigos, decía el Salvador, son los que trae cada uno en su propia casa, y díjolo sin duda por lo que es más fácil de parte de ellos la seducción y más oculta la emboscada. El cuerpo con sus sentidos y apetitos y concupiscencias; el corazón con sus caprichosas antipatías y simpatías; la voluntad con sus fieros orgullos y necias terquedades, forman dentro de cada uno de nosotros una suerte de Liberalismo...

—¡Vaya! ya pareció aquello.

—Digo, y no me interrumpáis, que forman dentro de cada uno de nosotros una suerte de Liberalismo interno, que no cesa de pelear día y noche contra lo mismo contra lo cual pelean sin descanso los Liberalismos de fuera.

—Pues indicada está la táctica: tratemos á esos enemigos domésticos como lo que realmente son, como liberales.

—Sí, señor; muy bien dicho está, y para eso practiquemos con ellos las mismas severísimas reglas de integridad é intransigencia que nos gloriamos de profesar en el terreno doctrinal. Otro modo de proceder haría de cada uno de nosotros una contradicción viviente, y nos acarrearía de parte de Dios la reprobación que merecen los traidores é hipócritas.

—Como también, de parte de la sociedad, el ridículo que suele acompañar á los inconsecuentes.

—¡Y cuántos hay, por desgracia, de esos hipócritas é

inconsecuentes! «¡Ay de vosotros, dice Cristo en el Evangelio, que limpiáis por defuera la copa y el plato, y por dentro estáis llenos de rapacidad y de inmundicia! ¡Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa y el plato si quieres que sea limpio lo de fuera!» ¿Se quiere palabra más dura, pero que más derechamente toque al católico que, gloriándose de serlo en toda su doctrina, no lo sea igualmente en toda su conducta?

—Efectivamente.

—Un católico de éstos viene á ser un protestante práctico, ya que sigue en la práctica el luterano error, según el cual basta la fe sin las obras para la justificación.

—Bajad, amigo mío, desde luego á aplicaciones concretas, que son las que dan más autoridad y carácter á la plática.

—A eso voy. Creer, por ejemplo, que es mala la omnímoda licencia de imprimir, trae consigo para el católico la obligación de no admitir en casa ni comprar en la calle papel alguno que tenga la menor tacha, bien sea en la moral, bien en la doctrina. Y no obstante, ¿cuántos católicos muy intransigentes en lo primero, no lo son igualmente en lo segundo?

—Los hay de esta clase numerosísimos.

—Otro ejemplo. Creer que son una calamidad social los perversos espectáculos, trae consigo para el católico el deber de no poner jamás los piés en el sitio brillantemente infame donde se representan. Y no obstante, ¿á cuantos católicos que claman contra la corrupción general se ve cada noche en los palcos del teatro?

—¡Válgame Dios! ¡qué buen registro tocáis!

—Va un tercero. Creer que el Socialismo que amenaza devorarnos es otro de los frutos del lujo despilfarrador y de la poca caridad de las clases ricas, es reconocerse el católico con riguroso deber de evitar la superfluidad y el fausto exagerado, y de ser generoso para con los pobres de Jesucristo. ¿Veis, sin embargo, á muchos de los que así lo creen, que reduzcan sus gastos y reformen su presupuesto en el sentido de dar á los pobres lo que cercenen á su vanidad?

—*Rara avis*, en efecto.

—¿Queréis más ejemplos? Pues ahí va otro para concluir. Creer que la sociedad está mal montada, porque se ha reconocido en ella á cada cual el falso derecho de vivir como se le antoje como no perturbe el orden de la calle ó de la plaza, es verse obligado todo padre de familias que esto crea, á no tolerar en la suya ese código de falsos derechos, y sí á reconocerse con imprescindible deber de que todo viva sujeto en la sociedad doméstica al estricto formulario de deberes y que señala el Catecismo. Decid, no obstante, si no son muchos los que reconocen perversa la libertad omnímoda en las calles y plazas, y la consienten sin embargo y autorizan en su propio hogar.

—Oportunamente recuerdo que lo señaló el gran Pío IX, de santa memoria, á una de nuestras gloriosas Romerías. «Primer modo, decía el inmortal Pontífice, de ayudar á la reforma social, es que empiece cada uno por reformarse á sí propio.»

—¡Valiente receta y de segurísimo resultado!

—Lo cual ¡claro está! no significa se deban reputar inútiles y ni aun menos necesarios los demás modos, ya preventivos, ya de represión. Sólo sí que éste es el que debe siempre presuponerse como alma y vida de todos los demás.

—Muy en lo firme estáis, y dudo pueda ponerse reparo alguno á esa lógica vuestra.

—Hay todavía otra observación que confirma más y más la severidad de mis juicios. Es la siguiente. Todos deseamos el triunfo de la Iglesia y la restauración de su antigua gloriosísima y hoy casi perdida influencia en la sociedad civil; todos anhelamos la realización de ese ideal y trabajamos por ella, y por ella oramos, y su indefectible esperanza es la que nos sostiene en los presentes durísimos combates. Mas digamos francamente la verdad: ese suspirado triunfo social de la verdad, que merece ella indudablemente, ¿lo merecemos igualmente nosotros?

—Hay que confesar realmente que pocos católicos se hacen alguna vez esta preguntita, que debería llegarles al alma.

—Y es no obstante muy probable que los pecados de los católicos han traído sobre la tierra ese azote de Dios que

se llama la Revolución moderna, y que los pecados de los católicos son tal vez los que retardan el día feliz de su completa destrucción. No en vano enseña la Teología, y es casi de dogmática exactitud, que los pecados de los fieles son los que arman mil veces en su daño y de la Iglesia el brazo de los impíos, y que Dios consiente, al parecer dormido, la opresión de su pueblo, sin despertar por sus continuos clamores, porque le tienen justamente airado contra Él sus repetidas infidelidades.

—Así se lee efectivamente en más de cuatro lugares de las sagradas Escrituras.

—Díganme, pues: si soy católico, y de católico me precio, y como católico deseo ardientemente la restauración católica en todas las esferas de la vida social, ¡cómo debe avergonzarme y confundirme la idea de que mi pecado, este mi pecado que yo cometo y abrigo en mi corazón con tan espantosa facilidad, es tal vez una de las causas más poderosas de que siga aherrojada y cautiva la santa Iglesia de Dios, y entronizado y potente el demonio revolucionario! ¡Cómo debe sonrojarme y hacerme estremecer de pavor el pensamiento de que yo, yo mismo estoy ayudando á la horrible tarea de las logias y de los clubs, que tienen por santo y seña arrojar á Cristo del mundo; yo, yo mismo empujo y fomento su satánica propaganda, yo mismo afilo sus puñales y enciendo sus teas, yo mismo atizo sus incendios y fomento su corrupción, yo mismo allano los caminos y acorto las distancias para sus infernales victorias! De la misma suerte que, considerándolo al revés, he de pensar que cada una de mis culpas, grave ó leve, es un obstáculo más que conscientemente pongo á la marcha de la verdad, que hartos tiene que vencer en su penoso Calvario; es un lastre más que añado á los mil y mil lastres de lodo y miseria que impiden á esa hija del cielo volar y espaciarse como pudiera sin ellos. Más claro: que mi vida poco ejemplar paraliza la acción de los que trabajan por Dios, mi descuido entorpece la actividad de los más laboriosos, mis poco edificantes palabras ó acciones quitan ascendiente á la bandera santa á que declaro pertenecer; siendo culpa mía, y tal vez gravísima culpa, si por mi causa no brilla á los

ojos de los infelices incrédulos la verdad católica con el radiante esplendor que pudiera; si por mi causa anda desautorizada y casi infamada ella ante el mundo que, aunque sin motivo, la hace solidaria de mi poco cristiano proceder. ¡Qué espantoso cargo de conciencia! ¡Qué tremenda responsabilidad!

—¡Ojalá se fijasen en este punto de vista de la presente cuestión aquellos de nuestros amigos á quienes se hace tan dolorosa cualquiera derrota que sufra la gloriosa bandera de Cristo-Rey, por la cual estamos dispuestos á cualquier sacrificio! ¡Ojalá, digo, lo pasasen y repasasen con madurez y sosiego ante Dios, y viesen luego si es ó no urgente resolver este asunto en el sentido que acabáis de indicar!

—Muy otro sería ciertamente el estado de nuestras cosas públicas, muy otros el esplendor y lozanía de nuestra santa Religión.

XXXIV

NO PUEDO DAR LIMOSNA: HARTO TRABAJO TENGO CON ATENDER Á MIS NECESIDADES

CON qué no puedes, amigo mío, dar limosna?

—No, por cierto.

—Está bien, amigo mío, y prepárate ya desde ahora á tirar el presente librejo, pues es claro que no habla para ti. Si no puedes dar limosna es evidente que no la has de dar. No reza contigo este precepto, como no reza contigo el de ayunar si tienes impedimento, ó el de oir Misa los días festivos si en ningún modo puedes ir á oirla. Lo dicho; si no puedes, no debes; que no es ningún déspota Dios nuestro Señor para exigir imposibles de sus vasallos.

—Claro, es lo que digo yo. Estamos conformes.

—Mas lo peliagudo del caso está en averiguar si ese *no puedo* es más bien un *no quiero,* como tantas veces suele suceder, por desgracia, tratándose de deberes cristianos. Y eso, bien vale la pena de que nos entretengamos un rato en averiguarlo tú y yo aquí en familiar y secreta y amistosa conversación, antes de que llegue el día de tener que ponerlo en claro en los estrados del supremo tribunal, cuando el negocio por tu desdicha no tenga ya remedio ni compostura.

—Vamos ¿empezáis ya á sacar el Cristo?

—¿Por qué no? ¿Te pone eso de mal humor? ¿Tuerces el gesto como si se te hiciese cuesta arriba entrar en este terreno? Malo, malo: pues ésta es evidente señal de que no las tie-

nes todas contigo, y de que temes perder el pleito antes ya de principiarlo, y aun verte condenado en costas.

—Explicaos, por Dios.

—A eso voy. «No puedo (dices), porque hartas son mis necesidades.» Creo perfectamente que tienes necesidades, y las tiene todo el mundo, y ni el Rey, ni el Papa, ni el potentado pasan por menos. Mas advierte que las limosnas han de sacarse nó del capítulo de las necesidades, sino del de las superfluidades. *Quod superest date eleemosynam:* el texto *(Luc.* XI, 41) es decisivo y no tiene evasiva. Si hay, pues, superfluo en la vida, hay de lleno la sobredicha obligación. Por donde el debate se reduce ya á este solo punto: á saber si realmente hay ó no hay en tu vida material esas superfluidades, de donde sale limpio y escueto y apremiante para el cristiano el sagrado deber de la limosna.

—Pero ¿sabéis vos mi posición?

—Claro que nó. No conozco tu presupuesto, amigo mío, ni tengo empeño en meterme en tales honduras, que suelen ser para muchos el verdadero *Sancta Sanctorum* de la familia. No conozco, repito, tu presupuesto, ni sé de tus entradas y salidas, ni tengo gana alguna de sujetarte ahora á juicio de liquidación. Ya se encargará de ello en su día el soberano Liquidador, cuyos bienes (suyos, no tuyos) estás ahora por una temporadita administrando. Ya lo hará El, que conoce bien tus libros de caja, y lo que ellos pueden arrojar favorable ó contrario á tu conciencia. A mí sólo me toca hacerte una observación.

—¿Cuál?

—La siguiente. Veo tu porte y arreo, sobre todo el de tu mujer; admiro tu lujosa vivienda y el tren de tu casa y el regalo de tu mesa. Sé que no faltas en diversiones y fiestas, alguna de las cuales te representa al fin de año un coste algo regular. En fin, contemplo tu manera de vivir, y me asombra no ver la mala cara de la necesidad en ninguna de tus cosas, y sí en cambio en todas el aspecto alegre y regocijado de la superfluidad. Lo superflo en tus vestidos, lo superfluo en tus platos, lo superfluo en tus muebles, lo superfluo en tus bromas y francachelas. No eres tal vez un millonario, que digamos, ni mucho menos, ni siquiera uno de los ma–

yores contribuyentes de tu localidad. Y sin embargo, llevas la vida de príncipe, según te la voy observando cómoda y regalona. ¿De dónde sale eso?—De mis negocios, dirás; de mis rentas; de lo que permite y autoriza mi posición.—¡Ah! no sale de ahí, nó: ¿quieres saber de dónde sale? Pues te lo diré con toda crudeza, aunque tema disgustarte y tal vez hasta escandalizarte. Sale quizá del fondo de los pobres: sale tal vez del capítulo aquel de la limosna que debía figurar en tu presupuesto, y que en mal hora has suprimido de él. Sale, ¡infeliz! ese boato pagano, de donde debía salir, según el Evangelio, la limosna cristiana: esto es, de la superfluidad. *Quod superest date eleemosynam.* Con que ya ves...

—¿Qué queréis decir con eso?

—Quiero decir que sobrándote algo de lo necesario, es de rigurosa obligación dar limosna, y no darla es un hurto que cometes á la caja general de los necesitados. Hurto, he dicho, y no retiro la expresión. Hurtar es disponer de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Y aquí el Dueño es Dios, y lo ajeno es ese superfluo de que dispones, contra su expresa voluntad de que sirva de alivio á los infelices. Tienen, pues, éstos un cierto derecho á querellarse ante Su Divina Majestad, como quienes se ven privados de algo que por ley de Dios les pertenece, aunque no ciertamente en el sentido en que se lo predica á los desdichados el Socialismo ateo. Tienen, digo, un cierto derecho á querellarse, y querellarse han contra ti algún día, y los escuchará el Supremo Juez, ¡y no te respondo, a fe, de las consecuencias!

—¡Hombre! ¡Hombre!

—Nada. Da limosna, amigo mío, y dala siempre, y dala con abundancia. Cercena algo de lo que comes, de lo que vistes, de lo que sirve para tu regalo y diversión, para distribuírselo á esos pobrecitos de Cristo, á quienes falta lo que á ti te sobra. Y cuando te sientes á la mesa ó te adornes en el tocador ó te distraigas en el casino ó en el teatro, examina si de todo aquello necesitas con toda necesidad, como necesita el pobre del pan para la vida, y del andrajo para cubrir sus carnes y las de sus hijos. Y si á ti te sobra y á él le falta, mira que mediará entre los dos Nuestro Señor para

aplicarte con rigor aquella sobredicha regla que una vez intimó, no para que quedase letra muerta en los Sagrados Libros, sino para que fuese texto vivo por donde un día se te haya de juzgar. Da limosna, pues tienes de qué darla y á quién. Da limosna, porque tienes de ello estrecha obligación. Te lo va diciendo ahora mismo tu propia conciencia, más que el libro que estás leyendo. Da limosna, y acalla el grito de los pobres y el más severo aún de tus propios remordimientos, que no dejarán de atormentarte mientras no pagues esa deuda al que te ha dado tus bienes sujetos á tal censo y condición. Sin eso no tendría razón de ser la ordenación de la Providencia, que ha hecho de ti un rico y del otro un pobre. Con eso se resuelve y armoniza lo que el Socialismo anticristiano declara insoluble problema. Da, pues, limosna, y dala rigurosamente según tus haberes sobrantes, si no quieres defraudar á la Providencia y ser ladrón del mismo Dios. ¿Y por qué piensas tú que permite en nuestros días el cielo esos espantosos desbordes de Socialismo y Anarquismo, que ponen en conflagración y en trance de muerte á todo el mundo? ¿Juzgas que tal vez no es todo eso horrible pero merecido castigo de la dureza de corazón de las clases ricas de hoy, en orden á sus hermanos necesitados? El olvido de la limosna es uno de los más frecuentes hoy día, entre tantos como padecen por su desgracia las clases acomodadas. Cada cual parece haber hecho del dinero su único dios, y del negocio su única religión. Y se le figura al codicioso que á los demás hombres no los ha puesto acá el Criador de todos, sino para que á él le ayuden á ganar por cuantos medios lícitos ó ilícitos estén á su alcance. Funesto error que envenena todas las relaciones entre el rico y el pobre, y que es luego causa eficaz de todos los conflictos en la llamada cuestión social. No, amigo mío, no, no es libre el uso de las riquezas, aún de las más legítimas, como tal vez cree más de un rico por su desgracia. Por su desgracia, digo, porque la primera víctima de la dureza de su corazón suele ser el hombre que lo tiene cerrado á los dulces afectos de la caridad para con sus hermanos. Y porque Dios, que es Padre de todos, pero especialmente del pobre y del desvalido, se torna luego en Juez muy justiciero contra aque-

llos que han olvidado en medio de su abundancia y fastuosidad el papel de tutores y curadores de los necesitados, que en la ordenación de las cosas humanas les asignó su Providencia. Da, pues, limosna, amigo mío, según tus haberes, y cree cumplir con ello una verdadera, estricta y severísima obligación.

XXXV

NO SON POBRES TODOS LOS QUE LO PARECEN; LOS MÁS SON UN HATO DE BRIBONES Y HOLGAZANES.

De modo que ésta es otra de tus excusas para no dar limosna: «No son pobres (dices) todos los que lo parecen.»

—¡Cómo que nó!

—Corriente, corriente: está muy bien: pero el que no sean pobres cuantos se llaman tales, no quita que haya quienes lo sean muy de veras. Haz, pues, á éstos la limosna que debes, y no la hagas á quien en tu concepto no la hayas de hacer. ¿Necesitas más obvia solución?

—Me gusta la salida.

—No la tiene, amigo mio. Porque, digas lo que quieras, no me negarás que suele haber pobres muy auténticos, á quienes es imposible negar el caracter de verdaderos pobres, y de ésos se trata en nuestro caso, y nó de los que tú sacas ahora á colación, para escaparte, como se dice, por la tangente. Sí, hay pobres, y muchos más de los que te figuras ó quieres figurarte.

—Es verdad. Pero hay también mucho holgazán.

—Ya hablaremos de eso. Mas, por de contado son pobres, necesitados y acreedores á tu limosma, la mayor parte de los que se presentan á pedírtela. Me fundo para resolverlo así, en el raciocinio siguiente: No es cosa de gran atractivo, que digamos, fingirse pobre: más bien el amor propio y cierta altivez natural impulsan á disimular y encubrir la po-

breza, que no á fingirla. Más frecuente es todavía el afan de querer parecer rico, máxime en la vanidosa generación actual. Es por tanto verosímil que sea real y no fingida pobreza en la mayor parte de los casos la que como tal se te ofrece. Cierta como exageración podrá quizá haber alguna vez en el modo de ponderarla algunos pobres: mas de esto, á la verdad, ¿quién tiene la principal culpa sino la dureza de los que no se mueven á socorrer al infeliz, como no se les exhiba éste con un extraordinario cuadro de lástimas y miserias? Los pobres saben también retórica. Aunque no la hayan cursado en las escuelas, se la ha enseñado á todos el instinto y la necesidad. Apuran, pues, muy lógicamente todos los recursos del arte de conmover, y están en su perfecto derecho. Mas de esto á asegurar que son falsedades y trampas todas las miserias de los pobres, hay mucha distancia. El mundo de los pobres existe, por desgracia, en medio de los esplendores de nuestra sibarítica sociedad, y existe con aterrador realismo, que conocen muy bien los que se toman el trabajo de explorar sus regiones. No se ve ciertamente el mundo de la pobreza desde el dorado casino ó del divertido teatro ó del confortable salón en que pasas tú las ociosas horas; más lo verías, y áun palparías y olerías, si te dignases algún rato atravesar sus fronteras y ponerte en íntimas relaciones con él. Sabrías entonces, nó esa necia vulgaridad de que no son pobres todos los que lo parecen, sino la realidad ciertísima de que lo son muchos y muchísimos, que de lejos ni llegan á parecerlo. Precisamente es ésta, por lo común, la clase de pobres más desdichada y más digna de la simpatía y conmiseración del buen limosnero.

—Pero, ¡negad que hay también lo que os dije poco há!

—No lo niego. Lo que niego es que puedas extender á la generalidad de los que te piden limosna el feo dictado de holgazanes que tan sólo merecen algunas excepciones. «¡Bribones y holgazanes!» Esa palabra te has atrevido á proferir contra los pobres, para no llamarlos con su verdadero nombre de infelices. Teme no te la devuelva un dia al rostro el soberano Juez, que ha hecho de ellos representación suya acá en la tierra. Hay pobres viciosos y aun malvados, porque de eso hay por desdicha en todas las clases sociales,

hasta en la tuya, amigo mío, por culta y encopetada que fuere la á que pertenezcas. Mas esto no te autoriza para baldonar con tales calificativos á la generalidad de tus hermanos necesitados, sólo porque no tengan los medios de fortuna que tienes tú. Hay solamente la diferencia de que al rico vicioso su oro sírvele para dorar la fealdad de ciertos excesos; el pobre, en cambio, presenta los suyos al desnudo y al natural y con toda su repugnancia. «¡Bribones! ¡Holgazanes!» No lo dirás por aquella desvalida familia de jornaleros, que en días de crisis industrial ve paralizados los brazos que le ganaban honradamente el pan. No lo dirás por aquella viuda y aquellos huérfanos, á quien robó la muerte el esposo y el padre, que después de Dios eran toda su providencia acá en la tierra. Ni por aquella casa donde con tan crueles horrores se ceba la enfermedad, inhabilitando todos los esfuerzos y consumiendo todos los ahorros. Ni por aquella otra, donde pobres ancianos sin hijos, pasan por las amarguras de una vejez solitaria, desamparada, sin otros recursos que los de la caridad. ¡Y cuánto hay de eso en nuestras poblaciones, en medio del bullicio y aparente regocijo general de todas ellas, cerca de los mismos sitios donde ostenta la industria sus más fastuosos progresos y el comercio sus más renombradas maravillas! «¡Bribones! ¡Holgazanes!» ¡Atrévete á repetir que lo son todos los que gimen y lloran, tan sólo por el delito de turbar alguna vez con su dolorido lamento tus placeres y egoista tranquilidad!

—Cierto, es evidente que hay quien tiene verdadera necesidad y merece ser compadecido. Pero...

—¡Qué pero ni qué manzano! Empieza á cambiar de opinión, y convéncete de que no te libra de la obligación de socorrer á los pobres con abundantes limosnas ese empeño de negar que existan, sólo porque para no verlos te obstinas en tener cerrados los ojos. Buscarlos debieras, si fueses tan buen cristiano como es tu obligación: buscarlos debieras, y no aguardar su súplica y mucho menos necesitar su importunidad, y muchísimo menos revolverte contra ellos impaciente y airado. Dios que te pudo hacer pobre, no ha hecho pobre á ti sino á él, dándoos á los dos en orden á la limosna deberes recíprocos. A aquél el de esperarla con

resignación, á ti el de otorgarla con largueza. No seas ingrato, pues, ya que en ese reparto de papeles en el drama de la vida, te ha tocado más ventajoso papel que á tu hermano. No lo seas, amigo mio, con quien pudo trocar las suertes y hacerte á ti lo que hizo á él, y darle á él lo que sin mérito tuyo te diera á ti. ¿Te prestarías gustoso á un cambio que os colocase á los dos en situación respectivamente inversa? Cierto que nó; mas tales son cada dia los altibajos de este pícaro mundo, que no es imposible, ni mucho menos, un trastrueque de este jaez. Ten, de consiguiente, amigo mío, para tus hermanos necesitados las buenas entrañas de generoso cristiano, que en tal caso desearas tuviesen todos para ti. Y ¿acaso tú no eres pobre también? Sí, y mucho y muchísimo, y si bien te estudias comprenderás muy luego de cuántas cosas necesitas pedir y alcanzar limosna de Su Divina Majestad. Suyos son ese pan que cada dia comes y ese aire que cada momento respiras. Suya esa salud de que goza tu cuerpo y esa vida con que un año y otro año te va favoreciendo. Y el *Padre nuestro* que rezas á Dios cada mañana ó cada noche (si de eso no te olvidas), es ni más ni menos que el grito lastimero del mendigo á la puerta del opulento Señor de todo, para que siga otorgándote los dones de su bondad, así para el cuerpo como para el alma. Y ¿podrías tú hacerte luego duro y cerrado de corazón y mano para los infelices que claman á ti? ¿Con qué derecho querrás tú ser socorrido, si á quien te pidió socorro se lo has negado con la mayor inhumanidad? Tal vez te quejas algún día de que no parece escuchar el cielo tus súplicas y se hace de bronce á tus necesidades. Mira si quizá con ello no hace más que castigarte con la pena llamada del talión. No es mía esta idea, es del mismo Divino Salvador en el Sagrado Evangelio: *Con la misma medida* (dice) *con que midiereis á los demás se os medirá á vosotros.* A lo cual, añade como expresivo comentario un Santo Padre á propósito de nuestra cuestión: *En vano espera hallar en Dios misericordia, quien de su hermano no tuvo misericordia.* Y ¿qué sería si Dios airado contra ti por el reproche que has usado contra tu prójimo, te lo devolviese al rostro, como sin duda puede hacerlo con más razón y verdad de lo que tú puedes contra aquél? ¿Qué si

te apostrofase por el descuido de tu vida, por la imperfección de tus obras, por tu continua mala correspondencia con El?

Piénsalo bien, medítalo despacito, y juzga luego si obras como cuerdo al negar á tus pobres la limosna con tan ridículos pretextos, como los que han dado pie y materia á esta nuestra conversación.

XXXVI

NO SE PUEDE TRATAR CON LOS POBRES; SON LO MÁS DESAGRADECIDO



ONITA salida, amigo mío! ¡De modo y de manera que tú, por lo que se ve, solamente socorres á los pobres para que te lo recompensen con su gratitud! ¡Bah! Más alta idea debías tener de la nobleza de la caridad cristiana. A fe que nunca pude imaginar volases con tan rastrero vuelo, como el que indica tu quejumbrosa exclamación.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Nada, una friolera: ¡Vea V.! ¡nuestro hombre no da limosna porque no se la agradecen! Señal cierta de que no la da por Dios, que es el único del cual debiera esperar la recompensa. Señal evidente de que no es obra de caridad la que practica, sino de baja, material y naturalista filantropía.

—No tanto, no tanto.

—¡Ya! ¡Ya! Mas vamos de frente á nuestro caso. «Los pobres, dices, son lo más desagradecido.» Es falso este aserto, y es falso de toda falsedad. Los pobres son, por regla general, muy reconocidos á quienes les hacen bien. Las frases «Dios se lo pague,» «El Señor se lo aumente,» salen ordinariamente de sus labios, como bendiciones que piden al cielo en favor de sus caritativos bienhechores. No pocas veces he visto correr por sus mejillas lágrimas que atestiguan su gratitud. Singularmente en la caridad que se ejerce por medio de la visita al domicilio del propio necesitado, se admiran actos que revelan no es insensible el corazón del pobre á las muestras de cristiano afecto que se le prodigan.

Y cuando es un padre ó madre que ven se auxilia á las prendas de su corazón... ¡oh! entonces sube de punto el amor y expresión agradecida con que corresponden á los más insignificantes servicios. Tú, amigo, ignoras eso, porque no ves quizá otros pobres que los que te interceptan el paso en la acera, ó llaman á tu puerta. ¿Y qué rasgos de fina gratitud quieres que te ofrezcan esos infelices, cuando desdeñoso les alargas unos céntimos para que se te quiten de delante, ó se los mandas secamente por un criado, lleno tal vez de mal humor? ¿Qué han de agradecer los tales á tu fría y desamorada caridad? Hazla ante todo con el corazón, y verás entonces como con el corazón se te recibe y se te estima.

—Comprendo tenéis alguna razón. Mas...

—Permíteme. Esta es la primera respuesta que doy á tu queja, y es en defensa y por el honor del pobre. Mas ahora te debo una segunda en defensa de Dios y por el honor de tu propia alma.

—Venga esta segunda.

—Ahí la tienes. Si haces como debes la limosna por amor de Dios, de El debes esperar el principal galardón, y en lograr éste debes poner la única mira. Dios recompensará acá y en la eternidad como suya la obra de caridad; á condición, empero, de que sea suya de verdad, y no hecha solamente en obsequio á tu vanidad y amor propio. Y tanto más será tuya, cuanto menos te hubieren impulsado á ella humanos resortes, de cualquier clase que fueren. Consecuentes á este principio, que es el alma y vida sobrenatural de la caridad, muchos limosneros buscan para objeto de su caritativa obra, no á los pobres que más finamente se lo agradecen, sino á los que se presentan más repugnantes por su dureza y mala educación. Así como, al visitar á los enfermos de un hospital, optan no por los más agradables al trato ó á la vista, sino por los más asquerosos por sus enfermedades, ó los más huraños é intratables. Así están seguros de que no por motivo alguno humano de sensibilidad ó natural simpatía socorren á aquel infeliz, sino únicamente por amor á Cristo, y por ver en él la imagen de Cristo, y esperando por su obra la recompensa única de Cristo. Recompensa que no olvidará El dar á sus amigos limosneros que del modo debido hayan

socorrido á sus hermanos, negándola en cambio á los que hayan miserablemente falsificado el carácter esencial de la limosna cristiana, queriendo convertirla en femenil aduladora de su amor propio ó sensibilidad natural.

—Perfectamente.

—Aunque, bien mirado, tampoco es cierto que aguarde Nuestro Señor la hora del supremo juicio para mostrarse generoso y agradecido con los que han hecho bien á sus pobres por medio de la limosna. Nó, que no le sufre á nuestro Dios su buen corazón tardar tanto en pagar la deuda que en nombre de éstos tiene contraída con los caritativos. Ya acá en vida, en medio de sus penosas y á veces repugnantes tareas, experimenta el buen limosnero la verdad de aquellas palabras del Salmo: *Beatus qui intelligit súper egenum et pauperem:* «Feliz el que atiende á socorrer al pobre y necesitado.» Sí, dulzuras sin fin, alegrías inefables, escondido maná de interiores y por nadie sospechados consuelos tiene el ejercicio de la caridad practicado en nombre de Dios y con el fin principalísimo de servirle á El solo. En el mismo Salmo se le prometen al buen limosnero toda suerte de bendiciones. Dícese allí que el Señor le guardará y le colmará de dicha, y le consolará á su vez cuando se hallare postrado en el lecho del dolor, y El mismo le *mullirá su cama* cuando en ella yaciere enfermo. ¡Hermosa ponderación! ¡El mismo Dios encargarse de hacer por el limosnero lo que éste haya hecho por los pobrecitos de Dios! Y en verdad que no puede ser de otra manera. Está muy puesto en ley de perfecta equidad. Todos agradecemos y pagamos como hecho á nosotros mismos lo que se hace en favor de un nuestro recomendado. Recomendado muy explícitamente de Dios es el pobre. Queda, pues, Dios en un cierto compromiso de pagar por él la deuda de agradecimiento, y de que no quede en mal lugar su eterna palabra.

—¡Magnífico acreedor!

—¡Digo! Ya ves, pues, amigo mío, cómo en lugar de quejarte de que no te sean agradecidos los que socorres con tus limosnas, y mucho menos en vez de dejar de hacerlas por tan fútil pretexto, que al fin pretexto es y nada más, deberías á toda costa procurar no tener aquí por lo poco que

hagas pago alguno de los hombres, á fin de que te quedase más asegurado en la otra vida el de Dios nuestro Señor. Del capital de méritos de tu limosna, preferible es no haber cobrado acá rédito alguno, y encontrártelo así todo capitalizado y acumulado en el Banco de la eternidad. Ya sé que el siglo no piensa de esta suerte, pero precisamente por eso has de pensar tú de otra manera, muy de otra manera de la que piensa el siglo. El siglo se paga mucho de públicas subscripciones, del bombo de los periódicos, del lauro de la fama, y si eso no hay, ya da por malogrado el fruto de cualquier sacrificio. ¡Vanidad de vanidades y vanísima vanidad! ¡Naturalismo puro, sin más horizontes que los muy estrechos y menguados de la presente vida, y de la raquítica y tornadiza apreciación de los hombres! Aquella palabra severa del Evangelio debiera helar la sangre en las venas á los que sólo por tan mezquino estímulo se mueven á hacer el bien. *Ya han recibido* (se dice allí) *su recompensa.* ¡Oh, qué espantoso desahucio de todos sus derechos á la recompensa de la eternidad! *Ya han recibido su recompensa;* es decir, podían lograr oro, y se han contentado con lodo; podían ganar cielo, y se han satisfecho con tierra; podían tener por deudor al mismo Dios, y se han quedado tan satisfechos con un puñado de honrilla ruin con que les han pagado los mundanos. Y como han ya recibido su recompensa aquí, no tienen ya que esperar nada en la otra parte. Quedan aquí muy huecos y vanidosos, pero estarán allí muy avergonzados y confusos; pagados aquí con aire y humo los infelices, pobres allí y privados de las riquezas eternas, únicas que podían hacer su felicidad. Tú discurrirás como quieras, amigo mío; pero yo hallo en eso de la limosna por miras puramente humanas tal sinrazón, que me parece toca á los límites de la fatuidad más estúpida. Allá entre gentiles sin conocimiento de Dios y de sus magníficas promesas se comprende tal despropósito; no entre cristianos conocedores de Él y de la eterna herencia que les reserva en la otra vida.

Obra, pues, por ella tan sólo y con los ojos fijos en ese galardón eterno, único que puede llenarte, y único por el que se puede hacer acá algún sacrificio.

XXXVII

EL GOBIERNO DEBE CUIDAR DEL SOCORRO DE LOS NECESITADOS: PARA ESO HAY HOSPITALES Y CASAS DE CARIDAD



XCUSA como tuya, amigo mío, pero que no te vale para dispensarte del riguroso deber de la limosna.

—Vos diréis; á mi me parece que habiendo quien cuida...

—Escúchame bien, y resuelve después. Es cierto que hay asilos para los pobres, y los habrá mientras tenga alguna influencia social en el mundo nuestra santa Religión. Gloria suya es, no de los Gobiernos, haber fundado en todas partes Casas de refugio para todas las miserias, para la niñez desamparada, para la mocedad en peligro, para la ancianidad sin consuelo, para cuantos, en una palabra, necesitan acogerse á su manto protector. Los Gobiernos (por regla general) no han hecho más que aprovecharse de esas fundaciones benéficas, y alguna vez, ya lo sabes, entrar á saco sus rentas y edificios, y poner de patas en la calle á sus albergados.

—Demasiado cierto, por nuestra vergüenza.

—Entendidos, pues. No te fíes, por consiguiente, de los Gobiernos en esta materia, ni en muchas otras. Además, la beneficencia civil ha dado siempre muy poco de sí, cuando no se ha apoyado en la religiosa. Por desgracia su criterio laico es el menos oportuno para dar vida y crédito á tales empresas. La beneficencia civil no suele ver en el pobre la imagen de Cristo, para amarle y socorrerle en nombre y por amor de Dios. Suele, por el contrario, no ver en el pobre

más que una basura humana, que hay que recoger de las calles para que no moleste al transeúnte y no desluzca con su antipática figura el brillo exterior de su civilización materialista. Sus leyes de pobres no suelen, por tanto, ser más que leyes de policía urbana, nunca leyes de caridad: no recoge á los infelices más que con el carro de la limpieza. Ya ves, pues, si anduviste desacertado en invocar la acción de los Gobiernos, para que te libren de responsabilidad individual en el asunto de la limosna.

—A propósito. Por tener con esto alguna relación me ha hecho cierta gracia un cuento que acabo de leer en un periódico callejero, y que tiene más miga y filosofía que lo que sospechó sin duda el que lo mandó insertar allí. «Señora, señora (dice en él una muchacha de servicio á una encopetada dama); el perrillo de V. acaba de morder á un hombre ahí en la calle.—¿Sí? (responde ella), ¿y qué clase de persona es?—Un andrajoso.—¡Pobre perrillo! Lávale enseguida el hocico con agua y vinagre.»

—Efectivamente. Este es el criterio de la civilización moderna con respecto al pobre. Así proceden por lo regular los Gobiernos del día con rara excepción. Por esto se ve en ciertos Estados más atendido y aun protegido con reglamentos el animal que el pordiosero, como en el caso que tan oportunamente acabas de citar.

—Pero ¡hay Casas de beneficencia! Ya veis, pues, que hay quien cuida de los pobres.

—Sí, es cierto que hay Casas de beneficencia, muchas y bien montadas y admirablemente servidas. Mas nó para eximirte á ti del deber de ser caritativo y limosnero, sino para traerte en alguna manera más obligado. Estas Casas, en efecto, no hacen más que ahorrarte en cierto modo el trabajo de informarte de los necesitados, no el de que les des lo que conviene para su abrigo y manutención. Hoy sobre todo, después de las inicuas leyes desamortizadoras, el patrimonio de los hospitales y Casas de beneficencia lo forman por lo común las limosnas de las almas caritativas. Da, pues, á estas Casas; consigna en favor de ellas buenas mandas en tu testamento; no niegues tu moneda á sus solícitas *Hermanas* ó *Hermanos* cuando vayan á pedírtela á domicilio.

Sólo así podrás descargarte algo de la obligación de la limosna en otras formas. Más aún; en estas mismas Casas y con los pobrecitos en ellas asilados es conveniente y utilísima tu intervención directa y personal, tanto como el material socorro con que contribuyas á su sostenimiento. La visita, por ejemplo, á los hospitales era obra antiguamente muy practicada por todos los buenos cristianos, y que aun hoy practican con abundante fruto no pocas personas. En los días festivos puede ser parte muy excelente de la santificación de ellos esta piadosa visita. Allí se da al pobre, más que la fría moneda, que por sí sola, aunque necesaria, es siempre muy fría; allí se le da el afecto del corazón, la palabra de fraternal cariño, la exhortación á la conformidad y paciencia, la conversación que endulza las horas de tedio del convaleciente, el libro ameno que le distrae y mejora; lográndose á menudo cambios de vida y reconciliaciones con Dios, de quienes tal vez podían menos esperarse. En lo cual no sale menos ganancioso y aprovechado el propio visitante.

—Adivino lo que vais á sacar de ahí.

—Sí, amigo mío, voy á sacar una reflexión, que no es el fruto menor que puede sacarse de la limosna bien hecha: el provecho moral del propio limosnero. Es siempre instructivo y moralizador el espectáculo de las ajenas aflicciones, y de él se sacan lecciones importantísimas para la vida, como no los dan por lo común los espectáculos alegres del mundo y sus vanidades y disipaciones. Ver padecer al prójimo, alienta y vigoriza el ánimo para soportar la tribulación, cuando á nosotros mismos nos acometa. Contemplar el cuadro de lástimas que en tales sitios suele ofrecerse, es motivo muy poderoso para que se crea uno obligado á llevar con mayor paciencia la propia cruz, que siempre veremos ser más ligera y fácil que la que agobia á tantos hermanos nuestros, en vez de figurarnos que la llevamos más pesada que otro alguno en el mundo, como casi siempre nos lo hace creer nuestro amor propio. Veremos allí que hay muchos, más afligidos que nosotros, y con menos consuelos que nosotros, y quizá con mayor resignación que nosotros. Y ante ese espejo nos conoceremos alguna vez como somos,

impacientes, descontentadizos, ingratos á Dios, merecedores de mayor cruz, indignos de que nos trate el Señor con tanta benevolencia. ¡Oh! ¡Qué alta escuela de todo esto suelen ser las salas del hospital! Mucho más, amigo mío, que los lugares que tú frecuentas y que amas con tan desenfrenado amor, porque lisonjean tus pasiones en vez de herirlas y mortificarlas. Vale más allí, amigo mío, vale más allí. Ten entendido, al menos, que de esta manera lo juzgarás en la hora de la muerte. La vida moderna, si bien lo reparas, es floja y muelle por razón de esta poca familiaridad que tiene con las impresiones dolorosas, únicas que dan temple y varonil firmeza al humano corazón. Todo nos hastía, todo nos acongoja, todo nos turba y amilana por ese perpetuo afán, mejor diríamos manía, de no querer ofrecer á nuestros sentidos escena alguna que hiera ó simplemente repugne y mortifique. Generación de débiles niños ó de asustadizas mujeres, no hay pública calamidad que no se traduzca para ella en desalentado pánico, ni cuadro de llanto ó de dolor ante el que no experimente desmayo. Muy de otro modo se reaccionaría nuestro espíritu ante la propia ó ajena desdicha, si nos hubiésemos acostumbrado á contemplarla frente á frente, sin retroceder por egoístas sensiblerías. «Yo no puedo ver eso,» exclama en cualquier trance medianamente apurado un hombre de barbas, oprobio de su sexo y más aún de su cristiana profesión. Y lo que no puede ver el miserable, es el retablo de lástimas de una familia sin pan, ó de un agonizante á quien se está ayudando á bien morir, ó simplemente de un enfermo más ó menos repugnante á los ojos ó al olfato. ¡Oh, si desde la más tierna edad fuese frecuente como en antiguos tiempos el contacto del hombre relativamente feliz con las mil y mil variadas clases de infelices que gimen en el mundo, cuán otro sería el temple de las almas para sufrir en el día de la prueba, y para consolar á su vez á los que pasan por ella! ¿Quién da á la frágil *Hermana de la Caridad* el valor que la ha hecho admirar de los mismos enemigos de la fe en el horror de un contagio ó de un campo de batalla? ¡Quién á la *Hermanita de los pobres* hace incansable en la penosa tarea de asistir y consolar á los desvalidos en la vejez, que tiene de la niñez

todas las miserias sin ninguno de los atractivos? Pues, además de la gracia de Dios, la santa familiaridad contraída con toda clase de humanos dolores y el hábito formado ante ellos de vencerse y de vencerlos.

¡Ah! ¡Cómo también á ti te ayudaría á ser algo más sufrido y esforzado el frecuente ejercicio de las visitas de caridad!

XXXVIII

BASTANTE HAGO CON SOCORRER AL QUE ME IMPORTUNA POR LA CALLE Y Á LA PUERTA; ESO DE LA VISITA Á DOMICILIO NO ES PARA MÍ.



UIZÁ, amigo mío, tengas en eso más razón de lo que á primera vista se te figura; quizá sea gran verdad, pero dolorosísima verdad, que ciertas cosas no son para ti, ó mejor, que no eres tú para ellas. Cabalmente me indujo á escoger hoy este tema el pensar que iba á habérmelas con quien había de hallar muy prevenido contra él. Y sin embargo, ¿qué le vamos á hacer? Has de oírme sobre esto, quieras ó nó; pues no ha de ser otro el plato del día.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Nada, sino que hoy hemos de tener sobre eso nuestro buen ó mal rato de amistosa y campechana conversación.

—Sea en buen hora: podéis comenzar.

—«¡Que no te gusta, dices, visitar á los pobres á domicilio!» Pues, menos les gusta á ellos necesitar tu visita, y mucho menos esperarla y no poder conseguirla, y sin embargo por eso han de pasar. Ya verás: si fuese cada uno de nosotros á hacer únicamente lo que le gusta, el mundo resultaría en breve un manicomio ó cosa peor. En hacer casi siempre lo que nos viene muy cuesta arriba está el orden y la regularidad de las cosas humanas. Mira tú si andas fuera de quicios al suponer que debe serte razón para no hacer una cosa, lo que precisamente ha de servirte, en la mayor

parte de los casos, de recomendación de ella. ¿Cuesta? ¿No viene á pelo? ¿Se hace enojosa? Pues es casi seguro que debe de ser muy estimable á los ojos de Nuestro Señor.

—Ya estáis en vuestro terreno favorito, el de la paradoja, ó cuando menos, el de la exageración.

—Gracias, amigo, por la lisonja; pero tal vez no lo creas de esta suerte cuando acabes de escucharme. Atiende bien, por Dios. La visita de los pobres á domicilio es, por decirlo así, la flor y nata de la cristiana caridad; es la esencia y más espiritual perfume de ella. Es la caridad practicada, no solamente con la mano, sino con el corazón; con la palabra afectuosa; con el consejo y el consuelo, y sobre todo y más que todo con el buen ejemplo. En ella son lo de menos la moneda ó el bono; son lo principal la solicitud, el cariñoso desvelo, el interés personal, el acto de fraternidad cristiana. Visitar al pobre es borrar, por un momento siquiera, la triste aunque indispensable desigualdad de las condiciones sociales; es elevar al infeliz á nuestro nivel con esta muestra de consideración y respeto que le damos, ó es bajarnos nosotros al nivel suyo por medio de la cristiana humildad. Sobre todo si la visita se hace, como se debe, no con afectación como de quien realiza un acto de melodrama, sino con llaneza y familiar cortesanía, sentándose junto al lecho del pobrecito en su propia desvencijada silla, acariciando á sus niños, hablándole de sus asuntos y menesteres, interesándose por los más minuciosos detalles de su situación, abriéndole nuestro pecho y permitiéndole abrir el suyo sin las trabas y respetos de la desigualdad; creyendo, como realmente así es, que somos nosotros los honrados y dignificados en poder hacerle tal visita, más que el indigente en recibirla.

—¡Oh sí, y ciertamente tenéis en eso razón, muchísima razón! De eso necesitan hoy día muchos pobres, tanto como del pan para llevar á la boca y del andrajo con que cubrir sus carnes. De eso hay miseria y hambre general; de amor, de cristiana consideración á la clase más numerosa y desvalida. Nuestras clases pudientes han tolerado que se engañase al pueblo con toda suerte de mentidas soberanías y emancipaciones; en cambio este infeliz soberano, libre é independiente y emancipado, nunca ha sido mirado por muchos

con mayor desdén y tratado con menos respetos, no diré ya de rey, sino ni aún de simple conciudadano.

—¡Cómo que sí, amigo mío! Tanto como se ha predicado la igualdad social, tanto se han mostrado más hostiles unas contra otras las clases sociales. Las nivelan el censo y la cédula, pero las mantiene más que nunca alejadas entre sí el egoísmo anticristiano. Hay, pues, que realizar otra vez el milagro de la mutua aproximación, que nunca lograrán por sí solas las leyes si no lo hace la caridad. Y han de ser los ricos los primeros en acometerla de frente por toda clase de actos de abnegación y de sacrificio. Y aquí tiene su especial aplicación lo que arriba apuntábamos del buen ejemplo. Y el buen ejemplo que se da al pobre con visitarle á domicilio es el acto de más trascendencia y eficacia en que puede emplearse la caridad, y no tiene punto alguno de comparación con él la más cuantiosa limosna de solos socorros materiales. Los de abajo miran en todo á los de arriba para hacerlos modelos de su conducta. Aun cuando por cierto natural receloso instinto sientan los pequeños con los mayores mal encubierta hostilidad, es lo cierto que procuran comúnmente parecerse á ellos y modelarse á su imgen y semejanza. Lo vemos en las modas, en las ideas y hasta en los vicios. Gran responsabilidad es, pues, de las clases acomodadas no ofrecer siempre á las indigentes ejemplos que las eleven y mejoren, y sí comúnmente ejemplos que las perviertan y corrompan.

—¡Qué buen registro acabáis de tocar! Más de la mitad de los desórdenes y degradación moral que observamos en los pobres de nuestros días, se los ha inoculado con sus escándalos diarios la clase superior. Nuestras muchachas de taller aprenden de las señoras; nuestros obreros y menestrales parodian en clubs y cafetines lo que ven hacer á sus amos en tertulias y casinos. El primero en romper con la heredada fe y tradicionales costumbres, y por ende el primer revolucionario, ha sido en todas partes el rico; el último en abandonarlas y el más tenaz en retenerlas ha sido en todos los países, y más en nuestra España, el pobre.

—Pues bien. Si la perversión del mundo moderno ha ido de arriba abajo, el mismo camino ha de seguir la saludable

reacción que ha de volverle á mejor acuerdo. Los ricos han de convencerse de que ésta es su especial misión y apostolado. Sus mismas riquezas, su mayor influencia, sus más cultivados talentos, les prestan para eso sobre el pobre un ascendiente poderosísimo; ascendiente que tienen olbigación de hacer valer, y del que darán terrible cuenta ante Dios y la sociedad, si no lo han aprovechado al servicio de ambos.

—Merecida expiación van llevando hoy día en lo que está pasando en el llamado conflicto ó problema social.

—Dime á propósito de ello: ¿te parece que ser rico debe tener por único objeto tener más placeres y menos privaciones?

—Nó, que la Providencia correría peligro de parecer absurda si no lo hubiese dispuesto de otra manera. En su sabia y rectísima economía los ricos deben ser para el pobre tanto como para sí mismos. En algunos casos con preferencia á sí mismos. De consiguiente, hay suma de mayores deberes allí donde hay suma de mayores riquezas, y ésta es la compensación divina de la desigualdad humana, que sin esto carecería filosóficamente de explicación. Atentan, pues, contra el plan de Dios los ricos que tal responsabilidad rehuyen en orden al mejoramiento y protección de sus hermanos menesterosos.

—Concluye y cierra herméticamente el argumento.

—Y dime ahora: si no es acercándose al pobre, si no es visitándole en su propia casucha ó buardilla, si no es tratándole y dejándose tratar por él, ¿cómo han de cumplir los ricos dicha elevada misión protectora y moralizadora? ¿En qué más favorables ocasiones pueden darle alta y provechosa lección de cristiano afecto, que visitándole y consolándole en sus miserias y enfermedades? ¿Cuándo mejor puedes llevarle al pobre un libro que le instruya y consuele, so capa de distraerlo? ¿Cuándo mejor puedes hablarle de cumplir con la parroquia ó de no dejar perder la Misa en día festivo? Y los mil y mil absurdos conceptos y preocupaciones funestísimas que frecuentemente hacen del pobre un enemigo de la sociedad, sin que tal vez él mismo acabe de darse cuenta de ello, ¿no es por medio de la visita domiciliaria

como se los puedes tú arrancar y desvanecer, convirtiéndole así en contra-apóstol de los malvados apóstoles del Socialismo y del Anarquismo? ¿Lamentarás después que no sean mejores los pobres, cuando tú, y tantos como tú, nada hacéis para moralizarlos, en comparación de lo mucho, muchísimo que están haciendo los falsos regeneradores para pervertirlos?

XXXIX

PERO SI ES UN ASCO TRATAR CON TALES GENTES; NO PODEMOS CON ELLAS LAS PERSONAS DE CIERTA EDUCACIÓN.

¡MAGNÍFICO! ¡He aquí un último argumento, que resuelve á tu juicio toda la cuestión, y no le deja á Nuestro Señor asidero alguno para exigirte cumplas el imperioso deber de socorrer á tus hermanos necesitados! ¡Verdaderamente has puesto en berlina al Soberano Juez, para que no sepa ya por donde poder condenarte! Miserable católico de conveniencia, oye, oye por tu vida y por tu alma, como te responderán á eso, no ya solamente en el tribunal de la eternidad, sino aún en el de este mundo, los infelices por quienes muestras tan injustificado desvío.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Muy con truenos y rayos principia hoy nuestro rato de familiar conferencia. Calma, amigo; no hay quizá para tanto.

—¿Qué no? Vas á verlo y prepárate á oir crudezas, que aún que te enfades me las habrás de perdonar. Oye bien, por Dios, y no pierdas sílaba. Muy pagado estás de tus aseos y delicadezas; pero, sépaslo: eres como el pobre un costal de inmundicia y nada más.

—Gracias, por lo galante.

—Y debes añadir, por lo exacto y verdadero. ¿Lo quieres más en crudo todavía? Pues, ahí va. El trato y la cultura social te han dado á ti cierto barniz, que al pobre le ha sido tal vez negado; pero bajo esa barnizada superficie, que cui-

das con tanto afán y esmero para que luzca y brille quizá con afectada vanidad, y más allá de lo que aconseja la cristiana modestia; bajo, repito, de esa barnizada superficie tienes del pobre todas las miserias y tal vez algunas otras.

—Seguid, seguid, que estáis hoy *naturalista* como Zola ó Pérez Galdós ó punto menos.

—Prosigo, pues, con tu permiso, aunque sin ganas de parecerme á dichos modelos. Puede llegar, y sin duda llegará, el caso de que al exterior te salgan como al pobre tales fealdades, á pesar de tu cuidado por ocultarlas, y de que ese montón de estiércol animado, que eres tú, llegue no solamente á serlo de dentro, sino aún á parecerlo de fuera, con la misma repugnante asquerosidad que ahora te da en rostro y te hace apartarlo de tu infeliz hermano. Puede llegar la enfermedad y llegará sin falta, y créeme, no hay enfermo que huela á rosas y que no dé asco á los poco caritativos. Y este enfermo serás tú, y necesitarás toda la abnegación de los tuyos para que se te aguante. Y si sólo por esta falsa razón de serles repugnante se han de declarar exentos de prestarte sus servicios, saldrás entonces castigado con la pena del talión, es decir, serás mirado con el mismo desdén con que miras tú ahora á los pobrecitos de Dios.

—¡Acabáramos con tanto y tan feo naturalismo! Mas, ¿qué sacáis para vuestro caso de esta tan poco atractiva pintura?

—Poca cosa. Saco, que no hay que hacer tanto asco á las miserias ajenas, cuando llevas dentro de ti y sobre de ti tantas otras propias, y saco todavía otra más grave reflexión.

—¡Cuál!

—La de que si asco te dan los pobrecitos por su exterior corporal miseria, mayor se lo debiera dar á Nuestro Señor tu propia alma, según la traes seguramente andrajosa y desaseada.

—¡Esta es otra!

—¡Y la más negra, por cierto! Son muy exigentes tus ojos, que por muy poca cosa se ofenden, y sin embargo no eres tú tan celoso de la verdadera limpieza, como lo es Dios, ante el cual, sin embargo, pareces cada día sin temor de

provocarle á náuseas con tu suciedad. Vamos, que si algunos momentos gastases cada día en recorrer los senos de tu conciencia, hallarías muy pronto en ella tales basuras, que no acertarías á comprender cómo ha podido sufrirte en su presencia quien hace gala de ser puro y limpio sobre toda ponderación. Y no obstante te ha sufrido y te sufre cada día, y por manchada que vea tu alma la da acceso á sus soberanos piés, y por poco que te ocupes eficazmente en lavarla la admite hasta á su ósculo y abrazo. ¿Qué más? La busca solícito y amoroso, la anda como requebrando por calles y plazas, se hace con ella encontradizo por medio de mil ingeniosas industrias, aun á riesgo de que tales amores se vean correspondidos por tu parte con la más indigna ingratitud y menosprecio.

—Me convence esta reflexión.

—Y te convencerá más, cuanto más atenta y maduramente la consideres. Ciertamente si alguien tiene derecho á hacer ascos de otro, no debe de ser el hombre vil de otro hombre tan vil como él, sino Dios del cielo de su miserable criatura de la tierra. Y no obstante, muéstrase el hombre dengoso y aprensivo contra su hermano, al paso que el Rey de la gloria prescinde con él de tales dengues y escrúpulos. ¡Oh, si los hubiese tenido Cristo nuestro Señor para no dejarse, por ejemplo, en el augustísimo pero también humildísimo Sacramento de nuestros altares! Mas nó, no los tuvo de tu miseria, hombre infeliz, antes fué ella la que le convidó y atrajo, y podemos decir forzó á perpetuar entre nosotros su corporal y continua aunque invisible presencia. Harto veía El las bajezas é ignominias mil á que con eso le exponía su amor; el desaseo y ninguna compostura de algunos de nuestros templos; la rusticidad de nuestros vasos y sagrarios; las manos siempre toscas, quizá inmundas, á veces hasta sacrílegas, de ciertos ministros; las almas hediondas de no pocos cristianos, la pocilga destartalada del infeliz enfermo que le llama en su hora suprema; el antro satánico donde la perversidad sectaria le lleva á hacerle objeto de brutal profanación... ¡ah! ¡crees tú que algo de eso ignoró el Redentor en aquella sublime noche en que resolvió dar al mundo este celestial compendio de sus maravillas en favor

del hombre, que tan feamente le había de corresponder! Nada ignoró, nada se le ocultó; todo lo aceptó y todo se decidió á arrostrarlo, para no abandonar sola y desamparada á su pobre criatura. ¿Y tendrá luego ésta valor, tendrá audacia, digo mal, tendrá desvergüenza para retirar su mano y sus ojos de otra criatura su igual, so pretexto de que le dan asco y le repugnan ciertas miserias y suciedades de la pobreza?

—¡Oh! sí, sí; no tienen vuelta de hoja estas reflexiones.

—Vuelve, pues, en ti, hermano mío extraviado por las falsas delicadezas del siglo, y guarda, más que por los pobres de Cristo, por las corrupciones de aquél, tus escrúpulos y aprensiones. No es lo peor ni lo más repugnante á los ojos de la misma razón, y mucho menos á los de la fe, la material asquerosidad de un enfermo ó de un pordiosero: más deben parecértelo las asquerosidades morales de que vives tal vez rodeado, sin que te hagan torcer el gesto, antes quizá aficionándote en demasía el corazón. Por esas te quisiera yo santamente quisquilloso. La pulcra y remilgada dama, vea en qué apacienta su delicada vista, cuando asiste á ciertos espectáculos: el curioso y perfumado caballerete, mire cuánta podre de lujuria chorrean ciertos libros que devora con tanto afán. Aquel altivo señorón, que teme manche su guante la mano del mendigo cuando en ella deposita su limosna, piense que otros contactos hay más repugnantes que ese, y que deshonran con más asquerosa mancha. ¡Oh! ¡Quién pudiera hacerse oir en nuestros salones y gritar á todos con la santa libertad de la verdad: Caballeros y señoras de las clases altas, he dicho mal, cristianos y cristianas que en eso no lo parecéis; no hagamos aquí tanto del pulcro y del pudoroso! Todos nos conocemos, gracias á Dios, y sabemos entre qué lodos y cienos vivimos, y tan á satisfacción algunas veces, por nuestra desdicha. No se os oiga, pues, una vez más la indigna excusa que para no favorecer al pobre han inventado á una la cruel avaricia y la egoísta conveniencia. No hagáis ascos á Cristo, que en la persona de sus pobrecitos se acoge á vuestra caridad. Guardad para mejores ocasiones haceros del fino y del melindroso. La mitad de las suciedades del pobre son hijas de su miseria,

y con remediar ésta quedarán aquéllas en gran parte corregidas. De vosotros, pues, en gran parte depende el que os vaya siendo menos antipático el pobre de lo que realmente acostumbra ser. La higiene y el aseo son una parte de la buena educación que vosotros podéis proporcionarle con acostumbrarlo á la vida correcta y virtuosa. Eso más tendrá que agradecer á vuestros cuidados, si después de haberle enseñado á llevar limpia y aseada la conciencia, le enseñáis también á tener en orden la casa, curioso el vestido, lavados y peinados los chicos, reflejándose en todo su exterior la sanidad y bienestar interiores que debe á vuestra caridad.

XL

LAS ESCUELAS DOMINICALES PARA MUCHACHAS

CUENTAS pendientes tengo tiempo há con V., señora mia, y empiezo ya á sentir vergüenza por la dilación en el pago.

—Pues, no caigo...

—Lo cual no significa sino que de puro atrasadas que andan ellas, hasta V. las ha llegado á olvidar.

—¡Si V. no se explica más claro!

—Pidióme V. no sé cuántos meses atrás dijera algo sobre las *Escuelas dominicales para muchachas*, de esta ciudad.

—Recuerdo perfectamente.

—Y prometíle yo con toda formalidad dedicar muy luego un rato á tan importante asunto.

—Cierto, cierto.

—Y da el caso que este *luego* de la promesa no ha llegado á hacerse efectivo aún, por causas mil que V. comprenderá perfectamente y que no necesito indicar.

—Bien está. ¿Y acabó ya el exordio de excusas?

—Sí, amiga mía, y puesto que V. tiene sobrada bondad para admitirlas y otorgar el perdón, entro de lleno en mi asunto, ó más bien dicho, en el asunto de V.

—Decíamos, pues.

—Sí, señora; decíamos, pues, que es gran obra la que años há llevan emprendida V. y otras señoritas de esta capital con las referidas *Escuelas dominicales*. Obra tan buena, y de tanta gloria para Dios, y de tal mérito para la que en ella se ejercite, y de tales provechos para las pobres jóvenes que

allí se instruyen, que si la comprendieran todas las señoras piadosas, de fijo no quedaría en breve localidad alguna donde tales *Escuelas* no se estableciesen, ni quedaría señora alguna de piedad que á ellas no se honrase de pertenecer.

—Muy alto lo va V. poniendo. Cuidadito con exagerar.

—Nada de exageración. El caso es que en todas partes, pero muy principalmente en las grandes poblaciones, los tres enemigos del alma á lo que acechan más directamente á todas horas, pero muy en especial los domingos por la tarde, es á la virtud de la pobre muchacha de la clase popular. ¡Oh! El domingo por la tarde, el día del Señor, la fiesta cristiana, es día de espantosos estragos para esas pobres criaturas de quince á veinticinco años, obreras, costureras, criadas de servicio, etc., que componen una parte tan numerosa, como cristianamente simpática, de nuestro buen pueblo español.

—¡Ah! sí, el domingo es verdaderamente el día de Satanás.

—Doyme á veces una vueltecita por esas calles y ensanches y afueras de Barcelona y poblaciones análogas en tal día por la tarde, y me horroriza ver en todas partes tanto lazo tendido á las costumbres de estas infelices; tanta boca infernal abierta para atraerlas, como la serpiente á la avecilla, con su fascinación. Campos y jardines de recreo, que son más bien públicos mercados de lujuria: teatros, teatrillos y teatruchos, que viven únicamente de la inmunda exhibición de los siete pecados capitales guisados con toda clase de salsas: salas y salones de baile que apestan á cien metros al rededor con sólo el vaho de corrupción que exhalan tales pudrideros de honras. De todo eso ha puesto el diablo abundante surtido en todas partes: aquí en Barcelona un verdadero cordón de tales baterías tiene estrechado por todos lados el casco de nuestra ciudad.

—Exactísima comparación.

—Y ved, luego, al principiar la tarde del domingo, á la pobre muchacha de los talleres, del servicio doméstico, ó de las mil y una casas de modistería, como, ó sola ó en corro con otras de su clase, ó tal vez áun peor acompañada, sale de su casa engalanada con sus trapitos domingue-

ros, y va... ¿á dónde ha de ir? á uno de tales centros donde sólo poner el pie basta para que quede materialmente asfixiada su alma.

—Es verdad, es verdad.

—Las he visto entrar más de cien veces, y más de otras cien las he visto salir. Pero lo peor que he visto es lo que se han dejado allí dentro, entre el embriagador hechizo de la música, entre el arrullador galanteo de desvergonzados libertinos, entre la densa atmósfera que componen los vapores de gas y el humo de los cigarros, esas infelices muchachas del pueblo, tal vez hijas de honrado menestral de la ciudad ó de sencillos lugareños de nuestras montañas, que se morirían de dolor y de vergüenza si supiesen entre qué manos anda cada fiesta aquella su niña, que criaron un día con tanto desvelo y con tanto amor. ¿Exagero, señora mía, al bosquejar así en cuatro pinceladas lo que V. tiene sabido quizá mucho mejor que yo?

—No, que no llega V. á indicar la mitad de lo que sobre eso se pudiera decir.

—Pues bien: son las *Escuelas dominicales* un medio hábilmente discurrido para robar almas, las que se puedan, á las pestíferas diversiones domingueras, que tantas echan á la deshonra y á la perdición. Decirle á una de tales muchachas: «Véngase V. un rato al Rosario ó á las Cuarenta Horas,» es buscarse una segura negativa, acompañada tal vez de una sonora carcajada. La piedad así en crudo les da náuseas á esos estómagos averiados por la mundanidad. Hay que dorarles, pues, la píldora y dársela á tragar con la golosina de la instrucción. Abrase, pues, todas las tardes de días festivos un centro cualquiera en que se diga se enseñará gratis á leer y escribir y contar á las muchachas que se presenten, y se verá cómo no faltan luego matriculadas. Procúrese recibirlas con amabilidad, atraerlas con sencillo gracejo, proporcionarles libros y lo demás si es posible sin gasto alguno de su parte; enterarse con solicitud de sus necesidades, manifestar interés por su bienestar, por su salud, por sus colocaciones... y se tiene andado con eso solo ya casi todo el camino para llegar al corazón. Una trabajadora ó criada que se encuentra cada domingo con una señorita de buena posición

y de mucho talento, que se arrima á ella y se interesa por ella y da muestras de quererla y de procurar su bien, si no está irremediablemente endurecida en el mal, es imposible no ceda á tales atractivos y ejemplos. La instrucción, como se comprenderá, no debe faltar en modo alguno. Mas adviértase que dicha instrucción no es más que el fin aparente de la Escuela: el fin verdadero y real es la moralización á que sirve de salsa y condimento. Récese, pues, al entrar y salir, y cuando dé la hora, y cuando pase el santo Viático; háblese de San José en Marzo, y de confesar y comulgar por Cuaresma, y de la Virgen en Mayo, y en Junio del Sagrado Corazón. Y téngase sobre eso plática por un buen sacerdote, que de vez en cuando se presente allí, como quien hizo una visita casual al establecimiento. De lo cual á acudir á la iglesia ya no hay más que un paso.

—Como cada día lo estamos viendo las que intervenimos años há en las *Escuelas* de esta ciudad.

—Ahora bien. Calcule V., amiga mía, cuán grande apostolado no sería el que hubiese en cada barrio todos los domingos uno de esos centros de atracción al bien, frente á frente de esos otros centros de atracción al mal, de que estábamos hablando hace poco. Eche V. cuentas si puede sobre el número de almas que por tan sencillo procedimiento se arrancarían de esta suerte á la corrupción que hoy todo lo devora con tan espantosa gangrena. Vea V., despues de eso, si hacen ó no obra de gran mérito las señoritas que, como usted, se dedican años há á la tarea de instructoras en la *Escuela dominical*. Y eso que me he dejado aún lo mejor en el tintero.

—¡Hombre! Pues, ¿en eso estamos?

—Sí, amiga mía; ¿quién duda que hacen obra muy meritoria esas señoras dedicando largas horas, toda la tarde del día festivo, á sus particulares devociones, ó á oir la palabra de Dios, ó á visitar las Cuarenta Horas, rogando por tanto como hay al presente por que rogar? Mas, si entre tales actos de piedad para con Dios se interpone la obra de misericordia para con el prójimo, aunque sea cercenando un tantico de la duración de aquéllas, créanme dichas señoras, no se agraviará por eso Su Divina Majestad, antes se dará con

ello por muy bien servido. Dejar un rato la iglesia para inducir á que otras vayan á la iglesia, es ciertamente ir doble de lo que se iría sin esa distracción; porque es ir primeramente en su propia persona, y es ir luego tantas veces cuantas son las personas que se ha logrado conducir allá.

—Sutilmente discurrido.

—Pero sólidamente, amiga mía: y mírelo V. por donde guste; no tiene vuelta de hoja. ¿Se trata de méritos ó de consuelos? De lo primero ciertamente. Gustoso, pues, me privaría yo de todos los consuelos que en la presencia de Dios puedo tener, si supiese que llevando á Dios algunas docenas de almas, todo el bien que éstas hiciesen, como mérito mío al fin se me podía en cierta manera considerar y recompensar. Y esto consigue la buena instructora de una *Escuela Dominical.*

XLI

LA PROCESIÓN DEL CORPUS

VAIS, amigo mío, mañana, día de *Corpus*, á la Procesión?

—Nó, por cierto. Y ni siquiera me ocurrió nunca esta idea.

—Pues lo extraño, siendo como sois lo que se llama un hombre de Iglesia, concurrente asiduo á los actos del culto, y al parecer realmente interesado en que se verifiquen éstos con la mayor pompa y esplendor. Repito que lo extraño, pero muy mucho.

—Pero ¡varon de Dios! ¿y á qué queréis que vaya yo á la Procesión.

—Pues, nada; sencillamente á acompañarla.

—Reparad, empero, que yo con mis años é ideas no soy ya, ni mucho menos, un currutaco; ni tengo uniforme ó banda que lucir; ni pertenezco á casino ó sociedad de baile de los que suelen invitarse á la fiesta; ni tengo compromisos políticos ó de otro género alguno con el caballero pendonista...

—Ya se ve, en efecto. Suponiendo que la solemnísima Procesión litúrgica del día de *Corpus Christi* es un acto que atañe únicamente á los que acabáis de indicar, no perteneciendo vos á ellos, claro está que realmente holgaria allí vuestra presencia.

—En verdad, y no penséis sea yo el único que juzgue y obre de esta manera.

—Harto lo veo, amigo mío; y por lo mismo no extraña-

réis os haga aquí otra preguntita con la mayor inocencia. Decidme por caridad: ¿no habéis sospechado alguna vez á quién se dedica ese público homenaje de culto exterior y callejero, único en todo el decurso del año universalmente mandado por la Iglesia con el nombre de Procesión del *Corpus*?

—Harto se sabe que tales homenajes se dedican pura y exclusivamente al Señor Sacramentado.

—¡Bien! ¡muy bien! ¡perfectísimamente bien! Mas decidnos ahora, santo varón, ó mejor, repetíoslo á vos mismo, y pedidle parecer de ello á vuestra razón de filósofo y á vuestra conciencia de cristiano. Si es el Santísimo Sacramento el Rey de esta fiesta y el único á quien se honra en ella con dicho triunfal paseo, ¿cómo os atrevéis á imaginar siquiera que deben buscarse los concurrentes á él, no entre los grupos de los que son durante todo el año los más fieles y fervorosos amigos de Cristo, sino entre aquellos otros que le miran tal vez con la mayor indiferencia, y quizá hasta con más ó menos encubierto rencor? ¿Cómo dejáis en manos de la mundanidad frívola y casquivana, y hasta alguna vez de la masónica impiedad, esas hachas y esos pendones que debierais ostentar vos y los vuestros, sin ceder por título alguno tal honor á los que habéis referido? Y ¿cuál no será ante Dios y ante la Iglesia vuestra responsabilidad, si creyendo en ella y amándola como de veras os preciáis de amarla, sois tibio, he dicho poco, sois realmente refractario á esa pública y solemne manifestación de vuestro amor y de vuestra fe? ¿Os parecería natural que á las fiestas mundanas con que honra el mundo á sus ídolos acudiéseis vos y no acudiesen los otros? Pues lo mismo pasa aquí cuando en día del *Corpus* se os ve á vos en la ventana ó en la acera mirando simplemente como curioso espectador un acto al que sois llamado en primera línea; mientras se pavonean con él, muy gallardos y peripuestos, personajes á docenas á quienes en buena lógica no debiera caberles otro honor que el de ser sus fríos y vulgares espectadores.

—Cierto que sí, y efectivamente resulta algo rara la cosa mirada á buena luz. ¿Por qué no culpáis, empero, á los que entregan tales actos en manos de personas que tan contra nuestro gusto los tienen monopolizados?

—Os adivino la indirecta. Habláis contra el pobre Cura-párroco ó contra la Junta parroquial que alguna vez reparten de esta manera, ciertamente estrambótica, los papeles de la fiesta. Pero sin disculpar lo que puede haber alguna vez de abusivo ó poco acertado en las disposiciones de esas personas á quienes incumbe más que á otras velar por el prestigio y decoro de la Religión; decidme, ¿quién tiene la principal culpa de esas y otras flaquezas que con razón os entristecen y escandalizan? ¿Quién la tiene, digo, sino vos y los vuestros, que con la singular doctrina que profesáis, dejáis completamente aislada y desamparada á la Iglesia, obligando á sus representantes á echar mano, para lucir los actos de ella, de elementos profanos con los cuales nunca les hubiera ocurrido tener que contar, si vos con vuestro retraimiento no les hubieseis reducido á tal miseria y apretura?

—¿Si á nosotros, empero, nadie nos convida?

—Convidado estáis por vuestro Dios, no necesitáis otra mayor invitación, que mayor no puede haberla, para correr afanoso, hacha en mano y con vuestra levita, chaqué ó chaqueta, á tomar un puesto en las filas de la Procesión. Convidado estáis por el mismo Sacramentado Señor, que á todos desea y á todos llama y á todos espera y con todos se honra. Y sería, ciertamente, lance curiosísimo que os creyeseis vos comprometido por una tarjeta de cartulina de cualquier cacique de vuestra localidad á acompañar, de ganas ó sin ellas, *su* pendón (que realmente más parece pendón *suyo* que de Cristo, según la intención con que lo lleva él y con que lo preceden y rodean y siguen sus amigos), y no os creyeseis obligado por honor cristiano á responder al llamamiento de vuestro Dios y Señor, sólo porque no os lo envía más que por el conducto oficial de su santa y soberana Esposa y Madre vuestra la Iglesia católica.

—No hay duda que estáis en lo cierto, y que hasta os sobra razón para vuestra calurosa invectiva. Mas, al fin, es ésta una ceremonia y nada más, y no concibo cómo la toma tan á pechos vuestro celo en estos momentos.

—¿Cómo? ¿cómo? ¿En esas estamos? ¿y os parece que soy yo quien toma á pechos la cosa, y os parece que no la toma de esta manera nuestra Santa Religión? ¿Soy yo ó es

ella quien instituyó las fiestas, y ordenó tal acto como parte esencial de la presente, y prescribió con grave mandato á clérigos y Prelados su personal asistencia, y la recomendó con especiales gracias apostólicas á todos los fieles? Y aunque no vieseis vos la razón de tal acto, ¿no os habría de bastar verle instituido y ordenado, no por la simple iniciativa popular, sino por la más alta autoridad católica, para creer que realmente debe de tener ella alguna importancia, aunque vos preocupado y corto de vista no se la acertéis á ver? Tiene este acto un carácter especial sobre el que tienen los demás; en éste se quiere simbolizar y reconocer y proclamar el reinado del Unigénito de Dios en su Carne y Sangre benditísimas, presentes en la augusta Eucaristía; se quiere desagraviar á nuestro buen Dios por las humillaciones, abatimientos y anodamiento á que le redujo nuestro amor bajo el velo modestísimo y humildísimo de la Hostia Santa, con la pompa y majestad mayores que puede ofrecerle el pueblo fiel, no solamente en el fondo de sus templos, sino en el público teatro de sus plazas y calles, queriendo que como Rey y Dominador las pasee y recorra todas, y reciba en todas animado y alegre y general tributo de vasallaje y filial amor. ¡Ah! ¡Si con ojos de fe y con ojos de amor se considerase lo que representa y expresa la Procesión, así la que en las ciudades animan el marcial aparato, la etiqueta de los Príncipes y el rozagante ceremonial de los Prelados, como la que en lugarejos y aldeas se viste de campestres flores y no ofrece á la Santa Custodia otro marco de adornos que las galas de la naturaleza y la sencillez de los regocijos populares! ¿quién dejaría de concurrir á la Procesión? ¿quién consentiría saliese ella, por su ausencia, floja, raquítica, cuando no frívola ó indevota? ¿quién no abandonaría toda ocupación, ó no se haría superior á toda corporal dolencia, ó no vencería facilísimamente el cobarde y vil respeto humano para no dejar ni un año siquiera, desde los primeros de su uso de razón hasta los postreros de su ancianidad, la santa é inviolable práctica de acompañar con luz por calles y plazas el adorable Cuerpo y Sangre de Jesucristo Sacramentado?

—Basta ya, que me haréis sentir remordimientos de veras

si este año, como los otros, me empeño en no ser más que un mirón curioso de la Procesión del *Corpus*.

—Ea, pues; y para que no os dé en rostro con tal reprimenda vuestra propia conciencia, haced desde hoy y para siempre formal propósito de no faltar año alguno á la Procesión referida.

XLII

DOS HÉROES DE LA SECTA



ACE pocos días, destrozado el uno por las balas del piquete militar; hace pocos también, herido el otro por la invisible mano de la justicia divina por medio de enfermedad incurable, han bajado á la tumba dos famosos revolucionarios, Pallás, el de las bombas de la Gran-Vía de Barcelona, y Chies, el director de «Las Dominicales del Librepensamiento» de Madrid.

—¡Singular coincidencia!

—Ambos manejaron con sin igual satánica audacia el infernal explosivo de su especialidad; el primero dirigiéndolo á los cuerpos, el segundo á las almas. Los dos merecieron bien de la secta anticristiana; y ésta les ha pagado ¡negro tributo! sus merecimientos con sonadas apoteosis, que deben de ser para sus adeptos lo que para nosotros las canonizaciones de nuestros santos y su inscripción en el calendario cristiano.

—A Pallás, en efecto, se le han tributado por millares los honores de la biografía y del retrato, y no falta quien dice que aun el culto á sus desdichadas reliquias: á Chies ha acompañado inmenso fúnebre cortejo por las calles de Madrid con todos los alardes de la pompa masónica y librepensadora.

—Lo dicho: la secta racionalista que hace burla y mofa de las canonizaciones de los siervos de Dios, que han sido en todos tiempos y en todas partes los más reconocidos

bienhechores de la humanidad, se excede á sí propia al decretar celebren sus afiliados esas otras canonizaciones *por lo civil* en loor y obsequio de unos infelices, cuyos nombres la historia imparcial no podrá registrar nunca más que en el catálogo de las grandes calamidades del género humano.

—En efecto.

—Pero reparad, amigo mío, como conoce el demonio á los miserables rebaños *(servum pecus)* que trae fanatizados en pos de su estúpida bandera. El instinto de la admiración y del culto, y por ende el de la imitación, son naturales en el hombre, y torciéndolos astutamente de su nobilísimo objeto, que debe ser lo bueno y lo verdadero, los explota el enemigo de Dios en beneficio propio y de sus abominables ideales, que son la perversión moral de la humana criatura y después su eterna ruina. Así que al escritor infausto que se ha pasado la vida corrompiendo las costumbres y sembrando la desolación en los corazones, lo señala á la multitud con el dictado de «¡Un apóstol!» y cree á ciegas la multitud de sus engañados satélites que hay allí realmente la grandiosa figura de un héroe del apostolado popular! ¡Y al criminal ebrio de furor, que por conseguir el logro de sus siniestros planes no vacila en arrojar entre sus hermanos descuidados é inofensivos la dinamita que esparce el estrago y el luto en cien honradas familias, cuando expía por mano de la justicia su salvaje atentado, lo levanta sobre el pavés de la opinión y le aclama «¡Un mártir!» como si fuese la pena y no la causa lo que caracteriza el martirio, y lo que distingue al verdadero tipo humano sublimado por él, de la condición del asesino vil castigado con rigorosa capital sentencia por todos los códigos de todas las legislaciones del mundo!

—Indudable, indudable.

—El falso apóstol es el precedente necesario del falso mártir, y uno al otro mutuamente se explican y se completan. El vulgo de los demagogos está, pues, muy en razón y dentro perfecta lógica, honrando á la par ambas execrables memorias, la del asesino material, que dispara contra la autoridad los artículos del escritor en forma de bombas, y la del asesino moral que dispara sobre todo lo respetable y santo sus homicidas bombas en forma de artículos. Si no hubiese

Chies no hubiera Pallás, y los Pallás deben aparecer por imprescindible necesidad allí donde predican cada semana al pueblo uno ó muchos Chies.

—Los más horriblemente insensatos y criminales son los que, llamándose á sí propios hasta cierto punto hombres de orden y conservadores, aplauden ayer ú ordenan el fusilamiento de los Pallás como urgente medida salvadora del organismo social amenazado, y quince días después acompañan en lucido cortejo por calles y plazas los restos de los Chies, con honores y pompas que bien pueden llamarse glorificación oficial.

—Cierto es, como tambien que al llegar aqui se nos caen las lágrimas de los ojos, y pensando en el miserable fusilado en el glacis de Montjuich nos sentimos tentados á exclamar: ¡Cuánta mayor misericordia habrá tal vez encontrado en el tribunal de Dios el obcecado anarquista de las bombas de la Gran-Vía, que su malvado instigador de «Las dominicales del Librepensamiento,» y que la que encontrarán en su día, si perseveran en su pecado, tantos como han contribuído á honrar la memoria y á legalizar la propaganda de este último infeliz!

XLIII

EL CÓDIGO Y LA DINAMITA

ASADA la primera impresión de terror que en todos los espíritus produjo la espantosa catástrofe del Liceo, se dieron los hombres medianamente pensadores á discurrir remedios para atajar en lo sucesivo el desarrollo de la infernal propaganda anarquista, á fin de devolver á la conturbada sociedad su sosiego normal y librar á las gentes del pánico y natural alarma, muy justificados por cierto, en que las tiene de continuo la sobrado frecuente repetición de tan inauditos como monstruosos atentados.

—Lo recuerdo.

—La moda general fué pedir represiones rápidas y enérgicas. Poco faltó para que, por muchos liberales, no se pidiese ya con toda urgencia el restablecimiento del Santo Tribunal de la Inquisición. Empero, si con este nombre no se ha pedido, hase pedido la misma cosa con nombre distinto, ya que una suerte de Inquisición fuera, y más odiosa que la antigua, la ronda secreta vecinal que alguno de los tales imaginó y recomendó para atender á la seguridad de nuestros amenazados hogares. Y á propósito: un fenómeno singularísimo hemos de consignar aquí, que tal vez á muchos pasó desapercibido.

—¿Cuál?

—El siguiente: los más acentuados en pedir represiones rápidas y enérgicas contra los anarquistas fueron entonces los periódicos y los hombres públicos más avanzados en

política. Hasta los zorrillistas, hasta el compañero Iglesias, declararon fuera de la ley á los anarquistas, y pidieron contra ellos el trato de fieras, un como ojeo con el cual, sumariamente y con la mayor posible economía de procedimientos jurídicos, se les diese caza y pasaporte franco para el otro mundo. Al revés, los hombres y los periódicos menos radicales y más afines á los genuinamente católicos, y éstos por supuesto más que todos, mostraron marcada preferencia por los medios morales, juzgándolos los más adecuados para llegar un día ú otro á la extinción de esa nueva filoxera social.

—Es caso curioso.

—El fenómeno, á primera vista incomprensible, tiene no obstante muy fácil y luminosa explicación. En primer lugar, los partidos más radicalmente revolucionarios siéntense con mayores remordimientos de complicidad, ó de responsabilidad por lo menos, en el desarrollo de estos pavorosos sucesos, y para que este género de responsabilidad no se les eche en cara, extreman en tales casos la nota de la indignación y del furor, encareciendo más que nadie la necesidad de la vindicta pública y del exterminio violento de los criminales. En segundo lugar, comprenden esos partidos, que si obedeciendo al buen sentido se entra de una vez en el uso de los medios morales lógicos é indicados para extirpar el cáncer anarquista que amenaza devorarnos, se impone de hecho una reacción en el orden de las ideas hoy dominantes en el mundo, reacción que ellos (claramente lo dicen) abominan más que del tantas veces maldecido Anarquismo. Por eso, declarando, ante todo, sagrado é inviolable el dogma moderno que canoniza las omnímodas libertades del ciudadano en todas las esferas de la vida, se muestran sólo duros é inexorables en exigir el castigo del *hecho material* que tales libertades han dado por fruto y natural consecuencia. Conociendo un poco el corazón humano, á cuyas miserias con harta frecuencia rinden culto así los individuos como las colectividades, se halla la razón de contradicciones y antinomias como las que acabo someramente de indicar, pero que aun con ser tales contradicciones arrojan torrentes de luz sobre el espinoso asunto de esta conversación.

—Exponedlo en seguida.

—A eso voy. Entre los que tan sólo esperan la destrucción del Anarquismo por las medidas excepcionales de violencia y de material represión, y los que con más ó menos radicalismo católico piden para ello los medios morales que aconsejan la Religión y el buen sentido, están los fanáticos de la legalidad liberal á todo trance; los que no quieren, venga lo que viniere, quemar lo que hasta el presente han adorado, y éstos se amparan de una sola fórmula, que por desgracia es fórmula no más, y no abren los labios sino para exclamar á todas horas: «El Código basta.»

—A buen hora, códigos y artículos.

—Mas aún suponiendo que lo que invocan, como suprema salvación de la sociedad amenazada, no es el Código vigente, sino un Código reformado á tenor de las presentes urgencias del momento, un Código discurrido *ad hoc* para prender anarquistas; un Código más parecido á ley especial contra éstos que á legislación general del Estado, todavía así parece ha de costarnos poquísimo dejar evidenciado que el tal Código no ha de servir á la sociedad para sus presentes apuros mas que la famosa y proverbial carabina de Ambrosio, que para todo servia menos para lo que se necesitan las carabinas.

—Tenéis razón.

—Porque la naturaleza y condición de los delitos, y de los delincuentes que se trata aquí de perseguir y extirpar con el Código y solamente con el Código, son de índole tal que no están al alcance de estas medidas ordinarias, que suelen ser de alguna eficacia para el común de los delitos y de los delincuentes.

—Se trata, en efecto, de delitos en que el delincuente no ceja ante el horror de las más severas penas, si así lo cree indispensable para el logro de su malvado intento. Ahí está el ejemplo de Pallás, presentándose á rostro descubierto para lanzar una bomba en la Gran-Vía, y delatándose luego á sí propio con el descarado alarde de un héroe, que nada anhela más que la exhibición. Pallás sabia que su delito le habia de costar la vida á manos de la justicia; más aún, habia de presumir que hasta á él mismo podían alcanzar

algunos de los cascos ó metralla del terrible explosivo, que hirieron á quienes andaban por cierto á mayor distancia que él; y, sin embargo, nada de eso le contuvo. Es, pues, ridículo de puro inútil esperar que la pena de muerte ha de atemorizar á un criminal que empieza por establecer como primera base de su plan de operaciones el desprecio más absoluto de la vida.

—Realmente, y por algo la filosofía anarquista, que también el Anarquismo pretende los honores de seria y formal filosofía, enseña á sus adeptos á aborrecer la existencia y á mirarla como un dón funesto, si en ella no encuentra los goces y placeres que supone patrimonio exclusivo de los favorecidos de la fortuna, que, según ella, son únicamente los ricos. Para el perfecto anarquista lo que no sea gozar no debe considerarse vivir; los desheredados de la riqueza no vale la pena de que ocupen un sitio en la presente organización social. Esta negra filosofía de desesperación puede producir, y produce en las almas que tiene obsesas, un efecto parecido al de la sublimidad del martirio cristiano. Morir por amor á una eterna felicidad que se espera, es analogo, aunque en término inverso, á morir por odio á una desdicha presente que se aborrece. Esperanza y desesperación constituyen en este concepto motivos poderosísimos ambos para impulsar al hombre á la muerte, con la realidad del heroísmo en un caso, y con ciertas apariencias de él en el otro.

—Decís bien. Y sobre todo cuando los rigores del Código no pueden llegar hoy día más que á imponer la pena capital como supremo castigo. El horror de otros exquisitos suplicios, en que anduvieron tan pródigas, hasta principios de este siglo, las antiguas legislaciones, no sería consentido por nuestras costumbres, que á duras penas consienten el espectáculo de las ejecuciones de hoy. Amenazar, pues, con la mera privación de la vida al hombre que no hace estima alguna de ella, es como querer intimidar con la exacción de una multa pecuniaria á un hombre tan poco amigo del dinero, que de buenas á primeras os arroja á los piés su bolsa.

—Es verdad. Y un ejemplo más adecuado servirá para acabar de esclarecer este punto, que tiene la claridad de la

evidencia. Es gran delito individual y social el suicidio: pero el legislador que juzgase poder extirpar esta plaga, contentándose con señalar en su Código pena de muerte á los suicidas, no conseguiría más que los honores... del ridículo. Matar á uno porque se mató, ó matarle porque intentó matarse, es en definitiva un bromazo casi igual. Análogo nos parece amenazar con la muerte á fanáticos sectarios que han declarado que lo mismo les da vivir que morir.

—Con que, por este lado, el Código y sus artículos y sus penas resultarán siempre para nuestro caso papel mojado y pólvora en salva. Y nada más.

—Otra de las razones que á mi pobre entender hacen del todo ineficaz la acción del Código en el asunto de los explosivos anarquistas es, además de eso, la naturaleza de los horrendos atentados con que traen de continuo amenazada á la sociedad.

—En efecto. Son éstos de un género tal, que no reconocen precedente en la historia del crimen, pues tienen casi aseguradas tres circunstancias que rara vez ó nunca en los otros crímenes concurren.

Y son:

El mayor secreto en su preparación.

La mayor facilidad en la ejecución.

La mayor seguridad en el éxito.

—Habéis dado en el hito.

—Sí, el atentado anarquista, tal como se practica hoy, y con tendencias á perfeccionarse cada día en sus procedimientos, lleva consigo esta como triple coraza de impunidad, que hará siempre se estrelle contra ella la acción de las leyes puramente represivas.

Es el más secreto.

Es el más fácil.

Es el más seguro.

Se concibe como eficacísima la investigación de la policía y la consiguiente aplicación del Código penal, cuando un malvado ha necesitado juntarse á otros para preparar y cometer su perversa hazaña. Es posible entonces al agente de la Autoridad intervenir en el grupo como si fuese uno de tantos, ó sea afiliándose traidoramente á él, ó comprar á

peso de oro la fidelidad de un cómplice, que denuncie luego el secreto de sus compañeros. El anarquista, empero, puede, si quiere, eludir muy bien semejante peligro. No necesita tener cómplices ni amigos para su empresa; no ha de ser cuadrilla de muchos como para asaltar un palacio ó secuestrar en un camino real ó parar un tren ó levantar una barricada. Ni siquiera necesita tener quien le guarde las espaldas, como el matón que desde una esquina dispara un tiro ó asesta una cuchillada. El solo se basta sin necesidad de otros cómplices que su propia conciencia. En la soledad de su domicilio puede guardar y cargar la bomba sin que de ello se entere su propia mujer, y llevarla por esas calles en los bolsillos, sin que los transeuntes ó el ojo del polizonte más perspicaz sospechen de quien pase á su lado, provisto de tan infame mercancía. Y en cuanto al momento preciso de la ejecución, puede ésta pasar tan inadvertida como por desgracia hemos visto en los repetidos casos que de eso se llevan registrados. Por mucho tiempo se ignoró, después de mil pesquisas, de donde cayó la bomba que tanto estrago hizo en el Liceo, á pesar de haberse arrojado ante miles de testigos y en medio de centenares de luces de gas. ¿Quién duda, pues, del secreto y de la facilidad de estos atentados, que parecen cometerse por sí solos ó por invisible é impalpable mano, de puro sencillos y misteriosos? Pues, por lo que atañe á la seguridad del resultado, ésta es todavía más evidente y aparece más comprobada por la experiencia. El explosivo anarquista es de efectos seguros é inmediatos. Rara vez yerra el blanco; pues su blanco no suele ser por lo común una persona sola, sino la multitud. El enemigo para el anarquista es la sociedad; y la sociedad es todo concurso de personas que no pertenecen á la secta. Una iglesia, un teatro, un mercado, son campo seguro de operaciones para obtener el efecto que se desea, esto es, el estrago por medio de la explosión y el terror por medio del estrago. Es cierto el éxito, y de esta suerte el anarquista hiere y mata moralmente aun á aquellos á quienes no alcanza su horrendo proyectil. Para el efecto psicológico, que es lo que principalmente busca, bástale que haya víctimas y sangre y ruinas y consternación general. Dígasenos después de esto, ¿qué pueden aquí

los códigos más draconianos ó las prescripciones policiacas más hábilmente discurridas? Por entre sus mallas se deslizará el anarquista ó hará deslizar su infernal bomba hasta los mismos estrados del juez especial, hasta las mismas oficinas del jefe de seguridad pública, y quedará una vez más burlada la sociedad y desprestigiado y maltrecho el poder de la justicia. El anarquista extiende hasta los más recónditos senos su misteriosa acción, y halla á su enemigo en todas partes para acometerle á mansalva. En cambio á él no se le ve en parte alguna, aunque se le sospeche en todas. Es este un combate desigual, en que todas las ventajas están de parte de los malvados. Uno solo de éstos es poderoso contra los más formidables ejércitos en pie de guerra; en cambio los más numerosos ejércitos resultarán impotentes si han de habérselas con él.

—¿Está, pues, desauciado completamente el orden social? ¿Ha de darse por absolutamente perdida toda esperanza?

—Voy á dar respuesta á estas preguntas, y espero poder darla cumplida. El orden social vigente, ó sea el orden de cosas y de ideas creado por el Liberalismo, está realmente desauciado. Más todavía: está de cuerpo presente y aguarda no más su definitivo enterramiento. El orden social verdadero, ó sea el orden social que inspiró á todos los pueblos del mundo el mero buen sentido, y que después de la aparición del Cristianismo, como sancionado y robustecido por éste, ha venido llamándose el orden social cristiano, por mal nombre entre los liberales *teocracia*, este orden social no solamente no está desauciado, sino que está de enhorabuena.

—Explicaos por Dios.

—El Liberalismo, ó sea el orden social vigente, se halla hoy día frente á frente de un enemigo á quien necesita exterminar si no quiere ser por él devorado. Mas para exterminarlo necesita el Liberalismo cegar la fuente de donde recibe todos sus jugos vitales, y esta fuente es el propio Liberalismo. Se halla, pues, hoy día el Liberalismo, en sus relaciones con el Anarquismo, en el apretado dilema que le plantea la lógica inexorable, dilema que le asfixia y ahoga como un dogal y que puede formularse de esta manera:

O renegar de sí propio para acabar con el Anarquismo, ó resignarse á ser por el Anarquismo sustituido en el mundo.

—Tremenda disyuntiva.

—Esta abjuración de sus propios principios por el Liberalismo, que equivale á una suerte de moral suicidio, han empezado ya verificarla los más empedernidos liberales, sino en la esfera de las ideas, por lo menos en la de los procedimientos gubernativos y jurídicos, desde el momento en que lo primero que les ha ocurrido para contener el movimiento anarquista ha sido la suspensión de las llamadas garantías individuales. Del Credo del Liberalismo no se ha renegado todavía, pero se ha empezado por renegar de su Decálogo, y eso es ya mucho. Ya no se oyen en toda Europa los ditirambos de antes en loor del individualismo predicado como el dogma moderno por excelencia desde la Revolución francesa.

—Al revés. Lo que empieza á oirse, y predicado ciertamente con sin igual desparpajo, es la necesidad de robustecer, por cualquier manera que sea, el principio de autoridad, y de atar corto á las famosas y hasta hoy tan divinizadas soberanía y autonomía del pueblo. En este sentido se ha hecho mucho camino de poco tiempo acá y se ha ido muy lejos. No estamos aún en la plenitud de los tiempos que han de traer á su verdadero cauce las ideas políticas años ha tan miserablemente extraviadas, pero algo es lo que se ha logrado. El primer paso para la conversión de un criminal es que reconozca que no le va bien con su crimen y á qué abismos de perdición le conduce. La reacción opuesta hacia el bien, viene después de esta primera y fundamental etapa.

—Esto que decís lo confirmó la Cámara francesa, apresurándose á votar con toda urgencia, á paso de carga, la nueva ley de carácter esencialmente preventivo. En ella, desentendiéndose nuestros vecinos liberalísimos de lo que constituye el dogma esencial del Liberalismo, declaran justiciables las ideas y su propagación por medio de la palabra y de la prensa, lo cual es en realidad darles una puñalada en el corazón á los principios de la Revolución francesa, que son el alma y símbolo de la escuela liberal. Es un primer paso que impone la necesidad, no la virtud; pero algo es algo, y gran cosa

significa esta primera abjuración, salida del mismo centro oficial, en la nación que fué hace un siglo (1793) el sangriento Sinaí desde donde se promulgaron á toda Europa los famosos absolutos, esenciales é ilegislables *Derechos del hombre*, que ahora por tan extraña manera se declaran allí mismo no absolutos, ni esenciales, ni ilegislables.

—Es este como un prodigio de la especie de *misión* que por medio de las bombas del Anarquismo le está predicando á la Europa de fin de siglo la misericordia de Dios Nuestro Señor, después de ver que durante largos años fué por todos desoída la voz oficial de la Iglesia católica y la oficiosa de los apologistas católicos.

—Sí, y es de notar la admirable y providencial *congruencia*, como diría un teólogo, con que ha ordenado el cielo, valiéndose del infierno, la serie maravillosísima de estos sucesos. Porque ante todo permitió sonase más espantoso el estampido de ellos en el año de 1893, que fué el centenario del otro año 93 terribilísimo, en que estuvieron en su mayor incandescencia los furores revolucionario-liberales, como en el segundo 93 los furores revolucionario-anarquistas. Y que además se diese esta batalla al orden social liberal por medio del Terror de las bombas, como entonces se dió contra el orden social cristiano por medio del Terror de la guillotina. Es el caso de preguntarse uno aquí, si se verificará también en eso, aquello que de la divina Redención canta la Iglesia: *Ut unde mors oriebatur inde vita resurgeret;* ó si se quiere más á lo vulgar y profano, si va á poner Dios en cura á la enferma sociedad contemporánea por el procedimiento de Hannemman, propinándole, á guisa de glóbulos homeopáticos, esas bombas repletas de quinta esencia concentrada de Liberalismo, á ver si, con ese *similia similibus*, se les pasa á los infelices pueblos el empacho de ideas y prácticas liberales, rebelde hasta ahora y refractario á todo otro tratamiento.

—Ya empieza á producir su natural efecto el precioso reactivo; ya se complace en vomitar el malaventurado enfermo lo que hasta hoy con tanto entusiasmo devoró. Ya cuidará Dios Nuestro Señor, que todavía ama al hombre que redimió con su Sangre, de que se le vayan administrando

nuevas y tal vez más crecidas dosis del saludable aunque amargo específico, hasta lograda la completa purgación de tantos males humores.

—¡Ojalá!

—Que el diablo y sus satélites, cierto, son muy malos, pero á veces sirven á Dios de muy diestros ejecutores de sus recetas, para nuestra temporal y eterna salud.

—Cada dia que pasa irá poniendo más de manifiesto la impotencia de la represión meramente material para contener los desbordes anarquistas y librar á la sociedad moderna de este nuevo ferocísimo enemigo, que trae en sus propias entrañas, como por ella misma engendrado. Y la razón es obvia: las leyes humanas no alcanzan más allá de las manos que cometen el crimen; el santuario de la conciencia es para ellas impenetrable, si no les abre la puerta de él otra ley de un orden y jerarquía muy superiores. Tan absurdo es, pues, querer refrenar con sola la represión material la fuerza del Anarquismo, cuya fuerza vital está en la conciencia pervertida á cuyos senos no alcanzan dichas leyes, como pretender curar á un enfermo de la cabeza ó del corazón aplicándole la medicina á las manos ó á los piés. Corazón y cabeza, es decir, el ser moral del hombre es lo que anda gravemente enfermo en las generaciones contemporáneas, y es ociosa toda terapéutica que no tienda á medicar de un modo preferente estos organismos. ¿Se quiere, de consiguiente, curar de veras al pueblo enfermo? Véase de propinarle remedios que influyan inmediatamente en sus ideas y sentimientos, ante los cuales se estrellarán siempre los esfuerzos de los ejércitos, de los tribunales y de la policía. ¿Y quién tiene la llave maestra de ese secreto recinto donde se elaboran las ideas y los sentimientos, de donde dimanan después, según sean ellos buenos ó malos, las buenas ó malas acciones? No la tiene el gobernante, ni la tiene el magistrado, ni la tiene la universidad, ni la tiene el libro, ni la tiene la prensa periódica, aunque indirecta y secundariamente todos ellos puedan tener en eso alguna influencia. La llave maestra no la tiene sino la Religión. No se espere de otra parte el remedio á los presentes horrores. Ese es el único Código de las conciencias, nó el que dicta por su mera

humana autoridad una Cámara legislativa ó un Capitán general ó un Gobernador civil, con ó sin facultades discrecionales.

—Ahora me ocurre una observación. De muy lejos le viene al hombre un cierto género de ingénita altivez, que le hace refractario á toda ordenación que no se le presente con el sello y refrendo de divina. Siéntese (á pesar suyo á veces) hijo de Dios, y se rebela instintivamente contra toda imposición de origen meramente terreno. El derecho del hombre sobre el hombre, que es al fin *la libertad* que nos ha traído de las Logias el Liberalismo, resulta odioso y depresivo y ocasionado á despertar instintos anarquistas aun en los corazones mejor dispuestos para la obediencia. La única su jeción que no envilece es la que se presta por con ciencia á quien legítimamente la exige en nombre de Dios. El pueblo siente eso, aunque no sepa tal vez razonarlo como los filósofos y los tratadistas, y por esto un pueblo de buenos cristianos es siempre un pueblo de buenos súbditos, cuando un pueblo de ateos no fué nunca más que una camada de lobos feroces ó una cuerda de viles esclavos.

—Decís bien, y esta maravilla de ennoblecer la sujeción y de dignificar la obediencia, la ha realizado el Cristianismo desde sus albores hasta hoy en todas partes donde preponderaron sus máximas y se inspiró en ellas el poder social. Donde nó, el Anarquismo en una ú otra forma ha sido la consecuencia lógica y á la vez el inexorable castigo. Quizá alguien creyó que se habia agotado ya la vitalidad de la Iglesia para producir en los pueblos estas benéficas reacciones. Ensáyese con lealtad el procedimiento, y los resultados no se harán esperar, aunque de su naturaleza lentos, como toda medicación de orden moral. Dése á la Religión todo el prestigio y autoridad que debe tener en la vida de los pueblos. No se le escatimen atribuciones ni medios de ejercer su sobrenatural influjo sobre las ideas y las costumbres. Vuélvase á poner la ley de Dios como primer articulado de todos los códigos y como única suprema sanción de todos ellos. Pónganse al error los frenos y cortapisas que hoy solamente se conocen para la verdad. No se aleje de la Iglesia al pueblo por medio de artificiosas secularizaciones, que no pro-

ducen más que el ateismo de la vida civil y á la postre el de la misma vida privada. Reconózcase que se erró en desterrar á Dios de la legalidad, como se erró en darla á tantos monstruosos dioses que nunca debieron tenerla. Hay que deshacer casi todo lo hecho en Europa de un siglo para acá, hay que rehacer la sociedad, hay que rehacer el mundo. A ese precio se curarán las presentes llagas sociales; á menor precio, nó.

—Otra cosa me ocurre para concluir. No es tan serio caso el de los ataques horrendos de los anarquistas al orden social existente, como el de la estúpida tranquilidad con que lo toman las gentes del dia. Diríase que es ésta una generación de estoicos, según parece no hacer mella alguna en sus espíritus lo que han visto pasar ante sus ojos y lo que no dudan ha de suceder en plazo no muy lejano. En el momento de una explosión, como las recientes, y en el primer día que sucede á ella nótase una cierta reacción en todos los corazones, un vago instinto de volver al buen sentido moral, unas como pasajeras señales de arrepentimiento. Poco después recobra todo su ordinario nivel, y queda muy justificado aquello de que nada se olvida tan presto como las grandes catástrofes cuando no han tocado directamente á cada uno de nosotros. ¿Quién diría hoy en Barcelona que hubo pocos años hace la espantosa escena de sangre que todos sabemos?

—Es éste el peor de los síntomas sociales de hoy; esta como imperturbabilidad de la conciencia pública, á quien nada conmueve ya hondamente, y por tanto á quien nada convence ni nada enmienda. A alguien podría parecer eso condición de almas grandes: á nosotros no se nos figura que sea más que sopor y aletargamiento de almas envilecidas. Aquí nadie parece preocuparse sino por lo que le afecta *hoy:* desvanecido el peligro de *hoy,* nadie juzga que todo lo de mañana valga la pena de darse por ello un mal rato. Como no falten al niño grande emociones y diversiones que le entretengan cada dia y cada noche, carece de importancia todo lo demás. Sólo, por ejemplo, se sentiría como calamidad universal el que se cerrasen teatros y plazas de toros y se suspendiesen los periódicos. Esta es la postrera de las

señales que caracterizan la ineficacia de las humanas leyes para resolver el tremendo conflicto planteado por el Anarquismo. Las leyes deben ser para los hombres, y aquí apenas hay ya hombres. La ley *(ordinatio rationis)* supone la razón en ejercicio, y aquí ya no impera apenas más que el sensualismo en sus formas de refinamiento más culto, aunque no por eso menos groseramente brutal. La sociedad presente y sus providenciales verdugos son realmente tal para cual y muy dignos uno de otro.

—Concluyamos, pues.

—Sí, concluyamos. No esperemos remedio eficaz de instituciones humanas, sean cuales fueren éstas; porque todas están selladas por su propio pecado con vergonzosa marca de impotencia. La vuelta á Dios será la única salvación, pero en esto no se quiere pensar todavía. Se pondrán antes en ensayo todos los expedientes, se agotarán todos los recursos para seguir pasándose sin el elemento sobrenatural, y se transigirá fácilmente con todo menos con la verdad. El pecado más grave contra el Espíritu Santo, dice el sublime Catecismo, es la impugnación de la verdad conocida para pecar con más libertad; y este gravísimo pecado, que es el pecado de la sociedad actual, suele Dios castigarlo con el más grave de los castigos, que es el endurecimiento.

—¿Cómo, empero, os mostrabais esperanzado poco ha con vislumbres de reacción que se empiezan á ver en algunos espíritus, y que han ya principiado á traducirse en acertadas medidas con respecto á la prensa, que ha provocado el estruendo de la última bomba?

—Es cierto, y sigo abrigando la misma esperanza; pero no porque crea haya de ver mejores días la sociedad *actual*. Nótese bien, la sociedad *actual*. Esta parece irremediablemente perdida, condenada á ser tal vez en la historia monumento de aterradoras justicias de Dios. Mas todo se pasa, y Dios no se muda. Sobre las ruinas del fastuoso y mentiroso edificio social que en odio y desprecio del cielo han levantado en su insensatez los hijos del presente siglo, se levantará de nuevo purificada por la expiación y aleccionada por el desengaño una nueva sociedad en la que no será Dios un paria miserable como en la oficial de hoy, sino un Rey con

todos sus honores y prerrogativas. De esta sociedad están echando hoy penosamente los cimientos los buenos católicos que ni en poco ni en mucho han transigido con el error dominante y entronizado. Dícese que trabajan neciamente para resucitar un pasado que no ha de volver, cuando son ellos los incansables obreros del porvenir. En esta labor les ayudan maravillosamente, sin quererlo ni pensarlo, las zapas y piquetas del Anarquismo, que es el verdadero providencial demoledor del Liberalismo. Dios no ha abdicado todavía. Aguarda su hora, y ésta no faltará.

XLIV

¡NO ALARMARSE!



ESTÁ de moda hablar hoy del Anarquismo y de los anarquistas, y se impone este asunto al polemista, que en la elección de él debe ser ante todo hombre de actualidad.

—Es cierto.

—La verdad es que no sabemos por que sorprende tanto á todo el mundo la forma un si es no es franca y sincera y sencillota que presenta hace algunas semanas el Anarquismo. En España el Anarquismo es recurso muy gastado, y todo buen liberal de cepa ha sido desde principios de este siglo hasta el día de hoy ni más ni menos que un perfecto anarquista. Anárquicamente se introdujo el Liberalismo en España; conspirando contra el Rey en las logias de masones y en las ventas de carbonarios, como sabe todo el mundo. Sublevando batallones y comprando generales se echó á la calle y subió al poder; repartiendo á sus adictos los bienes robados á la Iglesia y á los pobres, se formaron y se alimentaron los nuevos partidos.

—¡Verdad! ¡verdad!

—Los conventos y monasterios ardieron primero y fueron arrasados ó vendidos después, sencillamente por parecer estorbo á los regeneradores. Las leyes infames de desamortización fueron durante muchos años la insaciable *mano negra* que saqueó á la vieja España. Entre tanto lo que escribía el Liberalismo contra los poderes tradicionales de ella nada tiene que envidiar en cinismo y desvergüenza á lo

que escriben los socialistas de hoy. De modo que los procedimientos empleados por los liberales contra los llamados *serviles*, vulgo católicos, de aquella época, particularmente del 20 al 23, resultarían horripilantes hoy día por lo monstruosos, si los adoptasen como medio más expeditivo de plantear su sistema los actuales anarquistas.

—Es necesario, en efecto, no haber leído página alguna de la historia del primer tercio de este siglo en nuestra patria, para encontrar novedad en los procedimientos anarquistas que hoy tanto nos impresionan. Asesinatos misteriosos, fusilamientos en masa, confiscación y embargo de bienes por simple desafección á las nuevas ideas, feroz *trágala* cantado día y noche á las víctimas, infernal terror impuesto como única medida gubernativa á provincias enteras... todo esto llena las páginas de las primeras etapas liberales en esta desdichada nación, y nótese bien, el orden actual, la presente legalidad, el conservadurismo liberal que hoy nos gobierna, deben toda su existencia á aquellos sangrientos medios, sin los cuales no se hubieran implantado en la España de nuestros padres. Aquella horrible charca de crímenes y horrores fué la cuna del Liberalismo español.

—Vamos, pues, á cuentas. El orden de hoy fué el Anarquismo de entonces. ¿Quién puede vedar á los anarquistas de hoy la lógica pretensión de ser ellos á su vez los hombres de orden de mañana?

—La teoría de la evolución da eso de sí y otras muchas cosas más. La sociedad ha perdido su único eje inmutable é inconmovible, que era y debía ser siempre la ley de Dios. En vez de ésta ha preferido adoptar por única ley el movimiento progresivo de las ideas, cuya expresión ó verbo (como dicen ahora) es la opinión pública. Esto es el Liberalismo en su intrínseco concepto formal. Hay, pues, que atenerse á lo que vayan ofreciéndonos como última novedad esas sucesivas é indefinidas evoluciones de la idea. Seamos consecuentes. Nadie tenga la insensatez de querer fijar con desacreditadas teorías doctrinarias un clavo en esa rueda, porque esa rueda podrá más que él. No hay dogma social, desde que para la sociedad no hay dogma religioso en que ella estribe. Eso de la legalidad es hoy convenciona-

lismo puro. Los anarquistas aspiran también á constituir una legalidad; solamente que la quieren distinta de la que se llamó tal hasta el presente momento histórico.

—Perfectamente bien.

—Los anarquistas de fin de siglo nos aterrarán con sus salvajadas para llegar al planteamiento definitivo de su legalidad, pero recordemos que con las suyas aterraron los otros anarquistas de principios del mismo, á nuestros padres, para regalarnos la legalidad liberal que ahora disfrutamos. ¿A qué alarmarnos? Aquello tan antisocial de entonces vino, de evolución en evolución, á convertirse en lo único razonable y legal de ahora; como lo antisocial de ahora se empeña en ser, de evolución en evolución, lo perfectamente legalizado dentro algunos años. Cánovas será mirado entonces como una segunda edición de Calomarde, y Martínez Campos como un *petit* Conde de España de la presente generación. *Et voilà tout.* En cambio el Cánovas y el Martínez Campos del porvenir lo serán tal vez algunos honrados y campechanos individuos de *La mano negra* de hoy, que entonces ya no se llamará así, porque sus afiliados habrán aprendido, con el roce oficial, á usar, entre otras cosas, guante blanco.

—¡Cuántas altas figuras liberales no tienen hoy para encubrir su *mano negra* más que esta insignificante pero importantísima prenda de vestir!

—No alarmarse, pues; y tomemos las cosas como vayan viniendo, que, bien meditadas, serán todas quizá de grandísima enseñanza. «La letra con sangre entra,» dice un reaccionario refrán. Y la Providencia de Dios, que tuvo trazas siempre de muy reaccionaria, suele aplicar á los pueblos este axioma pedagógico, que los maestros del antiguo régimen aplicaban sin piedad á los chicos de sus escuelas. Gran escuela es, aunque dolorosísima, la que está cursando el mundo moderno. Si regularmente azotado, puede que más ó menos tarde salga al menos el muy revoltoso maravillosamente escarmentado y tal vez convencido.

XLV

FILOSOFÍA SENTIMENTAL

Es la que está más de moda en los presentes tiempos, y la que parece inspirar desde unos días para acá á la mayor parte de nuestros publicistas.

El hecho de haberse alzado otra vez el ignominioso patíbulo para un desgraciado criminal, les saca de quicios y les hace prorrumpir en desgarradoras invectivas contra la pena de muerte y contra el atraso social que á su entender ella supone. Porque eso sí; ¡el progreso ante todo y como único criterio indisputable é indiscutible! ¡El progreso, que en el asunto de que se trata no se pára por cierto en barras, y pide nada menos que «la jubilación del verdugo!»

—¡Nos espantan esos liberales cuando la dan en tiernos y humanitarios! ¡De veras nos hacen temblar las carnes!

—De sus ternezas y blendenguerías tiene por desgracia la generación actual muy tristes experiencias. Un día se les antoja tronar contra el servicio de las armas, y lloran y gimotean ponderando el dolor de las madres y la desazón de las novias al ver partir al mozo á quien cayó la suerte de soldado. Y pintan lúgubres cuadros sobre lo degradante de la talla de quintos, sobre los malos tratos del cuartel, sobre los rigores de la ordenanza. Y en efecto... suben al poder esos doloridos Quijotes del humanitarismo, y lo primero que hacen es decretar el servicio militar general obligatorio, y el fusilamiento de los infelices que, recordando antiguas

promesas, no se acomoden á ese humanitario modo de progresar. Otro día la dan por la tontera del desarme universal y celebran sus tan cacareados *Congresos de la paz*. Hablan, discuten, proponen y toman acuerdos. Mas á la postre lo que de ello resulta es el estado de guerra permanente para toda Europa; las naciones arruinándose y corrompiendo la flor de su juventud por sostener armamentos inverosímiles y ejércitos y reservas que absorben todas sus fuerzas; y á todas horas y en todas partes *La conflagración* próxima á estallar al menor fósforo que aplique á tanto combustible hacinado la mano de un diplomático imprudente ó el antojo de un soberano que se levante cualquier mañana de mal humor.

—Así tememos suceda con tanto predicar «la jubilación del verdugo.» El resultado final de la campaña puede ser que amanezcamos al mejor día con un verdugo en cada esquina.

—Casos se han dado. Aquel feroz Robespierre, que guillotinó á media Francia, y que no guillotinó á la otra media porque ésta en justa correspondencia se apresuró á guillotinarle á él, había publicado en su juventud un tiernísimo folleto pidiendo con lágrimas en los ojos la abolición de las ejecuciones capitales. Desconoce, ú olvida por lo menos, el humanitarismo contemporáneo la miserable condición del hombre después del pecado original. No echa de ver el sello de infelicidad y de servidumbre que sobre nuestra degradada raza impuso aquella primera caída. No somos lo que debimos ser; somos lo que nos ha hecho el pecado; eso aunque se tenga en cuenta el remedio y compostura que sobre el desgarro de nuestra naturaleza moral echó la Sangre de un Dios padeciendo y muriendo por nosotros en un patíbulo. De ahí el fenómeno social de la guerra, que no han logrado extirpar las naciones más cultas; de ahí la ignominia del verdugo, que ha pesado y pesará eternamente, aun sobre los pueblos más adelantados.

—Los que tanto blasonan hoy de ilustrados y libres no han hecho más que aumentar lo horrible de la pena de muerte, á fuerza de querer despojarla de lo que ha llamado estos días un colega «formas inquisitoriales,» queriendo sin

duda decir «formalidades cristianas.» En Francia, en efecto, se lanza de un brutal empujón al reo á la báscula de la guillotina, sin concederle para disponer su alma más tiempo que el que necesita el verdugo para raparle el cogote, á fin de que no encuentre allí obstáculos el filo de la cuchilla. En Norte-América se ha probado tostar *muy científicamente* al reo por medio de corrientes eléctricas, con prolijidades de tormento, cuya descripción ha hecho poner no ha mucho los pelos en punta á todos los periódicos de ambos mundos.

—Tenéis razón, y comprendemos que se procure endulzar los postreros momentos del criminal á tan dura suerte condenado; mas para nosotros muy otras serían las reformas que debieran introducirse en la actual forma de ajusticiar. Suprímase de ella en lo posible la parte de espectáculo público, ya que tan groseramente bestial va tornándose la plebe liberalizada de hoy, que no hay medio de que presencie como debiera el acto de tremenda justicia que se la invita á contemplar para su escarmiento. Prohíbase severamente la entrada en la capilla y á cien pasos del tablado á tanto mequetrefe periodista, como hace del reo y de sus últimos actos materia explotable para su callejera industria.

—¡Oh! sí. Es esto más vil, cien veces más vil, que la curiosidad del pillete que se encarama en los árboles para tomar nota de la última mueca ó contracción del ajusticiado.

—Quede por ende prohibida y severamente castigada esa repugnante anatomía de las últimas horas del reo; ese apuntar por minutos sus pulsaciones y temperatura; esa especie de fiscalización de todas sus emociones, palabras, caimientos ó vanos alardes de valor y serenidad; esa especie de vivisección del infeliz, al que ciertamente no tiene allí la justicia humana para que sirva de *anima vilis* y de materia de entretenimiento y pasatiempo á la gente novelera y desocupada. Sospechamos que la mayor parte de los aspavientos y declamaciones que se producen hoy cada vez que tiene lugar una ejecución de pena capital, obedece, más que á un sentimiento de generosa compasión hacia el reo, á un vulgar egoísmo con que deseamos evitarnos la mortificación é indispensable mal rato que tal acontecimiento nos da. «Matarán enhorabuena ó enhoramala al reo los jueces, sin que nos

hicieran saber el día ni la hora, y nadie seguramente se metiera con ellos ni con el verdugo.» Así textualmente nos lo confesaba con toda llaneza hace pocos días un caballero, que se creía él muy enemigo de la pena de muerte, como tantos otros. Es ciertamente día de luto para una ciudad, el en que tal acto se consuma; es día lúgubre, y debiera serlo para todos de oración y de graves y elevadas meditaciones. Y eso precisamente es lo que aborrece y maldice el mundo ligero y casquivano de hoy. Pésale ver turbada con esa nota tétrica la alegría de sus placeres y su habitual frivolidad. Más que la suerte del desdichado reo, le aflige la campanilla del monaguillo que pide por él, el paso de la devota Congregación que va á confortarle.

—Esta es la clave de muchos sentimentalismos de casino y de gacetilla.

—Concluyamos, pues. Declame cuanto quiera la filosofía sentimental del Liberalismo, está lejos muy lejos el día en que pueda ser verdad la «jubilación del verdugo,» con tanto afán solicitada. Es el verdugo institución social, que no honra á la humanidad porque nace de su pecado, pero que tiene en lo más hondo de ella su intrínseco y esencial fundamento. Es el verdugo un cierto dogma de fe del género humano, del que éste no ha prescindido nunca, por más que á ratos haya querido renegar de él. Más aún. El verdugo es de derecho divino, como el poder público cuyas altas funciones ejerce, y como la sociedad y la ley, de quienes es mera representación viviente. «El príncipe ó la autoridad (dice San Pablo) es ministro de Dios, puesto para tu bien. Pero si obras mal, tiembla: *porque no en vano trae en sus manos la espada*, siendo como es ministro de Dios, *para ejercer su vindicta castigando al que obra mal.*» (Epis. ad Rom. XIII, 4).

He aquí la razón teológica del patíbulo y del verdugo; he aquí su más alta justificación.

XLVI

¿POR QUÉ HAY HUELGAS?

TERMINARON hace poco en Barcelona las famosas *carreras de caballos*, con que ha dado en divertirse hoy día la *creme* de nuestra materializada sociedad. Espectáculo aristocrático, si los hay; de reconocida distinción y buen tono; panegirizado hasta las nubes por los periódicos que más alta llevan la bandera de la ilustración y del gusto á la última moda. Se dirá que este es al fin ni más ni menos que un juego de bestias: no deben, sin embargo, de considerarlo así cuántos por su lustre y esplendor se desviven, contribuyendo á él con crecidas subvenciones ó premios, entre los cuales figura por mil duros ¡friolera! nuestro rumboso Erario municipal. Eso además de lo que representan las apuestas entre particulares, que no es floja cantidad. Con lo cual la fiesta podrá resultar espléndida y de brillantes tonos, á juicio de sus admiradores y entusiastas; puede, empero, asegurarse que nada tiene de barata, sino que es costosísima más que otra cualquiera de las que constituyeron hasta hoy el repertorio nacional.

—Mas al fin, en medio de esos derroches y bizarrías una razón suele darse, con que al parecer se justifica todo. «Se trata, dicen, del fomento y mejora de la raza caballar.»

—¡Ahí es nada si nos conviene á los españoles tener buenos caballos! Y ante ese cuadrupedal argumento hay querendirse á discreción, so pena de pasar uno por infeliz rematado y tonto de cuatro suelas. Mas por aquellos mismos días en que anduvo la gente de viso más alborotadilla con ese

correr de los susodichos animalitos cuya raza y cría hay tanto interés en mejorar, celebrábase en uno de los principales templos de nuestra ciudad otro linaje de fiesta, que para la mayor parte de nuestra buena sociedad hubo de pasar desapercibida, según el poquísimo caso que hizo de ella. Un celosísimo cuanto ilustrado sacerdote barcelonés la había anunciado y dispuesto, como suele de algunos años para acá, nó para fomento y mejora de la raza caballar como las anteriores, sino para mejoramiento y buena educación de la clase obrera, tema constante de su solicitud y apostólicos desvelos. Era un *Certamen de doctrina cristiana,* y dábanse premios, ofrecidos por el Prelado y devotas personas de esta capital, á los niños de la clase trabajadora que más se distinguiesen por su aprovechamiento en la instrucción catequística y en la explanación más perfecta de varios puntos de nuestra santa fe. Era también aquello un Hipódromo á su manera, en el cual las carreras eran de la piedad y de la inteligencia, y el nobilísimo fin de las mismas la formación de generaciones cristianas en los elevados sentimientos del deber y de la práctica de las virtudes.

Pues ¡vean ustedes! ¡A esta fiesta de almas no concurrió la gente de viso, ni contribuyó con su dinero como á aquella otra fiesta de bestias! ¡Escasa y humilde fué la asistencia de espectadores á las carreras catequísticas de Nuestra Señora del Pino, á pesar de que un grupo hermosísimo y por todo extremo simpático y encantador de más de trescientos chicos de taller acudieron á la *pista,* en demanda de los codiciados premios! ¿Qué si quieres? ¡La buena sociedad barcelonesa se declaró más preocupada por el fomento y mejora de la raza caballar, que por el mejoramiento y buena educación moral y religiosa de aquellos trescientos individuos de la raza trabajadora!

—Bien claro se ve lo carnal y animalesco de la moderna civilización en sus instintivas preferencias por todo lo que se relaciona con los irracionales.

—A propósito: en Madrid, después de las carreras de caballos, se dió estos días Exposición perruna para el mejoramiento de la raza ídem, y dicen que fué cosa magnífica y de *gran atracción* para aquel respetable público. Al hombre

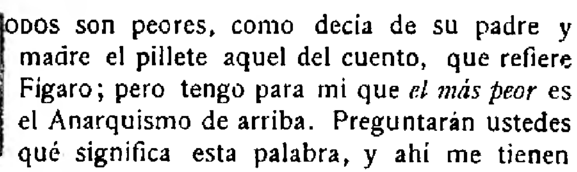
declarado hoy único dios de sí mismo, le va sucediendo lo que á aquel orgulloso Nabucodonosor de la Bliblia, que no paró en su endiosamiento hasta andar á gatas y pastar como el ganado la hierba de los campos. El dios autónomo del siglo XIX aspira á iguales honores de ganadería, y hace por merecerlos, y mucho tememos los va á conseguir. Sus aficiones y entusiasmos hípicos y caninos empiezan á demostrarlo, pues sabido es el axioma escolástico: *Omne animal diligit sibi simile*. Por de pronto se nos ha dado de eso en nuestra culta Barcelona caso y contraste de notoria ejemplaridad. El certamen caballístico del Hipódromo ha encontrado en su favor miles de duros y la asistencia de todo *el gran mundo* de nuestra capital. El certamen de la Catequística de Santa María del Pino no ha podido reunir más que algunos centenares de pesetas y unas pocas docenas de espectadores.

—Después de eso andan aún bobos por ahí que preguntan: ¿por qué hay huelgas en el mundo y petardos y cuestión social?

—Pues, ahí verá V.

XLVII

EL PEOR ANARQUISMO



Todos son peores, como decía de su padre y madre el pillete aquel del cuento, que refiere Fígaro; pero tengo para mí que *el más peor* es el Anarquismo de arriba. Preguntarán ustedes qué significa esta palabra, y ahí me tienen para darles sobre ella pronta y breve y precisa explicación. O mejor, va á dársela un periódico de esta ciudad, de uno de cuyos últimos números corto el sustancioso suelto siguiente:

«En Zaragoza, el 1.° de Mayo, varios fabricantes, en cuyas fábricas se trabaja todos los domingos del año, las cerraron aquel día, para no privar á sus obreros de la fiesta internacional del trabajo.»

Así a limpia y escueta y en crudo la tal noticia, entre las infinitas de meetings y petardos, que llenan estas últimas semanas las columnas de aquel periódico y de todos los demás.

—¡Válganos el cielo! ¡Y hasta qué punto anda anarquizada, digo, liberalizada, la sociedad actual!

—Sí y ahí tienen ustedes unos señores fabricantes, muy de orden por supuesto y quizá muy conservadores, pues teniendo fábrica no pueden ser otra cosa, y sin embargo ahí les tienen convertidos en petardistas y dinamiteros, ni más ni menos que cualquier miserable Ravachol de las bohardillas y sotabancos del arrabal. Petardistas y dinamiteros, sí, y no retiro estas palabras, sino cuando encuentre otras más duras y más gráficas en el Diccionario. Dinamiteros,

sí, y de la dinamita más horriblemente explosiva, que, si no lo han por enojo, es en el cielo la ira de Dios y en la tierra el mal ejemplo dado á pobres y pequeñuelos. Porque, ¿quién duda que con actos como esos tan brutalmente y tan de continuo repetidos de la profanación del día festivo, se infiere á la Divina Majestad el peor de los ultrajes, como que equivale á la más completa negación del derecho que tiene á exigir y á obtener de su criatura el culto y servicio públicos que le corresponden? ¿Y qué clase de hombre de orden es ese, que no contento con desconocer él los fueros de su Dios, hace que los desconozcan y prácticamente los nieguen aquellos que están á sus órdenes, alzando él su miserable despótico capricho é insaciable codicia como orgulloso rival ante la suprema ordenación de su Criador?

Si truena después y relampaguea y descarga luego sus rayos y centellas sobre los palacios y talleres del rico la Revolución social, ¿á quién se quejará éste, si ha sido el primero en insultar al cielo y en lanzar á su Dueño y Señor el reto infame de declararse emancipado de su ley y soberanía?

Si le basta á Dios para castigar á su rebelde vasallo y quedar del mismo sobradamente vengado, que le produzcan su propio y natural efecto sus crímenes y maldades, ¿cómo habremos de extrañar la muy lógica consecuencia de que se declaren anarquistas contra los amos de la tierra, los infelices que han visto á sus amos declararse anarquistas contra su Amo del cielo?

—Lógica consecuencia habéis dicho, y en esto no cabe duda alguna, á poco que se examine la cuestión. Los malos ricos, los profanadores del día festivo, los sistemáticos embrutecedores del pueblo trabajador, hacen todo lo que pueden para convertir á éste en grande rebaño de bestias humanas, que trabajen mucho y cobren lo menos posible, y con libertad á lo más para revolcarse como sucios animales en el cieno de las más groseras concupiscencias. ¿Libertad, empero, para honrar á Dios en el día que éste se ha reservado? ¿Libertad para concurrir al templo y sentarse allí á la mesa de su común Padre y recordar su abolengo celestial? ¿Libertad para solazarse un día siquiera, un día tan

sólo cada semana, en el dulce amor y compañía de los hijos y esposa, lejos del ruido de la máquina y de la atmósfera del taller? ¡Ah! No, eso no lo concibe necesario el anarquista rico; esto no entra en el presupuesto de sus industrias y manufacturas; esto es un despilfarro de tiempo y de dinero que no puede consentir la Economía positivista, que para muchas gentes parece ser el único Catecismo.

—Pues bien; poderosos de la tierra: tendréis lo que deseáis, cosecharéis lo que habéis en mal hora sembrado. Anarquismo quisisteis y Anarquismo tendréis. Anarquismo habéis enseñado á vuestros proletarios y Anarquismo os darán ellos, hasta el colmo. No harán más que variar en daño vuestro la puntería. Vosotros les enseñasteis á apuntar al cielo, y ellos apuntarán á vuestras riquezas que son vuestro cielo: vosotros les quisisteis despreciadores tan sólo del Catecismo, y ellos os saldrán despreciadores de toda humana ley; vosotros les hicisteis enemigos del sacerdote, y ellos os irán saliendo enemigos de todo lo que tenga sobre su grasienta blusa algún linaje de superioridad!!!

Os acontece lo del refrán: «quien á los cielos escupe en la cara le cae.» Seguid, seguid, anarquistas de arriba, disparando contra la ley de Dios los petardos de vuestra codicia: El os responderá permitiendo estallen cada dia con mayor frecuencia al pie de vuestras fábricas los petardos de su venganza.

XLVIII

DE TAL ÁRBOL TALES... BOMBAS, Ó EL VERDADERO ANARQUISMO

Nos hemos permitido modificar el proverbio, porque nos gusta llamar á cada cosa con su nombre, y en realidad no hay ya para qué andarse en metáforas y rodeos. Las bombas que estallaron no ha mucho á las barbas del Capitán general de Cataluña y en medio de su brillante Estado Mayor y frente á frente de toda la guarnición de la segunda capital de España, son evidentemente los últimos frutos harto maduros ya y en buena sazón del arbol famosisimo de la libertad liberal. Nuestros padres los comieron en agraz, cuando la célebre matanza de los frailes que fué la flor y primicia del susodicho árbol. La generación presente los está cosechando en tal grado de desarrollo y perfección que no hay más que pedir. Son sabrosos como ellos solos.

—¡Y aún no se convencen los tontos y reaccionarios católicos de que el Liberalismo es una gran cosa!

—Por lo que á nosotros toca, hechos como los citados nos parecen tan elocuentemente instructivos, que (salva la compasión que inspiran siempre las víctimas) creemos no le vendría mal á la sociedad actual un espectáculo de estos cada semana, que Dios no permita. Es algo como un revulsivo para despertar conciencias aletargadas; es rudo pero eficacísimo despertador de corazones soñolientos y adormecidos.

No se convertirá el Liberalismo, que como su padre Lucifer es inconvertible, pero aprenderán tal vez á conocerle al-

gunos infelices que hasta hoy fiaron más de lo que convino en sus frases de oro y en sus promesas de miel. El absurdo social que entraña el Liberalismo aparece, en efecto, á la luz de estas explosiones en toda su deformidad, en toda su esencial mentira. Y de ello nos están dando la más autentica certificación los propios liberales. A voz en cuello andan pidiendo estos días el castigo inexorable del criminal. Es seguro que en favor del mismo no se elevará una petición de indulto. Pero al mismo tiempo apresúranse á disculpar el sistema y á declarar la inviolabilidad de las leyes perversas bajo cuya protección y amparo se engendran estos monstruos y se fraguan y preparan tan horribles atentados.

—Es el Liberalismo exhibiéndose esta vez de cuerpo entero y haciendo alarde de su más horrible mueca para escarnecer á la sana filosofía y al sentido común. Era axiomático hasta los modernos tiempos que la predicación del crimen es á todas luces más criminal y justiciable que la misma perpetración de él. Así lo entendieron siempre y conforme á ese criterio juzgaron y fallaron los códigos cristianos. Asesinar á un hombre lo tuvieron ¡es claro! por delito gravísimo. Pero enseñar que es lícito el asesinato tuviéronlo siempre por crimen todavía peor, y lo castigaron con más severas penas. Así procedía y fallaba la Santa Inquisición.

—Y es evidente lo racional de esta jurisprudencia. Asesinar á un hombre es un hecho concreto, de índole ciertamente muy grave, pero que tiene por lo común limitadas sus consecuencias. Predicar ó enseñar como lícito el asesinto es un hecho de trascendencia general, y por tanto que produce un desorden moral de mayor cuantía. El Liberalismo y nuestras liberales leyes no lo aprecian de esta manera. Según él y ellas predicar la destrucción del orden social existente por medio de los explosivos *(de la química,* dice un semanario anarquista que acabamos de leer), es perfecto derecho de todo ciudadano libre. Organizarse en secta para propagar y dar cuerpo á estas ideas, es simplemente libertad de asociación. Seducir á los infelices hijos del pueblo para poner en sus manos el horrible explosivo, después de haber robado á sus almas toda fe, toda esperanza, todo respeto, es

emancipar al obrero, es desfanatizarle, es redimirle del yugo de clericales y rancias preocupaciones. Hasta aquí no ve materia justiciable el Liberalismo. No ve más que derechos indiscutibles del librepensamiento. Mas cuando el insensato á quien han vuelto tal aquellas predicaciones, obra en armonía con ellas y consiguientemente (y tal vez por una verdadera obsesión que disminuye en gran parte su responsabilidad) va y coge y arroja la bomba destructora ¡ah! entonces advierte el delito el Liberalismo, entonces pide los juicios sumarios y los últimos castigos y la inexorable vindicta social. ¡Ah miserable embustero! ¡Corta el árbol por su tronco y raíz, si no quieres que te aplasten los frutos espontáneamente, necesariamente desprendidos de sus últimas ramas! ¡Plantas el árbol, lo cuidas con esmero, lo rodeas de toda suerte de legales inviolabilidades, llámasle sagrado, sacrosanto, tu único dios, tu único evangelio, y luego no sabes sino horripilarte con farisaico escándalo, porque te dé tales frutos de muerte y destrucción! ¡Liberalismo embustero! Lo que pasa es tu obra, y eres tú quien antes que nadie mereces por justicia sumarísima la pena de muerte! ¡Malvado Liberalismo! Oyelo otra vez y óyelo otras cien veces: ¡No hay en realidad de verdad más Anarquismo ni más anarquistas que tú!

XLIX

JUSTICIA ANTE TODO



IENEN todas las cosas humanas su lado cómico y risible, aun las más espantosas. Tal está sucediendo desde hace poco con el horrendo atentado de que ha sido víctima el jefe de la vecina nación francesa, Mr. Carnot.

Lo horriblemente trágico es el espectáculo del infortunado presidente de la república, abierta la tripa por el certero navajazo de un anarquista. Lo graciosamente cómico es el llanto de gacetilla, la protesta de duelo con uniforme á que con tal motivo se está entregando hace cuatro ó cinco días todo el mundo liberal.

—¡Ahí es nada, en efecto, lo que se está plañendo y llorando á moco tendido el Liberalismo fin de siglo, por todas sus narices y desaguaderos del periodismo! ¡Diríase que en toda su vida ha roto un plato ni ha visto romperlo el muy desvergonzado! ¡Diríase que sus protestas de ocasión y sus llantos de encargo le salen de veras del fondo de sus entrañas, al contemplar esta reciente víctima revolucionaria inmolada en sus propios altares por la Revolución!

—Probemos en algún modo consolar á estos desconsolados, que al fin es obra de misericordia como cualquier otra, y en nadie sienta tan bien como en nosotros ejercitar de esta manera la caridad. Lamentable suceso es el que ha pasado, y no hay para qué buscarle paliativos ni atenuantes. La plebeya y democrática personalidad de Mr. Carnot, en concepto de autoridad, es á los ojos de la fe católica tan

inviolable y digna de respeto como la de un rey, hijo de cien reyes, para que eso solo ponga en su más alto grado de criminalidad el horror del reciente atentado. Mas comparando tiempos con tiempos y personas con personas, hallamos bastante inconsecuentes y desiguales de criterio á los liberales de hoy, y por lo mismo bastante incompetentes y de ninguna fuerza moral para execrar y anatematizar hechos como el de que ahora se trata. Hace cien años, justos y cabales cien años, asesinaron al jefe de la monarquía francesa, sin otro delito que serlo. El abuelo de Mr. Carnot firmó con toda gravedad el acuerdo, no nos atrevemos á llamarlo sentencia, por el que se llevó á cabo este asesinato. No se sabe que el Mr. Carnot actual hubiese renegado una vez siquiera de ese abolengo de sangre que ennoblecía su apellido. Puede en cambio asegurarse que sus aduladores y cortesanos, que también tiene cortesanos y aduladores el demagogo aristocratizado, más de una vez citaron en son de elogio para el Mr. Carnot de hoy, la historia arrebolada con sangre del Mr. Carnot jacobino, es decir, anarquista de hace un siglo. ¿Quién, pues, ha de extrañar que los sangrientos blasones del abuelo regicida que recuerdan tan famosa hazaña, hayan excitado contra el nieto el ansia del heroísmo de un ciudadano de los presentes tiempos para en su nieto emularla y aun sobrepujarla?

—Y á la verdad, en eso ha habido progreso; lo cual debe no solamente consolarnos, sino enorgullecernos á los que lo que primero buscamos en todo es el progresar.

—Tenéis mucha razón. El asesino de hoy ha sido más humano con su víctima, que los del siglo pasado con el desdichado Luis XVI. No la humilló, no la afrentó, no quiso antes de matarla envilecerla; no la sujetó á crueles formas de proceso; no la hizo pasar por la ignominia de inútiles defensas; no prolongó días y días el horror de su mortal agonía; no hizo esta extensiva á las prendas más queridas de su corazón, á la esposa, al hijo, á las hermanas. No procuró dar á su puñalada de *bravo* italiano el aspecto ceremonioso de justicia legal; no levantó cadalso; no condujo al reo en innoble carreta; no cubrió de armados batallones y de artillería y caballería las plazas de París para asegurar el golpe

de mano; no ahogó con el redoble de los tambores la postrera voz del honor y de la dignidad del último Monarca de Francia. ¡Qué suave, qué humano, qué benéfico, qué piadoso aparece el asesino de hoy en comparación de los asesinos de 1793! Pues, en cuanto á grandeza de alma es incomparablemente mayor sin duda alguna la del anarquista presente que la de los anarquistas de aquella época. Aquéllos á mansalva, dejando á cubierto su material responsabilidad, fríamente y sin riesgo alguno de sus personas, entregaron al verdugo Sansón la indefensa é inofensiva de su víctima. Este se ha presentado á la suya cuerpo á cuerpo, en medio de los coraceros de su escolta, dispuesto á pagar bizarramente con la vida propia la vida ajena que iba á destruir. Si cabe en el crimen cierto género de honor y de heroísmo á su manera, aquí debe buscarse, y no en los procedimientos viles y cobardes del Comité de Salud pública. El anarquista de hoy es un caballero de la Edad Media, si se le compara con aquellos forajidos de la Convención. Ha jugado en el lance su existencia, y es seguro que nada hará por disputarla á la guillotina á la que de antemano la ofreció. Criminal por criminal, es menos villano serlo de esta suerte. La Historia severa, incorruptible, dedicará á los asesinos de Luis XVI y al del republicano Mr. Carnot su página respectiva; mas en la de aquéllos será indudablemente más dura. Enjuguen, pues, sus llantos y acallen sus lamentos los liberales de hoy, si no quieren ser tenidos por jueces de dos pesos y dos medidas. Aquí todos nos conocemos ya, gracias á Dios, para saber á qué atenernos con respecto al valor de ciertas lágrimas de cocodrilo. Una es la autoridad, una la ley, una la moral privada como la moral social. Si lo del 93, de donde arrancan todos sus sistemas y todas sus revolucionarias *legitimidades*, no fué un asesinato, más vil y más asesinato que el de hoy, canonicemos enhorabuena al asesino de Mr. Carnot, como el Liberalismo ha canonizado con histórica apoteosis á los asesinos de Luis XVI.

Ni aquéllos lo merecieron más, ni éste lo ha merecido menos. Dése lo suyo á cada cual. Justicia ante todo.

L

CURADOS DE ESPANTOS


XTRAÑA se hace á algunos de nuestros liberales la especie de frescura y tranquilidad, con que hablamos por lo común los periodistas católicos, de las feroces hazañas del Anarquismo contemporáneo. Echábamelo en cara días atrás en son de censura un mi vecino, que por desgracia suya pertenece también a aquella secta, y decíame así:

—Vaya, amigo mío, que eso no está bien, y poco falta al oír ó leer vuestro lenguaje, para que se os haya de tener por más que medianamente contentos y satisfechos de lo que está pasando.

—Líbrenos Dios, compadre; que eso en nosotros más que en otro alguno fuera pecado, y no ciertamente venial.

—Pues digo, si se ha de juzgar por el ningún horror que mostráis por esas públicas calamidades, y por el tono reposado, y á veces hasta chancero y retozón, que usáis para dar cuenta de ellas....

—Es que vos y los vuestros, caballero, no echáis de ver en eso una especial circunstancia.

—¿Cuál?

—La de que para nosotros carece de novedad el drama espeluznante que se está representando, y ha perdido por ende todo el interés. No nos sorprende pizca ni miaja.

—A fe que no comprendo lo que con eso queréis decir.

—Nada, amigo mío; que estamos curtidos, muy curtidos en el asunto, y de lejos nos viene el que tengamos ya mu-

cho más endurecido é insensible el corazón. Venimos tiempo ha curados de espantos.

—¡Que diablos!

—No hay diablos ni diablas que valgan. La historia casi contemporánea nos está convidando precisamente á refrescar algunos recuerdos que os acabarán de poner al cabo de la calle en esta materia. Hace unos sesenta años, poco más ó menos...

—¡Bah! La manoseada leyenda de los frailes y los conventos...

—Manoseada, sí, y tanto; pero nunca de más palpitante oportunidad que hoy.

—Explicaos.

—Sin perder minuto. Vos y los vuestros erais en 1835 los anarquistas de entonces: nosotros entonces los anarquizados, y pasadme la expresión.

—¡Sopla!

—Ni más ni menos. Es una verdad que ha pasado ya á categoría de cosa juzgada y fallada y que no se puede borrar de la Historia incorruptible ni admite réplica ó apelación.

—Seguid.

—Pues sigo, y tened paciencia. Erais, repito, los liberales los anarquistas de entonces y con el propósito de cimentar vuestro nuevo orden de cosas, fraguasteis y cometisteis (ó consentisteis, por lo menos) aquella horrenda iniquidad. No os contentasteis con matar á un hombre, matasteis á centenares; no arrojasteis una bomba ó una docena, paseasteis la tea devastadora por todas partes; aun ostenta en mil lugares nuestra antigua España la huella espantosa de vuestros vandalismos. Hicisteis más. Para dar colorido de justicia social y popular á vuestros crímenes falsificasteis los hechos; echasteis el borrón de las más negras calumnias sobre vuestras víctimas; quisisteis asesinarlas moralmente en la pública opinión y fama, como físicamente las habíais asesinado en nuestras calles y plazas, para que toda restauración y rehabilitación fuese en adelante imposible. Más todavía hicisteis. Os lanzasteis como aves de rapiña sobre sus sangrientos despojos, y después de haber cebado en clases inermes, hasta de señoras, vuestra ferocidad de sectarios, cebasteis

en lo que fué suyo y de Dios y de los pobres vuestra fría y calculadora codicia de burgueses. De los muros sagrados, de los recogidos claustros, de los templos del Señor, de las fincas donadas por la antigua piedad hicisteis vuestros teatros, vuestros cuarteles, vuestras granjas, vuestras fábricas, vuestras productoras manzanas de edificios. Con el oro y plata de los altares llenasteis vuestros cofres, y con las joyas del culto vuestras colecciones y museos. Templo hubo y tabernáculo del Dios vivo que sirvió de cuadra para vuestros caballos ó de bodega para vuestros vinos ó de lúbrico salón para vuestras orgías. Todavía sabe de memoria el pueblo, el pueblo anarquista de hoy, á quién pertenecieron los solares en que habéis labrado para vosotros y para públicas rameras más de un palacio; todavía llama él con los nombres del antiguo legítimo poseedor haciendas y cortijos, que después de villana subasta habéis hecho inscribir con el vuestro en el Registro de la Propiedad. ¡Ah! ¡El Registro de la Propiedad! Y cristianamente hablando, ¿qué es en muchas comarcas el Registro de la Propiedad, sino el catálogo oficial de los bienes y censos arrebatados, por el inmenso latrocinio de la desamortización, al verdadero propietario? ¿Y queréis, hombres de Dios, ó del demonio, que nos sorprenda al Anarquismo de esos miserables obreros, que es Anarquismo de perro chico, cuando durante más de medio siglo nos habéis estado acostumbrando á ellos y á nosotros (á ellos sobre todo), á aquel otro Anarquismo del cual habéis algunos salido aprovechados millonarios? O ¿creéis por ventura, que porque sois vosotros los anarquizados de hoy, nos habéis de inspirar más legítima compasión que los que fueron por obra vuestra los anarquizados de hace cincuenta años? Y si todo eso reconocéis, ¿dónde está vuestra obra reparadora? ¿dónde las restituciones de honras y bienes? ¿dónde el público desagravio á Dios? ¿dónde la satisfacción al pueblo por tan abominables ejemplos? Anarquistas de frac y de levita, ¿con qué derecho pedís el castigo, ciertamente muy merecido, de los anarquistas de blusa y americana, si no hacen éstos más que practicar para el logro de sus ideales, lo que en mayor escala, para el logro de los vuestros, no menos impíos y no menos malvados, no tuvisteis escrúpulo en realizar? Si fue-

ron aquéllas meras inevitables convulsiones políticas, como en su abono soléis decir, meras convulsiones políticas han de llamarse los estragos de hoy. Si en loor de aquellos hechos y de sus autores se han escrito páginas encomiásticas y erigido monumentos y rotulado calles, también en loor de los Pallás y de los Vaillant se hará quizá en su día esa oficial rehabilitación y apología pública. Ignominiosamenie ajusticiados por la ley de entonces fueron como éstos muchos de los que actualmente llamáis vuestros mártires y señaláis como gloriosas figuras en el árbol genealógico de vuestros partidos. ¿De qué nos hemos, pues, de sorprender los católicos, y á qué vendrían de nuestra parte por tan viejas novedades los sustos y aspavientos? Todo lo que en eso acontece es tan natural ¡oídlo bien! es tan natural como la caída en otoño de la fruta madura; tan lógico como cualesquiera otras leyes de la Física ó de la Historia; tan espantosamente justificado como todas las justicias de Dios.

—Calló siempre aquel mi amigo y ni una palabra se atrevió á replicar á estas razones. ¡Cuántos podrían y deberían darse por aludidos en ellas!

LI

CARTA ABIERTA Á UN SEÑOR MINISTRO

Excelentísimo señor y muy distinguido compaisano:

Permítale V. E. al que subscribe, la libertad de dirigirse en esta forma así casera y familiar á una persona tan alta y encopetada como V. E., y sírvase leerme, si no con interés, siquiera con calma y cachaza, que no las merece menos que cualquier otro asunto, el delicadísimo que al presente ocupa preferentemente la atención de los católicos españoles.

Trátase, señor mío, del famoso decreto de V. E. relativo á la asignatura de Religión y Moral en los Institutos de segunda enseñanza.

Por varios lados y desde diversos puntos de vista se ha estudiado esta obra maestra del Liberalismo conservador en los últimos tiempos, y tantas y tales tachas se han encontrado en ella, que la infeliz no tiene ya hueso sano, ni pieza alguna de la punta de los piés á la coronilla de la cabeza, que no haya sido desmenuzada, triturada, materialmente deshecha por la crítica feroz de los católicos intransigentes.

¡Si son malhumorados y descontentadizos esos integristas, que no saben ver al través del decreto de V. E. el noble afán por servir á la Iglesia y dejar complacidos y sin motivo alguno de queja á los venerables Prelados españoles!

Préciome, excelentísimo señor, de más razonable y equitativo que esos colegas míos del integrismo, y póngome á las

buenas, y voy á salirme hoy por un registro que no soñó de seguro ninguno de ellos, y que sin duda tampoco espera V. E. de este su humildísimo servidor.

Es el siguiente, y no vaya V. E. á tomarlo á broma, que la cosa es muy seria. como V. E. verá:

Me parece de perlas el decreto de V. E., y lo acepto y con ambas manos lo aplaudo y palmoteo, y lo señalo con piedra blanca en los fastos de la enseñanza católica en nuestra patria.

Sí, señor: todo eso, con una sola sencillísima condición: la de que se nos dé á los católicos igual benévolo trato legal que el que V. E. se ha dignado dar á los disidentes del Catolicismo. No es mucho pedir, señor mío, y paréceme que en la demanda no me salgo de la más estricta equidad.

Me explicaré.

No quiere V. E. molestar á los anticatólicos españoles, haciendo que tengan que asistir á una clase donde se les explique el dogma y moral de Cristo, y para ello les exime de cursar esta asignatura, mediante declaración, al efectuar la matrícula, de que no pertenecen los tales al gremio de la Iglesia.

Está bien: hay aquí una sencilla aplicación del criterio liberal, que tiene por legítimo el *derecho al error*, y quiere por tanto que á nadie se le viole este su supuesto derecho. Unas cuantas docenas de disidentes del culto católico agradecerán á V. E. esta disposición, que rinde oficial homenaje de reconocimiento y de respeto y de inviolabilidad á la impiedad y á la herejía.

Mas ahora entro yo, y digo: Los católicos españoles somos, aunque católicos, tan ciudadanos españoles como esos señores disidentes, bien que á ratos no lo parezca. Tenemos, pues, igual derecho á que se respete nuestra opinión personal de cada uno, aunque esta opinión coincida con las enseñanzas de Dios y de la Revelación de su Hijo Jesucristo. Nada, que tenemos también nuestro *derecho al error*, como cualquier hijo de vecino, sea ateo, protestante ó espiritista. Profesamos (Dios me perdone) las opiniones de la existencia de Dios y del alma humana y de la otra vida y de la Redención de Cristo y de la autoridad de su

Vicario, etc., etc. No, no queremos aquí se nos tomen estas doctrinas á cuenta de verdades. Nada de eso, señor ministro; tómelas V. E., como buen liberal, á cuenta de opiniones y aun de errores, que nos es lícito profesar y que profesamos... porque nos da la gana.

Ahora bien. Si el Liberalismo prescribe sea respetado el error anticatólico, y V. E. exime por ello á los disidentes de asistir á unos cursos donde ¡oh lástima! se sentiría contrariado su anticatolicismo; debe también el Liberalismo guardar iguales respetos á *los errores* católicos, y tenernos á los que los profesamos igual consideración. O se es liberal para todos, señor ministro, ó no se lo es para nadie. En este concepto, pues, urge que publique V. E. (refrendado por quien corresponda) un Decreto que haga *pendant* con el anterior, y que diga poco más ó menos de esta manera:

«Se enseñará lo que se quiera en los Institutos y Universidades de España; mas á los estudiantes católicos se les exime de la asistencia á las clases donde se expliquen doctrinas contrarias á su fe, mediante que al efectuar la matrícula hagan constar en secretaría que pertenecen á la *secta* llamada Catolicismo.»

Así, así, señor mío: este sería el verdadero reconocimiento de derechos igual para todos; y tendría quizá para nosotros alguna de las ventajas que hoy tan sólo usufructúan nuestros enemigos. Y ya que no merecemos el respeto de la ley por católicos, obtendríamoslo al menos por sectarios, y en nuestra actual tristísima situación no es poco lo que se ganaría con eso.

Considérelo V. E., señor mío, y resuélvase á hacerle á nuestra madre la Iglesia y á nuestros beneméritos Prelados esta obra de misericordia.

¡Por Dios y por sus Santos, señor Ministro de Fomento! ¡Trátenos á nosotros siquiera como á los ateos y herejes, y no nos hartaremos de darle gracias *in sæcula sæculorum* por este rasgo de caridad!

¡Mire V. E., señor Ministro, que es recia cosa eso de que á un ateo no se le deba dar el mal rato de exponerle las pruebas de la existencia de Dios, y en cambio á un buen cristiano se le pueda herir un día y otro día en lo más deli-

cado de su alma, enseñándole que no la tiene y que desciende del mono y que muere como el perro!

¡Igualdad ante la ley y ante la asignatura, señor Ministro!

¡Derechos iguales, respetos iguales, consideraciones iguales á todo error; aunque el error de unos sea el de Spencer ó Darwin explicado y comentado por Odón de Buen, y el error de otros sea el de Cristo-Dios enseñado por el magisterio infalible de su Santa Iglesia, Católica, Apostólica, Romana! ¡Mídanos á todos con el mismo nivel y rasero la satánica libertad del mal, ya que no nos vale por lo visto ni ha de valernos nunca la cristiana libertad del bien!

¡Por favor, señor Ministro de una Reina y de una nación que se llaman católicas! ¡Sea V. E. liberal de una vez y séalo de veras siéndolo para todos!

Mas ¡ah! bobo de mí, que se me había olvidado lo mejor del cuento, y advierto ya perdida toda esperanza. No es V. E. liberal de cualquier modo: es V. E. liberal conservador.

Con que, nada hay de lo dicho, y poco espero de esta mi extraña misiva, por la cual acabo pidiéndole humildemente perdones.

Lo hecho está muy en carácter y no puede ser de otra manera. Los quince ó más millones de católicos españoles tengan paciencia, pobrecicos, y aguanten sufridos y resignados el ultraje diario á su católica fe. Las escasas docenas ó contados centenares de españoles disidentes pavonéense orgullosos con el público legal homenaje que se rinde por la ley á su incredulidad ó herejía. Siempre ha sido así el Liberalismo conservador, y no es probable cambie en esta su última senectud de condición y de mañas. Si alguna ventaja relativa obtuvo en este siglo el perseguido Catolicismo, obtúvola casi siempre del Liberalismo radical; rara vez del Liberalismo que pretende pasar por manso y atenuado.

Mande V. E. á este su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

LII

LOCOS ¿ELLOS Ó NOSOTROS?

TIENE gracia, ¡válgame el cielo! ¡pero mucha gracia, muchísima gracia!

—¿Qué, señor mío?

—Nada, una friolera, si va á decir verdad. Lo de que tenga cada año el calendario un día designado para que los muertos sirvan de jolgorio á los vivos.

—¿Estáis loco?

—Puede que sí, según ven los sabios del mundo las cosas de otra manera que yo.

—Bromas á un lado, y hablemos en serio.

—¡Sí, para bromas estoy, y de un modo particular el asunto de que se trata!

—Vaya, pues. Acabemos de una vez, y sepamos la substancia del caso.

—Que no puede ser ciertamente más raro y original. ¿No sabéis que para dentro pocos días trae señalado el almanaque: *La Conmemoración de los fieles difuntos?*

—Sí, el dos de Noviembre, por más señas; día de Animas, como dicen en muchos puntos; día lúgubre y solemne, con su apenas interrumpido clamor de campanas, con sus paramentos de luto en las iglesias, con sus blandones y gasas y coronas en los cementerios.

—Decís bien, y añadid: con su bromeador y retozón concurso en los mismos; con su alegre y divertida multitud en sus antes silenciosas calles; con sus profanos galanteos y chistes y risotadas cuando de allá se viene ó allá se va. Aña-

did, añadid todo eso, y algo que todavía me callo, y tendréis el verdadero cuadro, el cuadro completo de lo que es para muchos pueblos ese recuerdo anual á los que fueron, ese dia que debiera ser de graves pensamientos para todas las inteligencias, de rezo para todos los labios, de duelo cristiano para todos los corazones. Vedlo en Madrid, vedlo en Barcelona, vedlo en la mayor parte de nuestros grandes centros de población, y decidme si no tuve motivo para sorprenderos con la epigramática frase, que tanto os dió que reir al principio de esta mi conversación.

—Es verdad; no parece sino que el tal día se puso de propósito para que los muertos les sirviesen á los vivos para un rato de regocijado pasatiempo.

—Y si me llamasteis loco por expresarlo yo así, ¿cómo vais á llamar á los que con sus actos obligan á que así se los llame?

—Locos de atar y archilocos rematados. Pero... ¡así anda casi todo el mundo!

—¿Y quién os ha dicho, amigo mio, que el mundo no es todo él un manicomio suelto? Vedlo, sin ir más lejos, en lo que pasa hoy. Al cementerio se da cita el mundo para reir y solazarse una tarde del año, como va otras al Circo ecuestre ó á la Plaza de toros. ¿No parece éste un rasgo de locura fenomenal? Por la noche llena los teatros, saboreando un espectáculo de muertos y aparecidos, como pudiera la más chistosa zarzuela ó el más entretenido can-can. ¿Creéis que eso supone también en las gentes algún sentido común?

—Son realmente extraños y curiosos viceversas.

—Exactamente: son, amigo mío, los viceversas de la locura. ¿Qué es sino la locura más que un estado más ó menos crónico de continuos viceversas? Lo insensato no es más que lo viceversa de lo razonable, y conforme á esto fallad vos en la presente ocasión y en mil otras que se os ofrecerán por ahí todos los días. Que el Día de difuntos se emplee en la iglesia, en rezos, meditación, Misa y Sacramentos por los difuntos; que en el fondo de todos los hogares se haga cristiana memoria de ellos y de lo que todos hemos de ser dentro brevísimo plazo; que en nuestras mismas públicas costum-

bres y en el mismo aspecto exterior de nuestras poblaciones se refleje la austera gravedad de estos elevados sentimientos, ¿no es esto lo propio, lo razonable, lo natural? Que se visite el lugar de la muerte con el corazón oprimido de dolor y la frente anublada por serias meditaciones; que allí se nos avive el santo recuerdo de los que en el mundo amamos y un día perdimos; que al mirar su recinto se nos represente la vanísima vanidad de lo terreno, y la eternidad de premio ó de castigo que aguarda á nuestras almas; ¿no fuera esto lo conducente y atinado y puesto en razón? ¿No sería ésta la verdadera y legítima «Conmemoración de los fieles difuntos» para todo hombre, no ya cristiano, no ya piadoso, pero siquiera racional?

—Es verdad.

—Cerremos, pues, esta conversación por donde la hubimos de principiar, y digamos sin que se nos tome á cuenta de bromas, sino con toda la triste seriedad que el asunto reclama: Cierto, ciertísimo debe de ser. Tiene cada año el calendario un día designado para que los vivos se rían de los muertos, ó para que los muertos les sirvan á los vivos de pública diversión.

LIII

EL MILAGRO PERMANENTE


o sé ¡por Dios! como hay quien, teniendo ojos en la cara y luz de razón en el alma, se atreve á negar en nuestros días la existencia del orden sobrenatural, y por tanto la divinidad del Catolicismo.

—En efecto: el caso es rarísimo. El milagro, que nunca ha faltado en la Iglesia de Cristo, como prueba material y visible y tangible de su divino origen, no sólo no falta hoy, sino que se ha convertido en algo como permanente, crónico, ordinario, hasta el punto de que deje ya de maravillar á las gentes por su misma profusión. Mas, ¿por qué lo decís ahora?

—Dígolo por Lourdes, que bien podría llamarse con cierta propiedad oficina ó taller continuo de milagros, según los que á vista de todo el mundo moderno, y de lo mas terco y reacio de él, está obrando incesantemente el cielo, por intercesión de la Bienaventurada Virgen María.

Leo y corto de un periódico noticiero lo siguiente:

«Treinta mil peregrinos han acudido este año (1897) por la Virgen de Agosto al Santuario de Lourdes, teniendo que hospedarse muchos en los pueblos inmediatos y hasta en la misma ciudad de Pau. Trescientas veinte y tantas curaciones milagrosas se han verificado, ciegos, sordos, paralíticos, enfermos dèl estómago, del corazón, etc., etc. Se ha publicado la lista de los curados, con sus nombres, domicilio,

enfermedad respectiva, y juicio profesional de los médicos sobre la misma.

«Los periódicos menos devotos de París, como *Le Figaro*, dan cuenta de esas curaciones maravillosas, y del fervor de los peregrinos, bajo la firma del más conocido de sus *reporters*, Mr. Chincholle, el mismo que acaba de acompañar en su viaje á Mr. Faure.» Hasta aquí el colega aludido.

—Realmente es cosa curiosa. ¿Quién no diría que es éste, nó un suelto de gacetilla, sino un retazo de cualquier crónica monacal de la Edad media, sencillamente traducido al lenguaje periodístico de nuestros tiempos por un chusco de buen humor?

—En efecto, dígasenos sino:

¿Qué es lo que se refiere con tal sencillez é ingenuidad, como la cosa más natural del mundo? Pues, no otra cosa sino el concurso de treinta mil fervorosos devotos á un santuario de María Santísima, en una sola de sus festividades, á fines del siglo XIX.

Y ¿qué detalle saliente se hace notar de ese extraño concurso de gentes, que van á una ermita, movidas sólo por su fe y devoción? el de que más de trescientos enfermos de los que formaban parte de él, han sido milagrosamente curados, bebiendo un vaso de agua ó bañándose en ella.

Y ¿quién cuenta eso con todos sus pelos y señales? *Le Fígaro*, periódico despreocupado, si los hay; el periódico de los salones mundanos de París, el que por todo pasará menos porque le llamen ultramontano y jesuita y clerical.

Y ¿á quién se lo cuenta ese periódico? No á las monjas y frailes y clérigos y pueblo fanático de España; y perdónesenos el modo de señalar; sino al pueblo más frívolo y ligero y *soi dissant* más ilustrado del globo; á los franceses de la República del 1897, á la flor y nata de sus hombres cultos y de sus damas elegantes y de sus políticos avanzados y de sus eminencias científicas.

Y ¿con qué sello de autenticidad se presentan garantizados los milagros que relata? Nó con el fallo de las Congregaciones romanas, nó con el de los Prelados de su país, no con el de sus antiguos Claustros universitarios; sino con el *certificado de la ciencia* en su más racionalista y despreocupada

personificación; la ciencia de las Facultades médicas; la ciencia de los Institutos y Academias; la ciencia de los doctores especialistas; la ciencia moderna, la ciencia, en una palabra, que no es la rancia teología, sino al revés (según vulgar apreciación de muchos) lo más opuesto á ella; la ciencia de lo material, frecuentemente materialista; la ciencia que no admite otro criterio último que lo que ve con el microscopio ó toca con el escalpelo ó abre y registra con el bisturí.

—Y todo eso á que os referís, ¿se niega? ¿se pone en duda? ¿se discute siquiera?

—Pues, no, señor, y ahí está lo más raro del caso: ni se niega, ni se pone en duda, ni siquiera se discute.

—Entonces ¿se acepta?

—Sí, y no. Sí, suponiendo que el no negarlo ni discutirlo equivale á tácita aceptación. No, en el sentido de que tampoco por la generalidad se reconoce á tales hechos el valor y significación que debe darles todo hombre, no ya cristiano, sino sencillamente racional.

—¿Cómo se explica entonces este contrasentido?

—Muy claramente se explica.

La que hemos llamado oficina ó taller de milagros, ó mejor, milagro permanente, funciona incansable en Lourdes, sin que pueda negar su evidencia la incredulidad, que lo está pensando cuarenta años ha, y aún no se ha resuelto á intentarlo. Cuantiosa prima se ha ofrecido en favor del que probase ser embuste cualquiera de los milagros oficialmente reconocidos por tales entre los muchos que se registran cada día en Lourdes... y está todavía por ganarla la ciencia librepensadora, que no es manca ni poco atrevida, por nuestra desdicha, en estos mundos de Dios. Luego, hemos de concluir que no ha podido ganarla, pues no es posible suponer que no ha querido, y de consiguiente la autenticidad del milagro permanente en Lourdes queda en pie. Pues, ¿cómo persevera, decís, en su general incredulidad el mundo de hoy en que tales maravillas acaecen? Si no niega el milagro, porque en realidad no puede negarlo, ¿por qué no se rinde á la deducción lógica que debe sacarse de él? Es muy sencilla aunque muy vergonzosa la respuesta. Porque la enfermedad moral de nuestro siglo no es de la cabeza, sino del corazón; no es

de falta de luz, que ésta sobra, sino de falta de humildad; no cree por ignorar, en cual caso la luz del milagro le alumbraría, sino que ignora porque rehusa creer, y cierra obstinadamente los ojos, en cual caso están de más todas las luces. Con la mitad de las que hoy se dan en el mundo caería rendido á la fe cristiana un pagano de buena fe: y sin embargo, en medio del fulgor que irradian por todas partes los milagros de Lourdes, no vacila en su tenaz incredulidad el llamado Librepensamiento moderno.

—Es decir que se repite exactamente el caso de los primeros días de la era cristiana. Cualquier palabra inflamada de los Apóstoles, apoyada por sencillos prodigios que podríamos llamar de uso común y diario, hacía pedir el bautismo á centenares y á millares de idólatras aun de los más encumbrados en posición social y en cultivado talento: en cambio el asombroso milagro de la resurrección de Lázaro no servía á los orgullosos fariseos de Jerusalén más que de base y pie para entablar el proceso de muerte contra el Salvador. Por eso aun hoy día gana prosélitos de continuo la fe católica en los países de Misión en todas las latitudes, y son asombrosas las conversiones entre los protestantes, que podríamos llamar inconscientes, de Inglaterra y Alemania: y en cambio permanecen obstinados en su error los corazones apóstatas de las naciones que fueron un día las más católicas del globo, como Francia, Italia y España. Este mundo liberal está más que pervertido, está endurecido en su apostasía. Y éste es uno de los caracteres más horribles del endurecimiento: el que al endurecido sirvan para más afirmarle en su mal estado los mismos favores del cielo que á otro le harían levantarse y salir de él. ¿Es, pues, en vano el milagro permanente de Lourdes?

—De ninguna manera. Son dos sus principales resultados, y en ellos hemos de ver teológicamente el designio providencial de Dios al suscitarlo con tan vivos resplandores en medio de la obscuridad y negrura de los presentes tiempos.

1.° Los milagros de Lourdes mantienen vivo é irrefragable el testimonio de la verdad de Dios, á despecho de las negaciones sacrílegas del Ateísmo y Racionalismo, y son arma poderosísima con que se defiende contra su constante roe-

dora influencia la fe de los buenos y sanos de corazón, que todavía son muchos en nuestros días y lo serán hasta la consumación de los siglos. Responden victoriosamente y hacen enmudecer con la más sencilla de las apologías al que se empeña en hacer de *la ciencia* un argumento contra la Religión.

2.° Quitan todo pretexto ó sombra de disculpa á la impiedad moderna, y la juzgan y la fallan anticipadamente por réproba y condenada en los estrados de Dios, dejando á éste completa y perfectamente justificado. *Nunc judicium est mundi*, podemos aquí repetir con el Divino Maestro. Se hace otra vez juicio y proceso del mundo incrédulo, para dejarle después de su final sentencia sin réplica ni apelación. Dios reivindica, por decirlo así, sus derechos á ser creído y á poder castigar á quien no le crea. Dios vuelve Él mismo por sí y por su honra y por la honra de sus creyentes. Y María, la vencedora de todas las sectas y herejías, es como la divina actuaria de esas reivindicaciones, que da fe de ellas por medio de esos cien y cien hechos prodigiosos repetidos cada día en nombre del más trascendental de sus privilegios, el de su Inmaculada Concepción.

¿Quién puede negar todo eso que tan á la vista está, si por ventura no carece de ojos en la cara y de luz de inteligencia en el corazón?

LIV

Á DIOS ROGANDO...


o vayan á creer ahora nuestros buenos lectores que se nos ha traspapelado la segunda parte del refrán, por el hecho de dar sólo la mitad de él como epígrafe de esta nuestra conversación.

Con estampar solamente esta primera mitad no hemos querido sino indicar que es en efecto la primera, y no solamente en concepto de orden numérico, sino en el de excelencia y virtualidad.

—Así lo entendió siempre la Iglesia, y así lo comprendieron siempre los buenos hijos de ella, y lo practicaron en todo tiempo y ocasión.

Lucharon, peroraron, escribieron, organizaron; pero ante todo y sobre todo rezaron mucho y rezaron bien.

Los primeros Apóstoles, adoctrinados directamente en la escuela del Salvador, gastaban en oración como su Maestro tanto ó mucho más de lo que en sus ardientes predicaciones. Para desembarazarse de parte de las tareas que llamaríamos administrativas, ordenaron los primeros siete diáconos, reservándose ellos *orationi et ministerio verbi,* «para la oración y la predicación:» para la oración ante todo, para la predicación después.

Y más adelante, en todos los siglos hasta el presente, los héroes de la espada, de la pluma, de la elocuencia, del arte de gobernar en servicio de la causa de Dios, fueron siempre

grandes guerreros, grandes gobernantes, grandes polemistas, grandes oradores, grandes fundadores... pero ante todo grandísimos rezadores.

—¿Qué queréis? Tiene Dios en mucho los derechos esenciales de su soberanía, y no se aviene á entrar en colectividad de acción con el hombre, si éste no empieza por reconocerlos por medio de la oración. Se asocia con su acción divina á la acción humana, y otorga á ésta todo su valor y eficacia, cuando el hombre ha empezado por confesar humildemente que nada puede sin aquélla, y que no la obtendrá si fervorosamente no la pide. Presumir el hombre de sí y de sus pobres esfuerzos, es condenarse á la soledad y al aislamiento, y por consiguiente á la impotencia. Es renunciar á lo que hemos llamado unión colectiva de esfuerzos entre Dios y él; es suponer prácticamente que puede el hombre bastarse á sí solo para todo ó para algo, lo cual es la primera seguridad que puede tener de que en efecto no bastará para nada.

—Harto nos convence todavía una triste y por demás repetida experiencia de que si en asuntos terrenos pueden algo el saber é ingenio é industria del hombre, en cambio estas bellas cualidades son por sí solas la carabina de Ambrosio cuando se trata del orden de la gracia, que es el de que se trata en la presente ocasión. Es empresa de orden sobrenatural, que no se logra más que con medios y ayudas sobrenaturales, la del retorno del mundo apóstata á su antigua fe. Si de la conversión de un pecador han dicho los Santos Padres que es obra más prodigiosa que la resurrección de un muerto, bien puede asegurarse que la conversión del mundo ha de ser trabajo de índole tan maravillosamente estupenda como su misma creación. Lo cual se ve por lo que costó á la omnipotencia divina sacarle de la nada, y lo que costó á la misericordia divina redimirle del pecado. Aquello fué obra de un *fiat* soberano del Criador; esotro no se logró sino con el derramamiento de toda la sangre del Redentor. Júzguese, pues, si humanos talentos y humanas elocuencias y humanas políticas han de ser aquí de algo si no ayuda poderosamente, estribando con todas sus fuerzas, la sobrenatural palanca de la oración. Con ésta principalmente ha

de lograrse cuanto se espera lograr, y de ésta, *ut non glorietur omnis caro*, ha de ser definitivamente la victoria de la Iglesia.

—Se llama al combate de la fe á todo buen cristiano, y si esto es cierto, como indudablemente lo es, ¿con qué otra arma puede trabajarse en este combate de todos, si no es con la oración, única arma, con el buen ejemplo, que puede serlo de todos?

—Es evidente; porque si tan sólo han de formar parte del ejército activo de Cristo Rey, bajo las banderas y jefatura de su santa Iglesia, los que escriben, los que peroran, los que organizan; la parte mayor y más numerosa del pueblo cristiano, que ciertamente no se halla en tales aptitudes, habrá de quedarse en actitud pasiva y sedentaria, mera espectadora del combate dicho, sin esfuerzo alguno que poder aplicar al mismo, ni lauro alguno que alcanzar en él. No es ésta ciertamente la idea que de la Iglesia de Dios y de los hijos de ella nos dan los Libros Santos, cuando nos la pintan como espiritual milicia, ni un momento en descanso para defender los derechos de su Rey y Señor, y tener á raya á la hueste enemiga. Ni se llamaría con el glorioso nombre de militante á dicha su Iglesia acá en la tierra, para diferenciarla de la triunfante que reina ya en el cielo, y de la purgante que expía aún en el purgatorio. Nó, que entonces tan sólo algunos individuos de la primera merecerían el nombre de soldados, nó todos; sólo una fracción de la misma podría en rigor llamarse ejército, nó la colectividad. Para que así sea, como debe ser y en efecto es, se hace preciso que todos puedan y deban combatir, y para esto es indispensable que para todos haya arma apropiada, ¿y cuál puede ser ésta, repetimos, además de la del buen ejemplo, si no es la de la oración?

—Todos son aptos para ella, y todos pueden con ella realizar maravillas. Desde el Vicario de Dios que ocupa en la categoría de los hijos de la Iglesia el primer escalón y el más allegado al trono de Dios, hasta la obscura mujer ó niño de la más desconocida y semisalvaje Misión que aún no registra en sus tablas la geografía, hay una cadena inmensa que componen millares y millones de almas, que

creen, esperan y aman, y cuyo interior gemido ó rezo exterior constituye una fuerza sobrenatural poderosísima, que cien veces ha salvado al mundo, y que puede todavía salvarle otra vez y mil. No por ser de ordinario invisible deja de ser la mayor y la más potente de todas las fuerzas físicas. la electricidad, y la que según parecer de muchos sabios es el agente único con que Dios imprime movimiento á toda la máquina del universo: así podría decirse que en el mundo de la gracia la electricidad sobrenatural, invisible por lo regular, aunque alguna vez no deje de manifestarse en luminosas chispas como aquella otra, es la oración; la oración, que es luz; la oración, que es calor; la oración, que es fuerza; la oración, que es vida; la oración, que es fecundidad; la oración, que es perseverancia; la oración, que en una palabra lo es todo y lo mueve todo y lo sostiene todo, porque lo sobrenaturaliza y lo diviniza todo. Encender, pues, y avivar en el pueblo cristiano el fuego de la oración, es levantar y lanzar al campo, donde se ventilan los supremos intereses de Dios, del hombre y de la sociedad, la hueste más poderosa por su número, y por su valor la más eficaz. Es tañer rebato y generala para que ni uno de los que aman á Cristo deje de acudir á su puesto de honor; es verdaderamente levantar en armas á todo el mundo de Dios contra todo el mundo del infierno. En los hogares y en los templos, en el retiro de las Casas religiosas y en el bullicio de las calles y plazas, á solas cada cual ó en rumorosa agrupación; desde su lecho de dolor el enfermo, desde su coro ó celda la Religiosa, desde el pie de su máquina el trabajador, desde sus campos el labriego, en su vagón ó nave el viajante; en todas partes y por todos los hijos de la fe y bajo mil formas diversas puede blandirse á todas horas esta arma espiritual. Hemos indicado ser ella la única que pueden emplear todos, y podría parecer quizá que con esto relegamos su ejercicio á aquellos solamente «que no sirven para otra cosa.» Desdeñosa y volteriana pareciera en nuestros labios ó pluma esta frase, y nos hemos atrevido á estamparla aquí, porque la hemos oído alguna vez, y queremos aprovechar esta ocasión de refutarla como merece. No hemos de dejar la oración para los que no sirven más que

para rezar, como malévolamente de los niños y de las mujeres suelen decir algunos. Si sólo para rezar sirve alguien en este mundo vano y neciamente pagado de sus sabidurías, conste que sirve para lo mejor y lo mas principal y lo de mayores resultados. Mas no solamente llamamos con la Iglesia á éstos, sino que llamamos á todos. Y aun los que de otra suerte trabajan con sus talentos ó ingenio ó influencia en el campo de la verdad, deben también emplearse como los otros en la oración. No es nueva la ocurrencia de suponer que sólo han de orar por la Iglesia y por la patria los que de otro modo no pueden acudir á las necesidades de ambas, relegando de esta suerte el ejercicio de la oración á una categoría inferior á todo lo demás, cuando no debe figurar sino entre lo primero y principal. Ya en ocasión de graves calamidades ha salido más de una vez algún periódico de los que solamente en tales casos sacan el registro de la piedad, con la nota pietista de que acudan madres y hermanas al pie de los altares á implorar la misericordia del cielo, como si esto de orar fuese tan sólo oficio de mujeres, y no alcanzase, como deber de Religión y patriotismo, hasta á los hombres más barbudos. Tal preocupación conviene desvanecer, insistiendo en que orar es deber de todos, y que con mayor obligación incumbe á aquellos que de un modo especial consagran sus esfuerzos á la defensa de la Iglesia y de la sociedad cristiana.

—No ha de costaros mucho dejarlo perfectamente evidenciado.

—Ciertamente, el que algo vale (y sobre todo si algo piensa valer) en el campo de los defensores de la buena causa, está más sujeto que nadie á la tentación de juzgar alguna vez que por sus esfuerzos y trabajo es porque principalmente se hace algo de provecho en lo que trae entre manos. Al revés del pobre inepto ó inhábil, que puede frecuentemente sentirse acometido de la tentación de desconfianza, ese otro tiene en la tentación de una exagerada confianza en sus propios recursos el riesgo principal. Contra éste debe vivir siempre prevenido. Por ahí es regular procure el diablo mojarle la pólvora y desviarle la puntería. Mojarle la pólvora, induciéndole ó á un Naturalismo de medios, más ó menos dis-

frazado, que á la postre en casos como éste no es sino pólvora mojada; ó á un Naturalismo de fines, más ó menos encubierto, que al fin y al cabo no tenga por blanco la gloria de Dios, sino sencillamente el amor propio y el interés personal de su ruin criatura.

—Esas falsificaciones, de las que muchas veces no se da cuenta al principio el mismo que es víctima de ellas, han esterilizado frecuentemente los más generosos impulsos, y desgraciado las al parecer más bien cimentadas empresas. Comenzar las cosas en nombre de Dios, y á poco continuarlas y querer acabarlas en nombre del hombre, ha sido achaque cien veces repetido de muy importantes obras católicas, y carcoma y al fin ruina de las mejores intenciones. Está, por decirlo así, en la índole misma de esos trabajos el poner á su autor en riesgo de tenerse en algo por ellos, y la historia eclesiástica de todos los siglos, y la eclesiástica y política del nuestro en particular, andan en cada página llenas de ejemplos de lamentabilísimas desviaciones que no reconocen otro origen, y que han parado muchas veces en desastrosas caídas y alguna vez en espantosas apostasías. Apuntaremos, casi en nuestra época, las tan conocidas del P. Jacinto y del abate Lammennais. Tienen, pues, especial deber de orar mucho por la causa que defienden los que más valerosamente y con mayor lauro están combatiendo por ella, y no relegar esta primordial obligación á los que tal vez juzguen ellos «que no sirven para otra cosa.» Oren ante todo para que Dios los libre de sí mismos, que no harán poco en tomar esta precaución y paracaídas, pues es casi seguro que á esta parte, la más flaca de sus defensas, dirigirá el enemigo toda su artillería. Oren luego para que los recursos de su saber, ingenio ó elocuencia tengan la eficacia que deben tener sobre los corazones é inteligencias de sus contrarios, pues harto enseña la experiencia de todos los días, que si no alumbra y ablanda á los tales la gracia de Dios, no hacen mella en su dureza los más bien discurridos argumentos y las más calurosas peroraciones. Y así vivificado y espiritualizado y sobrenaturalizado el trabajo del hombre, deja en alguna manera de ser de él para pasar á ser de Dios, que mira en el mismo como interesada y comprometida su propia honra. Es la

causa verdadera de Dios la que entonces se defiende, y con medios verdaderamente de Dios, y con fines propiamente dignos de Dios. En la historia de las obras cristianas vemos que las obras realmente grandes han sido todas llevadas á cabo por grandes Santos, que ó no tenían otro valer que el de su santidad, ó unían en grado sumo la santidad á todas las demás humanas cualidades. Obra de poderoso alcance y trascendencia, realizada por el solo talento ó saber humanos, no se dió nunca en la Iglesia de Dios. Grandes y deplorabilísimos fracasos en asuntos que sólo se fían á los recursos del humano saber y de la humana prudencia, los tenemos lastimosamente á la vista todos los días. Si, como firmemente esperamos, llega á ser un hecho en toda España la «Liga de plegarias,» que acaba de iniciar el venerable Prelado de Mallorca, mucho se tendrá adelantado para que sea también verdad otra Liga que no necesitamos nombrar, y que ha de ser consecuencia lógica y natural de aquélla: la Liga de los corazones.

—Después de esto, ¿quién puede dudar de la eficacia de la oración en común, para llegar en breve á ese otro resultado? Más y más parece cada día alejarse de nosotros conforme vamos trabajando para lograrlo; ello es cierto, sin embargo, que un día ú otro ha de cumplirse este plazo, señalado por la misericordia de Dios á nuestras intestinas divisiones, que no pueden ser sino justo castigo de su ira por nuestros pecados. Mas la terminación de este plazo, y quizá hasta su abreviación, obra han de ser de las humildes súplicas de todos los buenos, como que por ahí ha de principiar el triunfo de España sobre la Masonería, y el reinado verdadero del Corazón de Jesús sobre todos sus hijos. Obra, repetimos, más de la oración que de otro medio alguno ha de ser ésta, y en dos sentidos lo afirmamos. Primeramente, en el de que la oración ha de mover poderosamente la divina bondad á concedernos gracia tan soberana, para cuya consecución no bastan nuestros solos esfuerzos. En segundo lugar, en el de que el mismo ejercicio de la oración colectiva es ya de sí un cierto género de unión, que predispone admirablemente para la otra de que se trata.

—Sí, porque haber orado juntos muchos católicos, es

excelente preparación para que en favor del mismo se muevan muy luego á trabajar juntos con el mismo ardor con que oraron. Si la oración es verdadera y fervorosa, ha de producir infaliblemente este resultado. A donde converjan los gritos del alma, que no son otra cosa las súplicas, han de converger luego todas las almas y todos los anhelos de ellas, y luego todos los brazos. Liga verdadera de plegarias ha de suponer de consiguiente muy luego otra Liga verdadera de corazones, y ésta, otra también muy verdadera Liga de esfuerzos, que ciertamente no puede ser tal si no se dirigen unidos y compactos á un mismo fin.

—¿Y quién duda que por nuestra vergüenza reinará sobre nosotros la Masonería, y pesarán sobre la patria infeliz su yugo é ignominiosa cadena, hasta que el esfuerzo *unido* de todos los católicos de verdad se resuelva á emplearse en este sentido? Esta debe considerarse la primera y fundamental labor antimasónica, como para un ejército antes de dar la batalla son indispensables la perfecta disciplina y armonía de los diversos cuerpos que lo componen. Si tira cada cual por su lado, y más aún, si no cuida cada cual más que de disparar contra su compañero ó por lo menos de recelar y precaverse de él más que de su propio enemigo, ¿cómo ha de emprenderse contra éste suerte alguna de acción seria y de medianos efectos?

Oremos, pues, y formemos estrecha unión de plegarias, para empezar, siquiera en eso puramente espiritual, á mostrarnos hermanos. Esto traerá lo otro, porque lo merecerá de Dios y lo preparará en los espíritus. Liga de plegarias, volvemos á repetir, producirá tarde ó temprano Liga de corazones; y ésta, Liga de voluntades y de brazos y de acción para el gran combate que hemos de librar contra el común enemigo.

¡Cuán espantosamente unidos los tiene á ellos el espíritu de blasfemia, triste pero elocuentísimo ejemplo de como debiera tenernos unidos á nosotros el espíritu de oración!

¡Y qué mentirosa fórmula es en nuestros labios la tan sublime de «Padre *nuestro* que estás en los cielos,» si los que la pronunciamos no componemos realmente común familia de hermanos!

Y ¿la componemos mientras mire cada cual en su buen católico del lado ó de en frente, un adversario en nombre de tal ó cual humana política, en vez de mirar en él un hermano de sangre y de doctrina, conforme con él en lo que combate y en lo que defiende, por más que no acierten á estarlo ambos en la manera de defenderlo y combatirlo?

—Pena, gran pena causa, tener que insistir tanto en estas verdades, que todo buen cristiano debería considerar como la primera cartilla de su profesión.

—Es verdad, y harto conocemos que para muchas gentes nos vamos haciendo pesados, con tanto machacar un día y otro día sobre ese tema. ¿Qué le vamos á hacer? No escribimos para gustar á todos, que fuera, bien se ve, imposible empeño. Escribimos para servir á Dios y á la Iglesia, y á nadie más.

Y sabemos (hoy más que nunca con toda certidumbre lo sabemos), que así desea y así quiere que se escriba el Vicario de Cristo Nuestro Señor.

LV

LA ANCHA BASE


OBREMANERA chistoso, por no decir guasón, está un amigo nuestro (así se titula él), que nos escribe hace pocos días, dándonos una porción de consejos sobre la marcha de nuestra Propaganda. Entre ellos figura el de que los católicos (dice) hemos de adoptar para la defensa de la verdad en nuestros tiempos «el sistema de una ancha base.» Contestáramos tal vez privadamente al amigo en cuestión, si se hubiese dignado darnos su nombre y domicilio, que nunca acostumbran dar tales amigos: contestarémosle, empero, en estos parrafillos, ya que no sea posible de otro modo.

Hay además para hacerlo así una razón muy digna de tenerse en cuenta.

Nuestro amigo nos dice son muchos los que piensan como él, y en esto le creemos sin dificultad, porque una dolorosa experiencia nos ha enseñado cuán numerosos son hoy día (y siempre lo fueron) los amigos de anchas bases y de todas las cosas anchas. Sea, pues: digamos algo de eso, ya que tan bonito como oportuno tema acaba de darnos nuestro improvisado consejero.

Figurémonos para el caso estar, como se dice, al habla con él, y escuchémosle y respondámosle. Al fin ya se sabe que es nuestra mejor comidilla un rato así de familiar conversación.

—¿Con qué V., amigo mío (vamos al decir), está porque

al fin se cambie de táctica en la propaganda y defensa católicas, y se adopte en vez de la probada y tradicional rigidez (vulgo intransigencia) del pueblo español, un sistema de ancha base, ó como dicen por otro nombre, conciliador?

—Sí, señor, y eso exigen hoy las circunstancias; y eso aconsejan hombres que valen mucho, y á eso, desengáñese V., se ha de venir á parar. La ancha base, la táctica de benevolencia, sumar siempre y nunca restar; he aquí lo que demandan los tiempos.

—Perfectamente. Posee V. al dedillo todo el idioma de los conciliadores. Pero esta base ancha, ó lo que sea, ¿quiénes la han de formar? O mejor. ¿Hasta qué límites ha de extenderse tal ensanche de criterios ó de conciencias?

—¡Hombre! ¡vaya una pregunta! Pues, es claro que no han de entrar á formarla más que los que en Religión creen y profesan lo mismo, es decir, la fe católica, apostólica, romana.

—Pues, amigo mío, lo primero que procede averiguar es si la Religión católica, apostólica, romana, admite ó nó esas anchas bases que V. propone, y que á mí y á otros, á decir verdad, nos parecen un tantico sospechosas.

—¿Sospechosas de qué?

—Lo diré, amigo mío, si no lo ha de tomar V. por insulto, porque hoy anda muy quisquillosa la gente que más se precia de tolerante, y por desdicha es ésta la más pronta en darse por agraviada.

—Diga V., hombre de Dios, diga V., y pelillos á la mar, que aquí todos somos familia.

—Con ese salvoconducto me atreveré, pues, á significar á V. que esas *anchas bases* con que tiempos ha se nos viene tentando á los católicos españoles, para que abandonemos nuestra proverbial intolerancia religiosa, tienen nombre muy de antiguo conocido en el vocabulario popular cristiano español, nombre que las define y caracteriza perfectamente...

—Suéltelo, pues, de una vez, y no sea remolón...

—Sí, señor; tal ancha base es en definitiva lo que nuestro buen pueblo conoce y califica de un modo muy gráfico con el título de... manga ancha. Ni más, ni menos.

—¡Hombre!

—Exactamente, y ¡ya ve V. si se cae de puro vieja tal novedad!

—Cierto, pero quedáis con el compromiso de probar vuestro duro calificativo, y de que no está la Religión por tales ensanches.

—Voy á ello. Empiezo por suponer, amigo mío, que esa feroz intolerancia que censura V. en nosotros como opuesta á las blanduras y ternezas de la ancha base, supongo, digo, que tal intolerancia no la encuentra V. censurable sino en cuanto se refiere á cuestiones de Religión.

—Es evidente, y en este sentido se suele aplicar siempre esta palabra.

—Lo cual, y perdóneme V., con eso solo empieza ya por declararla tramposa.

—¡Hombre!

—En efecto, amigo mío: ¿no le hace á V. gracia que precisamente en lo que hay de más serio y trascendental, que es la Religión, se moteje como vicio lo que, aplicado á las humanas convicciones, bien sean políticas, bien científicas, bien literarias, se considera como una de las más relevantes cualidades del hombre?

—¡Tiene V. razón!

—Mas dejemos por ahora esa niñería, y vamos al caso. No creo se le antoje que haya católico alguno que en materias de Religión pueda dejar de ser intolerante en cuanto á lo que ella fijamente preceptúa. Lo preceptuado tiene límites y fronteras rígidamente señaladas. Salirse de ellas es salirse de la obediencia; es naufragar. Tenemos, pues, el primer caso en que la absoluta intolerancia es de absoluta necesidad.

—¡Oh! Perfectamente. Se comprende á veces este rigorismo. Pero no en todo se han de llevar las cosas á tales extremos.

—Por supuesto, amigo mío: pero repare V. que el no ser una cosa terminantemente mandada, no hace que deje de ser recomendable, y que se deje completamente libre á su apreciación ó juicio. En primer lugar, son muchas las enseñanzas de la Iglesia que, sin ser preceptos propiamente dichos, deben ser respetables é incontrovertibles para el

cristiano que quiere serlo según el espíritu de ella. En éstas es también un deber para el buen católico la intolerancia. No es de fe la conveniencia del poder temporal del Papa, por ejemplo: y sin embargo, al diablo doy como cosa suya todo el catolicismo de aquel católico á su manera, que no sostenga hoy á todo trance esta conveniencia, ó mejor, moral necesidad.

—Cierto es.

—Pero aun saliéndonos del terreno de las cosas que preceptúa y recomienda la Iglesia, no es posible admitir aun científicamente muchas cosas, sin ser en ellas muy intolerante. No es de fe que dos y dos son cuatro, que hubo Julio César, ó que existe Pekín. Y sin embargo, puédese y débese ser muy intransigente en afirmarlo y defenderlo, si no se quiere pasar por zopenco y animal.

—Paréceme que eso es salirse de la cuestión, porque aquí no tratamos más que de cosas religiosas.

—Es que mi argumento tira á demostrar que si aun en lo humanamente científico es precisa y nobilísima casi siempre la intolerancia, ¿cuánto más en lo divinamente científico, cual es todo lo que enseña y recomienda ó aplaude la Religión? Porque ha de observar V. que todo lo que enseña la Religión, no lo enseña ella á capricho y porque sí, sino derivándolo de principios revelados, por medio de un verdadero procedimiento científico. Ciencia y muy ciencia es la Teología, y ciencia y muy ciencia es toda la Religión. Todas las cosas, pues, que la Religión enseña ó recomienda tienen para el entendimiento cristiano, además del valor de la autorid de la Iglesia, el valor del cuerpo de ciencia de que forman parte. Si, pues, el físico ó el historiador son intolerantes en las verdades que unánimemente enseñan, ¿por qué no ha de serlo el fiel católico en las verdades que le enseña, aun por su autoridad meramente científica, la ciencia de su Religión?

—Pero... ¿á dónde va V. á parar con esta doctrina?

—¿Qué se yo, pobre de mí? Lo que sí diré es, que en Religión hay cosas de buen sentido práctico, que ni siquiera necesitan darse como científicas, para que deba admitírselas. Lo que no hay en Religión, ni en ningún otro orden de co-

nocimientos naturales ó sobrenaturales, son *verdades libres*. La verdad, ¡óigalo V. bien! desde que por tal se la reconoce, está reñida con la libertad, lleva consigo formal y absoluta tiranía sobre el entendimiento. Puede haber en lo humano, y hasta en una parte de lo teológico, opiniones varias, pareceres opuestos, dictámenes controvertidos. Pero aun en eso no hay la libertad que algunos inadvertidamente pregonan. Juan pensará tal vez de un modo; Pedro de otro; Diego como ninguno de los dos. Mas, ni Pedro, ni Juan, ni Diego pueden pensar á su antojo, sino que han de pensar con sujeción á los principios que cada cual asiente y con la severa tramitación y yugo que imponen las leyes de la lógica, bien sea la natural, bien sea la aprendida. ¡Pensamiento libre! ¡Oh! ¡Creen haber puesto una pica en Flandes nuestros racionalistas cada vez que sueltan esa baladronada, más necia aún que blasfema! ¡Pensamiento libre! ¡Y cabalmente es condición esencial del pensamiento el vivir siempre en forzosa esclavitud!

—Cierto, pero nos hemos alejado de nuestro asunto principal. ¿Dónde nos hemos dejado la intolerancia y las anchas bases?

—Cerquita los tenemos, gracias á Dios. Hemos sentado las premisas: ahí va la consecuencia. Debemos ser intolerantes en lo que nos preceptúa terminantemente la Religión.

—Perfectamente.

—Debemos ser intolerantes en lo que nos dicta como científicamente cierto la verdadera ciencia teológica y moral.

—Concedido.

—Debemos ser intolerantes en lo que nos impone á cada uno como indudable y cierto el propio buen sentido, mientras no nos haga variar de juicio razón más poderosa ó más grave autoridad.

—Concedido también.

—Dígame, pues, ahora, ¿á dónde se han ido á parar la libertad y las anchas bases?

—En efecto. Pero según este concepto, si tengo yo un modo de ver en una cuestión y mi prójimo tiene otro opuesto, ¿no podré yo acomodarme al de él, ó acomodarse él al

mío, ó pactar un acomodamiento entre los dos, partiendo, como se dice, la diferencia?

—Nó, no puede V. en asuntos de conciencia. Lo que puede en lo opinable es cambiar de opinión, si á tal cambio *le fuerzan* las razones del contrario ó el peso de su autoridad, que también ésta es una razón. Pero creer cierta ó buena una cosa, y por deseo de conciliación ó acomodamiento aceptar ó admitir otra contraria á la que se cree, es una traición que se hace al recto juicio, si la cuestión es de ideas, ó á la recta conciencia, si la cuestión es de acciones. De suerte que si algo juzga V. verdadero, aunque (salva la autoridad de la Iglesia) opine en contra todo el universo mundo, ha de ser V. con respecto á ello intolerante consigo mismo y con sus hermanos, so pena de ser...

—¿De ser qué?

—De ser lo que son muchos católicos del día, por su prurito de hacerse en todo conciliadores y amigos de anchas bases: católicos de sólo nombre;... y nada más.

—No obstante lo que ha dicho V., ¿podrá negarme que hay al presente, entre los católicos, una gran parte que tiende á ensanchar todo lo posible el criterio religioso, á fin, dicen, de hacer más fácil y menos odiosa la defensa y propaganda de la verdad católica contra el moderno Racionalismo y Liberalismo, que de lo que más blasonan es de tolerantes?

—No trato de negarlo en manera alguna.

—¿Cómo, pues, no mueve á V. el ejemplo de tantos hermanos suyos, que son de este parecer y siguen tan simpática corriente?

—Pues ahí verá V. Entre otras, por esta razón que acaba V. mismo de apuntar: porque esta corriente me parece demasiado *simpática*.

—Explíquese V.

—Casi no hay necesidad de explicaciones. En general se me hacen sospechosas todas las cosas por las que veo se entusiasman los enemigos de Cristo Nuestro Señor. Y ésta es una de tantas.

—Pues yo no lo veo así.

—Pues yo así lo veo perfectamente. Es verdad de mero sentido común. Los que aborrecen cordialmente á Dios y á

á la Iglesia santa, no pueden, aún por mero instinto, dejar de aplaudir todo lo que es contrario á dichos objetos de su infernal rencor, así como de odiar todo lo que les es favorable. El procedimiento benévolo y tolerante para con los enemigos de la fe cristiana tiene, pues, en contra suya este primer argumento. Esto que á V. le parece tan bien, nos lo recomiendan y encarecen á todas horas con extraordinario empeño los que en todo nos quieren mal. Su cuenta les tendrá. No es juicio temerario suponer que no lo pregonan y aplauden por ayudarnos á nosotros los católicos, sino por lo que les puede favorecer á ellos en su propaganda infernal. ¿No le hace fuerza á V. esta consideración?

—Alguna empieza á hacerme.

—Por mi parte estoy más bien con los que han creído siempre prudente guardarse del enemigo, resistirle á todo trance, nunca sumarse con él ni aún so color de querer atraérselo, por el riesgo que hay, dada la humana flaqueza y la diabólica astucia, de ser por él atraídos; y no estoy tan á gusto con los que procuran siempre mezclarse entre sus filas, vestir hasta alguna vez sus propios uniformes y adoptar sus divisas, con la esperanza quizá de que alguno que otro de los dichos se agregue por accesión al grupo fiel y se dé por vencido á puros abrazos y arrumacos. La tradición cristiana de todos los siglos y las máximas y ejemplos de todos los Santos no abonan, á fe, esta última, sino aquella primera.

—Lo cual no es argumento de poco peso, que digamos, en la presente cuestión.

—No, sino de muchísimo. Note V., además, otra cosa. Los tales benévolos y tolerantes ni aún saben ser siempre consecuentes con su propio sistema, sino que al topar con uno de nosotros que en eso no sabemos seguirles el humor, tórnanse de repente monstruos de fierísima intolerancia. ¡Ahí es nada la lluvia de denuestos con que nos regalan por ahí todos los días!

—A la vista está.

—Lo cual demuestra que á tales tolerantes no les mueve principalmente el amor á la verdad, pues de ser así con nadie serían más pacíficos y benévolos que con los defensores de ella, aunque tuviesen éstos algunos defectos.

—Es evidente.

—Y ve V. en cambio que todas sus blanduras las guardan para los amigos del error, y solamente contra nosotros son duros é implacables.

—A no pocas consideraciones se presta este fenómeno.

—Medítelas V., amigo mio; que el asunto tiene sobrados motivos para merecer toda su atención. Además de que, á decir verdad, ciertas tolerancias y anchas bases, que no cesan de predicarnos á todas horas muchas gentes del día, no vienen á resultar en definitiva y hablando en prosa llana, más que miedo, mucho miedo, extraordinario miedo á la lógica y á la verdad.

—Me gustará ver desarrollado este último punto de vista de nuestra cuestión.

—Va V. á verlo en seguida. Repare V. que ordinariamente nuestros *tolerantes* no suelen negar los principios fundamentales de la buena doctrina.

—Ciertamente que nó, pues si tal hiciesen se saldrían ya con eso formalmente de la Comunión católica.

—Lo que únicamente hacen es no aceptar las consecuencias y aplicaciones prácticas, so pretexto de que nosotros las extremamos.

—Exponga V. eso con alguna amplitud.

—Voy á ello y me fijaré (sólo por vía de ejemplo) en un caso concreto que á la vista tenemos todos hoy día.

—¿Cuál?

—El del Liberalismo, que es la herejía contemporánea.

—Vamos á ello.

—Sí, y de frente. No hay ya católico digno de este nombre, que dude que el Liberalismo es cosa mala y pecaminosa, y como tal condenada por la Iglesia.

—Es claro que no.

—No es ya escuela ó partido ó mera autoridad de teólogo la que afirma que el Liberalismo es pecado: lo enseña el Papa en una de sus más graves Encíclicas, y lo repite el Episcopado, y lo ha declarado una de las más concienzudas Congregaciones Romanas en solemne fallo doctrinal. De consiguiente, ya no cabe aquí medio entre admitir esta doctrina ó negar en redondo el magisterio de la Iglesia católica.

—Es evidente.

—También lo será, pues, que admitido el principio de que el Liberalismo es pecado, debe ser mirado y tratado y combatido por el fiel cristiano, como deben serlo todas las cosas malas y pecaminosas.

—Parece que sí.

—Pues á muchos apóstoles de la tolerancia y de la ancha base les parece que no. Al revés; predican y practican en favor de este grave pecado un cierto privilegio de exención, que le dispensa en algún modo de ser mal visto y huido y combatido, como lo fueron y lo han debido ser siempre los demás pecados. Así en el trato con partidos liberales, en la lectura de periódicos liberales, en el fomento de Asociaciones y obras liberales, en el votar candidatos liberales, etcétera, etc., establecen contra el juicio de la Iglesia tales procedimientos, que en el fondo equivalen á declarar que no hay tal pecado de Liberalismo, ó que si le hay es un pecado que nada tiene de parecido con los demás. Y si V., guiado por sana lógica y recto criterio teológico, se empeña en tratar la cuestión del Liberalismo, como la del Jansenismo, por ejemplo, y en aplicar al convicto de tal yerro y contumaz en él, las mismas prescripciones que á los jansenistas y demás sectarios obstinados aplicó en todos tiempos el Catolicismo, táchanle á V. de exagerado y perturbador de conciencias, cuando no le regalen otros apodos que yo me sé y que por ahora me quiero callar. ¡Qué modelo son, á este propósito, de inflexible lógica y de apostólica valentía las conocidas circulares de los insignes Prelados de Plasencia y de Urgel!

—Pero ¿dónde saca V. que sea eso obra del miedo, como al principio indicó?

—Ya verá V. Las señas son mortales y no dejan mentir. Aceptar una doctrina *en abstracto* es cosa muy fácil y nada expuesta á compromisos, si de ahí no se pasa. Todos los ladrones del mundo admitirán como bueno el séptimo mandamiento, si otra cosa no se les exige. Pero aceptar todas las consecuencias de una doctrina, sobre todo las consecuencias prácticas ó de aplicación, eso es ya más duro de pelar, y á tanto no llega el catolicismo de ciertos católicos de ancha

base. No se atreven por el qué dirán; por no disgustar al amigo; por no comprometer la carrera; por no perder el empleo ó la influencia; por no parecer afiliados á tal campo ó al de más allá, donde puede correrse algún riesgo imaginario ó real. Y eso no hay duda que es...

—Sí, amigo mío, miedo, cobardía y nada más.

—Gracias á Dios que vemos claro al fin. ¡Ojalá caigan de todos los ojos las cataratas, ó siquier legañas, que á tantos de nuestros hermanos tienen aún en vergonzosa ceguedad!

LVI

ANTI-ANARQUISMO


EJAOS de cuentos, amigo mío; el Anarquismo lo llevamos todos ahí dentro, ahí, ahí, en el corazón, desde que por el pecado de Adán cayó de su primer estado de gracia é integridad la humana naturaleza.

—¡Acabáramos! ¿A qué pedirles, pues, á las leyes y á los Gobiernos prevenciones y represiones contra este monstruo feroz, que por lo visto no es de hoy, sino de todos los siglos? Como no se concluya con los hombres, consiguiente es que no se ha de concluir con los anarquistas. Decid si no es esto lo que nace de las premisas que acabáis de sentar.

—Según y como.

—A ver, á ver.

—Matar al hombre para matar al anarquista que hay siempre (siempre, entendedlo bien), en el fondo de él, fuera remedio asaz seguro, por lo menos si es cierto aquello del refrán: «Muerto el perro se acabó la rabia.» Mas... á la verdad, resultaría caro el procedimiento, y son además perfectamente inútiles esas matanzas y carnicerías. De matar se trata, pero solamente hasta cierto punto, como vais á ver.

—Explicaos.

—Hay en nosotros el hombre del pecado, como injerto en nuestro sér, y que por tanto da, como procedentes de tal raíz,

casi todos sus frutos envenenados. Es el hombre de Adán, el hombre *viejo (vetus homo)*, como dicen con palabra ciertamente muy gráfica y expresiva los Libros Santos. Pero por la redención y méritos de Cristo, y con la savia de su preciosísima Sangre y Gracia, hácese en nosotros nuevo injerto, por decirlo así, y corrígese aquella filiación primitiva de Adán, con otra que adquirimos en Cristo, Adán segundo; y muere entonces en nosotros, mediante nuestra cooperación, el hombre viejo, y nace en su lugar el hombre nuevo *(novus homo)*, «reengendrado según Dios en justicia y santidad.» Trátase, pues, en verdad de matar aquí á alguien, para que alguien renazca ó resucite. Con que ya veis que no se presenta el caso tan horrible y desastroso como pudierais al principio presumir.

—En efecto.

—Trátase de matar al anarquista, para que se dé en su lugar el perfecto hombre *de orden*, que no es, ¡desengañaos! sino el perfecto hombre cristiano.

—Pido la palabra. O anarquista, ó cristiano, eso habéis querido decir, y protesto contra el radicalismo integrista de tal disyuntiva.

—Protestad cuanto queráis; pero sostengo la mía. O anarquista de todos los demonios, ó perfecto hombre *de orden*... en Cristo. Porque todo otro *orden* que según Cristo no sea, no es casi siempre más que Anarquismo, bajo más ó menos disimulado disfraz. Y hay en la sociedad, y en los Gobiernos, y en las leyes, y en las costumbres, mucho de ese Anarquismo sensato ó *de orden*, que es el padre del otro, que más en bruto vocea y dinamitea por calles y plazas. Mas aquí no hablamos de ésos, sino del que trae cada hijo de vecino en su propio corazón. A matar, pues, de veras, ese Anarquismo, germen de todos los demás. Y queda con sólo ello sano todo el mundo y de raíz curada toda la sociedad.

—¿Cómo?

—¿Y aun no estáis al cabo de la calle, santo varón? Ese Anarquismo íntimo, personal, principio y alma de toda individual y social anarquía, se descompone en tres grupos, que son como las tres fauces de aquel monstruoso can de

la antigua fábula. Llámanse concupiscencia de los ojos, ó amor desordenado al interés; codicia de la carne, ó amor desordenado á la sensualidad; soberbia de la vida, ó amor desordenado á la propia excelencia. Matad en vuestra alma ese vil perro trifauce, ó echadle por lo menos triple espiritual mordaza y argolla, y está resuelto el problema anarquista en vos y en todo el género humano.

—¡Valiente receta!

—Como dada por la sabiduria de Dios, y al mundo traida por la revelación de su Hijo Unigénito, y por El mismo ensayada por primera vez en su propia carne, aunque no enferma como la nuestra y por tanto no necesitada de tal medicina. Se descompone también en tres ingredientes de superior y probada y nunca desmentida eficacia, en la forma que vais á ver. Contra la concupiscencia del interés, su opuesto, el amor á la pobreza; contra el afán de sensualidades, su opuesto, el amor á la castidad; contra el orgullo de la vida, su opuesto, la renuncia de la voluntad y el amor á la obediencia. ¿Oísteis?

—¡Cáspita con el medico y la medicación! Pero... ¿quién puede con esos brevajes?

—Todo el que quiere, en la medida de su condición y estado, mediante la gracia de Cristo Nuestro Señor. Todo cristiano, sea cual fuere su sexo ó profesión, tomando el medicamento en la dosis proporcionada. Que según son en fisiología diversos los temperamentos, á tenor de los cuales se da de más ó menos grados la pócima, así en esta clínica espiritual. Y nadie se libra de vivir y morir como anarquista sino por ella; y nadie con ella deja de matar el Anarquismo del pecado, por muy arraigado que lo traiga en los adentros mas hondos de su corazón.

—Me ponéis los pelos en punta con esas feroces teologías.

—¿Feroces, habéis dicho? No lo creyó asi al bienaventurado y amorosísimo San Francisco de Asís, que por orden de Dios fué encargado de renovar su predicación al mundo, cuando éste más empeño mostraba en tenerlas como hoy olvidadas. Y si lo que en el siglo XIII salvó á la sociedad perdida, se pusiese en vigor en ella como entonces se puso por maravillosa reacción, cuyo providencial instrumento fué

el Seráfico Padre, la sociedad perdida de hoy sería como la de entonces salvada. ¿Feroces, habéis osado decir? ¿Cómo llamaréis, pues, á los enemigos que de todas partes salen, al presente, cual generación espontánea de nuestras malditas corrupciones para devorarnos? ¡Divina, santa, bienhadada ferocidad la del hombre que con mano fuerte y viril mata ó enfrena en si mismo los gérmenes del mal para vivir sana, alegre, apacible la vida del verdadero cristiano, que es el único verdadero anti-anarquista!

LVII

LA CARIDAD QUE BAILA



STÁ de moda años ha esta singular virtud, no ciertamente teologal y ascética, sino muy mundana y muy masónica y muy liberal.

—Ciertamente, y no muy lejos de nosotros se da hoy mismo un caso de ella con toda solemnidad y con circunstancias agravantes.

—Reparad á propósito una muy digna de notarse.

—¿Cuál?

—La de que el tiempo más ordinariamente preferido para tales caritativos desahogos suele ser el del Carnaval.

—Realmente, y no me había fijado en este dato.

—Es que el diablo, de cuya inspiración proceden tales obras de *caridad,* conoce bien esta su virtud, y la época para su ejercicio más adecuada.

—Queréis decir que como estamos en pleno reinado de la máscara y del disfraz, no hay tiempo más á propósito que éste, para que en él se disfracen mundo demonio y carne con cualquier hábito y nombre que se les antojen.

—Exacto, y así como tan á menudo se ve en estos días á deshonestas rameras vestirse por esas calles con tocas y monjiles, y á escandalosos libertinos envolverse con sayas y capuchón de austeros Religiosos, así no hay impropiedad alguna (habida razón del tiempo), antes suma propiedad en que hasta la más soez y corruptora de las humanas liviandades se encubra y disfrace algún rato con los castos velos y limpios cendales de la más angelical y delicada de todas las virtudes.

—¡Válgaos el cielo! ¡y cuánta razón tenéis! Según eso no os hace pizca de gracia la caridad que baila.

—Nó, sino que estoy más bien por la caridad que reza.

—Perfectamente. Mas transijamos la cuestión: el siglo tiende á resolver todos los conflictos por medio de amplias y generosas conciliaciones.

—Hablad, que os veo venir.

—Adoptemos una fórmula entre el bailar y el rezar, fórmula que sea para ambos extremos complaciente y equitativa.

—¿Y será?

—La de rezar y bailar á un mismo tiempo, ó con cortos intervalos por lo menos.

—¡Magnífico! Empero ya no tiene eso el atractivo de la novedad.

—¿Cómo se entiende?

—Muy claro, como que el procedimiento equilibrista que formuláis, y que viene á ser una especie de catolicismo-liberal práctico, anda usado ya desde muy antiguo. En efecto, católicos y católicas hay que toman parte en las locuras é infamias de Carnaval, y que juntamente acuden muy compungidos á desagraviar al Señor por dichas infamias y locuras: bolsillos hay de familias honradas que se abren para satisfacer no sé qué acciones del baile benéfico A ó B, y que luego se abren también para dar limosna á la parroquia para los cultos de estos días.

—Tenéis razón.

—En fin, que no andan tan distantes como parece en algunos tipos de nuestra *buena* sociedad la caridad que baila y la caridad que reza, ya que son por desdicha tan frecuentes en nuestros días los que rezan y bailan á turno, con igual sincerísima devoción á las obras del diablo y á la Cruz del Redentor.

—Catolicismo-liberal práctico, como habéis apuntado muy bien.

—Sí, y el peor de todos, y padre por lo común de todos los otros Liberalismos más ó menos crudos, y de tantos pietismos más ó menos liberalizados que infestan y gangrenan el mundo actual.

LVIII

SOCIALISTAS DE CRISTO



o ha sido un infeliz cualquiera, sino el mismísimo Castelar, quien ha dicho no sé dónde, que el glorioso Padre San Francisco de Asís fué allá en el siglo XIII el precursor y avanzada de los socialistas de nuestros dias.

—Como broma puede tolerársele al gran poeta de la democracia española esta afirmación, que corre parejas con otras varias que harán famosa ante la posteridad su fecunda inventiva para chistes históricos de este jaez.

—Empero la verdad del caso es que si tal afirmación en el sentido de su autor resulta pura y sencillamente una paradoja, no asi en el que en honra y obsequio de nuestro Seráfico Padre vamos á explanar en el rato de conversación de hoy. Comprendió él allá en su época, por muchos lados parecida en corrupción de costumbres á la presente, que para oponer un dique poderoso al abuso de la riqueza y al exagerado amor de ella, no había medio mejor y más adecuado que la proclamación franca y absoluta, y sobre todo práctica, de las excelencias y altísima dignidad de la pobreza. Este fué, por decirlo así, el punto capital y la nota característica de su nueva Orden. De suerte que si el Socialismo, ó la lucha social entre pobres y ricos, que bajo una ú otra forma ha existido en todos tiempos, es la rebeldía de los

pobres por fuerza contra lo abyecto y mortificante de esta su triste condición, la existencia de una clase de *pobres por voluntad,* no solamente resignados y avenidos á serlo, sino muy contentos de serlo y con ello muy honrados y glorificados, viene á ser un Socialismo de nuevo género, un Socialismo al revés, un contrasocialismo, que yo no veo inconveniente alguno en llamar Socialismo cristiano, y á sus profesos y adeptos, socialistas de Cristo, y al gloriosísimo Padre de la pobreza y de la mendiguez San Francisco de Asís, precursor y avanzada de este Socialismo.

—Tenéis razón.

—¿Y quién duda que es el ejemplo de la pobreza, voluntaria y noblemente profesada, un reactivo de eficacia sin igual, así contra la soberbia del rico como contra la desesperación del pobre, que son los dos factores principales del horrible cáncer socialista que devora hoy las entrañas de nuestras sociedades? A pobres y á ricos hay que enseñar y de continuo recordar el ningún valor intrínseco de las riquezas; á éstos para que no se enorgullezcan y no se presuman los verdaderos dioses del mundo por un puñado más ó menos de vil metal con que les ha favorecido la suerte; á aquéllos para que no se tengan por raza desheredada y proscrita y envilecida, tan sólo porque aquel puñado de oro les falte. El hijo de San Francisco de Asís, descalzo, rapada la cabeza, con saco y cuerda por todo arreo, comiendo de limosna su mísero potaje de cada día, durmiendo en tabla dura, desdeñando toda ostentación en su casa y vivienda, macerando además su carne con el ayuno y el cilicio, y dándose á todas horas en servicio del prójimo en las obras del ministerio y de la caridad hasta con riesgo de la propia vida, es realmente á los ojos del mundo un tipo exótico, disonante, áspero á la vista, repugnante al buen gusto, verdadero *opprobrium hominum et abjectio plebis,* como de Cristo Nuestro Señor dijo un Profeta, en la frase más dura de todas cuantas acerca de su Divina Persona se leen en los Libros Sagrados. Más esto que en lo material es indudablemente exacto, así debía ser si había de tener el fraile de San Francisco su alta significación moral, y la social trascendencia á que providencialmente estaba destinado. El fraile con su ho-

rripilante aspecto de pordiosero es predicación viva y animada de que el hombre nada es por los valores que tiene en su caja, sino por las virtudes que atesora en su alma; que no sólo por la pública consideración y respeto de los hombres, sino por el mismo sosiego y bienestar, no siempre son una felicidad las riquezas, ni es siempre la pobreza una calamidad, sino que es algo superior á los bienes de fortuna lo que dignifica al hombre y le da verdadera dicha aun en este mundo; algo que lo mismo puede abrigarse bajo los brocados del magnate que bajo la burda zamarra del labriego; algo que no es superpuesto al hombre, como son los blasones y los dineros, traje postizo como de teatro, de que al fin despoja la muerte, sino que es el hombre mismo ó lo que más intimamente se identifica con él, como es su propia alma, y la gracia divina que le realza y eleva á la excelsa categoría de hijo de Dios y coheredero con Cristo de la eterna gloria. Ahora bien. Sociedad eficazmente influída por corrientes de ideas como esas, ha de hallar en ellas poderoso contrapeso con que contrabalancear el desequilibrio natural y la subsiguiente inquietud que en la misma ha de producir la desigualdad de fortunas. El rico que las oiga siempre resonar en sus oidos hasta quedársele grabadas en el alma, ha de resultar en consecuencia menos pagado de sí y de su puramente externa superioridad sobre el pobre; y el pobre que se amamante en este catecismo, no ha de estimar baldón y vergüenza y mucho menos negra fatalidad y social desheredamiento pertenecer á esta clase, sino que ha de considerarse tan enaltecido en ella con el patrimonio de su virtud, como el mayor potentado con sus fincas y blasones. Y de estas corrientes de ideas la personificación viva es el fraile, particularmente el de San Francisco de Asís, y es por tanto el fraile como institución social el mayor y más poderoso dique contra la irrupción socialista. Es la verdadera y legítima forma de Socialismo en nombre de Dios y de la Iglesia, basado en la abnegación y en el culto de la pobreza; contra el otro Socialismo del infierno y de las sectas, basado en el culto del dinero como único dios, y en el consiguiente odio recíproco de las clases sociales.

—Es, en efecto, así, y habéis hallado un aspecto muy práctico á esta cuestión.

—Empero, no está ahí todo. Nuestro glorioso Padre San Francisco, el pobre de Cristo, como acostumbraba llamarse él, hizo más que fundar su Orden de pobreza. Para extender más y más la esfera de acción social de las ideas enaltecedoras y glorificadoras de ella, quiso que fuesen panegiristas suyos y de su profesión los mismos seglares, sin dejar de ser tales; y á este fin, con invención antes de él no oída en el Cristianismo, ideó y estableció lo que quiso llamar su Orden Tercera.

—¿Qué es la venerable Orden Tercera de San Francisco de Asís?

—Es el espíritu de la Orden Seráfica desbordándose, por decirlo así, del claustral recinto de los frailes y monjas de las Ordenes Primera y Segunda, para constituir una nueva clase de monjas y frailes, que lo sean (cuanto es posible serlo) dentro las condiciones estrictas de la vida seglar y aun del mismo conyugal estado, á fin de que por este medio se facilite al fiel de toda condición la práctica de las más austeras virtudes religiosas, y se dé á la vez al pueblo el más frecuente ejemplo de ellas, aún en lo más casero y usual de sus relaciones ordinarias. Las Congregaciones de la Orden Tercera son, por decirlo así, conventos al aire libre de las plazas y calles; claustros sin muros ni rejas; frailes y monjas sin exterior hábito ni forma conventual; vida en el siglo, pero ajena á todo lo que es vida del siglo; he aquí lo que podríamos llamar la nota característica del verdadero terciario. El buen terciario pronuncia sus tres votos (*lato sensu* pueden llamarse así) de pobreza, castidad y obediencia. Pobreza, empero, que no le obliga á la renuncia material de sus bienes, sino solamente al uso moderado de ellos y al desafecto del corazón en orden á los mismos; castidad que no le impide el santo lazo conyugal, sino que lo ordena y lo sujeta más escrupulosamente á las severas leyes del pudor cristiano; obediencia, por fin, que no le subordina concretamente en cada cosa á las órdenes de tal ó cual superior, sino que le obliga á la observancia general de ciertas Reglas y Estatutos, y á la docilidad y sumisión para con sus jefes y directores. El buen terciario no debe vestir con lujo, ni procurarse el regalo sensual, ni hacer ostentación vanidosa

de su persona, ni concurrir á profanas fiestas y espectáculos; ha de ser exacto en la asistencia á las juntas y actos que le prescribe su Regla; ha de llevar sobre sí como sello de su profesión la tosca cuerda y el pardo escapulario que le advierta á todas horas, que si por fuera aparece seglar como los demás, por dentro es fraile ni más ni menos que los que desprecia y abomina el mundo con este título. El buen terciario es, pues, algo más que un buen cristiano en el sentido vulgar de esta palabra: ociosa fuera esta Regla tantas veces bendecida y recomendada por la Iglesia, si no añadiese á la vida común de los fieles algo específico que distingue de ésta á los profesos de aquélla. Es una renuncia más eficaz á lo superfluo y vano de la vida; es un desprendimiento más hondo de los halagos de la carne; es un retiro más constante y sistemático de las frivolidades mundanas; es con respecto á sus consocios un espíritu de fraternidad más estrecha y caritativa; es en orden á sus directores un rendimiento de la voluntad más dócil y más sumiso. Y todo esto es compatible con la brillante posición; con los altos cargos; con los negocios ruidosos y difíciles; con la existencia atareada; hasta con la compañía más disconforme y heterogénea, cuando no por voluntad sino por deber de conciencia se encuentra el buen terciario ligado á ella. En las crónicas edificantísimas de la Orden Tercera figuran más en número, caso raro al parecer, pero en el fondo muy lógico y natural, los individuos pertenecientes á clases ilustres y acomodadas, con preferencia á las plebeyas é indigentes. Y ¿cómo nó si para aquéllas particularmente se discurrió este singular medio de santificación personal y de acción social eficacísima?

—Evidente es.

—Multiplicar, por lo mismo, conforme al deseo y explícita recomendación de nuestro Santísimo Padre León XIII en una de sus más graves Encíclicas sociológicas, esos centros de vida religioso-seglar en nuestros pueblos y ciudades, es oponer otros tantos focos de Socialismo cristiano á la pestilente atmósfera que crean y condensan de continuo en la moderna sociedad tantos y tantos centros de Socialismo infernal como funcionan en ella. El día en que fuesen tantos como los socialistas de Satanás los socialistas de Cristo, á

tenor de la Regla dictada á éstos por el Seráfico Padre, aquel día quedaba resuelto el congojoso problema moderno, y equilibrados los elementos hoy ferozmente antagónicos que de un modo tan pavoroso, y cada cual con algo de culpa por parte suya, lo han venido planteando. Por desdicha no se quiere resolverlo por otros medios que por los de la mera violencia brutal, siempre brutal y anticristiana y antihumana; bien se llame conservadora, como suele llamarse cuando va de arriba abajo; bien se llame democrática ó mejor demagógica, como la apellidamos cuando va de abajo arriba.

—¿Queréis decir que la bendita cuerda franciscana, enfrenando demasías de unos y otros, sería en el siglo XIX lazo de pacificación y social hermanamiento, como lo fué en el XIII?

—Sí, y trabajemos todos con ahinco en esta obra de urgente apostolado.

LIX

LA CUESTIÓN SOCIAL


EPARO, amigo mio, que conforme vamos acercándonos al 1.° de Mayo, se vuelve á discurrirse por todas partes con más interés que nunca sobre este tema. Y sin embargo, extraña la gente que, dada la importancia de él, nunca se os haya ocurrido tratarlo en vuestras conversaciones.

—Pues ya veis, compadre, como lo que es ahora empieza á equivocarse la gente que decís, porque precisamente sobre esto me propongo entablar con vos durante un rato animada, aunqua pacífica y cachazuda, conversación.

—En buenhora sea. Que no faltó quien sospechase les teníais algún tantico de miedo á esas realmente pavorosas materias.

—De ningún modo, y vais á verlo prácticamente, y entro ahora con mayor gusto que nunca en esas brasas, aunque no sea más que para desmentir acusación tan bochornosa.

—Vamos, pues. ¿Qué pensáis, amigo mio, de eso que anda hoy día alborotando á todo el mundo con el nombre de LA CUESTIÓN SOCIAL?

—Pienso, en primer lugar, que este nombre, hoy tan en boga, carece, como tantas otras cosas modernas, de sentido común.

—¡Hola! ¿Y no reparáis, amigo mío, que es el lenguaje general, y por ende el común sentir de todos los que hablan y escriben, el que ha bautizado con este antonomástico título la cuestión batallona del siglo XIX?

—Insisto sin embargo en lo mismo, y voy á las pruebas.

—Vengan esas señoras pruebas.

—Decid, amigo mío. ¿Sobre qué versa ó cuál es el fondo de esa famosa cuestión de que estamos tratando? Claro se ve que es en definitiva la cuestión del tener ó no tener, á que reducía Sancho Panza todos los linajes, ó de tener más ó tener menos. Es la cuestión de la riqueza ó de su más ó menos equitativa distribución entre pobres y ricos, entre jornaleros y patronos. Es cuestión puramente económica, al menos tal cual la plantea el siglo: es cuestión de dinero: es á sus ojos cuestión esencialmente material, por no decir esencialmente materialista. ¿Estáis en eso?

—Sí, estoy perfectamente de acuerdo con vos.

—¡Y no obstante se llama á eso la cuestión social! Como si se dijera la cuestión social por excelencia, la primera entre todas las cuestiones sociales, la única á que debe atribuirse este trascendental carácter y darse este dictado.

—Ciertamente.

—Tenemos, pues, reo y convicto de grosero materialismo á nuestro siglo, cuando así espontáneamente y por propio impulso hace de la cuestión de la riqueza la única cuestión social para él, como si dijéramos la única fundamental, la primaria, la anterior á todas, la que todas las demás entraña y resuelve. Y cabalmente esta cuestión no es fundamento de ninguna otra, sino consecuencia de todas; no es la cuestión primaria, sino una de las muchas secundarias; no es raíz ó tronco, sino una de las varias ramas. Es impropio, pues, llamar campanudamente LA CUESTIÓN SOCIAL á la que supone anteriores y superiores á sí otras varias cuestiones con más derecho á llamarse sociales. ¿Empezáis á comprender?

—Os veo venir hace rato.

—Sí, amigo mío. La llamada hoy cuestión social es una prueba de cuán trastocado anda en el presente siglo la noción de las cosas más serias. En el decurso de los parrafillos que con éste principiamos, intento hacéroslo ver palpablemente, y probaros que el actual conflicto que á todos amenaza, así á ricos como á pobres, es evidente castigo de Dios por grandes pecados sociales cuya responsabilidad espantosa sobre todos cae, así sobre pobres como sobre ricos. Y que el arre-

glo de la cuestión social presente no se hará, si antes no se resuelven con cristiano criterio otras cuestiones sociales que lo son más que ésta que hoy nos aflige tanto, y que son sus verdaderos progenitores y ascendientes. ¡El mundo ¡oh vergüenza! no echó de ver que hubiese pavorosa cuestión social, hasta que que se ha tocado á su dinero! ¡Esta parece ser la fibra más delicada y la entraña más noble de su materializado organismo! Mas preciso será que al fin se convenza este mismo mundo egoista y materializado, de que hay intereses más altos y vitales todavía que ese; intereses que él, insensato, ha despreciado y ha dejado villanamente malbaratar á trueque de que le dejasen en paz sus goces y riquezas. Hoy permite la Providencia que en el terreno de esos mismos intereses materiales se le libre la más recia batalla, con grandes probabilidades de que resulte de ella gravísima y espantosa catástrofe. De lo cual sacaremos, para enseñanza de todos, que no es la presente cuestión social la que ha de merecer nuestras más privilegiadas atenciones, sino las otras que engendraron ésa, y de cuya eficaz y acertada solución pende que quede esa un día ú otro eficazmente zanjada. Mas, no anticipemos ideas, que todas irán saliendo y de todas iremos dando cuenta, con el favor de Dios.

Gravísimas cuestiones sociales, en efecto, más dignas de llamarse con este nombre que la que hoy lo está monopolizando, se han agitado modernamente en Europa, sin que la mayor parte de los alarmados de hoy les hayan concedido el rango y categoría que á la presente conceden.

—Ciertamente.

—Hace tres siglos se encendió en el corazón de ella la hoguera infernal del Protestantismo, que fué la emancipación de la razón humana del yugo de toda Autoridad religiosa. Era aquélla una cuestión profundamente social, y sin embargo se figuran muchos que no hubo allí más que una insurrección más ó menos legítima contra la supremacía moral del Papado.

—No son pocos, aun entre los hombres *de orden*, los que así lo entienden.

—Pues entienden muy mal, porque allí no se hizo sino poner la primera dinamita socialista al viejo edificio de la organización social cristiana. Pero, sigamos. La Revolución francesa, sacando las primeras consecuencias lógicas de aquella insurección en el terreno religioso, hizo la insurrección en el terreno civil, y proclamó la mayor edad de los pueblos contra toda humana soberanía que no fuese la de ellos mismos. Creen algunos, tambien *de orden*, que allí no se hizo más que guillotinar á los realistas y al Rey. Equivocados andad. Allí se planteó, ya con mayor franqueza que en el siglo XVI, el problema socialista de hoy.

—Seguid adelante.

—Pasaron los horrores materiales (los materiales tan sólo) de la Revolución francesa; pero reyes y pueblos convinieron en aceptar sus principios, y los escribieron en sus códigos, y empezó á reinar el Liberalismo. Tampoco pareció éste más que un expediente pacífico, cuando en realidad era la legalización de los procedimientos antisociales predicados con demasiada crudeza por los guillotinadores. Desde entonces se ha andado á pasos de gigante, y en poco más de medio siglo ved á qué alturas nos hallamos ya.

—En efecto.

—El Liberalismo ha desarrollado en los últimos sesenta ú ochenta años todo su programa. Principió por arrebatar á la Iglesia y á los pobres su propiedad, y por destruir los Institutos religiosos. Soltando una tras otra las válvulas de todas las libertades del error y del vicio, ha acabado sancionando la libertad de cultos, que no es más que la descristianización oficial del ciudadano. Tampoco eso ha ido pareciendo á muchos *de orden* una cuestión social.

—Claro está. Como seguia en pie la armazón exterior del Estado, y no se había aún llegado á sacar de tales precedentes la última consecuencia, no habia por qué alarmarse.

—Y efectivamente, nadie se alarmó por de pronto. Mas, un principio legalizado es como un grano de semilla sembrado en la tierra: tarde ó temprano llega á dar su fruto. Pasaron años, y el pueblo trabajador, con tales ejemplos

aleccionado, empezó á comprender que en tan bien urdido sistema de reformas, él era el único que se quedaba como antes. Pobre era y pobre seguía, y de todos sus cacareados derechos no había uno que le librase de trabajar y que le permitiese andar en coche. Antes por muchos conceptos su actual situación era en cierto modo más oprobiosa que antes. En efecto. Soberano le habían aclamado, pero sin renta, y expuesto por tanto á morirse de hambre cualguier día. Ocurrióle entonces que en el juego de las revoluciones podía aún jugarse una última partida que le fuese á él solo beneficiosa. Y resolvió jugarla. Y apareció el Socialismo. ¿Queréis saber ahora lo que es el Socialismo?

—Venga.

—Es ni más ni menos que el pueblo soberano haciendo uso de su reconocida soberanía, para arreglar las cosas del mundo á gusto propio y en propio exclusivo provecho, sin otro criterio de justicia que este que el Liberalismo le ha enseñado ser decisivo en toda cuestión: el criterio de las mayorías. Son los más, y tienen el derecho de imponer sus fallos y sus puños á los menos. Nadie podrá negar, aunque le duela, que discurren los chicos según muy correcta jurisprudencia liberal, es decir, como les enseñaron sus padres.

—Es innegable.

—Según este principio se está formando una como universal coalición de todos los pequeños contra todos los grandes ó medianos, para dictar aquéllos la ley á éstos, como éstos la dictaron hasta el presente á aquéllos. Es sencillamente una inversión de términos. Se trata sólo de resolver quién ha de sobreponerse á quién, ya que todos han convenido en que no les ha de regir más ley que la que ellos mismos se dicten, con independencia absoluta de la de Dios.

—Cierto, ciertísimo.

—Y se me figura que Dios nuestro Señor, expulsado ignominiosamente por unos y otros del organismo social, como legislador retrógrado y anticuado, debe de reirse desde los cielos muy de gusto, viendo á sus criaturas de la tierra vengando en sí propias los insultos que infirieron á su divina soberanía.

—Realmente, y el *Dominus irridebit eos* de las Escrituras

á que aludís, parece aquí de oportunísima aplicación. Descartado de la sociedad el elemento divino que la enfrenaba; entregado su timón al mero elemento humano que hoy la rige, no hay que admirar si nos sorprende cada día con nuevos tumbos y volteretas, hasta dar de bruces en el último abismo. De todos modos, á lo que veo, la cuestión social de hoy no es una cuestión social que empieza; es, sí, una cuestión social que termina, en la forma en que necesariamente había de terminar. Cuando se dice *esto se va,* no se dice exactamente la verdad. *Esto se ha ido yendo* hace ya muchos años. A pedazos se ha visto caer y desmoronarse el edificio de la sociedad cristiana, ó mejor á piquetazos lo han ido demoliendo nuestros insensatos reformadores.

—A la vista está. El mundo moderno es un montón de informes escombros. La propiedad, último paredón que quedaba en pie, desamparada de su esencial estribo y fundamento la Religión, está sufriendo las postreras sacudidas, y amenaza con su ruina consumar el general estrago y providencial castigo.

—Es realmente el caso de cantar tristemente sobre la sociedad, como la Iglesia sobre las ruinas de la ciudad deicida: *Jerusalem, Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum.*

—Quedamos, pues, en que la tremenda cuestión que se está ventilando hoy día en Europa, entre los que tienen dinero y los que no lo tienen (que éstos son los verdaderos y exactos términos del problema), no es propiamente hablando la verdadera cuestión social. Hay antes que ella y por encima de ella otra que es su origen. La cuestión de si el mundo ha de andar regido por la ley de Dios, como enseña la Iglesia católica, ó por el mero derecho humano, como dicta el Liberalismo.

—Sí, realmente ahí esta el *quid.*

—Es preciso, de consiguiente, ó que vuelva á reinar en el orden social el Dios verdadero de cielos y tierra, ó que nos resignemos á que sea su único ordenador el falso dios de los clubs y de las plazuelas, después de haberlo sido el no menos

falso dios de los Gabinetes y Parlamentos. O la Iglesia, cuyo código sacrosanto para pobres y ricos es el Decálogo; ó la turba anónima, cuyo único programa es la anarquía. O el Catolicismo, único verdadero protector de los débiles y único verdadero enfrenador de los poderosos; ó el Socialismo, por justos juicios del cielo, vengador azote de la Divina Justicia para los unos y para los otros. A propósito de lo cual me ocurre aquí una observación.

—¿Cuál?

—Hemos hablado de proteger y de enfrenar. Quiero haceros notar que también en eso andan lamentablemente invertidas las ideas por muchas de nuestras personas *sensatas*.

—Explicaos.

—Sí, porque oiréis repetir muchas veces que la Religión es la única que puede resolver el arduo conflicto presente, enfrenando con su poderoso ascendiente las pasiones de las muchedumbres, y protegiendo con el mismo ascendiente poderosísimo la propiedad y el orden, ó sea, el sosiego de las clases acomodadas.

—Lo cual no sé como puede dejar de pareceros muy puesto en razón.

—Y no solamente no me parece puesto en razón, sino que lo encuentro formulado al revés, como tantas otras cosas de nuestro bendito siglo.

—Volvedlo, pues, á las derechas.

—Digo que debe de esta manera formularse: La Religión es á la vez amparo y freno de todas las clases sociales, por supuesto; pero de un modo particular es amparo de los débiles y freno de los poderosos. Estos, como más expuestos á la tentación del orgullo, necesitan más freno que protección: aquéllos, como más expuestos á las seducciones de la desesperación, necesitan amor y tutela más todavía que frenos. Y asi lo ha entendido siempre el Catolicismo en sus relaciones con pobres y ricos, desempeñando en las sociedades verdaderamente cristianas el nobilísimo oficio de contrapeso regulador entre las opuestas tendencias de ambos. Hoy por muchos en la hora del supremo peligro se invoca á voz en grito á la Religión, ¿pero es siempre en este sentido?

—Temo que nó. Pero decidme: saliéndonos ya de puntos

de vista generales, en el conflicto tal como se presenta hoy entre pobres y ricos, ¿de parte de quién creéis está la culpa y de quién la razón?

—¡Hombre! Contestadme antes á otra preguntita del alma. En un tren cuyas ruedas han saltado todas del rail, y que en consecuencia se va todo él á derrumbarse y estrellarse en mil precipicios, ¿á qué ruedas daréis la culpa del fracaso ó á cuáles declararéis irresponsables de él? ¿A las de la derecha ó á las de la izquierda? El caso es análogo, por no decir idéntico, y me ahorra contestar á vuestra interpelación si no contestáis antes á la mía. ¡Aquel de los dos contendientes (de clases hablo y no de individuos) que no vaya hoy día completamente fuera del severo rail social que le trazó la ley de Jesucristo, ése levántese y tire contra su adversario la primera piedra! Sí, descarrilados andamos años ha. ¡Y lo que es peor, alardeando y blasonando á todas horas de que el andar ajustados al rail es enojosa traba y vil servidumbre, y que andar fuera de él es noble condición de una sociedad libre y emancipada! ¡Clama la Iglesia y grita á todas horas su supremo Pastor, mas no atienden á sus avisos los conductores del tren, empeñados en que han cambiado los tiempos, y que en su vista no se debe proceder hoy á la antigua, sino á la moderna! ¡Y sobre esto ni siquiera se admite ya discusión! Cuando se ha dicho que *ciertas cosas pasaron para no volver*, se ha fallado ya el pleito en última instancia ante todos los tribunales del día. De esta suerte ha quedado proscrita la ley de Dios del cuadro de las leyes por que debe regirse la sociedad humana, sin que en esto quepa ya á la Divina Majestad género alguno de apelación. En los sistemas modernos la ley religiosa es asunto puramente individual de cada uno, en que no debe meterse poco ni mucho la ley social. Y habiendo aceptado como única norma ese legal ateísmo, así pobres como ricos, así los de arriba como los de abajo, así los agresores de hoy como los agredidos, ¿á quién queréis dar la culpa de lo que acontece, si todos, á pretexto de querer ser libres, andan, como vulgarmente se dice, dejados de la mano de Dios?

—Los que llamamos fundamentos sociales son cuatro: Religión, familia, autoridad, propiedad. Pero los tres últimos necesitan como garantía indispensable apoyarse en el primero, so pena de quedar en el aire, y de ser destruidos al más debil empuje de las humanas pasiones. La familia sin el vínculo de la Religión viene á parar en las abyecciones del amor libre; la autoridad sin el freno de la Religión se convierte ó en anarquía ó en despotismo; la propiedad sin el estribo de la Religión queda reducida á un mero hecho de fortuna ó de fuerza, que por esto mismo está expuesto á las contingencias de otra habilidad ó fuerza mayor.

—Este, este último es el punto de vista que espero oíros desarrollar.

—Y que no ha de serme muy difícil. Las cosas en su principio fueron todas de todos, hasta que la ocupación de alguna de ellas creó en favor del primer ocupante el derecho de prioridad en su posesión. Después se transmitió este derecho por donación, heredamiento, venta ó cualquier otro de los medios legítimos de adquirir. En el fondo, pues, el llamado derecho de propiedad no es más que el hecho de la posesión, garantido por el séptimo mandamiento, reflejo de la ley natural y eterna, dictadas como aquél por el supremo Legislador, Dios.

—Pero ¿olvidáis las leyes humanas?

—No las olvido, pero tampoco doy á ellas la importancia que tal vez presumís. Si alguna tienen, es por ser aplicaciones de aquella otra ley superior antes citada. Tanto es así que las leyes humanas no pueden destruir el derecho de propiedad, como tampoco pudieron crearlo, porque es anterior á ellas. No pueden hacer sino reconocerlo y sancionarlo, y á lo más regular su uso. Si otra cosa pretenden conviértense por lo mismo en leyes socialistas. Por esto fueron socialistas netas las leyes de desamortización y desvinculación promulgadas años atrás en España, ni más ni menos que los horribles proyectos que hoy á última hora predica en sus clubs al pueblo trabajador el Socialismo de nuestros días. La propiedad es el derecho que tiene el hombre á lo que ha hecho suyo conforme á ley de Dios y bajo su salvaguardia, nó lo que ha declarado suyo el mero convencionalismo de

una mayoría parlamentaria que lo ha votado así, ó el *placitum* de un monarca ó emperador á quien se le antoje decretarlo de esta manera.

—¿Queréis decir, en resumen, que la propiedad es *de derecho divino*, como la familia y la autoridad, que son sus hermanas gemelas?

—Exactamente, y habéis expresado con la fórmula más propia mi pensamiento. La propiedad es de derecho divino, como la familia y la autoridad. Y como ellas, ó es de derecho divino ó no es nada.

—Aclarad el dilema.

—Digo, que ó es de derecho divino ó no es nada; porque, escoged: ó es de derecho divino ó es de derecho humano.

—No hay término medio entre los dos.

—Pues bien. Si es de derecho humano, es de mera convención humana, sujeto á la instabilidad de todos los juicios humanos, expuesto al revolver de todas las humanas instituciones. Derecho que tendrá el nombre de tal, pero no la esencia, no la intrínseca virtualidad, no el sagrado y eterno carácter. Y derecho que eso no sea, es la carabina de Ambrosio y nada más. Es un derecho puramente nominal, una máscara de derecho con que se disfraza algún tanto, para darse tono de legalidad, el puro *hecho* material (estoy por decir brutal) de la posesión. Es el derecho del león á su presa, mientras no se presente otro león de más dientes ó más garras á quitársela de las suyas. O si queréis, es el derecho de la zorra á su caza, mientras otro zorro más listo no se la quite de entre las uñas. Queda reducido el famoso derecho de propiedad, no á un hecho de conciencia como deben ser todos los derechos, sino á un hecho de mayor fuerza ó de mayor astucia, ni más ni menos que entre los brutos animales. Y he aquí lo que da tan espantoso poder al Socialismo de nuestros dias.

—Es verdad.

—El movimiento socialista de hoy no es espantoso por su carácter cosmopolita, ni por los millones de brazos de que puede disponer, ni por los ríos de sangre en que de un momento á otro puede inundar el mundo. Otros movimientos y otras catástrofes ha presenciado la humanidad por este

estilo, y sin embargo, no han resultado tan pavorosos como el que hoy amenaza. La fuerza principal del Socialismo consiste en tener de su parte la lógica, dados los abominables precedentes que en su favor han venido sentando años ha las mal llamadas clases conservadoras. Porque si la ley de Dios nada tiene que ver con el organismo social; si el derecho es cosa meramente humana; si la propiedad es, como la autoridad y la familia, una simple creación de la ley civil, es evidente que puede todo eso modificarse y trastornarse de arriba abajo sin reparo alguno, como tantas otras cosas se varían cada día pertenecientes á la misma esfera de lo mudable y contingente. Los hombres que hasta aquí lo creyeron bien arreglado de una manera, pueden muy lícitamente creer que en adelante debe arreglarse de otra, y trabajar cuanto quieran en este sentido, hasta alcanzarlo. ¿Qué costará lágrimas y sangre? ¿Qué irrogará á alguien graves perjuicios? ¡Bah! Estas razones no son de peso alguno para quien conozca que lo mismo ha sucedido en toda evolución histórica. Si la presente cuestión y todas las cuestiones son del mero dominio del hombre, como enseña el Liberalismo, déjese íntegra al hombre su solución.

—Es incontestable.

—Como lo es que *el hombre* es aquí la *mayoría de los hombres,* que quiere sencillamente dictar su ley á la minoría.

—Exactamente.

—Sobre la materia de esta nuestra conversación, acaba de hacerse oir una voz ante la cual ha de resultar pálido y frío cuanto diga cualquier otro que presuma hablar de eso, tan alta es la presente y tan autorizada.

—Os comprendo. Aludís á la trascendental Encíclica *De conditione opificum,* ó sea, «De la condición de los obreros,» que acaba de dar nuestro Santísimo Padre León XIII.

—Sí, á ésa aludo, y en ésa hemos de ocuparnos aquí, si no os desplace.

—Nada podíais proponerme que fuese más de mi gusto.

—Y más aún. Creo que en adelante de ninguna manera podremos caminar más sobre seguro que haciendo de esta nuestra disquisición filosófico-popular, mero comentario ó sencilla paráfrasis, de los párrafos principales del altísimo Documento.

—Cierto.

—Empezamos por advertir en él un singularísimo espíritu de amor y de protección á las clases trabajadoras, expresando en tales términos, que han llamado la atención de no pocos que ignoran que éste ha sido desde Jesucristo acá el espíritu de la Iglesia, y que la Iglesia nunca se ha desmentido ni desmentirá á sí misma.

—¡Será lo que le ha valido al Papa, de parte de muchos necios, el dictado de demagogo y socialista!

—Necios, decís bien: porque nunca se ha visto ni oído necedad como ésta tan garrafal y tan supina. Creen los tales infelices, que el Catolicismo trae como pie forzado en esta cuestión anatematizar á las turbas, y halagar á los ricos, cuando la Iglesia no debe adular á unos ni á otros, sino sencillamente predicar á todos la verdad. Además de que, aquel *Misereor super turbam* del Divino Jesús no se ha borrado nunca ni se borrará de su maternal corazón, así como aquel tremendo *Væ vobis divitibus* del mismo humildísimo Maestro. No es de extrañar, pues, que el Vicario de Cristo esfuerce en este soberano Documento de un modo particular la nota compasiva en favor de las llamadas clases desheredadas, y que hoy por doble concepto deben ser llamadas así. Desheredadas, por su situación precaria, del goce de los bienes de le tierra; desheredadas, por la maldita Revolución, de los consuelos y esperanzas de la fe cristiana.

—¡Oh, sí! tenéis razón, tenéis razón.

—Y por esto la tiene el Papa en hablar del pueblo trabajador del modo que vais á oir. Es, por decirlo así, el primer rasgo característico de la presente Encíclica. Escuchad lo que dice después de brevísimo exordio:

«Es preciso dar pronto y oportuno auxilio á los hombres de la ínfima clase, puesto caso que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa. Pues destruidos en el pasado siglo los antiguos

gremios de obreros, y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la Religión de nuestros padres, poco á poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos é indefensos, por la condición de los tiempos, á la inhumanidad de sus amos y á la desenfrenada codicia de sus competidores. A aumentar el mal vino la voraz usura, la cual aunque más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre, bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Júntase á esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas, está casi todo en manos de pocos, de tal suerte, que unos cuantos opulentos hombres y riquísimos, han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios, un yugo que difiere poco del de los esclavos.»

¡Qué elevación de ideas! ¡Qué franqueza de lenguaje! ¡Cuán sencilla manera de plantear el problema y de dejar entrever casi su completa solución sobre la base de los principios íntegramente cristianos! En estas breves frases señálase *el hecho,* ó sea, la existencia del pauperismo proletario, como fenómeno social (pauperismo no es lo mismo que clase pobre): apúntase el origen desconsolador de este fenómeno en la abolición de los gremios por el Liberalismo, á pretexto de la libertad del trabajo, que no ha sido, en muchos puntos, sino la esclavitud del trabajador; en el apartamiento de las modernas Constituciones, del espíritu cristiano que las informaba en el llamado por mofa *antiguo régimen;* en la usura, una de cuyas formas es el afan de obtener del jornal humano un produto exagerado, y en desproporción con el salario con que está retribuido; y por fin en el monopolio ó cuasi-monopolio de la producción y del comercio, ejercido por un número relativamente escaso de grandes capitalistas, vicio social que algunos controversistas católicos llamaron hace ya algun tiempo con el expresivo nombre de *capitalismo.*

—Parece, en efecto, que esto es poner el dedo en la llaga, ó mejor, en las llagas de esa maltrecha y desquiciada sociedad racionalista de nuestros días; y no es por tanto de extrañar que alguien ponga el grito en el cielo al dolerse de que la

mano vigorosa del Papa aplique á tales úlceras el hierro candente, pero saludable, de su apostólica palabra.

—En verdad, y no poco deberán agradecérselo tales enfermos, pues mejor ha de ser para ellos el saludable cauterio del Papa, que la destrucción á sangre y fuego que predican los partidarios de la liquidación. A estos últimos da en seguida su merecido el Vicario de Cristo con el párrafo siguiente, que completa el anterior:

«Para remedio de este mal, los *socialistas,* después de excitar en los pobres el odio á los ricos, pretenden que es preciso acabar con la propiedad privada y sustituirla con la colectiva, en que los bienes de cada uno sean comunes á todos, atendiendo á su conservación y distribución los que rigen el Municipio ó tienen el gobierno general del Estado. Con este pasar los bienes de las manos de los particulares á las de la comunidad, y repartir luego esos mismos bienes y sus utilidades con igualdad perfecta entre los ciudadanos, creen que podrán curar la enfermedad presente. Pero tan lejos está este procedimiento suyo de poder dirimir la cuestión, que antes perjudica á los obreros mismos; y es además grandemente injusto, porque hace fuerza á los que legítimamente poseen, pervierte los deberes del Estado, é introduce una completa confusión entre los ciudadanos.»

¿No es verdad que ya no os va pareciendo tan socialista el Papa?

—No por cierto, ni me lo pareció nunca, y os suplico no me hagáis tan poco favor.

—Perdonad, amigo; y ya que no vos, recoja la alusión quien recogerla debe, que no faltará en este mundo pecador.

—Comienza la parte que podemos llamar esencialmente doctrinal de la Encíclica, sentando el derecho natural y sagrado de la propiedad privada, en oposición al colectivismo ó derecho superior del Estado, que es el concepto socialista. Y por dirigirse el Papa de un modo particular á la clase obrera, pasa por alto el origen de la propiedad por primera

ocupación, para fijarse y hacer fijar los ojos del pueblo trabajador en el origen de aquélla por medio del salario, ó sea, por el trabajo retribuido, idea que más que otra alguna ha de hacerse comprensible y simpática al obrero.

—Comprendo el secreto de esta argumentación. Es como decirle el Papa al proletario: «En esta viva lucha entre el que posee y el que trabaja voy á hacerte comprender que la principal fuente de la propiedad es el trabajo; ó de otro modo, que el salario y el capital, al parecer antagónicos, no son en realidad sino una misma cosa, como que cualquier salario es ya en germen un capital, y muchas veces los mayores capitales no son sino una suma mayor ó menor de salarios lícitamente acumulados y discretamente aprovechados.»

—Sí, en efecto; esto viene á decir el Papa á los trabajadores. Mas, oigámoselo á él mismo, que en este punto es superior á toda ponderación su luminosa claridad. Dice así:

«A la verdad, todos fácilmente entienden que la causa principal de emplear su trabajo los que se ocupan en algún arte lucrativo, y el fin á que próximamente mira el operario, son éstos: procurarse alguna cosa, y poseerla como propia suya con derecho propio y personal. Porque si el obrero presta á otro sus fuerzas y su industria, las presta con el fin de alcanzar lo necesario para vivir y sustentarse; y por esto, con el trabajo que de su parte pone adquiere un derecho verdadero y perfecto, no sólo para exigir su salario, sino para hacer de éste el uso que quisiere. Luego, si gastando poco de este salario ahorra algo, y para tener más seguro este ahorro, fruto de su parsimonia, lo emplea en una finca, síguese que la tal finca no es más que aquel salario bajo otra forma; y, por lo tanto, la finca que el obrero así compró debe ser tan suya propia como era el salario que con su trabajo ganó. Ahora bien: en esto precisamente consiste, como fácilmente se deja entender, el dominio de bienes muebles é inmuebles. Luego al empeñarse los *socialistas* en que los bienes de los particulares pasen á la comunidad, empeoran la condición de los obreros, porque quitándoles la libertad de hacer de su salario el uso que quisieren, les quitan la esperanza y aun el poder de

aumentar sus bienes propios, y sacar de ellos otras utilidades.»

La argumentación es sólida y es *ad hominem*, como decían los escolásticos, y no deja punto de escape al socialista más ladino.

—Esto me recuerda lo de Napoleón I, cuando decía que cada uno de sus soldados llevaba en la mochila el bastón de Mariscal de Francia: así en cada jornalero hay un futuro capitalista, porque el jornal es ya de suyo un verdadero capital.

—Es evidente, como lo es la otra consideración que en seguida añade el Papa, remontándose á la esfera de los principios más abstractos de filosofía después de haber dado al Socialismo aquel primer puntillazo en el terreno del mero sentido común. Prosigue, en efecto, de esta suerte:

«Pero, y esto es aún más grave, el remedio que proponen pugna abiertamente con la justicia; pues poseer algo como propio y con exclusión de los demás es un derecho que dió la naturaleza á todo hombre.—Y á la verdad, aun en esto hay grandísima diferencia entre el hombre y los demás animales. Porque éstos no son dueños de sus actos, sino que se gobiernan por un doble instinto natural que mantiene en ellos despierta la facultad de obrar, y á su tiempo les desenvuelve las fuerzas y excita y determina cada uno de sus movimientos. Muéveles el uno de estos instintos á defender su vida, y el otro á conservar su especie. Y entrambas cosas fácilmente las alcanzan con sólo usar de lo que tienen presente; ni pueden en manera alguna pasar más adelante, porque los mueve sólo el sentido y las cosas singulares que con los sentidos perciben.—Pero muy distinta es la naturaleza del hombre. Existe en él toda entera y perfecta la naturaleza animal, y por eso, no menos que á los otros animales, se ha concedido al hombre, por razón de ésta su naturaleza animal, la facultad de gozar del bien que hay en las cosas corpóreas. Pero esta naturaleza animal, aunque sea en el hombre perfecta, dista tanto de ser ella sola toda la naturaleza humana, que es muy inferior á ésta, y de su condición nacida á sujetarse á ella y obedecerla. Lo que en nosotros campea y sobresale, lo que al hombre da

el ser de hombre, y por lo que se diferencia específicamente de las bestias, es el entendimiento ó la razón. Y por esto, por ser el hombre el solo animal dotado de razón, hay que conceder necesariamente al hombre la facultad, no sólo de usar como los demás animales, sino de poseer con derecho estable y perpetuo, así las cosas que con el uso se consumen, como las que, aunque usemos de ellas, no se acaban.»

¿Comprendéis la fuerza de este raciocinio?

—Paréceme que sí.

—Seguid, pues, escuchando:

«Esto, dice, se ve aún más claro si se estudia en sí, y más íntimamente la naturaleza del hombre. Este, porque con la inteligencia abarca cosas innumerables y á las presentes junta y enlaza las futuras, y porque además es dueño de sus acciones, por esto, sujeto á la ley eterna y á la potestad de Dios, que todo lo gobierna con providencia infinita, él á sí mismo se gobierna con la providencia de que es capaz su razón, y por esto también tiene libertad de elegir aquellas que juzgue más á propósito para su propio bien, no sólo en cosas del tiempo presente, sino aun en las del que está por venir. De donde se sigue que debe el hombre tener dominio, no sólo de los frutos de la tierra, sino además de la tierra misma, porque de la tierra ve que se producen para ponerse á su servicio las cosas de que él ha de necesitar en lo porvenir. Dan en cierto modo las necesidades de todo hombre perpetuas vueltas, y así, satisfechas hoy, vuelven mañana á ejercer su imperio. Debe, pues, la naturaleza haber dado al hombre algo estable y que perpetuamente dure, para que de ello perpetuamente pueda esperar el alivio de sus necesidades. Y esta perpetuidad nadie sino la tierra con sus frutos puede darla.»

De lo cual como véis, amigo mío, resulta tan natural al hombre el ser propietario, como natural le es en cierta manera el ser hombre, y tener, como tal, derecho á vivir y á proveer á las presentes y futuras necesidades de la vida.

—Mas, los socialistas os dirán que á eso debe proveer el poder social ó Estado, sin que tengan los particulares el derecho de arrogarse exclusivamente, y para uso singular, porción alguna de los bienes que la naturaleza en su principio hizo comunes.

—El Papa sale al encuentro á esta dificultad, y refuta en seguida esta teoría del Estado dueño único y administrador único de todo, que es otro de los gravísimos errores del concepto socialista. Sigamos.

—Desde que las modernas sociedades, por obra y gracia del Liberalismo, sacudieron de sí la soberanía legal de Dios Nuestro Señor, para regirse, según decían, por sí solas y sin otra autoridad que la emanada de sí mismas, levantóse en el trono del verdadero Dios, tan groseramente proscrito de la organización social, un nuevo dios, ó mejor, un ídolo monstruoso, horrible Moloch, al que empezaron á tributar los ciudadanos *libres* tan rendido y abyecto vasallaje, como nunca soñó exigirles Cristo, su legítimo Rey. El falso dios, alzado en soberbio pedestal sobre las ruinas del antiguo régimen cristiano, es el dios-Estado.

—Esta idea apuntábais en el capítulo anterior.

—Y ésta vamos á desarrollar hoy, con la Encíclica del Papa en la mano. Es, en efecto, la supremacía moral y legal y hasta material concedida hoy día al Estado, una como divinización de esta entidad, que bien puede llamarse idolatría en sus condiciones más vergonzosas.

—Y realmente Estato-latría la han llamado varios modernos publicistas.

—Como sin duda lo es. Reparadlo sino: el Estado ejerce sobre el moderno ciudadano *libre* una soberanía tal, que es la absorción más completa y oprobiosa de todos los derechos de éste, aún de los más sagrados. El Estado se declaró más ó menos explícitamente dueño de la propiedad por medio de las leyes de desvinculación y desamortización y expropiación forzosa que todos conocemos. El Estado se declara más dueño de todos los hijos que los mismos padres naturales de éstos, por la enseñanza llamada obligatoria. El Estado se abroga el derecho de constituir la familia en la forma que quiere por medio de las leyes del llamado matrimonio civil. El Estado impone á los ciudadanos absoluta suspensión de sus carreras y vocaciones cuando le place por medio del ser-

vicio general obligatorio. El Estado crea á su antojo impedimentos al matrimonio, imponiendo á los jóvenes forzosa soltería por el plazo que quiere, con sus inicuas leyes de servicio activo militar y de reservas. El Estado tiene numerados todos los individuos de ese rebaño humano, que llama pueblo libre, por medio de la cédula personal, sin la cual no puede el ciudadano libre de hoy ejercer acto alguno de la vida social, y ni aún morir, ni aún ser enterrado. El Estado se hace secuestrador odioso de la misma vida privada del ciudadano libre de hoy, obligándole á despojarse de ella, al capricho de un cualquiera, en el escenario del juicio oral, para hacerla pasto de la desvergonzada petulancia de un público y de unos periodistas que tienen el derecho reconocido de mirar su desventura sencillamente como un espectáculo. El Estado... pero ¿qué queréis que añada más á ese cuadro de vergonzosas tiranías con que á sus súbditos humilla de continuo ese implacable déspota, eso sí, cuidando bien de seguir llamando á todas horas libres y libérrimos á sus miserables esclavos?

—Es, en efecto, sangriento pero merecido sarcasmo.

—La ley de Dios obligaba antes á todos, pero esta ley era por todos aceptada, era la fe y el amor de todos, y nadie se sentía rebajado con someterse á tan excelso poder, al cual por otra parte, veía igualmente sujetos así á los más altos como á los más bajos. Además el exigirse en nombre de Dios la obediencia hacíala más noble en sí y más fácil en su ejercicio, porque suponía de antemano la rectitud del mandato. Hoy, despojada de tal aureola la autoridad y reducida ésta á condiciones de mero funcionalismo humano, ha de exigir necesariamente por la fuerza el acatamiento, ya que no puede por convicción, supliendo con la violencia coercitiva la debilidad de su propio desprestigio. De ahí la divinización exterior del Estado, de ahí las ridículas exageraciones del respeto á la legalidad, cualquiera que sea, de ahí la sociedad cristiana transformada sin sentirlo ella misma en sociedad socialista, por las desmedidas atribuciones conferidas al Estado ó poder social, y la absorción por éste de casi todos los derechos naturales y civiles del ciudadano.

—Con lo cual vais demostrando lo que apuntasteis el pri-

mer día, esto es, que la cuestión social de hoy procede de otras cuestiones sociales más de antiguo planteadas, y que contenían como en embrión el moderno Socialismo, ¿no es verdad?

—Sí, amigo mío; ó lo que es lo mismo, que el Socialismo rugiente y demagógico de hoy no es sino la evolución franca y desembozada de aquel otro Socialismo de formas cultas y parlamentarias, que hace cien años legisla en Europa con el nombre de Liberalismo.

—Y ¿ha dicho también eso el Papa?

—Sí, lo ha dicho, aunque ciñéndose al asunto concreto de la propiedad, que es el de que trata la Encíclica. Oídlo:

«Ni hay para qué se entrometa aquí el cuidado y providencia del Estado, porque más antiguo que el Estado es el hombre, y por esto, antes que se formase Estado ninguno, debió recibir el hombre de la naturaleza el derecho de cuidar de su vida y de su cuerpo... Ninguna ley humana puede quitar al hombre el derecho natural y primario que tiene á contraer matrimonio, ni puede tampoco ley ninguna humana poner en modo alguno límites á la causa principal del matrimonio, cual la estableció la autoridad de Dios en el principio. *Creced y multiplicaos.* He aquí la familia ó sociedad doméstica, pequeña, á la verdad, pero verdadera sociedad y anterior á todo Estado, y que, por lo tanto, debe tener derechos y deberes suyos propios, y que de ninguna manera dependan del Estado... Lo mismo que el Estado es la familia, como antes hemos dicho, una verdadera sociedad regida por un poder que le es propio, á saber: el paterno. Por esto, dentro de los límites que su fin próximo le prescribe, tiene la familia en el procurar y aplicar los medios que para su bienestar y justa libertad son necesarios, derechos iguales, por lo menos, á los de la sociedad civil. Iguales, por lo menos, hemos dicho, porque como la familia ó sociedad doméstica se concibe y de hecho existe antes que la sociedad civil, síguese que los derechos y deberes de aquélla son anteriores y más inmediatamente naturales que los de ésta. Y si los ciudadanos, si las familias al formar parte de una comunidad y sociedad humanas hallasen en vez de auxilio estorbo, y en vez de defensa disminución de su derecho, sería más

bien de aborrecer que de desear la sociedad. Querer, pues, que se entrometa el poder civil hasta lo íntimo del hogar, es grande y pernicioso error.»

Si se quiere, pues, matar, el germen socialista que cien años ha lleva inoculado en sus entrañas la moderna sociedad, es preciso volver á proclamar á toda prisa la soberanía legal de Dios, y la servidumbre y obediencia que á éste debe el Estado en todas las esferas de su acción, en vez de erigirse en único supremo dueño y regulador de todo. Si vuelve á reinar Dios quedarán firmes todos los deberes legítimos, y amparados, á la vez, todos los legítimos derechos. Si sigue reinando como hasta aquí sin traba de ningún género el Estado ateo, hecho dios en lugar del Dios verdadero, preparémonos á sufrir de este brutal señor aún más humillantes tiranías.

—El Papa, con la precisión y claridad que visteis, diagnostica sobre la terrible enfermedad que padece hoy el mundo, y revela su íntima naturaleza y señala su origen y marca su gravedad. Mas como no se limita ahí la obligación del sabio médico, que ante todo debe ser un sabio práctico, á diferencia del mero filósofo, que alguna vez puede detenerse en la esfera de la simple especulación, pasa inmediatamente León XIII á prescribir á tan desastroso mal los remedios convenientes.

—Y en verdad que he oído decir á algunos, que en esta parte nada ofrece de nuevo la receta del Papa.

—¡Bah! ¡Manía del siglo, que en todo desea la novedad! Precisamente el amor á novedades le ha traído, como enseña el Papa, á la tristísma situación actual. No ha de ser, pues, con novedades con que se cure el muy menguado, sino con vejeces y antiguallas que en mal hora abandonó.

—Mas, contra eso ya tenéis de buenas á primeras recelosa y prevenida á la presente generación.

—Peor para ella si así es, pues eso significará que está sin remisión desahuciada.

—Veamos, no obstante, cuál es la medicación que prescribe al enfermo cuerpo social nuestro sapientísimo Padre.

—Es muy sencilla. Consta de cuatro drogas solamente, pero tales que de tomarse del modo debido restituirían á la sociedad medio ya gangrenada su natural robustez. 1.ª El persuadirse todos de que la igualdad social es una utopia. 2.ª Persuadirse también de que la precisa condición del hombre en este mundo no es de bienestar, sino de necesaria aflicción. 3.ª Que por los ricos y por los pobres se observen estrictamente las reglas que marcan en el Evangelio sus mutuos respectivos deberes. 4.ª y última. Que la solución de los presentes conflictos no se busque en la vida terrena, que no es la verdadera vida del hombre, sino en la consecución de la del cielo, que es la única verdadera porque es la única definitiva. Oidlo textualmente:

«Sea el primer principio, y como la base de todo, que no hay más remedio que acomodarse á la condición humana; que en la sociedad civil no pueden todos ser iguales, los altos y los bajos. Afánanse, es verdad, por ello los *socialistas;* pero es en vano y contra la naturaleza misma de las cosas ese afan. Porque ha puesto en los hombres la naturaleza misma grandísimas y muchísimas desigualdades. No son iguales los talentos de todos, ni igual el ingenio, ni la salud, ni las fuerzas; y á la necesaria desigualdad de estas cosas, síguese espontáneamente desigualdad en la fortuna. Lo cual es claramente conveniente á la utilidad, así de los particulares como de la comunidad; porque necesita para su gobierno la vida común de facultades diversas y oficios diversos; y lo que á ejercitar estos oficios diversos principalísimamente mueve á los hombres es la diversidad de la fortuna de cada uno.»

—Es realmente el primer componente de la medicina.

—Ved el segundo:

«Y del mismo modo no han de tener fin en este mundo las otras penalidades, porque los males que al pecado siguieron son ásperos de sufrir, duros y difíciles, y de necesidad han de acompañar al hombre hasta lo último de su vida. Así que sufrir y padecer es la suerte del hombre, y por más experiencias y tentativas que el hombre haga, con ninguna fuerza, con ninguna industria podrá arrancar enteramente de la vida humana estas incomodidades. Los que di-

cen que lo pueden hacer, los que al desgraciado pueblo prometen una vida exenta de toda fatiga y dolor y regalada con holganza é incesantes placeres, lo inducen á error, lo engañan con fraudes de que brotarán algún día males mayores que los presentes. Lo mejor es mirar las cosas humanas como son en sí, y al mismo tiempo buscar en otra parte, como ya hemos dicho, el remedio conveniente á estas incomodidades.»

—No puede darse más claro y mejor formulado el segundo específico.

—Pues atended al tercero:

«Para acabar con esa lucha y hasta para cortar las raíces mismas de ella, tiene la Religión cristiana una fuerza admiroble y múltiple. Y en primer lugar el conjunto de las enseñanzas de la Religión, de que es intérprete y depositaria la Iglesia, puede mucho para componer entre sí y unir á los ricos y á los proletarios, porque á ambos enseña sus mutuos deberes y en especial los que dimanan de la justicia. De estos deberes, los que tocan al proletario y obrero son: poner de su parte íntegra y fielmente el trabajo que libre y equitativamente se ha contratado; no perjudicar en manera alguna al capital, ni hacer violencia personal á sus amos; al defender sus propios derechos abstenerse de la fuerza, y nunca armar sediciones ni hacer juntas con hombres malvados que mañosamente les ponen delante desmedidas esperanzas y grandísimas promesas, á que se sigue casi siempre un arrepentimiento inútil y la ruina de sus fortunas. A los ricos y á los amos toca: que no deben tener á los obreros por esclavos; que deben en ellos respetar la dignidad de la persona y la nobleza que á esa persona añade lo que se llama carácter de cristiano. Que si se tiene en cuenta la razón natural y la filosofía cristiana, no es vergonzoso para el hombre ni le rebaja el ejercer un oficio por salario, pues le habilita el tal oficio para poder honradamente sustentar su vida. Que lo que verdaderamente es vergonzoso é inhumano es abusar de los hombres, como si no fuesen más que cosas, para sacar provecho de ellos, y no estimarlos en más que lo que dan de sí sus músculos y sus fuerzas. Ordénase asimismo que en los proletarios se tenga cuenta con la Religión y con el

bien de sus almas. Y por esto, deber es de sus amos hacer que á sus tiempos se dedique el obrero á la piedad; no exponerlo á los atractivos de la corrupción ni á los peligros de pecado, ni en manera alguna estorbarle el que atienda á su familia y el cuidado de ahorrar. Asimismo no imponerle más trabajo del que sus fuerzas pueden soportar, ni tal clase de trabajo que no lo sufran su sexo y su edad. Pero entre los principales deberes de los amos, el principal es dar á cada uno lo que es justo. Sabido es que para fijar conforme á justicia el límite del salario, muchas cosas se han de tener en consideración; pero en general deben recordar los ricos y los amos que oprimir en provecho propio á los indigentes y menesterosos, y de la pobreza ajena tomar ocasión para mayores lucros, es contra todo derecho divino y humano. Y el defraudar á uno del salario que se le debe es un gran crimen que clama al cielo por venganza. *Mirad que el jornal que defraudasteis á los trabajadores clama; y el clamor de ellos suena en los oídos del Señor de los ejércitos.* Finalmente, con extremo cuidado deben guardarse los amos de perjudicar en lo más mínimo á los ahorros de los proletarios, ni con violencia, ni con engaño ni con los artificios de la usura; y esto aún con mayor razón, porque no están ellos suficientemente protegidos contra quien les quite sus derechos ó los incapacite para trabajar, y porque sus haberes, cuanto más pequeños son, tanto deben ser más respetados.»

—¡Caracoles! Esta sí que es quinta esencia de moral evangélica en toda su pureza.

—Pues, escuchad las gotas de bálsamo del cielo con que acaba de componer la divina mixtura:

«Entender lo que en verdad son y apreciar en lo que de veras valen las cosas perecederas, es imposible, si no se ponen los ojos del alma en la otra vida que no ha de tener fin; la cual vida, si se quita, perecerá inmediatamente el concepto y verdadera noción del bien, y hasta se convertirá este universo en un misterio inexplicable á toda investigación humana. Así, pues, lo que del magisterio de la naturaleza misma aprendimos, es también dogma de la fe cristiana, en que como en principal fundamento estriba la razón y el sér todo de la Religión, á saber, que cuando salgamos

de esta vida, entonces hemos de comenzar de veras á vivir. Porque no crió Dios al hombre para estas cosas quebradizas y caducas, sino para las celestiales y eternas; ni nos dió la tierra por habitación perpetua sino por lugar de destierro. Abundar ó carecer de riquezas y de las otras cosas que se llaman bienes, nada importa para la bienaventuranza eterna; lo que importa más que todo es el uso que de esos bienes hagamos. Las varias penalidades de que está como tejida la vida mortal, no las quitó Jesucristo con su *copiosa redención*, sino las trocó en incentivo de virtudes y materia de merecer, de tal suerte, que ninguno de los mortales puede alcanzar los bienes sempiternos, si no es caminando sobre las ensangrentadas huellas de Jesucristo: *Si sufriéremos, reinaremos también con El*. Tomando El de su voluntad trabajos y tormentos, por admirable modo templó la fuerza de estos mismos trabajos y tormentos; y no sólo con su ejemplo, sino con su gracia y con la esperanza que delante nos pone de un premio eterno, hizo más fácil el sufrir dolores: *Porque lo que aquí es para nosotros tribulación momentánea y ligera, engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria*.»

—Perfectamente, y que concluye del modo más decisivo.

—Sí, señor, y repasad ahora si queréis los cuatro ingredientes de esta pócima que á las sociedades actuales receta el médico del Vaticano, y ved si no hallaréis en ella la más apropiada fórmula de antisocialismo. No son nuevas estas ideas, ¿qué han de ser? pero casi podrían llamarse tales de puro olvidadas. Si por obra y gracia de nuestros gobernantes, llamados por el Papa antes que otro alguno á aplicarlas; si por obra y gracia, digo, de tales gobernantes llegasen á diluirse tales ideas en la atmósfera social, y las respirasen pobres y ricos, así como respiran hoy por su desgracia todas las opuestas, en pocos años sería el Socialismo tan sólo un recuerdo.

—Decís bien; pero ¡buena está la Magdalena para tafetanes, y buenos andan los Gobiernos de hoy para propinar á sus gobernados tal medicación!

—Así es, y por eso paréceme ¡ay! va larga, muy larga, extraordinariamente larga la cura.

—Bien presentados se hallan en la Encíclica, así el cuadro de síntomas de la enfermedad que aqueja hoy al mundo, como el plan general curativo de la misma. Esto, sin embargo, no basta. Se hace, además, indispensable señalar el modo de hacer efectiva esta medicación, y quién se la ha de administrar al organismo social doliente.

—Decís muy bien, y es de suponer que eso tampoco se le habrá dejado de ocurrir al Papa.

—¡Cá, hombre de Dios! Si precisamente en este punto es donde con más claridad se revela su excelente sentido práctico, que es lo que más acredita y distingue el buen médico de cabecera. Diríase que, además de sabio profesor para señalar la medicación, desea el Papa hacerse él mismo humilde practicante y enfermero, para con sus propias manos aplicarla. Oid:

«No se contenta la Iglesia (dice) con mostrar los medios con que este mal se ha de curar; ella, con sus propias manos, aplica las medicinas. Porque todo su afán es educar y formar los hombres conforme á sus enseñanzas y doctrina; y con el auxilio de los Obispos y del clero, procura extender cuanto más puede los saludabilísimos raudales de su doctrina. Esfuérzase, además, en penetrar lo íntimo del alma y doblegar las voluntades para que se dejen regir y gobernar en conformidad con los divinos preceptos. Y en esta parte, que es la principal y más importante, por depender de ella la suma toda de los provechos y la solución completa de la cuestión, sola la Iglesia es la que tiene mayor poder. Porque los instrumentos de que para mover los ánimos se sirve, para ese fin precisamente se los puso en las manos Jesucristo, y del mismo Dios reciben su eficacia. Semejantes instrumentos son los únicos que pueden convenientemente llegar hasta los senos recónditos del corazón y hacer al hombre obediente y pronto á cumplir con su deber, y que gobierne los movimientos de su apetito, y ame á Dios y al prójimo con singular y suma caridad, y se abra animosamente camino á través de cuanto le estorbe la carrera de la virtud.»

—Está muy claramente y con gran propiedad asignado el noble oficio de enfermera del mundo á la Iglesia católica.

—Ciertamente que sí, y en seguida el Papa empieza una rápida excursión por el campo de la historia para probar que siempre ha desempeñado este oficio con maravillosa eficacia. Y á la verdad, es éste un punto sobre el que nó breves y compendiosos párrafos, sino voluminosos infóleos hubiera podido escribir, si hubiese querido, el Vicario de Dios. No lo ha hecho, porque es materia tan obvia y de carácter tan trillado, que hasta parece vulgaridad y manoseado recurso ocuparse en ella. Nadie ignora cómo ha proveído la Iglesia de Cristo, no sólo al bien espiritual y eterno de los pueblos encomendados á su tutela, sino aun á sus mismas necesidades meramente humanas y temporales. Sin apartarse una tilde de aquel su programa evangélico, consistente en los cuatro puntos que os hice notar en el anterior artículo; sin hacer del sociólogo y del humanitarista como los pretendidos apóstoles y redentores que le han salido al pueblo de hoy, supo ella realizar en bien de las clases más numerosas, y por el equilibrio entre éstas y las más favorecidas por la suerte, maravillas tales de verdadera fraternidad, que serían el asombro de la humana filosofía, si se refiriesen allá de cualquier legislador gentil en cualquier sociedad de los siglos anteriores al Cristianismo. Porque, eso sí, á la Iglesia no se le perdona nunca el no ser institución humana. Como lo fué de Cristo su autor, único delito de ella parece que es llamarse y ser hija de Dios. Digo esto, porque los beneficios prestados por la Iglesia al orden social, se desconocen solamente en cuanto son debidos á ella. Que por lo demás, si pudiesen atribuirse á un Licurgo, á un Platón, ó siquiera á un Mr. Cabet, el autor de los famosos Falansterios, ¡cuánto no se ponderarían y ensalzarían hasta las nubes!

—Tenéis razón. Cristo y su Iglesia vienen como obligados á hacerlo todo, sin que en nada se les reconozca mérito alguno. En cambio...

—En cambio, á sus infelices contradictores, y algunas veces miserables copistas ó plagiarios, se les pinta como ángeles providenciales del género humano, si alguna vez en algo llegaron, como el burro de la fábula, á tocar la flauta por casualidad. Mas basta ya por hoy; que esta considera-

ción nos llevaría muy lejos; además de que no tiene ni el mérito de la novedad.

—En efecto, ya se sabe cuál es la justicia que se le hace en todas sus cosas á la Iglesia por sus *imparciales* enemigos.

—Ya hemos visto en los anteriores capítulos el orden, claridad y precisión de términos con que plantea nuestro Santísimo Padre en su famosa Encíclica el problema, para la sabiduría terrena insoluble, de la desigualdad de las humanas condiciones, y del *natural* é indispensable conflicto entre el trabajo y el capital.

—Permitidme antes de pasar adelante. ¿Por qué acentuáis la palabra *natural*, aplicada al caso presente?

—Comprendo vuestra extrañeza, y me apresuro á desvanecerla. *Natural* he llamado á este conflicto, con palabra subrayada y todo, porque radica en lo más hondo de la naturaleza del hombre, depravada por el pecado de origen, y he hecho especialísimo hincapié en esta idea, porque ella nos sugiere una observación muy importante y fundamental en la cuestión que tratamos. Es la siguiente: Siendo *natural* (al modo dicho) el conflicto que aquí se trata de remediar, no hallará nunca solución perfecta en medios puramente *naturales*, sean cualesquiera los que se discurran por sociólogos y legisladores. Siendo éstos meramente humanos, siempre se sobrepondrá á todos ellos para contrastarlos y anularlos el carácter más profundamente humano del mal que lamentamos, y el hallarse sus raíces en lo más íntimo del corazón, é identificado con sus más poderosos instintos. No nos hemos de cansar de repetirlo, porque en eso está el punto de vista verdaderamente serio de la cuestión social. El hombre es naturalmente socialista. El hombre, en general, no éste ó aquél que han formado su educación en los clubs, sino todo hombre, yo y vos inclusive, morigerado lector ó piadosa lectora. Somos socialistas, porque en el fondo de nuestro sér, viciado por originaria corrupción, traemos innato el afán de gozar á toda costa, y de medrar y so-

breponernos aunque sea á trueque del malestar ajeno. Dejamos de ser socialistas á medida que el sér de hijos de Cristo va corrigiendo en nosotros la corrompida levadura de hijos de Adán.

—Os comprendo. Queréis decir á medida que lo *natural* humano va corrigiéndose y enfrenándose, y como contrapesándose con lo *sobrenatural* cristiano.

—Eso es. E insisto en que es de gran luz en esta materia comprender lo eminentemente *natural* (en el sentido dicho) del Socialismo que trae revuelto al mundo moderno, y que por tanto, no pudiendo ser vencido y domeñado más que por fuerza superior á él, no puede serlo más que por fuerzas *sobrenaturales*, ó sea, por la virtud y eficacia de la Iglesia católica.

—Eso habéis mostrado que recomienda ante todo el Papa, declarando que la Iglesia no solamente posee remedios de infalible éxito para curar al mundo enfermo, sino que tiene recibida de Dios la misión especial de aplicarlos y hacerse, por decirlo así, divina enfermera de ese infeliz desahuciado. Eso expusisteis con textos de la propia Encíclica en el capítulo anterior.

—Mas al llegar aquí topa la prescripción pontificia con una grave dificultad. Para que la celestial enfermera pueda administrar á la agonizante sociedad sus preciosos reactivos, es preciso se permita á aquélla acercarse al lecho de dolores de ésta, ponerse en comunicación con ella, tener sobre la misma el ascendiente moral que todo enfermero necesita ejercer sobre su enfermo para asistirle con provecho. Y cabalmente los Estados modernos han erigido todos en dogma fundamental de su modo de sér, el alejamiento de la Iglesia; y se reputan tanto más adelantados cuanto este alejamiento es mayor; y creen tocar la meta de su perfección y cultura cuando este alejamiento se convierte en absoluta y radical separación. El eje sobre que gira todo el moderno progreso es éste. Llámesele secularización, llámesele Liberalismo, el ideal de las modernas Constituciones es llegará un grado tal de independencia con respecto á la Iglesia católica, que permita á los Estados vivir y ordenarse y componerse sin contar absolutamente con Ella.

—En efecto. Los diversos matices del Liberalismo no representan sino forzosas concesiones que los modernos estadistas creen deber hacer todavía el antiguo espíritu social cristiano; pero el norte á que todos se dirigen es la absoluta y radical emancipación de aquella para ellos enojosa tutela. Está ahí la clave de todo, y el verdadero nudo gordiano de los presentes embrollos.

—Pues bien. El Papa la aborda también de frente, y después de haber enseñado en las Encíclicas *Immortale Dei* y *Libertas præstantissimum,* lo que todos sabemos en orden á la política cristiana, sienta paladinamente en la Encíclica *Novarum rerum* el principio de que no la Iglesia sola, ni solos los católicos como particulares, sino el Estado, es decir, los gobernantes de cada país, los que en él tienen la dirección oficial de los negocios públicos, y la administración de los públicos intereses, vienen obligados á aplicar al organismo social enfermo los remedios de que ella es en nombre de Cristo celestial dispensadora.

—¿Cómo?

—Lo veremos con el divino favor en el capítulo siguiente.

—Pide la Iglesia al Estado su intervención y ayuda para el remedio de la cuestión social, en varios conceptos. Y el primero en el de que no se haga el mismo Estado con su desatentada conducta el primer socialista.

—¿Cómo se entiende?

—Como suena. Porque si el Estado ó los que en su nombre gobiernan, promueven con desastrosas providencias el general conflicto, en vez de prudentemente precaverlo y prevenirlo; si son ellos los que más directamente fomentan la corrupción de las costumbres y la pública licencia; si con su ejemplo más que con otro alguno se ve desautorizada la Religión y despojada de su debido prestigio; si, por fin, el Gobierno trae completamente olvidado el oficio de tutor de los pobres y de los pequeños, que es el primero que en la gran familia humana le asignó Dios, Padre universal de to-

dos, no buscando por el contrario más que halagar las pasiones de los poderosos y ambiciosos, ¿quién duda que no necesita clubs, ni antros sectarios el tal Estado, para ser todo él presa del Socialismo, pues socialistas son en verdad, y del Socialismo de peor especie, todas las piezas de su máquina oficial?

—Es evidente de toda evidencia; como lo es también el hecho práctico de que la mayor parte de los modernos Estados se hallan hoy en tan deplorable situación.

—Ciertamente, y sólo recordando esto comprenderéis el valor y profundo alcance de las palabras que á este propósito ha escrito el Papa en su Encíclica. Oidlas:

«Bueno es (dice) que examinemos qué parte del remedio que se busca se ha de exigir al Estado.—Entendemos hablar aquí del Estado, no como existe en este pueblo ó en el otro, sino tal cual lo demanda la recta razón conforme con la naturaleza, y cual demuestran que debe ser los documentos de la divina sabiduría que Nos particularmente expusimos en la Carta Encíclica en que tratamos de la Constitución cristiana de los Estados. Esto supuesto, los que gobiernan un pueblo deben primero ayudar en general, y como en globo, con todo el complejo de leyes é instituciones, es decir, haciendo que de la misma conformación y administración de la cosa pública espontáneamente brote la prosperidad, así de la comunidad como de los particulares. Porque éste es el oficio de la prudencia cívica, éste es el deber de los que gobiernan. Ahora bien: lo que más eficazmente contribuye á la prosperidad de un pueblo, es la probidad de las costumbres, la rectitud y orden en la constitución de la familia, la observancia de la Religión y de la justicia, la moderación en imponer y la equidad en repartir las cargas públicas, el fomento de las artes y del comercio, una floreciente agricultura, y si hay otras cosas semejantes que cuanto con mayor empeño se promueven, tanto será mejor y más feliz la vida de los ciudadanos.»

Y más abajo:

«Como el poder de mandar (continúa) proviene de Dios, y es una comunicación de la divina sabiduría, debe ejercerse á imitación del mismo poder de Dios, el cual, con soli-

citud de padre, no menos atiende á las cosas individuales que á las universales. Si, pues, se hiciera ó amenazara hacerse algún daño al bien de la comunidad ó al de alguna de las clases sociales, y si tal daño no pudiera de otro modo remediarse ó evitarse, menester es que le salga al encuentro la pública Autoridad. Pues bien: importa al bienestar del público y al de los particulares que haya paz y orden; que todo el ser de la sociedad doméstica se gobierne por los mandamientos de Dios y los principios de la ley natural; que se guarde y se fomente la Religión; que florezcan en la vida privada y en la pública costumbres puras; que se mantenga ilesa la justicia, ni se deje impune al que viola el derecho de otro.»

Lo cual quiere el Papa que se entienda no solamente del deber que tienen los gobernantes de atender al orden público reprimiendo con mano fuerte cualquier subversión de él por parte de las clases más numerosas, sino también de la obligación sagrada en que está de proteger á éstas contra las demasías de los ricos sin fe y sin entrañas, que es otro linaje de revuelta y de Socialismo en que pocas veces paran mientes ciertos mal llamados hombres de orden. Pues el orden no es solamente la quietud de las calles; es algo más, es el respeto á todos los legítimos intereses, y su seguridad inviolable y su eficaz defensa cuando no son atendidos. Escuchad, escuchad:

«Por esto, si acaeciere (dice) alguna vez que amenazasen trastornos, ó por amotinarse los obreros ó por declararse en huelga; que se relajasen entre los proletarios los lazos naturales de la familia; que se hiciese violencia á la Religión de los obreros no dándoles comodidad suficiente para los ejercicios de piedad; si en los talleres peligrase la integridad de las costumbres, ó por la mezcla de los dos sexos ó por otros perniciosos incentivos de pecar; ú oprimieran los amos á los obreros con cargas injustas ó condiciones incompatibles con la persona y dignidad humanas; si se hiciera daño á la salud con un trabajo desmedido ó no proporcionado al sexo ni á la edad, en todos estos casos claro es que se debe aplicar, aunque dentro de ciertos límites, la fuerza y autoridad de las leyes.»

—Realmente, ha de ser abrumadora aquí para muchos poderosos del siglo la palabra del Vicario de Dios.

—Seguid escuchando, que no ha acabado aún:

«Deben, además (prosigue), religiosamente guardarse los derechos de todos en quien quiera que los tenga; y debe la Autoridad pública proveer que á cada uno se le guarde le suyo, evitando y castigando toda violación de la justicia. Aunque en el proteger los derechos de los particulares, débese tener cuenta principalmente con los de la clase ínfima y pobre. Porque la raza de los ricos, como que se puede amurallar con sus recursos propios, necesita menos del amparo de la pública Autoridad; el pobre pueblo, como carece de medios propios con que defenderse, tiene que apoyarse grandemente en el patrocinio del Estado. Por esto, á los jornaleros, que forman parte de la multitud indigente, debe con singular cuidado y providencia amparar el Estado.»

¿Qué os parece, amigo? Pero, seguid escuchando por Dios, que frases como las que ahora vienen debieran esculpirse con letras de fuego en el frontispicio de todas nuestras fábricas, y serían para ellos el mejor pararrayos ó el mejor seguro contra incendios socialistas.

Mas... tan importante es lo que iba á deciros, que no cabría ya con la debida extensión en este capítulo.

—Después de haber el Papa señalado en un párrafo muy severo el carácter inviolable de la propiedad privada, y el deber en que están los Gobiernos de defenderla, hasta con la fuerza pública, si á tal empleo obliga la subversión del orden material por parte de los engañados obreros, vuelve otra vez amorosamente corazón y ojos á éstos para lograr en su favor la protección del Estado, por medio de una constante curatela que debe él ejercer cristianamente sobre tales hijos, á causa de su desamparo siempre menores de edad. Las solemnes palabras en que esto se declara son las que, como decíamos en el capítulo anterior, debieran con

letras de fuego escribirse en el frontispicio de nuestras fábricas y talleres, para perpetua memoria y advertimiento así de obreros como de patronos, ya que ambos sufren por igual las desastrosas consecuencias de su olvido. Dicen así:

«Asimismo hay en el obrero muchas cosas que demandan que el Estado, con su protección, las asegure. Las primeras son los bienes del alma. Porque esta vida mortal, aunque buena y apetecible, no es lo último para que hemos nacido, sino camino solamente é instrumento para llegar á aquella vida del alma que será completa con la vista de la Verdad y el amor del Sumo Bien. El alma es la que lleva grabada en sí la imagen y semejanza de Dios, y donde recibe el señorío que se ordenó al hombre ejerciese sobre las naturalezas inferiores á él, obligando á las tierras todas y al mar á que para provecho del hombre se le sujetasen. *Henchid la tierra, y tened señorío sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.* En esto son todos los hombres iguales: ni hay distinción alguna entre ricos y pobres, amos y criados, príncipes y particulares, *puesto que uno mismo es el Señor de todos.* Nadie puede impunemente hacer injuria á la dignidad del hombre, de la que el mismo Dios dispone *con gran reverencia,* ni impedirle que tienda á aquella perfección, que es á propósito para la vida sempiterna que en el cielo le aguarda.»

—¡Eso ¡vive Dios! es entender la dignidad del trabajador y mirar por ella! Que no es el obrero carne de jornal, como del soldado ha dicho alguien que era carne de cañón; ni es insensible máquina, ó mero apéndice, ó rueda de ella, como los antiguos siervos feudales se consideraban parte del terruño; ni es otra cosa que hijo de Dios como el amo, y con una alma imagen de Dios como la del amo, hermano suyo y carne suya, y no de diversa casta ó condición. ¡Oh, si no hubiesen frecuentemente olvidado los ricos esta ley de santa igualdad cristiana, no hubiera salido de sus antros el enemigo de Dios, aterrándolos con el grito siniestro de la igualdad socialista!

—Decís bien, y por esto el Papa insiste, como vais á ver, en estas mismas ideas relativas á la dignidad de la clase

obrera bajo tres conceptos: 1.° En el de que se le conceda el debido descanso del día festivo. 2.° En que se nole haga víctima de inicua explotación, obligándole á horas de trabajo superiores á sus fuerzas, edad ó sexo. 3.° En que el precio del jornal no se regule solamente por la ley del contrato entre amo y trabajador, pues contrato es también la usura, y sin embargo es intrínsecamente inmoral.

—¿Y dice todo esto el Papa?

—Sí, lo dice en muy claros términos, como vais á oir. Tocante á lo primero, habla así:

«Ni el hombre mismo, aunque quiera, puede en esta parte permitir que se le trate de un modo distinto del que á su naturaleza conviene, ni querer que su alma sea esclava, pues no se trata aquí de derechos de que libremente pueda disponer el hombre, sino de deberes que le obligan para con Dios, y que tiene que cumplir religiosamente.—Síguese de aquí la necesidad de descansar de las obras ó trabajos en los días festivos. Lo cual no se ha de entender de una mayor facultad que al hombre se conceda de vagar ociosamente, y mucho menos de esa vacación, que muchos desean, fautora de vicios y promotora del derramamiento del dinero, sino del descanso completo de toda operación laboriosa consagrado por la Religión. Cuando al descanso se junta la Religión, aparta al hombre de los trabajos y negocios de la vida cotidiana, para levantarle á pensar en los bienes celestiales y á dar el culto que de justicia debe á la eterna Divinidad. En esto principalmente consiste, y éste es el fin primario del descanso que en los días de fiesta se ha de tomar: lo cual Dios sancionó con una ley especial en el Antiguo Testamento: *Acuérdate de santificar el día de sábado*; y con su ejemplo lo enseñó, con aquel descanso misterioso que tomó cuando hubo fabricado el hombre: *Y reposó el día séptimo de toda la obra que había hecho.*»

Sobre lo segundo se expresa con no menos claridad en los párrafos siguientes:

«Por lo qne toca á la defensa de los bienes corporales y externos, lo primero que hay que hacer es librar á los pobres obreros de la crueldad de hombres codiciosos que, á fin de aumentar sus propias ganancias, abusan sin moderación

alguna de las personas, como si no fueran personas, sino cosas. Exigir tan gran tarea que con el excesivo trabajo se embote el alma y sucumba al mismo tiempo el cuerpo á la fatiga, ni la justicia ni la humanidad lo consienten. Débese, pues, procurar que el trabajo de cada día no se extienda á más horas de las que permiten las fuerzas. Cuánto tiempo haya de durar este descanso se deberá determinar, teniendo en cuenta las distintas especies de trabajo, las circunstancias del tiempo y del lugar, y la salud de los obreros mismos. Finalmente, lo que puede hacer y á lo que puede abalanzarse un hombre de edad adulta y bien robusto, es inicuo exigirlo á un niño ó á una mujer. Más aún: respecto de los niños hay que tener grandísimo cuidado que no los coja la fábrica ó el taller antes que la edad haya suficientemente fortalecido su cuerpo, sus facultades intelectuales y toda su alma. Como la hierba tierna y verde, así las fuerzas que en los niños comienzan á brotar, una sacudida prematura las agosta; y cuando esto sucede, ya no es posible dar al niño la educación que le es debida. Del mismo modo hay ciertos trabajos que no están bien á la mujer, nacida para las atenciones domésticas; las cuales atenciones son una gran salvaguardia del decoro propio de la mujer, y se ordenan naturalmente á la educación de la niñez y prosperidad de la familia. En general debe quedar establecido que á los obreros se ha de dar tanto descanso cuanto compense las fuerzas empleadas en el trabajo, porque debe el descanso ser tal que renueve las fuerzas que con el ejercicio se consumieron. En todo contrato que entre sí hagan los amos y los obreros, haya siempre expresa ó tácita esta condición, que se ha provisto convenientemente al uno y al otro descanso; pues contrato que no tuviera esta condición sería inicuo, porque á nadie es permitido ni exigir ni prometer que descuidará los deberes que con Dios y consigo mismo le ligan.»

Por fin, oíd como respecto á lo tercero discurre, cual vais á verlo, el Maestro universal:

«Vamos ahora á apuntar una cosa de bastante importancia, y que es preciso se entienda muy bien para que no se yerre por ninguno de dos extremos. Dícese que la cantidad de jornal ó salario lo determina el consentimiento libre de

los contratantes, es decir, del amo y del obrero; y que, por lo tanto, cuando el amo ha pagado el salario que prometió, queda libre y nada más tiene que hacer; y que sólo entonces se viola la justicia, cuando, ó rehusa el amo dar el salario entero, ó el obrero entregar completa la tarea á que se obligó; y que en estos casos, para que á cada uno se guarde su derecho, puede la Autoridad pública intervenir, pero fuera de éstos en ninguno. A este modo de argumentar asentirá dificilmente, y nunca del todo, quien sepa juzgar de las cosas con equidad, porque no es cabal en todas partes; faltale una razón de muchisimo peso. Esta es que el trabajo no es otra cosa que el ejercicio de la propia actividad, enderezado á la adquisición de aquellas cosas que son necesarias para los varios usos de la vida, y principalmente para la propia conservación. *Con el sudor de tu rostro comerás el pan.* Tiene, pues, el trabajo humano dos cualidades que en él puso la naturaleza misma: la primera es que es *personal*, porque la fuerza con que se trabaja es inherente á la persona y enteramente propia de aquel que con ella trabaja, y para utilidad de él se la dió la naturaleza; la segunda es que es *necesario*, porque del fruto de su trabajo necesita el hombre para sustentar la vida, y sustentar la vida es deber primario natural que no hay más remedio que cumplir. Ahora, pues, si se considera el trabajo solamente en cuanto es personal, no hay duda que está en libertad el obrero de pactar por su trabajo un salario más corto, porque como de su voluntad pone el trabajo, de su voluntad puede contentarse con un salario más corto, y aún con ninguno. Pero de muy distinto modo se habrá de juzgar si á la cualidad de *personal* se junta la de *necesario*, cualidad que podrá con el entendimiento separarse de la *personalidad*, pero que, en realidad de verdad, nunca está de ella separada. Efectivamente; sustentar la vida es deber común á todos y á cada uno, y faltar á este deber es un crimen. De aquí necesariamente nace el derecho de procurarse aquellas cosas que son menester para sustentar la vida, y estas cosas no las hallan los pobres sino ganando un jornal con su trabajo. Luego, aún concedido que el obrero y su amo libremente convienen en algo, y particularmente en la cantidad del salario, queda, sin embargo, siempre una

cosa que dimana de la justicia natural, y que es de más peso y anterior á la libre voluntad de los que hacen el contrato, y es ésta: que el salario no debe ser insuficiente para la sustentación de un obrero, que sea frugal y de buenas costumbres. Y si acaeciere alguna vez que el obrero, obligado de la necesidad ó movido del miedo de un mal mayor, aceptase una condición más dura que, aunque no quisiera, tuviera que aceptar por imponérsela absolutamente el amo ó el contratista, sería eso hacerle violencia, y contra esta violencia reclama la justicia.»

—Es esto precisamente lo que tantas veces se ha dicho sobre lo tiránico de la ley de la oferta y la demanda como reguladora única del precio de los jornales. En virtud de ella el obrero se convierte en *simple mercancía* y nada más. Nó, no es este el concepto del *salario cristiano*. En él debe intervenir otro factor además de los dichos, y éste es *la equidad*, que por otro nombre aún más cristiano se llama *la caridad*.

—Así es, en efecto, y habéis traducido exactamente el pensamiento de la Encíclica sobre este particular.

—Hora es ya de que cuanto antes dejemos terminada esta trascendental materia, que ha de tardar por degracia en perder su actual tristísima oportunidad.

—En efecto: el conflicto obrero, síntesis suprema de las cuestiones planteadas en el mundo por la lógica de la Revolución, no ha hallado solución ni la hallará de seguro en cuantos medios meramente humanos discurra para resolverlo la más sutil sociología. Eso expusisteis y entiendo dejasteis probado en los últimos capítulos.

—A lo cual ha añadido el Papa: Remedio, sí le hay, pero debe buscarse en el sobrenaturalismo cristiano, al que precisamente ha declarado, *à priori*, excluido de todo su plan curativo la moderna farmacopea social. Recordaréis que muy concretamente prescribió Su Santidad tres eficacísimos re-

medios que hace poco exponíamos, y que á nuestro humilde sentir habrían de ser decisivos. Pero además de ellos, y como prescripciones secundarias y auxiliares de aquellas primeras, propone varios otros medios de rehabilitación obrera, con los cuales cierra su luminosa Encíclica *Novarum rerum*.

—¿Cuáles son?

—Es lo primero, que se procure por los Estados favorecer en gran escala la pequeña propiedad, y que sean de consiguiente muchos los propietarios.

«Si el obrero (dice) recibe un jornal suficiente para sustentarse á sí, á su mujer y á sus hijos, será fácil, si tiene juicio, que procure ahorrar y hacer, como la misma naturaleza parece que aconseja, que después de gastar lo necesario, sobre algo con que poco á poco pueda irse formando un pequeño capital. Porque ya hemos visto que no hay solución capaz de dirimir esta contienda de que tratamos, si no se acepta y establece antes este principio: que hay que respetar la propiedad privada. Por lo cual, á la propiedad privada deben favorecer las leyes, y en cuanto fuere posible, procurar que sean muchísimos en el pueblo los propietarios. De esto, si se hace, resultarán notables provechos; y en primer lugar será más conforme á equidad la distribución de bienes. Porque la violencia de las revoluciones ha dividido los pueblos en dos clases de ciudadanos, poniendo entre ellas una distancia inmensa. Una poderosísima, porque es riquísima, que como tiene en su mano ella sola todas las empresas productoras y todo el comercio, atrae á sí para su propia utilidad y provecho todos los manantiales de riqueza, y tiene no escaso poder aún en la misma administración de las cosas públicas. La otra es la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado y pronto siempre á amotinarse. Ahora bien; si se fomenta la industria de esta muchedumbre con la esperanza de poseer algo estable, poco á poco se acercará una clase á otra, y desaparecerá el vacío que hay entre los que ahora son riquísimos y los que son pobrísimos.»

—Muy bien dicho; pero á eso replicarán los liberales que ellos ya hicieron de su parte cuanto se pudo, decretando y poniendo en práctica la desamortización.

—¡Ah! Es verdad, amigo mío, es verdad. No ignoro que el Liberalismo escribió desde sus albores este lema en los progamas con que logró embabiecar á muchos, y dijo siempre que no llevaba otro intento que el de favorecer á la clase más numerosa, procurando desestancar la riqueza de las llamadas *manos muertas,* y promover su circulación. A bien que el desengaño en este punto como en tantos otros ha sido atroz. Porque no se traspasaron los bienes de la Iglesia de manos de ésta á las del mayor número de ciudadanos proletarios, sino á las de unos cuantos aprovechados acaparadores, que han venido á sustituir el llamado monopolio eclesiástico con otro nuevo, que no tiene del antiguo ni sus títulos de legitimidad, ni sus móviles y fines de caridad. De ahí que la desamortización haya en todas partes exacerbado el pauperismo y el Socialismo, en vez de curar ó siquiera contener el progreso de esas cancerosas llagas. Los bienes de la Iglesia acumulados en manos de ella por la piedad de los siglos, más que de ella eran de los pobres, á quienes, por decirlo así, no servía ella más que de fiel depositaria y solícita administradora y distribuidora. La riqueza amortizada en manos del clero era como el Banco general del pueblo cristiano, según han reconocido modernamente hasta los mismos economistas protestantes. Empero, después de la desamortización que debía haber enriquecido á las comarcas desamortizadas, han quedado los proletarios de éstas tan pobres como antes, y menos socorridos, cuando no tiránica y brutalmente estrujados. Es que la base de los antiguos patrimonios eclesiásticos era, como hemos dicho, la caridad, cuando la de los modernos no es sino el egoísmo y el cálculo mercantil.

—Sin duda por esto, el pueblo á quien se ofreció el oro y el moro con la desamortización eclesiástica, defraudado en ésta, quiere ahora realizar otra desamortización con el nombre de liquidación social.

—Sí, y por esto el ojo previsor del Papa ve el inmediato peligro, y señala el origen y prescribe el remedio. ¡Ay del mundo de los ricos si no se presta oído á esta soberana voz! El mundo de los pobres, ó como dicen allá, de los desheredados, se encargará de sacar verdadera la amenaza.

—Juntamente con el encargo de que se promueva todo lo posible la división de la propiedad, y el que sean, de consiguiente, muchos en número los pequeños propietarios, encarece el Papa la necesidad de que sean moderadas las cargas que sobre ella pesen, ó lo que es lo mismo, que no sea desmedida la contribución.

—Aquí sí que hallará eco simpático en la opinión pública la voz del Vicario de Cristo, como que es ya lamento general el de que no se puede con las contribuciones.

—Ciertamente, y por ahí se verá que no es el Papa ciego adulador de las majestades gubernamentales, ni de las majestades populacheras, sino maestro fiel de la verdad, que á unos y á otros la enseña sin gana de halagar y sin miedo de ofender.

—Oigamos luego qué dice sobre eso Su Santidad.

—Pues, dice literalmente lo que sigue, y escuchadlo bien, porque son pocas y cortas las palabras, pero es mucho el meollo y sustancia de ellas. Dice así:

«Estas ventajas (las de la universalización de la propiedad) no se pueden obtener sino con esta condición: que no se abrume la propiedad privada con enormes tributos é impuestos. No es la ley humana, sino la naturaleza, la que ha dado á los particulares el derecho de propiedad, y por lo tanto no puede la Autoridad pública abolirlo, sino solamente moderar su ejercicio y combinarlo con el bien común. Obrará, pues, injusta é inhumanamente, si de los bienes de los particulares extrajere, á título de tributo, más de lo justo.

—¿No dice más?

—¿Os parece si ha dicho poco? Desentrañémoslo y veréis. Empieza el Papa por negar á los Gobiernos un cierto derecho que en algún modo se han arrogado, según el cual creen ser la propiedad una mera creación de la ley civil, y por tanto, modificable al antojo de ella y de ellos. Nó, dice el Papa; no han creado la propiedad las leyes humanas, sino la naturaleza, es decir, Dios. De suerte que con esto queda declarada de derecho divino la propiedad, como otra vez dijimos, y por tanto sagrada, sacrosanta, inviolable, como sus análogas la autoridad, la patria potestad y otras, que el

Liberalismo y su hijo el Socialismo consideran como meras creaciones humanas. Y reparad, que si no se funda sobre tal base y cimiento el derecho de propiedad, nadie es propietario de veras, ni tiene razón de ser el séptimo mandamiento. Porque si la ley humana es autora del derecho de propiedad, la ley humana puede derogarlo, por aquello de que: *Ejus est tollere cujus est condere.* Y por tanto, la ley socialista que un día declarase abolido este derecho, resultaría verdadera y obligatoria ley, como la otra ley que lo estableció.

—Es verdad, ó no hay lógica en el mundo.

—¡Ah! sí, y por esto tiene tanta fuerza hoy día el Socialismo; porque hay lógica en el mundo. Y habiendo sentado el Liberalismo la premisa de que nada hay de derecho divino, saca el Socialismo la consecuencia muy legítima de que la propiedad, como cualquier otra institución meramente humana, puede un día *legalmente* declararse abolida.

—¿No podrá entonces el poder público legislar sobre la propiedad?

—¡Vaya si podrá! Con tal que se contente con «moderar su ejercicio y combinarlo con el bien común,» como dice el Papa. Pero nunca atentar á su existencia, nunca anular el propietario convirtiéndole en simple administrador ó arrendatario de su finca, como tal vez en algunos puntos sucede hoy. Las contribuciones directas y los llamados derechos de traspaso son tales en algunos puntos, que convierten al Estado en verdadero dueño de los bienes de los particulares, no dejando apenas á éstos otro derecho que el de *llamarse* propietarios, no siéndolo en realidad, sino colonos miserabilísimos de su inhumano explotador. Inhumano, sí, y esta misma palabra emplea el Papa: inhumano y cruel, como visteis en el texto de la Encíclica citado poco ha.

—Y bien pudiéramos añadir *antisocial*.

—¿Y cómo nó? Y es antisocial y verdadero socialista. Sí, porque el Estado que estruja al contribuyente sacándole, como dice el Papa, «á título de tributo, más de lo justo,» realiza en la práctica la teoría que el Socialismo predica, de que el Estado debe ser el único propietario. Por donde hay en el mundo más Socialismo que creemos. No lo hay sola-

mente en los clubs y meetings del 1.° de Mayo. Lo hay en los Gabinetes y Parlamentos más sensatos ál parecer y más conservadores, le hay en todas partes donde no se observa sobre esto la ley de Dios. Socialismo de arriba que ha creado el Socialismo de abajo, que parece ser lo opuesto de aquél, cuando no es sino su consectario y su secuela y juntamente su castigo, porque también en el orden de las ideas hay hijos que nacen para devorar á sus padres. Por esto habréis observado un fenómeno.

—¿Cuál?

—El de que unos y otros, así los de arriba como los de abajo, convienen en una cosa, en aborrecer de todo corazón al Catolicismo y á los católicos.

—Es verdad, y resulta luminosa la observación.

—Claro, como que ambos son socialistas, y á ambos se opone y molesta el Catolicismo de la misma manera: á los unos, á los de abajo, sancionando como inviolable ante el furor demagógico el derecho de propiedad; á los otros, á los de arriba, marcando á la Autoridad el límite también inviolable que no puede rebasar ella sin conculcar este sagrado derecho. ¿No habéis oído por ahí que un grave personaje de la conservaduría española llamó poco menos que inmoral y domagógica la última Encíclica de León XIII?

—Algo leí de eso.

—Pues bien, ahí tenéis toda la explicación.

—Hay en el fondo de la humana naturaleza el instinto de la asociación, que nace del convencimiento que tiene cada uno de su propia debilidad, y de lo poco que puede el hombre separado de sus semejantes.

—Es verdad. El individualismo tiene á veces el aspecto seductor de la independencia y de lo que se llama hoy autonomía, palabras siempre simpáticas. Sin embargo, á poco que se considere, no tardará en verse que tal ficticia libertad no es en el fondo sino aislamiento é impotencia.

—Ahora bien. La antigua organización social cristiana atendió siempre con gran empeño á fomentar entre los obreros el fecundo espíritu de asociación. Fruto de ella fueron los antiguos Gremios profesionales, hijos de las Congregaciones y Cofradías, y que alguna vez llegaron á identificarse con ellas. El Estado civil cristiano coadyuvó á esta obra redentora del artesano y del proletario, iniciada por la Iglesia, y ambos llegaron por este medio á realizar el prodigio, que tal puede llamarse, de convertir las artes y oficios en una verdadera aristocracia del trabajo, colmada de honores y preeminencias religiosas, políticas y sociales, y que en ocasiones dadas y en algunos puntos, como en nuestra Barcelona, pudo llegar á hombrearse con la más altiva aristocracia de la sangre. La agremiación, en efecto, sobre el principio cristiano establecida, era el reconocimiento, por parte de la ley, del artesano y del proletario como respetabilísimas jerarquías; con representación propia en los Congresos y Parlamentos; con voz siempre escuchada ante el estrado de los reyes; con ascendiente y prestigio en las costumbres públicas, cual lo tenían en su respectiva esfera el sacerdote, el togado y el militar. Las herramientas de la profesión más humilde fueron unos como blasones heráldicos que se ostentaban con orgullo y se transmitían de padres á hijos cual glorioso abolengo. La bandera gremial con la imagen del Patrón, con honor llevada por manos encallecidas en el oficio mecánico, ondeaba no menos en los festejos cívicos y religiosos, que en los campos de batalla y en la defensa de los patrios hogares contra el infiel y el extranjero.

La Revolución, para dominar al obrero y al menestral, necesitó ante todo aislarle, y por esto fué su primer grito de guerra: ¡Abolición de los Gremios! bajo el seductor pretexto de libertad del trabajo. Del mismo modo que queriendo esclavizar á las regiones, gritó: ¡Abajo los fueros! bajo el mentido pretexto de unidad nacional. Cayeron los artesanos y obreros, como más tarde las comarcas y regiones, en el lazo hábilmente tendido, y apresuráronse á sacudir como yugo y traba su tradicional organización. Destruida ésta, echaron de ver las dificultades de su nueva situación individualista, que los entregaba sueltos y desligados, uno á uno

y sin formar clase, á la opresión del más fuerte y á todas las vicisitudes de la lucha inexorable por la vida, que otra cosa no es la durísima ley de la competencia. De aquí el retorno instintivo al espíritu de solidaridad y de asociación, pero no ya influido y dirigido por la Iglesia, sino por las sectas ateas, cuya fórmula práctica es la Internacional.

—De suerte que las tan conocidas Secciones de la Internacional, no son hoy sino los antiguos Gremios vueltos del revés.

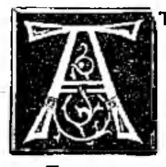
—Exactamente, amigo mío, y paréceme habéis condensado en frase muy exacta el actual modo de ser de las clases obrera y menestral. Las había organizado en Gremios como en familias la Iglesia en nombre y con el espíritu de Cristo, y las ha organizado hoy la Revolución en sectas en nombre y con el espíritu de Satanás. El fruto de aquella organización cristiana era la dignificación del trabajador y de su oficio, y la intervención de ellos en la vida pública como elemento armónico de gran valer, y de bienhechora influencia en pro de la común prosperidad y del propio adelanto y bienestar moral y material de los agremiados. El fruto de ésta á la vista lo tenemos, es la corrupción en grande escala de las muchedumbres, la guerra de clases como estado permanente en la sociedad moderna, y por inevitables consecuencias el atentado brutal de abajo arriba, considerado como único medio de defensa por los que se llaman á sí propios desheredados de la fortuna, y á su vez la represión brutal de arriba abajo en nombre del orden por los que se llaman representantes de él; sin otras fórmulas de caridad y humanitarismo que los cañones y las cargas de caballería por una parte, y por otra el petróleo y la dinamita.

—Sí, ésta es nuestra situación de hoy, revelada cada año con mayor claridad por el famoso 1.º de Mayo.

—Hé aquí por que el Papa, para terminar, acaba su Encíclica volviendo con amor los ojos á la antigua agremiación cristiana, y recomendándola á patronos y obreros como la solución más eficaz y práctica del presente conflicto social.

LX

LA ACCIÓN POPULAR CONTRA LA COMPAÑÍA


TAREADÍSIMO anda días ha uno de los periódicos de nuestra patria más avanzados en política y en impiedad, promoviendo en nombre de las Logias lo que llama él ¡bendito sea Dios! «la acción popular contra la Compañía de Jesús en España.»

—¡Si sabrá lo que se trae entre manos este desventurado órgano de las sectas, dando hoy esta novísima forma de legalidad *sui generis*, al antiguo rebato general que en todos tiempos ha levantado el infierno contra la esclarecida hueste ignaciana!

—Creemos que no, que no lo sabe, y que en eso como en tantas otras cosas nuestras no sabe por donde anda. Desconoce el asunto de que se trata, juzga á lo humano lo que está fuera de la condición de las cosas humanas, y se guía por las leyes históricas comunes, en aquello precisamente que está absolutamente fuera de todas las leyes comunes de la historia. El yerro que padeció Luzbel al pretender ahogar en sangre las primeras semillas del Cristianismo, que precisamente eso necesitaban para su cabal desarrollo, repítelo el insensato, porque nada tan insensato como el furor, acreditando y arraigando con la persecución lo mismo que de la persecución necesita en cierta manera para quedar bien acreditado y arraigado.

—Sí, porque ese parece ser el distintivo especial, típico, característico del Instituto que nos ocupa, en conformidad con su nombre, que descubiertamente lo trae de guerra, y con los antecedentes de su Fundador, que antes de serlo y siéndolo y después de haberlo sido nunca fué más que un soldado.

—Son, en efecto, la guerra, la contradicción, el combate, el medio natural que hay que darle á la Compañía, como al pez el agua, como al ave el aire. La paz sería su muerte por asfixia. ¿Qué razón de ser tiene en efecto una compañía, si no ha de batallar? No sabe, pues, lo que se pesca el tal, dándole al jesuita el elemento más en armonía con su temperamento y organismo. Hácele maravillosamente el juego de la Providencia, como tantas veces les sucede este *quid pro quo* á Satanás y á sus al parecer más listos representantes y apoderados. Volviendo, empero, después de estas reflexiones á lo de «la acción popular,» es idea que también á nosotros nos ha hecho gracia, muchísima gracia, tanto que la hemos creído aprovechable hasta para nosotros, que no es poco decir tratándose de género de tal procedencia. En efecto, también nosotros ayudaremos á *El País,* á la «acción popular» que solicita; y en esto, vergüenza debería causarle á *El País,* nos proponemos hasta ser más populares y más democráticos que él. La «acción popular» que nosotros emprenderemos, apenas si necesita ejercerse ante magistrados ni tribunales por voz de abogados ó relatores. Será de un procedimiento sumarísimo y de simplicidad sin igual. Pueblo lo somos aquí todos; no solamente la Redacción de *El País,* y los que gastan mandil y acompañan con los consabidos .·. su nombre de guerra más ó menos simbólico é historiado. Todos, por tanto, tenemos derecho á una parte alícuota de esa «acción popular» á que se convida. Ahora bien. La acción popular más sencilla y menos engorrosa, y sobre todo la más económica, que podríamos acá emprender *El País* y nosotros contra la Compañía, podría ser la siguiente, y sería de resultados seguros, infalibles, decisivos: En un día dado, movidos por las razones poderosísimas de *El País,* podríamos declararnos todos en huelga contra la Compañía. Ejemplos al canto. ¿Que predica por ahí con su

acostumbrada insulcez y ñoñería un Padre Loyola? Nada, que no se va á su sermón, y el hombre se cansa del monólogo, y va y revienta de fastidiado, y se larga con el púlpito á otra parte. ¿Que le da al otro por escribir libros tan pesadamente sosos como los del P. Coloma, ó tan llenos de cursilerías históricas y filológicas como los del P. Nonell, ó artículos tan bastos y desgarbados como los del P. Alarcón? Pues, muy sencillo; que no se asoma uno, ni á palos, á la librería á comprar el librote; ni admite, aunque se la den de balde, la subscripción á *El Mensajero;* y con eso solo se fastidia, se arruina, se ahorca de rabia el editor, y cesa esa indigna, esa desesperante reputación literaria que les dan á los jesuitas sus letras de molde. ¿Que abren un colegio aunque sea tan ruin y mezquino como los de Deusto, Chamartín, Zaragoza, Valencia, Valladolid ó Sarriá? Con no mandar allá los chicos, quiebra de seguro la empresa, y se declara en liquidación y concurso de acreedores. Se traspasa inmediatamente la dirección científica á cualquier Odón de Buen, y la económica á cualquier redactor de *El País,* y allá corremos todos á ilustrarnos y desasnarnos, y se salvan en junto el honor de las letras y (como creen los bobos) los dividendos de los accionistas. ¿Que nó? A hacer la prueba, y respondo del éxito. Las Academias y Observatorios (que también ellos son pueblo) podrían concertarse en no admitir de la Compañía estudio alguno, ni observación, ni experimento chico ni grande. De seguro saldrán gananciosas las artes y ciencias, si en vez de eso tan clerical procuran hacerse tales Centros con los raudales de luz que les darán las Sociedades republicanas y librepensadoras. La acción popular podría pedirse igualmente á los Archivos y Bibliotecas, y si éstas se resuelven (que todo podría ser) á tomar parte en ella, verán Vds. como en un tris raen de las páginas de la historia esa negra mancha de tres siglos que se llama la Compañía, con su empalagosa y aburridora caterva de héroes y sabios y Santos de todos calibres, y quedamos luego en que no hubo tal, en que fué todo ficción y embeleco de historiadores sobornados por el jesuitismo, y cesan en un momento el mal humor y la negra pesadilla de tantos pobres masones y masonizantes.

—Gracioso estáis.

—¡Vaya! ¿No se resuelve todavía *El País?* El procedimiento es sencillo; trátase de convencer á esa especie de gran Jurado que formaremos para eso todos los españoles, y nada más. Y eso debe ser facilísimo; como quien dice coser y cantar, tratándose de talentos piramidales como los que hay en la trastienda de *El País*, y de argumentos tan poderosos como los que guardan en cartera sus doctores, y de gentecilla tan baladí y tan de ninguna consistencia como fueron siempre los jesuitas.

LXI

CATÓLICOS DE BARNIZ

ALIENTE pincelada y de pincel maestro; gráfica expresión, de las que se pegan al oído y se quedan como con buril de acero grabadas en la memoria. El Papa la dirigió á un querido amigo nuestro, en el acto de presentar éste á Su Santidad el homenaje anual de la *Revista Popular*, y así que de sus labios la oímos, la marcamos por nuestra en seguida y como otro de los temas que tanto se avienen á la índole peculiar de nuestra Propaganda.

¡Católicos de barniz! ¿Les parece á Vds. si ha dicho poco el Vicario de Dios con esa sencillísima frase, tan sencilla que ni llega á oración gramatical?

—Tenéis razón.

—Hoy que tan de moda va poniéndose el barniz católico, en contraste precisamente con la más refinada impiedad que domina en el fondo general de las ideas y de las costumbres; hoy que ese barniz, sólo exterior como todos los barnices, tiende por todas partes á substituir á la realidad de dentro, y con él se contentan y satisfacen tantos infelices á quienes parece sólo preocupar lo visible y superficial; y con él se dan igualmente por contentos y satisfechos de verlo en la ciencia, en la legislación, en la familia, en la cosa pública, muchos y muchísimos católicos á quienes su tenor de vida parece da derecho á que se les suponga más

exigentes en este punto y menos fáciles de contentar; hoy es de suma oportunidad recoger esta palabra, emanada de la fuente autorizadísima de donde salen en todos tiempos oportunas las palabras; y estudiarla y exponerla y hacerla llegar como agua de salud hasta las últimas capas del pobre pueblo, tan harto de mentiras con que se le apacienta á todas horas, como sediento de la bienhechora verdad que únicamente puede darle segura y de toda confianza el magisterio de la Iglesia católica.

—A eso iba yo.

—Que de todo y para todo hay barniz en este mundo, sábelo cualquiera que tenga medianeja experiencia de él. En la industria se imita con maravillosa facilidad por medio de ingeniosos barnices la solidez y tersura del más puro metal, de la más fina pieza de mármol ó jaspe, de la más preciosa madera. A cualquier cosa se da en muebles y joyas y paredes un baño ó mano de barniz que ilusiona y engaña los ojos al más experto, hasta el punto, no ya de que se confunda lo simplemente imitado con lo auténtico, sino aun de que *para el efecto* se prefiera muchas veces á lo genuino y auténtico lo simplemente imitado. La frivolidad del día ha dado general reputacion á esas bellas mentiras industriales, y ya no hay casa en que se avergüencen de ostentarlas sus dueños como piezas de valor real en sus salones y gabinetes. Es más fácil y más barato, y luce lo mismo tener muebles de humilde barnizado pino, que tenerlos de severo roble ó de macizo nogal ó de aristocrático ébano ó cedro: el yeso y la pasta hidráulica suplen con ventaja á las mejor pulimentadas losas y delicados mosaicos: los antiguos artísticos tapices no resaltan en la pared como ciertas tiras vistosísimas de papel de ricos colores y brillantes toques de oro, que en un momento y por un puñado de pesetas dan aspecto regio así á un palacio como á una barbería. ¡Si hay barnices de todo y para todo según el gusto de todos en el industrial mundo de hoy! Pues ¿por qué no había de haberlos en las costumbres? ¿por qué no en las creencias? ¿por qué no en la piedad? El pietismo ¿qué viene á ser sino el barniz católico de que habla el Vicario de Cristo Nuestro Señor? ¿Y en qué, decid, anda, por nuestro mal, obstinadamente empeñado

el Naturalismo de hoy en todo el mundo, sino en hacerse creer y practicar como única verdad religiosa social aceptada y aceptable en los presentes tiempos, en substitución del Catolicismo, procurando tomar de ése todos los visos y matices, y todas las formas y barnices, todo menos su intrínseca substancial realidad? Desconfíen, pues, nuestros amigos, con nuestro Santísimo Padre, de todo lo que sospechen sea barniz, si de ahí no pasa. El barniz es de suyo deleznable y de ninguna ó muy escasa consistencia. El sol, el aire, las aguas deslustran y enturbian en un punto su aparente belleza. Al menor choque cede y se quiebra, y cae por los suelos todo lo que presentaba de aparatosa majestad. Nada se puede montar, de solidez y duración y resistencia, sobre lo que al fin carece de todo interior meollo. Así las cosas y así los hombres, por más que parezca á primera vista lo contrario. El católico que se contente con parecerlo, por más que lo parezca muy bien, no conseguirá serlo á prueba de las continuas luchas á que forzosamente en todos tiempos, y más en los presentes, ha de verse sometida su condición de tal. El mismo Papa en la ocasión dicha, enumeró las tres cualidades que constituyen, por decirlo así, el nervio, la fibra del verdadero Catolicismo, ó sea, del que quiere ser algo más que barniz. Frecuencia de Sacramentos, práctica de la piedad, perseverancia en la fe.

Dejemos, empero, cortada aquí esta materia, que ó mucho nos engañamos, ó aun ha de proporcionarnos tema cualquier día para otra conversación.

LXII

EL ESPÍRITU NO SANTO



OMO es de fe la existencia y personalidad y soberano influjo de la vida del Espíritu Santo en la Iglesia de Dios, así es de fe la existencia y operación del Espíritu maligno contra esta Iglesia y sus hijos.

—En efecto. Negar al demonio, es pecado análogo al del que niega á Dios, ha dicho un autor, y es ésta una cierta forma disfrazada del ateísmo. Y la principal de las victorias que en este siglo ha logrado el Espíritu del mal, es haber conseguido que por muchos se pusiese en duda su existencia ó se desconociesen sus obras.

—Y muchos cristianos caen, no obstante, en ese lazo diabólico, ó por lo menos no recelan de él como debieran, y no dan al diablo y á la maquinación diabólica la importancia merecida, conforme á lo que dicta la fe y enseña la Sagrada Teología.

—Es que se les figura tal vez que creer mucho en el diablo es cosa allá de la Edad media y de siglos de menos ilustración; y que entre nosotros y en el estado de nuestros adelantos é inventos, no hay necesidad de apelar á ese recurso de tramoyista anticuado, para dar explicación cabal de cuanto en el mundo acontece ó deja de acontecer.

—Es verdad.

—Y así, abundando el mundo en esa filosofía despreocupada, logra el demonio aquel su primer propósito de que se le desconozca y se le deje obrar á su salvo; y á la par de

que nos tenga á todos, aun á muchos católicos, en una especie de semirracionalismo con máscara de superior cultura, que nos vaya poniendo por grados al borde, y por fin en el fondo mismo, de la incredulidad.

—Hay diablo, pues, como hay Dios; y hay que creer en ambos, y hay obras diabólicas, como hay obras católicas. ¿Esto queréis decir?

—Sí, é importa mucho, muchísimo, no creer *al* diablo, que es padre de la mentira; pero importa mucho, muchísimo, creer *en* el diablo, porque al fin el diablo es una verdad. El diablo es el Espíritu maligno; es el Contra-Espíritu Santo. No como imaginaron los herejes maniqueos suponiendo dos principios; un principio malo contra un principio bueno, ó sean dos dioses, un dios del mal y un dios del bien; sino como enseña el dogma católico, manifestándonos cómo hubo un Angel y muchos Angeles, criaturas nobilísimas de Dios, rebeldes más tarde á su divina soberanía; castigadas por lo mismo con eterna condenación; con suficiente poder, no obstante, para inducir con artes mil al hombre al pecado, lo cual se llama tentación, y para levantar pendones de guerra contra Cristo y su obra la Iglesia, lo cual se apellida con diversos nombres en cada siglo, y hoy se llama principalmente *Revolución*. Y este Espíritu maligno, ó Contra-Espíritu Santo, tiene también un cierto organismo propio, del cual se sirve para contrabalancear la obra divina del Espíritu de verdad, y oponer dogma á dogma, moral á moral, energías á energías, organización á organización, y hoy (á la vista está), hasta iglesia contra Iglesia, pontífice contra Pontífice, jerarquía contra jerarquía, culto contra culto, altar contra altar. «Príncipe de este siglo,» le llamó Cristo en el Sagrado Evangelio; lo cual es reconocerle cierta dominación ó principado, y en consecuencia, gobierno y poder y ejércitos y vasallos y leyes y empresas y batallas.

—A propósito de esto. Empieza á alarmar hoy á no pocos, feliz alarma en medio de todo, el carácter de propaganda seriamente organizada que presenta el anticristianismo; que como tal tiene á su devoción funcionarios públicos y Parlamentos y periódicos y Sociedades de beneficencia y Centros económicos y artísticos y literarios y políticos. Tales ele-

mentos no se juntan al azar ó por meras casuales afinidades ó simpatías. Hay *una* inteligencia que los dirige, *una* fuerza que los impulsa, *una* inspiración que los alienta. Desconocer este hecho sería desconocer absolutamente la dinámica moral, que está sujeta á leyes ni más ni menos que la de las fuerzas físicas. No será, pues, superstición ni resto fanático de otras edades, ni bu de mujeres y niños, ver en todo eso la inteligencia, la fuerza y la inspiración diabólicas; antes creer eso debe ser sana creencia católica y sanísima filosofía histórica, y clave luminosa, aunque siniestra, de cuanto ocurre hoy día y ha de ocurrir en lo porvenir.

—Todo esto es.

—Ver á Dios en todo es suma sabiduría del cristiano; ver en casi todo al diablo ha de ser gran regla de prudencia y de buen tino. Cada día va clareándose más y más en los sucesos contemporáneos la acción diabólica, que en épocas no lejanas tenía que ir á estudiarse en el fondo de obscuros antros y de secretísimos conciliábulos. El Luciferismo empieza á ser religión, con honores de alternativa entre todas las demás que en oposición á la de Cristo, única verdadera, se arrogan falsamente aquel título y categoría; prueba que no está lejos la aparición de aquel *hombre de pecado,* que en los últimos siglos ha de guerrear públicamente y con culto reconocido, contra el verdadero Dios, y desechando ya por inútil todo disfraz, llamarse con satánica arrogancia *Anticristo.* Quien así no lo sepa y así no lo vea andará siempre desorientado en la apreciación de los modernos acontecimientos, sin dar nunca en la verdadera clave de ellos. Creerá que es solamente cuestión de intereses dinásticos ó de formas de gobierno, ó de más ó menos latitud de derechos políticos, lo que se ventila hoy en el combate de las naciones, cuando en realidad todo eso suele ser muy secundario y accidental. El eje de todo está en saber si ha de ser rey de los pueblos Cristo, ó si ha de serlo Lucifer. En los sacudimientos del mundo moderno más que la política propiamente dicha, hay que estudiar la teología, y por más que suelen desconocerlo los que no miran el conjunto del grandioso problema, sino tan sólo sus detalles, la guerra universal del mundo es hoy día pura y sencillamente (aunque afecten no creerlo los positivistas) una guerra de Religión.

LXIII

LA CONTRADINAMITA

¿Otra vez artículos sobre la tan manoseada cuestión social? ¡Machacón y fastidioso estáis, amigo mío!

—¿Cómo ha de ser? La orden del día es ésta y se impone á todo el mundo, y al polemista de un modo particular. ¿Habéis olvidado además que estamos otra vez, como quien no dice nada, en vísperas del primero de Mayo?

—Ciertamente, y harto vemos que hay por esos mundos quien tiene empeño de sobras en que no olvidemos cada año la aproximación de esta fecha ó fiesta universal.

—¡Fecha y fiesta! tenéis razón; y que se nos viene esta vez anunciando semanas ha con salvas y fuegos artificiales, que no hay más que pedir.

—Lo diréis por la dinamita...

—Claro está, amigo mío. Tomad los periódicos todos, de algún tiempo para acá, y veréis no se habla en Europa de otra cosa. La dinamita ha venido á ser con sus horribles explosiones la última palabra del progreso social en el siglo XIX. La guillotina, que fué el emblema de la Revolución política cien años atrás, ha logrado ya parecer juego de niños á los actuales apóstoles de la Revolución social. Se ha perfeccionado el procedimiento... y eso que no hacemos por ahora más que principiar, y estamos todavía en mero período de ensayos.

—¡Que prometen en verdad para cualquier día lucidísima función!

—Todo se andará. Pero... prosigamos. Las muchedumbres obreras de hoy, desavenidas de las clases productoras y en lucha empeñada con ellas, invocan en su auxilio como medio más persuasivo este agente formidable de destrucción y de terror, que se llama la dinamita. Y los hombres de orden, ó que se juzgan así, ¿qué resolución toman ante la gravedad de estas intimaciones? ¿Qué heroicas campañas emprenden?

—A la vista está. Llamamiento urgente á los Gobiernos; recurso angustioso á la fuerza pública; modificación de las leyes en sentido de mayor y más rápida represión material; el patíbulo y el verdugo dispuestos á cualquier momento para segar cabezas ó apretar gargueros de quienes sean atrapados con las manos en la masa. ¿Os parece poco?

—¿De suerte que para acabar con la dinamita todo se busca, todo se estudia, todo se aplica, menos lo que por obvio y vulgar debiera ser el primer remedio que ocurriera á todos y la primera medida de defensa?

—¿Qué queréis decir?

—¡Hombre! Tratándose de dinamita, ¿qué duda hay que lo más natural y de buen sentido fuera apelar á *la contradinamita?*

—¡Vaya! ¿para bromas estáis en materia tan grave? No honra eso vuestra formalidad.

—¡Bromas decís! ¡Pues yo os digo, ¡voto á bríos! que no sé si en mi vida me he sentido en la punta de la lengua ó de la pluma con mayor comezón de predicar verdades las más serias! Contradinamita he dicho y vuelvo á repetir; contradinamita falta, para apagar y matar los incendios infernales de esa dinamita, que el cielo permite, por nuestros pecados y tal vez también para nuestra enseñanza, estalle á cada paso entre nosotros. Contradinamita, y si no me habéis entendido, amigo mío, no honra eso vuestras entendederas, como antes decíais no honraban tales bromas mi formalidad.

—Perdonad, amigo; pero ¡á fe que si no os explicáis con menos alegorías!...

—Venid acá, hombre de Dios, venid acá, y sosegaos y

escuchad. ¿No se ha convenido por todo el mundo, aun por muchos poco ó nada católicos, en que el espantoso conflicto actual es resultado lógico de la general *descristianización* del trabajo? ¿No ha enseñado esto el Papa en su última famosa Encíclica, que todos debiéramos sabernos de memoria? ¿No lo ha repetido el Episcopado? ¿No lo dice cada día la prensa más ilustrada? ¿No les escapa esta confesión en el terreno de la confianza á muchos de los mismos que en públicos Parlamentos y Academias no se atreven á formularla de esta manera?

—Realmente es así.

—Ahora bien. Si la *descristianización* del trabajo ha traído la lucha feroz que estamos presenciando entre el jornal y el capital, ¿no es de sentido común que para acabar esta lucha fierísima, no en interés de uno de los contendientes y en daño del otro, sino en provecho de los dos, lo que urge es volver á la *cristianización* de este trabajo, hoy día casi en todas partes *descristianizado?* O lo que es lo mismo: si en vez de ser *puramente económicas y puramente mercantiles* las relaciones entre amos y obreros, lo cual es igual que decir perfectamente ateas y exclusivamente materialistas, se lograse volviesen á ser dichas relaciones perfectamente cristianas, además de perfectamente económicas y mercantiles, pues lo uno no quita lo otro, ¿no es seguro que se habría hallado la solución del conflicto que al presente, por triste confesión de los más grandes pensadores, parece no tener solución alguna?

—¿Quién lo duda?

—He aquí á lo que llamo yo *contradinamita,* porque realmente lo es, y es la única. Y he aquí por qué lo mismo le ha ocurrido á un industrial de estos tiempos: á un seglar, oid bien, no á un sacerdote; á un industrial, no á un escritor público; no á un filósofo ó político, sino sencillamente á un hombre práctico, fabricante, de los que viven todo el santo día entre máquinas y obreros. Este ha tomado de la Iglesia la fórmula, y ha tenido el valor, porque valor se necesita hoy para eso, de levantarla en alto ante todo el mundo, y de hacerse predicador de ella, después de plantearla en sus talleres por su cuenta y riesgo, para dejar más eficaz-

mente acreditada su eficacia y verdad. Y este hombre, que es amo y capitalista, ha tenido el buen acierto en primer término de dirigirse á los amos y capitalistas, para poner en sus manos este tesoro de salvación y esta arma de defensa social, ¿en forma de qué pensáis? ¿De fusil ó carabina Remington? ¿De bando de estado de sitio? Nó, sino de *Catecismo*. ¿Y para quiénes? ¿Para los obreros? ¿Para los pobres? ¿Para los anarquistas? Nó, sino para los propios amos.

—Realmente es ocurrencia original.

—Original y extraña, de puro natural y razonable, pues á tiempos tan infelices hemos llegado en que lo más de sentido común parece á nuestra sociedad lo más absurdo é inverosímil. Pero, raro ó no raro, convendréis en que esto es práctico, y en que nuestro honradísimo y fervoroso católico capitalista con su *Catéchisme du Patron*, ó *Catecismo del Amo*, ha puesto verdaderamente el dedo en la llaga que padecemos. Tal es la *contradinamita*, que desde su magnífica colonia fabril de Val-des-bois (Francia), ofrece á todos los aterrados por la moderna dinamita el industrial Mr. León Harmel, á quien ya conocéis; y ésta es de la que en algunos capítulos me propongo hacer, como mejor sepa, prolija y detenida recomendación.

—Excelente idea, y que muchos os agradecerán, y yo el primero.

—Tened paciencia, pues, y principiaremos.

Hubo de comprender el conocido industrial católico de quien hablamos, que en una fabrica ó casa de comercio no son lo primero de todo los libros de contabilidad, como así suele parecer al común de los industriales y comerciantes; sino que sobre la de estos grandes librazos de números tiene primera y superior importancia otro librico de pocas páginas, pero de mucha sustancia y meollo, que debe reputarse el *Mayor* y el *Diario* en toda administración fabril y comercial bien entendida. Este librico es el Catecismo.

—Os veía venir.

—Pero comprendió además, el susodicho industrial, que el Catecismo general del cristiano, donde se contienen los principios y reglas comunes á todo hijo de la Iglesia, no bastaba tal vez para el caso. Allí se dan normas universales, sin bajar á aplicaciones concretas y propias de cada profesión. Y en el asunto presente urgía tener á mano un otro Catecismo, hijuela del primero, que señalase y particularizase más y más los deberes de la vida cristiana en este ramo especial de ella que forman las relaciones de un amo con sus obreros.

—¿Y Mr. Harmel confeccionó el tal Catecismo?

—No, santo varón; que no tiene Mr. Harmel fábrica de Catecismos, sino de hilados y géneros de lana, que ésta es su producción. Mr. Harmel pidió á la Iglesia este trabajo, es decir, á teólogos eminentes de ella, que lo discurrieron y redactaron de consuno con el aplomo y gravedad que tales materias requieren. Ya en boceto, fué enviado á la consulta de personas de gran autoridad para que diesen sobre él su parecer, y aconsejasen las modificaciones que juzgasen convenientes. Entre éstas fueron consultadas también varias notabilidades en el ramo industrial, á fin de que señalasen las deficiencias que podía tener el tratadito, é indicasen lo que con más ahinco convendría exponer en el mismo para que resultase lo más práctico posible. Por fin se mandó á la censura del Maestro del Sacro Palacio, que es el que en nombre del Papa la ejerce en Roma sobre las publicaciones de aquella ciudad, quien lo mismo que diferentes teólogos romanos de primera nota le dió su más explícita aprobación. Varios Prelados franceses añadieron en seguida la suya, entre ellos el reverendísimo señor Obispo de Angers, monseñor Freppel, de gloriosa memoria. Con lo cual resultó este libro tan perfecto y autorizado como puede resultar en lo humano una obra de esta clase. Sin mencionar que posteriormente ha visto confirmadas sus enseñanzas por las más solemnes del Soberano Pastor sobre este mismo asunto en su Encíclica *Novarum rerum*, que conoce todo el mundo.

—No se podría, en efecto, pedir más.

—Ni se pedirá. Mas veamos ya el plan de este precioso Catecismo. Consta de tres partes y de un breve preliminar.

En éste se precisa y formula el concepto exacto de lo que debe entenderse por amo ó patrón, por obrero y por familia obrera. En la primera parte se estudian las relaciones entre el amo y el obrero, el carácter de la autoridad de aquél, y su responsabilidad. En la segunda se examinan los deberes del amo en la constitución de la familia obrera, ó sea del grupo de obreros que trabajan á sus órdenes, que esto significa aquí *familia*, y los deberes profesionales del mismo tocante al gobierno y dirección de ella. Estre éstos figura la reglamentación del trabajo, la determinación del salario, la conservación de la disciplina. Se exponen luego lo que llama el autor deberes sociales del amo ó patrono, ó sea los que tiene para con la Iglesia, con la sociedad civil, con la agrupación obrera en general y con la familia ó casa de cada obrero en particular. En la tercera y última se proponen los medios de cristianización del trabajo, y se indican como principales la capilla, las escuelas, las Asociaciones piadosas y la organización corporativa. ¿Verdad que es éste un programa que ya sin otro estudio por sí mismo se recomienda?

—Ciertamente.

—Ahora veréis, no obstante, cómo es nada todo eso en comparación de la hermosa y fecunda doctrina católica según la cual está expuesto cada uno de los puntos referidos, y que en lo principal me propongo exponer.

—Y que será excelente y oportuno recordatorio para los amos cristianos.

—Y también para los hoy seducidos obreros.

—Esto no lo comprendo tanto.

—Pues se comprende muy bien. Porque viendo éstos cómo predica la Iglesia á los poderosos de la tierra sus obligaciones para con los pequeños de ella, habrán de convencerse al fin, si no les falta absolutamente el juicio, de que no es el Catolicismo adulador de los ricos y cómplice de los abusos que puedan éstos cometer, como no lo es de los pobres en lo que pretenden sin justificado motivo; sino maestro recto é imparcial de unos y otros, y juez severo é incorruptible de sus actos buenos y malos, para exigirles á ricos y á pobres y á pobres y á ricos el tanto de responsa-

bilidad que á cada uno corresponde en los males que afligen hoy al mundo, y que le traen revuelto y en vías de general dislocación. Creedlo así, amigo mío, y no echéis en saco roto esta idea fundamental.

—Seguid explicándoos, que os espero con impaciente deseo de no oir más que la verdad, y conmigo muchos otros que en igual caso se hallan.

Toda la doctrina sobre los deberes del amo con relación á sus trabajadores arranca del concepto de esa autoridad, en parte doméstica, en parte social, que se llama *patronato*. Por lo mismo éste es el primero que se apresura á formular como base y piedra angular de todo su edificio el *Catéchisme du Patron* ó *Catecismo del Amo*, publicado por Mr. Harmel. Y así la pregunta, que á todas las demás abre la puerta en su preliminar, es la siguiente: «¿Qué entendemos por patrono y patronato?» A la que contesta el susodicho Catecismo con las siguientes frases de maravillosa exactitud y de alcance sin igual: «Para formar verdadero concepto de las palabras patrono y patronato, es indispensable traer á la memoria que la palabra latina *patronus*, patrono, se deriva de la primitiva *pater*, padre. Como, pues, lo indica el nombre, el patronato es una como extensión ó ampliación de la paternidad... Entre obrero y patrono, y entre patrono y obrero, existen relaciones análogas á las que unen en la familia á los hijos con su padre y viceversa. Se llama *patrono* el hombre que explota una propiedad ó capital con ayuda y por medio del trabajo de otro, y en virtud de un contrato... De donde se sigue que no basta ser propietario ó capitalista para ser patrono, sino que es indispensable la concurrencia de obreros para la explotación de dicha propiedad ó capital: pero desde el instante en que se emplean obreros para la explotación dicha, es ya patrono su dueño, aunque no tenga para ello más que un solo trabajador.»

—No es nueva tal doctrina. No es, pues, descubrimiento raro el que con ella nos hace ese Mr. Harmel. Siglos ha que

el cuarto mandamiento del Decálogo se expone de esta manera.

—Es verdad, amigo mío; porque no se trata aquí de *inventar* doctrinas nuevas, como se inventan tantas otras cosas hoy día, sino de recordar y remozar doctrinas muy antiguas, pero que de puro olvidadas parécenles de última novedad á muchos hijos de la generación actual. Y la principal recomendación de ellas es ésta, el ser antiguas, el ser las profesadas y enseñadas de siempre por el Catolicismo, el ser eternas é inmutables, por decirlo así, como reflejo de la eternidad é inmutabilidad del mismo Dios. Si fuesen realmente nuevas, eso por sí solo les daría patente por lo menos de sospechosas, pues en materia de doctrinas, novedad es casi siempre sinónimo de falsedad.

—Está bien. Pero no sé por qué dais tanta importancia á los referidos conceptos, que por lo menos resultan de una trivialidad la más vulgar.

—Dóysela porque la tienen, tanto, que en ellos se encierra toda la clave y nudo de la embrolladísima cuestión social.

—Explicaos.

—Con mucho gusto. Si el oficio de *patrono* (ó de amo, como decimos en mejor castellano), es una extensión del oficio de *padre,* con análogos derechos y deberes, síguese de ahí que el tal patronato no representa principalmente un negocio, sino un ministerio; no una fría operación mercantil, sino una nobilísima función de orden moral. Como la paternidad humana no representa una mera relación fisiológica de carne y sangre entre un hombre y otro hombre, sino algo más elevado y de un orden que podríamos llamar sobre-animal; así el patronato ú oficio de amo no representa una mera relación de trabajo comprado y de trabajo vendido, como suponen en las escuelas económico-racionalistas, sino algo de un orden más alto que estos *do ut facias* y *facio ut des,* en que aquéllas pretenden hacer consistir toda la ley de relaciones entre jornaleros y capitalistas. Es *el salario* cosa más humana que *el precio* de una mercancía que se estima por sólo su material valor en la plaza. Es, más que un precio, la retribución por un servicio; retribución que no basta

sea estipulada para ser justa, como enseña á este propósito muy luminosamente la Encíclica *Novarum rerum;* sino que además es necesario sea proporcionada á las necesidades del trabajador, y en tal concepto regulada por la equidad y por la caridad. Porque el patrono no es un tratante en carne humana, como puede serlo en cualquier artículo ó mercancía de las que se compran y venden, sino que es una entidad jerárquica del organismo doméstico-social; entidad que necesita para la producción de los servicios y auxilios de otra entidad igual á ella en origen y dignidad, como ésta necesita para su mantenimiento del auxilio y servicio del que Dios ha puesto en un lugar de la escala social más alto que el suyo, pero no en una esfera del orden moral más elevada. Entidad que es á la vez autoridad, porque en el organismo social quiere la ley de Dios que todas las piezas estén subordinadas unas á otras, las más bajas á las más altas. El amo, pues, según esta doctrina, que es la única católica, paga, pero no compra; como el jornalero sirve, pero no se vende. Y por esto entre el amo y el trabajador existe, por ley natural y divina, una reciprocidad de mutuos derechos y deberes, que no existiría si en ellos no viese la ley más que un sér que compra porque tiene dinero, y otro que se resigna á venderse porque no lo tiene. Reciprocidad de derechos y deberes que no son ya de orden mercantil ó industrial, sino que pertenecen de lleno al orden moral, y en consecuencia al orden teológico cristiano, y que caen por tanto bajo la jurisdicción de la Iglesia y del Catecismo.

—¿Cuáles son éstos?

—Tened cachaza, amigo mio, que hay tela para rato, y ya nos lo irá diciendo Mr. Harmel.

—Definido y expuesto el concepto de *patrono* y de *patronato,* pasa el Catecismo á definir y exponer el de *obrero* y de *familia obrera.* Y lo hace en los términos siguientes: «Se entiende (dice) por obrero, el hombre dedicado por profesión al trabajo manual, que bajo la autoridad de un patrono al-

quila su obra, mediante un salario... En sentido más lato se da también este nombre á todo aquel que, en virtud de un contrato, y mediante salario, concurre á la producción con su trabajo material, intelectual y moral.» Por *familia obrera* se entiende, en el sentido en que hablamos aquí, «la organización de patrono y obreros, agrupados por la necesidad de la explotación... El jefe es el patrono: son miembros los que en virtud de un contrato y mediante salario, llevan á la producción el concurso de su trabajo.»

—Está bien. Queda con eso planteado muy exactamente el concepto de las dos entidades sobre que versa el actual conflicto: el *patronato* de una parte, y de otra la agrupación obrera, que muy cristianamente recibe aquí el nombre de *familia*, como todos los que en una casa dependen del jefe de ella, aunque no sean sus hijos ó deudos. Lo que no veo tan claro es que entre estas dos entidades quepa otra relación que la de trabajar la una para merecer el salario, y la de pagárselo la otra en buen dinero contante y sonante, según trato convenido.

—Pues, perdonad si os digo que veis muy con ojos de materialista (iba á decir de economista, pero lo mismo da), si no veis más que eso. Yo prefiero lo veáis con ojos de cristiano. Permitidme y escuchad. Este concierto ó convenio entre la entidad *amo* ó *patrón*, y la otra entidad *multitud obrera*, que se presenta á trabajar á sus órdenes, ¿la consideráis vos como contrato humano y con fines humanos y por tanto subordinado á humanas condiciones? ¿Sí ó nó?

—Ciertamente que sí, pues de hombres se trata y no de bestias.

—Perfectamente. Siendo contrato humano y para fines humanos, ha de mirar á todo el hombre, es decir, á su cuerpo y á su espíritu, á su parte física y á su parte intelectual y moral. Por lo menos, yo no sé cómo de otro modo puede decirse que es contrato entre hombres, si en este contrato se prescinde por completo de lo que en el hombre es lo primario y principal.

—Parece que debe ser así.

—Y así es, en efecto. Patrono y obreros constituidos en agrupación armónica, á la que se da muy apropiadamente

el nobilísimo título de *familia*, forman una organización, y como tal, un verdadero cuerpo en que hay cabeza y miembros, y deberes recíprocos entre los dos, como los hay entre padre é hijos, entre gobernante y gobernados; en una palabra, como en todo donde hay dos ó más seres racionales, que deben ambos concurrir ordenadamente á un mismo fin.

—Es de toda evidencia. Aun en lo más antisocial como es una cuadrilla de malhechores, debe haber concierto de voluntades, y por tanto quien mande y quien obedezca, y cierta ley entre las relaciones de ambos.

—Pues bien. Importa ante todo conocer *el fin* de la organización humana á que se da el nombre de *familia obrera*, y de este fin deduciremos las leyes á que deben estar subordinadas las relaciones entre el obrero y el patrón.

—Decidlo, pues: ¿cuál es el fin de la familia obrera?

—Con idénticas palabras formula esta pregunta el *Catecismo* de Mr. Harmel, y contesta con las siguientes: «El fin de la familia obrera es: 1.° proteger los derechos naturales y sobrenaturales de la familia doméstica; 2.° hacer que se respeten las bases fundamentales de la sociedad civil; 3.° velar por los intereses materiales y morales de sus individuos. Por estos medios la familia obrera (patrón y obreros) consigue su fin general, que es el bien espiritual y temporal de sus miembros, y el bien general de la sociedad.»

—Mucha metafísica es esa para los tiempos que corremos.

—Más abstrusa la proponen por cierto los socialistas de escuela para acreditar sus infaustas teorías. Seguidme, empero, que eso es más práctico de lo que os figuráis.

—Continuad.

—Nace de lo dicho que el patrono tiene deberes para con sus subordinados, y éstos á su vez deberes para con su patrono, y correlativamente derechos cada uno con relación á estos deberes del otro. Los derechos del patrono miran unos á su cualidad de jefe material de la explotación, otros á su carácter de jefe moral de los que concurren á ella. Como jefe material de la explotación, tiene derecho: 1.° á exigir de sus obreros la cantidad de trabajo fijado por el contrato de compromiso y la costumbre legítima; 2.° la buena calidad del mismo, y 3.° la obediencia en cuanto concierne á

la explotación. Como jefe moral de la familia obrera tiene derecho á exigir de su personal: 1.° la observancia de los reglamentos que favorecen el bien y evitan el mal en la fabrica; 2.° la sumisión por ende á la ley de Dios; 3.° el respeto (si no el concurso) á las instituciones destinadas á proteger la moralidad doméstica y la paz civil y el bien de las almas.

—Bien, eso es lo que atañe á los derechos del amo. Hablemos de sus deberes, que eso importa más.

—Vais á oírlos en seguida cuando os hable de los derechos de los trabajadores. Porque, aqui como en todo, lo que son derechos para el uno, son deberes para el otro, y viceversa. No hay sino cambiar el vocablo, según que al uno ó al otro se aplique.

—Decid, pues, los derechos del trabajador para que sepamos los deberes del amo, así como exponiendo los derechos de éste habéis dejado indicados los deberes de aquél.

—Los derechos del trabajador los resume Mr. Harmel en la fórmula siguiente: 1.° A que no se le obligue á un trabajo superior á sus fuerzas ó á lo convenido en el contrato, y regulado siempre por las leyes divinas y humanas; 2.° á recibir el salario convenido por la tarea ordinaria; 3.° á que no se le imposibilite el cumplimiento de los deberes que le imponen la ley de Dios, de la Iglesia y de la sociedad civil. ¿Os va pareciendo todo eso tan metafísico como os parecía poco ha?

—No, antes bien creo que es tan práctico y sobre todo tan beneficioso para amos y obreros, que de entenderlo bien todos ellos, lo votarían ambas clases por aclamación, y lo practicarían sin necesidad de ulteriores convenios. La ley cristiana bien observada sería para los amos la mejor garantía de seguridad, y para los obreros un programa más seductor y de más positivos resultados en su provecho, que el famosísimo de las ocho horas.

—Después de exponer lo qué se entiende por patrono y por familia obrera y las relaciones más generales entre ambas entidades, pasa Mr. Harmel á tratar en un capítulo luminosísimo de la autoridad del primero sobre la segunda. Es este punto uno de los capitales en la presente cuestión, y sin duda el que trata con más claridad y á la vez con más profundidad el referido *Catecismo*.

—Os espero con impaciencia.

—Autoridad propiamente dicha no la tiene más que Dios, porque la *autoridad* sobre una cosa nace principalmente de ser uno *autor* de ella, como indica la misma etimología del vocablo; porque es indudable que nadie da á alguien tan perfecto derecho sobre algo para mirarlo como suyo, como el hecho de haberle dado la existencia. En este sentido, pues, es evidente que nadie tiene sino Dios autoridad primaria sobre cualquier criatura, porque nadie sino Dios ha podido dar originariamente el sér á criatura alguna.

—¡Magníficamente sentado!

—Cierto, y ésta es la única filosofía ó mejor la única teología de la autoridad, sobre la que tanto se está disparatando en el presente siglo. Pero sigamos. La *autoridad* absoluta no reside más que en Dios, porque sólo Dios es el *autor* ó criador absoluto. Puede, sin embargo, delegar Dios en una simple criatura parte de su autoridad sobre otra, así como puede en cierta manera hacerla partícipe de su facultad de comunicar á otras la existencia ó de conservársela. En este sentido tienen autoridad los padres sobre sus hijos, los dueños sobre sus criados, los gobernantes sobre la sociedad que presiden. Autoridad que, contrayéndonos al caso que al presente nos ocupa, puede ser de dos maneras: una en cuanto concierne á la explotación y buena dirección de la empresa fabril en que se ocupa el obrero, y en este concepto ejerce el patrono sobre su explotación la autoridad de mando, pues se trata de cosa de que es él autor y dueño; y otra en sentido más amplio, ó sea autoridad de dirección sobre las personas de los obreros en lo que no atañe tan directamente á la explotación fabril.

—¿De suerte que el amo ó patrono tiene respecto á su familia obrera autoridad análoga á la que tiene el padre sobre su familia natural?

—Exactamente, como ya otro día dijimos, y como indica la misma común etimología ó raíz que tienen las palabras *padre* y *patrón*. Escuchad textualmente á Mr. Harmel: «La autoridad patronal, dice, debe asemejarse lo más posible á la autoridad paterna, porque no hay nada que recuerde más á la familia natural que la familia obrera. En ésta como en aquélla son comunes los intereses. Empero la autoridad patronal no puede por completo asimilarse á la autoridad paterna, porque mientras en ésta los hijos están sujetos á ella por el hecho forzoso del nacimiento, en aquélla los obreros se imponen la dependencia del patrono por un acto de su libre voluntad. Por esto el patrono, al mandar y al dirigir, debe ante todo procurar ganarse la confianza de su personal subordinado, lo que obtendrá principalmente mostrando á todos un interés exento de egoismo, y procurando á cada cual las mayores ventajas que pueda.»

—¡Sublime doctrina!

—¡Como que es pura y sencillamente la doctrina cristiana! Pero seguid escuchando: «Constituye el objeto de la autoridad patronal cuanto pueda asegurar la prosperidad de la explotación y ayudar al bien material y espiritual del obrero. En consecuencia, comprende todos los intereses religiosos, morales, profesionales y económicos de la familia obrera. Lo que atañe á la explotación fabril es más bien objeto de la autoridad de mando, como la admisión de obreros, reglamentación y salario del trabajo, orden profesional, educación de los aprendices, etc. Lo que se refiere á la vida privada y doméstica del obrero constituye principalmente objeto de la autoridad moral ó de dirección, como, por ejemplo, lo que mira á la conducta religiosa en el hogar y en la iglesia, la educación de los hijos, el ahorro, etc.

—Está bien. Pero en estas dos clases de autoridad necesita la primera un freno, para que no resulte despotismo; y un gran prestigio la segunda, para que no sea una palabra nula y sin sentido.

—Por supuesto, amigo mío; y por esto añade Mr. Harmel: «Los límites de la autoridad de mando en el patrono se determinan por el contrato de compromiso, por los reglamentos, por los convenios, por las costumbres legítimas,

y sobre todo ¡oid bien! por la ley de Dios y las leyes humanas.» Y en cuanto al prestigio que necesita la autoridad de dirección para que no resulte sin fuerza alguna, escuchad lo siguiente, y no dudéis que quien lo dice es persona muy imparcial en el litigio, porque es patrono y no trabajador. «La autoridad de los patronos, dice Mr. Harmel, ha perdido su legítima influencia, porque los patronos que eran depositarios de ella han olvidado sus deberes.»

—¡Caracoles!

—Seguid, seguid escuchando. «Es preciso, pues, volver á la práctica de los deberes, para recobrar el pleno ejercicio de los derechos.»

—¡Sopla!

—«Por consiguiente, continúa, el patrono debe respetar la autoridad en sí mismo con la dignidad de su vida; tener fe en el poder que recibe de Dios; ser bueno, fuerte y justo en el ejercicio de sus derechos. Debe hacer que se reconozca su carácter de jefe de la familia obrera, por los que más cerca de sí son sus primeros individuos, es decir, por los hijos y los altos empleados. Debe finalmente proteger y defender los derechos de la autoridad en la persona de los subalternos en quienes la haya delegado.» ¿Qué os parece?

—Que es gran idea la que se da aquí de la autoridad, pero que á mi ver falta á todo eso una sanción; ó sea la responsabilidad en que incurre el patrono no ajustándose á tal molde de autoridad patronal.

—Tampoco eso se dejó en el tintero Mr. Harmel. Oidle para terminar: «El patrono es, ante todo, responsable ante Dios, de quien proceden todos sus derechos: puede serlo después bajo diferentes títulos ante la Iglesia y ante la sociedad... El patrono es responsable de todo el bien que puede y debe realizar, así como de todo el mal que puede y debe impedir... El patrono no puede desentenderse de su responsabilidad, porque el derecho de imponer su voluntad á sus obreros trae deberes rigurosos que no pueden renunciarse en tanto que no se renuncie la autoridad... Ni puede excusarse con las leyes de su país, ó los usos y costumbres, para librarse de esta responsabilidad, porque su autoridad y los deberes á ella anejos arrancan del derecho natural.»

—Bueno, bueno, buenísimo. Pero aun todo eso necesita concretarse y particularizarse más.

—Aguardad, amigo mío. Ya veréis cómo se le van apretando los tornillos á este mecanismo en lo que nos falta todavía examinar de él.

—Al particularizar los deberes del amo, como jefe de la familia obrera, los reduce el Catecismo de M. Harmel á dos grupos: los que conciernen á la organización de ésta, y los que á su dirección. Cuanto á lo primero (dice), debe organizarla con discreción y prudencia; cuanto á lo segundo, dirigirla con justicia y caridad. «Como consecuencia (añade) del contrato, por el que quedan bajo sus órdenes los obreros, tiene el patrono el deber de constituir la familia obrera sobre bases que aseguren no menos que la prosperidad de la empresa, la conservación de todos los intereses de ella y de ellos. Sin una organización discreta y prudente, chocarían entre sí los diversos elementos del grupo, y seríanse mutuo estorbo y no auxilio; todo trabajo útil llegaría á hacerse imposible, y reinando el desorden se introducirían en el grupo toda clase de vicios. El primer cuidado del patrono debe ser, pues, la organización de la familia obrera, ó sea de la gente que trabaja á sus órdenes.»

—Muy bien dicho; pero ¿cuáles son los requisitos necesarios para esta buena organización?

—Seguidamente los expone el Catecismo señalando: 1.º la honestidad del fin; pues no es lícito constituir un grupo fabril para fines reprobados por la ley de Dios ó condenados por la Iglesia y por las leyes. Ni se puede ser accionista de una Sociedad ó Compañía que á tales fines se dedique, como sería una casa de juego, un periódico impío, una empresa editorial anticristiana ó pornográfica, ó cosa así; 2.º la honestidad de los medios; pues una industria de suyo buena ó indiferente, pasaría á ser mala si se valiese de medios reprobados, en cual caso no se puede ser accionista de ella, ni gerente de la misma, ni pertenecer á su Consejo de admi-

nistración, como no sea con el objeto de reducirla á buen camino, y con el sincero propósito de abandonarla en cuanto se vea que esto resulta imposible.

—Muy obvio parece lo que decís, y enteramente ajustado á los preceptos de la moral.

—Sin embargo, en la práctica no debe de parecerlo tanto á muchos industriales, por otra parte honradísimos según el mundo, quienes en esta parte muestran tener menos escrúpulo de lo que debieran, dada su profesión de cristianos. A propósito de lo cual también podría decirse aquí algo sobre la elección del personal obrero...

—Es punto, en efecto, delicadísimo.

—Sí, señor, y que pertenece de lleno á este capítulo, aunque en él no lo trate Mr. Harmel. Es evidente, en efecto, que un patrono debe favorecer cuanto le sea posible, al formar lo que con tanta propiedad se llama su familia. obrera, á los elementos más sanos de su localidad ó comarca; pues cuanto fueren éstos de más confianza, más garantida queda la moralidad y buen orden de la sobredicha familia y de toda su explotación industrial. Como es evidente también que ciertos elementos deben ser absolutamente excluidos de ella, para que no la perturben, y no se conviertan en lazo de perdición para los elementos sanos que acaso estén en contacto con ellos. Hablo, como podéis comprender, de los obreros, así hombres como mujeres, pública y descaradamente escandalosos; de los borrachos y jugadores, de los dados al libertinaje, de los blasfemos y mofadores de las cosas santas, de los conocidos por públicas fechorías contra las costumbres y la Religión. Estos, así como no serían admitidos á formar parte de la familia natural del patrono, así no deben ser agregados á su familia industrial, á no ser que mediase fundada esperanza (y siempre con este propósito), de que admitidos á tal casa han de mejorar en sus costumbres, y rehabilitarse en la senda de la virtud y de la honradez cristiana. Esta sola preferencia dada por los amos á las personas honradas de su localidad, sobre las que no merecen llamarse con este título, sería de un efecto imponderable en pro de la moral pública, y tendría en la opinión de las masas obreras una resonancia que equivaldría á un ver-

dadero apostolado. Evitaría al mismo tiempo que los talleres se convirtiesen, como frecuentemente sucede, en focos de corrupción y antros de podredumbre sectaria, de donde salen después ¡mentira parece! al amparo del salario y á la sombra del capital, los más feroces enemigos de ambos. Ni se estremecería con pavor la madre cristiana al tener que enviar su hija á semejantes talleres, ni lo serían éstos á las veces, más que de hilados ó tejidos, de socialistas y demagogos. ¿He dicho algo?

—Pues ¡vaya!

—Sea, pues, lícito y honrado el fin de la explotación industrial; verifíquese ésta con medios reconocidos como honrados y lícitos por la ley de Dios; llámense con preferencia obreros buenos y cristianos á compartir sus tareas, y tenemos ya lo fundamental de los deberes del amo en orden á la organización de su industrial familia. Viene ahora lo relativo á la dirección de la misma.

Señalados los principales deberes del amo cristiano en orden á la organización de su familia obrera, entra Mr. Harmel á indicar los que conciernen á la dirección de la misma, y los divide en dos grupos, ó sea, en deberes profesionales y deberes sociales. Los primeros se refieren á sus relaciones con el obrero considerado como tal; los segundos miran á éste, no precisamente como obrero, sino como hombre y como cristiano.

—Realmente queda todo abarcado en esta simplicísima y luminosa división.

—Lo veréis todavía más claro al estudiar de por sí cada uno de estos grupos. Al de los deberes profesionales, en efecto, pertenece: 1.° reglamentar el trabajo; 2.° satisfacer el salario; 3.° establecer y conservar el orden en la explotación. «El patrono, dice Mr. Harmel, al reglamentar el trabajo y buscar la prosperidad material de la respectiva industria, debe ajustar los reglamentos á la ley natural, á

la justicia, á la caridad, al contrato, á la ley civil y á la costumbre.» .

—¡Canastos, si es exigente ese Mr. Harmel! ¡No son tan escrupulosos muchos fabricantes de por ahí, para quienes todo el catecismo de su industria podría al parecer reducirse á esta fórmula: «Sacar del obrero todo el producto posible, con el menor coste posible!»

—Fórmula es ésta, por desgracia, muy corriente en nuestros días, pero absolutamente materialista y anticristiana. El amo, según ella, sólo debe mirar en sus explotaciones industriales un fin, que es ganar mucho; y tocante á medios fijarse tan sólo en una circunstancia, en que cuesten poco. Compréndese, por lo tanto, que establecido el trabajo en estas condiciones, toma necesariamente el carácter de una lucha feroz entre el capitalista y el jornalero; lucha en que el primero tiene de su parte todo el poder de su dinero, que es gran poder, y el segundo todo el poder del número y de la resistencia pasiva más ó menos organizada (vulgo huelga), que es también un poder formidable. Todo lo cual no existiría, tan frecuentemente por lo menos, si el amo en la reglamentación de sus talleres se atuviese escrupulosamente á las condiciones que le imponen la ley natural, la justicia, la caridad, el contrato, la ley civil y la costumbre. En su virtud, añade Mr. Harmel: «Al reglamentar las horas de trabajo, el patrono debe disponerlo todo de tal manera, que sus obreros, padres, madres é hijos, no se vean abrumados por el trabajo; tengan horas de descanso, y encuentren tiempo para cumplir con sus deberes esenciales para con Dios, la sociedad y la familia.»

—¿Aunque con esto gane menos?

—Sí, señor, aunque con esto gane muchísimo menos, pues ya hemos dicho que aquí el fin *único* no debe ser la ganancia, y mucho menos la mayor ganancia posible. «En lo que concierne al trabajo de los niños (continúa), el patrono está obligado á conformarse con la ley natural, que prohibe imponerles trabajos superiores á sus fuerzas, y que obliga á dejarles tiempo para instruirse en las verdades de la fe, que es el fundamento de todo, y en los demás conocimientos de una buena educación social y profesional. En

la reglamentación del trabajo de las madres de familia, el patrono debe tener presente que la familia es una institución superior á toda otra, bien sea política, industrial ó comercial, y que por tanto á la mujer obrera debe dejársele siempre el tiempo y la libertad que necesita para cumplir sus obligaciones respecto á los hijos y al marido. El patrono, además, está obligado á dejar á sus obreros el tiempo necesario para el cumplimiento de sus deberes religiosos; porque siendo Dios el primero de todos los amos, todo hombre tiene el derecho y el deber de servirle, y este derecho y este deber son tan imprescriptibles como los derechos de Dios sobre su criatura. Debe, en consecuencia, el patrono suprimir el trabajo del domingo y demás días festivos: 1.° porque es ley de Dios; 2.° porque de otro modo se hace imposible á los obreros el cumplimiento de los deberes religiosos, y con ello se daña á su alma; 3.° porque la razón y la experiencia atestiguan que el hombre necesita de cada siete días uno por lo menos de descanso para rehacer sus fuerzas.»

—Dirán, sin embargo, algunos que el trabajo, no interrumpido ni aún los domingos, es indispensable á ciertas industrias, cuyo ejercicio no permite sin graves perjuicios solución de continuidad.

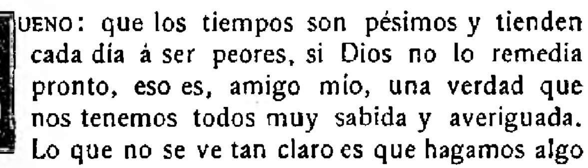
—A eso contesta en una nota el autor con los siguientes datos, que hemos de suponer son de hombre bien informado: «El trabajo del domingo (dice) ha parecido necesario en ciertas industrias, y ha podido por tanto ser autorizado: pero la ciencia ha probado hoy que la mayor parte de estas industrias (refinerías, fabricas de vidrio, laminadores, etc.), pueden prescindir del trabajo del domingo sin pérdida para el patrono. Inglaterra nos da sobre este punto ejemplos decisivos. Ahora, pues, no tienen ya razón los patronos para invocar la antigua tolerancia de la Iglesia sobre este punto. Cuantos se preocupan por la salvación del alma, deben comprender que la ley del descanso dominical reaparece en todo su vigor desde el instante en que los hechos han demostrado que la suspensión, considerada antes imposible, es ahora perfectamente realizable.»

—Difícil será, no obstante, se convenzan los que están empeñados á todo trance en no dejarse convencer.

—A bien que para éstos no se escriben Catecismos como el que hemos citado, ni se exponen consideraciones, ni se aducen argumentos. Para tales tercos y endurecidos en su codicia guarda Dios el castigo del infierno en la otra vida, y el de las revoluciones sociales en la presente. Y basta por ahora de esta materia, que para ligera muestra sobra ya.

LXIV

Á UNO DE TANTOS



Bueno: que los tiempos son pésimos y tienden cada día á ser peores, si Dios no lo remedia pronto, eso es, amigo mío, una verdad que nos tenemos todos muy sabida y averiguada. Lo que no se ve tan claro es que hagamos algo por mejorar esos tiempos, muchos de los que de continuo andamos en suspiros y gimoteos sobre tan fecundo tema de lamentación.

—Tenéis razón.

—Porque es cierto que con solos llantos y aspavientos nunca se ha curádo enfermedad alguna, y mucho menos ha de curarse la presente de que agoniza el mundo. Y lo es también que Dios Nuestro Señor, dueño de infinitos recursos con que cambiar el rumbo de las cosas, no suele hacerlo sino por medio de las causas segundas. Y éstas aquí, amigo mio, somos nosotros. En lo cual, entre otras razones que puede haber, aparece por de pronto una de muy elevada congruencia, y es la de que si nosotros somos por el pecado los autores del daño, muy regular es y razonable que seamos nosotros los remediadores del mismo por la enmienda y la penitencia, todo por supuesto con el auxilio de la gracia sobrenatural.

—Estas son, amigo mío, verdades de pura teología, pero lo son además de experiencia. Así se ha visto siempre en el mundo, y así sospecho se ha de ir viendo hasta la consu-

mación de él. No se hacen milagros ni se harán para abono de nuestra pereza y ruín cobardía.

—Hay que contar, pues, ante todo con Dios, ¿quién lo duda, amigo mío? Pero hay que contar también con nosotros mismos. Sí, tal como suena: y no os parezca arrogante la frase, sino muy cristiana: con nosotros mismos. Y no nos remediará Su Divina Majestad, si nosotros nos empeñamos en no remediarnos, sobre todo teniendo tan á mano la medicación. Harto ha hecho con mostrárnosla El y dárnosla preparada con su preciosa Sangre, y dotarla con ella de maravillosa infalible eficacia.

El *preparado* social por excelencia ¡desengañaos! es la Santa Religión.

¿A qué vos, señor mío, no sois de los más exactos que digamos en su puntual cumplimiento? Y no obstante, os quejáis de que son malos los tiempos, cuando los que son malos no son los tiempos, sino los hombres, y entre éstos hemos de empezar por incluirnos vos y yo. Y si no sois vos malo para merecer tan dura calificación, que ante Dios la merecen muchos más de los que se lo figuran, ¿cuánto apostamos á que por lo menos no sois vos lo bueno que debierais para hacer frente á esos tiempos tan malos, que no cesamos de ponderar?

¡Vaya! pues, ¿no es cierto que no hay tal vez en vuestra parroquia, chica ó grande, una medianeja Conferencia de San Vicente de Paúl, á pesar de que pobres debe de haberlos en ella, pues éstos en ninguna parte suelen faltar? ¿O que si hay establecida en vuestra parroquia la tal Conferencia, vos, amigo mío, os estáis muy tranquilo en casa sin pertenecer á ella? ¡Y quizá, hombre de Dios, hasta empezáis vos por no saber qué animal tan raro y del otro mundo sea eso de una Conferencia!

Bien sabréis, de seguro, lo que es el teatro, ó el casino, ó el frontón, ó la plaza de toros, para no meterme por prudencia en otras honduras, que todos sabemos y vos más que yo.

Estas frioleras el menor inconveniente que tienen es costar al aficionado un gasto más que regular de *tiempo* y de *dinero* y de *atención;* tres cantidades que sumadas, y aplicadas á

algo de utilidad, no dejarían de producir frutos de cuantía. Y advertid que me limito á señalaros en el mal uso de ellas la parte puramente negativa, ó sea su inutilidad; que si fuésemos á examinar el caso como severos moralistas cristianos, tal vez algo encontraríamos allí merecedor aún de más acre censura.

Ahora bien, amigo mío: con solos teatros y casinos y toros y frontones no se remedia de fijo la enfermedad social que tan malos ratos nos cuesta, y que de vez en cuando nos molesta, aun á los más pacíficos, con tan importunos ruidos. Y se remediaría, y mucho, y se la llegaría á extirpar de raíz, es seguro, como hubiese muchas Conferencias de las que os digo; como hubiese por de contado tantas y tan bien servidas como hay en el mundo casinos y teatros y frontones y plazas de toros.

—Pero ¿qué es una Conferencia?

—Por ahí debíamos empezar, amigo mío; y ahora reparo que estamos sin haber tocado aún ese punto.

—¿De veras no sabéis en qué consiste una Conferencia de San Vicente de Paúl? No extraño, á fe, vuestra ignorancia, que tocante á estas cosas es más común de lo que parece, entre las personas más instruidas del siglo. Una Conferencia es una junta ó reunión de algunas personas que se asocian, para la obra buena de edificación mutua y de caridad para con el prójimo que vais á ver. Media docena bastan, aunque pueden ser muchas más, y mejor que tantas sean.

Júntanse dichas personas. ¿Y á qué? No á perorar ó á escribir folletos y artículos, ó á celebrar aparatosas funciones filantrópicas, sino á hacer alguna cosa práctica, circunstancia que es menos frecuente de lo que debiera en el filosofador siglo presente, tan dado á la charla y comedia de grande espectáculo. La Conferencia huye del ruido, de la exhibición, del bombo. Agua mansa y sosegada, conténtase con hacer el bien á la vista de Dios y con el ojo tan sólo en sus eternas recompensas.

La sesión de una Conferencia no puede ser cosa más sencilla. Reunidas las pocas ó muchas personas que la forman, rezan sus preces en común, y practican un breve rato de lectura espiritual, ascética ó apologética, pero de todos modos instructiva. Danse cuenta inmediatamente de lo realizado en la sesión anterior, y de las visitas á pobres practicadas durante la última semana, y de las nuevas necesidades á que convenga atender. Se delibera brevemente sobre ellas, se pide para cada una el socorro necesario, y acordado éste y entregado, se pasa un guante ó colecta secreta para el sostén de los pobres, y anunciado el producto, rézanse las preces de conclusión, y vase cada cual á su casa. Digo mal á su casa: vase por lo común cada socio acompañado de otro (pues la visita reglamentaria ha de ser en pareja) á la casa del pobre, para dejar en ella el socorro acordado, hablar un rato con el infeliz, aprovechando la ocasión de sembrar en su corazón y en el de su familia consejos de buena conducta cristiana; dejarle, en una palabra, con la limosna material de pan, carne ó arroz, la otra más excelente y no tan prodigada, por desgracia, del buen ejemplo, de la máxima piadosa, del libro ú hoja de sana lectura, del arreglo de un asunto delicado, de la pacificación de una discordia, etc.

—¿De suerte que con media hora de junta ó reunión con los amigos en la forma dicha, y con otra media hora de visita domiciliaria á una familia necesitada, total sesenta minutos cada ocho días, queda por término general realizada la tarea semanal de un buen socio de San Vicente de Paúl?

—Sí, y ya veis vos mismo no es mucho pedir.

—¿Y con tan poca cosa se logran los resultados del calibre sociológico que indicabais?

—Alto ahí, amigo mío; que en eso de sociologías hay que hablar muy claro y poner en su verdadero punto de vista las cosas. Hoy está muy de moda hablar de sociología y de remedios al por mayor tomados de esta botica. Cristo Nuestro Señor en su Evangelio y los Apóstoles en sus Epístolas, ni una vez sola hablaron de la sociedad, y fueron no obstante los más eminentes sociólogos que hubo jamás, y dieron con sus predicaciones un vuelco el más radical á la sociedad de su tiempo, que lo necesitaba aún más que la nuestra. Hoy,

quizá porque sabemos más, hemos tomado por otros rumbos, con la sola ventaja de que no vemos de ellos hasta el presente ningún resultado. A mí, cuando oigo hablar de sociología y de remedios sociales, siento retozarme la risa en el cuerpo sin poderlo remediar; aunque alguna vez parezca que tomo en serio esto, que vienen á ser los libros de caballerías del siglo XIX. El verdadero y práctico sociologismo es que sea cada uno de nosotros muy hombre de bien y muy perfecto cristiano, y que ayude á los demás á serlo cuanto quepa en su poca ó mucha influencia ó privada ó social. Y logrado esto se resuelve por sí mismo el problema sociológico, que no es tal problema, aunque hinchadamente lo llamemos así. El mundo ha ido siempre regularmente bien cuando los hombres han querido ser buenos; é irá rematadamente mal mientras cada cual se eche el alma á la espalda y se burle, como de cosas de niños, de Dios y de la conciencia. A eso, que es la clave de todo, hay que volver, y ríome yo de todos los problemas sociales y de todas las teorías sociológicas.

Y eso... se aprende, amigo mío, muy á la pata llana y muy prácticamente perteneciendo á una Conferencia de San Vicente de Paúl y trabajando como buen socio en ella.

—Generalmente hablando, ha como ligado Dios la acción de su gracia para nuestro mejoramiento y el de nuestros prójimos, no á medios raros y extraordinarios, que por serlo están fuera del común alcance, sino á cosas en apariencia muy usuales y caseras, que todos podemos traer cada día entre manos, y de las que nadie puede quejarse de no estar á cada momento abastecido.

De estos hilos conductores de la influencia celestial, uno de los más frecuentes y de más eficaz resultado suele ser el trato con los buenos.

Ya dice un sabio refrán: «Trata con buenos y serás uno de ellos.» La Conferencia de San Vicente de Paúl ofrece ante toda esta primera ventaja. En muchas poblaciones es lasti-

moso, es deplorable el aislamiento social en que viven las almas buenas, siempre relativamente pocas, medrosas y encogidas entre la turba numerosísima de impíos ó indiferentes. Cada una de ellas hácese cuenta de que está sola, y cuando no la da por transigir y aceptar culpables y vergonzosos *modus vivendi* con los enemigos de su fe, resígnase por lo menos á vivir para sí con la menor cantidad posible de compromisos, á trueque, según dice, de conservar sus creencias para su uso, ó á lo más para el seno de su hogar y familia.

—Realmente: la situación de muchos y muy buenos católicos, en las poblaciones de corto vecindario especialmente, es la que acabáis de bosquejar.

—¿Qué falta á los tales para convertirse en elementos de acción, y aun para vigorizarse en sus propias convicciones y hacer menos grave el riesgo que á todos amenaza hoy de verlas por lo menos entibiadas? Pues, fáltales tan sólo que se conozcan y se traten y se cuenten y mutuamente se alienten. Con eso solo que se añada á sus reconocidas cualidades de buenos cristianos, quedará hecha en breve la transformación que se necesita, ó sea la de meros buenos cristianos privados, en cristianos públicos animosos y decididos.

Para ello, empero, precisa tener un lazo común que los junte y un objetivo común que los atraiga; y el más simpático de todos y el menos expuesto á diversidad de apreciación personal y á puntos de vista individuales, que engendran en la hueste catolica las divisiones y subdivisiones que todos lloramos, es el ejercicio de la caridad. Aquellos primeros jóvenes que en París fundaron hace poco más de medio siglo la primera Conferencia de San Vicente de Paúl, ideáronla ante todo para preservarse, con el contacto mutuo, de la corrupción espantosa que gangrenaba á la sazón la clase escolar de aquella famosa Universidad. Más que un fin, la caridad fué para ellos un medio; nos atreveríamos casi á decir, un pretexto. La primera idea fué preservarse á sí propios y mejorarse; la segunda reunirse para ello y mutuamente estimularse y sostenerse, y la tercera buscarse para todo eso la ocasión y el motivo en el ejercicio de las obras

benéficas. Atiéndase bien á este proceso y subordinación de medios y fines en que está todo el espíritu, por algunos no bien comprendido, de la famosa Sociedad. Los pobres no son tanto el objeto formal de ella, como lo son los propios asociados. En éstos debe reflejarse el fruto principal de la Obra, por medio de la práctica caritativa.

Donde, pues, falte un núcleo de fervor y de acción católica que ponga á los contados buenos cristianos de una localidad en riesgo inminente de no poder sostenerse en la firmeza de sus combatidas creencias, piénsese antes que en otra cosa alguna en la organización de una Conferencia. Este será el pelotón de bravos, que formados en *cuadro*, resistirán apoyándose unos en otros, á las formidables embestidas que puedan darles fuerzas contrarias centuplicadas. Y poco después no se contentarán con ser *cuadro* que se bate á la defensiva; serán *cuña* que tome audaz ofensiva contra el mal y rompa las filas enemigas é introduzca en ellas, primero asombro y después confusión y derrota. Quedarán pasmados á poco ellos mismos, viendo que nuevos elementos se aprestan á reunírseles de donde menos pudieron pensarlo, y empezarán á convencerse y á convencer al mundo, de que no eran tan escasos en número como al principio juzgaron, los que como ellos pensaban y deseaban obrar.

Este fenómeno, especie de milagroso despertar de actividades dormidas, se ve en todas partes donde media docena de corazones bien templados se resolvieron de una vez á empresa de este género. Nosotros lo hemos observado repetidas veces: tal resultado no nos faltó una sola.

Mas no termina aquí el efecto práctico de la Conferencia en orden á sus propios individuos.

—Otro bien de gran cuantía lo proporciona al socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl, más aún que el mérito siempre excelente de las obras de caridad en que se ejercita para con los pobres, el mero hecho, al parecer material, de tratar con éstos.

Los que, aun sin ser ricos, no pertenecen por la bondad de Dios á esa grey numerosa y anónima *los pobres,* necesitan más de lo que comúnmente se cree del trato y comunicación con ella, tanto por lo menos como por cierto instinto de grosero sensualismo procuran inconscientemente vivir alejados de la misma y evitar su roce social. Enseña mucho el trato de los pobres, y esta enseñanza se hace más útil al cristiano á proporción de lo que es desahogada su posición, y mucho más si ésta llega á encumbrada y opulenta. Es el trato de los pobres y la vista frecuente de la pobreza un reactivo apropiadísimo contra los pujos de vanidad y de necio orgullo, á que más que nadie está expuesto el rico, aun tal vez sin darse cuenta de ello, y sólo por un efecto casi natural y espontáneo de su al parecer privilegiada situación en lo que se ha dado en llamar el banquete de la vida. En este banquete, que algunos llaman así porque juzgan erradamente que no tiene otro objeto que dar saciedad y hartura á sus groseras y animalescas concupiscencias, corre peligro el comensal satisfecho de llegar á convencerse, con cierta grosera buena fe, de que el cuidado de su conveniencia personal debe ser su única religión, religión muy lógica y consiguiente para el que más ó menos prácticamente ha acabado por hacer de su carne su único dios.

—El mundo está lleno hoy día de esos tipos de un sensualismo, que recuerda el de los antiguos soberanos asiáticos, sin su fastuosa grandeza es verdad, pero con primores y refinamientos de sibaritismo que tal vez aquéllos nunca llegaron á conocer.

—Sí, y en la vida privada de los grandes centros de población sobre todo, se dan frecuentes casos de esa vida muelle y absolutamente consagrada al culto del *yo* regalón y afeminado; y lo que es más vergonzoso, se dan algunas veces, aun en personas que no han renegado todavía de la verdadera fe, y que hasta la muestran en la práctica, siquiera parezca rutina, de tal cual obra de piedad y devoción. ¿Qué falta á todos esos idólatras de sí propios, idólatras con el género vil de idolatría que tan gráficamente estigmatizó el Apóstol cuando escribió aquella tan cruda y realista frase *quorum deus venter est?* Pues lo primero que les falta es el

poder de un recio contraste que abra brecha en su corazón, para que logre entrar en él la idea de lo que realmente son, opuesto á lo que ilusoriamente se figuran ser; de que pertenecen al barro común de que son formados todos los hombres, nó á especial casta ó jerarquía de terrenos semidioses. Y convence de esto, para dar después fácil acceso á las enseñanzas y máximas de la fe cristiana, el espectáculo diario de la pobreza en sus formas más depresivas y repugnantes; el trato y contacto con ella; la vida humana en sus realidades más prosaicas y de más horror á los ojos y al olfato. El pobre se levanta entonces ante la mirada del rico, que no sabe serlo como Dios manda; levántase, digo, como severa recriminación y censura de sus vanidades y antojos; como acusador de su dureza de corazón, que por cierta aparente inconsecuencia, que no es sino muy lógica y consecuente, es más duro y de bronce en los caracteres enmollecidos y enervados por la vida de la holgazanería y de los deleites; como espejo revelador, por fin, de ocultas miserias y podredumbres que se esconden muy á menudo bajo los suntuosos trajes y los dorados artesones con mayor asco y abominación para las almas sanas, que las miserias y podredumbres que apestan en la desaseada bohardilla del jornalero enfermo, ó hacen estremecer de lástima en las salas del hospital. Esa es la lección que el pobre da al rico, cuando la mano de la Providencia hace á éste el favor singularísimo de llevarlo á oirla de aquél. A ricos cristianos hemos oído ponderar más de una vez como uno de los principales beneficios que para su alma y aún para su felicidad terrena recibieron de Dios, la hora feliz en que por medio de un amigo ó de una Asociación benéfica pudieron hallarse por primera vez en contacto real y personal, y no de oídas ó por meras referencias, con la pobreza y con los pobres.

—Hay efectivamente en la visita al pobre y en el frecuente espectáculo de las aflicciones de la pobreza, algo que levanta el corazón distraído, y le obliga á pensar en cosas muy

serias, á que no convida ciertamente el ruido del mundo y la fascinación de sus locas vanidades.

—Exactamente.

—El primer sentimiento que se produce en estos casos es el de conmiseración para con nuestros hermanos, á quienes la Providencia no ha querido igualar á nosotros en ventajosa posición material; entre otros motivos, sin duda, por el de que ejercitásemos para con ellos los dulces deberes de las obras de misericordia. Son éstas, ¡entiéndase bien! una como indemnización que debe el rico al pobre, á cambio de la mejor parte, que humanamente hablando, ha cabido á aquél en el reparto de los bienes materiales que usufructúa.

Este mismo sentimiento truécase en el de gratitud á Dios, que pudo muy bien hacerme á mí pobre como á aquel pobre, huérfano como á aquel huérfano, enfermo como á aquel enfermo. Si, pues, no soy lo que veo que es aquel mi hermano á quien contemplo en aflictiva situación, débolo á Dios, y á Dios he siempre de agradecerlo. Y el modo de agradacerlo es, no abusar de sus beneficios; es emplear en servicio de El mi dinero, mi salud, mis conocimientos, si algo tengo de eso; no considerándolo propiedad mía, sino solamente préstamo ó depósito del cual he de dar estrecha cuenta cuando me sea pedida por su verdadero Dueño y único Señor.

Esta misma consideración me hará ver como inciertos y de ninguna seguridad los bienes materiales que poseo, ya que quien me los dió puede quitármelos á la hora menos pensada y reducirme, como tantas veces se ve por ahí, á la misma infelicísima condición de los pobres á quienes alargo mi cristiana limosna. De esos que llamamos altibajos de la fortuna, y que no son sino admirables disposiciones de Dios, ven mucho cada día los que practican la visita domiciliaria á los necesitados, y son éstos otros tantos espejos en que puede mirarse cada cual, para no engreírse en la prosperidad ni fiarse de cosa tan pasajera y de quitipón como son honores, amigos, y aún la propia salud corporal y los mismos talentos y humano saber. No hay que pagarse de cosa alguna que pueda perderse, y de Dios abajo no hay cosa alguna que no pueda tener hoy el hombre y dejar de

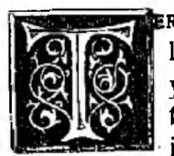
tenerla mañana. Filosofía muy llana es ésta, pero de muy práctica aplicación y de muy saludable desengaño.

A los padres de familia aconsejaríamos empezasen por dar desde temprana edad esa vigorizadora educación á sus hijos, acostumbrándolos al trato de los pobres, al espectáculo de sus miserias, en contraste con el bienestar y mimo (frecuentemente exagerado) con que á ellos se les halaga hoy en todas las casas acomodadas. Allí donde razones de prudencia en determinados casos no lo impiden, sería bueno que los jovencitos viesen de cerca el mundo de los dolores y de las lágrimas que muchos de ellos hasta ignoran si existe: eso templaría en ellos la insensata sed de placeres y devaneos, que es la peste de la edad juvenil; eso introduciría pensamientos serios y graves en su mente, harto dada por lo común á frivolidades y á asuntos de ningún peso; eso sería lastre y contrapeso provechosísimo de los aturdimientos de la mocedad, tan fácil en dejarse llevar sin rumbo fijo por los mares de la superficialidad y de la moda y de la disipación. Es ciencia ésta mejor aún que la de los libros, con ser la de los libros muy excelente: es experiencia ésta mucho más práctica que la de los viajes, con ser los viajes de tanta y tan reconocida utilidad. Un viaje semanal, de media hora, por los países de la miseria y de la aflicción, que tantas veces se hallan en nuestro propio barrio y en nuestra misma calle, es por demás edificante é instructivo, y no cuesta más dinero que la pequeña limosna que con ocasión de él depositamos en la casa del necesitado.

Vos, amigo, que sois quizá en eso *uno de tantos* distraídos y negligentes, ¿no haréis algo, después de lo que acabáis de oir, para fundar en vuestra localidad una Conferencia de San Vicente de Paúl, si vuestra localidad no la tiene, ó para haceros proponer como socio activo de ella desde esta misma semana, si felizmente dicha Conferencia se halla ya establecida en vuestro pueblo, villa ó ciudad?

LXV

¡EL PAPA NO ES LIBRE!



ERMINADO ha, gracias á Dios, con toda felicidad, la brillante Peregrinación que para gloria suya y en obsequio al Papa, y como muestra de la fe y piedad de los católicos españoles, ha sido indudablemente uno de los acontecimientos más grandiosos del presente siglo en nuestra patria.

Hémosla seguido paso tras paso desde aquí en todas sus peripecias y episodios; hemos procurado después recoger de la misma por los conductos más fidedignos sus más auténticas impresiones. Pues bien. La general, la unánime, la que se desborda de todos los labios y palpita en todas las reseñas y forma la conclusión lógica de todas las descripciones de estos dias, es la que hemos puesto al frente de estas líneas, y que viene siendo treinta años ha el tema constante é invariable de los buenos católicos y la enojosa pesadilla de sus enemigos.

¡El Papa no es libre!

Hay alguien que se interpone entre el Padre y los hijos; alguien que por el brutal derecho de la fuerza se ha constituido árbitro y regulador de las relaciones de ambos; alguien que guarda la puerta y facilita ó niega la entrada según su talante ó humor ó conforme le ordenan poderes misteriosos, de quien á su vez es esclavo miserabilísimo.

Ese alguien es el Gobierno piamontés, malamente llamado italiano; ese alguien es el usurpador que por violencia de armas, y no por otra razón alguna, ocupa el patrimonio del

Papa, y le tiene detentada su legítima soberanía, y con ella su indispensable y esencial independencia.

Los mismos miramientos y alardes de afectada protección, de que han sido objeto esta vez por parte de las Autoridades italianescas los peregrinos españoles, demuestran, en vez de desmentirla, la verdad de esta afirmación. Con ellas se ha probado una vez más, que para visitar al Papa se ha debido contar, antes que con la venia de éste, con la de los carceleros que rodean el atrio de su casa, los cuales para entrar y para salir han impuesto condiciones, con que han querido les fuese en cierto modo reconocido el derecho que tienen, á todas luces indiscutible, para que se les llame con aquel título, y para que al Vaticano se le considere como cárcel con toda propiedad. Cárcel dorada, cárcel amplísima, es verdad, pero cárcel al fin. Que cárcel puede ser el más ostentoso palacio, si no es dueño de sus puertas el que reside en él, sino el otro que las está custodiando y vigilando desde la parte exterior. Cárcel puede ser no una sola casa ó una sola ciudad, sino un país entero, como cárcel era para Napoleón la isla de Santa Elena, cuyas aguas recorrían sin cesar para tenerle como encadenado allí, los cruceros de Inglaterra. De esta suerte es hoy cárcel el Vaticano, y es su prisionero el Romano Pontífice, y son sus alcaides las Logias masónicas, que han honrado con el cargo de llavero mayor al Gobierno piamontés.

Pongamos por caso, para más aclararlo, que este masónico Gobierno la diese por celebrar cualquier día su Exposición Universal, como las famosas de otras ciudades ó naciones de Europa y América. Algunos más de quince mil extranjeros fueran sin duda á visitarla, por poco que llamase la atención. ¿Hubiérale siquiera ocurrido al Gobierno italianesco exigir, que los tales curiosos fuesen allá por tandas de tantos ó de cuantos cada vez, y no como á cada nación, provincia ó pueblo les hubiese venido más en voluntad? Ciertamente que no. Y si tal hubiese anunciado cualquier Ministro del Interior, hubiérale hundido, más que la indignación, el ridículo y la befa de todas las naciones civilizadas. Pues eso, contra todo derecho de gentes, se ha exigido á los españoles ¡mal pecado! al tratarse de una visita de quince

mil de ellos al Padre uiversal. Lo cual prueba que al Papa ni le vale la tan cacareada como mentirosa ley de garantías, ni le ampara siquiera el derecho común.

Pero ¿qué me dicen Vds. de la prohibición de usar insignias y de entonar cánticos y desplegar estandartes fuera del material recinto del Vaticano? ¿Por qué no se ha de poder cantar en las calles de Roma el *Firme la voz*, como cantan las Logias el himno de Carducci *A Satanás*, y pasear la bandera de las llaves y de la tiara, como pasean ellas en días de manifestación liberal la que trae pintada en sus pliegues la figura mismísima del demonio? Pues, porque no quiere el alcaide, y por ninguna otra razón. Una cinta en el ojal del frac ó de la americana, una tela colgada de un palo, son artículo de contrabando si expresan acatamiento á la espiritual autoridad del Papa; cuando esa misma cinta ó tela son en todas las naciones del globo insignias perfectamente autorizadas, y aun en Italia no traen inconveniente alguno si significan emblema de Corporación artística ó científica ó mercantil, ó de cualquier cosa que no sea Catolicismo. ¿Por qué? Porqe así place á las Logias y por nada más.

Dentro del Vaticano, cerrada su puerta, con batallones en su dintel, pueden entregarse los católicos á todas las expansiones de su filial entusiasmo, y aclamar al Papa y ser por él alentados y bendecidos. Unos pasos más acá, al tocar á la acera ó escalinata, debe ponerse el católico, aunque sea español y de hirviente sangre española, un candado á los labios y ahogar el grito del amor y de la fidelidad, si no quiere ser interpelado bruscamente por el polizonte, y en caso de no someterse ir á parar á la alcaldía. Precisa salir en grupos desbandados, no en forma ordenada, porque eso no lo consiente la Masonería. Hay que arrollar las banderas y meterse en el bolsillo las medallas ó bandas ó cruces, porque el peregrino en Roma ha de aparecer sin ningún carácter de tal. Si fuera la estrella ó el mandil lo que se ostenta, ya no sería así.

Humillante situación para el Jefe universal de todos los católicos del mundo; pero más humillante y vergonzosa todavía para esos católicos de todo el mundo, que la consienten con demasiada paciencia y resignación. Si en cua-

lesquiera relaciones que no fuesen las religiosas impusiera un tirano esas trabas dictadas por el odio ó el capricho, el conflicto internacional estallaría á cada momento, y se resolvería definitivamente á cañonazos. Ninguna potencia que estimase en algo su dignidad aguantaría para el uniforme de sus militares ó para los géneros de sus mercaderes ó para la simple maleta de sus viajeros la ignominia de esas viles imposiciones.

¡Ah! Se toleran hoy, porque no es sólo el Papa el cautivo y el encarcelado; está con él cautiva y encarcelada en todo el mundo la fe de sus hijos, la Iglesia de Dios. El globo se ha hecho todo él como una inmensa Logia desde que en todo él ejerce por nuestra cobardía y por nuestras divisiones el Masonismo ó Liberalismo una preponderancia tal, que (son palabras del Papa) equivale á la soberanía. Y siendo todo el mundo oficial una Logia, ¿qué cosa hay más consecuente sino que sea todo él una mazmorra para la verdad?

LXVI

NUEVO CALVARIO


ISPERSA por todo el mundo la raza de Judá después del crimen espantoso con que á gritos llamó sobre sí y sobre sus hijos la maldición del cielo, ha llevado durante todos los siglos como Caín el estigma de réprobo, sin que hayan logrado borrarlo de su frente proterva ni el brillo del oro que con su tenaz codicia acumuló, ni la llama del saber que alguna vez resplandeció sobre sus individuos, ni el poderío é influencia cortesana que en no pocos casos alcanzaron determinados elementos suyos.

—La generación que clamó ante el juez romano: «Caiga la sangre de Cristo sobre nosotros y sobre nuestros hijos;» ha visto cumplido su horrible anatema. Mató al Justo, es verdad; pero ella ha quedado sobre la tierra únicamente como vivo monumento expiatorio de aquella gran maldad.

—Mas en la noche de su rencorosa desesperación (y es lo más característico de ella), persigue todavía un siniestro ideal: matar para siempre el Cristianismo, como mató por breves horas á su Divino Autor; cebarse feroz en la Iglesia, obra suya, como se cebó el Jueves y Viernes Santo en la ensangrentada Víctima. Es un cierto linaje de odio parecido al del demonio, que obra el mal por sólo amor al mal, aun con la certidumbre de no alcanzar de él otro resultado. Esta es la negra historia del Judaísmo desde el Calvario acá, y explica todos sus actos.

En los últimos siglos se ha encarnado el odio judaico en

una institución que le debe quizá su origen, y con toda seguridad sus progresos y preponderancia actual. Esta institución es la Masonería. Por medio de la Masonería corrompe y envilece, y subyuga hasta cierto punto, el Judaismo á la moderna sociedad: el Liberalismo es su mentiroso Evangelio: la Logia es su Sanedrín y Sinagoga. Tarde va advirtiendo el mundo de hoy qué clase de garras le oprimen y cómo, con leyes anticristianas, á pretexto de emancipación liberal, se ha hecho él á sí propio, feudo miserable de la raza de Anás y Caifás. Tarde lo va advirtiendo, y el actual movimiento antisemita es prueba de ello elocuentísima. Movimiento generoso, pero que será estéril, si no va acompañado de un retorno franco de los Estados y sus legislaciones á Dios; movimiento, empero, que será decisivo así que vuelvan aquéllos á su antiguo espíritu cristiano, que en mal hora rechazaron por teocrático y clerical.

Véase, entre tanto, cuál es la situación del Judaismo en Europa y cómo tiene esta inmensa asquerosa araña aprisionados á los pueblos *libres* de hoy para su vergüenza y para su castigo, y ojalá para su escarmiento.

En Hungría (leemos en un periódico), la cuarta parte de los votos reservados á los mayores propietarios corresponden á los judíos. Conquistaron la capacidad legal de adquirir bienes inmuebles el año de 1848, con motivo de su famosa Revolución liberal.

En Bohemia, sólo la casa de Rotschild posee la cuarta parte de las tierras que fueron patrimonio de las sesenta familias más antiguas del reino. Se les concedió el derecho de adquirir inmuebles en 1862, en otra época de Revolución liberal.

En Galitzia, en poco más de veinte años, los hijos de Israel han acaparado el 80 por 100 de la propiedad.

En Italia, son dueños de las cuatro quintas partes de la provincia de Padua, además de tener fuertes hipotecas en la quinta parte restante.

En Francia, había en 1791 sobre un millar de judíos. Merced á la famosa declaración de igualdad de derechos, hoy pasan de 60,000. El capital francés oscila entre 150 y 200,000 millones de francos, de los cuales, cerca de 90,000

millones, ó sea la mitad próximamente, están en poder de los judíos. Los oficios y profesiones más lucrativas, como son banqueros, joyeros, anticuarios, comerciantes de pieles, etc., son explotados en nuestros vecinos por individuos de aquella raza en proporción de un 50 por 100. Sólo los palacios que tiene en París la familia Rostchild representan el valor de 30 millones, pudiéndose calcular en otros tantos el valor del mobiliario con que están adornados.

El profesorado de las Universidades de Austria está ejercido en gran parte por los hijos de Israel. Lo son todos los de la Universidad de Viena, incluso su *magnífico rector*, exceptuando los de la facultad de Teología: es ocioso decir que los autores del texto, aun los de primera enseñanza, son judíos. Judío fué el profesor del desdichado príncipe Rodolfo, fingiéndose converso para desempeñar este cargo.

En Italia, la cuarta parte de los alumnos de estudios superiores son hebreos. En Alemania, el 80 por 100.

Los periódicos de más circulación en Europa, ó son propiedad suya, ó están inspirados por ellos.

En Italia, la prensa llamada oficiosa les pertenece exclusivamente. *La Reforma*, *Il Diritto*, *L' Opinione*, *La Capitale* y otros periódicos de la mayor circulación son de judíos.

En Francia disponen casi de todos los periódicos republicanos: la prensa pornográfica está explotada casi exclusivamente por ellos.

En esta misma nación, desde 1870, apenas ha habido un Ministerio en que no haya entrado este elemento, representado ó por judíos, ó por yernos de judíos. Lo son veinte representantes del país entre las dos Cámaras, es decir, uno por cada 3,000 judíos que hay en la nación. Más de cuarenta prefectos, subprefectos y secretarios pertenecen á esta raza. Los Municipios están invadidos por ellos, y sólo así se explica el sistema inicuo de persecución que prevalece en algunas ciudades contra sacerdotes, Congregaciones religiosas y maestros católicos, aun palpando los resultados que les da el laicismo en escuelas, hospitales y establecimientos de instrucción ó beneficencia.

¿Quién después de esto se admirará de que el presente siglo sea en todas partes para la Iglesia de Dios un nuevo Calvario?

Es ella con su Supremo Pastor otra vez vendido el Cristo, y azotado y crucificado.

Fueron los antiguos Estados cristianos, hoy liberales, los Judas de esta Pasión, que por falsas ventajas de orden material, como por treinta dineros, apostataron de su heredada fe social, y entregaron la Iglesia desamparada á sus enemigos.

Son los centros masónicos los tribunales de Anás, Caifás, Herodes y Pilatos, donde se ha urdido el infame proceso y pronunciado la inicua sentencia.

Son ¡infelices! las engañadas muchedumbres de «la soberanía del pueblo» y del «sufragio universal,» las que desde la plaza pública, ebrias de concupiscencias y de sofismas, han gritado por instigación de ocultos jefes el *Tolle, crucifige!* contra Jesús ¡su bienhechor y su amigo! y proclamado la impía glorificación de Barrabás.

En eso estamos hoy. No se nos haga extraño á los católicos vernos en todas partes escupidos, azotados, crucificados. Nuevo Calvario es la presente era revolucionaria, y nueva hora del poder de las tinieblas.

¡Y sin embargo, hoy más que nunca estamos seguros de la inutilidad del poder de las sectas masónico-judaicas para abatir la cruz de Cristo y borrar de la tierra su Nombre, y para que no deje de resucitar al día tercero el pueblo de los que confían en El!

In quo est salus vita et resurrectio nostra (cantamos con la Iglesia), *per quem salvati et liberati sumus.*

LXVII

LO QUE PASA Y LO QUE NO

Lo que de continuo vemos pasar en vertiginosa carrera ante nuestros ojos, es el tiempo y cuanto al tiempo pertenece. Lo que no pasa es la eternidad con su inconmovible fijeza.

Cada año es como una ola de ese mar del tiempo, cuyas playas son la eternidad. Olas que después de haber levantado algún ruido y tal cual remolino de pasajeras espumas, mueren deshaciéndose, como lo que son, como pura vanidad y nada, en el solitario arenal de la muerte.

Como las olas se persiguen unas á otras en el mar en incesante y atropellada sucesión, así corren desatentados unos tras otros los años en la vida humana. Sube cada ola y se encrespa y muge amenazadora, pareciendo va á ser algo, sin aprender de la que ha visto morir antes y deshacerse á sus piés. Así empiezan los años todos con el presuntuoso lema de *Año nuevo,* sin guardar escarmiento del año último que pasó y que ya no es nuevo ni viejo, sino algo sin nombre que ha dejado para siempre de ser y ha pasado á la categoría de las vanidades que fueron.

Ved cómo á las olas dan hermosos cambiantes los vivos rayos del sol, ó fosforescente centelleo la plateada luna; ved con qué gala riza el aire su superficie como de sutiles encajes bordados de nácares y perlas; oid qué suave arrullo les prestan las brisas ó qué ronco bramido los huracanes; mirad con qué fieros alardes azotan ellas el peñasco de la

costa ó desafían la habilidad del marino ó sorben como cáscara de nuez la más altanera embarcación.

Así la vida humana, en lo que tiene de meramente tal. La coloran en la juventud rosadas tintas de ilusión; la agitan en la edad madura calenturientas ambiciones; le dan aparente grandeza y tal vez siniestro poder de destrucción pasiones embravecidas. A los pocos años cae la última ola y cesa todo ruido y desfallece todo empuje. Poco después... el silencio de la muerte.

Cada año, cada ola de tiempo que vemos estrellarse á nuestros piés, ¡cuántas personas y cosas arrastra que fueron objeto de nuestro cariño y en las que pusimos el corazón, quizá todo el corazón, como si no debiesen sernos á cualquier momento arrebatadas! ¡Cuántas de esas cosas y personas hemos perdido, quizá en los últimos años! Y ¿qué ola de éstas envolverá nuestra frágil existencia y dará con nosotros al través, arrebatándonos á nuestros hermanos y á cuanto nos rodea, como de nosotros hemos visto arrebatar á otros muchos? ¿Será acaso ola que nos lleve, la que va á principiar dentro de pocos días, para morir dentro doce meses en igual vaporosa ilusión? Y si esto acontece, ¿qué sobrenadará en este naufragio después de la ruina de nuestra existencia temporal, para acompañarnos y sernos de algún valor en nuestra existencia eterna?

¡Ah! Nó ciertamente nuestros tesoros, ni nuestros palacios, ni nuestro saber, ni nuestros blasones, ni nuestro renombre, condenado todo eso á ser engullido como nosotros por el insondable vórtice que todo lo devora.

Todo muere menos el alma; menos el alma con sus responsabilidades ante Dios, es decir, ó con sus méritos para que Él se los juzgue y recompense, ó con sus deméritos para que Él se los juzgue y se los castigue.

Todo muere menos el alma, que, pues no fué criada para el tiempo, no ha de morir con el tiempo, sino que ha de sobrevivir á todas las olas de él.

Hasta la hora suprema en que cesará para siempre el oleaje de días y años que forma aquí la sucesión de los siglos. Entonces no habrá ya más años que principien y años que mueran y años que vuelvan á principiar. Reposará todo lo

hasta entonces inquieto, se fijará todo lo hasta entonces mudable y veleidoso.

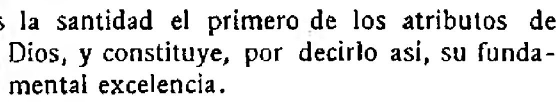
En el abrazo eterno de Dios el alma amiga suya, con el tesoro de sus obras buenas: bajo la justicia eterna de Dios el alma su enemiga, encadenada como con férrea argolla por la pesadumbre inmensa de su ya irredimible pecado.

¡Almas, á vivir para lo que nunca pasa y nunca muere! ¡Almas, á recoger tesoros que nunca habrán de naufragar! ¡Almas, á sacudirse de encima enojosa impedimenta que ahora podemos abandonar si queremos, y que más tarde no nos abandonará aun que mucho lo queramos! ¡Almas, á salvarse! ¡Almas, de consiguiente, á trabajar para salvarse!

¿No parece á nuestros amigos si habría de ser ésta, meditación muy provechosa, si todos la hiciesen siquiera durante quince minutos?

LXVIII

LOS SANTOS



Es la santidad el primero de los atributos de Dios, y constituye, por decirlo así, su fundamental excelencia.

—Es verdad. ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! éste es el himno que sin cesar entonan en su alabanza las jerarquías celestiales, y aunque es inefable su sabiduría é inmenso su poder y sublime su bondad é incomprensible su belleza, nada de eso parece digna letra de aquella música de los cielos, sino este loor de su santidad.

—Ahora bien. Todo lo que de excelente tiene el hombre, es una como participación de la divina excelencia, y en cierto modo mero reflejo de ella. Ser santo el hombre es, de consiguiente, tener algo en sí de la santidad de Dios. Y siendo la santidad lo más excelso y supereminente que hay en Él, síguese de ahí que lo más grande y sublime que puede haber en el hombre es que sea santo.

No son, pues, los sabios la flor y corona de la humanidad, ni son los poderosos, ni son los fuertes: sino los santos. Haber llevado vida santa es más que haber escrito poemas como Homero, ó haber dictado tratados como Platón, ó haber realizado hazañas como Alejandro. La capa astrosa del pordiosero santo como Labre, es más gloriosa para la humanidad que la púrpura de los Césares; el saco y la cuerda de Francisco de Asís obscurecen el brillo de todos los cetros y coronas. Haber vivido bien (que eso es en suma y cifra la santidad) es más que haber perorado bien, ó haber escrito bien, ó haber bien guerreado y bien comerciado. Y no sólo

ante Dios y ante sus Angeles, sino ante los mismos hombres en sus horas de razón y buen sentido, buenas obras son algo más y mucho más nobles que buenos libros y buenas hazañas y buenos dineros. Dígase lo que se quiera, despreciable y despreciada cosa es á ratos la virtud; mas nada tiene en realidad como ella ese tan resplandeciente nimbo y aureola.

Todo esto recuerda y pone de relieve al mundo la Iglesia de Dios con la fiesta hermosísima de *Todos los Santos*. Cada día se venera en el Catolicismo la santidad de alguno ó algunos de sus hijos: en ésta se venera y ensalza toda santidad. Nó solamente la que se ha dado á conocer, por especial disposición de Dios, con extraordinarias maravillas; nó tan sólo la que tiene página brillante en los anales del pueblo cristiano. Toda santidad, hemos dicho, y hay mucha de esa santidad oculta en los senos de Dios, como hay infinito número de estrellas en el firmamento, que no ha visto ni llegará jamás á columbrar el humano telescopio, que sólo ha descubierto y dado nombre á las más visibles y señaladas. La muchedumbre anónima de los Santos, como la otra muchedumbre anónima de los astros, debió tener igualmente su día de glorificación accidental acá en la tierra, como tiene la eternidad de gloria esencial allá en el cielo. Esta es la razón teológica de la indicada festividad.

Sobre la igualdad y común rasero de la vida santa, basada en la práctica de una misma ley y en la profesión de un mismo Evangelio, ¡cuánto puede deleitarse y extenderse la consideración, contemplando la variedad inagotable é inclasificable de los tipos de santidad que diversifican y embellecen á la gloriosa familia de los bienaventurados! Común es á todos el parecido y semblanza de Cristo, primogénito de ella; mas con tener todos algún rasgo de él, no hay dos que tengan idéntica fisonomía. Como es infinita, por decirlo así, en formas, colores y perfumes, la variedad de flores en el reino vegetal, así lo es la de esos floridos vergeles del reino de la gracia. En algunos la delicada inocencia, como deslumbrante albor de nieve no tocada; mientras en otros lo áspero y rudo del arrepentimiento, después de agitada vida que más de una vez estuvo á pique de naufragar en los escollos de

las pasiones. Quien supo de Dios y de los hombres y de los cielos y de la tierra cuanto cabe en humano entendimiento, y fué lumbrera de las gentes y faro de los siglos, y resplandece al través de la bruma de ellos con fulgores que ni la distancia eclipsa ni la vejez enturbia; quien ignorólo todo menos el arte mayor de todos que es el de amar y servir á Dios, sabiendo apenas balbucir como con lengua infantil las sencillas frases del *Padre nuestro*. Alguien halló y practicó la santidad en los palacios y en el señorío de pueblos y en el estruendo de batallas y entre riesgos mil de pompas y opulencias: alguien supo granjearla más sosegada y apacible en la soledad de los desiertos, en la humildad de las cabañas, en oficios que reputa el mundo viles y bajos y menospreciados. La vida común y la seglar y la conyugal y la de industrias y tráfago mercantil salvaron á éstos; la senda estrecha de los tres votos, y de la contemplación altísima, y del absoluto desasimiento de cosas y personas, ó la de heroicas empresas de beneficencia ó de apostolado elevaron á aquéllos. Hay quien fué santo toda la vida, y quien sólo en las postrimerías de ella, como en la viña del padre de familias hubo obreros llamados al amanecer, al medio día y al caer de la tarde.

—¿De esta suerte no hay edad, sexo, complexión, estado, oficio ó categoría social, que no tenga en la muchedumbre inmensa de los bienaventurados su representación; como no hay edad, sexo, complexión, estado, oficio ó social categoría que no pueda ser mediante la práctica de la virtud, camino para la bienaventuranza? Consoladora idea y de un carácter práctico que nunca debemos olvidar, pero que también y por lo mismo trae consigo muy serio compromiso y que á todos alcanza.

—No hay, en efecto, uno de nosotros á quien en el supremo juicio no pueda decir el soberano Juez de vivos y muertos, señalando con el dedo á cualquiera de los justos que ocuparon en la tierra el lugar que nosotros ocupamos en ella:

«¿Y tú no pudiste hacer lo que hizo éste ó ésta en tu misma condición?»

—Habita Dios en región de luz inaccesible, dicen los Libros Santos; por lo cual no sufre, por lo menos durante esta vida, la flaqueza de nuestra pupila intelectual fijarse directamente en tal foco, por la seguridad de quedar deslumbrada. Vemos ahora á la Divinidad en el espejo de sus criaturas, *per speculum,* como dice San Pablo; ó sea en el reflejo que ostenta cada una de ellas de los divinos atributos; por donde, como expone el mismo Apóstol, las cosas invisibles de Dios se ven y se entienden por las obras visibles de sus manos.

En el orden natural son las criaturas todas ese espejo maravilloso de las grandezas del Criador; pero lo es más el orden sobrenatual ó de la gracia, cuyas privilegiadas criaturas son los Santos. Son, pues, los Santos los que con más esplendor reflejan en sus vidas y obras la magnificencia divina: los rayos de aquel infinito foco de perfección se reparten como fraccionados y hermosamente distribuidos en cada uno de estos tipos humanos, es verdad, pero que con frase atrevida, aunque profundamente teológica, llaman nuestros clásicos, endiosados. Dios á quien hito á hito no podemos mirar, deja escudriñar la riqueza de sus dones en esas obras de su gracia, que con tan espléndida profusión la ostentan. Es, pues, Dios, como hemos dicho, admirable en sus Santos, porque se hace admirar en ellos, haciéndose en cierto modo en ellos visible y palpable. Más aún: por lo mismo se nos hace por este medio hasta imitable y asequible.

Atrevimiento pareciera, por no decir petulancia ó insensatez, querer la criatura vil carearse y emparejar con Dios infinito y eterno para emular sus perfecciones. Aquel «sed perfectos como es perfecto mi Padre celestial,» que enseñó Cristo, pareciera análogo á aquel «seréis como dioses» que prometió el diablo, si no mediara entre uno y otro el gran misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Este misterio hizo que fuese consejo practicable lo que de otro modo fuera presunción blasfema. Querer el hombre asemejarse á Dios fué en el paraíso terrenal diabólica sugestión, pero más tarde en el Evangelio fué base de toda la cristiana doctrina. El Verbo encarnado de tal suerte acortó las distancias entre lo

divino y lo humano, que divinizó en alguna manera lo humano y humanizó lo divino. El hombre halló en el Hijo de Dios hecho hijo del hombre, el escalón que necesitaba para aproximarse tanto á Dios que llegase á poder realizar una suerte de unión con El, que fué ciertamente mucho, muchísimo más que la presuntuosa semejanza y el *sicut dii* con que logró hacerle caer en sus lazos el primer tentador. Bastóle desde entonces la imitación de Jesuctisto santo para poder hacerse él también santo, como que en Jesucristo no sólo se le presentaba humanada la Divinidad, sino humanizada la santidad.

—Habéis dicho muy bien. Esta humanización de la santidad divina la reproduce el cielo cada día en los Santos. Cada uno de ellos, nueva copia del modelo y ejemplar Cristo, eslo á su vez de alguna de las perfecciones de Dios Padre, como Cristo lo es de todas. Dios infinito se refleja de mil maneras en estas sus criaturas finitas, para ponerse así como por refracción al alcance de nuestra pequeñez y alentar nuestra cobardía. A tanto puedo atreverme como á querer ser semejante á Dios, proponiéndome por inmediato objetivo seguir las huellas de alguno de esos más insignes servidores suyos.

—Ya no se presenta de esta manera tan arduo el problema, y mucho se ha allanado la cuesta con ese puente celestial, que ha puesto á mi pobre nivel lo que desde mi bajeza veía yo á tan extraordinaria altura. Ya no se trata de que intente yo de buenas á primeras carearme con Dios; bástame de primera intención no querer ser menos que aquel Santo, hombre al fin como yo, con quien bien puedo permitirme (con el auxilio de la divina gracia) andar como en competencia. Escala de multitud de fáciles escalones se ha hecho de esta suerte el áspero camino que desde las honduras de nuestro valle de pecado toca á las más elevadas peanas del trono del mismo Dios. Ser santo, ser perfecto tomando por punto de mira nada menos que la perfección del Padre celestial, preséntase ya cuestión de pasos muy suaves y caseros, cuando de otro modo sólo pudo soñarse como rara y excepcional volada de águilas ó de ángeles.

—Por esto es de tanta utilidad y trascendencia el culto de los Santos, el estudio de sus vidas, y la invocación de su valimiento.

—Tres son nuestros deberes con respecto á los Santos: el culto, la invocación y la imitación.

El Protestantismo ya no fuera lo que es, la sinrazón personificada, si no impugnase estos dogmas como impugna, porque sí, cuantos enseña el Catolicismo.

Negar que se deba honrar y venerar á los Santos, con culto siempre subordinado al de Dios, es oponerse á los más innatos sentimientos del corazón humano, que instintivamente rinde homenaje público á la virtud y al mérito allí donde los ve resplandecer. Negar que pueda sernos poderoso su valimiento, y que por lo mismo sea saludable invocarlos como divinos intercesores, es desconocer los lazos de caridad que unen á los moradores del cielo con los de la tierra, y oponerse al testimonio cien veces repetido de las Sagradas Escrituras sobre este particular. Mas dejemos esto, que en otro lugar hemos ya tocado: más práctico entre católicos es lo que va á ocuparnos en el día de hoy.

Queremos hablar ahora muy especialmente de la imitación de los Santos, y para eso del estudio y conocimiento de sus vidas, que es una de las tareas más gratas y sabrosas, y á la vez más saludables en que puede emplearse el buen cristiano.

Leer vidas de Santos es hoy práctica descuidada, cuanto fué en otros tiempos usual y corriente en el seno de nuestras antiguas familias. Otras mil cosas se leen hoy, y así nos luce á todos en el cuerpo y en el alma lo que leer solemos. Las hermosas historias de los Siervos de Dios, que á ninguna otra ceden muchas de ellas, aun en amenidad y dramático atractivo, son pospuestas á frívolas lecturas de imaginación, cuyo menor mal es tal vez el ser fingidas y hasta inverosímiles. Aventuras romancescas, enredos é intrigas en que el móvil es siempre una misma pasión; cuadros falseados en que se busca sólo la emoción nerviosa, cuando no efectos

de índole peor, obtienen preferencia en nuestros hogares sobre la narración histórica de hechos reales, siempre instructivos, relacionados con las tradiciones y modo de ser de nuestro pueblo, ricos en altos ejemplos de heroísmo, los más aptos para levantar el corazón á nobles pensamientos, á arduas empresas y á toda suerte de sublimes sacrificios por Dios, por la patria y por nuestros hermanos. ¿Qué leyenda aventaja en épico interés á las gloriosas escenas de los Mártires? ¿Qué poesía iguala á la de los pintorescos cuadros de los Padres del desierto? ¿Qué tipos agigantados de valor y de robusto empuje pueden compararse á San Bernardo, el de las Cruzadas; á Santa Teresa, la mujer varonil por excelencia; á San Francisco Javier, el Alejandro Magno de las conquistas de Cristo? ¿Qué puede buscarse que siquiera de lejos se asemeje en riqueza de sentimientos al poético y arrobador San Francisco de Asís, ó en ardorosa fogosidad de celo á Santo Domingo de Guzmán, ó en caballeresca apostura á San Ignacio de Loyola?

—Esos tipos y muchos otros debiera conocer hasta hacérselos familiares todo cristiano, y con ellos debiera encenderse el espíritu y avivarse la fantasía de nuestros niños desde su más temprana edad. Los antiguos espartanos querían que las madres tuviesen siempre á la vista los fabulosos héroes de su mitología, para que á ellos fuesen parecidos en valor y grandeza de alma los hijos que diesen á la patria. Más lo entendían á su manera aquellos infelices idólatras, que muchos de nuestros católicos. Aquí las historias y lances que se ofrecen á la imaginación de los pequeñuelos en muchas familias no son sino los más á propósito para que pierdan desde su inocente edad todo vestigio de natural pudor. Aquí la educación, que entra más que todo por los oídos, no halla muchas veces molde en que formarse, que no sea el de la lubricidad y de las más infames y groseras pasiones. ¿Qué perdería la casa del magnate ó del propietario ó del comerciante ó del simple obrero con que se leyese cada día en ella ante los hijos, y ante los criados si los hay, la vida del Santo del día, con el comentario adecuado que á tal lectura pudiesen dar, según su leal saber y entender, el buen padre ó la cariñosa madre?

—La lectura en familia ha caído en desuso, hoy que tanto se blasona de cultura y de ilustración y de tantas otras mentiras en boga. Se leía más y se leía mejor en siglos en que se imprimía menos que hoy, y la base de la lectura doméstica solía ser la historia de los Santos. A eso hay que volver con el amor que inspirar deben las más hermosas tradiciones del hogar cristiano. No olvidemos que en las vidas de los Santos se halla reproducido cuanto en la nuestra puede acontecernos y necesita consejo ó solución. Estar familiarizado con esa leyenda es tener siempre á mano documento práctico y apropiado para cualquier situación que ofrecerse pueda, es lenta pero segurísima educación del corazón y de la inteligencia. Se pondera para los niños la utilidad del apólogo. Es ésta indudable, pero la moral de la vida de un Santo tiene sobre la moraleja de un apólogo la ventaja de la seriedad y de la realidad. El Santo revive en la imaginación del que la ocupa en contemplar sus hechos gloriosos, y aun sus caídas tal vez y su arrepentimiento, y á todo esto que es la verdad, no llega ni llegará jamás la simple fría verosimilitud del apólogo.

LXIX

¡SIN CORAZÓN!

Padece horrible dolencia el mundo de hoy, y á los ojos del observador lo revela el triste con síntomas, á cual más, desconsoladores.

—Su enfermedad es en efecto gravísima, de las más graves que registra en sus cuadros la patología social. Es enfermedad del corazón.

—Y decidme: ¿quién, no obstante, al mirar superficialmente á este enfermo no le juzgara en la plenitud de su vida y robustez? ¿Quién al ver al mundo de hoy no le creyera el más sano y el más feliz de los mundos posibles? Ha realizado en cien años escasos mayor suma de maravillas y de progresos que sus antecesores en más de mil. Ha sacudido, dice él, todos los yugos, vencido todas las tiranías, reídose de todas las preocupaciones, borrado todas las distancias, generalizado la ilustración, difundido el bienestar, multiplicado las comodidades, facilitado la circulación del dinero, abaratado la vida. Si de repente se le volviese al modo de ser político, económico, industrial y mercantil de cien años atrás, no comprendería posible en tales condiciones la existencia, tanto es lo que se la han mejorado en todos esos conceptos los múltiples adelantos de la moderna edad.

—Y sin embargo, extraños, nunca vistos accidentes perturban su sosiego: accesos de furor homicida y suicida le

acometen dándole lugar, á la hora que menos piensa, á sangrientos estragos: fuerte al parecer con todo el poder de sus invenciones y conquistas, siéntese en realidad débil como un niño encanijado ó como un calavera gastado por prematura vejez. Hasta en el crimen se le ve cobarde y sin grandeza; hasta en la defensa de lo único que ama, que son sus intereses, se le contempla irresoluto y espantado. Vedlo. Cien años atrás eran sus revoluciones desatados huracanes del infierno, y los hombres de ellas encarnaciones demoníacas de talla y fiereza verdaderamente satánicas. Hoy una revolución apenas si llega á tener los honores de corrompida charca de cieno en que se lucha por la vida, por la vida no más, es decir, por un puñado de céntimos.

—Padece, habéis dicho, de mal del corazón; mejor dicho, acaba de perder del todo este órgano vital; de aquí la perturbación de sus más importantes funciones, tras las apariencias de una vida esplendorosa y opulenta.

—Hablemos ya sin metáforas. ¿Cree algo la sociedad, como tal sociedad? A nuestro humilde juicio como sociedad no cree ya nada. Individuos creyentes y fervorosos, hay muchísimos todavía, gracias á Dios: la creencia social es poco menos que nula. Y la creencia es el corazón de un pueblo. Sociedad sin credo social es, de consiguiente, organismo sin corazón.

Es preciso que haya algo fundamental que todos sientan, que todos amen, por lo que todos trabajen y todos vivan, y en caso dado todos sepan morir. Y para ello es preciso que haya algo fundamental en que todos crean. Y ese algo no puede ser la política, elemento siempre de división; ni el dinero, de suyo duro y egoísta; ni los placeres, cuyo resultado primero es enmollecer y en definitiva bestializar; ni la ciencia, que es patrimonio de pocos. La creencia es el alma y el corazón del pueblo; donde aquélla falta, no hay vínculo común que haga de tantas fuerzas distintas una sola; no hay ideal colectivo que funda y reúna tanto interés en un solo colectivo interés. Vamos á sentar una que alguien llamará paradoja. Valdríale más á la sociedad creer algo absolutamente falso, con tal que fuese algo, que no vivir ó mejor vegetar en el absoluto descreimiento social, que es el carácter de las sociedades contemporáneas.

—¡Ah! ¡Si las generaciones de hoy con el patrimonio riquísimo de materiales ventajas que de los siglos anteriores han acaparado, tuviesen un corazón, es decir, una creencia, y ésta fuese la verdadera! ¡Ah! ¡Si todo ese movimiento, que no parece hoy más que vértigo, estuviese dirigido por un mismo principio y enderezado á un mismo fin y gobernado por unos mismos medios; principio, fin y medios los del orden sobrenatural cristiano de que en mal hora ha renegado con orgullosa apostasía la llamada (y por eso condenada) moderna civilización! ¡Ah! ¡Si de todos esos latidos hoy desordenados, que tan frecuentamente se traducen en violentos espasmos y convulsiones de muerte, fuese único alto regulador el más digno de serlo, el Corazón de Jesucristo, Nuestro Dios y Señor!!! ¡Cuán gloriosas serían las maravillas del orden moral que vendrían á sumarse á las del orden material y físico, de que hoy tan locamente nos envanecemos, pues sin aquéllas no son éstas frecuentemente sino doradas miserias y perfumadas podredumbres!

—Eso sería el reinado en el mundo del Corazón de Jesús. A ese ideal sublime, además del de la perfección y salvación individual, tiende el apostolado de su devoción prodigiosamente revelada *á los últimos tiempos*. Volver al amor de Cristo el mundo apóstata de él; darle al miserable que agoniza hoy por no tener corazón, otro Corazón nuevo que puede ¡sí, hasta eso puede! ¡y sólo él lo puede! rejuvenecerle y como á otro Lázaro resucitarle.

LXX

FELIZ RESURRECCIÓN


ADA año, al acercarse la fiesta del glorioso San Jaime, Patrón de España, se nos presenta invariablemente como unido á ella el recuerdo de la matanza de los Religiosos en Cataluña, en 1835, y la consiguiente abolición de las Ordenes religiosas en nuestra patria, oficialmente dictada por los poderes liberales de ella á raíz, y como complemento y sanción oficial de aquella espantosa catástrofe.

No fuimos testigos de ella; pero bien podemos decir que sus siniestros reflejos iluminaron nuestra primera edad, y que una de las más vivas impresiones de la misma fué el relato cien veces repetido de aquel entonces todavía reciente suceso. Con aquel lúgubre relato empezaron nuestros padres á criar en nuestra alma el odio y horror á la herejía liberal, que hemos procurado y deseamos forme el sentimiento más hondo y más poderoso y más enérgico de cuantos constituyen nuestro modo de ser en el campo de la propaganda católico-popular.

Mas hoy, si esta lúgubre fecha recordamos, no es solamente para como otras veces execrarla, sino con el objeto de que nos sirva principalmente de punto de partida para otro linaje de consideraciones, no menos instructivas y por suerte más consoladoras.

Harto más de medio siglo se ha pasado desde que el Li-

beralismo, que vió siempre en las Ordenes religiosas españolas una barrera insuperable para lograr aquí su infernal victoria y definitivo arraigo, resolvió como cuestión de vida ó muerte deshacerse por la violencia de aquellos sus enojosos obstáculos, y decretó su destrucción. El puñal y la tea, hábilmente dirigidos desde la Logia, y por ella puestos en manos de ciegas é inconscientes muchedumbres, realizaron el acto, consentido, cuando no formalmente autorizado, por los poderes oficiales de la nación. La vil codicia consumó después la obra del odio sectario, y el fraile y cuanto le pertenecía pudieron darse por absoluta e irremisiblemente muertos y sepultados. La generación que asesinó á los frailes creyó muy bien salirse de este mundo con la horrible seguridad de que no dejaba de ellos en esta tierra de España más que la memoria, y ésta tiznada y ennegrecida en los más sucios borrones de la difamación y del vilipendio.

Y sin embargo... ¡á la generación inmediata, que somos nosotros, había de caber la dicha de presenciar la gloriosa resurrección y rehabilitación de aquellas tan abominables y abominadas víctimas! ¡Alguno de los que contribuyeron quizá á la sangrienta hazaña habrá podido todavía contemplar con asombro los primeros albores de esta Pascua maravillosísima! Viéndolo estamos cada día, y no cesamos de dar gracias á Dios por el portento, y no acabamos todavía de darnos razon de cómo ha podido tan á deshora verificarse. Sí, porque lo que podemos apellidar el fraile resucitado, es tal vez el fenómeno de mayor trascendencia que en el orden religioso se ha verificado en nuestra España en el último tercio del siglo que decretó *para siempre* su extinción. Es verdad que los orgullosos *para siempre* del hombre están muy sujetos por parte de Dios á rectificaciones. La Providencia suele reducir esos arrogantes *para siempre,* á la categoría de *para un rato.*

Y así ha sucedido en la ocasión presente. Al fraile nos encontramos ya por todas partes, y nó disfrazado y encubriendo con habilidades y trazas su odiosa condición de tal, sino á cara descubierta y haciendo gala, frente á frente de sus añejos enemigos, de todo lo antipático de sus hábitos y denominación. Además de los nuevos Institutos con que desde

entonces ha acudido á las nuevas necesidades la inagotable fecundidad de la Iglesia, todos los antiguos vuelven á estar en su puesto de honor, representados por vigorosos retoños que prometen en no lejano porvenir todo un mundo de risueñas esperanzas. Alzan de pie grandiosos edificios: redimen de la garra desamortizadora del fisco los que pueden, célebres por su historia ó carácter monumental; hacen resonar en ciudades y campiñas los acentos de su viril predicación; se apoderan de la imprenta, y lanzan cada día al campo de la literatura y de la controversia diarios, revistas y libros, irrefragable mentís contra los que se atrevieron á apostrofarles de apóstoles de la ignorancia. En los primeros púlpitos cautivan por su elocuencia; tienen ya voto en los Parlamentos y Academias. Disputan y logran premios en los Certámenes científicos y literarios; se inmortalizan y se hacen aplaudir calurosamente de sus propios enemigos en los que abren al heroísmo de la caridad las públicas calamidades. A bandadas vuelan cada año á los noviciados centenares de jóvenes, á quienes atrae ¡caso raro! todo lo que el siglo maldice, la austeridad de la vida, la asiduidad del estudio, la meditación solitaria y silenciosa, la perspectiva del continuo sacrificio, y quizá el lauro ensangrentado del martirio. Y no se pasa mes sin que se anuncie que han salido de nuestros puertos á las más remotas colonias españolas, numerosos grupos de esos pacíficos soldados de la Cruz, que allá van á conquistar almas para el cielo, y nuevas fronteras para la civilización y para la patria.

Y el pueblo ve todo esto y reflexiona y calla... y no silba ya ni apedrea al fraile. Una cierta atmósfera de admiración y de respeto, y tal vez de secreta é instintiva simpatía, defiende ante el tribunal popular la figura del que cincuenta años atrás no podía salir á la calle sin provocar un conflicto, y sin que peligrasen su vida y la pública tranquilidad. Más aún; el pueblo sostiene con su caridad la mayor parte de esas Comunidades, cuyos bienes arrebató la codicia oficial; el pueblo, la iniciativa particular levanta sus nuevas Casas, y da para la suntuosa restauración artística del monasterio, que cuesta miles de duros, como para la humilde alforja del mendicante conventual que acepta hasta un mendrugo de

pan ó un puñado de legumbres para satisfacer la necesidad del día.

¡Gloria á Dios! La resurrección del fraile y del convento es un hecho, y es completa, brillante, universal, incontestable. El Estado liberal y las leyes liberales siguen detentándole gran parte sus antiguos edificios y patrimonios. No ha llegado todavía la hora de que se repare el inicuo despojo, y de que vuelvan á ser lo que eran antes ciertos cuarteles de hoy, no pocas oficinas públicas, tal cual palacio de justicia y alguna que otra residencia de Autoridades superiores. Tal vez permite Dios que eso quede aún en pie como monumento vivo de los orígenes de iniquidad y de rapiña que caracterizan, aquí como en todas partes, al Liberalismo. Pero la rehabilitación popular está hecha y á la vista de cuantos tienen ojos para ver. El buen sentido del pueblo ha podido más que todos los rencores y que todos los cálculos de la secta y de sus Gobiernos.

El fraile, que simbolizaba para nuestros padres todo un pasado de gloria en odio al cual fué sacrificado, simboliza para nosotros todo el porvenir de nuestra restauración religiosa y social, y de nuestra verdadera y formal reintegración en lo que un día fuimos, y en lo que tenemos todavía derecho á volver á ser como católicos y como españoles.

España le ha amado siempre y no ha dejado de amarle jamás, pese á los hijos ruines y bastardos que por breve plazo, y por medios que todos sabemos, han logrado alzarse con la representación de ella.

La nación de los frailes, como á España llamaba desdeñosamente Napoleón, vencido poco después por ella y por ellos, fué con los frailes grande y poderosa, y con ellos aspira á serlo otra vez. Y esperamos lo logrará.

LXXI

A. M. D. G.

UATRO letras escribió en sus estandartes y paseó victoriosas por todas las regiones del mundo conocido, el mayor de los Estados que se levantó jamás en él, cual fué la República romana. Aquel orgulloso S. P. Q. R. que el legionario impuso como marca de esclavitud á cien naciones conquistadas, aquel *Senatus PopulusQue Romanus* ante el que tuvieron que humillar de grado ó por fuerza su cerviz así el sabio Egipto, como la culta Grecia, como la bárbara Escitia, es el recuerdo más glorioso del poderío del pueblo-rey, y la cifra más elocuente del no igualado esplendor que llegó á alcanzar en la historia de las humanas grandezas.

Otras cuatro letras escribió en sus banderas un muy distinto conquistador y las dió á su aguerrida hueste, y en servicio de más alto imperio y en defensa de más altos intereses las ha paseado, siempre combatidas y siempre triunfantes, por más dilatadas regiones que las que recorrió en alas de su orgullo la ambición de los Cónsules y de los Césares. Son las cuatro letras de la divisa ignaciana, son el A. M. D. G. de la Compañía de Jesús.

Nuevas en la historia, porque pertenecen de lleno á la época moderna, sintetizan, por decirlo así, sus más empeñados combates. Después de la aparición en el mundo de la Cruz del Redentor, no hay otro símbolo religioso que haya

tenido el honor de arremolinar en torno de sí más fiera contradicción y saña más obstinada. Vió en ellas Lucifer, príncipe del siglo, la señal de un duelo á muerte, y recogió el reto y mostró y nuestra aún hoy de cuánto es capaz su furor para hundir en el polvo la aborrecida insignia.

Y se comprende fácilmente la razón, aunque es de profundísimo teología.

La gloria divina es lo supreminente en lo que podemos llamar los más elevados intereses de Dios. Todo, hasta la creación de los Angeles y de los hombres, hasta la redención del humano linaje, hasta la predestinación de María, hasta la Encarnación del Verbo, es menos que eso, porque eso es lo único que puede ser fin de todo lo demás, y á lo cual por tanto debe todo lo demás enderezarse y considerarse subordinado. Nombrar la divina gloria es nombrar algo que fuera más que Dios si no fuera Dios mismo, pues Dios mismo lo tiene por fin último de sus operaciones y es el único adecuado comprensor de su infinita grandeza.

Muy arriba apuntó, pues, Ignacio al señalar al ardor de sus hijos blanco como éste, y si en otras cosas no la hubiera descubierto bien, con ésta sola descubriera toda la magnanimidad de su hidalgo pecho y la soberana alteza de sus encumbrados pensamientos. Escribiendo *Ad majorem Dei gloriam* abarcó con ojeada de águila toda la extensión de las empresas de celo que ha realizado en todos los siglos y que puede realizar hasta el fin de ellos el apostolado cristiano, con toda la amplitud de medios y recursos con que estas empresas pueden ser realizadas ó siquiera emprendidas, hasta donde quepa al ingenio más sutil descurrirlo ó al más enardecido espíritu de sacrificio acometerlo. Quien eso dió por blasón á los suyos no puso límite alguno á los insaciables vuelos del amor, ni entendió que pudiese en realidad satisfacerse su ambición nobilísima más que por medio de la inmolación más completa.

Porque procurar en general la gloria de Dios es el deber común de lo que llamar podríamos el estado llano de las almas dedicadas al divino servicio.

Procurar grande gloria á Dios es ya empeño de corazones que se apartan de lo vulgar y ordinario, y que desean aventajarse y distinguirse en las filas de la cristiana milicia.

No contentarse, empero, sino con *la mayor* gloria de Dios es subirse al más alto grado de la escala del heroísmo; es ardimiento sobrehumano que toca y frisa en los límites del único que pueden tener en la defensa de los derechos de su Divino Rey las milicias angélicas.

Nos asombra (y nos entristece) que haya sido un español, por más que este español se llame Castelar, quien ha mostrado no comprender el nobilísimo ideal de esotro compatricio suyo, por más que éste haya sido Ignacio de Loyola. ¡En un pagano de buena fe hubiéranlo admirado los más altos genios cristianos, si tal arranque hubiese sido posible por su honor á las fuerzas solas de la humana naturaleza! ¡Y en un héroe español y cristiano no lo ha sabido comprender la menguada crítica racionalista, más que como un extravío de exaltación mística, rayano á la locura! ¡Buena cuenta da con eso el infierno de lo que le hiere y da en rostro la divisa ignaciana, cuando ni aun su grandeza en el orden de los más levantados ideales de la humanidad le reconocen ó siquiera le perdonan los corifeos sectarios!

Resígnese Lucifer y resígnese el mundo de sus adeptos y adoradores á no ver humillada por nada ni por nadie esta enseña gloriosísima, que el Dios de los ejércitos cristianos les ha dado en los modernos tiempos para que se alienten á combatir con más denuedo por la fe de su Iglesia Santa, y por la restauración del imperio de la Cruz sobre el neopaganismo que pugna por descristianizar las sociedades.

Al S. P. Q. R. de las romanas legiones hundiéronlo un día en charcos de sangre y lodo sus propios excesos. Hoy es frase de literatura clásica y nada más.

¡Al glorioso A. M. D. G. del héroe de Loyola no le eclipsarán más que los resplandores de su propio triunfo, cuando se confunda con el definitivo de Cristo-Rey sobre todos sus enemigos, al pronunciarse la última palabra del universal juicio!

LXXII

LA VIRGEN Á SU CIUDAD


IS hijos, mis amores, los que quise fuesen en todas partes reconocidos como míos por el distintivo de mi blanca librea mercedaria, asi como quise lo fuesen como hijos nativos de mi condal ciudad por el escudo de las barras catalanas que puse en su pecho; los frailes de la Orden de la Merced, que durante seis siglos fueron mi Corte y rodearon como escolta de honor mi trono de Reina barcelonesa, ¿dónde están, y cómo otra vez no los ha traído á mi lado el amor que dice profesarme el pueblo de Barcelona?

Barcelona, ¿qué has hecho de *mis* frailes y de *tus* frailes de la Merced?

Fresco está, ya lo sé, el recuerdo de aquella noche infausta en que manos aleves blandieron sobre esas inocentes víctimas el puñal homicida y sobre sus pacíficas moradas la incendiaria tea. Medio siglo no ha podido aún borrar de los corazones catalanes, ¡y menos todavía de la memoria de Dios y de las páginas de la historia! el horror de aquella catástrofe. Pero... decid, barceloneses; decídmelo á Mí, vuestra Madre y vuestra Reina; medio siglo de relativa paz y de fecundas restauraciones de todo género, ¿no ha bastado para que vosotros devolvieseis á vuestra Reina y á vuestra Madre lo que en hora aciaga le arrebataron el furor de desencadenadas pasiones sectarias y los sórdidos cálculos de la codicia

y de la rapiña? Casi todo ha reflorecido en vuestro suelo después de aquel huracan devastador, y esa planta que aquí vine á sembrar Yo por mi propia mano y que de aquí extendió por todo el mundo la lozanía de su ramaje y la dulzura de sus frutos, ¿esa no ha todavía de reflorecer?

En pocos años ha triplicado su material extensión la ciudad que honré con la huella de mis piés, la de mis amigos Pedro Nolasco, Ramón de Peñafort y Jaime el Conquistador. La que estrechó durante luengos siglos apretado cerco de muros y torreones, libre de este guerrero cinturón, ha dilatado por toda la vega su antes encogido recinto, y como desbordado mar se ha derramado por ella con hermosura y riqueza sin igual. Nuevos majestuosos edificios levantan cada día en su limpio horizonte sus ora graciosas ora severas siluetas: ¿cómo no se ve todavía entre ellas la de un nuevo convento alzado por vuestras dádivas á la Orden bienhechora de los frailes de la Redención?

Barcelona, ¿qué has hecho de *mis* frailes y de *tus* frailes de la Merced?

No asaltan hoy tus playas galeras de Túnez ó de Argel, ni turban como antes la paz de las bellas noches de tu costa levantina correrías de feroces corsarios para llevar tus hijos é hijas á triste cautividad. ¿Has olvidado, empero, ¡ingrata! los dias en que la abnegación magnánima del fraile de la Merced te devolvía, á costa de su propia libertad tal vez, y tal vez de su vida, las prendas de tu corazón, por aquéllos arrebatadas, y las veces mil que desde su atalaya te hizo seña el viejo Montjuich para que alborozada corrieses á la Riba á recibir las *naves de la religión*, que entre cantos y rezos y bajo los pliegues de mi estandarte traíante del Africa precioso cargamento de redimidos cautivos?

Pero qué, ¿no tienes acaso ya cautivos en que emplear el celo de los frailes redentores y la largueza de tus limosnas? ¿no los hay ya (más todavía que en antiguos tiempos y no en africanas tierras, sino en tu propio solar), desde que nuevas invasiones, no de moros sino de infames sectas, han hecho estrago en la fe de tus hijos y en la tranquilidad de tus mismos materiales intereses? No son, no, irrupciones berberiscas las que te obligan á velar de continuo por el so-

siego de tus campos y de tus fábricas, sino oleadas salvajes de turbas sin Dios y sin ley, que ha engendrado para tu castigo tu propia corrupción. Y para salvarte de ellas y para á ellas reducirlas ¿no crees ya fecunda la misión regeneradora de mis hijos mercedarios?

A héroes de más ó menos dudoso merecimiento levantas cada día estatuas: las tiene en tus plazas y calles hasta quien fué enemigo jurado de Dios y de su Cristo: recoges con afán los recuerdos históricos de tu gloriosísimo pasado: en tus letras y artes muestras noble entusiasmo para que reviva y otra vez inspire á los artistas y poetas el rejuvenecido espíritu regionalista catalan: sólo la Orden de mi Nombre y los frailes de mi hábito, que personifican como monumento viviente los tiempos de tu mayor poderío y grandeza, ésos tienes en vergonzoso olvido, ésos aún en odioso ostracismo! ¡Los tiene América, los tiene Italia, los tiene España en varias de sus provincias, los tiene Cataluña en Lérida... sólo no los tiene Barcelona, que á todos estos puntos los envió! ¡En Barcelona es hoy forastero y vaga como transeúnte el hijo de la Merced... que nació y tuvo su cuna en Barcelona, y que ostenta sobre su blanco escapulario el escudo de armas de Barcelona.

Barcelona, «¿qué has hecho de *mis* frailes y de *tus* frailes, los de la Orden barcelonesa de la Merced?»

. . . .

Hierven hoy en nuestra patria el bullicio y el ruido con motivo de las ferias y fiestas que se llaman de la Merced, pero entre tanto la Orden de este título fundada *aquí* por María Santísima y destruida *aquí* por malos barceloneses medio siglo atrás, no aparece en parte alguna. Del trono de María figúrasele cada año al buen católico salir en tal ocasión, más amarga que nunca, la dolorida querella, que bien ó mal nos hemos atrevido á trasladar al papel. Id allá, buenos ciudadanos, al pie de su altar, la víspera ó día de su fiesta, y cuando hayan cesado las músicas y se hayan apagado los últimos rumores del piadoso numerosísimo concurso, aplicad á la voz solitaria de vuestra Madre, más que el oido del cuerpo, el corazón que es el oido del alma. Y si algo valéis ó algo podéis en vuestra Barcelona, haced no desatienda por más tiem-

po la opulenta cuanto distraída ciudad el MEMORIAL humildísimo, que en favor de sus hijos los frailes Mercedarios le está dirigiendo tantos años ha inutilmente su amante Patrona, la Virgen de la Merced.

LXXIII

¡HACER POLÍTICA!

o es injustificada, antes bien fundadísima, la repugnancia con que miran muchos católicos lo de «meterse en política» y «hacer política,» frases de más ó menos propiedad castellana con que se designa hoy día por algunos toda intervención del ciudadano en la cosa pública. La política, es cierto, ha hecho, por regla general, cuanto ha podido para merecer el desprecio de las personas decentes, y que estiman en algo su dignidad y la paz y aun el honor de su conciencia.

Como hace cincuenta años, y con más razón todavía que en aquella ya lejana época, pueden exclamar hoy todos los buenos con aquella sentida y dolorida protesta de nuestro insigne Piferrer, cuando decía en el prólogo de su célebre revista literaria *La Discusión:* «¡Sabemos muy bien cómo y qué se trafica en ese mercado; queremos sacar las manos limpias al menos de esto, aunque el dolor y la indignación nos despedacen el alma!»

Esta es la razón porque al llamar la voz del Papa á los católicos todos á trabajar EN el terreno de la política PARA la defensa de los derechos sociales de la vejada y atribulada Iglesia de Dios, encógense muchos de hombros, y con visible mal humor os dicen en son de desdén: «¿Política? ¿Política? ¡Bueno estoy yo para ir á enfangarme en esos charcos y lodazales!»

Y no obstante ¡oh dolor! éste es el campo de acción á que llama la perseguida Iglesia á todos sus hijos; estos trabajos figuran entre los que hoy más estima ella y agradece; éstos los que á esclarecidos hijos suyos han valido de parte de ella repetidas palabras de aliento y bendición. No hay duda alguna; es éste un campo nobilísimo donde trabajando como desea el Papa se pueden cosechar lauros de eterna gloria como en cualquier otro; es además hoy día el único que podemos decir les queda abierto á los soldados de la fe cristiana, para hacer pesar legalmente en la esfera de los negocios públicos su saludable influencia, y contrabalancear con ella la otra corruptora y maléfica de las sectas.

¿Cómo, pues, se componen y conciertan esas aparentes antinomias?

A nuestro humilde parececer, con sólo fijar la atención en que muchas veces no son ni significan las palabras lo que ellas materialmente suenan: y esto acontece con la palabra *política*.

Trabajar EN el terreno de la política PARA el único exclusivo objeto de la defensa de la Religión, no es «meterse en política,» ni es «hacer política,» aunque así lo suene materialmente el vocablo. Es «ocuparse solamente en Religión,» «hacer solamente defensa religiosa.»

El fin no justifica los medios de sí malos, pero ennoblece y dignifica los que no son malos en sí ó son de suyo indiferentes. Vaya un ejemplo vulgar. El acto material de dar limosna puede ser perversísimo y hasta sacrílego si se ejecuta con el fin de mancillar traidoramente la inocencia; suele ser en cambio acto del más puro amor de Dios cuando es este amor su último fin y único formal motivo.

De esta misma manera la acción política, reducida á defender más ó menos bastardos intereses de bandería ó de ambición personal, resulta innoble; puesta al servicio de fines reprobados por la moral, resulta perversa; en manos del sectario que pretende con ella raer del social organismo la idea de Dios y la influencia católica, es sacrílegamente impía. ¡Mas empleada por el buen soldado de Cristo, tan sólo como ordena el Vicario de Cristo, ó sea, únicamente como medio de defender los derechos de Cristo, es santa y

sagrada como todo lo que informa el celo por la gloria de Cristo y como todo lo que inspira y regula la ley de Cristo!

¡Hacer política como lo prescribe el Papa no es hacer política, repetimos: es hacer Religión; escribir así de política no es escribir de política, es escribir de Religión; dar dinero para esa política no es darlo para la política, es darlo para la Religión; fatigarse, padecer, morir si cabe, por esa política, no es ser mártir de un partido, no, no es ser víctima de la miserable pasión política; es pura y sencillamente ser mártir de nuestra sacrosanta fe!

¡Y se merece con ello, ante Dios y para el cielo, como con rezar en familia, como con frecuentar templos, como con ocupar los púlpitos, como con consagrarse á Misiones de infieles, como con otro género cualquiera de espirituales obras por las que se alcanza mérito sobrenatural en esta vida y premio en la eternidad!

¡Es un apostolado social que no cede á otro apostolado alguno en intrínseca excelencia, en alteza de buenos ejemplos, en heroísmo de sacrificios, en fecundidad de resultados!

¡Es un género de nobilísima cruzada que puede como las antiguas ornar su escudo con el signo sacratísimo de nuestra Redención, y añadirle en torno por leyenda aquel grito sublime del Apóstol que canta en ciertos días la Iglesia: *Nos autem gloriari oportet in cruce Domini Nostri Jesu Christi, in quo est salus, vita et resurrectio nostra!* A las cuales se pueden muy bien juntar aquellas otras de no menor oportunidad: *Et non est in alio aliquo salus.*

¿Qué cristiano, qué hijo de la Cruz de Cristo vacilará después de eso en arrojarse armado de todas armas á ese palenque, que ya no es el charco vil de la terrena y mundanal política, que todos aborrecemos y maldecimos, sino la gloriosa arena de los más santos combates de Dios Nuestro Señor?

LXXIV

Ó LOCURA Ó SANTIDAD

Vidi turbam magnam...



UIÁ! ¿No es éste el título de un famoso dramón del famosísimo Echegaray?

—Sí, por cierto; mas aquí lo va á sér de una breve Conversación sobre la fiesta de *Todos los Santos*.

—¡Vaya en gracia de Dios, que no es poca la diferencia!

—Más bien podríais decir, amigo mío, que no es poca la analogía. Recordaréis sino que otro poeta, más poeta sin duda que Echegaray, dijo en cierto conocidísimo soneto aquellos versitos tan clásicos, por más que todo el mundo en España se los sepa de memoria:

¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo.

Con lo cual ahí tenéis ya de antes formulado por Lope de Vega el mismo dilema, ó conflicto, como dicen ahora, de nuestro título.

—En suma, ¿que no salimos de locos ó de santos, querréis decir?

—Exactamente, y para decirlo con mayor claridad, que dado que hay Dios y hay otra vida y hay en ella cielo é infierno, son locos de remate cuantos en este mundo no as-

piran con su santidad á asegurarse la feliz eternidad en el otro.

—¡No está, pues, el mundo de hoy mal manicomio, vamos al decir!

—El mundo de hoy y el mundo de siempre, amigo mio; que por algo se dijo ser infinito el número de los tontos ó de los locos ó de los mundanos; y por algo se puso en boca de los que pierden á la hora de la muerte el pleito final aquel *Nos insensati!* que no es sino darse los infelices á si propios auténtica y muy formal certificación de locura.

—Mas... explicaos un poco si os parece bien, que en eso como en todo os he hallado siempre (con perdón sea dicho) muy extremoso y amigo de llevar las cosas á su más recio grado de tirantez.

—Gracias por el obsequio, que no rehuso, y voy á mi explicación. ¿Cuál es vuestra duda?

—La de que entre locos y santos algo media, que os impide verlo, sin duda, vuestra afición á las antítesis radicales. Se puede ser bueno sin llegar á santo, ni quedarse en loco. Digo, á no ser que para entrar en el cielo supongáis que necesitamos todos andar antes inscritos en el Martirologio, y tener día de fiesta nuestra en el calendario, y vida ejemplar y edificativa en el *Flos Sanctorum* y en el *Año cristiano*.

—¿Y no más que en eso estriba vuestra dificultad, si es que realmente la propusisteis en serio?

—No más que en eso.

—Pues, á fe, amigo, que os ahogáis en poca agua.

—Hacedme, pues, el obsequio de la consabida explicación.

—Al instante. Vuestra objeción se funda en no entender el significado de la palabra *santidad*, en el sentido en que la usa la Iglesia católica en el caso presente, cuando nos propone la fiesta de *Todos los Santos*. Santo es, en concepto de ella, todo aquel que vive y muere en gracia de Dios; y aun si me apuráis, todo aquel que en tal estado tiene la dicha de morir, aunque se le haya pasado más ó menos borrascoso y accidentado el resto de la vida.

—¡Hombre!

—Sí, señor, exactamente como acabáis de oírlo. Dos santidades hay, añadiré, ampliando y aclarando más el concepto: la santidad común y la santidad extraordinaria; la santidad vulgar y la santidad heroica; la aristocracia de la santidad y el estado llano de la misma, pues ni en el cielo ni en el infierno se da el rasero nivelador y la igualdad de jerarquías que acá pregonan los socialistas.

—Seguid, seguid, que me interesa vuestra curiosa explicación. Pero ¿estáis en firme y riguroso terreno teológico y ortodoxo?

—Tan teológico y ortodoxo, como cuando os hablo del misterio de la Santísima Trinidad ó de la Inmaculada Concepción de María.

—Decíais, pues...

—Sí, decía que se puede ser santo de dos maneras, ó con la santidad extraordinaria y heroica, que alcanzan los menos; ó con la santidad, por decirlo así, vulgar y común, que es obligatoria á todos.

—Está bien; pero decid, ¿en qué fundáis esa vuestra apreciación, que por cierto es muy consoladora para los que no nos sentimos con talla de héroes?

—Pues fúndola, amigo mío, en las mismas palabras con que principia la Santa Iglesia el rezo solemnísimo de *Todos los Santos*, rezo que, dicho sea de paso, es uno de los más bellos y pomposos que contiene ese libro de divinos poemas que se llama *Breviario*. Dice así, y es como el primer grito entre de admiración y de júbilo, que lanza la liturgia cristiana en dicha solemnidad: «He visto gran muchedumbre que nadie podía contar, de toda clase de gentes, en pie delante el trono del Señor.» Y luego lo repite y amplia todavía con mayor pompa, añadiendo: «He visto gran muchedumbre que nadie podía contar, de toda gente, de toda tribu, de todo pueblo, de toda lengua, en pie delante el trono de Dios y en presencia del Cordero, cubiertos todos de blancas vestiduras y con palmas en sus manos.»

—¡Magnífico cuadro y soberbias princeladas!

—Sin duda, amigo mío, pero notad una de las más características. Dice que esa gran muchedumbre *(turbam magnam)*, en que representa á los habitantes del reino ce-

lestial, es tal que nadie puede contarla *(quam dinumerare nemo poterat)*; y para que á ninguno le ocurra que se refiere tan sólo á las jerarquías angélicas y no á humanas criaturas, añade que pertenece á toda clase de gentes, de tribus, de pueblos y de idiomas *(ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis)*.

—Realmente no da lugar á otra interpretación.

—Ahora bien. Si esta muchedumbre de Santos de toda clase social y de toda nacionalidad es tan numerosa, ó mejor tan innumerable que no puede reducirse á cifra, es evidente que no se compone solamente de los Santos que tienen nombre conocido en el Santoral, y que en este concepto reciben públicos honores en los altares, ya que éstos pueden muy bien contarse y de ellos lleva registro muy minucioso y detallado la Iglesia católica. Preciso se hace, pues, incluir en ella á multitud de Santos no registrados ni registrables más que en los archivos del cielo; Santos que no ha canonizado ni canonizará jamás la Iglesia; Santos cuyo nombre y cuyo número tan sólo conoce Dios.

—Es evidente.

—Ahora bien. Estos son la *turba magna* á que pertenecen cuantos por sus buenas obras, ayudadas de la gracia divina, se han salvado; éstos los que constituyen el consabido estado llano, la gloriosa democracia del reino celestial; éstos en cuyo honor y gloria principalmente se estableció la fiesta de *Todos los Santos*; éstos en cuyo número innumerable hemos de querer ser sumados un día so pena de pertenecer al de los eternamente condenados. Y ¿queréis todavía, amigo mío, un símil ó comparación que os ofrezca en más palpable relieve esta idea?

—Venga, aunque dudo ya verla con mayor claridad.

—Pues más clara la habéis de ver. Mirad la inconmensurable bóveda del cielo en una noche serena; contemplad el estrellado firmamento, tachonado de luminosos puntos de varia magnitud y de vario esplendor. La astronomía señala con diferentes nombres á unos pocos, y estudia su curso y sus leyes, y ha llegado hasta á clasificarlos y á medir su volumen y á calcular su distancia. Pero éstos son los menos, son relativamente muy pocos. De los demás que en maravi-

llosa profusión ha esparcido, como puñados de luminoso polvo, la mano del Criador, ni se conoce nombre, ni se estudia ley, ni se conoce órbita, ni se calculan distancias. Mas no por esto dejan de ser astros como los primeros, y de ocupar su sitio en el sistema astronómico.

—Comprendo la exactitud del símil.

—Sí, amigo mío; así los Santos en el cielo, como los astros en la bóveda exterior de él.

—Quisiera, empero, sobre eso exposición todavía algo más concreta y determinada. Holgárame de saber, si es posible, la razón de esta diferencia de jerarquías, y por qué en esta glorificación anduvo tan desigual Nuestro Señor, ya que de algunos ha dado al pueblo cristiano tan alta noticia, al paso que á otros ha dejado poco menos que absolutamente desconocidos.

—¿Por qué ha dispuesto Dios que unos pocos (relativamente hablando) de sus escogidos se manifestasen al mundo primero con obras extraordinarias y maravillosas, y después con el reconocimiento oficial de su santidad por la Iglesia?

—Sí, ésta es mi pregunta.

—Voy á contestarla, y con el favor de Dios cumplidamente. Quiere Nuestro Señor sean reveladas visiblemente á la criatura sus grandezas por medio de las maravillas del mundo moral, como le son reveladas por las del mundo físico. Aquello de San Pablo: «Las cosas invisibles de Dios se nos manifiestan por medio de las visibles y criadas,» tiene su lugar también en el orden de los espíritus como en el de la materia. Muy conveniente aparece, pues, que de las maravillas de su gracia en las almas, dé Dios de vez en cuando alguna muestra exterior y palpable, de tal suerte que acierten á verlas hasta los más ciegos, y no puedan negarlas hasta los más descreídos.

—Efectivamente, se ve muy razonable. Todos los atributos de Dios brillan en la creación y en el orden y armonía de las obras de sus manos; la gracia no es menos regular

que se manifieste con maravillas propias de ella. Lo comprendo perfectamente.

—He aquí, pues, la razón por que entre el número sin número de almas que Dios desde la eternidad ha conocido que habían de serle fieles, ha escogido algunas como vasos de especial predilección para hacer resplandecer en ellas, como en focos de más abundante luz, las riquezas de su poder y bondad, y ser por su medio más singularmente conocido y glorificado. Por la serie de siglos ha ido como derramando estos luminosos focos, que providencialmente los tiene cada época y los tiene cada nación donde se halla establecida la Iglesia católica, siendo una de las cuatro notas de su divinidad el don de producir Santos. Y aquí tenéis de paso otro de los motivos por los que ha querido Dios distinguir con particulares señales á algunas almas suyas; para que así como por los frutos se conoce el árbol, así por ellas fuese reconocido y quedase como garantizado el carácter divino del Catolicismo.

—Es verdad.

—Pero hay aún otro motivo, y es el de que sirvan estos extraordinarios ejemplares de guía y modelo á todos los demás hombres, y quede justificada la ley de Dios, probándose no ser imposible ni aún difícil su exacto cumplimiento cuando tantas criaturas de toda condición se han distinguido en él, y quede á la vez confundida nuestra tibieza y negligencia en no hacer lo que ellas hicieron, y en buen lugar su justicia cuando por ello nos aplique el merecido castigo.

—Tiene ¡cáspita! su lado muy práctico esta cuestión.

—Y tan práctico ¡válgame Dios! Hay, pues, Santos extraordinarios, amigo mío, porque debe haberlos y asi los hubo siempre desde el justo Abel al principio del mundo, como los habrá hasta la consumación de él. Santos que se han distinguido, como gigantes, de la talla común de sus contemporáneos justos, ó por el ardor de su celo, ó por la valentía de su fe, ó por la abnegación de su caridad, ó por lo austero de su penitencia, ó por lo raro de sus humillaciones, ó por lo delicado de su pureza. Santos á quienes, para más señalarlos y ponerlos como en pedestal y para llamar sobre ellos las miradas de los mundanos, ha concedido tal vez

Dios especiales dotes de señorío sobre el mundo físico, bien sobre los elementos, bien sobre los secretos de lo porvenir, bien sobre desconocidos idiomas, bien sobre las enfermedades y la muerte misma. Todo lo cual no es sino dar como auténticas certificaciones al impío y al distraído, de que hay Dios, de que hay virtud, de que hay orden sobrenatural, de que hay otra vida, y premios y castigos en ella. Por cuyo motivo todo lo que Dios obra de raro y singular en sus Santos, después de ser, como debe ser todo, para gloria de El, es para bien nuestro y para á todos enderezarnos por iguales caminos á igual eterna felicidad. Decid, ¿os parece ahora poco equitativa esta especie de procedimiento *desigual*, por el que ha puesto Dios en tanta luz á algunos pocos escogidos suyos, dejando á otros innumerables poco menos que en la oscuridad?

—No, por cierto.

—Análogas razones han movido á la Iglesia, dirigida por el Espíritu de verdad, á decretar lo que se llama canonizaciones de Santos, ó sea á formar un registro ó catálogo donde consten los más señalados de sus hijos en heroicas virtudes, para glorificar con ellos á Dios, para honrarse ella con los mismos, y para proponerlos á los demás hijos suyos como modelos en todo estado y condición. Muchos, muchísimos son los que sin estar incluidos en este catálogo y sin obtener el honor de los altares gozan de Dios y tienen alto trono en su gloria; pero á la Iglesia para glorificar á su Fundador, acreditarse ella misma de divina, y levantar el espíritu de sus hijos á la emulación é imitación de sus virtudes, bástale con tener oficialmente reconocidos y registrados algunos, relativamente pocos, que forman su Santoral.

—De modo que, según lo hasta aquí expuesto, ¿son santos, amigo mío, cuantos han logrado la eterna salvación?

—Sí, por cierto; y no sólo éstos, sino cuantos aun acá en la tierra se hallan en estado de lograrla, bien sea por su buena vida, bien por su arrepentimiento de la mala.

No es cosa, pues, de alborotarse y hacer aspavientos cuando se hable de santidad, ni de figurarse que es rareza traída allá de las nubes, vamos al decir.

Nó, sino que es el estado vulgar, común, ordinario de

todo *buen* cristiano. Tanto es así, que en la primitiva Iglesia se llamaba *santos* á todos los fieles, por el mero hecho de serlo cual exigía su común profesión, como de ellos pudiéramos citar repetidos testimonios. La *santidad* debe considerarse para el alma como la *sanidad* para el cuerpo, es su estado normal y regular; el pecado, que es la no santidad, debe al revés considerarse para aquélla, como para éste las enfermedades, un estado patológico anormal, excepcional, opuesto á sus naturales condiciones.

—En vista de esto, decid, ¿será cosa muy asequible la santidad?

—Tan á la mano y tan asequible como son todas las cosas necesarias é indispensables. Reparadlo; lo que necesita el hombre para su vida corporal, ha dispuesto la Providencia que se lo halle él en todas partes, de suerte que no le sea preciso más que abrir la boca, por decirlo así, y extender la mano para proporcionárselo. Así el aire para la respiración, el pan y el agua para el sustento, son elementos primordiales que en ninguna parte faltan, que pues para el hombre la primera necesidad corporal es vivir, la bondad de Dios se ha hecho como un deber el poner á su inmediato alcance todas las cosas que para la vida necesita. Lo mismo acontece en la sobrenatural del alma. Podemos casi decir que no le cuesta á ésta el vivir más que el trabajo de no oponer á ello serios obstáculos. Queriendo de veras no más (siempre con los auxilios de la gracia, que nunca faltan), ha hecho lo principal, y en cierto modo lo bastante para conseguirlo. La santidad en este concepto no es sino el deber cumplido, la ley practicada, la salvación eterna eficazmente querida. El Salvador dió á uno que se la preguntaba, la verdadera fórmula de esta santidad común cuando le dijo: *Si quieres ser salvo, guarda los Mandamientos*. Así como dióle al propio tiempo la fórmula de otra santidad extraordinaria, cuando le añadió: *Si quieres ser perfecto, vé y vende cuanto posees y dalo á los pobres, y sígueme*.

—Más claras no pudo poner el Divino Maestro, ni más á la vista de todos, las distintas categorías de la santidad.

—Nadie, pues, excuse el ser santo por el vano pretexto de que no es para todos la santidad. Hay santidad para to-

dos; y debe para todos haberla, como para todos hay salvación y hay cielo. Hayla para todas las condiciones de la vida humana, aun de la más seglar y metida en humanas ocupaciones. El glorioso cuadro que á los ojos del cristiano iluminado por la fe hace contemplar la Iglesia en la fiesta de *Todos los Santos*, lo dice con sin igual grandeza. *Todos los Santos* significa los que se han salvado de *todas* las jerarquías, de *todas* las edades, de *todos* los oficios, de *todas* las profesiones, de *todos* los estados. Inmensa y hermosísima familia del cielo en que el casado alterna con el Religioso, el soldado con el anacoreta, la muchacha de servicio y de taller con la aristocrática señora, el niño y el pobre y el sin letras con las eminencias del saber y de la nobleza y de la fortuna. Repitámoslo con el Sagrado Texto: *Multitud inmensa que nadie puede contar, de toda gente, de toda tribu, de todo pueblo y de todo idioma*. Que si bien es uno el divino ideal, Cristo, pero el modo de copiarlo y de reproducirlo en sí cada alma es vario, según el puesto en que la ha colocado en orden á su servicio Dios Nuestro Señor. Que si uno es el norte á que debemos tender, el cielo, son innumerables los caminos y sendas, rodeos ó atajos, por donde, según la diversidad de estados, place al Señor conducir á cada cual. Lo que se llama *vocación* no es sino la determinación divina por la cual se nos invita á un particular camino de éstos; la fidelidad á esta vocación por el cumplimiento de los deberes que trae consigo es lo que á cada uno constituye verdadero *santo* en ella. Ved ahora si puede nadie dispensarse de entrar en esa admirable congregación de *Todos los Santos*, y si no es la mayor de las locuras rehusar la santidad.

—Efectivamente, como lo fuera renunciar á sabiendas cualquier cristiano á la eterna dicha.

—Y ved por lo mismo si no son muchos esos pobres locos con honores de manicomio, que con el énfasis y desparpajo de la necedad, que se cree despreocupación, os dicen á cada paso que ellos «no han nacido para santos.»

LXXV

CORONA DE SIEMPREVIVAS



IFÍCILMENTE hallarán mis lectores otra más galana y más provechosa á vivos y á difuntos que la que á todos, especialmente á los contagiados de devoción á la moderna, me atrevo yo á ofrecer en el presente rato de conversación. Devoción á la moderna llamo, entre paréntesis, á la de muchos católicos que reducen todo el sufragio por sus difuntos á una vulgar y fría corona de flores, á veces de talco ó de papel, con que van en tal día como el de Animas á adornar las tumbas. Volviendo, empero, al asunto, mi corona de siemprevivas, ahí se la doy baratísima, á pesar de su incalculable valor real, y hasta si quieren de balde se la regalo. Y más todavía que de balde, porque si de ella se aprovechan como deben, asegúroles encima la paz de la vida, el consuelo de la muerte y la gloria de la feliz eternidad.

Corona de siemprevivas la he llamado, con más verdad que las que llama con este nombre el mundo, profanador de todo, hasta de los vocablos. Sí, porque éstas son las únicas siemprevivas que nunca mueren; cuando las otras, ya lo sabéis, se compran secas (esto es, muertas) en la tienda de estos y otros juguetes, y secas, sin una oración ni una lágrima, penden de la sepultura de los que fueron, y secas y negruzcas y asquerosas paran ocho días después en el carro de la basura. ¿Habrá cosa más neciamente ridícula

que esa vanísima vanidad, en que cifran muchos cristianos ¡y cristianos son aunque en eso quieran más parecer gentiles! todo su recuerdo y obsequio á los pobres difuntos?

Mi corona de siemprevivas la forman, amigo lector, unas cuantas máximas de verdadera y católica filosofía y de verdadero y católico sentimiento, que en tu mente y corazón deseo infundir hoy, para que con ellas te presentes cristianamente en el sagrado recinto que guarda los restos de nuestros difuntos. Con ellas serás digno visitante de aquel severo lugar; con ellas habrás pagado cual corresponde el tributo anual que en semejante día rinde á las almas de los allí sepultados la piedad de los fieles.

Dirígete, pues, aquella tarde ó la subsiguiente mañana á la ciudad de los muertos, pero al poner los piés en el umbral de su fúnebre enverjado, figúrate leer allí esta seria advertencia, que debe ser la primera siempreviva de nuestra corona:

Aparta la ostentación
De este fúnebre lugar,
Que aquí tan sólo han de entrar
El amor y la oración.

Gran contraste formarán tal vez con estos pensamientos las risotadas y parlerías y algo más de no pocos que tal sitio visitan, como si nunca ¡infelices! hubiesen de ir á parar en él. En este caso recuerda la siguiente redondilla, que es otra siempreviva que le viene como de molde á esta situación:

Aquí se encuentra vencida
La criatura, que es vil lodo.
Aquí se termina todo...
Mas nó... aquí empieza la vida.

A veces hasta el materialismo osa hacer alarde de sus groseras negaciones en tan santo lugar, como si hubiesen sido tan sólo barro vil los hombres y mujeres cuyos restos esperan allí la resurrección final. Recuerda entonces lo siguiente, que bien puedes figurarte es voz que sale de cada una de las tumbas, y que será otra siempreviva que á tu corona podrás añadir:

El espíritu inmortal
Deja aquí su vestidura,
Para buscar la ventura
En la mansión celestial.

Puede que el dolor despedace tu alma y que las lágrimas corran por tus mejillas, sobre todo si es reciente ¡ay! la pérdida de algún objeto querido, cuyo profundo vacio sientes en el corazón. ¡Ah! Oye entonces lo que te dice la fe, mira qué siempreviva tan aromosa pone ella en tus manos, para que la coloques sobre la losa del deudo ó del amigo:

No busques aquí el consuelo
De que tu alma necesita;
Aquí está la flor marchita,
Mas su perfume en el cielo.

Empero al cementerio no se va tan sólo para rogar por los muertos, sino muy principalmente para que éstos les prediquen á los vivos mudo pero elocuente sermón. ¡Oh, que es gran lección para la vida la de la muerte! Escúchala, y toma para tu corona esta otra flor:

Aparta la iniquidad
De tu corazón, y advierte
Que está detrás de la muerte
La luz de la eternidad.

Y como el morir fuera ciertamente bien poca cosa, si en pos de ello no debiésemos ser terriblemente juzgados, también eso se recuerda allí, y puedes con los siguientes versitos entretejerlo en tu fúnebre guirnalda:

Considera con horror
Que al dejar la vestidura
Irás, pobre criatura,
A que te juzgue el Señor.

Poco nos costaría entrar de lleno en estas tremendas reflexiones y sacar el fruto debido de ellas, si no nos engañasen como nos engañan con mentida ilusión las chucherias de este valle de lágrimas, tan vanas, ¡oh Dios! y tan efímeras, y no obstante tan tristemente fascinadoras. Esto predica

sin cesar la boca de la sepultura, y de ella podrás recoger, si bien la escuchas, esta aterradora sentencia:

La horrible verdad se anida
En este triste lugar;
Aquí vienen á parar
Las grandezas de la vida.

Y tal vez necesitas algo más que despegarte de miserables vanidades y naderías: tal vez andas encenagado en infames costumbres y en estado de pecado mortal. Da, pues, lugar al remordimiento, que quizá por gran misericordia de Dios te asaltará en este recinto. Escucha esta voz acusadora, como si á ti, amigo mío, directamente la enviasen por divina permisión aquellas huesosas calaveras:

Torpe criatura, que vas
Tras los mundanos placeres...
Contempla aquí bien lo que eres
Y lo que después serás.

Basta ya. Estos versitos que han llegado á mis manos, no sé de dónde y no sé de quién, los mando yo, así ligeramente expuestos y comentados, á todos mis amigos como el más adecuado presente en vísperas de la fúnebre solemnidad del *Día de difuntos,* á que nos llama la Iglesia. ¡Sálgoles fiador de ello! Corona de más saludables y odoríferas siemprevivas no la comprarán en tienda alguna de la ciudad.

LXXVI

LIBERALISMO CASERO



De veras otra vez Liberalismo y liberales? ¿No se ha agotado todavía el tema, ni teméis haceros con él medianamente pesado y machacón?

—No, por cierto, que así como el Liberalismo nos lo encontramos hoy en todas partes, hasta en la sopa; así hay que hablar de él siempre y en todos los tonos, aun con riesgo de que le llamen á uno lo que vos acabáis de indicar, y á que yo me someto con el mayor gusto.

—Es que tal vez no sea más que manía vuestra eso de ver al Liberalismo en todo y en todas partes. A los demás, ó sea, á la más numerosa representación del género humano, ciertamente no les sucede así.

—Lo cual, amigo mío, confirma mi apreciación en vez de desmentirla.

—¿Cómo?

—Por la sencilla razón de que no advierten esas cosas los que están más metidos en ellas, sino los más apartados. Como de una atmósfera infecta no se dan cuenta por lo regular los que la están respirando y envenenándose con ella hace ya algún tiempo. Quienes la notan son los que pasando de un aire más puro entran de repente en aquel que está saturado de la infección.

—Puede que sí, según vais discurriendo. Mas, ¿por qué os habéis fijado con preferencia en lo que acabáis de llamar

Liberalismo casero, pudiendo estudiarlo en cualquier otro de los organismos sociales, ya que, según vos, andan todos más ó menos contagiados de esa que llamó en sus días Pío IX general epidemia?

—Porque ahí, en la familia, es precisamente donde medra y hace con más disimulo sus estragos el sobredicho universal contagio. Para muchos el Liberalismo es puro achaque de la política: tanto es así que los infelices no saben presumir que se hable sino de política cuando se habla de Liberalismo. Para otros es ya algo también como escuela economista y literaria y artística, y no les falta razón. Mas el concepto claro y verdadero de esta pestilencial enfermedad del género humano en nuestros días, creedme, no lo tienen sino los que empiezan por hacerse cargo de su universalidad. Y así ven que puede hallarse en todo el hombre y en todo lo que al hombre pertenece y en todo lo que el hombre manipula; gobernación de Estados, confección de leyes, sistemas económicos, planes de educación y de enseñanza, criterio científico, ideales y procedimientos artísticos, todo, hasta lo que más parece apartado de esa letal influencia; todo ¿quién lo diría? hasta el ascetismo, hasta la piedad.

—Ciertamente.

—El Liberalismo doméstico es además de una índole tal, que merece ser, más que el otro gubernativo y político, descubierto y anatematizado. Primero por la razón dicha de vivir entre nosotros con más sutiles apariencias de hombría de bien, y por tanto causar á todos menos alarma que debiera. Segundo, por ser aquí de mayor consideración sus estragos por lo mismo que hieren más en lo vivo y vital, y en lo que forma, por decirlo así, las vísceras más delicadas del social organismo.

—Bien me parece valdría la pena de que desarrollaseis algo más este pensamiento, que se me figura fundamental en la materia.

—Y que realmente lo es. Es aquí el contagio del siglo más disimulado; tanto que no es raro hallar padres de familia católicos que luchan por la soberanía de Dios en el campo de la política contra toda suerte de Liberalismos, y sin embargo penetrando en el seno de su hogar véseles que

tienen huésped y alojado, y no solamente huésped y alojado, sino príncipe reconocido, en casa, al mismo que fuera de ella combaten con todo el arrojo y varoniles alientos de buenos cristianos. ¡Si el hombre está lleno por nuestra vergüenza de esas inconsecuencias y viceversas! Si no es raro encontrar quienes presumen de ser perfectos católicos en su vida privada, y alardean no obstante de vivir y obrar como perfectos liberales en su vida pública, tampoco es difícil tropezar con quienes en su vida pública hacen gala de radicalismo antiliberal, y aun se llaman, si me apuráis, ultramontanos, y sin embargo son liberales donde menos debieran serlo ó parecerlo, que es en la pequeña sociedad doméstica de la cual les ha constituido Dios jefes y legisladores, y por tanto únicos responsables.

—¡Verdad incontestable!

—Y en ella veis apuntada la razón de dar en alguna manera tanta ó más importancia al Liberalismo doméstico, que al político y gubernamental. De éste, por muy comprometido que se halle el ciudadano moderno en la vida pública, podemos más ó menos sustraernos y sacudir, hasta cierto punto, algunas de sus responsabilidades. Del otro no. Padres ó hijos ó simplemente cabezas de familia sómoslo todos, y nadie escapa aquí de hacer política casera ó con Dios ó contra Dios. Toca, pues, á todos en este orden lo que en el otro no toca, directamente al menos, más que á algunos. Juzgad, pues, si á tontas y á locas, ó si más bien con sobrada razón y motivo, he resuelto escribiros hoy sobre esta materia. De ello deduciremos que si el Liberalismo es pecado, en ninguna parte es más grave pecado que en ese terreno peculiar en que nos proponemos ahora estudiarlo. Y sacaremos por contera que hay en este mundo más liberales de lo que parece.

—Basta. No necesitabais ciertamente dar tantas explicaciones para quedar muy justificado en la elección. Dios os dé buen acierto, y empezad cuanto antes.

—En Dios y en mi ánima, amigo mío, que al verme hoy cara á cara con este asunto, no sé casi por dónde empiece á introducirme en él y por cuál de sus lados ó flancos lo aborde.

—¿Tantos tiene?

—Tantísimos, y todos á cual más interesantes y llamativos.

—Pues empezad por el primero que os venga á mano, y buena suerte os dé Dios.

—El nos la depare buena. Hemos de presuponer, ante todo, que la familia es una sociedad, como que hasta con ese nombre de sociedad doméstica la habréis oído llamar mil veces por ahí. Y como sociedad en mucho análoga á la otra civil, que puede considerarse ampliación y desarrollo de la doméstica, necesita un eje ó piedra angular, ó un pilar central ó viga maestra en que estribe y se apoye toda, y esto es en ella la autoridad. Es un pequeño Estado con su jefatura propia; es un cuerpo de varios miembros con su cabeza; es un ejército con caudillo; es una nave con piloto; es... acabemos al fin, es cualquier cosa de las que suponen partes ligadas entre sí y con sujeción á algo que preside á todas, y á todas mantiene en orden y concierto, y á todas endereza y conduce á su debido fin. ¿No tenéis vos igual concepto de lo que se llama casa ó familia?

—Sí, en efecto, y tal es la noción que de ella ha tenido desde su cuna con maravilloso acuerdo todo el género humano.

—Porque realmente es ésta una de las nociones fundamentales de él, una de las que no ha discurrido el hombre á su antojo, ni han inventado las leyes humanas, ni ha descubierto en sus adelantos la civilización. De la propia naturaleza del hombre procede; lo cual equivale á decir que procede del Autor de ella, que de esta suerte y no de otra la crió.

—Incontestable es, y basta no ser ateo bravo para sentirse obligado á reconocerlo.

—Ahora bien. Si el fundamento y eje divinamente instituido de la familia es la autoridad, empezad á juzgar cuál andará la familia que presuma de vivir sin ella, ó lo que es lo mismo, de vivir moralmente decapitada. Tal es el primer caso y el más frecuente de la familia montada á lo liberal; es decir, la familia en la cual no hay quien ejerza la primera función orgánica de la misma, que es la de la autoridad.

—Pero ¿creéis que de veras hay familias en el mundo que vivan de esta suerte? ¿Creéis que es posible la existencia de cuerpos que vivan y anden decapitados?

—Sí, amigo mio, con tal que me concedáis que tales entidades, aunque aparentemente vivas, no son más que cadáveres en verdadero estado de corrupción, como espero haceros ver.

—Veámoslo, pues.

—Son muchas, sí, las familias que viven á su manera, sin este esencial requisito de la autoridad, aunque parezcan tenerla. Y son: 1.° las que tienen materialmente su persona-jefe, pero sin que ésta ejerza en modo alguno las funciones de tal; 2.° las que tienen á su frente esta persona-jefe, pero ejerciendo malamente su autoridad, lo cual ciertamente es peor que no ejercerla en manera alguna. Dad ahora, si os parece, una ojeada á vuestro rededor, y ved si son pocas ó muchas las familias que así se encuentran y que yo me he permitido llamar, con frase tal vez algo realista, moralmente decapitadas. Es el primer caso de fulminante y brutal Liberalismo que encontramos en ellas.

—Algunas hay.

—Ya sacaremos luego la cuenta, y veréis que son más de algunas. ¿Qué queréis? Como á Dios se ha querido derrocar de su trono de los cielos, lo cual no se ha conseguido, porque hasta allá no llegan las bravatas revolucionarias; como al mismo se ha logrado derrocar de su trono social, porque en eso, desdichadamente, puede algo por el mal uso de su albedrío la humana criatura; así en la familia, para conseguir el destronamiento de Dios en ella, se empieza por suprimir en la misma su legítima representación, que es la autoridad paterna.

Fueron, en efecto, procedimiento y artimaña usuales en el Liberalismo, al introducirse por primera vez en los Estados cristianos, valerse para ello de los propios soberanos que en los mismos imperaban. Necesitaba la secta suprimir á Dios en la gobernación de los pueblos, y para lograrlo era primeramente indispensable suprimir al príncipe, que estaban acostumbrados de antiguo los pueblos á mirar como imagen y delegado respetabilísimo de la Divinidad.

—Es indudable.

—Ahora bien. Donde se pudo realizar á mano airada, ó como se dice, de golpe y porrazo esta supresión, hízose así. Tal sucedió en Francia, donde la Revolución llevó sencillamente sus Reyes á la guillotina. Donde no pudo adoptarse sistema tan expeditivo, se adoptó otro que dió á la postre iguales resultados. ¿Sabéis cuál?

—No me ocurre, á fe.

—El de que los reyes se suprimiesen á sí propios, por medio de concesiones incompatibles con lo esencial de la realeza, y hasta con lo esencial de toda forma de autoridad; declarándose ante sus propios súbditos, nó soberanos, como siempre se había entendido en el mundo esta palabra, sino simples refrendadores de los acuerdos del pueblo, ó mejor de la turba popular, en quien con esto reconocieron residir la verdadera soberanía.

—Tenéis razón, muchísima razón.

—No la tendré, pues, menos cuando os diga que este mismo procedimiento se ha puesto en práctica para suprimir la autoridad paterna en la familia. No ha sido tan fácil arrancarla de ella por fuerza extraña: ha sido empero muy común inducir al padre á que él mismo se declarase (prácticamente al menos) desposeído de toda autoridad para gobernarla, y reducido ante sus súbditos á la miserabilísima ralea de rey liberal, de los que hoy se usan por nuestros pecados.

—¿De los que *reinan y no gobiernan*, querréis decir?

—Exactamente, y como si me lo hubieseis quitado de la boca. Porque toda la autoridad y fuerza moral de muchos padres de familia en el día de hoy parece reducida á esta inverosímil fórmula de realeza. Reinan ellos; así lo parece al menos en ocasiones dadas, pues en otras ni eso parece, tan triste y humillante es su manera de reinar. Reinan, digo, ellos, pero no gobiernan, ni saben lo que es gobernar en manera alguna. Gobierna según sus antojos la mujer, gobiernan con inaudito descaro los hijos, y gobiernan y se imponen éstos con tanta mayor insolencia cuanto son más chiquillos y mocosos. Todos, en una palabra, gobiernan y hacen prevalecer su libre é independiente voluntad en aque-

lla deliciosa Babel, menos el que tiene recibidos de Dios el derecho y el deber de imponer á todos la suya, fundada en los dictámenes de la razón, de la experiencia y de la ley cristiana. Risa da, tanta como lástima, ver á qué desairado papel queda reducida la paternidad en casas montadas de esta manera, que hoy son por nuestra vergüenza las más.

—Partís, me parece, de un supuesto falso, ó por lo menos mal definido. Atribuís al padre una autoridad absoluta, que siquiera deberíais reconocer deber ser compartida con la madre y con los hijos mayores de edad.

—No, amigo mío; sois vos quien aquí confunde las especies. La madre y los hijos de mayor edad son parte integrante en el cuidado de la familia, pero no son los jefes natos y divinamente instituidos de ella. Este honor y la jurisdicción y las responsabilidades consiguientes sólo al padre pertenecen. La madre y los hijos (aun los de mayor edad) son por divina y humana ley súbditos, y deben ser los primeros en el respeto y en la obediencia. Puédeseles considerar á lo más como cuerpos consultivos, en especial la madre, de quien dice el buen sentido popular por boca de Sancho Panza y de un viejo refrán: «El consejo de la mujer es poco, y quien no lo sigue es un loco.» Mas de eso á que se alcen tales súbditos con el ejercicio de la soberanía, reduciendo al padre á la muy humillante situación de los reyes constitucionales modernos ante sus Cámaras legislativas, hay una gran diferencia.

—¿Sois, pues, partidario franco del absolutismo en la familia, como vos y los vuestros parecéis serlo en el gobierno de la sociedad civil?

—Ni en la una ni en la otra, pues el absolutismo no es más que el cesarismo ó el Liberalismo de los príncipes, que es igual ó de peor calaña que el de los pueblos.

—Gran verdad dejáis asentada en el capítulo anterior, cuando decís que en muchas casas á la moderna, el padre ha dejado de ser el jefe verdadero de ella, reduciéndose todo

su papel á mera presidencia honoraria ó á reinado de rey constitucional. Sin embargo, juzgo que no andáis tan exacto, cuando afirmáis que ése es achaque general de las casas del día. En muchas, no lo dudéis, se manda todavía duro y recio como en el antiguo régimen. A ésas no las podréis ciertamente acusar vos de vicio de Liberalismo.

—Más que á las otras tal vez, según sea ese modo duro y recio de gobernar á que estáis aludiendo.

—Pues no os comprendo, á fe.

—No se me hace extraño, porque en esta materia andan más que en otra alguna, en miserable confusión las ideas, aun entre personas que como vos presumen, y no sin razón, de más que medianamente ilustradas.

—Gracias por el obsequio, pero explicaos de una vez.

—Todo el toque de la explicación ó clave del enigma está en tener noción exacta (cristianamente hablando, que es como debemos hablar siempre los cristianos), de lo que se entiende ó entenderse debe por gobernar. Para el vulgo de las gentes, y son aquí vulgo muchas que ciertamente no se lo figuran, gobernar es sencillamente imponer uno á muchos su propia voluntad, y creen se es tanto más liberal cuanto por más flojitos ó suavizados procedimientos se verifica tal imposición, y que se es tanto menos liberal cuanto más á palo limpio se verifica. ¿No es verdad que así suele entenderse por el común de los mortales la diferencia entre Liberalismo y absolutismo?

—Sí, en efecto.

—Pues hay en eso grosera equivocación. No son verdaderos opuestos entre sí Liberalismo y absolutismo. Al revés, un consecuente liberal suele resultar casi siempre un perfecto absolutista, y el más brutal absolutista no es al fin y al cabo más que un perfecto liberal.

—Aquí sí que os pierdo la pista.

—Voy á poneros en ella en un santiamén. Liberal es todo aquel que ha erigido en criterio y norma de gobierno su propia razón y voluntad, con independencia más ó menos franca de la razón y voluntad divinas. ¿Comprendéis eso?

—Paréceme que sí.

—Por lo mismo comprenderéis también que esa manera

de gobernar por criterio y razón propia sin sujeción alguna á la divina ley, lo mismo puede darse en una república democrática, que en una monarquía templada ó en otra absoluta, si el rey ó el presidente ó la Asamblea han erigido en principio que pueden legislar y por ende gobernar según á ellos se les antoje, sin limitación alguna por parte de otro poder superior del cual deban en todo reconocerse súbditos.

—También eso comprendo.

—Tenemos, pues, que no está el Liberalismo en que se gobierne con corona real ó imperial, ó con gorro frigio ó con sombrero de copa; ni en que dicte leyes una Asamblea libre. ó las dicte un príncipe más ó menos asesorado ó sin asesorar; sino en que tales príncipe ó Asamblea ó caballero particular dejen de reconocer sobre sí el poder divino del cual son simples mandatarios, y sobre su ley humana otra ley eterna y revelada de la que deben ser mera traducción y aplicación las humanas legislaciones, y sobre su jurisdicción y temporal señorío otra jurisdicción y señorío sobrenaturales á quien deben rendir obediencia y de quien reconocerse á su vez humildes vasallos. Dejar de reconocer eso, es ser liberal, sea cualquiera la forma de gobierno en que eso suceda. Reconocer tal divina jurisdicción y someterse á tal vasallaje, y á tenor de él gobernar en nombre de Dios á los hombres, es no ser liberal, es ser autoridad genuinamente cristiana.

—Ciertamente. Lo veo claro.

—Apliquémoslo ahora á lo que estamos tratando, ó sea al gobierno de la familia. Además de los infelices padres calzonazos que no gobiernan en ella ni bien ni mal, porque han abdicado en sus súbditos este empleo, hay los otros que tomándolo en diverso sentido presumen de ser en casa el único rey, ó mejor el único dios, para que á su querer se dobleguen todos sin más razón que la de ser querer suyo. Falsos padres ó mejor...

—¿Tiranos verdaderos, querréis decir?

—Habéis acertado la palabra y completado la frase. Tiranos, que aman mucho, muchísimo la libertad, para monopolizarla toda en su provecho, y en daño y opresión de los demás. Tiranos, que erigen en cetro el palo, y en razón el capricho, y en ley de gobierno el *todo el mundo boca abajo,*

por la sola fuerza de su voluntad despótica. Tiranos, que no merecen ser llamados padres de familia, sino cómitres de galeotes ó capataces de esclavos, que no comprenden ni estiman para nada la nobleza de la obediencia y del respeto filiales, sino los terrores y vil abyección de la servidumbre. ¿Habéis conocido padres, digo mal, fieras domésticas de este jaez?

—A docenas.

—Pues yo también, y á todos he calificado de casos fulminantes de Liberalismo de la peor especie. Liberalismo que, como en el de los Estados, consiste en declararse el padre libre y emancipado del freno de la ley de Dios, para más á sus anchas y con mayor libertad explotar y oprimir á sus infelices subordinados.

—Sí, tenéis razón, muchísima razón.

—Pues bien. Ni el miserable cobarde que se resigna á llevar sobre sí la imposición de cualquier antojo de su familia, ni el fiero dictador que como yugo de bestias quiere que aguante ella su propia imposición, nos ofrecen el verdadero ideal del jefe de familia según Dios, única autoridad legítima del hogar doméstico; del padre, en una palabra, digno de este nombre y con carácter y procedimientos de tal. Es, sí, todo eso, es verdadero padre cristiano, el que entiende que para mandar bien á los otros es preciso hacerse antes ejemplo vivo de la más exacta obediencia á la divina ley, como que gobernar no es en definitiva más que *cumplirla el gobernante y hacerla cumplir á los gobernados*. ¿No os parece sencilla esta fórmula?

—Y clara y transparente como el agua.

—A pesar de lo cual anda el mundo fatigándose en elaborar prolijas y penosas teorías de gobierno, que nacen y mueren en un día, cuando tan á mano tiene la tan sencilla y casera que os acabo de indicar.

—Insistiendo, amigo mío, en lo sentado en el capítulo anterior, paréceme que disteis en el hito al señalar cómo fórmula de la gobernación de la familia, así como de la del

Estado, la que al final de ella señalasteis. Volvédmela á recordar, porque hay cosas que nunca están de sobra repetidas.

—Pláceme que os cayese en gracia. Decía, pues, que el cargo y ministerio de gobernar, así la familia general de todos que es el Estado, como el Estado particular de cada uno que es la familia, consiste en *cumplir el gobernante la ley de Dios, y hacer que la cumplan todos sus gobernados.* Hoy día es, todo el mundo, político y sociólogo; y así andan las cosas de él turbadas y revueltas, desde que á cada hijo de vecino se le ha antojado tomar cartas en la, por lo visto, muy fácil y hacedera empresa de gobernar repúblicas.

—A la vista lo tenemos, por nuestra desgracia.

—¡Cómo que sí! Menudean por tanto las teorías y sistemas de gobierno y las Constituciones para todos usos y gustos, y no hay aprendiz de sastre ó maestro remendón, que no haya discurrido en sus ratos de ocio algo de eso, para proponerlo como última novedad á sus administrados, el día en que le toque el turno de hacerlos felices desde la ministerial poltrona. Pocos, empero, han de llegar á tales alturas, y así para muchos ha de ser en balde lo que cavilan sobre el particular. No así, ciertamente, en lo de gobernar su casa, que en eso ha de entrar todo ciudadano, chico ó grande, á la hora que menos piense.

—Ciertamente.

—Convenía, pues, que la ciencia y arte de ese gobierno (que ambas cosas es, ciencia y arte) los pusiese Dios al nivel de las fuerzas y aptitudes de la generalidad, nó en el rango y categoría de lo extraordinario y heroico. No deben ser Licurgos ó Solones los representantes de esa autoridad; bástales ser buenos cristianos, que por lo mismo que es ésta vocación común, no exige más que virtudes comunes. Lo doloroso es que ni aun ésas se resignan á practicar los más de los padres en el ejercicio de su jurisdicción familiar. La primera base, pues, de la constitución doméstica, debe ser el reconocimiento pleno de la soberanía de Dios en ella, mediante el acatamiento público y pleno que en ella se preste á toda ordenación divina, así natural como sobrenatural.

—¡Magnífico! ¡Teocracia pura!

—Si, amigo mio: teocracia pura ha de ser, para que resulte antiliberalismo puro. Teocracia pura, y ya sabéis que yo no tengo horror, como muchos, á ciertas palabras, ni aun á ésa que tan horrísona ha llegado á parecer á algunos. Teocracia pura; es decir, reconocimiento pleno y público de de Dios, como primer Soberano de la familia, y en consecuencia reconocimiento pleno y público de que el que ejerce la autoridad visible en ella, no la ejerce por derecho propio, sino como mandatario de aquella otra invisible autoridad. Reconocimiento pleno y público de que el fin de la familia, como del hombre y de todas las criaturas, es el servicio de ese Soberano para mayor gloria de El y felicidad nuestra temporal y eterna, y que por lo mismo la familia, no menos que el individuo, han de rendirle culto y obediencia. ¿Vais viendo, amigo mio, cuán nuevos horizontes se abren al hombre pensador, desde que se toma este punto de partida para el ordenamiento de la sociedad doméstica?

—¡Como debiera tomarse también para el ordenamiento de la sociedad civil!

—No nos metamos ahora en esos dibujos, amigo mio, que no es ocasión. Es, empero, lo cierto, que si tal piedra angular se sienta en la constitución de la familia, todo nace lógicamente de ella y se presenta en ella perfectamente organizado. Si tal principio y fundamento no se establece, no sé ciertamente por dónde puede irse á ninguna de las conclusiones necesarias para su estabilidad y concierto. El mero hecho de ser un hombre padre de otros hombres, no da de sí lo bastante para que aquél crea tener sobre éstos la autoridad moral que se necesita. La sola naturaleza no obliga al hijo á depender del padre y de la madre más que durante el período en que éstos son necesarios á aquél para su desarrollo natural. Y para esto, es decir, para criarse el hijo gordo y retozón, no había ciertamente necesidad de que se pusiese en el Decálogo aquel severo cuarto mandamiento: *Honora patrem tuum et matrem tuam:* «Honra á tu padre y á tu madre.» Si la paternidad humana prescinde de Dios, «de quien toda paternidad procede,» no tiene aquella paternidad otros deberes ni por lo mismo otros derechos,

que los que tienen los irracionales sobre sus crias, que al fin también los irracionales son padres en todo el rigor de verdad.

—No hay duda, ni puede contestar á eso razonablemente ningún materialista.

—Más alto, pues, radica la jefatura de la familia; más alto que en el solo hecho de la procreación; más alto, y tan alto que sólo puede radicar en lo más alto, que es Dios. Porque supongo no habrá nadie tan zote que nos salga con que esas atribuciones son debidas á la ley civil, cuando sabido es que la sociedad doméstica es anterior á aquélla, y que aquélla ha nacido de ésta, lejos de haber recibido ésta de aquélla su organización y atribuciones. No, las leyes civiles no han creado la patria potestad, ni las relaciones morales entre padres é hijos. No han hecho más que reconocerlas y darles carácter jurídico y ampararlas con sanción exterior. Dios, pues, que es, como tantas veces se le llama en el Evangelio, el gran *Paterfamilias;* Dios, de quien todos somos hijos; Dios, y después de la revelación de Jesucristo, su Iglesia Santa; he aquí el eje central sobre que deben girar todas las relaciones secundarias del orden doméstico. He aquí lo que teórica ó prácticamente desconoce el Liberalismo casero, como en su más amplia, pero no más importante y trascendental esfera, lo desconoce teórica ó prácticamente el Liberalismo político ó social.

—En la casa ó familia, hay que dividir los miembros de ella en cuatro grupos: el de los padres (padre y madre), con sus mutuas relaciones de esposos; el de los hijos, con sus deberes en orden á aquéllos y sus mutuas relaciones de hermanos; el de los demás deudos, que accidentalmente forman parte de la agrupación doméstica, como tíos ó sobrinos ó cuñados; y finalmente, el de los criados y jornaleros que viven bajo el techo común del amo, y que también por este concepto forman parte, de lo que en lenguaje jurídico se

llama *familia* ó *familiares*. ¿Estáis conforme con esta cuádruple división?

—Sí estoy, y no cabe admitir otra, ni mas extensa, ni más reducida.

—Pues bien. Nuestro plan podría concretarse á recorrer uno por uno los grados de esta doméstica jerarquía, y ver la fórmula cristiana de sus deberes en oposición á la fórmula racionalista ó liberal, que es la que hoy comúnmente se les predica y ellos por desgracia practican.

—De deberes habláis, ¿y por qué no también de derechos?

—Pues es claro, hombre de Dios; porque con hablar de deberes, se habla ya de derechos, que son los correlativos á ellos. Así el deber de los padres para con sus hijos se convierte en derecho de éstos para con aquéllos, y el deber de los hijos para con los padres, es ni más ni menos que el derecho de éstos á que los hijos les cumplan este deber. El derecho es una palabra sonora al oído y simpática al amor propio, de la que se hace hoy frecuente abuso para halagar apetitos y tendencias no siempre de buena ley; pero es palabra huera y sin sentido práctico, si no se relaciona necesariamente con aquella otra tan austera y rígida del deber. Prediquemos y formulemos y hagamos efectivo éste, y resultará aquel otro más garantido con eso solo, que con todas las declamaciones tribunicias con que se le pondere y ensalce. ¿No sois de este parecer?

—No tanto quizá como vos, pero comprendo que no es razón lo que os falta.

—Pues como ella no me falte, nada más necesito, amigo mío, para poner de mi parte á todos los espíritus rectos y desapasionados.

Empecemos por lo primero.

Tiene la sociedad civil en su seno, como germen y primer rudimento suyo, la sociedad doméstica; y de igual ó parecida suerte la sociedad doméstica tiene en su seno, como primer germen y rudimento suyo, la sociedad conyugal. Marido y mujer, santamente unidos según Dios, forman el elemento primario de la familia; la piedra fundamental de ella, si la comparamos á un edificio; la entraña más noble y delicada, si la comparamos á un cuerpo animado. Por eso, así

como suele ser la sociedad civil lo que es el conjunto ó generalidad de las sociedades domésticas que la constituyen, así la sociedad doméstica suele ser y será siempre por necesidad lo que sea la sociedad conyugal, de la que es ampliación ó desarrollo.

—No parece mal hallada la analogía.

—Salta á la vista, y no se ha de ser lince para descubrirla.

—Seguid.

—Dado este carácter de la sociedad conyugal, síguese también por necesidad que si algo hay delicado en el hogar doméstico, es esto; siguiendo la ley ordinaria del humano organismo, donde las vísceras más importantes y esenciales son, por lo regular, las más delicadas.

—También eso es cierto, y nos lo dicen la fisiología y la experiencia.

—No extrañaréis, pues, que por ahí empiece su negra labor el Liberalismo al tratar de socavar y minar la familia cristiana; por ahí empieza ésta á corromperse y á pudrirse y á gangrenarse; por ahí le vienen á la familia la inevitable disolución y la muerte.

—Veámoslo.

—Ha de estar basada la sociedad conyugal en la unión de los corazones. Es esto vulgar y trivial de puro sabido. Mas la unión de los corazones se bastardea de dos maneras: ó cuando se verifica sólo por móviles de grosero material interés, ó cuando se la hace consistir solamente en el hervor de apasionados afectos, por lo común pasajeros, tanto como apasionados. ¿Os parece si he dicho algo?

—Habéislo dicho todo, abrazando los dos extremos por los cuales aparece más frecuentemente falseado el carácter de la sociedad conyugal en nuestros días.

—Sí, amigo mío: el positivismo materialista hace de él un mero contrato mercantil; el vago idealismo sentimental tiende á convertirlo en drama ó capítulo de novela.

—Exactamente.

—Y en uno ú otro de estos dos escollos naufraga con dolorosa frecuencia el verdadero concepto de la vida conyugal cristiana, que ¡reparadlo bien! ni ha de ser una operación financiera, ni un vaporoso idilio de poesía romántica. Cristo

Nuestro Señor y su santo Evangelio, deben inspirarla y dirigirla y llevarla á feliz término; no Mercurio con su bolsón, ó Cupido con su venda en los ojos, falsos dioses de la gentilidad, que es vergüenza tengan aún hoy, en plena edad cristiana, tantos discípulos y adoradores...

—Siempre los tuvieron.

—Pero nunca como hoy, amigo mío, nunca como hoy. En esa primera etapa de la vida de la familia, que es el concertarse el pacto fundamental de ella y el trabarse su primer eslabón, nunca se tuvo menos en cuenta que hoy á Dios, nuestro Señor, y en cambio nunca se verificó con tan amargo suceso aquello del Salmo: «Si no edifica el Señor la casa, en vano trabajan los que la edifican.»

—¿Y llamáis á eso Liberalismo?

—¿Cómo no? Liberalismo político es la ausencia franca ó embozada de Dios y de su influencia en la constitución de la familia social; ¿por qué no ha de llamarse Liberalismo doméstico la ausencia más ó menos explícita de Dios en la constitución de la sociedad doméstica? Pretender que se basta el hombre á sí mismo para el orden de la sociedad, es la soberbia del Liberalismo, que es satánico por el parentesco que tiene (palabras son del Papa) con el grito de independencia dado por Lucifer: ¿y no ha de llamarse soberbia luciferina de igual clase la del marido y mujer, que al proponerse fundar un hogar y constituir una familia, empiezan por decirle á Dios: «Retírate á tu cielo, que para cielo nuestro tenemos nosotros nuestro amor ó nuestro dinero. Nos bastamos uno á otro para ser felices, y para nada necesitamos de Ti?» ¡Cuántos matrimonios hay de ésos, aun entre católicos que se casan ante el párroco, matrimonios que, como decía con gracia un amigo mío, si no han de llamarse matrimonios por lo civil, pueden llamarse al menos matrimonios por lo criminal! Y ¿qué más da, en cierto sentido, que se declare laica la unión por formalizarse ante el juez, previa abjuración de la fe católica, ó que se verifique sacramentalmente, es verdad, ante la Iglesia, pero sin haber tenido en cuenta para nada, antes ni después, la ley y la voluntad de Dios? He aquí, pues, el primer caso fulminante

de Liberalismo práctico en que incurren en el acto más trascendental de su vida muchos católicos... y muchas católicas también, y perdonen ellas el modo de señalar.

—Una cosa tenemos ya en limpio, tocante á concierto de matrimonios. Y es que éstos no debe concertarlos el interés, ni la pasión, como casamenteros principales, y mucho menos como gerentes únicos, que suelen ser de eso en la edad presente. Algún papel secundario puede concedérseles en el asunto; nunca el de jueces con voto decisivo.

—¿Quién ha de ser, pues, el que diga en eso la primera y última palabra?

—Siendo el hombre y la mujer seres racionales, ha de ser la razón. Y siendo además cristianos estos dos seres racionales, ha de ser la razón cristiana.

—Categórico es y no tiene vuelta de hoja. ¿Y qué dicta sobre eso la razón, y más particularmente la razón cristiana?

—Pues dicta... todo lo contrario de lo que suelen practicar en el día hombres y mujeres racionales y cristianos, empeñados en no mostrarse en esta trascendental materia ni cristianos, ni siquiera racionales. Dicta que el hombre que busca mujer, ó la mujer que busca marido, han de atender primariamente á las condiciones esenciales de lo que buscan, antes que fijarse en lo meramente accidental y secundario. Esenciales son ante todo las creencias y virtudes del compañero ó compañera al que quieren asociar su vida; esenciales son también las cualidades de carácter, educación, hábitos contraídos, etc. Lo último después de eso, han de ser los céntimos ó millones. Lo más último después de todo, han de ser el garbo y la buena cara.

—Encontraréis, me parece, pocos que os sigan en tan adusto sistema de matrimoniar.

—Sin duda por ello son tan pocos los matrimonios modelos en la época presente. Reparad, amigo mio, que prendarse un hombre de una mujer, ó viceversa, por sus fincas ó dote, no es prendarse en realidad de tal mujer ó de

tal hombre, sino de lo poco ó mucho que tienen en caja. Así como enamoricarse los tales uno de otro por su gallardía corporal ó buen parecer, no es más que pagarse del más ó menos vistoso arreo que traen consigo. Decidme, y perdonad la comparanza: el que comprase un caballo ó jaca en el mercado sólo por verlos brillantemente enjaezados, sin atender á las condiciones de la bestia, ya que los jaeces no son propiamente de ella, sino del chalán que así quiso presentarla, ¿obraría como cuerdo mercader y como avisado tratante en caballerías?

—No, ciertamente.

—Pues aplicad el caso, y otra vez y otras ciento volved á perdonar. Si es locura proceder así tratándose de bestias, habrá de ser locura más que bestial proceder así tratándose de personas. Y así procede indudablemente la moza que se contenta para marido con un galán, que no aporta al contrato conyugal más que sus valores en caja ó su gentileza y gallardía; ó el mancebo atolandrado, que no requiere en su futura otras prendas de valer que la carta dotal, ó los ojos de cielo, ó las mejillas de rosa, ó los labios de carmín, de que tanto gasto hacen por ahí cada día los poetas. Pues todo esto, así lo que se cotiza en metálico efectivo, como lo que se canta en versos ó prosa poética, no es al fin más que exterior arreo del hombre y de la mujer, algo que los viste y decora por fuera, encubriendo frecuentemente un interior vil y miserable; algo que influye poco, poquísimo, en la felicidad de la vida; algo que está expuesto á mil azares y contratiempos, y de que despoja en un dos por tres la incierta fortuna, antes de que de todo acabe por despojar la muerte. Esas riquezas y esas lozanías son de quitipón, y el que concentre en ellas sus aspiraciones únicas, es fuerza se quede á lo mejor tristemente defraudado. Quien imaginó trabar fuertemente con ellas el lazo de la conyugal sociedad, no ha de tardar en convencerse de que erró la cuenta y edificó sobre deleznable arena. Otras cosas necesita el alma para su unión con otra alma, ¡que al fin sociedad de almas ha de ser la de los esposos, aunque afecten no pensar ni creer que la tengan muchos de los que hoy se estilan!

—Tenéis razón.

—No han de resolver, pues, la cuestión que nos ocupa, el criterio mercantil, ni el criterio sentimental, sino la ley de Dios y la filosofía cristiana. La inspiración que guíe, para acertadamente elegir esposo ó esposa, no la han de dar el negocio ni la novela, sino la oración. Para casarse bien ha de pedirse á Dios y á los hombres de Dios el consejo, más que para cualquier otro lance de la vida; no al mezquino interés, no á la volubilidad de las pasiones. Nadie se embarque para emprender tal navegación, si no trae esa brújula de la fe por guía y esos graves documentos de ella por lastre.

—Quizá por eso son tantos los barcos conyugales, que se rompen á pedazos cada día al más pequeño golpe de mar, ó que por lo menos hacen su viaje penosamente y con continuas averías.

—Sí, por eso es y por algunas otras causas que iremos viendo con el favor de Dios.

—Visto el mal principio, principio descarada ó embozadamente liberal, de que adolecen hoy multitud de matrimonios en su formación, ya no extrañaréis, amigo mío, que la tal enfermedad inoculada en la familia, siga en ella su curso, y la corrompa con su infección y acabe muchas veces por matar en la misma todo espíritu cristiano.

—Tenémoslo desgraciadamente muy á la vista todos los días, y apenas cabe dar otra explicación de los estragos que en eso lloramos, y que espantosamente trascienden luego á la sociedad civil.

—En efecto, amigo mío: ni se concibe pueda suceder de otra manera. En tratos de boda los desposados procuraron alejar de sí como importuna la idea de Dios, y como insoportable su amoroso yugo. Realizada ya aquélla, es lógica igualmente tal proscripción del seno del hogar y de la educación de los hijos. Se esperan éstos y se reciben, como si no fuesen debidos antes que á nadie á Nuestro Señor, y co-

mo si á Nuestro Señor no se debiese dar antes que á nadie cuenta de ellos. Mas no anticipemos conceptos, que muy luego tendrán su más propio y adecuado lugar. No nos movamos por ahora del pequeño círculo cerrado de la sociedad conyugal. ¿Cómo viven los esposos en la sociedad moderna?

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Con qué registro nos sale ahora vuesa merced, amigo mío de mi alma! Pues ¿cómo han de vivir? viven á la moderna, y pare V. de contar.

—Bien habéis dicho, y gráfica es vuestra respuesta: viven á la moderna, que es como decir que viven á la pagana, en orden á si propios en sus mutuas relaciones, y en orden á las relaciones de ambos con su Divina Majestad. A la pagana viven y menos que eso, porque paganos hubo, en la sociedad gentil anterior á Cristo, que pudieran hoy dar lecciones de moralidad doméstica á muchos cristianos, ó que por lo menos tienen de tales el santo bautismo. Obsérvase aquí entre otros un fenómeno singular. Antes de casarse alardearon los novios de una intimidad, que pudo á alguien parecer ya más propia de casados que de aspirantes á esta categoría. Después de la bendición nupcial, y pasado el ruido de su fiesta, empiezan por lo común á alardear de un mutuo alejamiento y desvío, que á quien fuese corto de vista podría parecer escrupuloso recato de solteros más bien que afectuosa intimidad de casados. ¿Hábráse visto más curioso viceversa?

—Lo es en verdad.

—Pues, vaya si lo es. Cuando la ley de Dios imponía los respetos de una pudorosa reserva, se hallaba ridícula ésta, y se la llamaba cortedad de genio y mogigatería. Cuando después la ley de Dios impone la mutua confianza y el santo compañerismo de dos seres que deben formar dos almas en una, hállase entonces cursi y de mal tono esa sagrada y bendecida fusión de los corazones é identificación de los gustos y voluntades. ¿Es posible llevar más directamente la contra á Dios, sólo por prurito de llevársela y de complacer á sus enemigos, mundo, demonio y carne?

—Decís bien, porque sólo á estos últimos se pide el figurín de estas modas, y la norma de tales matrimonios al uso.

—Por lo cual, así salen ellos de mundanos y carnales y

endiablados, que no hay más que pedir. El simbólico *yugo* (de donde viene la palabra cónyuges y conyugal), ya no es lazo de amorosa sujeción á la ordenación divina, sino violenta cadena de odiosos deberes, que muchas veces, si no se rompen con estrepitoso escándalo, es solamente por el respeto á lo que se llaman las conveniencias sociales, más fuertes para muchas almas que el estricto dictamen de la conciencia. Sordos egoísmos minan y socavan entre tanto aquella aparente unión, que ya no lo es más que de forma: el hastío sucede á la veleidosa pasión; el amor propio endiosado rebélase contra todo lo que suena á abnegación y sacrificio; la parte más débil sucumbe al fin á la brutalidad de la que se siente más fuerte. Si el más fuerte es el marido, ¡qué dolorida y oprobiosa y aflictiva la condición de la mujer! Si es más fuerte la mujer, ¡qué vergonzosa y qué indigna y qué miserable la condición del marido! ¡Qué sentina de doradas podredumbres es entonces el matrimonio, si pertenece á la clase aristocrática ó siquiera acomodada! Y ¡qué albañal de inmundicias, no más sucias, pero sí más al descubierto, es el mismo matrimonio en las clases medianas ó inferiores!

—Sábelo la crónica escandalosa de los salones, y sábenlo tal vez mejor los estrados de la Audiencia ó del Provisorato eclesiástico en los primeros, tanto como de los segundos lo sabe el alcalde de barrio, ó lo comenta la chismografía de la vecindad.

—Merecido castigo, iba á decir justa venganza, de los fueros de la divina ley olvidados y pisoteados por el orgullo del hombre y de la mujer, que se juzgaron é hicieron únicos reyes de sí propios y únicos legisladores de su contrato conyugal, que más que contrato sacramental parece contrata de negocio, según lo que da pie cada día á discordias y litigios.

—Buscando analogías entre la familia montada á la moderna y el Estado liberal de nuestros tiempos, que no es por desgracia tarea muy dificultosa, hallamos que la sociedad

conyugal que hoy se estila carece muy frecuentemente de su condición primaria y esencial que es la *unión*, porque no está basada en lo primario y esencial de este organismo, que debiera ser la *unidad*. La unidad religiosa es el dogma social por excelencia para obtener la unión de los ciudadanos: la misma debiera buscarse ante todo en el hogar doméstico para lograrse en él la perfecta unión de los esposos y de los hijos.

—Os veo venir: vais á salir con el registro de la libertad de cultos.

—Exactamente: familias librecultistas son las más de nuestra época, y ciñéndonos por ahora á la sociedad conyugal, la vemos desdichadamente basada en esa funestísima libertad, madre y engendradora de todas las demás que constituyen la herejía, tanto doméstica como política, del Liberalismo.

—¿También en esto como en todo habrá que llamar al orden á los casados de nuestros días?

—Y si me lo permitís, antes que á los casados, á los que aspiran á serlo como Dios manda; ó sea, á los novios, que vienen á ser como los postulantes de esta religión. La corriente moderna impone como cosa muy correcta, la abstención de tratar de tal materia en el período que podemos llamar constituyente de la sociedad conyugal, cual es el noviazgo; y sin embargo, de esta friolera debiera hablarse durante él, más que de otras cien que suelen ocupar á los jóvenes y aún á los papás y mamás en los preliminares de la boda.

—Seguid, seguid, que os escucho con el mayor interés.

—Digo, pues, que en ese período que precede á la bendición nupcial, sabe Dios cuántas cosas llenan la cabeza y el corazón de los aspirantes al rango de padres de familia, cosas que sin duda tendrán alguna importancia cuando así se la dan, pero que tienen seguramente mucha menos que eso que ahora tratamos, Trajes, joyas, mobiliario, carta dotal, viajes al extranjero, todo suele ser objeto de laboriosa discusión y de profundas disquisiciones y consultas, como si éste fuese el artículo primero de la ley fundamental sobre que debe levantarse el edificio de la sociedad doméstica, que se preparan á montar los nuevos esposos. Y entre tanto la *cuestión religiosa* suele entrar para poco ó para nada en esas deliberaciones, y no se diría que hay allí dos cristianos que van á

pactar el modo como ha de organizarse un estado cristiano, que Estado viene á ser la familia, sino dos diputados de cualquiera de nuestros Parlamentos liberales, que en sus proyectos de Constitución civil lo primero que hacen es dar carpetazo á la cuestión religiosa, cuando no se apresuran á resolverla de suerte que salga de sus manos escupida y abofeteada y azotada y crucificada la Religión verdadera. Ahora bien, en esto que ahora nos ocupa suelen darse tres criterios, que corresponden perfectamente á los tres grados de Liberalismo que, como sabéis, señalan los tratadistas de la materia.

—¿Y son?

—Primero, el de los que no hablan poco ni mucho de Religión, proponiéndose prescindir absolutamente de ella en el tenor de la vida que van á emprender. Segundo, el de los que se proponen reclamar para sí el derecho individual de practicarla, sin empero erigirla en ley inviolable del hogar y mucho menos de la conciencia de su respectivo consorte, contentándose con que éste le respete al otro este derecho. Tercero, el de los que quieren llevar á Dios ante todo y sobre todo, y así empiezan por exigir de su futuro ó futura consorte el compromiso solemne de observar fielmente y mandar observar á cuantos de la autoridad doméstica dependan, todo lo concerniente á Religión.

—No está mal discurrido. Los primeros representan los liberales radicales: los segundos traen á la memoria el Liberalismo templado, por otro nombre Catolicismo liberal: los terceros vendrán á ser los que por glorioso apodo se llaman integristas ó perfectos antiliberales ó simplemente buenos católicos.

—Así es, y habéis ordenado la clasificación como no hay más que pedir.

—Voy siguiendo, pues, y digo que la constitución de la sociedad conyugal y por ende de toda la familia, no será católica si no se basa cumplidamente en el tercero de los tres conceptos arriba dichos; como será puramente racionalista si se funda en el primero, y católico-liberal ó mestiza (como dicen por ahí) si en el segundo. Medítenlo, por tanto, ellos y ellas cuando anden en tratos de casamiento, y vean qué proyecto de constitución doméstica les ofrece el futuro cón-

yuge, y voten en pro si les ofrece el tercero, y voten resueltamente en contra si los otros dos. Ellas, sobre todo, que suelen ser más piadosas, aunque á menudo sobrado débiles, levanten la voz, y hablen claro, y pidan declaraciones muy explícitas sobre el particular, y hagan cuestión de gabinete este asunto, y provoquen ruptura de relaciones si notan ambigüedad ó poca franqueza en soltar prendas.

—Comprenderéis perfectamente que apenas hay que hablar aquí de los esposos que en redondo se pronuncian por lo que podríamos llamar constitución atea de la familia. De éstos puede decirse como de sus similares dijo el Salvador: «El que no cree está ya juzgado.» No se dirigen á los tales estos parrafillos.

—Estoy en eso.

—A quien empiece por declararse fuera de la ley cristiana habría que hablarle otro lenguaje y entrarle por otros caminos. Además son pocos, muy pocos gracias á Dios, en España los matrimonios en que así de común acuerdo se proclame franca y escueta la soberania del diablo, en vez de la soberanía de Dios nuestro Señor.

—Exactamente, como apenas hay entre nosotros quien proceda así en lo que á derecho público se refiere. Lo cual no obsta para que en todas partes sea una verdad, dolorosísima verdad, el maléfico reinado del Liberalismo.

—Decís bien, amigo mío; y por eso, dejando á un lado á los antes aludidos, vámonos de frente á los del segundo grupo, que son los más, son casi la totalidad de los contagiados de tan espantosa gangrena. Recordaréis que os dije eran éstos los que, sin proclamar el ateísmo del hogar, se contentan, sin embargo, con que se le respete á uno de los cónyuges el derecho de servir á Dios, en vez de proclamar desembozadamente en la casa el reinado absoluto y exclusivo de su Divina Majestad.

—Recuerdo perfectamente; y además observo cada día,

que ése es el *maximum* que tocante *á cuestión religiosa* se atreven á exigir al futuro marido la mayor parte de las muchachas y de los padres, al formularse las primeras bases de un proyecto de constitución matrimonial.

—Así es por desgracia, y por esto caen en el lazo de la libertad de cultos bajo el nombre artero de tolerancia, aun familias de muy acendrada piedad, todo á trueque de que no se aparte el novio, cuando no bajo el especiosísimo pretexto de atraerle.

—¿Política de atracción queréis decir?

—Eso es; como la que por esos mundos de Dios ó del demonio lleva también á tantos y tantos ciudadanos católicos á hacer el caldo gordo á los Gobiernos que nos da de su cosecha la Masonería. Pues, como digo de mi cuento, sucede que se presenta un joven de poca ó ninguna práctica religiosa á pedir la mano de la chica, que tal vez tiene algunas, y desea y pide á Dios las tenga el que un día ha de ser padre de sus hijos. Y se averigua el caso, y se viene en conocimiento de que no es cristiano ó ejerce muy poco de tal el aspirante. Fuera lo regular darle, muy cortésmente, con la puerta en los hocicos...

—¡Hombre! ¡Eso es muy radical, por no decir muy integrista!

—Cabalito, lo mismo que se hace cuando se averigua que el novio tiene menos céntimos de los que promete su gallarda apostura; ó cuando se sospecha que su salud no es de las más recomendables; ó cuando entran recelos de que su padre ó madre ó el tío de América no le van á legar en testamento lo que al principio se creyó; ó cuando...

—Basta. ¡Son tantos, queréis decir, los casos como éstos en que sin contemplaciones se pone el sombrero en la mano y se enseña la puerta á cualquier caballero, que no resulte un partido de conveniencia!

—Pues, es claro; eso quise decir, y aún añadiré que en casos tales todos los padres, y á veces aun todas las niñas, tienen sentido común y procuran ser integristas. Pues qué, ¿se ha de llevar la muchacha, y su dote, que es lo más grave, un cualquiera que no tiene donde caerse muerto? Y si la chica se empeña, cegada por tontos amoríos, ¿no ha de

haber juicio en los padres para oponerle toda suerte de resistencias, y á la buena ó á la mala plantarla á ella en un encierro, y en la calle al galán? ¿Para cuándo se guardan los padres su proverbial sensatez y espíritu práctico, y el natural amor debido á la hija de sus entrañas?

—Pintáis de mano maestra lo que pasa por ahí todos los días, y decís muy bien que en eso todos los padres hacen gala del más perfecto integrismo.

—Claro, como que se trata del bienestar temporal de la chica, y de las condiciones materiales del pretendiente, tolera el mundo y aun aplaude esos arranques de celo y de firme energía paternal. Mas cuando se trata del modo de ser cristiano de la familia que va á fundarse, cuando se delibera sobre Dios y el alma y la otra vida, en lo que va envuelta tambien la felicidad de la presente, ¡ah! entonces ya no es lícito ser tan escrupuloso; entonces es ridículo no adoptar temperamentos de transacción y de tolerancia; entonces desbaratarse un proyecto de boda por tales niñerías es el colmo, es la locura, es el desbarro mayor á que pueden conducir necias intransigencias á un católico que ha imaginado ¡el muy bobo! que el siglo XIX es el siglo XVI ó cualquier otro de los de menos ilustración. También en eso, dicen, hay que hacerse cargo de la hipótesis.

—Maldita de Dios, amén.

—A buen tiempo citabais, en vuestro último capítulo, la famosa hipótesis, que es como nombrar la soga en casa del ahorcado.

—Ciertamente, según son simpáticos los recuerdos que guardamos de esta señora los católicos españoles. Digo, pues, que no es menos detestable la hipótesis aplicada al orden doméstico cristiano, de lo que lo es aplicada al orden civil.

—Veámoslo, amigo mío, por piezas menudas, si no se os hace enojosa la cuestión.

—Al revés; es siempre comidilla de mi gusto. La hipótesis liberal en la familia se presenta, por lo común, del modo siguiente: Ofrécese como pretendiente á marido un joven de bellas cualidades en lo temporal, tocante á dinero sobre todo, que ésta suele ser para muchos la cualidad más relevante. Pero no están á igual altura las circunstancias morales del candidato; piensa mal, ó no piensa mal ni bien en materias religiosas; no se le conoce práctica alguna de piedad, ni cumplimiento de los preceptos de la Iglesia: es, en resumen, un amable pagano en toda la extensión de la palabra. Lo procedente y lógico para cualquier familia cristiana, sería desechar como una calamidad la intrusión en su seno de un elemento de este jaez, y así parece dictarlo el mero instinto. Mas el cálculo y la pasión sugieren otra cosa, y fallan en diverso sentido. Aquí entra en su oficio de componedora y conciliadora la pérfida hipótesis, aunque no siempre con este nombre se llame. Ella sabe exponer con muy buenas formas (eso de las formas es lo esencial, y la hipótesis las tiene para muchos casos hasta pías y místicas y fervorosas): expone, digo, con muy buenas formas lo excelente y provechosísimo que fuera hallar un marido á todas luces cristiano y que tal quisiese mostrarse en ideas y costumbres. Traza sobre esto cuadros admirables y panegíricos de elocuencia sin igual. Es la tesis católico-doméstica como nadie acertó jamás á pintarla. Pero todo este lujo de ponderaciones y admirativos no es en resumidas cuentas para pedir que se vote franca y categóricamente en favor de la vida cristiana, tan hermosamente encomiada. No, al ir á sacarse de las premisas la consecuencia, atraviésase entre ésta y aquéllas un *pero* seguido de puntos suspensivos... Es el supremo recurso oratorio de la traidora hipótesis para suplantar á la verdad. Todo lo antes dicho es muy verdadero, y estaría muy bien y fuera lo más aceptable... «pero las circunstancias, dicen, se imponen, y hay que pasar por la dura ley de las circunstancias, superiores á todos los buenos deseos. El muchacho no es todo lo bueno que fuera de desear, pero tampoco puede desecharse de cualquier manera una suerte como la que con él se presenta á la familia. En los tiempos que corremos no se puede ser tan exigente. Al

fin él no impedirá que la esposa y los hijos sean como Dios manda, y hasta es posible que el buen ejemplo de ellos le lleve á él á mejores caminos. No sería ésta la primera vez.» «Lo que es á mí (añade por su cuenta la niña, resuelta á pasar por todo á trueque de casarse), es seguro que nadie me hará dejar lo que aprendí de mis padres tocante á Religión.»

—¡Valor á prueba de martirio!

—A prueba de martirio, sí, pero no á prueba de soltería. Así que, llévase adelante la cosa, y danse las manos los novios, y reciben la bendición de la Iglesia, y principian desde luego todas las realidades de la vida matrimonial, harto más ásperas y duras que la soñada ilusión que suele precederlas. La esposa buena cristiana, ha ligado su suerte á un marido que no lo es, y á quien tal vez se hace antipático que su mujer lo sea. Nadie le disputa á ella su derecho, es verdad; puede rezar á sus anchas é ir á Misa, y pertenecer á tal ó cual Cofradía, y tener en el aposento el Crucifijo ó las imágenes de su devoción. Mas en cambio, entran en casa, sin que pueda ella impedirlo, el periódico y la novela impías; cuélganse en el gabinete y en el comedor cuadros que no brillan por su modestia; hay que recibir y tratar con intimidad á gentes que no edifican por su conversación, antes muy á menudo escandalizan con ella; á los criados no se les puede ir á la mano en ciertas libertades, sobre las que el marido hace la vista gorda; lo mismo sucede con los hijos cuando empiezan á volar, ya grandullones, del nido maternal: ¿qué madre, como no sea una santa, dirá á los suyos: «No hagáis tal ó cual cosa, aunque la haga vuestro padre?» Y así acaba eso por donde acaban siempre las llamadas tolerancias del bien para con el mal; no es el mal el tolerado y pacientemene sufrido; es el bien quien ha de resignarse y contentarse con cualquier género de escatimada tolerancia: es el vicio el odioso tirano, y la virtud la oprimida víctima; es el derecho de Dios el que sucumbe; es la desvergonzada libertad del diablo la que triunfa. Lágrimas solitarias (y tal vez no solitarias) cuesta á la infeliz esposa sostenerse en el ejercicio más estricto de sus deberes, si no acaba miserablemente por rendirse, bajo título de prudencia y por con-

servar falsa paz, á todas las vilezas de la apostasía. Decid, ¿no habéis visto por ahí alguna de esas historias?

—No una, sino cien. Es el drama doméstico de todos los días; es la pendiente suave por donde casas que cuarenta años atrás eran tipos perfectos de vida cristiana, lo son hoy de ateísmo librecultista. La hipótesis condescendiente fué la cuña de Satanás para abrir paso en ella á la impiedad del siglo. Se tuvo horror á las rigideces de la tesis católica franca y lealmente formulada, y de concesión en concesión, de retirada en retirada, no se ha parado sino hasta la tesis satánica en toda su horrible realidad.

—¡Cómo debe de reírse el diablo de ver que su artero procedimiento da los mismos resultados en la sociedad doméstica que en la sociedad civil!

—Pues claro es que debe de reírse el maldito, tanto como debiéramos llorar nosotros, que nunca acabamos de escarmentar. Con nuestros propios ojos lo hemos visto mil veces, y nunca nos acaba de entrar la lección de la experiencia. En el antiguo solar de la nación española, era tradicional el amor á la heredada fe y el horror á cuanto pudiese, no ya sólo quebrantarla, sino siquiera empañar su pureza. Hoy reina entronizado el error, y apenas se le permite á la verdad el desahogo de estériles reclamaciones é inútiles gemidos. ¿Sabéis cómo de aquello se pasó á esto? Por medio de sucesivas concesiones, que dictó como otros tantos rasgos de prudencia la mentirosa hipótesis. Huyendo siempre de un mal mayor, hemos venido á quedar casi hundidos en el mayor de todos los males, que es la plena soberanía de Satanás. Seducidos á cada hora por el afán de conservar á todo trance pasajera paz, hemos llegado á un punto en que ni el derecho se nos reconoce á la queja. Esta es la suerte de las naciones que, por amor á sus egoístas conveniencias materiales, pactan con el diablo mutuos respetos de legalidad, que á nadie sino á él aprovechan. Esta es por igual la suerte de las familias que, al querer constituirse, no lo hacen según ley de Dios y con franco espíritu cristiano, sino por móviles únicos de grosero interés y de malhadadas transacciones con el espíritu del siglo.

—Muy mucho os habéis clareado en los capítulos anteriores. La tesis católico-doméstica que decís vos, como la otra tesis católico-social que traen siempre los vuestros entre manos, no es más que una: Cristo-Dios, de consiguiente Cristo-Rey.

—Me gusta así, porque os vais directamente al blanco, sin repulgos ni reparos. ¿No le veis ya con esto toda la razón á nuestra fórmula? ¿No es de las que sólo con nombrarse dan la mejor cuenta de sí propias? ¿No vale por todo un libro y por cien de ellos este apotegma de una sola línea: «Cristo es Dios, luego Cristo debe ser en todo nuestro Rey?»

—Ciertamente, y hay que convenir en que á logico no os gana nadie. Pero hay lógicas que son locuras, y ésta es una de tantas.

—¿Locuras, eh? Locuras como las que predicaron los Apóstoles, y que no tuvieron inconveniente en llamarlas así: locuras como las que padecieron los Mártires, lo cual no fué obstáculo para que triunfase al fin nuestra Santa Religión... ¿Quién nos diese hoy ver lleno todo el mundo de locos como ésos, aunque fuese á trueque de que se acabasen de una vez tantos *sabios* que le tienen convertido en verdadero manicomio?

—Es verdad.

—Dejad, pues, que hablemos á lo loco, es decir, á lo lógico, cuantos por la misericordia de Dios no hemos perdido todavía en medio de la anarquía intelectual presente, el recto uso de la razón ilustrada y dirigida por la fe, que ésta es la única verdadera sabiduria, aunque al espíritu del mundo se le antoje locura.

—Decis bien.

—Sigamos, pues, predicando nuestro integrismo doméstico contra el Liberalismo ídem, que éste es nuestro asunto. Dejamos expuesta en nuestro último capítulo sobre esta materia lo que podriamos llamar constitución fundamental de la familia cristiana digna de este título, ó sea, el pacto serio y formal entre los esposos de no querer constituirla sino según Cristo nuestro Señor, y conforme en todo á su divina ley, y con sujeción en todo á su soberana autoridad. Ahora bien. Trabada con ese sólido vínculo la sociedad conyugal cristiana,

entra de lleno en el cumplimiento de estos santos deberes, cuando de sociedad incompleta de dos, que empezó á ser, pasa á sociedad completa de tres ó de más, que así va siendo conforme sobrevienen hijos, y se redondea con ellos lo que entonces con plena y exacta propiedad se llama la familia. Entonces adquiere, todo el carácter de jefes de ella los esposos, convertidos en padre y madre; entonces resplandece en su plenitud la delegación de Dios que representan ellos en el hogar doméstico; entonces, empero, es cuando con más frecuencia se dan en él los casos deplorabilísimos de Liberalismo fiero ó de Liberalismo manso, que son hoy día su principal plaga y carcoma. Ser verdaderos padres cristianos los padres; sacar éstos verdaderos hijos cristianos á sus hijos; traerlos para ello por caminos de verdadera cristiana educación é instrucción, he aquí cuál debe ser el carácter de la autoridad paterna y su elevada misión, y cuáles sus tremendas responsabilidades.

—No es poco el horizonte que desde aquí empieza á extenderse á nuestra mirada con sólo lo que apuntáis.

—Más extenso, y por decirlo así, más ilimitado vais á verlo en cuanto entremos en él, pues tales asuntos se agrandan indefinidamente conforme se los va estudiando. Me asombra, en efecto, que entre tanto como se escribe y se perora cada día y á cada paso sobre materias de gobierno civil, sea tan poco lo que se discurra sobre materias de gobierno doméstico, que son más trascendentales que aquéllas. Pues sin duda no hará buenas familias el mero buen régimen politico de una sociedad por sí solo: en cambio mejoraría y se volvería muy otro el régimen político hoy por todas partes tan desquiciado, con sólo que volviesen á su natural asiento y ordenada manera de ser las familias.

—¿Queréis decir que en esto como en tantas otras cosas se suele tomar hoy el rábano por las hojas, no es verdad?

—Sí, por cierto; ó lo que es lo mismo, que nos empeñamos en reedificar la casa empezando por la techumbre ó pisos superiores, cuando lo regular era aplicar los primeros reparos al agrietado cimiento. Así le lucen, como vemos, sus resultados prácticos á la sociología de hoy.

—Observad que el criterio dominante hoy día en el régimen de los pueblos, es que tenga el ciudadano la mayor suma de derechos posible, á cambio de la menor suma posible de obligaciones, y que á su vez la Autoridad lo sea tan poco como pueda serlo, y con todas las restricciones imaginables. Más claro, el ciudadano del siglo XIX no pretende llegar al Anarquismo, que eso le espanta por sus materiales estragos; pero quiere, sí, ser gobernado lo menos que se pueda con verdadera autoridad, ya que ha visto serle imposible pasarse, como deseara, sin alguna. ¿Es ó no es así?

—Así es, y se necesita no tener ojos para no verlo.

—Pues lo mismo viene aconteciendo en la familia, y aun (por más que parezca mentira) en las de muchos católicos, que en esto ciertamente no lo son, sino verdaderos prácticos anarquistas.

—¡Caracoles!

—No retiro la palabra, que es la única acomodada al caso presente, como vais á ver. La casa es un Estado en pequeño, y el padre y madre son jefes de ese Estado, y son ciudadanos y súbditos en él los hijos y demás que componen la familia. Al padre y madre toca mandar y legislar; á los demás obedecer y ejecutar lo mandado, como esté conforme á la ley superior y fundamental que, según días atrás dijimos, debe ser en toda casa cristiana la ley de Dios. ¿Estáis en eso?

—Perfectamente.

—El Catecismo ha encerrado los deberes de esos ciudadanos domésticos en orden á su gobierno casero, en una sencillísima división que los comprende todos, y que corresponden exactamente á otros tres del ciudadano en su vida civil, cuando ha dicho que los hijos y los súbditos deben á los padres reverencia, obediencia y asistencia.

—Tenéis razón.

—La reverencia es el respeto y acatamiento que se debe al poder público; la obediencia es la sujeción á sus leyes; la asistencia, el concurso moral y material para ayudarle en sus necesidades. Así en el hogar, reverencia es el amor y respeto á los mayores; obediencia, el cumplimiento de sus mandatos; asistencia, la cooperación al buen orden, necesi-

dades y material sostenimiento de la casa. ¿Veis clara la analogía?

—Véola como la luz.

—Poco ha de costaros, pues, ver igualmente luminosa la analogía que puede haber y realmente hay entre el Liberalismo político y el doméstico, padres respectivamente del Anarquismo doméstico y del político. Estos no consisten (padre é hijo) más que en la mutilación ó negación de aquellos tres deberes de reverencia, obediencia y asistencia de los hijos y ciudadanos en orden á sus legítimos superiores domésticos ó civiles, así como en la mutilación ó negación completa de la sujeción debida por estos poderes á su Dios y Señor.

—También eso veo, y ha de ver como yo todo aquel que tenga ojos en la cara.

—Pues ahí comprenderéis como muchísimos, por desgracia, no deben de tener ojos ni en la cara ni en el alma, según son tantos y tantísimos que esas verdades no ven. Iremos, con el favor de Dios, exponiéndolo como se dice por piezas menudas, ó al detall, para hablar al uso del día. Por este examen se pondrá en evidencia como son muchas hoy día las familias que no merecen nombre ó consideración de cristianas, aunque presuman muy mucho de serlo, sino que son prácticamente liberales.

—¿Como igualmente son pocas hoy día las naciones cristianas que merezcan en su organismo gubernamental aquel glorioso dictado?

—Sí, eso es; supuesto que no es cristiana su legislación y manera de gobernar, aunque tal vez lo sean en su vida privada todos sus individuos, distinción que en esta materia nunca nos cansaremos de recordar.

—Pues clasificamos, en el anterior capítulo, en tres grupos los deberes del hijo de la familia cristiana en orden á los jefes de ella, según los clasifica el Catecismo, principiemos

ahora por los del primer grupo, y digamos algo del respeto que deben los hijos á los padres y del que á su vez deben éstos exigir de aquéllos.

—Que es decir una misma cosa.

—Según y cómo. Porque una cosa es el deber de respeto que tienen los hijos en orden á sus padres, otra el deber que tienen los padres de hacerse merecedores del respeto de sus hijos.

—Empiezo á ver la distinción.

—Cierto, y que es fundamental en esta materia. Fígaro se preguntaba, allá en sus buenos ó malos tiempos, si en España no se leía porque no se escribía, ó si al revés no había escritores por no haber lectores. Por parecida manera podríamos hoy preguntar en nuestro asunto, si no respetan á los padres los hijos por insolencia de éstos, ó si no los respetan porque aquéllos han procurado á todo trance no merecerles aquel respeto. Y puede que á la postre hallásemos, que aquí como en todo el daño ha venido de arriba más que de abajo, y que los primeros en no respetarse á sí propios han sido los que de continuo se están quejando de que no les respeten los demás.

—Lo vemos en la sociedad civil. Los pueblos no respetan hoy á sus Gobiernos: es dolorosa verdad. Pero ¿hay acaso por rara casualidad hoy día Gobierno en el mundo que procure merecerse alguna clase de respeto?

—Decís bien, porque el caso es igual. Como, pues, íbamos diciendo, el respeto es el primer deber de los súbditos y el primer derecho de los superiores. Este respeto se traduce en el modo de presentarse aquéllos ante éstos; en la forma de hablarles y de hablar de ellos; en la conveniente distancia en que, sin perjuicio del amor y de la intimidad de afectos, deben unos y otros colocarse. Respeto, es desigualdad de categorías y reconocimiento práctico de esta desigualdad, en oposición á la democrática familiaridad é igualitaria llaneza que hoy por todas partes se predica. Respeto, es que el padre y madre, por ser tales, sean considerados siempre como en más alto nivel que sus hijos; aunque éstos resultaren, por vaivenes de fortuna, ó más ricos que aquéllos, ó más poderosos, ó más sabios, ó mejor reputados.

Respeto, es algo como un culto interior y exterior, que hace que ciertas órdenes no sean ni siquiera discutidas, ni ciertos actos juzgados, por verse en ellos algo como sagrado y fuera del común trato y manoseo de las cosas vulgares y profanas. Respeto, es que á los ojos del buen hijo su madre no sea una mujer como las demás mujeres, ó su padre un hombre como los demás hombres; aquel hombre y aquella mujer son más que una mujer y un hombre, son su padre y madre, y esto los rodea como de una aureola divina, invisible para todo otro que no sea su hijo, pero que nunca se aparta de la vista y consideración de éste cuando lo es ó desea serlo como Dios manda. Respeto, es, por fin, el ascendiente moral que no se decreta ni se impone, sino que se infunde y se inspira; es la autoridad siempre indiscutible que no necesita hablar y mucho menos amenazar para ser obedecida, sino que con su sola presencia material, y aun tal vez sin ella, contiene en sus debidos términos al inferior, con freno que á la vez es duro porque sujeta, y dulce porque se le ama y venera. Es la sujeción, no por el miedo ni por el interés, que son el uno servil y el otro mercenario, y ambos de igual vileza; sino á la vez por la austera convicción del deber y por el lazo dulcísimo del amor. Así respetan los pueblos buenos á sus gobernantes buenos; así los buenos hijos á sus buenos padres.

—Habéis dicho bastante para expresar este concepto: mas para dejarlo bien formulado, aunque negativamente, pues sabéis que también se dan muy buenas definiciones negativas, podríais terminar diciendo que respeto es todo lo contrario de lo que se observa por lo común en las relaciones entre padres é hijos de hoy.

—Tenéis razón, y por ahí podríamos haber muy bien principiado; pero á fe que tampoco eso va á quedárseme en el tintero. Apuntado queda en lo de más arriba, cuando os decía que no es tan malo que los hijos no respeten, como lo es que los padres no procuren hacerse respetar, haciéndose antes respetables. Indicado queda con esto lo que con el favor de Dios haremos por desarrollar más cumplidamente en el próximo capítulo.

—¿Respeto dijisteis? ¡Pues bueno anda este señor en la mayor parte de las casas del día!

—Tenéis razón, que aquí dejamos cortada nuestra plática, la última vez que se habló de eso en el anterior capítulo.

—En efecto, y recordaréis que preguntábamos entonces: ¿Hay Gobiernos hoy que hagan por merecerse el respeto de sus gobernados? Aunque más breve y más elocuente habría sido formular la pregunta de este modo: ¿Hay Gobiernos que lo sean en el mundo de hoy? Y por análoga manera podríamos interrogar: ¿Hay en el día padres? ¿hay madres? ¿hay verdadera autoridad en la familia?

—Meollo tienen y malicia esas preguntitas, ¡válgame Dios!

—¡Que si la tienen! Que hay padres y madres, en el sentido de que hay quien ha puesto hijos en el mundo, no debemos dudarlo en manera alguna, «dado (como decía uno) lo difícil que es que se den hijos sin previos padres,» pues á eso no han llegado los adelantos; pero no por otra razón alguna en que se revele en la mayor parte de las familias la paternidad. Esta en su sentido moral va siendo cada día más desconocida... tanto por lo menos como va siéndolo en el mundo político la autoridad. Hácense esfuerzos sobrehumanos por parte de muchos padres para lograr no serlo ni parecerlo, y lo peor del caso es que la mayoría de los padres va consiguiéndolo. Todo su afán es democratizar la familia, de suerte que no haya en ella mayores ni menores, sino ciudadanos perfectamente iguales entre sí, diversos quizá tan sólo en la edad ó en la estatura. Niños que hombrean y padres aniñados, he aquí el horrible viceversa que ofrecen muchas casas de hoy. Y entre tanto, el respeto, que es el perfume y la aureola de la paternidad, allá se ha ido por las nubes, como tantas otras cosas añejas, que sólo de oídas conoce la generación actual.

—Acerbo estáis en vuestra pintura.

—Acerbo, sí, pero verdadero. Vengamos sino á estudiar la cuestión por detalles. No hay respeto, hemos dicho, porque el respeto no se manda, sino que se infunde, y para obtenerlo es preciso ante todas las cosas merecerlo. No se respeta sino á lo que por sí procura hacerse respetable. Y los padres del siglo décimonono á todo atienden menos á eso, an-

tes bien paréceles ridícula y enojosa la respetabilidad. Reparadlo. Ante todas las cosas se procura acortar en el trato la distancia que naturalmente y por la ley de Dios ha de haber siempre entre chicos y grandes, estableciendo entre ellos el *tuteo,* que por lo menos significa igualdad.

—En eso os contestarán que vais errado, porque en muchas lenguas, como en la latina, no existió jamás otro tratamiento, y á fe si eran serios y graves aquellos romanos de la época clásica.

—Pues á ello contestaré que lo que en aquellas lenguas antiguas no ofrecía inconveniente, ofrécelo sin duda en las de hoy, que tal uso no tienen. O sino díganme: si el *tuteo* no es hoy de suyo exageradamente llano y familiar, y de inferior á superior irreverente, ¿por qué razón no lo admiten los padres á la moda de sus dependientes y criados? ¿Por qué en boca de éstos lo castigarían como insolencia? ¿Por qué no le espetan ellos mismos un tú al primer desconocido á quien se encuentran en la calle ó en visita?

—Tenéis razón. Pero por lo que decís del uso de cada lengua se os puede argüir que este uso se está haciendo, y tal será de consiguiente con el tiempo la forma más correcta de tratar los hijos á sus padres.

—Bueno; pues para apresurar la realización de este cambio en el genio de la lengua, empecemos todos á prescindir de escrúpulos y hagamos del *tuteo* el tratamiento general para todo el mundo, y hablen de tú el soldado á su jefe, el clérigo á su prelado, el mozo de mulas al marqués, la criada á su señora que le toma la cuenta diaria. ¿A qué no se avienen á eso en mucho tiempo los más entusiastas por el progreso del siglo? ¿A qué no? De consiguiente, hasta que eso no llegue, el *tuteo* de los hijos para con los padres no será forma de respeto, pues que no lo es entre las demás clases de la sociedad. Como no es forma de respeto entre nosotros presentarse con la cabeza cubierta, á pesar de que entre los chinos ése es el respeto, y no lo es, sino irrespetuosa familiaridad, el descubrirse. Luego ellos mismos, los padres á la moda, se condenan á sí propios en su conducta, ya que condenan eso como exagerada libertad en los que consideran á alguna distancia de ellos. Luego al permitirlo á sus hijos,

se declaran convictos y confesos de que les permiten una llaneza y desconsideración, que nunca debe tolerarse entre el que en todo debe reconocerse inferior, y mostrarlo hasta en esas que reputáis frioleras, pero que en realidad no lo son.

—Es verdad, pero ¡si no hubiese más que eso!

—Decís bien, porque eso resulta verdaderamente una menudencia en comparación de otras muchas cosas que en la familia dan al traste con el ascendiente moral de los padres, ó lo rebajan por lo menos á la última expresión.

—Seguid señalándolas.

—Mejor será lo dejemos para otro rato, bien que sobre el *tuteo* algo nos queda todavía por decir, que no cabe ya en el presente capítulo.

—Siempre creyó el género humano, aun entre gentiles, que en la Autoridad debían ver los súbditos algo como una imagen de Dios. Por cierto instinto reconocía el hombre, que nadie tenía derecho á mandarle si era puro hombre como él: por tanto *el derecho divino* fué en todas partes considerado como carácter esencial de la verdadera soberanía, hasta la presente época del mundo liberalizado. Destruido por reaccionario este concepto, que como otros se puede llamar dogma universal, el súbdito procura no ver en quien le manda más que un igual suyo, á quien por tanto se cree con derecho á juzgar, discutir y desautorizar cómo y cuándo mejor parezca á su privado juicio, que en muchos casos ni llega á ser tal, y no pasa de su particular conveniencia ó individual altanería. Así se estila en el mundo moderno la Autoridad; por lo cual ésta en realidad de verdad, no existe hoy sino en razón del palo de que puede disponer para mantenerse por encima de sus subordinados, pero no por otro motivo alguno de orden superior. Siendo lo más raro que la propia Autoridad es la que pone particular empeño en que por tan poca cosa la tengan los súbditos, y así lo establece ella misma al frente de sus Códigos y Constituciones,

y así lo enseña en sus escuelas, anatematizando como absurdo y herejía política la doctrina opuesta. ¿Es ó no es verdad?

—Pues, ¿no lo ha de ser?

—El fenómeno se advierte del mismo modo en la familia. En los padres debe verse siempre algún reflejo de la paternidad de Dios, que es la primera y única esencial, de la que las paternidades humanas son mera participación. El hijo ha de empezar por figurarse, como decíamos en otro capítulo, que su padre y madre no son para él como los demás hombres y mujeres, y el padre y madre han de esforzarse en acreditar en la mente de su hijo ó hija esta idea, que en su fondo no es ficción legal, sino verdad muy verdadera. En efecto: el padre y la madre son para aquel su hijo ó hija algo más que un hombre y una mujer que le dieron el sér: son representantes para él de Dios, de quien todo sér procede y que por su medio lo ha dado á aquellos hijos suyos. En la familia, pues, hay que creer en el *derecho divino* de los padres, aunque en el mismo no se crea en la sociedad civil. Y sin embargo, en la familia hay padres locos, afanosos por borrar de su frente este carácter sobrenatural de su autoridad; padres *liberales* en la más filosófica y teológica aplicación de esta palabra, que no quieren tener sobre sus hijos otro derecho que el que de sí propios emana, sin considerar que, puesta la cuestión en tal terreno naturalista, tan dueño es el hijo de respetar como de no prestar clase alguna de respeto, porque al llegar á cierta edad tan hombre, tan autónomo, tan ciudadano y tan dueño de sus actos es el hijo como su padre.

—Cierto, cierto.

—¿Empezáis, pues, á ver lo absurdo de esa democratización de la familia, cuya expresión, demasiado gráfica y natural, es la llaneza de tutear los hijos á los padres como de igual á igual? ¿Veis como por él desciende de su pedestal divino la figura del padre, para colocarse en el rasero de la igualdad doméstica con su hijo, sino es colocándose aun en línea muy inferior? Sí, porque también pasa aquí lo siguiente, como en la otra sociedad al por mayor. Cuando la Autoridad, de puro querer rebajarse deja de serlo, no se

queda ya al nivel de las muchedumbres que debiera señorear con su prestigio, sino que se hunde muy más abajo que ellas. Así en la casa donde no es respetado como primero el padre, por fuerza han de menospreciarle todos, hasta los más viles, como postrero. Quiso tener por iguales á los que estaban debajo de él, y ha de resignarse á ser su esclavo y su juguete. Castigo y degradación muy debidos á quien no supo, por sus cobardes abdicaciones, mantenerse en el sitio de honor que le había asignado la ley de Dios.

—Esto he visto muchísimas veces en los hogares y en las plazas, y la historia contemporánea es tal, que lo está mostrando en cada página.

—¿Qué queréis? No se falta impunemente á la lógica y á la razón natural. El respeto supone superioridad de algún género en quien ha de obtenerlo: abdicada la superioridad es absurdo pedir el respeto, y en su lugar entra no la igualdad, que eso aun sería algo, sino la inferioridad moral que no puede traer sino el menosprecio. Estudiad á la luz de estos principios los pueblos y las familias de hoy, y os daréis cuenta de muchas cosas que á algunos parecen extrañas, y que miradas á buena luz no deben parecer á todos sino muy naturales.

Decíamos poco ha, que nuestros padres de hoy no alcanzan el respeto que por la ley de Dios les deben sus hijos, porque de todo cuidan aquéllos menos que de hacerse merecedores de este respeto.

—Sí, lo recuerdo; en eso efectivamente quedábamos.

—Lo cual exponíamos con relación al deber de reverencia, que manda el Catecismo tengan los hijos á los que les dieron el sér, y aplicaremos ahora de la misma manera al segundo de sus deberes, que es el de la obediencia.

—Veámoslo, pues.

—A la vista está. Que los hijos han de obedecer á sus padres, lo dicta no sólo el Catecismo cristiano, sino la propia

ley natural. ¿Cuándo? Siempre y en todas las edades y condiciones de la vida. ¿En qué cosas? En todas aquellas en que sea legítimo y razonable el mandamiento. ¿Y cómo se va esto á conocer? Por su conformidad con el mandamiento-tipo, que es el de la Ley de Dios. De suerte que mandará bien el padre si manda como Dios quiere que mande, y no de otra manera; y entonces será legítimo y racional el mandamiento, y será severamente obligatoria la obediencia. Y si de otra manera manda el padre, como mandará contra derecho, no lo tendrá indudablemente á ser obedecido.

—Buen portillo me parece que abrís con eso para el libre examen aplicado al régimen de la familia, lo cual podría llamarse una especie de Protestantismo doméstico.

—Os equivocáis, amigo mío, no hago más que asentar el derecho divino de la patria autoridad, como otra vez lo dejé apuntado (si mal no recuerdo), para dejar más sólidamente asentado el cristiano deber de la filial obediencia. ¿Qué quereis? Hoy se ha perdido ó poco menos, la noción exacta de esas cosas; así anda fuera de quicios el mundo actual, por nuestra vergüenza.

—¡Y tanto!

—Se va perdiendo el hábito de obedecer, así en lo doméstico como en lo civil, porque se va perdiendo en lo civil y en lo doméstico la manera de mandar racional y cristiana. Más culpa tienen en eso los padres que los mismos hijos. Y además de esto, decid: ¿se enseña desde la más corta edad á los pequeñuelos la obediencia, que más que una convicción debe procurarse que sea como una segunda naturaleza?

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—Pues, cierto que no. Desde los primeros pasos de la vida debe quebrársele al chicuelo la voluntad, si se quiere que luego no la tenga díscola y reacia á todo freno. Así que el secreto de toda educación está en acostumbrar al hombre desde niño al sacrificio de su querer propio en aras del deber, de suerte que aún en lo que podría lícitamente hacerla, pocas veces haga el tal su propia voluntad, sino siempre la del que tiene derecho á imponerle la suya. Esto crea la costumbre de la abnegación y del rendimiento de juicio, que son el alma de toda sumisión. Para el niño debe ser siempre

lo mejor y más acertado lo que su padre ó madre le ordenen, por esta sola razón de ser ellos quienes se lo ordenen. Darle otras razones para moverle, es exponerle á que obre, no por sujeción al mandato, sino por dictamen del juicio propio, lo cual es dejar socavado por su base el hábito de la obediencia. Mucho menos debe el padre discutir con los hijos. Autoridad que discute, es autoridad discutida, y autoridad discutida deja de ser autoridad.

—Se ve bien que no sois liberal.

—No, gracias al cielo, ni trato de formar hijos liberales, que de esto ya se encargan el diablo y las malas pasiones hasta dejárselo de sobras. Trato de formar hijos obedientes según Dios, que es precisamente todo lo opuesto. Ved si en el ejército, donde se exige disciplina de veras, se da nunca por el superior á sus subordinados razón alguna del mandato. Cierto, no debe ser tan dura la disciplina del hogar como la de los cuarteles, pero debe ser también disciplina.

—No lo entienden así los padres del día.

—¡Ca, hombre de Dios! Y mucho menos las madres, y casi ya ni los maestros. El modo lógico de formar en los espíritus el hábito racional de la obediencia, es exigirles de continuo actos de sumisión. Hoy la dan todos los que mandan (ó debieran mandar) por el extremo contrario. Hoy se basa todo el sistema de educación en la condescendencia.

—¡Verdad!

—Desde que los políticos han escrito en sus tratados la falsa máxima de que gobernar es transigir, lo cual explica lo divertido de nuestro estado gubernamental presente, los padres parecen haber aplicado esta teoría liberal á su dirección doméstica, y han escrito en el hogar: educar es condescender. ¡Y si condescienden ¡vive Dios! los tales padres ó padrazos de la generación presente!

—Pues, ya se ve.

—Sí, señor, se ve y se llora después con lágrimas de dolor y de ignominia. Al chico se le pasa todo para que no llore ó patalee, que es en los tiernos años su única manera de protestar. Más tarde se le pasa todo para que formalmente no se subleve, y lo lleve todo á sangre y á fuego, si vale la expresión. Así por temor á un mal rato de pocos minutos,

se deja mal cimentada la educación para toda la vida. Y los caprichos de la infancia son mandatos indiscutibles, en boca del que sólo debiera recibirlos y nunca imponerlos. Por las muñecas y los caballitos y las golosinas y por no querer ir á la escuela, se arman en la familia *casus belli,* en que siempre se cae por los padres del lado de la libertad, sucumbiendo vencida la autoridad. Lo mismo será cuando no se trate de pasiones de niño, sino de pasiones de hombre que bramarán furiosas, y nadie podrá con ellas, ni el propio interesado, que será su víctima primera. ¡Si supiesen cuán poco quieren á sus hijos y cuánto mal les hacen los que así los traen acostumbrados siempre á la condescendencia y nunca á la resistencia! Paz hay en casa á trueque de esas viles concesiones, pero es la falsa paz de la anarquía mansa, no es la paz del orden y de la virtud, que es la sola que hace felices los hogares como las naciones. Educar condescendiendo es negra traición que hacen los padres, más aún que á su deber, al porvenir moral de sus hijos. Entre besos y mimos y allanándose á sus infantiles concupiscencias, les dan trazado el camino para que no crean posible valla ó barrera alguna á las de su mayor edad, que son más peligrosas. ¿Más peligrosas, hemos dicho? No, y rectificamos lo escrito. Más peligrosas son las primeras, porque si no se hubiese concedido á ellas tan facil victoria sobre la autoridad paterna, no lo hubiera sido tanto la de las segundas sobre la razón y la ley de Dios.

—Polo opuesto al de la cada dia creciente condescendencia de los padres con los hijos, es por ley natural y lógica la cada dia creciente exigencia de los hijos para con los padres. Aquí el trastrueque é inversión del orden doméstico cristiano llega hoy hasta lo absurdo y lo inverosímil. ¿Habéis leído alguna vez en vuestra vida la historia ó aleluyas del mundo al revés?

—¡Vaya un recuerdo! ¡Si más de una vez me entretuvieron cuando chico! Y me hacían gracia infinita en aquella

sencilla edad los viceversas que aquellos toscos dibujos representaban. El calesero tirando del carro, y el caballo arreándole desde el pescante; los coches nadando por las aguas del mar, y los barcos navegando por las montañas; el médico echado en la cama, y el enfermo propinándole la medicina, y así otros *quid pro quo,* tan ridículos é infantilmente graciosos como los antedichos.

—Está bien; pues imaginad ahora que la historia del mundo al revés se representa al vivo, pero muy al vivo, en la mayor parte de las casas montadas á la moderna, y aún, aún, en algunas que no presumen sino de querer vivir siempre muy adictas á lo antiguo. Sólo que aquí no es divertida la cosa, sino para el hombre pensador y buen cristiano profundamente deplorable. El padre y la madre en ellas parecen haber totalmente abdicado todas las funciones y atribuciones de su elevada autoridad: los chicos y chicas en cambio se han alzado con ella y con todos los derechos de los padres, para hacerse y ser en efecto los verdaderos dueños del cotarro.

—Cotarro, decís bien; porque no puede parar en otra cosa un orden doméstico colocado así, patas arriba y cabeza abajo.

—Ved sino como anda aquello. Los padres, perdida la costumbre de mandar, se resignan á suplicar, gimoteando como unos benditos, para obtener á fuerza de viles ruegos alguna que otra concesión de sus endiosadas criaturas. Estas, perdida toda noción de obediencia, disponen de sí y de sus cosas y de las de todo el mundo con imperio, con porfiada terquedad, sin que nada ni nadie logre apearlas de sus antojos y fieros ultimatum. Comen lo que quieren y á la hora que quieren y siempre que les viene en voluntad: van ó no van á escuelas y colegios según el humor del momento: codician trajes y golosinas y juguetes, y hay que satisfacerles en todas esas infantiles codicias, hasta que, desvanecida á los breves momentos de satisfecha toda la ilusión, tórnase ya en aquella tierna edad motivo de tedio, de desengaño. ¡Y á costa de cuántos sacrificios hay que satisfacer las tiránicas exigencias de esa niñez tan malamente educada! No solamente sacrificios de orden interior y de paz doméstica y de futura subordinación

cuestan: hasta la misma fortuna material de muchas familias se viene abajo con el despilfarro precoz de esa nueva generación de anticipados hijos pródigos. Aun no hace cinco meses se daba en nuestra condal ciudad, y quizá en todas las principales del reino, un espectáculo que, no por brillante y deslumbrador, dejaba de prestarse á las más tristes reflexiones. La ciudad entera, no fué durante las últimas horas que precedieron á una popularísima fiesta (la de Reyes), más que un inmenso bazar de juguetes. En tiempos de escasez y de ahogos como los presentes, se elevó á millones el giro comercial que en tales breves horas se realizó para satisfacer caprichos infantiles y locuras paternales. La sociedad en masa no parecía más que un grandioso altar en que se levantaba un solo ídolo, el niño, y á quien se ofrecía un solo homenaje, el del cachivache de quincalla. Los más ingeniosos primores de la industria parecían haberse agotado para sugestionar con la novedad y también con lo excesivo del coste. Hubo casa (histórico) en que no se pudo pagar el alquiler del piso, y se compró muñeca de cincuenta pesetas para la niña y bicicleta de doscientas para el niño. En muchas se gasta en horas por esos caprichos de aparador lo que durante meses faltará para las más graves atenciones de la familia. La odiosa Casa de préstamos sabe después el desenlace de esos tristes dramas del hogar, y también los sabe alguna vez la compasiva Conferencia de San Vicente de Paúl, y aún hay veces en que por última desdicha hasta ha de meter mano en ellos la policía.

—¡Ay sí, cuántas veces!

—Mas aun cuando á tales extremos no se llegue, considerad, amigo mío, á cuántos abusos de prodigalidad, á cuán feos hábitos de derroche, á cuán peligrosa insaciabilidad del deseo han de dar lugar las vergonzosas condescendencias de tantos jefes de familia, que no saben tener para las imperiosas exigencias de sus hijos el saludable *no*, el digno *no*, el severo *no*, con que debe brillar, cuando conviene, su verdadero amor de padres y su dignidad de hombres y su celo y entereza de cristianos. Y notad que acabo de decir verdadero amor, porque tales padres que sólo saben serlo no negando cosa alguna á sus criaturas, sin duda creen

con eso amarlas muchísimo, cuando no saben sino adularlas y perderlas.

—Oportuna distinción y que hace muy al caso.

—No las aman, no, con verdadero amor racional y cristiano, que es el único que compete á cristianos y racionales, sino con el puramente carnal y sensible, que es el que sienten las bestias para sus crias, aunque parezca grosera la comparación á fuerza de ser exacta. Paréceles que amar es complacer, ó por lo menos no disgustar; que amar es dar en todo satisfacción y gusto, y en nada enojo ó desazón ó siquiera molestia: cuando en realidad de verdad, amar es muchas veces pasar disgusto por quien se ama, y dárselo cuando hay de ello obligación. Y recordad, para acabar, una cosa de la cual tiene medianeja experiencia cualquiera que haya observado algún tanto las miserias de nuestra sociedad.

—Decid.

—Es sencillamente la de que los padres más amados de sus hijos y de quienes éstos conservan toda su vida más cara memoria, son los que menos atendieron á cualquier veleidad de ellos, los que supieron en su niñez y juventud tratarlos con esa austeridad cristiana que á muchos se hace hoy tan repulsiva. En cambio, los padres en todo fáciles y condecendientes y con la menor cantidad posible de autoridad paterna, á nadie se hacen más despreciables que á sus propios hijos, cuando éstos se hallan en edad de comprender y medir toda la miseria de sus viles abdicaciones: despreciables y despreciados, ó á lo más compadecidos, si hay èn tales casos diferencia alguna entre el desprecio y la compasión.

Suelen ser los malos padres, por justos juicios de Dios, las primeras víctimas de la maleada educación de sus hijos. Nunca como aquí se ve ser verdad aquello, de que en el pecado se lleva cada cual la penitencia.

—Explicaos.

—Por ley de Dios y de la naturaleza los hijos deben ser el arrimo y sostén de los padres en la ancianidad de éstos. El Catecismo cristiano recuerda á los hijos esta obligación cuando, después de haber hablado de los deberes filiales de reverencia y obediencia, señala como último el de la asistencia.

—Verdad.

—Este deber viene intimado en beneficio de los padres, y es como el rédito terreno del capital de la buena educación que ellos han dado á sus hijos. Como si les hubiese dicho el divino Legislador: «Criadme bien esas almas según mi ordenación y preceptos, y los primeros en salir gananciosos con los frutos de esta cristiana labor seréis vosotros, por medio del auxilio y consuelo que en su día recibiréis de estos mismos hijos.»

—Así parece, en efecto.

—En consecuencia, el padre y madre que modelan, según la Ley de Dios, el corazón de sus hijos, siembran para éstos semilla de futura felicidad temporal y eterna, lo cual es el primer fin de la Ley; pero juntamente para sí semillas de una ancianidad dichosa, por los consuelos y auxilios de que rodearán sus últimos dias tales hijos cristianamente formados. El mismo egoismo natural debiera, pues, ser parte aquí, además de los elevados motivos de orden sobrenatural que todos sabemos, para que en la educación de la familia se procediese por los jefes de ella con tino tal, que nunca quedasen por su culpa malogradas tan legítimas esperanzas.

—No es así, ciertamente, como sucede.

—Harto lo vemos, y es este en nuestras modernas costumbres, un dato profundamente desconsolador. El abandono que sufren los padres por parte de sus hijos, es igual y correlativo al descuido con que son mirados los hijos por parte de sus padres. En las capas bajas de la sociedad, en nuestro infeliz proletariado fabril sobre todo, el fenómeno aparece cada día con todos los repugnantes caracteres de la más cancerosa llaga social. Los hijos abandonan á sus padres viejos ó enfermos con la mayor facilidad, no siempre por no poder mantenerlos, sino por no querer la molestia de sopor-

tarlos. El hijo, emancipado desde su adolescencia de la natural dependencia del autor de sus días, completa esta emancipación desentendiéndose enteramente de él, cuando él más lo necesita. Casi desde su niñez se acostumbran los hijos á mirar á sus padres como extraños; pactan con ellos la parte del salario que deben darles como simples huéspedes en el hogar; y los padres autorizan esa infamia doméstica, que en muchos puntos, en Cataluña sobre todo, forma parte ya de nuestras costumbres obreras. Es lógico, pues, que el padre deje de ser padre para pasar á ser simple pupilero; que el hogar deje de ser hogar para ser casa de huéspedes ó simple posada; que todas las relaciones domésticas de patria potestad y de respeto filial se truequen en pactos y convenios de personas no ligadas por otro lazo que el del dinero; que por fin concluya todo por donde debió concluir, ó sea, por no creerse el hijo obligado á nada para con su padre cuando cesó el móvil del interés, que era el único que regulaba las relaciones de ambos. En tal caso, el padre y madre viejos ó enfermos, han de ir por fuerza á morir al hospital ó al Asilo de las Hermanitas. Cosechan lo que sembraron. No quisieron criar verdaderos hijos según Dios, y les han salido seres egoístas que no aman ni buscan más que su conveniencia. Y esta indiferencia y desamor de los hijos para con los padres se perpetúa como tradición del mundo moderno en el hogar, así como antes se perpetuaban como tradición de Dios el cariño y el respeto. Los hijos que tal hacen con sus padres, sufrirán de los suyos igual suerte, y éstos de los que vengan después. A crianza del hijo sin Catecismo ni Ley de Dios, corresponderá en el padre vejez sin amparo, y muerte sin lágrimas, y sepultura sin recuerdos ni oraciones. ¿Pasa ó no pasa así en una gran parte del mundo actual?

—Demasiado cierto en la clase proletaria. No tanto, empero, en la más culta y acomodada.

—¿No tanto, decís? Equivocado andáis, amigo mío, y os engañan como un chino las formas y apariencias. Estas cubren y disfrazan en las clases altas lo que en las inferiores se muestra con toda su desnuda realidad. Esta diferencia hay no más entre unas y otras, y ya veis que es bien poca. En el fondo el mismo frío del corazón, la misma desoladora

indiferencia. En las clases aludidas, los chicos no se dejan vagar á su antojo por las calles y plazuelas, pero se relegan á manos de criadas y niñeras primero, y más tarde al pensionado. Los hijos molestan, y es moda tenerlos alejados, muy alejados, desde que nacen, de los autores de sus dias. Al llegar á la adolescencia campan por su respeto, gastan de su dinero, fuman y gallean y cortejan, y comen pocas veces en casa, que les es más forastera y ajena que la mesa del casino ó del restaurant, donde, á decir verdad, está su propia y más allegada familia. ¿Recordáis aquellos jóvenes proletarios que, como decíamos poco ha, hacen de la casa de sus padres mera posada donde se hospedan pagando un pupilaje convenido? Pues el caso es parecido aquí, y los mozalbetes del gran mundo miran con igual menosprecio de forasteros la casa paterna, por la cual no sienten género alguno de afección. Salen de ella para constituir familia propia, como se cambia un traje usado ó que pasó de moda. La vejez del padre ó madre interesa por la perspectiva de los miles ó millones que pueden constar en el testamento: la enfermedad, por la asistencia mercenaria que forma parte del lujoso confort de la alcoba del enfermo: la muerte, por el luto de rigor que se encarga á la modista ó sastre, y por el aparato mortuorio de primera que prestan, según tarifa, las empresas funerarias. ¡Ay, qué frío del alma se siente en los ceremoniosos entierros de muchos ricos de hoy! ¡Ay, qué frutos da tan iguales, así en los salones como en los tugurios, la falseada educación de los hijos, que se refleja en el vacío de la desolada ancianidad de los padres! ¡Ay, cómo castiga Dios sin palo ni piedra á los que, así ricos como pobres, han montado su casa sin poner en ella por base fundamental é inviolable la Ley de Dios!

—Muy incompleto resultaría este nuestro trabajillo, aún con ser tan abocetado como es, si no se tratase de las relaciones entre amos y criados, al tratar del Liberalismo doméstico, que no es sino una fase ó variante del otro Liberalismo que podríamos llamar social.

—En efecto, y haréis bien en tocar ese punto, que es de suma actualidad. Los criados de hoy...

—¡Válganos el cielo, santo varón! No es ciertamente por ahí por donde quisiera yo principiar.

—¿Cómo no? ¿Creéis que será tan fuera del caso que se empiece por hablar del respeto que deben tener á los amos los criados?

—Y tan fuera del caso, que yo voy á principiar por el respeto que á sus criados deben los amos.

—¡Gracioso viceversa!

—¡Tan gracioso como se os antoje, pero el más natural del mundo, dado el criterio cristiano que en este asunto como en todos ha de presidir á nuestra disquisición. El Liberalismo no es solamente desconocimiento de los deberes del inferior para con su superior. Más de una vez se ha hecho notar que el peor de los Liberalismos es el desconocimiento de los deberes del superior para con sus inferiores. No siempre se es liberal falseando el concepto de la libertad: muy frecuentemente se es liberal falseando el concepto de la autoridad. Insisto, pues, en que al tratar de amos y criados, el primero de los deberes que hay que predicar es el de aquéllos para con éstos. Y esto por varias razones, una de las cuales es la de que por su posición, por su independencia y por su mayor cultura tienen los amos en todo esto la principal responsabilidad. Hay que reconocerles en todo, y también en esto, la primacía. ¿Os reís?

—Bien, bien. Quedemos, pues, en que los amos han de ser los primeros en respetar á sus criados. Me recordáis aquí lo del mundo al revés, que tan á mejor propósito citabais hace poco.

—No, hombre, no. Esto no es sino el mundo á las derechas, y no el mundo al revés. Entiendo por respeto del amo á sus criados, que tenga aquél de éstos el concepto y la noción que como cristiano debe tener; que empiece por mirarlos como hermanos suyos en Dios, como iguales suyos ante el Evangelio, con alma y fin sobrenatural en nada inferiores á los de sí propio. Todo lo cual si bien se comprende y bien se practica, no puede menos de engendrar un cierto respeto del cristiano á otro cristiano, que es el de que

se trata aquí. Y eso hay que hacer resaltar, tanto más cuanto no van por ahí las modernas democracias, tan pródigas en favor del pobre de hueras palabrerías, como avaras y tacañas de consideración y de buenas obras. Más claro todavía, si más claro lo queréis. El rico pacta con el pobre, para recibir de éste ciertos servicios personales á cambio de salario. No ha de empezar por figurarse el rico que, al ofrecer su dinero y al aceptarlo el pobre, se ha convertido él en algo como un semi-dios, y el pobre en algo como un irracional con sólo la exterior muestra de hombre.

—¡Cáscaras! ¿Entráis en el fiero diapasón del Socialismo y del Anarquismo?

—Nó, por vida mía, que no me salgo del más estricto diapasón normal de la Ley evangélica. Me inspira esta severidad de lenguaje el espectáculo de muchas casas modernas, donde no parece comprenderse que amos y criados sean por igual manera hijos é imágenes de Dios, tan alto, tan alto se creen colocados los unos por el dinero que tienen, y tan bajo, tan bajo se coloca á los otros por el dinero que no tienen y que sirviendo han de ganar. Desigualdad odiosa por lo materialista y pagana: desigualdad fundada toda en esa mentirosa balanza del tener y del no tener, cuyos platillos hace subir ó bajar, no el mérito personal, sino la caprichosa fortuna; desigualdad, que si Dios permite por altísimo designio de su providencia, manda se allane y se nivele en algún modo por las ineludibles compensaciones del celo y de la caridad. ¿Comprendéis todo el alcance de estas últimas palabras?

—Me parece vislumbrarlo.

—Celo y caridad, he dicho: y en eso está como compendiado el deber doméstico de los amos para con sus criados, no en solo la obligación material y jurídica de arrojarles cada semana ó cada mes un puñado de reales ó de pesetas. De otro modo no se concibe que haya alguna diferencia entre el servicio personal y humano del criado que os sirve en la cámara y en la mesa, ó el servicio irracional del caballo que arrastra el coche, ó del perro que guarda el zaguán. Porque no la hay si el deber del amo para con su criado se reduce á lo mismo que obliga al amo para con su caballo ó

perro, ó sea á dar á todos la manutención, bien sea en especie ó bien en efectivo.

—Duro estáis, amigo mío.

—Duro sí, pero verdadero. Y prosigo: lo único que diversifica las relaciones entre el amo y el criado-persona, y entre el amo y el criado bestia, es que en las primeras ha de mediar el lazo del celo y de la caridad, y en las otras no es posible este lazo, y media solamente el bocado de pan ó el desamorado salario. Celo y caridad, he dicho; y quien tenga para sus criados ese espíritu es amo cristiano de veras, y quien no lo tenga no es en manera alguna amo cristiano.

—Explicaos un poco, así, más al por menor.

—La fórmula por sí misma se lo dice todo. Sin embargo, no estará de más una breve explicación, y vamos á darla cuán amplia quepa en la estrechez de los presentes capítulos, que empiezan ya á ser demasiados y están demandando á toda prisa muy pronta conclusión.

—Celo y caridad deben ser las virtudes que resplandezcan en el trato y gobierno de los amos para con sus criados. No necesitan aquéllos se les recomiende exijan de éstos actividad, obediencia, sumisión, respeto, orden, disciplina doméstica. Nada de esto suele olvidar el amo más descuidado, porque todo esto se refiere á su servicio, y, estoy por decir, á su culto personal. Por lo mismo tampoco hay que encarecer estas cualidades al criado, pues ya sabe que sin ellas no le ha de ser posible permanecer mucho tiempo en casa alguna. Lo que sí hay que encarecer es lo que se refiere á las virtudes del amo, que por creerse menos exigidas en el contrato con sus criados, resultan casi siempre más olvidadas.

—Es verdad.

—Repetimos, pues, que éstas pueden reducirse á dos: celo y caridad. Que aunque bajo más de un aspecto pueden parecer una sola cosa, aquí no obstante las distinguiremos, en-

tendiendo por celo la solicitud cristiana por el bien moral y material del inferior, y por caridad la paciencia y cristiana tolerancia de sus yerros y defectos, en lo que no lleguen á ofensa de Dios.

—Programa completo.

—Tan completo, á fe, que al amo que lo cumpla dudo yo pueda pedírsele nada más, para que sea en verdad tipo y modelo y perfecto ejemplar de amos cristianos.

—Desmenuzadlo pieza por pieza.

—A eso voy, y estadme atento. Debe el buen amo tener celo ó solicitud cristiana por el bien moral, en primer lugar, de sus criados. Aquí entra la vigilancia sobre su conducta, que no ha de ceñirse al cumplimiento estricto de las obligaciones para con el amo, sino á que se llenen también las que todo hombre tiene para con el otro Amo mayor, que es Dios. Fiscalizar debe el amo la vida de sus subordinados, para que sea lo que debe ser en orden al cumplimiento de los preceptos del Decálogo y de los de la Iglesia, y no consentir que en su domicilio se autorice bandera de rebelión en manera alguna contra tan alta autoridad. Tratándose de muchachas sobre todo, debe comprender la señora que los padres naturales de su joven sirvienta han como delegado en aquélla sus deberes de tutela y corrección paternal, y que por tanto es la señora responsable ante Dios y ante ellos del depósito delicadísimo que han fiado á su honor y conciencia. Motivo por el cual solía decir una señora de gran talento y de gran corazón, «que más cuidado tenía ella de sus sirvientas que de sus propias hijas, porque de éstas no debia dar cuenta más que á Dios, y de aquéllas á Dios y á sus padres.»

—Exacta observación.

—Mucho más entra aquí el deber de facilitar el amo á sus criados todos los medios para que sea exacto en esto el cumplimiento de la divina Ley, y muchísimo más todavía el deber de no impedirles bajo pretexto alguno este cumplimiento.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—¿Os parece, amigo mio, que pongo el dedo en llaga muy viva?

—¡Y tal, y tal! Como que no son pocos sino muchísimos los amos, aún algunos que se juzgan cristianos, que no tie-

nen el menor escrúpulo en lo que tan discretamente acabáis de apuntar.

—Deben, pues, tenerlo, y nunca por exigencias del servicio propio deben consentir que en su criado ó criada padezcan menoscabo las obligaciones del servicio divino, en lo que sean tales obligaciones, como es de suponer. Porque han de dar por supuesto, que del criado ó criada tienen como alquilados, mediante el salario, sus servicios humanos; nunca comprada y secuestrada su alma. Deben también procurar su instrucción en las verdades de la fe, y sobre eso era muy loable y cristiana práctica la de algunas casas de la antigua nobleza española, que en hora determinada del día hacían que su capellán diese á los individuos todos de la servidumbre un rato de conferencia religiosa y catequística, ni más ni menos que á los hijos. Esto por lo que mira al celo por su bien espiritual.

—Y vamos ahora á la segunda parte.

—¿Al cuidado por sus provechos materiales queréis decir?

—Sí, porque también eso me parece habéis indicado.

—¡Y tanto! En lo que mira á la solicitud por los intereses materiales de los criados, tenían también los amos de la antigua España rasgos que van pasando de moda. Cuidaban de su salud en el propio techo, nunca mandándolos al hospital; velaban por sus adelantos en lo que podríamos llamar su carrera, con una especie de patronato ó tutoría; les abrían camino para más noble profesión ú oficio si para eso les conocían aptitudes; y á las jóvenes de un modo particular proporcionaban dote y honrado acomodo en matrimonio ó vida religiosa. En alguna casa de nuestra tierra llegó á haber, y ha durado hasta nuestros días, fundación perpetua de dotes para casamiento ó profesión conventual de las sirvientas de la misma, ó sea, un verdadero mayorazgo vinculado para los criados. No hay obligación de tanto, pero hay alguna obligación de tutela, generalmente desconocida hoy. ¿Y qué diremos de la otra parte, ó sea de la caridad en el sentido de cierta compasiva tolerancia que deben tener siempre los amos para con sus sirvientes?

—También ese es un aspecto muy práctico de la cuestión.

—Figúraseles á muchos amos que todo se les debe pasar

ó disimular á los criados en cuanto dice relación con Dios y la Iglesia, no empero si dice relación con el acatamiento debido á su importante personalidad ó á la perfección del servicio doméstico. Lo primero tiénenlo siempre por pecadillo venial; en lo segundo diríase que no hallan parvedad de materia. Un buen amo debe ser menos exigente, precisamente porque es amo, es decir, porque es más que su criado. La superioridad debe traducirse siempre en indulgencia. Quien se reconoce con mayor cultura, con más exquisita educación, debe por lo mismo excusar muchas de las faltas de quien no posea estas cualidades. La soberbia es siempre cortedad de juicio y raquitismo de espíritu. Disimula mucho y excusa mucho y perdona mucho, el que tiene mayores alcances de inteligencia y mayor grandeza de corazón. Aquella parábola de los dos deudores del Evangelio tiene aquí una aplicación exactísima. Un dueño perdonó á su criado una crecida cantidad, y éste quiso poner en ejecución judicial á otro compañero suyo por una deuda mucho menor. Por lo cual al primero muy justamente mereció le fuese retirado el perdón de su deuda, y le fuese ésta exigida hasta el último maravedí. ¿Qué lección para muchos amos y señoras tan cruelmente exigentes en su personal servicio, hasta no perdonar en él á sus dependientes el más pequeño descuido, cuando son ellos tan negligentes y descuidados en el que con mayor título deben á su Dios y Señor?

—Decid algo, que ya es hora, de las obligaciones de los criados para con sus amos.

—¡Hombre! Apenas queda espacio para eso, y á la verdad no hay para qué.

—¿Cómo? sería caso de notoria parcialidad.

—No, amigo mío. Es de perfecta equidad. Los criados tienen ya acá quien les pida cuenta de sus actos serviciales; los amos, no. Por eso el propagandista católico hace más frecuentemente la causa de los criados que la de los amos. Además, el deber del buen criado está reducido á muy breve fórmula, pues consiste en obedecer fiel y alegremente á su amo en todo lo que pueda según sus fuerzas, y en cuanto no se oponga á la ley de Dios.

—Que es salirse muy lindamente del paso.

—Como que menos no puede decirse, ni á la verdad puede ya decirse más, por mucho que se estire la materia. Sin embargo, voy á dedicar á eso el último de los presentes capítulos.

—Digamos, pues, para terminar, algo sobre el cumplimiento de las obligaciones de los criados para con sus amos.

—¿También aquí cabe Liberalismo?

—También aquí. Liberalismo es prescindir el hombre de Dios en sus relaciones ó sociales ó domésticas ó privadas. Y es de consiguiente Liberalismo pretender el criado servir á su amo sin tener en cuenta para nada la idea de Dios.

—Explicaos.

—Muy clarito, aunque muy brevemente. El servicio que el criado debe prestar á su amo debe ser ante todo un deber de conciencia antes que un contrato de dinero. ¿Estáis en eso?

—Entre cristianos, sí.

—Pues entre cristianos tratamos, que nó entre judíos ó infieles. El criado debe servir á su amo, no sólo porque se lo paga éste, sino porque pagándoselo se lo exige como deber estricto la Ley de Dios, y como servicio especial suyo su Divina Majestad.

—¿De suerte que ha de pensar que sirve á dos á la vez?

—Exactamente. Que sirve á Dios, sirviendo bien y lealmente á su superior terreno; y que no sirviendo como debe á éste, no cumple en modo alguno lo que debe al servicio de Aquél.

—¿De suerte que prestando doble servicio, tendrá derecho á doble recompensa?

—Sí, amigo mío: como se hará merecedor de doble castigo si no lo presta bien. Sirviendo bien, se gana el salario de la tierra y el salario de la eternidad: sirviendo mal, se expone á que un día le dé con la puerta en las narices el dueño terreno, y á que le cierre la del cielo el Padre de familias de allá. Con lo cual se deja perfectamente establecido

y formulado el concepto del servicio cristiano, que no consiste más que en eso: servir á Dios con servir al hombre: servir al hombre como manda la Ley de Dios. Que como veis es lo opuesto á servir tan sólo por el dinero, que es como únicamente entienden las gentes el negocio del servir.

—Pero ¿con el dinero hay siempre que contar?

—¡Toma! Pues es evidente: pero el dinero es la condición del contrato, no es su ley ni debe considerarse su último fin. Dad criados que así lo entiendan, y tenéis *regenerado* en un dos por tres el servicio doméstico, que harto necesitado anda de regeneración.

—Bastante habéis dicho para el buen entendedor.

—Sí, que no consiente ya más el presente librejo.

A. M. D. G.

LICENCIA ECLESIÁSTICA

M. I. Sr.:

El tomo IX de la Propaganda católica, titulado *Conversaciones de hoy sobre materias de siempre,* por el Rdo. Dr. D. Félix Sardá y Salvany, y editado por la *Librería y Tipografía Católica* de esta ciudad, es una colección de artículos dialogados sobre materias religiosas, morales y sociales, expuestas sencillamente y conforme la doctrina de la Iglesia, mereciendo, salvo mejor parecer, la alta aprobación de V. S.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Barcelona, 8 Agosto de 1899.

JUAN B. CODINA, *Pbro.*

M. I. Sr. Vicario Capitular de la diócesis.

VICARIATO CAPITULAR DE LA DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el tomo IX de Propaganda católica, titulado: *Conversaciones de hoy sobre materias de siempre,* por el reverendo Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final de la obra, y entréguense dos ejemplares de ésta, rubricados por el Censor, en la Secretaría de Cámara y gobierno de este obispado.

Barcelona, 10 de Agosto de 1899.—*El Vicario Capitular,* FRANCISCO DE POL.—*Por mandado de Su Señoría,* LIC. MANUEL FERNÁNDEZ, *Pbro., Scrio.*